


BIBLIOTECA NAZ
Vittorio Emanuele III
XIII
F
17
NAPOLI

OBRAS
DEL ILUSTRISSIMO, EXCELENTISSIMO, Y VENERABLE SIERVO DE DIOS
DON JUAN
DE PALAFOX Y MENDOZA,

DE LOS SUPREMOS CONSEJOS DE INDIAS, y Aragón, Obispo de la Puebla de los Angeles, y de Osma, Arzobispo electo de Megico, Virrey, y Capitan General de Nueva-España, &c.

TOMO IX.

VIDAS DE SAN JUAN LIMOSNERO, y de la Serenissima Infanta Sor Margarita de la Cruz.





CON PRIVILEGIO DEL REY NUESTRO SEÑOR.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE DON GABRIEL RAMIREZ, CRIADO DE LA REYNA MADRE nuestra Señora, Impresor de la Real Academia de San Fernando. Año de M.DCCLXII.



APROBACION.

LA Vida de San Juan el Limosnero, Patriarca de Alejandria, escrita por el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de la Puebla de los Angeles, del Consejo de su Magestad, en el Supremo de Aragon, he visto por mandado de V. A. con el consuelo, y estimacion que he leido otros Libros del mismo Autor. En este no se halla cosa alguna contraria à nuestra Santa Fé Catolica, y no repito los grandes elogios, que tan justamente ha merecido el Señor Obispo por sus escritos, y por este Libro se le deben, por ser tan notorios, y tan generales los aplausos con que sus obras se reciben, y se estiman. Será muy del servicio de nuestro Señor salga esta à luz, y seria conveniencia grande al comun bien se repitiesse la Imprenta de los otras Obras del Señor Obispo, que tan justamente se desean. Este es mi parecer, salvo, &c. En este Convento de nuestra Señora del Carmen de Madrid en 22. de Abril de 1650.

Fr. Nicolás Bautista.

CENSURA DEL REVERENDISSIMO PADRE MAESTRO *Fr. Dionisio Cimbrón, Abad del Convento de San Bernardo de Madrid, y General que ha sido de esta Sagrada Religion.*

CON orden, y comision del señor Licenciado Don Alonso de Morales Ballesteros, Canonigo de la Santa Iglesia de Toledo, y Vicario General en esta Villa de Madrid, y su Partido, he visto un Libro, cuyo titulo es: *Vida de San Juan el Limosnero, Patriarca de Alejandria*, y luego que ví, que quien le escribe es el Ilustrissimo, y Reverendissimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, juzguè con fundamento no pequeño, que esta remision era ceremonia, y deseo mas de cumplir con la ley, que lo dispone, que duda, de que obra que tiene dueño de tanta autoridad, de ingenio tan superior, y de prendas tan relevantes, no sea en mucho provecho, y util de todos, y consiguientemente, que se trahe consigo la censura, y aprobacion; y me sucediera sin duda, viendo lo grande, y superior de la fachada, y frontispicio de este Libro lo que à un curioso, á quien el deseo de vér el Escorial (fabrica propia de tan grande Monarca) le trajo desde muy distante parage: y en llegando al portico, admirado de la sumptuosidad que viò, se retirò sin pasar adelante, pareciendole, y con razon, que alli estaba representado todo quanto podia apetecer su curiosidad, y deseo. Mas quien ha leido, como yo, la Historia Real Sagrada, el Varon de Deseos, Pastor de Nocha Buena, y los Discursos Espirituales, partos todos de ingenio tan fecundo, y que enmedio de tantas ocupaciones, y cuidados, y del afan, y fatiga, que consigo trahe el gobierno de las almas (à quien las mira como prendas de la suya) parece no ha tenido otras mas del escribirlos. Practicando en esta accion, y en quantas estàn anexas à la Dignidad Episcopal, aquella célebre sentencia de Seneca, que dijo: *Non bene vivit sibi, qui natus est alijs.* No me ha sido facil, ni aun posible, el dejar de leer este, como los demàs, y le he leido con toda atencion, y cuidado, y con igual admiracion, assi de la vida, y obras heroycas de tan grande Santo, como del estilo tan raro, y peregrino con que la escribe el Autor, requisito muy necesario para el asunto, que siempre fue dicha no pequeña, que obras grandes, hechos heroycos, y virtudes singulares, de que se ha de escribir, y dàr noticia à la posteridad, las escriba pluma sutil, y delgadamente cortada. Pues como nos cuentan las Historias, habiendo tenido el Emperador Alejandro nuevas de una victoria grande que le habian ganado sus armas, y de la muerte de su Coronista Homero, no celebrò el suceso, ni permitiò, que nadie le celebrasse con la alegria, demonstraciones, y aplausos, que vencimiento tal pedia, pareciendole, y juzgando, como Principe tan cuerdo, y entendido, que no podia haber victoria que lo fuesse de veras, ni triunfo suyo que lo pareciesse, faltando Coronista tan grande como Homero, que le habia de escribir, y publicarle à los siglos venideros.

Rara fue ſio duda, y peregrina la vida tan egemplar del Santo Patriarca, admirables ſus hechos, caſi ſin imitacion ſus virtudes, y prodigioſos ſus milagros (aſunto generoſo de eſta Hiſtoria) pero no ſe puede negar que ha ſido dicha, que el publicarlas (deſpues de otros) corra por cuenta de Hiſtoriador tan grande; pues á quien leyere el Libro, igualmente le ha de cauſar admiracion, aſsi la vida del Santo, como el eſpiritu grande, y el eſtilo eo referirla. No sè quien deba mas à quien, ſi el Santo al Autor, ó el Autor al Santo, y enmedio de eſta perplexidad, dirè que ſon iguales los empeños, y obligaciones de ambas partes, como lo juzgò, aunque en ſincope breve, y en otro aſunto, Alciato en una emblema, que hablando de los heroycos hechos de Achiles, y de ſus valeroſas hazañas, y juntamente del Poeta Homero, que en verſo tao ſublimado las hizo ſaber á todos, dijo:

His Graium Murus. Magnus nex Hectoris: haud plus.
Debet Maouida, quam ſibi Maonides.

Donde dando luz à la obſcuridad de eſtos verſos, dijo con viveza ſu Comentador Claudio Minois: *Tantum Homero debet Achilles (cujus Poeta beneficio virtus tam inſignis tranmiſſa eſt poſteris) quantum Homerus, ipſi Achilli: niſi enim tam inſigne, & praclarum virtutis exemplar Homerus ſibi nactus eſſet forraſſe ingenij admirabilis, vim non ita exercuiſſet.* Nada tiene eſte Libro que contradiga à nueſtra Santa Fé, y buenas coſtumbres: puedeſe dár à la eſtampa, para que ſalga à la luz, y uſura comun quanto antes ſea poſible, que eo el fruto que eſpero ha de hacer en las almas de quantos le leyeren, calificaré yo, quan ſin liſonja he dicho eſtas deſnudas, y poco artificioſas verdades. En eſte Convento de San Bernardo de Madrid à 13. de Marzo de 1650.

Fray Dioniſio Cimbrón.

FE

FE DE ERRATAS.

PAG. 56. lin. 11. dice porque, lee *pero que*. Pag. 134. lin. 12. dice llega, lee *llegaba*. Pag. 149. lin. 4. dice añigida, lee *afligida*. Pag. 151. lin. 21. dice quor, lee *por*. Pag. 152. lin. 12. dice y mi me negais, lee *y à mi me negais*. Pag. 273. lin. 8. dice desengañada, lee *desengañadas*. Pag. 275. lin. 27. dice Prelado, lee *Prelada*. Pag. 289. lin. 30. dice prezioso, lee *preciso*. Pag. 290. lin. 11. dice admirandola, lee *admitiendola*. Pag. 345. lin. 17. dice dicho, lee *dichoso*. Pag. 382. lin. 39. dice Paincesa, lee *Princesa*. Pag. 410. lin. 1. dice Apostolicam, lee *Apostolicum*. Pag. 428. lin. 1. dice aqui lee *que*. Pag. 452. lin. 21. dice convenir, lee *convertir*. Pag. 514. lin. 4. dice regalo, lee *regalado*.

El Tomo IX. de las Obras del Venerable, è Illustrissimo Señor Don Juan de Palafox, que contiene *las Vidas de San Juan Limosnero, y de la Serenissima Infanta Sor Margarita de la Cruz*, para que estè conforme con el que sirve de original, se salvaràn las erratas de esta Fè: y assi lo certifico en esta Villa, y Corte de Madrid à nueve dias del mes de Septiembre de mil setecientos y sesenta y dos.

Doct. Don Manuel Gonzalez Ollero.

Corrector General por su Magestad.

TABLA
DE LOS CAPITULOS QUE SE contienen en este Tomo IX.

VIDA DE SAN JUAN LIMOSNERO.

VI-

VIDA
DE SOR MARGARITA DE LA CRUZ.

LIBRO PRIMERO.

LI-

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

Cap.

ADVERTENCIA.

DOS espiritus grandes animan el cuerpo de este volumen, que son dos insignes Vidas, escritas por el V. Siervo de Dios, primero con la imitacion de sus virtudes heroycas, y despues copiadas con los caractères de su eloquente pluma: La una de San Juan, Patriarca de Alejandrìa, (llamado por antonomasia el Limosnero) y la otra de la Serenissima Infanta Sor Margarita de la Cruz. Ambas salieron copias cabalissimas de su original, por estàr delineadas de un pincèl mismo, diestro en todo, y mas en dàr el temple debido à las virtudes; pero la Vida de San Juan, mas parece original, que copia; porque la trasladò el Siervo de Dios mirando á una Imagen del Santo, dando limosna á los pobres, que como refiere Rosende, tenia en su Estudio. (a) *Segun deposicion de algunos testigos, todos los documentos que dà en ella, están deducidos de los egercicios, y reglas de caridad, que egercitò constantemente por sí mismo.* (b)

El tiempo en que la escribiò el V. Autor, y las dificultades que acaecieron hasta llegar à la Prensa, se refieren en la Carta, que precede á esta Vida, dirigida por el V. Prelado á los Fieles del Obispado de

(a) Rosend. lib. 2. cap. 2. n. 9. (b) Rosend. lib. 3. cap. 18. Posicion de su causa. n. 53. A. §. 103. y 109.

de Osma. Se imprimiò la primera vez en quarto en Madrid año de 1650. *y despues el R. P. Fr. Joseph Palafox la reimprimiò en el Tomo IV. de las Obras del Siervo de Dios el año de* 1664. *omitiendo la segunda de sus aprobaciones, que reproducimos en esta edicion, por valerse de ella el V. Prelado en el numero* 491. *de la* satisfaccion al Memorial de los Religiosos de la Compañia, *que se halla en el Tomo XI. y de todo esto hace memoria Don Nicolàs Antonio en la primera parte de su Bibliot. Nov. Hispan. pag.* 577.

La Vida de la Serenissima Infanta Sor Margarita de la Cruz, aunque saliò en nombre del R.mo P. Fr. Juan de la Palma, Confesor de su Alteza, por el año de 1636. *que fue la primera vez que se diò al pùblico, es yá sin duda ser obra legitima de nuestro V. Autor, como lo demuestra el R. P. Fr. Joseph de Palafox en la advertencia que hizo á ella, y està en la pag.* 157. *de este Tomo, y en el Tomo IV. de las Obras del V. Siervo de Dios de la edicion antigua, impreso año* 1664. *Y nosotros añadimos, para mayor confirmacion, un texto expreso del V. Autor en Carta escrita desde las Indias à Don Miguèl Lanuza, su fecha á* 2. *de Enero de* 1645. *cuyo original hemos visto, y leìdo, y dice assi*: Envióme Vmd. desde Zaragoza el Libro de la Vida de la Madre Isabél de Santo Domingo, y parecióme excelentemente: gustó Vmd. del que yo escribí de la Vida de la Señora Infanta, y me escribió sobre él; y estos son yà parentescos literarios, &c. *Hace memoria de esta Vida Don Nicolás Antonio en la Biblioteca referida* 1. *part. pag.* 578.

A

A LOS FIELES
DEL OBISPADO DE LA PUEBLA de los Angeles.

Juan , indigno Obiſpo , ſalud.



Abiendo eſcrito el año de quarenta y ſeis la vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandría, como uno de los tributos que nueſtra obligacion Paſtoral debe al aprovechamiento de las almas de nueſtro cargo, y el ſiguiente otra Epiſtola conſolatoria, ofreciendo motivos á la aplicacion de los trabajos, con que en eſta vida miſerable vivimos egercitados; reſolvimos, por mayor comodidad de la impreſion, remitirlo todo á Eſpaña en la Flota, que eſtaba ſurta en el Puerto de la Vera-Cruz, el miſmo año de quarenta y ſiete. Dedicamosla, para que corrieſſe por Europa con iluſtre amparo, á la grandeza, y excelente virtud del Señor Duque de Medina-Celi, y Alcalá, remitiendolo para que ſalieſſe á pública luz por ſu generoſa mano. Llegó aquella Flota á ſalvamento, y el año ſiguiente de quarenta y nueve, precediendo beneplacito de ſu Mageſtad, é inſinuacion de ſu gracia, y merced, para que vinieſſemos á ſu Real Corte, nos embarcamos, obedeciendole, en la Vera-Cruz por el mes de Junio, y llegamos con Flota, y Galeones á las Coſtas de Eſpaña por el de Septiembre con el natural, y debido deſeo de hallarlas con aquella felicidad que nos acompañó en nueſtra navegacion; pero como quiera que no hay coſa mas conſtante en eſta vida, que la variedad, é inconſtancia de las coſas humanas, el dia de nueſtra mayor alegria, que es quando deſpues de tan larga embarcacion ſe reconoce el Puerto, y la tierra, fue el de nueſtra mayor triſteza, y cuidado.

II. Hallamos toda la coſta laſtimada con la invaſion, y azote de la peſte, de cuyas reliquias, y temores, ni eſtaba purificada la Andalucía, ni ſin temores Caſtilla, recatandoſe, y guardandoſe los lugares de sí miſmos; ſiendo amigos, vecinos, y deudos, como ſi fueran de contraria ley, y profeſion. Al cuidado público, y comun, ſe ſiguió el particular de cada uno de los que veniamos; porque ſiendo nueſtro intento buſcar la coſta para entrar en el Reyno, hallamos tambien cerrados los tranſitos á lo

interior del Reyno, por guardarse de los peligros de la costa, con que cada uno huvo de buscar segundo puerto á su cuidado. Hallé yo prevenido para mí, el amparo que solicité para San Juan el Limosnero; y con toda aquella benignidad, y grandeza de corazon que cogió el señor Duque de Medina-Celi el libro que le dediqué, recogió en su casa á su Autor, logrando en ella los favores, y consuelo de un Señor sumamente humano, y agradable en las costumbres: christiano, y excelente en las virtudes: instruido, y docto en la erudicion: zeloso, y prudente en sus oficios, y estados.

III. En este nuevo Puerto descansé de los trabajos pasados, y de las fatigas de quatro meses de viage desde la Nueva-España, y habiendo preguntado por el volumen de la Vida de San Juan, supe que la peste (trabajo, y miseria, que generalmente ocupa todos los ministerios de lo público) no solo impidió las impresiones, sino que se llevó tras sí los Impresores, y como un fuego arrebatado, y devorador, universalmente todo casi lo habia acabado, y consumido. Aqui entendí mas expresamente, y con lastima mayor, las miserias, nunca vistas de la peste, las quales quando llegué, solo habia por mayor oído con admiracion; siendo pequeña manifestacion de lo padecido, haber muerto en Cadiz en breve tiempo ocho mil personas, con no ser de las mayores Ciudades de Andalucía, quanto mayor haber muerto en menos de mes y medio, ciento y cinquenta mil en Sevilla, aunque sea una de las mayores del Reyno. Al horror de tantos muertos, que desaparecidos hicieran un miserable espectáculo, se llega la manera de morir tan lastimosa, y breve, por ser tan acelerados, y violentos los terminos del mal, y tan contagiosos, y crueles, que no pudo prevenirlos, ni la mayor providencia de los Magistrados, (que fue grande) ni el zelo de los Gobernadores, ni el aliento, y valor de los vecinos; porque todo lo vencia, y arrastraba el peso, y grandeza de la calamidad. Era necesario que enterrassen con prisa los vivos á los muertos, para que no muriessen como ellos, y no corrompiesse el viento, el contagio, que habia inficionado la ropa. En los egercicios de la piedad, nacian los de la lastima, enterrando mañana, á los que enterraban á los otros ayer, y llevando en carros á los Hospitales hoy, á los que el dia antes eran guiadores de los sepultados. Veianse unos á otros en tan igual, y miserable peligro, que no se sabía qual era mas dichoso, el que lo dejaba con la muerte, ó el que lo padecia con la vida.

Fal-

IV. Faltaba tiempo para desnudar los difuntos, y asi era necesario enterrarlos vestidos, y tras ellos quemar á vivo fuego su ropa, en que se miraba á la decencia de los cuerpos, y á la seguridad de lo público, despreciando todo lo que era menos que la muerte, perdiendose inumerable hacienda con ello. Era miserable espectáculo, vér clamar, y lamentarse en las casas, en las calles, en las plazas los hombres, mugeres, y toda suerte de estados; vivos solo para poderse quejar, pidiendo remedio en un daño que no se hallaba remedio. Apartaban á los hijos de los padres, y á las hijas de las madres improvisamente, porque con el amor no se les pegasse la muerte, y trataban de asegurarles la salud, comenzando por lo que mas atormenta la vida. A la congoja del contagio se aumentaba el verlo en todos comun, y que ni el padre tenia hijo que le valiesse, ni el hijo padre que le ayudasse, y donde solo era necesario el socorro, solo se veía la necessidad. Huvo hombre que él mismo se fabricó la sepultura, por no considerarse, como á otros habia visto corrompidos en las calles, y plazas, y atandose al pie un cordél, yá cerca de ella, tuvo por piedad, que otro amigo suyo le echasse dentro, y sobre él la tierra que bastaba á cubrirlo. No pudiendo los Hospitales comprehender tantos enfermos, ni pobres (porque yá pasaban por pobres los ricos, haciendo iguales leyes el trabajo) morian los hombres, y mugeres tal vez en las plazas; y una noche entre tanto que se desembarazaba el Hospital de la sangre, se hallaron en la suya, de quinientos enfermos, los trecientos muertos. Si se encerraban en las casas las familias, era encerrarse con el contagio á morir, y si salian á las calles, todo era alaridos, y lastimas, y no lo consentia la providencia de los Magistrados. Si iban á los Hospitales, el concurso al contagio, le daba mas fuerza, y miraban aquellos remedios como daños, teniendo por muerte la medicina, y por sepultura la cama.

V. Finalmente, relaciones particulares habrá que hagan mas públicos tan excesivos trabajos; pero entre tanto, á los que hemos llegado tan cerca, que hemos hallado calientes aun las cenizas de este incendio, y á vosotros, hijos mios, á quien lo refiero, sirvanos de escarmiento, luz, y desengaño, el vér quan grande es, y temerosa la mano de aquel Señor, que asi puede, y sabe castigar, y cuyo poder tiene prevenidos en la armería de su justicia, otros mayores azotes á los que no se valieren con tiempo de su misericordia. Conocese de verdad, Fieles, que no es este el ma-

mayor de los caſtigos que tiene Dios prevenidos á eſta nueſtra naturaleza inſolente, y preſumida; pues dandole á David eleccion para que pagaſſe, y purificaſſe una culpa, con que le habia ofendido, entre la peſte, la guerra, ó la hambre, eligió como menor daño, la peſte. *Melius eſt* (dijo) *ut incidam in manus Domini (multæ enim miſericordiæ ejus ſunt) quam in manus hominum.* (a) Mucho mejor es caer en las manos del Señor, cuya miſericordia es grandiſsima, que en las manos de los hombres. Como quien dice: menor trabajo es aquel con que ſolo ſe cae en las manos de Dios; porque ſi elijo la hambre, pueden acuſar los hombres mi providencia, y caer en las de ſu indignacion: ſi elijo la guerra he de caer en las de mis enemigos; y aſsi abrázo la peſte, cuyo caſtigo depende de las de Dios, y es menor por eſſo, que entrambos. Mucho, pues, nos queda que temer, y que amar á un Señor tan Poderoſo, que ſobre matar los cuerpos, tiene otras penas mayores, que no acabarlos; y por eſto mas queria David padecer, y lo que es mas perecer en las manos de Dios, que no con las de los hombres; porque los caſtigos divinos ſuelen ſer mas piadoſos, que los favores humanos; como quiera que quita Dios mas del trabajo quando aflige, que dán los hombres al merito quando premian.

VI. Aſsi ſe vió en el caſo de David, porque tres dias le ofreció de peſte por caſtigo al pueblo: *Tribus diebus erit peſtilentia in terra tua.* (b) Y conforme á la opinion comun no duró, ſino deſde la mañana al medio dia del primero, (c) reſpecto de que aquellas Entrañas de piedad conſumieron en el horno de ſu amor los dos dias y medio de la amenaza, dejando empleada la Miſericordia en los vivos, que ſobró á la Juſticia que habia caſtigado á los difuntos. Mayor, ſegun eſte computo, debió de ſer la ira del Señor en la peſte de nueſtras coſtas de Eſpaña, y mayor fue la miſericordia (pues ſolicitada de sí miſmo, y de inumerables lagrimas de un pueblo afligido, de un Clero Secular, y Regular religioſiſsimo, de los Magiſtrados prudentiſsimos, y de toda ſuerte de eſtados llenos de tribulacion) aſsi como ſubitamente nació, y creció, ſubitamente, y de golpe ſe corrigió un fuego, que ſe entendió no habia de acabarſe, ſino acabandolo todo, y del todo. Es grande (Fieles) la humedad de las lagrimas chriſtianas, para templar el fuego de la Juſticia Divina, y á la que mucho incendio de pecados ſolicita, poca copia de lagrimas apaga. Eſto ſe vió en el miſmo caſo de David; porque aſsi como él

(a) 2. Reg. 24. v. 14. (b) Ibid. v. 13. (c) Mendoz. tom. 2. in lib. 2. Reg. pag. 458. & Brochartus de anim. Sacr. 23. Calm. tom. 2. pag. 494.

él lloró, diciendo : *Ego ſum qui peccavi, ego iniquè egi, iſti, qui oves ſunt, quid ſecerunt? Yo Señor, ſoy el que pequé; ¿qué hicieron eſtas ovejas?* (d) Luego al punto embaynó ſu eſpada el Angel, y cesó la peſtilencia. No tan preſto, ni tan facilmente huvieta ſolrado las piedras de la mano, un pueblo hambriento, y embravecido en la ſedicion, ni embaynado ſu eſpada un Principe indignado en la guerra.

VII. Ponderó admirablemente ſobre eſte lugar San Ambroſio, la Piedad Divina, y quan ſolícita ſe halla á viſta de los trabajos, y miſetias humanas con las palabras ſiguientes : *Qui propoſuerat mortem triduo exercere in terra, ne unum quidem paſſus eſt præterire, ſed ad horam prandij libenter indulſit : : Nunquid aliquod miſerationis eſt crimen, quia plus minatur, & minus exigit? qui in remuneratione præmiorum ſua promiſſa cuſtodit, in exactione pœnarum præſcriptum remordet? Cum iraſcitur in reum differt, cum miſeretur properat, ut abſolvat; terret ut corrigat; admonet ut emendet; prævenit ut ignoſcat.* (e) *El Señor* (dice San Ambroſio) *que habia dicho, que duraria la peſte tres dias, no pudo conſigo que llegaſſe á uno entero, y cesó en el medio : ¿Por ventura ſerá defecto de la miſericordia amenazar mas, y caſtigar menos? Premiar mas de lo que ſe ofrece, y caſtigar menos de lo que ſe amenaza? Quando ſe enoja Dios con el pecador, dilata el caſtigo; quando ſe apiada, dá prieſa á la gracia; eſpanta para corregir, amoneſta para enmendar, previene para perdonar.* Pero aunque el juicio con que eligió David la peſte, como menor mal, fue excelente, todavia la razon de ſu eleccion puede cauſar alguna duda á la primeta viſta, pues dice : que es mejot caer en las manos de Dios, que en las de los hombres, quando ſon tan fuertes las manos de Dios. Diferentemente eligió Suſana con el trabajo de ſu calumnia fatigada: *Mejor me eſtá* (dice) *caer en vueſtras manos* (hablaba con los Jueces adulteros) *que pecar* (eſto es) *caer en las manos de Dios* : *Melius eſt mihi abſque opere incidere in manus veſtras, quam peccare inconſpectu Domini.* (f) Y Chriſto Señor nueſtro, enſeñandonos á quien debemos temer, dice : *Nolite timere eos qui occidunt corpus,* (g) *& poſt hac non habent amplius quid faciant,* (h) *ſed potius timete eum, qui poſtquam occiderit corpus, poteſt & animam mittere ingehenam.* (i) Donde aſsienta, que temamos mas caer en las manos de Dios, que en las de los hombres.

VIII. Todo eſto es cierto, y ſe compone facilmente con reconocet de qué trabajos huimos, y que temores tenemos. Si te has

(d) 2. Reg. 24. v. 17. (e) Div. Ambroſ. tom. 1. enarrat. in Pſal. 37. col. 821. & 822. n. 15. edit. Pariſ. 1686. (f) Dan. 13. v. 23. (g) Matth. 10. v. 28.
(h) Luc. 12. v. 4. (i) Matth. ut ſupr. eod. cap. & v.

has de entrar en las culpas por el temor de las penas, guardate de las manos de Dios,que ſon terribles para las culpas,y por evitarlas, no temas padecer en las manos de los hombres. Y aſsi lo hizo Suſana, que temió menos padecer apedreada en las manos del pueblo,que pecadora en las de Dios,y exponia el cuerpo á los trabajos,por no exponer el alma á las culpas. Pero quando los males no ſon de la gracia,ſino de la naturaleza,ó fortuna, quando tocan los trabajos á la vida corruptible, quando han de caſtigar en eſta vida,adonde alcanza la juriſdicion humana,Dios,ó el hombre,elige David padecer por la de Dios; porque ſu piedad excede infinito á la de los hombres, y ſi en ſu hijo miſmo Abſalón,habia hallado la crueldad, ¿cómo no habia de buſcar en Dios la miſericordia?

IX. Y aſsi, Fieles, no hay donde recurrir, ſino de Dios á Dios. Eſto es de Dios, quando nos buſca con la juſticia, á Dios, quando nos llama con la miſericordia. Salimos de la Vera-Cruz temeroſos de la muerte en las repetidas, y aceleradas enfermedades, que acabaron en aquel Lugar á tantos. Llegamos á Eſpaña, y hallamos á las puertas la muerte, habiendo acabado en breve tiempo infinitos. No damos paſos de vida, que no ſea á viſta de la muerte. Láſtima ſería, teniendo tantas muertes á la viſta, que no mejoraſſemos la vida. A eſte intento os eſcribí la de San Juan el Limoſnero, y eſta Carta Paſtoral,que acompaña la vida, porque excite, y promueba los animos á la limoſna; pues no hay duda, que ſon los pecados los que fomentan la peſte; y la limoſna,la que apaga el fuego de los pecados. *Sicut aqua extinguit ignem, ſic eleemoſyna extinguit peccatum.* (j) Si ceſan los pecados, ceſará la peſte: acabaráſe el efecto, con que ſe acabe, ó ſe evite la cauſa. Y eſta Epiſtola os ofrece mucha luz en los trabajos que os he referido, y encaminan vueſtras almas al conocimiento, de que no hay otra peſte en el mundo, que no ſea tolerable, ſino la de las culpas, y ofenſas de nueſtro Señor; porque el mal de las penas, trabajos, y tribulaciones bien padecidas, trahen conſigo utilidad con la aplicacion, deſengaño en el egercicio, corona en el fin. Dios nueſtro Señor nos le dé bueno, y favorezca eſſa Igleſia mi Eſpoſa,no menos amada auſente, que preſente,y todas ſus almas, con repetidas bendiciones de felicidad eſpiritual, y temporal. Puerto de Santa Maria á veinte y ocho de Octubre de mil y ſeiſcientos y quarenta y nueve años. *El Obiſpo de la Puebla de los Angeles.*

VI-

(j) *Ignem ardentiſsimum extinguit aqua, & eleemoſyna reſiſtit peccatis.* Eccli. 3. v. 33. *Sicut aqua extinguit ignem, ſic eleemoſyna extinguit peccatum*: Ita Div. Maxim. in hunc loc. homil. 1. de Eleemoſyn. pag. 698. lit. A. edit. Pariſ. 1618.



VIDA DE SAN JUAN EL LIMOSNERO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

INTRODUCION.



UCHAS razones me han persuadido á escribir en estos breves dias de retiro, la vida de SAN JUAN el Limosnero, Patriarca de Alejandría, exponiendo su leccion para mí, como egemplar á quien seguir; y para mis súbditos, y los demás fieles, á cuyas manos llegáre, como á un varon tan Santo, y acreditado, digno Maestro de las almas. Primeramente: el vér que no es muy vul-

vulgarmente ſabida, y que como noticias, ſi no nuevas, renovadas, ha de ofrecer con el conſuelo, el provecho. Sus virtudes fueron excelentes, y los ſuceſos, y acciones, de ſu gobierno admirables, ſu perſona iluſtre por naturaleza, iluſtrada por la gracia.

2 Tambien me ha inclinado á eſte moderado trabajo la devocion que tengo, y he tenido ſiempre á eſte Santo, y el anſia con que vivo de que todos ſe la tengan, y la célebre memoria que en todos tiempos ſe hizo á ſu ſantiſsima vida; porque á pocos dias de muerto, la eſcribió por relacion de Zacarias, y Menas, Miniſtros, y Familiares del Santo, Leoncio Obiſpo de Nicopolis, Varon eruditiſsimo, cuyas obras, y entre ellas, la vida de San Juan, alaba, y aprueba el Concilio General Segundo Nizeno, con elogios excelentes en la accion quarta; (a) y deſpues el Santo Pontifice Nicolao Magno, por los años de ochocientos y cinquenta y ocho mandó á otro Ecleſiaſtico en toda erudicion muy verſado, que llamó Añaſtaſio Bibliotecario, que tradúgeſſe la miſma vida del Santo, del Griego idioma en el Latino, como refieren Sigeberto, y Baronio, (b) y aſsi ha corrido haſta ahora; con que derecho tiene eſta vida, que la eſcribió en ſu origen un Obiſpo, aprobó un Concilio univerſal, mandó traducir un Papa, llégue por mano de otro Prelado á la noticia comun; porque el que á tantas, y tan conſagradas manos á lo bueno, fue excelente en ſocorrer, y amparar á toda ſuerte de gentes con liberaliſsimas acciones; por manos tambien (aunque indignas) conſagradas, ſe publiquen ſus virtudes, y promueba ſu ſanta opinion, y fama.

3 Añadeſe á eſto, ſer ſus acciones unas mudas inſtrucciones, no ſolo de Obiſpos, ſino de ſubditos, con particular manera de perſuadir, y ſumamente eficáz, y mas en lo que toca á promover la caridad, y limoſna de los Fieles; porque aunque otros Santos han ſido larguiſsimos en eſta virtud, pero en cierto modo ſe ſeñaló eſte Santo Prelado entre todos, como ſe verá en ſu vida; pues no ſolo repartió limoſnas, ſino que hizo limoſneros, paſando de ſocorrer con la limoſna á los pobres, á imptimir en los otros la virtud de la limoſna; con que no ſolamente promovia el ſuſten-

(a) Concil. Nizen. 2. Action. 4. in tom. 10. Collection. Reg. pag. 262. (b) Sigebert. de Vir. Illuſtr. cap. 57. in Leontio, & cap. 104. in Anaſtaſ. Bibliot. ap. Baron. annotat. ad Martirol. Rom. die 23. Januar. fol. 52.

tento en los cuerpos, ſino la gracia en las almas, y á unos hacia por Dios, de pobres ricos, y á otros por el miſmo Dios de ricos pobres, quedando los unos, y los otros ſocorridos: aquellos con el ſuſtento, y eſtos con la corona, y palma de eſta inefable virtud, con que ſe hizo juſtamente á todos, amable, venerable, y admirable.

CAPITULO PRIMERO

DEL TIEMPO EN QUE NACIO SAN JUAN, PONTIFICES, Emperadores, y Reyes, que concurrieron en él.



FLoreció San Juan en tiempo del Emperador Eraclio, y nació en quanto ſe puede juzgar por el computo de ſus hechos (pocos años mas, ó menos) en el de Juſtino, y Tiberio II. Ceſar, Emperador Griego, en el ſiglo ſexto del nacimiento del Señor, por los años de 576. (a) y haſta la muerte del Santo, por ſuceſion gobernaron la Silla Romana: San Gregorio Magno, á quien ſucedió Sabiniano, y á eſte Bonifacio III. y á él San Bonifacio IV. El Imperio gobernaron en eſte miſmo tiempo, Valentino, Tiberio, Mauricio, Focas, Juſtino, y Eraclio: y el Patriarcado de Alejandría, San Eulogio, á quien ſucedió Teodoro. La Corona de Eſpaña gobernaba Recadero, hermano de San Hermenegildo, que con tanta gloria ſuya, y de la Igleſia, deſterró todo el Arrianiſmo de ſu Imperio. (b)

2 No deja de ſer circunſtancia digna de repáro, que nacieſſe San Juan el mas miſericordioſo de los Prelados, que conocieron ſus tiempos, ſiendo univerſal Pontifice, ó floreciendo antes de ſerlo, el mas piadoſo Paſtór de los Paſtores, que fue San Gregorio, verdaderamente Magno, y reynando el mas limoſnero Ceſar, que fue Tiberio II; porque dejando por notoria la caridad admirable de San Gregorio, de quien fue ſocorrido como pobre, y hueſped Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, (c) fue el Emperador Ti-

(a) *Ita colligitur ex ſerie Imperatorum, qui ab ejus ortu, uſq. ad Heraclium ſucceſive gubernavunt: nam Juſtinus Junior, fecit conſortem ſui Imperii Tiberio 2; poſt mortem Juſtini Junioris, Tiberius Imperavit ſolus; & poſt Tiberium, Mauritius, cui ſucceſit Heraclius, in cujus tempore. S. Joan. Eleemoſin. creatus fuit Patriarcha.* Sur, & alii. Ap. Baron. ab an. Chriſt. 576. tom. 7. fol. 564. uſq. ad an. 610. tom. 8. fol. 213. (b) Baron. ub. ſupr. (c) Eccleſ. in 2. lect. 2. noct. ejus, ofic. die 12. Mart. & Ribaden. in ejus vit.

berio II. llamado á la mayor Corona, no solamente por Constantino, sino por el Senado de la segunda Roma, y por el egercito Romano, como rarissimo en esta virtud de la caridad, y con una propiedad sumamente parecida á los sucesos de San Juan; pues quanto mas limosnas daba, tanto mas le daba Dios que diesse. Y assi, hallandose en una ocasion con sed de socorrer á los pobres, vió en su Palacio en el suelo una tabla de marmol, con una señal hermosissima de la Santa Cruz; y pareciendole indecencia que estuviesse en tierra la señal que él trahia en su Corona, y habia sido, y era llave de los mismos Cielos, mandó que quitassen aquella losa de alli, alzaronla, y hallaron otra como ella, y con la misma señal: quitaronla tambien, y hallaron otra, y debajo de esta un tesoro de oro de grandissimo valor, con que pudo el Cesar satisfacer el ansia que tenia de socorrer á los pobres. (d) Tambien en un pozo de Italia halló las riquezas que habia escondido Narsetes, valeroso General de Justiniano, el qual se las recató, y escondió entonces á su Principe, y vinieron despues á las piadosas, y liberales manos de Tiberio. (e)

3 A Tiberio II. sucedió Mauricio su yerno, igual en el valor, y desigual sumamente en esta excelente virtud de la limosna, y liberalidad; pues por no saberla egercitar, y sosegar con ella los egercitos, perdió con el Imperio, y la Corona, no solamente la vida, sino la propia muger, hijos, y deudos, á quien dió cruel muerte el Barbaro Phocas, que Dios escogió por instrumento á este castigo, y del Imperio; (f) pues en él obró de suerte (menos lo que declaró en favor de la Iglesia Catolica Romana) que dignamente padeció por la mano de Eraclio su sucesor, la pena que él tan crudamente egecutó en su antecesor Mauricio. (g) Sobrevivió el Emperador Eraclio á San Juan, y governó este Cesar con principios, y progresos de una virtud muy constante, pero acabó infelicissimamente, consumiendo el ocio, á quien primero acreditó, y hizo famoso el valor. (h) Y estos quatro Emperadores, y Pontifices, con poca diferencia concurrieron desde el nacimiento, hasta la muerte de San Juan el Limosnero.

(d) Naucler. volum. 2. generat. 20. pag. 615. (e) Id. Naucl. eod. loc.
(f) Pined. Monarch. Ecclesiast. tom. 3. cap. 6. fol. 12. paragr. 5.
(g) Nicephor. Calist. lib. 18. cap. 55. (h) Pined. ub. supr. cap. 12. fol. 23. paragr. 2.

CA-

CAPITULO II.

NACIMIENTO DE SAN JUAN, Y PRIMEROS prodigios de su vida.



Nació San Juan en la Isla de Chipre, gobernando su padre Epiphanio aquel Reyno, por el Emperador Justino, y Tiberio II: era de ilustre linage, y sangre. De su madre no se dejó el nombre escrito; pero se conoce su nobleza, sobre afirmarla las historias, en la Dignidad que tuvo su marido; porque la de gobernar un Reyno, es la mayor que se puede conseguir debajo de la mano del Emperador, ó Rey; y la Isla de Chipre fue siempre una de las mas estimadas joyas del Imperio.

2 Crióse con gran virtud en sus primeros años, y desde ellos comenzó á despedir rayos de excelentes esperanzas; porque la facilidad á recibir las noticias de las letras, era grande; y mayor la de recibir los egemplos, é instrucciones de virtud. Descubrió un natural vivo, y eficáz al entender, pronto, y egecutivo al obrar, dulce, y compasivo al remediar, y socorrer a los pobres; con que en pocos años grangeó la expectacion universal del Reyno, juzgando, que habia de salir aquel Niño, honor de su patria, consuelo de sus padres, y amparo universal de los pobres.

3 Así como le fueron rayando las primeras luces de la razon, comenzó á resplandecer mas su virtud, y entre todas la de la misericordia, y quanto podia acaudalar su cuidado, y grangear con la gracia de sus padres, reducia á sustento, y socorro de los pobres: era todo su egercicio, y alegria dilatar con estos, el afecto de su compasivo corazon, y la ansia que tiene el codicioso al adquirir, tenia este Niño piadosissimo en el dár.

4 Habiendo egercitado esta virtud en muchos, y excelentes actos (aun en sus menores años) le sucedió en el de los quince de su edad una vision admirable; porque estando durmiendo, le pareció que veía cerca de sí una doncella hermosissima, la qual tocandole á la parte del corazon, le despertó; y entonces yá despierto con el mismo resplandor que despedia de sí, la vió claramente (coronada de oliva) y dijo: ¿Quién eres, y de dónde veniste

aqui? Cómo te atreviſte á entrar en el apoſento donde eſtoy? Reſpondióle ella con alegre roſtro, y ſemblante ſonriendoſe: Yo ſoy la primera de las hijas del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. Y ſi tu quieres amarme, te haré muy favorecido ſuyo, porque ninguna de ſus hijas tiene igual valimiento al que yo tengo con él, ni con tan gran confianza pide, y conſigue ſus gracias: yo le perſuadí, que bajaſſe del Cielo á la tierra por los hombres, y ſe hicieſſe Hombre por ellos. Apenas dijo eſto, quando deſapareció. (a)

5 Quedó el piadoſo Mancebo herido en el corazon, y con el animo mas tierno, y compaſivo, y comenzando á diſcurrir ſobre la viſion, referia el miſmo Santo (ſiendo yá Obiſpo) y decia: ¿Quién puede ſer eſta hermoſiſsima Doncella, ſino la Miſericordia? Pues eſta ſanta virtud hizo que el Padre embiaſſe al Hijo á redimirnos, y el Hijo al Eſpiritu Santo á enſeñarnos, y alumbrarnos: (b) á eſta virtud tengo de ſervir, y amar.

6 El dia ſiguiente ſalió Juan de ſu caſa hácia la Igleſia, yá mas enamorado de eſta admirable virtud, ſobre lo que antes eſtaba, y vió un pobre deſcalzo, y deſnudo en tiempo de grande frio: acercóſe á él, deſnudóſe de ſu miſma ropa exterior, cubrióle con ella, diciendo: Ahora veré ſi la Doncella de anoche cumple lo que me ofreció, haciendome amigo del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores. Apenas ſe acercó Juan á la Igleſia, quando llegó á él un hombre, y le dió cien doblas de oro, diciendo: Toma Mancebo eſtas monedas. El turbado de verſe ſocorrido ſin pedirlo, aunque ſe halló ſin fuerzas para reſiſtir eſte ſocorro, vuelto de la turbacion por todas partes buſcaba á ſu bienhechor para volverle las doblas, y no lo halló, con que dijo: Yá la Miſericordia me ofrece mas medios, para ſervirla; y luego las repartió de limoſna.

7 Habiendo ſucedido algunas veces, que quanto mas daba, mas le volvian á dár, dijo: ſin duda que Dios guſta de que le demos limoſna, y para eſſo él miſmo, como quien juega, nos dá *ludens in Orbeterrarum*, (c) porque viendo que no tenemos que darle, nos dá para que le demos: he de vér ſi eſto es aſsi. Pedia, y conſeguia de ſus padres que le dieſſen, y él dabalo luego de li-

(a) Div. Antonin. 2. p. tit. 12. cap. 18. paragr. 12. edit. Lugd. 1543.
(b) Div. Thom. 1. 2. quæſt. 30. art. 4. in corp. (c) Proverb. 8. v. 31.

limofna, y fin pedirlo; por otra parte le volvian á dár doblado de lo que daba, y esto le fucedió tantas veces, que referia el mifmo Santo de sí, que cesó en hacer mas pruebas de ello, diciendo: ¿Hafta quando he de exponerme á tentar á Dios, que no puede fer tentado, ni vencido? Con que dejó aquella noble porfia, dandofe por vencido en ella: y conociendo, que no folamenre èn la otra vida, pero en efta dá Dios al Limofnero ciento, por uno que dá.

CAPITULO III.

OBLIGAN A JUAN A TOMAR ESTADO, CASASE, y mueren fu muger, é hijos.



CReció Juan en la virtud, y la edad; y en fus padres el defeo de fu lógro, y fucefion; y afsi rrataron de que tomaffe eftado, y proponiendole algunos cafamientos, les iba dando dilaciones, y efcufas, refuelto el Sanro mancebo á abrazar el Eclefiaftico. Sobre efto fe hicieron diverfas inftancias con él, y fus padres, con la jurifdicion que les daba la naruraleza, y las prendas de obediencia, y docilidad de Juan, inftaron que obedecieffe, y fe fujetaffe al fanto yugo del venerable matrimonio. Ultimamente, con gran trabajo lo configuieron, bufcandole muger de igual virtud, calidad, y edad, cuyos padres, y fu nombre omitieron los Hiftoriadores de aquel tiempo; pero afirman que no fueron menores las inftancias que huvieron de gaftar fus padres, para remover del Sanro el defeo honefto de guardar, (aun defpues de cafado) el propofito de confervarfe en pureza, que las que gaftaron en cafarlo. En fin huvo de hacer la voluntad de fus padres, y fuegros, que defeaban fucefion, procedida de fangre, y virtud tan generofa.

2 Vivió fanro cafado, el que habia vivido fanto antes de fu matrimonio, egercitó las virrudes de prudencia, y templanza mandando, el que habia egercitado las de refignacion, y humildad, obedeciendo; pero entre ellas, la de la mifericordia, cuidando de manera de los pobres, que fin falrar á las comunes cargas del marrimonio, y atenciones de gobierno, confervando tambien el decóro de fu eftado, no ignoraffen fu nombre los hofpitales, ni fu focorro los miferables, y afligidos: iban como á

pa-

padre, á reconocerle los pobres, y era amparo de las viudas, y doncellas; finalmente, el consuelo, el remedio, y la alegria del Reyno. Fue algunos años casado, y en ellos resplandeció admirablemente en las virtudes de su estado, y profesion. Dióle Dios hijos, para que huviesse en el Cielo prendas de este siervo suyo, y llevóselos muy presto, con la muger, para que quedasse dispuesto á estado mas alto, y encumbrado, y en el qual pudiesse ser mas util universalmente á todos.

3 Ponderan mucho los Historiadores la paciencia con que llevó la pérdida de sus hijos, y propia muger, siendo las mas caras prendas de esta vida, sin que digesse mas palabras que las del santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum.* (a) El Señor los dió, el Señor los quitó, sea su nombre bendito. Con que usando de la infelicidad, como sabio, y espiritual, para mayor felicidad de su alma, tuvo por desembarazo el desconsuelo, y por misericordia la tribulacion, para servir mas á Dios, y darse todo, y en todo á su amor; habiendo obrado su Divina Magestad con este admirable Varon, lo que el buen labrador con el arbol que desea vér crecido, que lo póda, y corta las ramas, y le deja solo la espiga, y tronco para que toda la fuerza, y virtud la eche, y aplíque á la parte superior. Assi el Venerable Juan que se dividia en la propia muger, é hijos, cortados estos, y sin aquel embarazo, puso todo su cuidado, y tiempo, que antes ocupaba en Dios, y en las criaturas, solo en Dios su Criador: y de un santo mozo, pasó á ser egemplar casado, y de un egemplar casado, á un honesto, y perfecto viudo, aplicando con mayor largueza su cuidado, y sus bienes temporales, al empleo de su santa vocacion de la limosna; llenando no solo la Ciudad donde habitaba, sino todas aquellas Regiones del Oriente, del santo olor de su piedad, caridad, fervor, y espiritu; disponiendo Dios, que en todos estados, y profesiones fuesse perfecto, el que criaba para gobernar, perficionar, y enseñar desde la alta Cátedra de la mayor Iglesia de Egipto, á toda suerte de estados, y profesion.

(a) Job 1. v. 21.

CAPITULO IV.

PIDE EL PUEBLO ALEJANDRINO A SAN JUAN por Obispo, y Patriarca. Patriarcado de Alejandria, y sus progresos.



Unque todas las virtudes tienen credito en el mundo, ninguna se lleva la opinion, y fama de las gentes, como la de la limosna; porque las otras andan siempre tan cerca de la persona, que no pueden correr de gente en gente, como la beneficencia. Al honesto, solo adorna su persona este precioso tesoro: el manso de corazon hace suave su trato, y no pasa este agrado de los conocidos, y familiares con quien trata: el contemplativo, solo á Dios dirige sus acciones: el humilde, reduce á sí las virtudes, pero no las propaga en los demás; mas el largo, y limosnero, tantos pregoneros tiene de su virtud, quantos afligidos socorre su liberalidad, tantos Coronistas de su fama, quantos pobres beneficia su largueza. Por esto Christo nuestro Señor, habiendole hecho célebre sus virtudes, siendo ellas el origen de todo bien, y virtud, todavia le siguió mas numero de oyentes, y Discipulos, luego que egercitó la limosna, y socorrió con cinco panes, y pocos peces á sus oyentes, y luego trataron de levantarlo por Rey. (a) Asi tambien las limosnas, y caridad de San Juan, hicieron célebre su opinion en el Oriente, á tiempo que estaba la Iglesia de Alejandría vacante, por la muerte del Patriarca Teodoro, (b) y encendió aquellos Pueblos en deseo de elegirlo por su Prelado, y Pastór.

2 Es la Ciudad de Alejandría, que hoy llaman los Turcos Escanderia, de las mas ilustres, y en algunos tiempos la primera de Egipto: su sitio es á la parte de Europa, y costa del mar Mediterraneo. Fundóla Alejandro Magno en quince dias solos, y la ilustró con su nombre;(c) y en este poco tiempo (segun refiere Justino) la adornó, y fortificó de manera, que podian sus principios igualar á los progresos, y aumentos de los mayores. Fue cre-

(a) Joan. 6. v. 14. & 15. (b) Zonar. tom. 3. ap. Niceph. Calist. lib. 18. cap. 35.
(c) Christ. Adricom. Theatr. terr. Sanct. fol. 117. n. 6.

creciendo con el Imperio Romano por la comodidad que en sí ofrece, para la comunicacion de las negociaciones de Europa, assi por hallarse con excelente puesto á la mar, como por no estar lejos del Nilo, rio caudaloso, cuyas corrientes fertilissimamente fecundan sus riberas. (d)

3 Esta Ciudad, que fue hasta la caída del Imperio Griego, cabeza de todas aquellas Regiones, yá en poder de los Turcos, y Agarenos, solo conserva algunos edificios, y ruinas, por cuya grandeza se manifiesta en desdichas, lo que fue en felicidades. Háse transferido toda la opulencia, y poblacion de Alejandría á la antigua Memphis, Silla de los Faraones, y Trono de Joseph (segun afirman algunos) descánso primero, y despues cadena del Pueblo del Señor, á la qual llaman hoy el Gran Cayro, olvidado el primer nombre de Memphis; Ciudad que ni en antiguedad puede igualarla otra alguna, como la que comenzó antes de las Monarquias, ni hoy en numero de vecinos, opulencia de trato, grandeza de poblaciones, halla con quien facilmente compararse.

4 Despues de la venida de Christo nuestro Señor, fundó San Marcos Evangelista la Christiandad en Alejandria, (e) con fecunda bendicion de Dios, y tan admirable disciplina, y enseñanza, que fueron las escuelas de Teología Christiana, y aquella Silla, Cátedra de sagrada erudicion, y Catecismos de Fé, y sus Christianos, el egemplar de los de la primitiba Iglesia; pues aun los mismos Hebréos, y Gentiles admiraban su virtud, desasimiento, caridad, y perfeccion, como lo escribe Filon en un tratado, con que dió luz al mundo de las heroycas acciones de aquella primitiba, y venerable Iglesia Alejandrina. (f) A esta causa, y por su grandeza vino á ser aquella Silla de los mayores Obispados del Oriente, y el primer Patriarcado de los quatro (aunque despues por declaraciones, y causas particulares) le igualó, y aun tal vez le precedió el de la segunda Roma, que llaman Constantinopla, como parece por los libros del Derecho Canonico, y otros. (g)

5 La Iglesia Oriental se gobernó (aunque debajo de la mano del Pontifice Romano, universal Pastór del mundo, como Vi-

ca-

(d) Justin. lib. 2. & Joseph. 2. bello. 16. & 5. bello. 11. ap. Adricom. eod. loc.
(e) Ep. 3. Anaclet. Pap. & Concil. Roman. sub Gelas. Pap. ap. Labb. & Cossart. tom. 1. fol. 530. lit. C. Venet. 1728. (f) Phil. Hebr. de vit. contemplat. pag. 614. & 616. edit. Antuerp. 1614. (g) Lequiem. Oriens. Christ. tom. 1. pag. 2. col. 2.

cario de Chriſto, y ſuceſor de San Pedro) por quatro Patriarcas: Alejandrino, Antioqueno, Hieroſolimitano, y Conſtantinopolitano, ſigo la orden de la antiguedad, y del tiempo. Eſtos tenian debajo de ſu juriſdicion á los Metropolitanos, eſtos á los ſufraganeos Obiſpos, y eſtos á los Curas, Beneficiados, y Parrocos; con que las Sillas Patriarcales eran por las apelaciones, autoridad, proviſiones, preeminencias, grandeza, y opulencia de poder, y gobierno eſpiritual, las primeras, deſpues de la Romana (que eſta fue ſuperior, y reconocida, y reverenciada de todas.) (h)

6 Dió al mundo la Igleſia Alejandrina excelentes Prelados, aſsi para el egemplo de los Fieles, como para la defenſa de la Fé, y entre ellos, deſpues de San Marcos, y ſus primeros ſuceſores: á San Dioniſio, Santo Tomás, San Pedro el Alejandrino (Martir iluſtre) y San Alejandro, gran defenſor de la Fé, y ſobre todos el grande Atanaſio, que en erudicion, valor, conſtancia, y ſantidad de vida, fue el conſuelo, defenſa, y admiracion de la Igleſia. (i)

7 Pero eſta miſma Silla Alejandrina, por tantas razones clara, y entre todas las del Oriente reconocida, padeció ſus infelicidades, y caídas, como la que eſtaba igualmente expueſta á las comunes miſerias de la vida, y variedad de los acaecimientos humanos; porque aqui nació, y fue incautamente ordenado de Presbitero, aquel monſtruo de blasfemias Arrio, (j) el qual engañando gran parte del pueblo Alejandrino, fue difundiendo, y eſparciendo ſu veneno por Egipto, y llegó, no ſolo á mancillar, y manchar el corazon de algunos Emperadores, y Reyes, y con ellos ſus Reynos, y Provincias, ſino grande numero de Paſtores. De ſuerte, que como el Dragón infernal ſe llevó tras sí gran parte de las Eſtrellas del Cielo; aſsi eſta fiera el tiempo que duraron defendidas, y aplaudidas ſus blasfemias, llevó á eterna condenacion, con la ſuya, inumerables almas, deſencajandolas del Cielo de la Igleſia Militante, y de la pureza, y coſtancia de ſu Fé. A eſta cauſa, entre Varones doctiſsimos, y ſantiſsimos, que tuvo por ſuceſores San Marcos en la Silla Alejandrina, tuvo otros Paſtores intruſos, y perdídos, que fueron lobos crueles de ſus ove-

(h) Id. tom. 2. ſ pag. 355. uſq. ad 361. (i) Act. SS. tom. 5. Jun. pag. 7. 29. 32. 34. 37. & 39. (j) Pagius, & Gelaſ. Cyzicen. lib. 2. cap. 1. ap. Bolland. tom. 5. Jun. pag. 36. col. 2. Labb. tom. 2. Concil. col. 106. & 107.

jas, con que tanto tuvieron que padecer los buenos, quanto les ofrecian que deshacer de ſu errada Doctrina, y perverſion los malos.

8 Los tiempos inmediatos á la ſuceſion del Gran Juan (ſujeto de nueſtra relacion) fueron mas felices que otros, porque Teodoro ſu anteceſor, gobernó ſolos dos años, ſin nota alguna de vicio. Y antes de eſte fue Patriarca mas de treinta años S. Eulogio, con tan claras virtudes, que volvió á componer la Igleſia Alejandrina, totalmente perdída por la omiſion, y perverſion de Doctrina de ſus anteceſores, y la inclinacion á diverſos errores, á que eſtuvieron ſujetos. (k) O el merito de tan Santos Patriarcas como tuvo eſta grande Igleſia Alejandrina, ó el de tantos ſubditos Santos, como en ella en la primitiva florecieron, debieron de alcanzar de nueſtro Señor el fervor con que el pueblo Alejandrino, muerto Teodoro Patriarca, pidió por ſu Obiſpo al Venerable Juan, ſujeto de nueſtra Hiſtoria.

9 Acoſtumbrabaſe en aquellos tiempos, y mas particularmente en las Igleſias de Oriente, que los pueblos, concurriendo á eſto los dos Eſtados Eclesiaſtico, y Secular, pedian, y ſeñalaban el Prelado á quien ſe inclinaban, (l) y acudian á los Emperadores, que ſi les parecia preſentaban á la Santa Sede el Poſtulado, el qual haciendo la profeſion de la Fé, la remitian al Pontifice Romano, y reciban del Vicario de Chriſto nueſtro Señor, confirmacion, y licencia para uſar de ſu eleccion.

10 El pueblo Alejandrino, enterado de las grandes virtudes de eſte excelente Varon, no ſolo pedia á ſus Magiſtrados que eligieſſen á Juan por ſu Obiſpo, ſino que ſe tumultuaba ſobre ello, y aſsi ſe lo eſcribieron á Chipre, donde eſtaba, para ſaber ſu voluntad. Reſpondió el Santo con gran reſolucion, quan diverſos eran ſus intentos, y cuidados, y quan agenos de mayores Dignidades, que la del retiro, para darſe todo á la contemplacion de las coſas celeſtiales, afirmando, que no le podia ſer agradable el mandar, á quien ſe hallaba alegre, y deſaſido en la gloria del ſervir. (m)

11 Aviſado el pueblo Alejandrino de la repulſa que dió Juan

á

(k) Nicephor. Caliſt. lib. 18. hiſtor. Eccleſiaſt. cap. 56. Baron. tom. 7. ab an. Chriſt. 519. fol. 53. lit. E. uſq. ad an. 535. fol. 586. & 587. lit. E. Lequien. á fol. 414. tom. 2. Orient. Chriſtian. uſq. ad fol. 438. ejuſd. tom. (l) Concil. 1. Pariſ. ap. Baron. tom. 7. fol. 467. lit. C. Eutych. tom. 1. pag. 331. ap. Leq. tom. 2. fol. 349. Gelaſ. Pap. ap. tom. 1. Corp. Jur. Canon. fol. 208. col. 2. (m) Lipom. tom. 1. fol. 174.

á sus deseos, creció mas impedido, y despedido en el ansia de su eleccion, juzgando que aquel serviria el puesto con mayor perfeccion, que lo rehusaba con mayor costancia, por su humildad. Y habiendo tantos, que á tan alta Silla aspiraban, no quiso el pueblo mudar de su primera opinion; y asi los Magistrados, viendo las instancias, y clamores de Alejandria, y que propuestos otros sujetos, solo les satisfacia Juan, huvieron de dár cuenta al Emperador Eraclio, para que mitigasse el fervor de pueblo tan numeroso, ó para que lo satisfaciesse, y contentasse.

CAPITULO V.

EL EMPERADOR ENVIA A LLAMAR A SAN JUAN, para que acepte la Iglesia, y se interpone Nicetas su favorecido. Quien fue este Ilustre Varon, y las escusas del Santo.



Acil es de conocer á qualquiera medianamente advertido, la parte que Dios tenia en esta eleccion; porque hallandose Juan ausente de Alejandria, siendo aquella Iglesia de tan numeroso Clero, y pueblo, y en el qual concurrian tan grandes sujetos en letras, y santidad, y habiendo en el mismo Patriarcado tantos Metropolitanos, y en sus Metropolis tantos, tan doctos, y sabios Obispos sufraganeos, irse un pueblo, que ordinariamente discurre en los sujetos, y objetos presentes, dejandolos á todos, á pedir el ausente que vivia tan olvidado de semejantes cuidados, sin puesto, ni dignidad, que es esta eleccion de Dios. Es verdad que puede dudarse, si San Juan el Limosnero al tiempo de su eleccion era yá Diacono, ó Sacerdote, ó fue elegido, como San Ambrosio, y otros, de seglar, llamado primero por sus raras, y eminentes virtudes á la Dignidad de Obispo, que al Sacerdocio, (aunque recibiendo primero el Sacerdocio, que entrasse á servir la Dignidad) porque veo que omiten este punto los Historiadores de su tiempo, y para una, y otra opinion hay algunos fundamentos.

2 Es cierto, que por diversos Concilios estaba prohibido elegir en Obispos á seglares, y asi no parece verisimil, que sobre ausente, y seglar lo pidiesse el Pueblo Alejandrino, y contra

expresos Cánones Conciliares. (a) Tampoco es verisimil, que si huviera sido ordenado San Juan, lo pasasse en silencio Leoncio Obispo su Historiador, que le conoció, y trató, ni los demás Autores; y mas habiendo dejado escrito su casamiento, y muerte de su muger, é hijos, siendo menos necesaria esta noticia, que aquella, para llegar con este admirable Prelado á una de las quatro mayores Sillas de Oriente. En estas conjeturas me inclino á la primera opinion, creyendo, que sin duda yá retirado á vida particular, debió de ordenarse de Sacerdote, y lo estaba al tiempo que fue pedido del pueblo para su Obispo, y me ha inclinado á esto el vér una de las Epistolas del Pontifice Nicolao Magno, escrita á Focio, Patriarca intruso de Constantinopla, el qual habiendo entrado desde seglar en aquella Silla, (b) aunque luego lo consagraron de Obispo, antes de egercer la Dignidad, se defendiò con decir, que lo mismo habia sucedido á San Ambrosio, á Eufrasio, y á Nectareo; y le responde el Pontifice Romano con grande erudicion, y espiritu: Que aquellos tres egemplares no podian traherse en consequencia, por haber sido por causas universales, y por altos fines, y particulares inspiraciones de Dios, (c) y vá satisfaciendo en esta Epistola á cada uno de los egemplares largamente, fundando que no derogaban á las comunes reglas de la Iglesia, y Cánones Conciliares: sobre que, y otras cismas, y errores que por esta eleccion se mezclaron, se juntó el Concilio universal, Constantinopolitano, quarto, y fue condenado Focio. (d)

3 Considero que si este mismo Patriarca intruso Focio, tuviera el egemplar de San Juan el Limosnero, para valerse de él, y mas tan cerca de su mismo tiempo, y en Iglesia tan vecina á la de Constantinopla, afirmaria, que podia ser elegido de seglar al Patriarcado, como lo habia sido San Juan el Limosnero al de Alejandria, sin valerse, no solo de tres mas antiguos casos, sino algunos de ellos menos ajustados á su intento, dejando otro tan en terminos notorio, y proximo, como fuera el de San Juan. Y, assi es de creer que era yá Sacerdote el Santo, quando fue pedido por el Pueblo Alejandrino, y que la omision de los Escrito-

res

(a) Canones. Synod. Romanor. ap. Labb. tom. 3. fol. 81. col. 3. (b) Ep. 3. Nicol. 1. ad Phot. ap. Labb. tom. 9. fol. 1297. col. 3. (c) Ep. 6. ejusd. Pap. ad ipf. ap. eund. fol. 1303. col. 1. (d) Tom. 23. Concilior. Can. 6. octav. Synod. General. Constantinopolit. 4. fol. 386. Labb. tom. 10. fol. 735.

res al advertirlo, nació de que yá debia de eſtár tan aſſentada la regla, que no ſe vino á la pluma la duda, ó limitacion. Habiendo llegado á Conſtantinopla las cartas del Pueblo, y Magiſtrados Alejandrinos, en que con grande inſtancia pedian por ſu Obiſpo á Juan, (e) y eſtos daban cuenta del fervor, y anſia con que lo ſolicitaba aquel, y reſiſtia el electo, pareció al Emperador Eraclio (comunicandolo con Nicetas Patricio) en aquellos tiempos ſu mayor favorecido, enviar á llamar á Juan para perſuadirle preſente, lo que auſente rehuſaba. (f)

4 Era Nicetas muy conocido de Juan, y ſe llamaban hermanos eſpirituales. Y porque ha de ſer gran interlocutor en eſta ſucinta relacion, ſerá conveniente decir, quien fue eſte nobiliſſimo Varon. Quando las maldades barbaras de Focas, Emperador inmediato anteceſor de Eraclio, fueron afligiendo el pueblo de Conſtanrinopla, y ſus exceſos, crueldades, y diſoluciones, ofendiendo á la nobleza, (g) ſe comenzaron á conjurar contra él los mayores hombres del Imperio; uno de ellos era Eracliano, padre del Emperador Eraclio; otro Gregoras, padre de Nicetas; otro Priſco; todos Generales actuales de diverſos egercitos de Focas. Concertaronſe los tres de ir marchando cada uno á Conſtanrinopla contra el Tirano, y que el primero que ſe apoderaſſe de la Ciudad, y de la perſona, aquel quedaſſe con el Imperio. (h) Llegó primero con parte del egercito Romano Eraclio, hijo de Eracliano, (i) tomó las armas el pueblo, y Focio, hombre noble, á cuya muger habia violado Focas, lo prendió en ſu Palacio Real, y deſnudandolo de la purpura, lo entregó atado á Eraclio, el qual le dijo: Infame ¿aſsi has adminiſtrado el Imperio? A quien reſpondió. ¿Y tu lo adminiſtrarás mejor? Con que ayrado Eraclio lo mandó matar, y hecho pedazos, mutilados infamemente ſus miembros, fue primero arraſtrado, y luego quemados en el campo que llamaban del Buey. (j)

5 Nicetas, como quien habia concurrido con ſu padre en librar al Imperio de eſta ſervidumbre, y en que fueſſe coronado Eraclio en Ceſar, ſobre ſer ſu ſangre nobiliſsima, fue ſiempre muy eſtimado de Eraclio, tanto, que casó á ſu hijo Conſtantino con Gregoria hija de Nicetas, (k) de quien tuvo á Conſtante (aun-

que

(e) Flos SS. de Villeg. 1. part. fol. 712. col. 3. (f) Ribaden. Flos SS. 1. part. fol. 296.
(g) Baron. tom. 8. fol. 206. lit. D. (h) Pined. Monarqui. Eccleſiaſt. tom. 3. pag. 17. cap. 9. parraf. 1. (i) Baron. tom. 8. fol. 218. lit. D. (j) Id. eod. fol. lit. E.
(k) Pined. tom. 3. cap. 13. fol. 25. parraf. 3

que la madrastra Martina, segunda muger de Eraclio) muerto su marido, mató con veneno á Constantino su hijastro; pero el Senado, viendo esta alevosía, aun despues de coronada ella, y su hijo Eraclion los prendió en su Palacio, y á ella por ser sobradamente entendida, y eloquente, la cortó la lengua (instrumento principal con que egercitaba su ambicion, y á todos los persuadia) y al muchacho, por hacerle mas despreciable á los subditos, cortaron las narices, (1) infelicidad agena de tan Reales Personas, y pusieron en el trono del Imperio á Constante, nieto de Eraclio, y de Nicetas, hijo de su hija Gregoria, y de Constantino. Tanta era la calidad, y fortuna de Nicetas.

6 Con la orden que tuvo Juan del Emperador, partió de Chipre, y llegó á Constantinopla, y al punto lo llevó á su Palacio Nicetas, en el qual no huvo oficio que no hiciesse, y gastasse, para persuadirle que admitiesse el Obispado de Alejandria, resistiendose el Santo con grande costancia, y valor, y afirmando, ser agena su vocacion de estos cuidados, y no bastante su virtud para tal puesto; porque decia tener la Grecia, y el Asia admirables Prelados, experimentados, doctos, santos, en quien poder escoger, y que llenassen aquel vacío, sin embarazarlo con un sujeto de pocas experiencias, ó partes bastantes para servirlo. Al Pueblo (decia el humilde Juan) se le agravia en defraudarle de mayor, y mejor pasto, y Pastór, y á mi con lo mismo que me honran, me lastíman. Miro como peligro lo que se mira comunmente como honor, y en lo alto que ellos ponderan la Dignidad, pondero yo el precipicio. ¿Quien puede en egercicios seculares criado, obrar con acierto en los Eclesiasticos? Ni aventurarse á sí, y á los que guia, sin las experiencias necesarias en materia tan grande, y dificultosa? En un mar incierto, y lleno de escollos, quiere el Emperador Eraclio, y el pueblo Alejandrino fiar la nave espiritual de su Iglesia á un Piloto, que igualmente se ha de perder, y perderlos? Y quando para la mas breve, y conocida navegacion busca el navegante el mas platico, se elige para la mas arriesgada al inexperto? Donde tantos se han perdído, cómo no se perderá mi insuficiencia? Y quando Varones llenos de erudicion, opinion, y santidad de vida no pudieron sin grande infelicidad vencer las dificultades de aquel gobierno, fiarlo ahora á

(1) D. Antonin. 2. p. tit. 13. cap. 4. §. 5. edit. Lugd. 1543.

á los hombros mas débiles, y flacos, no será eleccion, sino ruina. (m) Con estas, y otras razones se defendia el Venerable Varon, sin que las de Nicetas, ni su autoridad fuessen parte á contrastarlo, y vencerlo.

CAPITULO VI.

AVISA NICETAS AL EMPERADOR de la repugnancia de Juan á esta platica, el qual le habla, y persuade á que acepte el Obispado.



Visó de esto Nicetas al Emperador Eraclio, y pareció conveniente que le hablassen entrambos al Varon de Dios. Assi lo hicieron, ponderando el servicio que hacia á su Magestad, con sacrificarse á estos cuidados. El afecto del Pueblo Alejandrino, que con sus clamores estaba manifestando la Voluntad Divina, quan servida se daria su Bondad, de que dejando el ocio de la vida contemplativa, se ofreciesse á los cuidados de la activa, en la qual siendo ministerio totalmente espiritual, podia encenderse mas en la una, con las virtudes que egercitaria en la otra. Representabanle, quan copiosa materia se ofrecia á su caridad, y largueza, para socorrer los pobres con tan crecidas rentas, previniendo que repartiessen sus liberales manos las limosnas, y socorros, que en otras podia suceder que fuessen materia al vicio, y la perdicion. Que los hombres de ilustre sangre, y caudal, no nacieron para sí, sino para beneficiar al comun. ¿Si nos debemos (decia el Emperador) á lo publico, quanto mas nos deberemos á Dios? Igualmente habemos de dár cuenta de lo malo que hacemos, como de lo bueno que omitimos, y del talento escondido en la tierra, la dió el siervo inutil, (a) como de la violencia con su consiervo, el cruél. (b) ¿De qué sirven los dones del Señor, si han de estár ocultos, y escondidos? Qué satisfacion se dá á su empleo con tenerlos ociosos en el retiro de Chipre, quando deben estár grangeando en Alejandria? Qué cuenta se dará de estos talentos, quando el Señor que los dió pidiere hones-

(m) Lipom. tom. 1. vit. SS. fol. 174. col. 2. (a) Matth. 25. v. 24.
(b) Id. 18. v. 32. & 33.

nestas, y debidas usuras de su caudal? Qué pobres socorridos? Qué viudas amparadas? Qué doncellas remediadas? Qué Pueblos enseñados? Qué vicios extirpados? Qué heregías convencidas? Qué ovejas, y almas conducidas, y guiadas á la patria celestial?

2 No basta pagar tres al que debe cinco, pediránle la cuenta de los dos; no se satisface á la deuda con la parte, quando se pide de justicia el todo, ni con los egercicios reservados de Chipre se puede satisfacer á Dios en las virtudes que quiere se egerciten manifiestas, y egemplares en Alejandria. Quien persuadió á aquel pueblo, que eligiesse, y pidiesse con clamores, y voces á Juan ausente, olvidado de estos cuidados; siendo cierto, que quando los puestos que solicita la ambicion presente, se ofrecen al desengañado, y ausente, y esto por un pueblo tan grande, á quien no basta á vencer la importunacion, ni á corromper la codicia, es eleccion guiada, y encaminada por Dios. Propusole el Emperador tambien su misma autoridad, y la obligacion á su obediencia, y resignacion, que rogaba, acostumbrado á mandar, y la atencion con que debia estár de librarle de los cuidados de aquel gran Pueblo, que se tumultuaba, pidiendole por Pastór, y que se escusaba con dár empleo á sus virtudes, los escandalos, discordias, y miserias que podian resultar de no rendirse á la Voluntad de Dios, explicada por los Pueblos, por los Reyes, y los Reynos. (c) Finalmente, tantas instancias hicieron el Emperador, y su valído Nicetas, con Juan, que se sujeró al yugo de la venerable Iglesia Alejandrina, y despues de habersélo agradecido el Cesar, honrado, y favorecido de toda la Corte, partió á Alejandria, á consagrarse al servicio de su Esposa.

(c) Sur. tom. 1. fol. 532.



CA-

CAPITULO VII.

CONSAGRASE EN ALEJANDRIA SAN JUAN: alegria del Pueblo al recibirlo, y primeras disposiciones del gobierno de su Iglesia.



Llegó á Alejandria Juan su Patriarca, electo por los años de seiscientos y once, (a) recibido de aquella populosa Ciudad con singulares aclamaciones del Pueblo; como hijo de su eleccion, y Padre destinado de su remedio, y amparo. No se saciaban los de Alejandria de tener presente al que ausente tanto veneraron, y aplaudieron, aumentando su gozo el vér, que en el agrado, y suavidad de su persona, y conversacion, estaba resplandeciendo su caridad interior. Consagróse á los ojos, y con las bendiciones de sus ovejas, y subditos. Envió á Roma la profesion de su Fé pura, é intacta, recibió la bendicion Apostolica, y despachos de San Bonifacio Quarto, que entonces gobernaba la Catedra de San Pedro; (b) y yá adornado de la Mitra, y Báculo Pastoral, ungido de los licores de Dios en su consagracion, comenzó á egercitar sus virtudes con universal expectacion del Imperio.

2 No sé si es dicha entrar acreditados los Prelados en el ministerio Pastoral; porque son tan altas las virtudes que les piden, que obligados á mayor perfeccion, y penalidades, por la opinion, y por el puesto, con grande dificultad la pueden satisfacer. Por el contrario, lo menos esperado, se estima mas, y como no imaginado tesoro, alegran las virtudes no esperadas. Pero Juan llenó la esperanza, y deseo de sus subditos, porque desde sus primeros pasos fueron todos de altisima perfeccion, y actos tan heroycos, que no dejó en suspension el concepto de las gentes. Puso su casa con religiosa, y santa atencion: la familia modesta, no superflua: las alhajas á la necesidad, no al ornato: atendiendo mas al ministerio, que á la Dignidad, y juzgandose mas Pastór, que Patriarca: la autoridad la grangeaba, y adquiria con el agrado, y la largueza, y conformar, y descubrir acio-

(a) Baron. tom.8. fol.214. lit.A. (b) Idem. Ibid.

ciones sérias, perfectas, y egemplares; y asi la estimacion que suelen ofrecer al Prelado la ostentacion, y lucimiento exterior, la asseguraba el Santo con mayor contentamiento, y satisfacion comun, por la pureza, y alto conocimiento de sus admirables virtudes.

3 Usabase en el Pueblo Alejandrino, y en algunas de las Iglesias del Oriente, hacer ofrendas, y donativos á los Obispos luego que tomaban la posesion, siguiendo la costumbre del tiempo de los Apostoles, en el qual los Fieles echaban á sus pies las riquezas, para que las repartiessen.(c) De aqui nacia luego la expectacion de los subditos en las acciones del Prelado; porque si veían que facilmente daba lo que recibia, y era canal, y no laguna, de la plata que le daban, concebian buen año, y buen gobierno en su Iglesia; pero si con corta mano al dár, obraba con muy larga al recibir, facilmente colegian de tales principios, infelices los progresos, y los fines. A San Juan, con la opinion de largo, y de Limosnero, socorrieron con grande liberalidad los ricos de Alejandria, y su Patriarcado, y Obispado, para que pudiesse amparar los pobres; y el Venerable Varon los tuvo tan poco tiempo, suspensos al volverlo á restituir, que presto conocieron que ardia en su corazon la caridad interior que se manifestaba en su exterior agrado, y suavidad; pues abriendo francamente las puertas del corazon, y de su casa, á las públicas, y particulares necesidades de los pueblos, manifestó, que no nacia su apacibilidad de un deseo de fama, y opinion popular, é inutil, sino de un encendido amor de Dios, y de sus criaturas; pues á los que hablaba apacible, sustentaba largo; y á los que con discrecion consolaba, tambien con grande largueza socorria.

4 Juntó un dia de los del principio de su gobierno en su casa á sus Ministros de Consejo, y de limosna, y dijoles: Que necesitaba de saber el numero de Señores, á quien tenia que servir en su oficio, y que asi fuessen por toda Alejandria, y los alistassen, porque no faltasse á obligacion tan precisa. Los Ministros oyeron con suspension, y admiracion estas razones, y uno de ellos dijo: ¿Pues quién (ó ilustre Patriarca) son en esta Ciudad tus señores, quando todos te reverencian, y respetan como á Padre, y te aman, y estiman como á Señor? Los pobres (dijo el Ve-

(c) Act. 4. v. 35.

Venerable Prelado) essos son mis señores, y á los que otros llaman pobres mendígos, y necesitados, llámo yo señores mios; porque representan á Christo nuestro Señor, y estos me han de ayudar, y favorecer, para que sirviendolos á ellos, consiga yo eterna corona, y premio. Obedecieron los Ministros al Obispo, y habiendo alistado á los pobres de Alejandria, hallaron siete mil y quinientos, á los quales desde luego señaló una racion cada dia á cada uno (limosna de tan grande corazon, y socorro) que no es creíble, sino á quien supiere la opulencia de aquella Iglesia, en oblaciones, decimas, rentas, y derechos tan copiosos, que tenia el Patriarca veinte navíos suyos para navegar sus frutos, y de su Iglesia, y conducirlos á diversas partes, puertos, y provincias, para sacar el precio; (d) con que como el Nilo fecundaba los campos de Egipto, el Santo Patriarca las necesidades de sus subditos, y pueblos.

CAPITULO VIII.

ZELO DEL SANTO EN LA PUREZA de la Religion, y extirpacion de los errores de Alejandria.

A La fama de la primera accion del Venerable Patriarca Juan, se puso en atencion todo el Oriente, viendo que daba cotidiano un socorro tan grande, que no era pequeño en ciertos tiempos del año, y con la llave misma que abrió el Santo sus tesoros, abrió Dios nuestro Señor á su egemplo, los de todos los poderosos de Egipto; porque viendo quan seguramente repartia las limosnas, todos procuraban salvarse por manos tan liberales, y le enviaban, y ofrecian sus riquezas, para que las hiciesse eternas, ofreciendolas á Dios: y su Divina Magestad (que yá en Chipre le habia multiplicado los socorros con gastarlos, mucho mas que otros los multiplican con guardarlos, y adquirirlos) comenzó á hacer iguales, y mayores prodigios en Alejandria. Habia andado tan turbada la Iglesia de Alejandria con cismas, y errores perniciosos en la Fé, que el cuidado de los Santos Patriar-

(d) Ribaden. 1. p. fol. 300.

cas, todo ocupado en defender las ovejas de esta peste, no habia podido lucir, ni adornar sus Iglesias, y sus Templos, y asi habia pocos, y menos capaces de lo que pedia el numero del pueblo. El Santo tambien viendo que los Fieles primero se han de fundar en la Doctrina, y luego instruidos en la Fé promoverlos á las virtudes de la caridad, puso su principal cuidado, luego que tomó la posesion de su Iglesia, en arrancar la zizaña de su trigo, y despues de hecho esto trató de edificar troges, y almacenes (esto es, Templos, é Iglesias) donde la semilla de Christo se conservasse, y guardasse.

2 Habia entre sus ovejas un lobo carnicero, que se llamaba Pedro Naseo, que les enseñaba un error necisimo, mas no poco pernicioso, y era, ser pasible la Divinidad; siendo en quanto Divinidad, totalmente inmortal, é impasible. Llamó á esta fiera, y la convenció, y reprehendió, y castigó á él, y á los discipulos que le seguian, y redujo por la gracia Divina á su redil todas las almas que andaban fuera de él, y la verdad, perdídas, y distrahidas. (a) Luego buscando grandes Maestros, que fueron Juan, y Sofronio, Varones ilustres de aquellos tiempos, que despues de la muerte del Santo escribieron su santa vida, fue por todas las partes de Alejandria, y su Patriarcado, asi en las Iglesias, como en las Congregaciones, manifestando, y enseñando la verdadera doctrina, descubriendo las verdades de la Fé en los edictos públicos, y en los sermones y platicas, tan clara, y distintamente, que á los mas ignorantes alumbraba, y á los presumidos convencia. A los rayos de esta luz comenzó á huír como sombra la heregía; y la que antes tenia tiranizada la mayor parte del Pueblo, huía yá desterrada, desestimada, y convencida, á los mas ocultos angulos de aquella dichosisima Ciudad.

3 Hace gran fuerza á la persuasion de la verdadera Fé, sobre ser la primera, é intrinseca virtud de la doctrina Evangelica, el egemplo, y santidad del Maestro; y asi viendo Alejandria un Varon tan Apostolico, desasido, pobre, caritativo, y perfecto, creíanle facilmente, no pudiendo llegar á su pensamiento, que quien tan largamente socorria con la limosna corporal á sus subditos, les engañasse, ni defraudasse del mejor pasto, y socorro, que es el espiritual. A esta causa sobre venir

tan

(a) Simeon. Metaph. ap. Act. SS. tom. 2. Januar. fol. 518.

tan recomendada la Fé del Patriarca, por la tradicion de los Apoſtoles (y primitivo Maeſtro de aquella Igleſia, San Marcos Evangeliſta,[b]) y ſobre calificarla la Santa Sede Apoſtolica Romana, los Concilios generales, la conteſtacion de los Santos Martires, y Confeſores, la opinion univerſal de los Sabios, y Doctores de la Igleſia, y las razones interiores que trahia conſigo ſu verdad; entraba tambien recomendada á unos ſubditos amantes de ſu Prelado, por un Paſtór egemplar, benéfico, enamorado de ſu Igleſia, zeloſo, puro, fervoroſo, y liberal, que como quien nada tenia, ni queria para sí, todo lo mejor procuraba, y deſeaba para el bien de ſus ovejas.

CAPITULO IX.

HACE TEMPLOS EN ALEJANDRIA, Y EL NUMERO grande que hizo de ellos.

DEſterrada la heregía de la Igleſia, y victorioſa yá la Catolica verdad, trató de aſſegurarla con las virtudes de ſus ſubditos, que ſon las que afianzan, y promueven nueſtra verdadera Fé. Mucho deben las Cabezas Ecleſiaſticas, y Seculares atender á eſcuſar, y reprimir los vicios en lo moral; porque eſtos en haciendoſe eſcandaloſos, inſolentes, y comunes, enſordecen las almas á las voces de la Fé en lo dogmatico: y dormidas, ó por mejor decir, muertas á lo bueno, facilmente creen las propoſiciones que mas ayudan ſu relajacion, y miſeria; porque ſiendo tan dificil paſar del mal vivir, al bien obrar, deſamparan algunas veces la Fé, por quedarſe engañadas en los deleytes del vicio. Por el contrario, las virtudes obran deſpiertas á la Fé, con gran valor, y atencion; y como las que ſe unen con la caridad, y la eſperanza, no pudiendo haber Caridad, ni Eſperanza ſin Fé, todas defienden á ſu Cabeza, de la manera que en el cuerpo humano á la natural, los miembros que le componen: y aſsi en todas las Republicas, y Reynos, á quien ha infamado el contagio de la Heregía, los vicios fueron los precurſores de los errores en la Fé, y eſtos deſpues entraron confirmando, y acreditando á los vicios.

Vien-

(b) Vid. cap.4. n.4.

2 Viendo esto el Santo Varon, como el que con excelente juicio gobernaba, trató de hacer Templos, donde pudiessen comodamente juntarse los Fieles á oír la palabra del Señor, y ocuparse en las Virtudes de la Religion Christiana, en la oracion, y Sacrificios divinos, y salir de allí con fervor, y devocion á egercitar las demás Morales, y Cardinales. Tenia toda Alejandria quando entró el Santo en su Iglesia siete Templos no mas, siendo un Pueblo de los muy numerosos del Oriente; (y todavia pocos mas eran bastantes para los Catolicos que habia en él) y fue tan grande el cuidado, y atencion del Santo al edificar Iglesias, y el numero de Fieles que redujo á la verdadera Fé, que edificó (y fueron todos necesarios) setenta Templos muy capaces en poco mas de diez años que gobernó la Iglesia de Alejandria, (a) cosa, sin duda alguna, admirable, y que manifestó la grandeza de su ánimo, y de su Fé, y el fruto que hizo su zelo, y la largueza con que los Fieles lo socorrieron con sus limosnas, y ofrendas, y lo que puede un Prelado liberal, en un Pueblo docil, reconocido, abundante, y populoso.

3 Juntamente con hacer Templos á Alejandria su Santo Patriarca, procuraba que fuessen frequentados, y venerados los Sacrificios divinos, y las sagradas Imagenes conservadas en todo aquel decoro, y reverencia que se debe. No dejó de hallar sus dificultades para reducir á la naturaleza desusada, y torpe, á lo mejor, á que siguiesse los influjos de la gracia; pero con platicas, y sermones fue poco á poco dandose prisa de espacio, con un zelo muy prudente, y una prudencia advertida, y eficáz, reduciendo yá con el egemplo, yá con la voz, yá con la limosna, y la caridad, y tal vez con la reprehension á sus ovejas. Es muy memorable lo que sucedió al Santo sobre esto en una ocasion con el Pueblo Alejandrino, y en la Historia Eclesiastica muy celebrado.

4 Estaba diciendo un dia Missa de Pontifical, y toda la Ciudad de Alejandria en el Templo, los Magistrados, y Regidores públicos en sus asientos, y el Pueblo en lo restante de la Iglesia. Hacia grande frio, y lentamente se fueron saliendo algunos de los Regidores, y Magistrados á la plaza, donde habia unos porticos acomodados para tomar el Sol. Fueron siguiendo, los gober-

(a) Laur. Sur. tom. 1. fol. 533.

bernados, y regídos, á los Magiſtrados, Regidores, y Gobernadores, y deſamparado de las Cabezas el Templo, facilmente hicieron todos lo miſmo, con que apenas quedó perſona alguna en la Igleſia. Proſeguia el Santo la Miſa, y volviendoſe al Pueblo, diciendo: *Pax vobis*, vió que no habia nadie en ella, y preguntando, ¿dónde eſtaban ſus ſubditos? le afirmaron que eſtaba llena la plaza de gente. Entonces el Santo tomó el Báculo, y la Mitra, y mandó á todos los Miniſtros del Altar que lo ſiguieſſen: y ſaliendo á la plaza con los ornamentos de Pontifical, y con todos los Miniſtros reveſtidos, llegando á los aſsientos públicos en que eſtaba la Ciudad, dijo: Le hicieſſen lugar, que queria tomar el Sol como ellos.

5 Admirados los ſeglares de vér interrumpido por el Santo el inefable ſacrificio del Altar, le preguntaron la cauſa, y el Santo les dijo: Hijos, adonde eſtá ſu ganado, ha de eſtár ſiempre el Paſtór, voſotros me dejais en el Sacrificio quando yo digo la Miſa por voſotros: ó todos eſtemos fuera del Templo ſirviendo á nueſtro Señor, ó todos dentro de él, adorandole, que no digo yo la Miſa, ni celebro el Divino Sacrificio á las paredes, ſino á voſotros, que ſois los Templos vivos de Dios. Humillados con eſto, y enſeñados los Magiſtrados, y el Pueblo, volvieron con el Santo Paſtór á la Igleſia, y acabó el Divino Sacrificio, y ſe moderò de alli adelante tan grande relajacion. (b) De creer es, que la delgadeza de la cenſura politica repararia en eſtas demoſtraciones del Santo, y en dejar el Divino Sacrificio interrumpido, pudiendo con la predicacion enmendar á ſus ovejas. A que facilmente ſe puede ſatisfacer, con que en aqueſtas ocaſiones ſe han de mirar las circunſtancias del caſo, y del egemplo, y eſpiritu particular, y fuerza interior, que para eſto tuvo el Santo, y la cauſa urgente que le obligó en el eſtado de la Chriſtiandad de aquella Igleſia: y el hacerlo Varon tan acreditado, debe perſuadir, que conſervó en eſta accion, y demoſtracion todos los limites de una eſpiritual prudencia, ſin tocar, ni amancillar á los de la Religion. Porque á la verdad, los actos heroycos de los Santos ſobreſalen frequentemente de las reglas comunes, por la mayor perfeccion, y en tanto ſon heroycos, y perfectos, en quanto eſtán llenos de una ſabiduria divina, con que parecen defini-

(b) S. Antonin. 2.p. tit. 12. §. 13. edit. Lugd. 1543.

didos á los ojos de esta prudencia humana, la qual limita de tal manera las virtudes, que sin atreverse á salir á los actos anagogicos, apenas se conservan en los morales, de que se podian referir egemplos claros, que escuso por atender á hacer sucinta la relacion.

CAPITULO X.

DEL CUIDADO QUE TENIA EL SANTO con que se guardasse silencio en los Templos, y lo que promovia los sufragios por los difuntos, y memoria de la muerte.



Unque en todas las materias del Culto Divino resplandeció mucho el Santo; pero fue notable su cuidado al mandar que se estuviesse con reverencia en las Iglesias, y con el silencio conveniente. Para esso, despues de haber hecho diversas exhortaciones al Pueblo, puso zeladores que anduviessen por los Templos, y que quietassen los Fieles en qualquiera movimiento de ruido. Ordenó, y por públicos edictos separó en la misma Iglesia los hombres de las mugeres: con que con el lucimiento, atencion, y devocion con que se celebraban los Oficios divinos, fue promoviendose el culto, y devocion del Pueblo de Alejandria, y reduciendo á sus primeros fervores. Concurrian los Christianos con gran frequencia á los Templos, assi á assistir al inefable Sacrificio del Altar, como á los demás oficios, pláticas, y sermones, y en todo estaban con la debida atencion.

2 Entre otras cosas que estaban olvidadas en Alejandria, quando el Santo entró á servir su Iglesia, era la frequencia necessaria de sufragios por las animas de los difuntos; y eran yá muy raros los oficios que se hacian, cosa que causó grande dolor al Santo Patriarca; y assi exhortó al Pueblo con edictos, con pláticas, y sermones, á que mostrassen los vivos la agradecida memoria de los difuntos. Ponderabales, quan debida atencion era esta, pues debian los vivos á los muertos la vida, la honra, la hacienda, y no les pedian sino solo la memoria, los sufragios, y oracion.

3 Hijos son (decia el Santo) los que viven, de los que murieron: de ellos heredaron la vida: aquellos les dieron la hacienda, y estimacion; corta pension es de tanta felicidad, breve

so-

socorro de Misas. ¿Si á los amigos ausentes se debe fidelidad, qué ausentes como las almas de nuestros padres, y hermanos difuntos? Y si á los presos, y encarcelados se debe misericordia, qué presos como las almas del Purgatorio, que si los Fieles no las socorremos, no solamente padecen la prision, sino muchas penas dentro de ella? Quién puede sin gran dolor, vér padecer, y afrentar á su padre? Qué animo no se incita á su socorro? Ha de obrar mas la vista natural, que no la Fé, y mas los dolores del cuerpo, que los del alma? Y mas la representacion de los tormentos de esta vida, que son muy breves, y tolerables (solo porque los vemos) que los de la otra terribles, é intolerables que creemos? Y quando la obligacion, y la lástima, y el justo sentimiento, no nos obligasse á esta debida atencion, nos podia obligar nuestra propia utilidad; porque assi lo harán con nosotros nuestros hijos, como ellos vieren que obramos con nuestros padres; y essas almas que en el Purgatorio penan, y padecen, y suspiran por su remedio, despues de haber salido del Purgatorio, ván al Cielo, y pueden, valen, gozan, favorecen á los que les ayudaron; con que las que hoy socorro con mis sufragios, mañana me ayudarán con su favor, y agradecidas al bien que recibieron, me pagarán centiplicado, favoreciendo á sus devotos en los bienes espirituales, y temporales, hasta reducirlos á que gocen de la gloria que ellas gozan.

4 Ponderabales la eficácia de las ofrendas, y Sacrificios para el bien de las benditas almas del Purgatorio, y que aun en esta vida han obrado efectos muy milagrosos. Contabales egemplos memorables sobre esto, y entre ellos, les dijo: En las guerras pasadas entre el Imperio, y los Persas, sucedió, que entre otros, hicieron cautivo á un vecino de esta Cuidad, al qual, por ser hombre valeroso, lo llevaron á unas carceles, ó mazmorras, que llamaban Letéo, que quiere decir del olvido; porque á los que una vez alli entraban, no rescataban jamás, ni por accidente alguno salian de ellas. De alli á dos años vino un vecino del mismo lugar rescatado; ¿y le preguntaron sus padres por el hijo que tenian cautivo? Respondió el mozo, que habia muerto, y assi lo creía él; porque vió justiciar á otro cautivo tan semejante en el rostro, que pensó que el muerto era por quien preguntaban los padres de aquel cautivo. Oyendo esto ellos con el dolor que deja considerarse, viendo que yá no tenia remedio el sacarlo del

cautiverio del cuerpo, pues era muerto, procuraron con ſufragios, ofrendas, y ſacrificios que ſalieſſe de las penas que en el Purgatorio padeceria ſu alma; y aſsi, tres, ó quatro veces en tres tiempos del año, iban á la Igleſia, y encendian luces, y daban ofrendas por ſu hijo.

5 De alli á ocho años ſucedió, que eſte cautivo, y otros compañeros ſuyos tuvieron forma como romper las carceles de Letéo, y con gran trabajo ſalieron huyendo de poder de aquellos barbaros, y vinieron al lugar de eſte cautivo. Fue luego á caſa de ſus padres el cautivo yá libre, los quales admirados al principio de verlo, lo deſconocieron por tenerle por muerto, y por la mudanza en que le puſieron ſus trabajos; pero á pocas palabras, y razones conocieron ſer ſu hijo. Preguntaronle ſus ſuceſos, y ſe los contó largamente, y entre otras coſas, les dijo: Que los primeros dos años padeció ſumamente en aquella dura carcel, porque no veía luz alguna, y apenas le daban algun ſuſtento; pero paſando eſte tiempo, vió un dia que ſe llegaban á él ſolo, y le alumbraban en la carcel, y ſin que nadie le echaſſe menos, ſe hallaba fuera de ella, y diſcurria por la Ciudad libremente, y comia bien todo aquel dia, y á la noche lo reducian á la miſma carcel, y que aſsi le ſucedia tres veces al año, en cada uno de los ſeis, que deſpues de los dos habia eſtado cautivo. Preguntaron ſus padres los dias en que eſto le ſucedia, y hallaron, que eran el miſmo dia, y punto en que ellos iban á la Igleſia á hacer ſufragios por el alma de ſu hijo, haciendo Dios aquel conſuelo á la vida de aquel cautivo, que correſpondia al que le hiciera en el Purgatorio á ſu alma. (a) Con eſtos, y otros egemplos perſuadia á la devocion de las benditas almas del Purgatorio, y fue promoviendo con gran calor eſta util, ſanta, y debida devocion.

6 No ſolo el Santo favorecia á los muertos, ſino que procuraba con la memoria de la muerte favorecer á los vivos; y de eſto ofreció el miſmo Patriarca un egemplo muy ſingular, y de muy grande enſeñanza. Como ſu Dignidad era tan grande, lo era tambien la reverencia que á ella ſe le tenia, ayudando á eſto el amor con que ſus ſubditos correſpondian á ſu grande caridad. Viendo eſto, le pareció excelentemente lo que hacian algunos Emperadores, que deſeaban acertar en ſu gobierno, que para eſſo ſe diſ-

(a) Lipom. tom. 1. fol. 178.

disponian con la memoria de la muerte; porque por algun tiempo estuvo en práctica la ceremonia siguiente. Assi como se coronaba el Emperador, y aplaudido, y aclamado del Egercito, y del Senado, y de los Pueblos, volvia á casa, antes de embarazarse en el cuidado del Imperio, llamaban á la puerta de su Cámara dos, ó tres escultores de la Ciudad, y pedian su Audiencia. Mandaba el Emperador, que entrassen, y ellos llevando en las manos diversas piedras de Jaspe, Marmol, y otras semejantes, le decian: ¿Avisanos, ó Cesar, de qual de estas piedras quieres que labremos tu sepulcro? porque eres mortal, y puedes morir mañana, y es bien que se comience á fabricar desde hoy. El Emperador escogia la materia, y ellos le labraban el sepulcro. (b)

7 Entendido de esto el Santo Patriarca, usó de otro medio mas eficáz, para que se le repitiesse, y pusiesse delante la memoria de la muerte; pues que poco despues que tomó la posesion, mandó que se comenzasse á labrar su sepulcro, y en llegando á la media parte del edificio, ordenó, que cesassen, y no prosiguiessen en él, y que en las ocasiones de audiencia publica, viniessen los oficiales, y le digessen: Ilustrissimo Señor, no está acabado el sepulcro, y podeis morir mañana, haced que se acabe. Y el Santo respondia: Acordadmelo despues, y de esta suerte, todo el tiempo que fue Patriarca le estuvieron haciendo repetidos recuerdos de la muerte, para hacer mas perfecta, y concertada la vida.

8 Sobre este mismo asunto hacia diversas pláticas, persuadiendo á todos, que tuviessen presente la muerte, si querian conseguir eternos bienes, assegurando, que no habia freno tan eficáz para los vicios del hombre, como la memoria de la muerte, y del juicio, y de la cuenta, y que esto solo bien meditado, bastaba para salvarse. ¡ O quantas veces considero (decia el Santo) la hora en que salga el alma de este miserable cuerpo, sola, pobre, desamparada, sin mas compañia que las buenas obras que huviere hecho! O que cierto es que al salir, viendose tan desnuda de virtud, pedirá un poco de tiempo mas para obrar bien, y llevar quien la acompañe! Entonces le dirán: yá se acabó tu tiempo, hombre, y comienza el tiempo ageno: acabósete el tiempo de obrar, y comienza el tiempo de juzgar lo que has obrado: ¡Ay

(b) Leont. Ep. Neap. in vit. Joan. Eleem. ap. vit. PP. tom. 1. fol. 114. col. 2.

Juan miserable, (decia el Santo) cómo has de poder pasar por entre las bestias devoradoras del cañaverál, que tanto espantaron al Rey David, en sus Psalmos? (d) O como te han de requerir lo que llevas, pesquisar, y aberiguar aquellos crueles alcavaleros.

9 A San Simón Estilita se le reveló, que los Demonios están á coros, segun los vicios que promueven, al paso de las almas, que ván al Juicio Divino, y que salen los Demonios de soberbia, y la reconocen, y quitan las riquezas, vanidades, y locuras de su condicion; y salen los de la sensualidad, y le quitan los deleytes, gozos, musicas, sensualidades; y los de ira, y le quitan los instrumentos de su indignacion, y venganza, y assi todos los demás; y luego se ván tras ella, y llevan todos aquellos pecados, pensamientos, obras, palabras, y medios de perdicion, y lo ponen delante de aquel rectíssimo Juez, y los Angeles ponen por su parte las buenas obras que lleva, para que ellas, y no ellos la defiendan. ¡O que terrible punto! Qué formidable hora! Qué lamentable instante! Si es mucho lo que llevamos de malo, si es poco, ó nada lo que llevamos de bueno! Si San Hilarión, de quien huían los Demonios viviendo, aquel que resucitaba los difuntos, temblaba al salir su alma, y despedirse del cuerpo, y la animaba que saliesse, y no temiesse, y fiasse en la Divina Bondad: (e) ¡Quien no tiembla! Quien no vive como quien ha de morir, y hace obras dignas de vida eterna! Con estas pláticas el Santo, no solo promovia en sí, sino en los otros la util, y santa meditacion, y memoria de la muerte.

(d) Psal. 67. v. 31. vid. Lor. tom. 2. in Psalm. fol. 303. & 34.
(e) D. Hieronim. tom. 2. fol. 40. lit. A.



CA-

CAPITULO XI.

DE LOS HOSPITALES QUE HIZO, y casas, y fundaciones de piedad, y lo que censuraban al Santo.



L perfecto Pastór ha de ser una fuente abundantissima de dos diversas fecundidades, que son la limosna espiritual, y temporal; porque como quiera que tienen su origen estos dos manantiales en el amor de Dios, y del progimo, imposible es, que la abundancia que se recibe en su origen, pueda dejar de estenderse, fertilizar, y socorrer los campos espirituales de su Iglesia. San Juan el Limosnero puso todo su cuidado en estos dos unicos, y admirables empleos del ministerio Episcopál, y Pastorál, y lo consiguió con grande felicidad.

2 Al tiempo que iba ilustrando la Iglesia Alejandrina con Templos, para que se aumentassen las virtudes, iba tambien edificando Hospitales, y obras de piedad, para que se socorriesse el Pueblo en sus trabajos, y necesidades. Exhortó á muchos, que le ayudassen á formar un pósito grande donde se guardasse el trigo, y mantenimiento necessario para las necesidades de los pobres, procurando disponerlo con tal renta, y forma, que siempre entrasse mas cantidad que la que saliesse de él; con que en las comunes necesidades, y en las extraordinarias tenia el Santo Obispo afianzado su cuidado; porque le parecia poco á su caridad, socorrer lo presente, si no prevenia tambien lo venidero. Edificó Hospitales para los pobres por barrios, para que en cada uno se hallasse el socorro al paso de la necesidad: y de la manera que el que defiende una plaza, alli pone su atencion donde siente mas flaqueza, andaba con ojos misericordiosos el Santo, desvelado á todas partes, mirando adonde podia suceder la enfermedad, para que alli se hallasse muy pronta la medicina.

3 Veía tambien que en Alejandria, por ser tan grande Ciudad, perecian muchas pobres mugeres, assi casadas, como solteras, por no tener socorro en el riesgo de las comunes miserias de las madres, y los hijos al nacer; y compadecido el Santo de tan-

tas

tas que morian en este trance, y dolor del parto, y otras expuestas á graves enfermedades, y trabajos, hizo Hospital particular, muy capáz, grande, y socorrido de todo lo necesario al intento, donde fuessen curadas, y procuradas, y de alli saliessen á criar con virtud á sus hijuelos, que con tanta caridad fueron recibidos al nacer. Finalmente, no habia necesidad, ni trabajo, ni desconsuelo, ni afliccion, assi comun, como particular, á que el Santo Patriarca no estuviesse muy atento, admirando todos los buenos el vér, que á un mismo tiempo estuviesse formando Templos, Hospitales, Casas de Misericordia, socorriendo á los pobres, y mejorando á los ricos.

4 En esta felicidad al obrar, no dejaba el Santo de padecer su censura, y sus calumnias; porque como quiera que el mundo se divide en dos vandos: el uno de los cuerdos, el otro de los perdídos: lo que aplaudian aquellos, censuraban estos, pareciendoles la caridad, ostentacion, y el afecto santo al socorrer, ansia de fama inmortal; y quando de los efectos, siendo ellos tales, y tan santos, debian colegir la pureza de las causas, colegian los ofendidos de su santa disciplina, y los contenidos, y corregidos de diversos desordenes con su autoridad y zelo, de una fruta sabrosa, y dulce, que era venenoso el arbol que la ofrecia, vagando con la censura, sin hallar reposo en la mas honesta accion; y quando edificaba Templos, como si no socorriesse á los pobres, censuraban que gastaba en piedras, y edificios el sustento del mendígo; y quando socorria con limosnas, como si no edificasse, les parecia que era alimentar la ociosidad de los perdídos del Pueblo; pero el Santo Pastór los ojos en la verdad, y en Dios, y las manos en su ministerio, obraba como quien solo seguia los impulsos interiores del Amor Divino, y de sus ovejas.

5 Algunas veces he oído platicar sobre el empleo necesario, y santo de la limosna, y á quien se ha de socorrer primero, si á los mendígos, y pobres del Pueblo, ó á los Templos, y edificios, que sirven para siempre al comun. A esta question satisfacia con grande excelencia el Santo; porque siendo todo el Obispado acreedor á la renta del Obispo, alli acudia con el socorro donde mas instaba la necesidad. La Caridad entre otras admirables propiedades, tiene la de ser bien ordenada; y assi en primer lugar se han de socorrer los pobres de necesidad extrema, y luego los de la urgente, y estos son los Templos vivos de Dios, y deben pre-

ferirse á los demás. Despues de estos, quanto se pueda ayudar al comun con la perpetuidad de los Templos, Seminarios, y Hospitales, Conventos, Regulares de entrambos sexos (sin faltar á las comunes necesidades de los mendígos) es mucho mas merito; porque no solo el que edifica util, y no vanamente, aumenta el Culto Divino, sino que hace una obra heroyca, y de perpetuo merecimiento, y con aquello mismo que edifica lo material, aumenta lo espiritual, y socorre, ocupa, y destierra la ociosidad de los subditos.

6 El Santo Fray Tomás de Villanueba, Arzobispo de Valencia, que tanto, despues de San Juan el Limosnero, justamente mereció este nombre, esclarecido Varon, comparable á los primeros Padres de la Iglesia, entendia assi aquel verso de David: *Beatus qui intelligit super egenum, & pauperem*: (b) Bienaventurado el que se pone á pensar como socorrerá mas utilmente á los pobres; porque darle el sustento al mendígo es poco, quando con él se le puede dár la ocupacion, y virtud, y mejorarle el alma con el socorro del cuerpo. (c) Sustentar muchos sin enseñarlos, no satisface á la perfecta caridad: obrar un Prelado lo que basta hasta su tiempo, no es mucho, si puede prevenir lo venidero. No tiene terminos la caridad perfecta de un Prelado, que ama tiernamente á sus ovejas, y assi, ni limitacion de tiempo, ni de acciones, ni de lugares, ni de distancias, ni los objetos presentes le satisfacen; sino que sin desamparar á estos, busca tambien los ausentes, y con la misma ansia previene socorro para lo futuro, como para lo que mira. Porque su amor todo lo tiene delante: previene lo venidero, repara lo pasado, ayuda con el egemplo, con la limosna, con la voz, con la pluma, y el deseo á lo presente: ampara á los mendígos, sustenta los vergonzantes, dota las doncellas, consuela á las viudas, engrandece los Templos, repara los Hospitales; y assi lo hacia San Juan, siendo con un perpetuo movimiento de amor, y de caridad, el amparo, y socorro de sus subditos.

(a) Psalm. 40. v. 2. (b) Fr. Mig. Salon. in ejus. vit. lib. 2. cap. 18. fol. 343.

CAPITULO XII.

LO QUE ABORRECIO LA CODICIA, Y SIMONIA, y caso que le sucedió con un Clerigo muy rico.



Acil será de persuadir á qualquiera, el grande aborrecimiento que este Santo Patriarca tenia á la codicia, quando lo vemos tan enamorado de la Misericordia; siendo así, que huye de esta virtud aquel vicio, como las tinieblas de la luz. Yá se han visto en el empleo mundano, hombres profusíssimos, y larguíssimos al dár, y estos mismos rapacíssimos, y codiciosíssimos al quitar, y recibir, vaciando con aquel vicio, quanto adquieren con este otro; pero estos vicios encontrados, no caben en el animo sencillo, y espiritual; porque tiene la caridad por alma una pureza del Cielo, y siendo muy resuelta al dár, y beneficiar, es tan contenida, y atada al quitar, ó perjudicar á nadie, que no sabiendo contenerse al enriquecer á todos, no halla fuerzas para lastimar á alguno.

2 Entre los vicios que mas persiguió el Santo desde que comenzó á poseer su Silla Patriarcal, fue el de la simonía, codicia agrabada de maldad, y tan fea en sus circustancias, que la pasa á sacrilegio. Adquirir inmoderadamente, y con pecado, en cosas profanas, es malo, pero profano: [a] mas adquirir vendiendo, ó comprando las Gracias, y Dones del Santo Espiritu, y emplearlo como si fuera Divino, y dár los tesoros celestiales por la plata, es infernal, y diabolico. Vender con codicia, y en la plaza, muchas veces lo vió Christo Señor nuestro en Jerusalén, y lo dejó á los comunes remedios; pero quando se egercitaba en el mismo Templo, y por los mismos Sacerdotes, se embraveció contra tan detestable codicia, y formó azote de los cordeles, que los tenian atados á este vicio: [b] y habiendo manifestado en tantas ocasiones el Salvador de las almas su agrado, y humanidad, con todo esso en ocasion de tan justo sentimiento, todo se ocupó en el zelo.

3 Pondera mucho Baronio en el Santo Patriarca Juan, el que tuvo en desterrar este infame vicio de su Iglesia, andando tan

(a) S. Thom. 2.2. quæst. 99. art. 1. in corp. (b) Joan. 2. v. 15.

tan recatado en sus elecciones, que ninguna cosa miraba con igual delgadeza, para que saliessen aerediradas á los ojos de Dios, y de sus ovejas, ni otra castigaba con igual severidad. (c) Con esta arencion refieren sus Coronistas, que le sucedió un caso digno de la noticia de todos. La largueza con que el Santo gastaba en Templos, Hospitales, mendigos, y obras pias, le redujo en una ocasion á grande necesidad, y esso á tiempo que venían huyendo de los Persas (enemigos molestos del Imperio) gran numero de pobres, y familias despojadas, á ampararse de la caridad del Santo. Viendo á sus ojos los afligidos, y faltandole el socorro para ellos, se empeñó en mil libras de oro, que conforme al computo de aquellos tiempos, montaban docientos y cinquenta mil pesos, que serán mas de docientos mil ducados; pero repartidos no bastaron para una parte muy pequeña de los pobres. Pedia á Dios con instancia, que le diesse limosna para darla, y que pues él no podia, socorriesse á sus señores, que asi llamaba á los pobres.

4 Habia un Clerigo en la Ciudad, llamado Cosme, caudalosissimo de hacienda, y deseaba, siendo bigamo, que el Sanro le dispensasse, para que se ordenasse de Diacono. (d) No estaban entonces reservadas estas dispensaciones á la Universal Cabeza, y Vicario de Christo nuestro Señor el Pontifice Romano; y asi viendo el Clerigo la necesidad de su Pastór, quiso hacer de ella anzuelo á su pretension, y llegóse á él, y le dijo: Señor, yo estoy con pena de la que vos padeceis, y no rengo por abundancia la mia, quando os veo con tanta necesidad: mis troges están llenas de trigo, y en mi casa hay plata, y oro en abundancia, de todo os podeis servir á vuestro gusto: solo os pido me ordeneis de Diacono, pues el Apostol dice, que por la necesidad se puede templar, y transferir la ley. (e) Leoncio dice, que estas razones las redujo á memorial, y que la canridad que ofrecia de trigo, eran mas de veinre mil ochocientas y rreinra y tres fanegas, y quatro celemines; y de oro ciento y ochenta libras, que hacen quarenra y cinco mil y quinientos pesos.

5 Oyendo esto el Sanro, y Venerable Patriarca, sin ponerse á ponderar las razones de la caridad, á los visos de la pruden-

(c) Baron. tom.8. fol. 214. lit.B. (d) Lipom. tom.1. vit. SS. fol.176. Sur. tom.1. fol. 358. Act. SS. tom.2. Januar. fol.503.
(e) Ad Hebr. 7. v.12.

cia humana, como otro hiciera, ni á consultar Teologos sobre esta duda, puestos solo los ojos en el zelo, y la pureza de la Eclesiastica disciplina, empeñando con esso á Dios á mayor socorro; apartó al Clerigo, para responderle, por no afrentarlo delante de todos, y le dijo: Tu ofrecimiento, ó hijo, es grande, y en este tiempo muy necesario, pero es vicioso, y sumamente imperfecto, y asi no debe ser admitido. No puedes ignorar, que entre las ofrendas no se recibian en la ley antigua las viciosas, antes aunque fuessen gruesas, y crecidas, como lo es la tuya, con qualquiera defecto que tuviessen, se repelian, y apartaban del Altar; (f) por esso no le fueron á Dios gratas las ofrendas de Caín, como las que iban envueltas en pretension, y codicia. (g) El lugar de S. Pablo no habla de derogar las leyes, y reglas Eclesiasticas, sino de la traslacion de la Ley escrita á la de Gracia, que todo es Gracia, sin primero movimiento de codicia. Mira á lo que dice Santiago: *El que guardare la ley, pero en una trasgresion fuere reo, es lo mesmo, como si toda la quebrantasse.* (h) Nuestros señores los pobres no han sido sustentados por mi mano, sino por la Omnipotencia de Dios, y el mismo que hasta ahora los sustentó, les dará de aqui adelante el sustento, sin que sea menester para su socorro corporal relajar la disciplina Eclesiastica; pues no es dificultoso á aquellas manos liberales (que con una bendicion sustentaron con cinco panes mas de cinco mil personas, (i)) bendiciendo ahora diez fanegas de trigo que tengo en mi granero, sustentar los pobres de Alejandria; y asi, hijo mio, te ajusta la respuesta de San Pedro á Simón Mago: *No tienes parte en la heredad del Señor.* (j)

6 Apenas acabó de decir estas palabras, quando entró un criado, avisando como habian llegado de Sicilia dos de sus naves de la Iglesia de Alejandria cargadas de trigo en grandisima abundancia, (k) y oyendo esto el Santo Prelado, postrandose á Dios, le dijo: Gracias te hago, ó gran Dios mio, por la verdad inefable que dijo tu Santisimo Profeta, *que el que guardare tus Mandamientos, nunca careceria de bien alguno.* (l) Santifico, y bendigo tu Eterno Nombre; porque no has permitido á tu esclavo, que rindiesse la gracia del Sacramento del Orden por dinero. Levan-

tan-

(f) Levit. 22. a vers. 18. usq. ad 28. (g) Gen. 4. v. 4. & 5. (h) *Quicumque autem totam legem servaverit, offendat autem, in uno, factus est omnium reus.* Epist. B. Jacob. 2. v. 10.
(i) Matth. 14. v. 21. (j) *Non est tibi pars in sermone isto.* Act. 8. v. 21.
(k) Lipom. tom. 1. fol. 176. (l) *Etenim servus tuus custodit ea, in custodiendis illis retributio multa.* Psal. 18. v. 12.

tandoſe el Santo, deſpedido el Clerigo, y encerrandoſe con ſus limoſnas, enterado de la cantidad de trigo que le venía, ſocorrió las neceſidades preſentes con ſingular gozo ſuyo, y de ſu Pueblo.

7 Gran documento es eſte para que los Prelados entendamos, y creamos, que la diſciplina Ecleſiaſtica obſervada, fructifica mas larga, y copioſamente á los pobres, que no relajada, y remiſa, aunque al principio no trahiga apariencias de tan grande utilidad; pues mas larga es la mano de Dios para quien le obliga con la obſervancia de ſu ley, que la del que ſocorre con la limoſna que ofrece, para efecto de relajarle ſus reglas. Y tambien, para que no ſolo egercitemos una virtud en los pueſtos, ſino que de tal manera las egercitemos todas, que prevalezca la mas importante, y pura; pues en San Juan el Limoſnero, ni la Miſericordia, que fue ſu mayor virtud, enflaqueció la pureza de ſu obrar, y adminiſtrar Sacramentos.

8 Tambien en haberſe empeñado por los pobres en tan grande cantidad, como docientos y cinquenta mil peſos de una vez, pagando intereſes de ellos, remueve algunos eſcrupulos á los Prelados, que á viſta de grandes neceſidades por algun tiempo ſe empeñaren por ſocorrerlos; pues no es veroſimil, que Dios que ſabe el afecto interior de los que por ſu cauſa ſe ofrecen á la dura ſervidumbre de vivir agravados con deudas, dége de ampararlos, como lo hizo á eſte Santo Patriarca; ſiendo cierto, que aun quando por algun accidente, por cauſas pias, murieſſe un Obiſpo empeñado por los pobres, muere mejor que no rico, y ſocorrido.

9 No deja de ſer tambien digno de ponderacion, vér la eſtimacion, y reverencia en que ſe tenia la Orden Clerical; pues ſolo porque ſe le diſpenſaſſe en la bigamia, para poder ſer Diacono, ofrecia eſte Clerigo, llamado Coſme, de limoſna para los pobres, quarenta y cinco mil y quinientos peſos en oro, y en trigo veinte mil, ochocientas y treinta y tres fanegas y quatro celemines: y con todo eſſo no baſtó tan exceſsiva cantidad, á que la ſanta rectitud del Patriarca ſe rindieſſe á viſta de tantas neceſidades á admitir eſte ſocorro, por conſervar en pureza la diſciplina Ecleſiaſtica.

CAPITULO XIII.

DE LA FORMA QUE TOMÓ EN LAS AUDIENCIAS, y que reformó las medidas de la Ciudad, y lo que á todos consolaba.



S la Caridad tan instante, y santamente prolija en el deseo de hacer bien, y socorrer á los que ama, que suele afligir, y congojar á quien la tiene: y siendo así, que todo lo desea, y que no basta para todo, ni lo puede todo egecutar, reduce á congoja, y á dolor propio, lo que vá del deseo, á lo que alcanza. Fatigaban al Santo Obispo las Audiencias, y mas le fatigaba que no ellas, el no poderlos satisfacer á todos; porque en los animos pios, y caritativos, mayor es el peso de no poder consolar como desean, que el que tienen otros tibios al aplicar el consuelo. Eran muchas las causas civiles de que entonces conocian los Obispos, á mas de las espirituales, y Eclesiasticas; porque menos recatada, y mas confiada era la potestad secular, de la espiritual. Casi todos los negocios de los pobres, y miserables, y de las viudas, y pupilos, y de las medidas públicas, y del comercio, y negociacion quanto á los precios, las fiaban del cuidado de los Prelados, con asistencia de dos ciudadanos de los mismos Pueblos, como se vé en muchas leyes de Justiniano, y antes de él, de Arcadio, Honorio, Valente, y Valentiniano, que se hallarán en el Codigo, y titulo de *Episcopali Audientia*, y otros. (a)

2 Debia de parecer á estos Emperadores, que las causas de los pobres mas se habian de gobernar con la jurisdicion del amor paternal, y del zelo del Obispo, que no con los filos de la justicia rigurosa del Ministro; y á esta causa aplicaron á los Obispos algunas que parecian muy meramente politicas. Lo primero en que el Santo puso los ojos en esta parte, fue en limpiar la codicia á sus Ministros: y habiendo entendido, que en el juzgar lo Eclesiastico intervenian cohechos, y que se escusaban con decir, que no tenian suficientes salarios, los aumentó, y les dijo, que si huviessen menester mas para su sustento lo pidiessen; pero que en-

(a) Codex Justinian. tit.4. de Episcop. Audient.

entendiessen, que habia de haber limpieza en el obrar, y juzgar, asségurandoles, que el Ministro que recibe dones, destierra de su casa la buena dicha, é introduce en ella el fuego, y la perdicion. Tambien refieren los que escribieron la vida de San Juan, que entre otros bienes grandes que hizo á Alejandria, fue ajustar las medidas de los bastimentos públicos, y reducir los pesos á fineza, y lealtad: cuidado que debia pertenecerle, como se ha apuntado arriba, por tocar su agravio á personas miserables; pues para los poderosos siempre son favorables los pesos, y las medidas. (b)

3 Viendo el Santo el concurso grande que habia de pobres, y miserables, y que unos acudian á buscar su consuelo en su piedad, otros el consejo en su prudencia, otros el desagravio en su rectitud, otros el gozo en su santidad; resolvió de señalar dos dias en cada semana, en los quales todos se ocupassen en las Audiencias. Para esto señaló los porticos de la Iglesia, por manifestarse mas público al bien comun; y todos los Martes, y Viernes acudia á ellos, despues de haber celebrado el Divino Sacrificio del Altar: por la mañana, hasta la hora de comer, y en acabando de comer, volvia á hora competente á asistir hasta la noche. Tenia consigo los Ministros de su Consejo, y de su Jurisdicion, y quando venían causas que sumariamente podia luego despachar, él mismo las libraba, y despachaba; y quando no, las remitia á sus Ministros, encomendandoles su brevedad. A muchos que venían á pleytear componia, á otros que venían á quejarse aplacaba, á otros que venían á pedir remedio de sus opresiones, y violencias, satisfacia, y consolaba, aplicando los remedios como lo pedian las necesidades.

4 Tenia alli mismo en la Audiencia á sus limosneros con dinero pronto, y otras alhajas de socorro, y caridad, y con el mismo cuidado, y ansia socorria de limosna á los cuerpos, que de consuelo, paz, y conformidad á las almas. Era cosa para admirar, y de no ponderable gozo para Alejandria, vér á su Santo Pastór en aquellos porticos, asientos, y plaza, expuesto á todo genero de causas, y necesidades, como un público amparo, y remedio de toda suerte de quejas, discordias, desconsuelos, y miserias; atenta, prudente, y suavemente, disponiendo el reparo

(b) Lipom. tom. 1. fol. 174. col. 4.

ro de los daños con prudentisimos, y suavisimos remedios. Lloraba con los afligidos, alegrabase con los alegres, socorria los miserables, templaba á los poderosos, amparaba á los flacos, alumbraba á los ciegos, guiaba á los perdidos, convertia á los pecadores, pacificaba á los discordes, todo hecho para todos todo, y todo para cada uno. Al Santo Patriarca concurrian con una confianza admirable las ovejas, como á un amoroso Padre, y amante Pastór, y ninguno temia de descubrir su trabajo; porque ninguno dudaba de hallar en manifestarlo su consuelo. Como un Medico publicamente buscado de los enfermos, pulsaba los animos, y las necesidades de sus subditos, y con una prudencia, y caridad del Cielo, les aplicaba el remedio.

5 Decianle algunos de los que le asistian, que descansasse un poco en el trabajo, y el venerable Prelado respondia: Que este fuera su mayor trabajo, porque el Oficio Pastoral trahia consigo cuidados, fatigas, atenciones, desvelos, y no sería Pastór quien sin este conocimiento gobernasse sus ovejas. Acordabales la proposicion de San Pablo á Timotéo: *Qui Episcopatum desiderat, bonum opus desiderat.* (c) Quien desea un Obispado, desea obrar mucho, y velar mucho, y socorrer mucho, y consolar mucho, y defender á muchos, y finalmente, no cesar de obrar jamás, y mucho. *Pater meus, usque modo operatur, & ego operor,* (d) decia el Salvador de las almas: ***Obra mi Padre siempre, y yo siempre estoy obrando.*** A essa semejanza los Obispos (decia el Santo Patriarca) hemos de estár siempre obrando, y trabajando, no rehusando los trabajos por las almas, que á Dios costaron tantas penas, y trabajos; y assi sentia vivamente el Patriarca, que no huviesse muchos á quien consolar, temiendo que le faltasse materia á su caridad, y con esso merito á su salvacion.

6 Sucedióle despues de muchas Audiencias, que habiendo un dia assistido desde la mañana á la noche á esta santa ocupacion, no llegó pleyteante, ni pobre, ni desconsolado, ni afligido á valerse de su prudencia, de su caridad, de su amor, y su piedad; y habiendo pasado el dia ocioso (aunque santamente ocupado en hallarse expuesto al bien de todos) comenzó á condolerse, y afligirse con no explicable dolor, y abriendo puertas al llanto, en altas voces, con suspiros del corazon, decia á sus Minis-

(c) 1. ad Timoth. 3. v. 1. (d) Joan. 5. v. 17.

niſtros: ¡Ay de mí! ay de mí! Hijos mios, llorad, llorad al deſdichado Juan, Obiſpo de Alejandria, que en todo el dia de hoy no ha hallado materia á ſu ſalvacion, no ha hecho coſa por donde pueda ſalvarſe, no ha ſocorrido, ni favorecido á nadie, y huyen de mi los bienes, y las virtudes, que ſon anuncios que me han de acabar los pecados, y los vicios! Llorad, hijos, á un Paſtór tan deſdichado, que no ſe acerca nadie á que lo apaciente, á un Medico tan deſacreditado, que nadie lo llama para que lo cure, á un Maeſtro tan inutil, que nadie le pide que le enſeñe, á un Padre tan aborrecido, que nadie fia de él que lo conſuele! Llorad un dia tan infelíz como eſte, en que á nadie he ſocorrido! No lo conteis entre los dias del año, que no ſon dias, ſino noches triſtiſsimas en los que no ſe egercita la caridad en los Fieles.

7 Viendo los Miniſtros, y familiares del Santo el deſconſuelo ſin conſuelo de ſu Prelado, uno de ellos, que fue excelente Varon, y el que mas autoridad tenia en ſu caſa, llamado Sofronio, le dijo: ¿De qué (Señor Iluſtriſsimo) os deſconſolais, y lamentais, quando debeis eſtár alegre, y conſolado; pues ha llegado vueſtro zelo, deſvelo, y caridad á tener tan ſocorridas vueſtras ovejas, ſiendo tan inumerables, que ni hay quejoſos, porque los previno vueſtra juſticia, ni pobres, porque los ſocorrió vueſtra liberalidad, ni diſcordes, porque los compuſo vueſtra prudencia, ni vengativos, porque los curó vueſtra tolerancia, ni perſeguidos, porque los amparó vueſtra miſericordia; y teneis tan quieta, y ſoſegada á Alejandria, como ſi fuera un Monaſterio de Monjas ordenadiſsimo? Ahora que debeis ocupar el tiempo en alabanzas divinas, nos deſconſolais con quejas, deſconfianzas, y lamentaciones públicas? Entonces el Santo con animo ſencillo, y puro le dijo: ¿Puede ſer eſſo aſsi, amado Sofronio? Será eſſa la cauſa de no haber tenido hoy, á quien ſocorrer, favorecer, y amparar? Si ſeñor reſpondió. Entonces, mudando el Santo el afecto en alabanzas de Dios, arrodillado dijo: Doyte, ó gran Dios mio! infinitas gracias de que tu piedad con tan larga mano, y favor, eſtá aſsiſtiendo á mis deſeos.

8 De eſta ſuerte acudia el Santo á ſus Audiencias, punto muy ſuſtancial para atenderlo un Prelado, y diſponerlo de ſuerte, que ni el acudir ſiempre á ellas le ocupe para mayores, y mas utiles diſpoſiciones de ſu gobierno, ni el negarſe cauſe ſobrado deſconſuelo á ſus ſubditos, y los trahiga fatigados, y afligi-

gi-

gidos. Porque á la verdad, asſi como tienen los ſubditos derecho á que los oyga ſu Obiſpo, lo tiene el Obiſpo á reſervarſe para mayores negocios, cumplida eſta obligacion. Y asſi neceſita un Prelado de tener horas deſtinadas para los deſpachos, cauſas, y negocios interiores, ſecretos, y reſervados, viſitas, y cartas, conſejos, deliberaciones graves, egercicios eſpirituales, y ſantos, y entre ellos la inſtante oracion y otros de eſte genero, para los quales es forzoſo, que tenga horas ſeñaladas de retiro. Y en eſte caſo es neceſario moderacion en los ſubditos al querer tener á ſu Paſtór á todas horas preſente, contentandoſe con verlo, y hablarlo á las ſeñaladas, menos en lo que fuere preciſo. Por otra parte tambien tienen derecho los ſubditos á tener horas, y dias fijos de Audiencias, ſin que baſten tan ſantas y graves ocupaciones á que nunca, ó raras veces los oyga, ſiendo la voz del Prelado y la alegria de ſu roſtro, gran parte del conſuelo de las almas de ſu cargo. Advirtiendo, que de tal ſuerte debe ſeñalarſe el tiempo, que ſiempre, y á todas horas ſe acuda á lo mas urgente, y que en todas eſté el animo diſpueſto á oír, deſpachar y ſocorrerlos á todos, y mas en las mayores neceſidades; y de eſta facil diſpoſicion nos dejó el Santo un egemplo memorable.

9 Iba un dia el Santo por la Ciudad de Alejandria deſde ſu Palacio á la Igleſia de San Cyro, y San Juan, Martires iluſtres del Oriente, y ſe acercó á él una pobre viegecita viuda, afligida, y maltratada; quejabaſe de ſu yerno, pidiendo la amparaſſe ſu Paſtór, por los muchos y malos tratamientos que le hacia. Entonces el Santo, ſin querer dár un paſo adelante, mandó que le trageſſen á ſu preſencia aquel hombre. Eſtaba lejos de alli, y fue neceſario aguardarle grande eſpacio en la calle: decianle los familiares, y criados, proſiguieſſe ſu viaje haſta la Igleſia, que deſpues la podria deſpachar. Reſpondió el Varon caritativo: Ahora tengo aqui preſente á eſta pobre muger, ¿quien dice que ſi la dejo no ſe irá muy triſte, y deſconſolada? Y tambien, ¿quien os ha aſſegurado que volveré de la Igleſia? No puede prevenirme allá la muerte, y dejar á la viuda ſin remedio? Vino el yerno, refrenóle, y dejólos pacificos, y contentos. El que con eſta prontitud deſpachaba, y con eſta facilidad oía á ſus ſubditos, lejos eſtaba que le pudieſſen decir lo que la otra vieja de Macedonia

nia á Philipo, padre del grande Alejandro, la qual habiendole tirado de la capa para que la oyeſſe, no deteniendoſe el Rey á oírla, ayrada le dijo á voces: Oídme Rey, ó dejar de reynar, y gobernar. Y entonces el Rey ſe detuvo, y la oyó, y la deſpachó. (e) Y aſsimiſmo, el que tenia tan preſente la muerte, lejos eſtaba que lo engañaſſen los lazos, y peligros de la vida.

CAPITULO XIV.

VIENE NICETAS A GOBERNAR A ALEJANDRIA, y á Egipto. Gózo del Santo, y del Gobernador.

SUcedió en eſte tiempo al Santo una coſa de ſingular conſuelo para ſu perſona, y de grande alivio para los buenos efectos de ſu gobierno, y Dignidad, que fue la venida á gobernar á Egipto de Nicetas, Principe generoſiſsimo, conſuegro (como hemos dicho) del Ceſar, y Emperador Eraclio, hermano, y aun hijo eſpiritual del Santo, y que antes de ſu eleccion tuvo toda la parte en que fueſſe elegido, y deſpues en que aceptaſſe, y fueſſe conſagrado por Obiſpo, y Patriarca de Alejandria; y aſsi enviado por el Emperador á la aſsiſtencia de aquel gobierno, debió de ayudar mucho á eſte Principe para venir con mas guſto, el hallarſe á viſta de las virtudes del Santo.

2 Para el Venerable Patriarca fue de ſumo gozo la venida de eſte excelente Varon; porque como todas ſus acciones las enderezaba á Dios, conſideraba con gran juicio, quan neceſarias ſon las aſsiſtencias de la Juriſdicion temporal para los buenos efectos de la Eſpiritual, y Ecleſiaſtica, y que ſin la una, no puede, ni baſta la otra; porque quanto quiere obrar el zelo, lo embaraza eficazmente, quando ſe opone la fuerza. Reconocia, que la Juriſdicion eſpiritual es peregrina en el mundo, y que aſsi tal vez no la deja el miſmo mundo lugar para ſu libre egercicio; y como á Chriſto Señor nueſtro no lo recibia el mundo, *& ſui eum non receperunt*, (a) con venir á ſu remedio; aſsi á la juriſdicion eſpiritual, no ſiempre la conoce, ni reconoce, por ſer eſtraña del

(e) Vid. Petr. Gregor. Tolozan. de Republic. lib. 6. cap. 6. n. 13. pag. nob. 322.
(a) Joan. 1. v. 11.

mundo, y totalmenre á él opuesta, y la que modera sus deleytes, sensualidades, y gustos.

3 A esta causa los Reyes, y Principes Catolicos zelan tanto el asistir, y favorecer con su Jurisdicion, la del Salvador, y Redentor de las almas, encargandolo en sus leyes, conociendo, que tanto mas les dará Dios de lo temporal, quanto mas favorecieren sus causas, para conseguir lo eterno. Porque á la verdad, como el alma no puede usar sus operaciones, sino por los sentidos, y canales del cuerpo; assi la Jurisdicion espiritual, no puede comodamenre, con la resistencia de lo temporal, lograr los buenos efectos que se desean, porque en los principios, en los medios, y en los fines no se dá paso que no sea una discordia, con que al remediar los pecados, y escandalos de la Iglesia, antes gana, que pierde el enemigo comun. Por esto fue grande la alegria del Santo Patriarca, de vér quan segura tenia en la virtud de Nicetas, Gobernador de Egipto, y Alejandria, la asistencia, y amparo á los públicos decretos, y edictos, para la moderacion de las costumbres, reformacion del Clero, y progresos de la Religion Catolica, y la paz universal que depende de la union de las cabezas en el servicio de Dios, y del Cesar: y mas quando el Cesar no desea sino lo que mas conviene al servicio de Dios, en que consiste la suma de las felicidades de su Corona, y victorias de sus armas.

4 Trarabanse con grande confianza, y frequencia el Patriarca, y el Gobernador, y tanto mas, quanto yá el Santo era compadre de Nicetas, por haberle bautizado uno de sus hijos.(b) Con esto se interponia el Santo quando se ofrecia con Nicetas, con una confianza, y autoridad no imporruna en las materias de justicia al aplacar los rigores de las leyes, dejando libre el discurso, y su arbitrio de los Jueces, sin embarazar con la frequente intercesion á los buenos, y necessarios efectos del gobierno moderado, recto, y prudente de Nicetas. Intercedia tambien Nicetas con el Patriarca en sus elecciones, y limosnas, con santa interposicion, con muy decente, y comedida atencion, procurando que no se embarazasse el zelo, ni relajasse la disciplina Eclesiastica, y que se llevasse la necesidad, y no el favor, los socorros de su liberalidad. Con esto parecia que eran los dos uno solo en la

(b) Baron. tom. 8. fol. 257. lit. A. Vit. PP. tom. 1. fol. 142. col. 1.

la paz, y conveniencia para el comun: y por otra parte, como si fueran muchos, lo ayudaban, siendo asi (que quanto á la diferencia, y diversidad de las ocupaciones, y cargos, y al dejarse en libertad, y rectitud) se retiraba cada qual al puesto que le tocaba.

5 Florecia con esto Alejandria en grande felicidad, y consuelo, viendo tan conformes en su amparo los que eran tan diversos en los Oficios, y Dignidades, y que se hallaba atada la emulacion, y la embidia, por la caridad, y reciproca correspondencia de sus Gobernadores, y Cabezas. Crecia aquella Republica, y Reyno en la Religion, que promovia el Santo como Pastór, y egercitaba Nicetas como subdito Christiano. Crecia tambien en felicidad politica, y santas direcciones, y consejos que resolvia Nicetas, y le ministraban los prudentes, y espirituales consejosdel Patriarca, y como dos brazos, y manos de Dios, se conformaban, y unian á los mayores efectos de su servicio.

6 Obraba Nicetas con el Santo con señaladas demostraciones de amor, y enviabanse algunas veces uno á otro regalos, y entre otras, fue muy celebrado en aquellos tiempos: que habiendo reconocido Nicetas lo poco que cuidaba de sí el Santo, le envió una colcha para la cama de particular, y señalada materia con que pudiesse comodamente abrigarse. Recibióla el Patriarca, y aunque la primera noche usó de ella, fue tan grande la congoja, y peso que le causó cubrirse con materia tan costosa, y delicada, considerando, quantos pobres se podian cubrir, y sustentar con su precio, que hablando consigo mismo decia: ¿Quien habrá ahora que diga, que el pobre Juan está cubierto con una manta tan rica, al tiempo que los pobres andan por essas calles desnudos, padeciendo terrible frio? Quantos padecen mejores que yo, á quien atormenta el yelo, y nieve en Alejandria? Quantos hay que duermen encogidos, y afligidos, cubiertos con una capa de paño? Y yo con una preciosa colcha duermo, y descanso muy rico? Quantos se habrán quedado por essos montes sin cenar, y al yelo, y padecen dos desdichas, una de hambre, otra de frio? Quantos habrá que quisieran teñir un poco de pan en la salsa que arrojan mis cocineros? Quantos quisieran confortarse con el olor del vino que se derrama en mi casa? Quantos habrá

en esta Ciudad tendidos por esse suelo, no solo elados, sino mojados, y temblando de frio? Quantos habrá que no tienen un vestido para Invierno, y otro para el Verano, padeciendo en el un tiempo, las inclemencias del otro? Y tú Juan con riquezas, con regalos, con vestidos, con una colcha tan rica esperas eternas felicidades, y cubres tu miserable cuerpo con un precio tan crecido? Mucho temo que has de oír (viviendo asi) las palabras que le digeron al rico glotón, quando pedia descanso: *Recepisti bona in vita tua, & Lazarus similiter mala.* (c) Hermano yá recibiste regalos en la otra vida, y asi no se te deben en esta. Bendito sea el Señor, y no permita su Divina Magestad, que el pobre Juan se cubra otra vez con esta colcha, sino que la venda, y con su precio cubra á los pobres de Jesu-Christo.

7 A la mañana siguiente muy temprano envió á vender la colcha al público mercado, para que lo procedido se repartiesse entre pobres. Lo qual habiendo entendido Nicetas, la compró, y se la volviò á enviar, y el Santo la recibió, y volvió luego á vender; y Nicetas otra vez á comprar, y remitirsela al Santo, que la recibió, diciendo, que era muy honesta, y santa la porfia de entrambos, pues fructificaba en favor de los pobres del Señor; pero que tenia mas derecho el Patriarca, que Nicetas; pues él la daba á un amigo, y el Patriarca á Dios, y asi no habia de cesar por su parte en la porfia, con que huvo de cesar Nicetas. (d)

(c) Luc. 16. v. 25. (d) Vit. PP. tom. 1. fol. 145.



CA-

CAPITULO XV.

CASO NOTABLE QUE LE SUCEDIO AL SANTO con Jorge su sobrino, y un vecino de Alejandria, que le ofendió.



ON esta felicidad navegaba en la vida espiritual el Santo Patriarca en su Iglesia, mejorando con sumo gozo, y utilidad general todos los Pueblos de su gobierno, reformando, y moderando lo malo: promoviendo, y excitando lo bueno; porque no hallaba el zelo embarazos, ni impedimentos, ni las Ordenes Eclesiasticas dificultades, y discordias: alli sabian que estaba la voluntad del Gobernador del Cesar, donde asistian los santos deseos del Gobernador de Dios: y alli estaba la aprobacion del Gobernador de Dios, donde resplandecian las justas, y moderadas ordenes del Gobernador del Cesar. Tenia su familia el Patriarca tan corregida, y poco embarazosa al comun, que era todo el consuelo, y egemplo de Alejandria; porque sus deudos, y familiares del Santo eran los primeros, y mas sujetos á las leyes, y decretos de su gobierno, con que viendo guardada la regla en la casa del Prelado, nadie aspiraba á la dispensacion.

2 Sucedió un dia, que á Jorge, Varon ilustre, sobrino del Santo, y que despues le sucedió en la Silla Alejandrina, perdió el respeto un vecino de aquella Ciudad, sobre atrevido, plebeyo, y de muy baja calidad, y condicion; y recelando Jorge la severa disciplina de su tio con los de casa, no quiso él mismo satisfacerse; pero llegó turbado, y coletico al Palacio del Santo Patriarca, y luego á su presencia, y ponderó el atrevimiento de aquel hombre, la gravedad de la injuria, la diferencia de las calidades, el daño del mal egemplo, la desautoridad de la Dignidad del Patriarca, si toleraba que á los suyos, y mas quando eran tan conjuntos en sangre, los tratassen de esta suerte, y la avilantéz que otros tomarian para mayores, y peores atrevimientos, y excesos.

3 Vió el Santo, y reconoció facilmente en la platica, y demostraciones exteriores de su sobrino, lo que le afligia en lo interior el dolor de la injuria, y con una prudencia celestial, hacien-

ciendose muy de parte de su enojo, á lo que pareció, para templarlo, y moderarlo mejor, le dijo: ¿ Esso ha sucedido, Jorge? A las cosas que mas amo se tratan de essa manera? A quien mas estimo ha habido quien se haya atrevido á injuriar? Dejadlo á mí, que yo haré una cosa que se admire Alejandria. El mozo con esto consolado, y reconocido, besandole la mano se salió, y el Santo, despues de haber dado algun espacio á que se quietasse, y fuesse descaeciendo el dolor, lo llamó, y le dijo con palabras paternales: Hijo, la verdadera nobleza se toma de la virtud, y no de la vanidad. Nadie es mas noble que Dios, y padeció injurias con paciencia, y recibió oprobios con humildad, y no solo las perdonaba quando hombre, y Dios verdadero padecia las afrentas como hombre; (que podia castigar, y escarmentar como Dios) sino que hoy mismo nos sufre, nos tolera, nos aguarda, y á muchas injurias nuestras apenas responde con un castigo. Es menester perdonar, hijo mio, las que nos hacen, para que él nos perdone las que nosotros le hacemos, porque con la medida que midieremos á nuestros progimos, con essa nos medirá á nosotros nuestro Juez, y Salvador.

4 Estas razones moderaron al sobrino, y yá remplado su animo, hizo llamar al Prefecto de los tributos de la Iglesia, y le dijo: Id á buscar al que injurió á mi sobrino, y decidle, que le perdóno, no solamente la injuria, sino qualquiera tributo que debiere, y á mas de esso, no se cobre de este hombre en todo este año tributo alguno. Entonces reconocieron todos, que esto era lo que habia dicho el Santo, que haria una cosa que la admiraria Alejandria; pues luego que corrió la voz por ella del suceso, admiraron justamente la nueva, y nunca oída manera, para el mundo, de vengarse en las injurias; y el modo heroyco con que este admirable Varon, no solamente manifestó un animo desasido de carne, y sangre con sus deudos, sino que dejó este documento á los Prelados (á quien estos parentescos pueden, y suelen embarazar, y aun empeñar á muy penosas resoluciones, y acciones) que precien, y estimen mas en lo que obráren las influencias del Oficio, y Dignidad, que no las de la persona, y sangre, y que pues por aquella representan á Dios, y por estas son hombres como los otros, de tal manera lo sean, que nunca afeen, ni amancillen la imagen que en ellos se representa de Dios, por dejarse gobernar de los afectos desordenados de hombre, valien-

do-

dose del poder de la Dignidad, para vengar las injurias que se hicieren á su sangre.

5 Tambien con este egemplo se censuran, y condenan muchas razones politicas de prudencia, que la pasion tal vez quiere hacer espirituales, para tomar venganza de los agravios. ¡Qué de discursos formára otro menos Santo que este Santo, para hacer virtud la satisfacion, y espiritu la venganza! Es cierto, que á las razones del sobrino, añadiera infinitas de decencia, y conveniencia, Autores, y Autoridades, para satisfaccion, y venganza á su dolor: y yo bien confieso que pudiera justificar estas razones el castigo de aquel hombre; pero sería dejando de hacer este acto heroyco de paciencia, de caridad, de humildad, y moderacion Christiana, y esta es la que en los Eclesiasticos Sacerdotes, y Religiosos, debe á todas preferirse, y no por esso puede decirse que se enerba la justicia, ó enflaquece la disciplina Eclesiastica; porque lo que muchas veces consentido fuera daño de los subditos, y desprecio de los superiores, alguna vez tolerado, es Doctrina celestial para moderar los afectos de la ira en los unos y en los otros, como en el caso presente; en el qual quando parece que el perdonado quedó sin castigo, se halló con el beneficio atado, con el perdon confundido, los Pueblos edificados, el sobrino advertido, y humillado, el Prelado mas amado, y aplaudido, la familia corregida, los Eclesiasticos enseñados, y los seglares mas rendidos con las cadenas del amor de su Prelado, que pudieran estarlo con el castigo. De todas estas acciones heroycas, de su liberalidad, y caridad, y del amor grande que tenia á sus ovejas, resultaba pagarle ellas con iguales demostraciones de amor, buscarlo, seguirlo, reverenciarlo, y andar grandes, y pequeños, pendientes del gusto de su Pastór.



CA-

CAPITULO XVI.

DE LA HUMILDAD DEL SANTO, Y MODO CON QUE reprehendia los ſoberbios.



NA de las virtudes en que mas reſplandeció eſte iluſtre Varon, fue en la de la humildad, y en ella fue tanto mas admirable, quanto el pueſto que ſervia era mas levantado, y preeminente. Que el pobrecito, y deſvalido ſea humilde, virtud es, y muy loable, porque nunca llega el hombre á ſentir tan bajamente de sí, que no tenga mucho que vencer, y en que conocer ſu fragilidad; porque el que ſe halla en el sólio de la Dignidad, y en la grandeza del eſtado, y en el trono de la veneracion viva humillado, y reconocido, de que todo es preſtado, y ageno, y ſombra, y nada; eſta es virtud mas heroyca, y de ſuprema magnitud.

2 No hallaba el Santo palabras como explicarſe, y aniquilarſe: quando ſe ofrecia hablar de sí, nunca decia, Yo mandé eſto, ſino mi miſeria manda eſto, mi ſervidumbre, y eſclavitud os ruega eſto, mi humildad os pide eſto. En ſus edictos, y cartas ſiempre ſe llamaba Eſclavo de los eſclavos. En ſu teſtamento añadió: Juan, eſclavo por naturaleza; pero por la gracia del Sacerdocio libre. En la carta que eſcribió á Modeſto, Prefecto, ó Patriarca de Jeruſalén, puſo: Mi maldad, y miſeria ruega á vueſtra virtud, y ſantidad. Siempre ſe llamaba, El humilde Juan, el pobre Juan, el miſerable Juan. Otras muchas veces decia: Mi pequeñéz ruega á vueſtra grandeza. Finalmente, en todos los hechos excelentes de ſu vida, como ſe verá en lo que eſcribimos, eſtá de tal ſuerte reſplandeciendo una chriſtiana, y heroyca humildad, y tan grande, que ſerá ſuperflua ſu relacion. Solamente para enſeñanza de todos, traduciré aqui las platicas que ſolía hacer á los ſoberbios, á quien procuraba corregir; y porque la modeſtia, y humildad del Santo Patriarca tenia grande atencion á no laſtimarlos con las palabras, ponia ſiempre en ſu cabeza la culpa, y en la agena la alabanza.

3 En habiendo algun ſoberbio á quien él deſeaba corregir, entrandolo á ſu Oratorio, ú á otra parte retirada, para hablar-

blarlo con mas confidencia, rodeando la converſacion, haſta llegar á eſte punto, reprehendiendoſe á sí miſmo, decia el Santo: De una coſa me admiro, y me trahe en continua confuſion, hijo mio, y es, que mi alma miſerable no ſe acuerda de ſer humilde, quando el Hijo de Dios pareció en el mundo, y ſe nos manifeſtó en humildad, y Humanado, y tomó forma, y naturaleza de Hombre; y quando Dios, Criador del Cielo, y de la tierra viene á la tierra, y con el egemplo, y la doctrina me eſtá enſeñando humildad, yo me enſoberbezco, en viendo que tengo mas Dignidad, ó mas riquezas, ó mayor poder, ó mas grandeza que los demás, ſin atender á la voz, y á la doctrina de Chriſto bien nueſtro, donde dice: *Diſcite á me, quia mitis ſum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus veſtris:* (a) *Aprended de mí que ſoy humilde, y manſo de corazon, y hallareis gran quietud en vueſtras almas.* Quando el Hijo de Dios eſtá diciendo (y lo que mas es haciendo eſto) ¡eſtoy yo con el egemplo enſeñando lo contrario, y qualquiera Dignidad me deſvanece, qualquiera honra me enſoberbece, qualquiera deshonra me entriſtece, por lo que reyna en mí la ſoberbia, y vanidad!

4 Abrahan decia de sí, que era polvo, y ceniza, y era el Padre de los vivientes, (b) ¡y yo me llamo Obiſpo, y Patriarca, y me tengo por hombre muy encumbrado, ſiendo polvo, tierra, y nada! David decia de sí, que era guſano, y no hombre: (c) ¡y yo me tengo por hombre grande, excelſo, ſublimado, y á los demás por guſanos! Moysén, prodigio de ſantidad, quando le querian enviar á ſer cabeza del Pueblo del Señor, ſe eſcuſaba diciendo ſer tartamudo, y ſin eloquencia alguna; (d) ¡y yo, ignorante, y ſin noticias, me he ſubido, y aſſentado á enſeñar en la Cátedra de la Sabiduria Chriſtiana, y quiero que todos me llamen Maeſtro! Iſaías, Profeta ſantiſsimo, quando le habló el Señor, dijo, que tenia labios impuros. (e) Y Jeremias no acertaba á hablar, ſino A.A.A. (f) ¡y yo, vaſo de paſiones, y miſerias doy doctrina á los demás!

5 ¿Qué ſoy yo, hijo mio, qué ſoy yo? No ſoy un poco de lodo en figura de hombre? hermano de los ladrillos que piſo, que eſtán diciendo, y quejandoſe, que ſon de la miſma maſa, y tan

(a) Matth. 11. v. 29. (b) Gen. 18. v. 27. (c) Pſalm. 21. v. 7. (d) Exod. 4. v. 10.
(e) Iſai. 6. v. 5. (f) Jerem. 1. v. 6.

buenos como yo, y que los píso? Confieso, hijo, que quando esto veo, y las razones de conocimiento que tengo en mí para humillarme, y conocerme, que aborrezco mi soberbia. Porque antes de nacer no era nada, engendrado soy corrupcion, nacido asco, viviendo miseria, y crecido maldad, y sublimado soberbia, y vanidad, muerto estiercol, y podricion. Y no solo estas tan claras razones sobraban para humillarme; pero las que me habian de hacer que estuviesse siempre fijos los ojos en tierra, y encorvado, confundido, y humillado, son los beneficios divinos, y las mercedes que Dios nos hace, que es lo que mas sujeta, y hace humildes los animos nobles, y generosos. Porque dejando de ponderar el habernos formado, y criado, solo por su gran Bondad, y Misericordia, y sacado al ser del no ser, y pudiendo criarnos piedra, tierra, polvo, brutos, habernos criado á su imagen, y semejanza, y despues de criados, llamarnos, y despues de llamados, y perdídos, redimirnos con su sangre, y criado todo el Cielo, y la tierra para el servicio del hombre; mandó tambien para el hombre al Sol que le alumbre de dia, á la Luna que le dé luz de noche, y que las Estrellas le inclinen, y que las plantas le sustenten, y que las flores lo recreen, y que los animales le sirvan, y que el agua lo refrigére, y que el viento lo aliente, y que el fuego lo conserve, y que la tierra lo crie todo, para que lo alegre, lo socorra, y ministre.

6 ¿Quién no se humilla, hijo, á tantos, y tan repetidos beneficios, y misericordias? Quando á mi miseria socorre la agena liberalidad, me parece que no tengo ojos para mirar al rostro á mi bienhechor, viendo, y considerando en mi la necesidad, y en aquel la gracia, y beneficencia; y nosotros á vista de tantos beneficios, y mercedes, gracias, y socorros, misericordias, y liberalidades, somos soberbios, presumidos, é insolentes? Pero otra consideracion me confunde, hijo mio, y me trahe en continuo aborrecimiento de mi soberbia, y maldad, que es vér la longanimidad, y dilatacion de animo, y misericordia con que Dios perdona, y aguarda á los pecadores. ¡Cómo los tolera! Cómo los sufre! Cómo los espera! Cómo los llama! Cómo los exhorta! Cómo los reprehende! Y todo esto hace por no llegar á vér cómo los castiga. Y sucederá estár yo maldiciendo, y murmurando, y el Señor lloviendo, y criando los frutos de la tierra para mí. ¿Quántos vandoleros que ván á robar, los cubre la Justi-

ti-

ricia Divina de la humana, porque no den en sus manos, y mueran en la resistencia, ocultandolos, porque no hallen á la justicia, y su condenacion eterna en la muerte temporal? Quántos Piratas en el mar al levantarse la tempestad, que ha de dár con ellos en el abismo de las aguas, y el Infierno, se libran solo por mandar Dios al mar, y al viento que se quieten, para vér si suspendiendo el castigo, llega en ellos la enmienda de su maldad? A quántos deja vivir, y blasfemar del Cuerpo, y Sangre de Christo Señor nuestro, y aguarda con gran paciencia, sin volverles mal por mal, porque convertidos ellos le vuelva bien por bien? Quántos al entrar por las casas á robar, deja que duerman los dueños, y que les lleven la ropa, porque despiertos no quiten á los ladrones la vida, y pierdan con ella el alma, esperando á que el tiempo los mejóre, y desengáñe? Quántos que andan robando por essos campos, libra de las bestias, y de las viboras, y animales ponzoñosos, y de otros peligros no conocidos; porque no pierdan en un instante vida, y alma, dando dilacion á su castigo?

7 ¡Que estando yo murmurando, y ofendiendo á este Señor tan amoroso, ande la abejuela con una solicitud incansable, buscando el licór de las flores del romero de la selva, y muy despacio haga su casa de miel, para que yo tenga gusto, y para que tenga deleyte el inmundo paladar de este miserable cuerpo, y para que la boca, y los labios impuros de este maldiciente sientan dulzura, y recreacion! La priesa que se dá la uba, y el racimo á madurar con el calor del Sol, para que yo pecador me recree al comer sus granos! Las flores unas á otras se embarazan al nacer, y danse priesa al crecer, para que se recree mi impura vista al verlas, y mi deleyte al olerlas! Lo que crecen los higos, y las manzanas, y las otras frutas, y con qué priesa, para que el que merecia penas eternas, no le falte Dios en los gustos temporales, y cumplir su palabra, y decreto, en que mandó que todo sirviesse al hombre! (g)

8 Cumplenos Dios la palabra al recrearnos, al sufrirnos, sustentarnos, conservarnos; y nosotros quando con estos beneficios habiamos de vivir humillados, resignados, obedientes, rendidos de los mismos beneficios, hacemos materia á mayor mal-

(g) Psalm. 8. v.8.

dad, y mayor ingratitud. Y con lo que se habia de hacer docil nuestro natural, se hace rebelde, y soberbio, y pensamos tener en nuestro dominio lo que nos dá de limosna, y que es nuestro lo que es suyo. ¡Ay soberbio Juan! Ay miserable Juan! qué cuenta te espera quando Dios te llame á juicio, y te haga cargo de todas estas mercedes, y te prueve, quan superabundantemente, y con crecidas ventajas cumplió por su parte lo que ofreció como Criador, y tu como criatura quan ingrata, y brutamente! ¿Qué has de responder entonces miserable? Qué responderás á una pregunta de mil? Qué has de responder, perdído? Que has de responder vano, y soberbio. ¿Habrá tiempo al enmendarse entonces? No: porque yá se acabó el tiempo. Con estas, y otras razones, que en su cabeza discurria el Santo, culpandose á sí mismo, curaba, y medicinaba á los soberbios, y vanos, y siendo el Santo el humilde, predicaba, y convencia, y curaba en figura de soberbio, que es la mayor humildad.

CAPITULO XVII.

DEL ZELO DEL SANTO, ORIGEN DEL ESTADO Monacal, y el que tenia en los tiempos de este Santo Patriarca



NUnca de tal manera puede obrar en el gobierno la prudencia, y caridad de los Superiores, que dége de llegar alguna vez á los animos de los subditos, hasta lastimarlos, y afligirlos. Porque de la manera que no hay cirujano tan diestro, y de mano tan ligera, que no lastíme al curar; assi el mas suave Gobernador si remedia, y cura, yá sean las llagas espirituales, ó morales, ó politicas, es fuerza que lastíme á los gobernados. Christo Bien nuestro fue la misma mansedumbre, y todavia como quiera que vino á curar nuestras dolencias, gimió el mundo, y se quejó al ser curado, y lo que es mas, prorrumpió en tanta ira, y furor, que crucificó al Medico, y Medicina, y Salvador de las almas, y esta es la mas ordinaria paga que dá el mundo al Medico espiritual. Lo mas que puede hacer el Gobernador es amar siempre, y condolerse de aquellos á quien modera, y corrige, y no pasa con el zelo adonde no tengan siempre presente el amor: obrar á conser-

var,

var, no á destruir, y si destruye, sean los vicios, y no las personas, y sin deshacer del todo á las personas, temple con prudencia, y moderacion en ellas tambien los vicios.

2 Es verdad que no es facil, y es de pocos, saber medir el zelo, de tal manera, que ni la sobrada moderacion los relage, ni la sobrada fuerza los destemple; porque en los Gobernadores pios, Christianos, y zelosos, se causa tan vivo el desconsuelo en los públicos escandalos, y ofensas del Señor, que tal vez pasa el zelo sus terminos, y llega á los del rigor: y entonces se ha de poner la vista en la prudencia, y la suavidad, y serenarse á sus luces, y en su consideracion.

3 Y si vemos que el Salvador de las almas, siendo Cordero mansissimo, y dulcissimo, en viendo profanar el Templo de su Padre, justamente se volvió bravo Leon, y tomó el azote en su mano sacrosanta: (a) y lo que es mas, *lo formó de sus mismos instrumentos, y derribó las mesas, y numularios,* (b) y manifestó su Divinidad, y llamó *al Templo cueva de ladrones,* (c) que fue llamar, con razon, ladrones á los malos Sacerdotes de su Templo; qué mucho que quien no tiene aquella natural, y radical virtud, origen de las virtudes, que en todo dió el punto al zelo, y á la justicia, y á la piedad, tal vez le lleve el dolor, adonde despues sea necesario contenerle la prudencia.

4 Es verdad tambien, y de advertir, que el mundo vive yá tan despierto, y delicado al quejarse, y rehusa de manera qualquiera reformacion, que asi siente los mas templados remedios, y correcciones, como pudiera los mas crueles, y destemplados castigos. Y qualquiera cosa que sea desacomodarlo en sus deleytes, codicia, gustos, vicios, y sensualidades, lo juzga á desmedido, y descomunal rigor. De esto no han de hacer caso los que gobiernan con zelo, sino solo de templarlo de manera, que siempre queden las acciones, y sentencias mas suaves que las leyes, y no hay condenacion en que no tenga alguna, y buena parte la clemencia, y la equidad. En este modo de direcciones, tuvo algunos excelentes avisos San Juan, y sucesos raros con algunos Monges, que pueden ofrecer grande enseñanza, y muy util al comun. Es-

(a) Matth. 21. v. 12. (b) *Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de Templo: & numulariorum efudit æs, & mensas subvertit:: Solvite templum hoc, & in tribus diebus excitaba illud* Joan. 2. v. 15. & 16. (c) *Vos autem fecistis illam, speluncam latronum.* Luc. 19. v. 46.

5 Eſtuvo muy á los principios poblado Egipto de perfectiſſimos Monges, y de tanta virtud, y ſantidad, que juſtamente podian llamarſe las celdas de ſus deſiertos, colmenas eſpirituales, donde ſe formaba entre la miel dulciſsima de oracion, y contemplacion divina, la cera, y luz del egemplo, con que alumbraban á los ſeglares; ſiendo aquellas Hermitas, y Hermitaños las murallas mas ſeguras á las populoſiſsimas Ciudades de Egipto, contra las correrias frequentes de los Barbaros.

6 El Eſtado Monacál, muy en los principios, y primeros paſos de la primitiva Igleſia, lo introdujo en ella el Eſpiritu Santo, para ayudar al Clero, Obiſpos, y Paſtores de las almas, á hacer mas fecunda de virtudes la Militante, y mas pobladas las Sillas á la Triunfante. Porque dejando los primeros Solitarios antes de la venida de Chriſto Bien nueſtro, y entre ellos Profetas altiſsimos, como Elías, y Eliſeo, y los hijos de los Profetas Recabitas, Nazareos, y otros, de quien deducen ſuceſion los Santos Pobladores del Carmelo, aſsi Deſcalzos como Obſervantes, los quales haſta el dia de hoy con grande fervor, y egemplo manifieſtan en la blancura de ſu capa la pureza de ſus almas, y virtudes; el que primero en la Ley de Gracia ſiguió eſte altiſsimo inſtituto de la ſoledad, fue San Pablo Hermitaño, y eſte Santo floreció al fin del ſegundo ſiglo del Nacimiento de Chriſto nueſtro Señor, y fue el que hizo cabeza á los Anacoretas, porque ſiguió ſolo, y pot sí, y para sí, la vida ſolitaria, y retirada. (d)

7 Poco deſpues yá San Antonio Abad, no ſolamente para sí, ſino para otros compañeros, formó vida congregada, y en comun, aunque en ſoledad, viviendo él, y ſus Monges con regular comunicacion, y orden entre sí, uniendoſe en un cuerpo por medio de admirables egercicios de virtudes, con que comenzaron á llamarſe Cenobitas. (e)

8 En eſtas dos ſuertes de vida, y de profeſion, Anacoretas, y Cenobitas, ſe dividió en los primeros principios todo el eſtado Religioſo en el Oriente; pero el Cenobita algunos años deſpues fue mas acrecentado, y propagado, y á terminos mas preciſos reducidos por San Baſilio, Obiſpo de Ceſarea: (f) y en Africa por San Aguſtin Obiſpo de Hipon, (g) los quales, y San Geronimo, y otros

(d) Baron. tom. 2. ad an. Chriſt. 253. fol. 419. (e) D. Hieron. tom. 1. ep. 22. á fol. 115. uſq 120. n. 34. & 36. (f) Baron. tom. 4. ad an. Chriſt. 363. fol. 154. & 155. lit. E. & A. (g) Id. eod. tom. ad an. Chriſt. 391. fol. 640. lit. A.

otros Padres del Oriente, redugeron á los Monges á mas estrecha observancia, y profesion, teniendo gran parte en esto el Venerable Posthumio, que recibió de su Angel una regla verdaderamente Angelica. (h)

9 En el Occidente fue el primero San Benito, que despues de haber sido algunos años Anacoreta, hizo Cabeza ilustre á los Cenobitas, Monges de su Augusta Religion, Madre de tantas Religiones, Profesiones, é Institutos, y de tantos Emperadores, y Reyes que la profesaron, y de tantos Pontifices, Cardenales, Santos, y Escritores hijos suyos, que la ilustraron, que ella sola parece una Iglesia Militante, y esta es sin duda primera Religion en todo el mundo, que aprobada por la Sede Apostolica Romana, hizo cabeza á esta vida celestial. (i)

10 Todas estas Religiones de Occidente, y las que á ellas se siguieron algunos años despues, la Cluniacense, y otras en tiempo de San Esteban, que llaman de San Bernardo, é hicieron congregacion diversa de San Benito, pero una en la Regla, y filiacion; y la de San Norberto, y San Bruno, que llaman á esta Cartujos, y á aquella Premostratenses, y los Geronimos, eran solitarios, y Monacales, y miraron principalmente á salvarse en ellas sus seguidores: aunque desde su instituto daban tan claros rayos de egemplo al mundo, que mejoraban las almas, y alumbraban las tinieblas de su vanidad, dando hijos á la Iglesia, que separados por la fuerza de la obediencia, y precepto superior de los Pontifices, salian de sus santos, y venerables Claustros, á ocupar las Sillas mayores de la Iglesia, repartiendo desde ellas el tesoro de las clarisimas virtudes que egercitaron, y adquirieron en su primera, y santa vocacion.

11 Pocos años despues de San Bernardo, y San Bruno, Dios que siempre mira á su Iglesia, como verdadero, y tierno Esposo, en el siglo duodecimo, viendo sus necesidades, crió, y armó de espiritu altisimo á los dos Soles del mundo, y de la Iglesia Santo Domingo, y San Francisco; (j) los quales formaron dos Religiones clarisimas, en quanto no solo retirado cada uno de sus seguidores como los Anacoretas, ni apartados de los Pueblos, aunque congregados como los Cenobitas, sino tomando de ca-

(h) Apud. Vit. PP. tom. 1. fol. 182. (i) Yep. Chron. de S. Benit. ad an. Christ. 595. fol. 594. & 595. (j) Baron. tom. 13. ad an. Christ. 1215. fol. 184. lit. A.

cada uno lo mas perfecto; formaron de tal suerte su excelente profesion, que ni el retiro dejasse de hacer mas utiles sus virtudes, ni al riesgo que vá envuelto en la asistencia del mundo, aunque sea para su mismo remedio, entibiasse el calor de su espiritu, y fervor: frequentando entre los egercicios de su vida penitente, y perfecta, la instante oracion como los Anacoretas, y las alabanzas divinas en el Coro, como los Monges, y Cenobitas, y á mas de esso, egercitando la caridad en los seglares, con la voz, con el egemplo, y doctrina, como los Pastores de almas; y con este mismo estilo (sí bien con alguna diferencia de vocaciones) se han ido fundando hasta nuestros tiempos otras muchas Congregaciones, Familias, y Religiones, que han sido, y son el consuelo, la alegria, y ornamento de la Iglesia, operarios de la viña del Señor, coadjutores espirituales, y amables de los Obispos, y el Clero.

12 En quanto á los merecidos privilegios, y exempciones que han tenido, y tienen las Religiones, han sido diversos conforme á su creacion, y á la diversidad de los tiempos, y gracia de los Pontifices Romanos. Los primeros Cenobitas en el Oriente tenian la exempcion de la virtud, que no es pequeña; y los Monges que no eran ordenados, si alcanzaban Emperadores pios, los eximian de la potestad secular; pero frequentemente unos, y otros vivian sujetos á los Obispos, siempre debajo de la mano de sus Abades, y despues se eligieron Archimandritas, que eran como Generales. Otros Emperadores menos pios, no querian reconocer exempcion, donde no huviesse Regla aprobada por la Sede Apostolica Romana, ó en el Monge, que sobre professarla no tuviesse Ordenes sagradas que lo eximiessen; y asi corrieron los Monges del Oriente diversa fortuna en diversos tiempos.

13 La Orden de San Benito, Madre fecunda de Religiones, muy desde sus principios, la veo exempta, no solamente de la potestad secular, sino de la Episcopal, quanto á los Monges que no eran Clerigos, ni Sacerdotes; porque San Gregorio, verdaderamente Magno, Hijo, y Padre de esta Real Religion, en algunas Epistolas advierte repetidamente á Mariniano, Obispo de Rabena, que no gobierne á sus Monges, ni se embarace con ellos, y le manda: que si hay algunos Clerigos, y Sacerdotes Monges entre ellos (que entonces no era tan comun como ahora haberlos) dejen el Convento, para que estén fuera de él sujetos á su

Or-

Ordinario, [k] con que brevemente tuvo esta esclarecida Orden muy entera exencion.

14 Las demás Religiones posteriores á esta, y yá confirmadas por el Pontifice, como las de Santo Domingo, San Francisco, y las siguientes, todas casi en su primer nacimiento fueron exentas, con muy justos, y merecidos privilegios por la Sede Apostolica Romana, no solamente de la potestad secular (que essa exencion se la trahian consigo por anteriores Decretos) sino de la Episcopal, menos en algunos casos que reserva el Santo Concilio de Trento, [l] con lo qual favorecidas, y honradas estas utiles, y santas Comunidades por la mano Pontificia, no solo se conservan en su quietud Religiosa, y fervoroso instituto; sino que mas reconocidos á estas gracias, assisten, ayudan, y cooperan con los Obispos, y el Clero, al promover, y mejorar las almas con su egemplo, doctrina, y erudicion. En tiempo de San Juan el Limosnero, los Monges de Oriente estaban sujetos á los Obispos, y Patriarcas: solo en el Occidente yá florecia exenta la sagrada Religion de San Benito. Y esto ha parecido advertir, para la inteligencia de algunos casos que á San Juan le sucedieron con los Monges de su tiempo.

CAPITULO XVIII.

CUIDADO DEL SANTO CON LOS MONGES de Alejandria, y su Patriarcado, y de un suceso particular en esto.

ES la vida solitaria, y perfecta de calidad, que assi como ninguna ayuda tanto al comun con su virtud, ninguna tanto lastíma con sus caídas: y assi los Santos Patriarcas tuvieron tan especial cuidado, con prevenirles reparos, como quien conocia que despues de relajadas eran muy lamentables sus daños. El Santo Patriarca puso los ojos en su gobierno, en favorecer, y ayudar con el socorro, y la reformacion este perfecto estado de los Monges de Egipto, disponiendo de suerte las Ordenes que da-

(k) D. Greg. Magn. tom. 2. Ep. LVI. pag. 787. Ep. XLIII. pag. 890. & Ep. XV. pag. 905.
(l) Vid. Concil. Trid. cap. 12. de Regular. pag. 610. cap. 14. pag. 611. & aliis locis in tom. 35. Collect. Reg.

ba, que no solo mirassen al remedio, sino á la prevencion, en que consisten todos los buenos efectos de la prudencia; y despues de haber obrado mucho en esto, le sucedió un caso muy notable, y de perfecta enseñanza.

2 Avisaronle sus Ministros, que andaba por la Ciudad de Alejandria un Monge de poca edad, con una doncella muy hermosa, y con grande escandalo de todo el Pueblo; y esto se lo ponderaron de manera, que los trageron á uno, y á otro á su presencia como Reos, acusando con gran fuerza su delito. Vió al Monge el Santo, que era de poco mas de veinte años, y á la muger de igual, ó menor edad, entrambos hermosos, y bien dispuestos. Confesaron que andaban juntos, mandólos al instante separar, y que al Monge le disciplinassen aquella misma tarde, para que volviesse escarmentado de semejantes excesos.

3 Debieron de dár la disciplina con menos piedad de la que debe darla un hombre á otro, pues todos somos fragiles, y pecadores. Y aquella noche se le apareció desde la carcel el Monge al Santo, mostrandole las espaldas heridas con tal crudeza, y le dijo, aunque con rostro apacible, y sereno, y sonriendose: ¿Qué te parece, Señor, de estas llagas? Contentate este rigor? Esta vez te engañaste como hombre, pues sin tener yo culpa alguna me mandaste castigar. Amaneció, y el Santo con aquel cuidado de la vision, envió á llamar al Religioso mancebo: venía tan lastimado, que apenas podia tenerse en pie, y asi como puso el Santo en él los ojos, conoció que era el mismo que se le apareció de noche. Quiso vér si tenia tantas llagas, y tan grandes, como le fueron mostradas; mandóle que despojasse las espaldas, y la Divina Providencia, que le pareció volver por la inocencia de aquel Monge, permitió que se le cayessen al suelo las vestiduras, manifestando, que estaba privado de la facultad de egercitar aquel vicio, que pudieron imputarle; y sin disposicion alguna natural para él, cortado del todo con el hierro desde su misma niñéz, y reducido al estado de aquellos que llamaban Espadones.

4 Entonces el Santo, viendo que la priesa de la delacion, y acusacion de los Ministros habia acelerado el juicio, y que el destemplado zelo del que le azotó, lo hirió con tanta crudeza, los privó de oficio por tres años, y los apartó de sí. Y al Monge le preguntó ¿la causa de andar con aquella doncella fuera de su Monasterio? Respondióle: Que él, con licencia de su Abad, fue

en

en romeria desde Gaza á San Ciro, y San Juan, y que encontró en el camino esta doncella, y que arrodillandose ella, le dijo: Siervo de Dios, remediame, y socorreme, como Christo socorrió á la Cananea. [a] Preguntéle, qué queria? Dijo, que ser Christiana, porque era hija de padres Hebreos, que impedian su bautismo. Yo (dijo el Monge) viendo que dice el Señor, que el que despreciare al desamparado, no hallará su amparo, ni socorro, [b] cuidé de ella, hicela catequizar, y trayendola conmigo pidiendo limosna, para ponerla en un Monasterio de Virgenes encerradas, me hallaron tus Ministros, y castigo. [c]

5 El Santo Patriarca le alabó la honesta accion de amparar á la doncella; pero amorosamente tambien le advirtió el riesgo á que se expuso de escandalizar á los que no supiessen estas interioridades. A la doncella la recogió, y al Monge le diò cien monedas de limosna, á que respondió con humildad, y alegria el perfecto Monge, rehusando el recibirlas, y diciendo: Ilustrissimo Señor, el Monge que tiene Fé, no necesita de plata; y si le parece que necesita de plata, le vá faltando la Fé. Abrazóle el Santo, y yá consolado, el Monge se despidió.

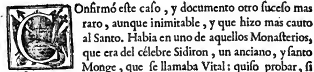
6 En este sucesso reparó el Santo, quan ciertos son los Juicios Divinos, y quan errados los nuestros, y lo que debe contenerse la censura al juzgar, y que aunque tenga sus reglas el Derecho, á las quales es razon nos ajustemos; pero en el fuero interior, y para calificar lo secreto, no juzguemos sin grande tiento, y cuidado (ni aun á aquellos que condenamos por la calidad, y necessidad de las probanzas) pues solo Dios sabe la verdad de lo secreto.

(a) Matth. 15. v. 25. (b) Id. 18. v. 32. & 35. (c) Ap. Act. SS. tom. 2. Jan. fol. 524. n. 47.



CAPITULO XIX.

DE OTRO SUCESO MUY RARO QUE LE SUCEDIO al Santo Patriarca con un Santo Monge.



COnfirmó eſte caſo, y documento otro ſuceſo mas raro, aunque inimitable, y que hizo mas cauto al Santo. Habia en uno de aquellos Monaſterios, que era del célebre Sidiron, un anciano, y ſanto Monge, que ſe llamaba Vital: quiſo probar, ſi el Patriarca Santo eſtaba bien enſeñado con el ſuceſo paſado (debió de hacer eſto con particular eſpiritu del Señor) era hombre venerable, y egercitado en eſpiritu. Pidió licencia á ſu Abad, y entró en Alejandria, y ſin mudar el habito de Monge, romó un genero de vida muy eſtraña: rrabajaba todo el dia de ſus manos, y de ſu jornal: ganaba doce monedas: con las dos compraba algunas legumbres, y eſtas comia, yá caído el Sol, y no otra coſa alguna en todo el dia. De alli ſe iba á las caſas de las públicas rameras, y llamando á la que le parecia, le daba las diez monedas, diciendole: En toda eſta noche te has de abſtener de pecar con nadie, guardate para mi ſolo. Venía en ello la ramera. Entraba en el apoſento, y arrodillado el Santo viejo en un rincon, toda la noche eſtaba gimiendo, y ſuſpirando, y diciendo Salmos, y haciendo oracion por el alma de aquella muger perdída. A la mañana exhortaba á la muger á ſalir de ſu torpeza, y le hacia jurar, que no habia de decir eſte ſecreto.

2 De eſta ſuerte vivió cerca de dos años, callaban todas las rameras, aſsi como lo juraban: unas ſe convertian, otras ſe retiraban, y abſtenian de eſte vicio, á otras caſaba; y á una que contra el juramento que hizo, ſe atrevió á publicar lo que paſaba, pidió á Dios el Santo caſtigaſſe, y al inſtante ſe endemonió la muger. Con eſto todas las demás temblaban, y el Santo Monge ſeguia ſu vocacion; y con tanta caridad, y tan abiertamente diſſimulaba el intento, que quando le pagaban ſu jornal, decia el viejo á sí miſmo, oyendolo todos: Vete yá viejo infelíz, que te eſtá aguardando la que tu ſabes, vete, y huelgate con ella.

3 Con eſto trahia admirada, y aun eſcandalizada á Alejandria: blasfemaban los malos, y los buenos de vér tales canas, y

tan

tan santo habito afrentado, y le decian algunos varones pios, con buen zelo: Mal viejo, yá que has de pecar, ¿por qué no escoges una muger sola, y no te infamas con tantas? Por qué no mudas el habito de Monge? Por qué deshonras su santidad? Respondia el viejo: ¿Es posible que todos me han de reñir? Por ventura, no soy hombre, como lo son los demás? No somos hombres los Monges, sujetos á las pasiones comunes? Solo los seglares quieren holgarse? Y si le instaban, y convencian, les decia: ¿Sois mis Jueces? Dejadme, hombres, que á Dios le daré cuenta de todo. Con esto, unos lo reñian, otros lo afrentaban, y él con toda disimulacion, constancia, y paciencia proseguia.

4 Viendo esto, acudian frequentemente al Patriarca, que remediasse este escandalo. El Santo, habiendolo encomendado á Dios, y dadole á entender su Divina Magestad, que aquel siervo suyo obraba materias de su servicio, y que era, y habia de ser para grande g'oria suya lo que obraba; y como quien tenia presentes las espaldas del otro Monge, (que aun siendo tan mozo fue honesto) no queria castigar por deshonesto á este viejo, é iba dilatando su remedio. Volvian los Ministros á ponderarle el escandalo, y el Patriarca decia: Aguardemos otro poco, que estoy leyendo en las heridas espaldas de aquel santo mozo, la temeridad con que juzgais este viejo. Pasaban algunos dias, y discurria por Alejandria el escandalo, culpaban la omision del Patriarca, ponderaban la relajacion, y deslucimiento de la disciplina Monacal; y quando los Ministros mas lo ponderaban, despues de haberlo encomendado á Dios, el Santo les respondia: Quando quiero poner los ojos en las liviandades de este viejo, entre él, y ellas, se interponen las espaldas heridas de aquel mozo; y en ellas, como en espejo clarissimo, me parece que estoy viendo su inocencia, y nuestra temeridad: aguardemos otro poco.

5 Por este tiempo sucedió, que estando una noche concertado el viejo Vital con la mas señalada ramera de aquellas casas, á quien él deseaba sumamente convertir, al cerrarse en su aposento, entró un mozo lascivo, muy alentado, y galan, que ofendido de que él no pudiesse entrar, y el viejo se entrasse, le dijo á Vital: ¿Hasta quando no has de cesar, ó hipocrita infame, de hacer tan conocidas maldades? Y alzando la mano le dió al viejo una gran bofetada. Entonces el Monge le dijo: ¡O miserable, y desdichado de tí! que te han de dár otra tan gran bofetada, que

que á ſu ruido ſe junte, y congregue Alejandria para verte afrentado, y caſtigado. Deſpues de eſto de alli á algunos dias ſe retiró el Santo viejo á una Hermita, que eſtaba cerca de la puerta del Sol en la miſma Ciudad, y á ella concurrian muchas mugeres perdídas á curarſe de ſus vicios, y con ſu comunicacion, eſpiritu, exhortaciones, y conſejos ſe reducian á Dios.

6 Apenas ſe pasó un año que el Santo Vital fatigado de ſus penitentes egercicios, eſtando orando en ſu miſma celda murió, y al miſmo punto hallandoſe el mozo que le dió la bofetada en la plaza mayor de Alejandria, ſe le apareció un Etiope fieriſsimo, y le dijo: Toma eſta bofetada, que te la envia el ſiervo de Dios Vital, y dióle tan recia la bofetada, que ſe oyó en toda la plaza de Alejandria. Cayó en el ſuelo el hombre herido del golpe, y comenzó á deſpedazarſe, y á gritar yá endemoniado, diciendo: Siervo del Señor, Vital, pequé mucho contra Dios, y contra tí, perdoname, que me atormenta el Demonio. Juntóſe gran numero de gente á eſte eſpectáculo, y el hombre endemoniado levantandoſe fue derechamente corriendo á la Hermita del Santo Monge Vital, ſiguiendole á las voces todo el pueblo. Abrieron la Hermita, y hallaron al Santo muerto, y arrodillado, que habia eſpirado orando. Poſtróſe el mancebo endemoniado, á viſta de infinita gente, y confeſando ſu culpa, pidió perdon, y lloró, y ſalió de él el Demonio, y deſpues ſe hizo Monge, y fue notable ſu penitencia.

7 Hallaron en las manos del Santo un papel eſcrito, que decia aſsi: Varones de Alejandria no querais antes de tiempo juzgar, aguardad á que venga Dios, y juzgue. Iba concurriendo el pueblo, venían clamando las rameras convertidas, y diciendo la pureza, y honeſtidad de vida, y erudicion, y enſeñanza del Santo Monge; los que engañados habian murmurado del Santo, reprehendian á las rameras, diciendo: ¿Por qué voſotras no nos deciais la ſantidad de eſte Monge? y no ocaſionarnos á murmurar de ſu vida, y ſu perſona: voſotras ſois la cauſa de nueſtra culpa. Ellas reſpondieron, que como vieron que la que lo dijo fue caſtigada, y endemoniada, no ſe atrevieron á hablar.

8 Aviſado el Santo Patriarca del ſuceſo, vino con todo ſu Clero adonde eſtaba Vital: halló al Santo yá difunto, y al hombre yá curado, al pueblo reconocido, publicando las virtudes de aquel iluſtre Varon. Entonces acordandoſe el Patriarca de las inſtan-

tan-

tancias que le habian hecho ſus Miniſtros para que lo caſtigaſſe, les dijo á ellos, y á ſus Sacerdotes: Hijos mios, ſi yo os huviera creído, y huviera caſtigado á eſte venerable Monge, la boſetada que dió el Demonio á eſte hombre, era poſible me la huviera dado á mí. Hizo grandes milagros Vital, y eſte ſuceſo, no ſolo templó á Alejandria en los juicios temerarios, ſino que redujo á muchas almas á vida perfecta, y contemplativa.

9 De eſtos caſos es neceſario tomar la doctrina con templanza, porque no inducen, ni perſuaden á que duerman los Superiores, por penſar que todo es bueno, ni á que ſuelten los remedios de la mano: ni que los hombres, ni aun viejos, ſe expongan á eſtos peligros del Santo Monge Vital; pues de los que ſe han perdído por acercarſe á eſte fuego hay infinitos egemplos, y pocos como eſtos, de los que no perecieron acercandoſe á ſus llamas. Lo que nos enſeñan es, que obrando con prudencia, ſe juzgue con caridad, y que teniendo preſente el zelo al prevenir, no ſe crea ſiempre lo peor al cenſurar, y que anden templados, y contenidos los diſcurſos, y que principalmente aquellos á quien no toca el remedio, pienſen de otros, como ellos querian que otros penſaſſen de sí.

CAPITULO XX.

DE LA HOSPEDERIA QUE HIZO PARA LOS MONGES de Alejandria, y otros Conventos, y Doctrina que les daba.



FUeſe aficionando mucho el Santo al eſtado Monacal viendo en él Varones tan excelentes: y con deſeo de dár alguna ſatisfaccion á los azotes deſtemplados que ſe dieron á aquel ſanto Monge, ó por eſcuſar el eſcandalo que cauſaba con andar por el lugar, aunque con ſana intencion, con la doncella, les formó una hoſpederia muy ſocorrida, y capáz en Alejandria, ordenandoles, que ninguno vinieſſe á aquella Ciudad que no ſe hoſpedaſſe en ella.

2 Preſidia alli con orden del Santo uno de los mas perfectos Monges de Egipto: ſeguian los que alli eſtaban ſu vida Monaſtica, y Regular: hizolos Oratorio capacíſsimo, y á pocos dias ſe

se formó un ilustre Monasterio. Los vecinos de Alejandria que veían que este tesoro, desde la soledad se lo habia trahido al poblado su Pastór, concurrian á vér aquel Seminario de virtudes, y cada uno en lo que veía, y conferia, llevaba que egercitar á su casa. Visitabalos frequentemente el Santo Patriarca, y aficionado á vida tan amable, y venerable, hizo muy cerca de su Palacio otro Monasterio, y lo pobló de perfectos Monges, y alli se recogia el Santo Prelado á seguir la vida contemplativa, quando le daban lugar las precisas ocupaciones de la activa.

3 Luego que les hizo las celdas, y les dió la Iglesia de Santa Maria, y San Juan, que el Santo habia edificado desde sus fundamentos, los juntó, y les dijo: Hijos mios muy amados, yo, despues de Dios, buscaré vuestro temporal sustento, y os lo haré ministrar muy puntualmente, y vosotros cuidad de mi espiritual salud: las Visperas, y los Maytines que rezáreis me los habeis de aplicar; pero quantos oficios hiciereis en vuestras celdas, essos se queden para vosotros. Ellos vinieron con gusto en lo concertado por el Patriarca, y cantaban con tanto espiritu, fervor, y devocion las Horas Canonicas, alternando los coros, como se hace ahora en las Iglesias Catedrales, y en los coros de los Regulares, edificando de suerte, que los vecinos de Alejandria concurrian con gran devocion á verlo; y el Santo Patriarca, que no perdia ocasion al buen lógro de su zelo, predicaba, exhortaba, y persuadia á todos que llevassen á su casa esta santa devocion, de alternar en ellas á coros las alabanzas de Dios, y de la Virgen nuestra Señora.

4 Fueron las palabras, afectos, y exhortaciones del Santo Patriarca de tanta eficácia, que era para alabar á nuestro Señor vér por Congregaciones, por Parroquias, por familias, por casas, todos los dias, y á todas horas, las alabanzas de Dios, tan frequentes, y repetidas en voz alta en todas las calles de Alejandria, que yá toda parecia un Convento, y Seminario de canciones celestiales del Señor. Acudia, y discurria el Santo Patriarca, exhortando, y alabando este fervor: veía ocupados en alabanzas divinas los labios que antes se ocupaban en injurias, y miserias: y las maldades, y juramentos huían de los canticos, de los Hymnos, y los Psalmos: y el ayre impuro con las blasfemias, se purificaba ahora con las fervorosas alabanzas del Señor. Alegrabanse los justos, y entendidos de vér en tan breve tiempo resti-

ti-

tituida Alejandria al primitivo fervor, con que vivian en el tiempo de San Marcos Evangelista; [a] pues ni habia ahora menos liberalidad para socorrer los pobres, ni menos fé para morir Martires por ella, ni menos fervor en las frequentes, y públicas acciones de devocion.

5 El Santo, *sicut aquila provocans ad volandum pullos suos*: [b] como el Aguila que enseña á volar á sus polluelos, no solo exhortaba á los discipulos, sino que daba admirables documentos á los maestros. Tenia á los Monges frequentes platicas, animandoles á seguir con valor y esfuerzo su vocacion, y que pues eran estrellas constituídas en el Cielo de la perfeccion Religiosa, no fuessen con la pereza, ó con la relajacion por la apostasía, estrellas caídas de este cielo de la Iglesia Militante. Ponderabales su mayor obligacion al egemplo, quanto eran modelo, y regla de perfeccion, y que si la linea la presentaban torcida al discipulo, el error al escribir se imputaria al Maestro. Encomendabales mucho la oracion instante, y perseverante, no solo por lo que debian á lo público, al qual solo podian pagar las limosnas con pedir á Dios por él, sino para hallar en ella las fuerzas, la luz, la perseverancia, las virtudes que habian de egercitar; y porque la penitencia, y austeridad eran las armas contra el Demonio, Mundo, y Carne, y estas con la oracion, y la caridad, postraban egercitos infernales. Encargabales siguiessen con gran valor su instituto, y entendiessen que el Reyno de Dios padecia fuerza: *Regnum cælorum vim patitur, & violenti rapiunt illud.* [c] Tres fuerzas, *vim*, *rapiunt*, *violenti.* Fuerza para sujetar las potencias, facultades, y sentidos: fuerza para vencer las malas inclinaciones de la Memoria, Entendimiento, y Voluntad: fuerza para contenerse en los pensamientos, palabras, y obras: fuerza para gobernarse sin descaecer en lo interior, lo exterior, y superior: fuerza para no rendirse al vicio, en la juventud, media edad, y senectud; fuerza para no resistirse á los Mandamientos del Padre, á los consejos del Hijo, á las inspiraciones del Espiritu Santo.

6 Alentabalos mucho á que perseverassen en la Fé, ponderando las caídas que por lo pasado habian dado en ella algunos Solitarios, y Monges, miserablemente engañados de hombres per-

(a) Vid. cap. 4. huj. vit. n. 4. (b) Deuter. 32. v. 11.
(c) Matth. 11. v. 12.

perdídos, indoctos, ignorantes, falsos Maestros de la Ley, que tanto lastimó, y lloró San Geronimo, y San Juan Crisostomo, como lo dicen sus Obras. (d) Por esto les ordenaba, y mandaba, que con los Hereges no solo no tratassen familiarmente, sino que se recatassen como de hombres apestados, aunque supiessen que por esso habian de perder la honra, el descanso, y la vida, y les ponia esta comparacion: De la manera que el casado que vá á tierras distantes de su muger, y alli, persuadido de los vicios, se casa, es castigado por las Leyes Divinas, y las humanas; assi el Christiano casado por la Fé con la Iglesia, Virgen pura, como lo dice San Pablo: *Despondi enim vos uni viro Virginem castam exhibere Christo*: (e) si por la conservacion, y comunicacion de la heregía, dejasse la Fé Catolica, merecia en esta, y en la otra vida la pena que merecen los hereges, adulteros, enemigos de la Iglesia, y la verdad. Con estas, y otras razones, persuadia el Santo á los Monges á que perseverassen en su santa vocacion, juzgando la perfeccion de los Maestros, utilidad, y seguridad de sus hijos, y discipulos.

CAPITULO XXI.

DE LAS PLATICAS ESPIRITUALES QUE HACIA á los Sacerdotes el Santo Patriarca, y algunos sucesos que en ellas referia.

COmo quiera que la voz del Prelado es el alma de su gobierno, y el desempeño de su primera, y mayor obligacion, no estaba ociosa en el Santo Patriarca; y assi teniendo presente que vino en lenguas el Espiritu Divino, para advertir á los Apostoles, y á sus sucesores los Obispos, la obligacion de enseñar, predicar, exhortar, y apacentar sus ovejas; eran muy frequentes sus platicas, y sermones, señaladamente al Clero, para que este estado predicasse á los demás.

2 Habia sucedido pocos dias antes un caso escandaloso en Alejandria, y muy sensible á San Juan, porque en lugares pu-

(d) Vid. D. Hieron. tom. 1. pag. 321. & 791. & tom. 2. pag. 43. edit. Veron. 1735. D. Chrysost. tom. 1. lib. 3. á pag. 97. usq. ad 100. & pag. 103. edit. Paris. 1718. (e) 2. ad Corint. 11. v. 2.

pulosos, no basta la disciplina á contener todas las públicas inclinaciones, y vicios. Un mozo se llevó una Monja, sacandola de sus claustros, y pasó con ella á Constantinopla. Hizo sus diligencias el vigilante Prelado, y no pudo cobrar aquellas dos ovejas perdídas; con esta ocasion en la conferencia con el Clero habia algunos que ponderaban la maldad, y sacrilegio de estos desdichados; maldecian al hombre, y á la muger, considerando el descredito de lo Eclesiastico, con la culpa, y la ruina, y perdicion de lo secular con el egemplo.

3 El Santo oíalos á todos, y á los que caritativamente hablaban los alababa, y á los que con zelo destemplado discurrian, contenia, y con ser su vigilancia en todas materias, y mas en el zelo de la honra de las esposas de Christo Señor nuestro tan grande, les decia: ¿Qué duda hay, hijos mios, que la pérdida de estas dos ovejas, la ocasionaron las culpas de su Pastór, y que mis pecados hicieron disposicion á los suyos? Si yo velára al prevenir, no huvieran incurrido ellos al obrar, y si mi vigilancia huviera conservado cerradas la puertas á las primeras correspondencias de los Conventos, no huvieran salido por las de las ultimas desdichas. Mi omision fue la causa de su exceso, porque lo que previene la prudencia, no lo llora despues el arrepentimiento; y por el contrario, llora despues destempladamente el dolor, lo que primero facil, y suavemente pudo prevenir el zelo. No os enogeis, hijos mios, contra aquellos pobres, que como flacos, y ciegos de su pasion se perdieron; enojaos contra mí, que con mayor luz no previne sus ruinas. Puede ser que ellos estén yá enmendados, y yo no sé si lo estoy. Oyendo esto algunos de los presentes, volvieron á afear el exceso referido, ponderando quan cierto sería andar vagando perdídos por toda Grecia, escandalizando el mundo. A que el Santo les respondió, poniendoles delante los sucesos de Vital, y el Monge mozo á quien azotó: y que así como es bien que crea el hombre, que lo malo es malo, y lo bueno bueno; pero aquello que no se sabe entonces como sucede, no se censure por malo.

4 A las puertas de la Ciudad de Tiro (dijo el Santo al Clero) llegaron dos Monges venerables, y de grande fama, y opinion de santidad, y al entrar por ellas, una muger perdída, y la mas celebrada de Tiro, llamada Porfiria, (a) gritando les dijo á en-

(a) Ap. Act. SS. tom. 2. Jan. pag. 514. n. 85.

entrambos: Siervos de Dios, salvadme, y libradme de pecado, como Christo salvó á la pecadora pública. El uno de ellos no hizo caso de sus voces; temiendo no fuese el silvo de la Serpiente infernal; pero el otro, sin cuidar de la fama, y opinion del mundo, tomandola de la mano le dijo: Vente conmigo muger, y pasó con ella por medio de la Ciudad, y se la llevó consigo, y persuadió á penitencia.

5 Publicóse con esto, que aquel Monge se habia llevado á Porfiria, y casadose con ella, llorando los buenos, y celebrando los malos tan gran caída. Y despues de haber andado el Monge algunos lugares con ella, en uno de ellos hallaron un niño expuesto, y desamparado de sus padres, al qual compadecido recibió el santo Monge consigo, y le mandó á Porfiria que lo criasse, y que no abriesse los labios á las calumnias que le opondrian por esto.

6 Los que veían al Monge, á la muger, y al niño, murmuraban muy desenfrenadamente, mirando como á hijo del vicio, al que lo era de la misma caridad; ponderando la virtud grande del santo Monge, y la buena eleccion de Porfiria, pues todas sus liviandades no pudieron grangearle tan breve, y tan hermosa sucesion, como se la dió el encomendarse al Monge. Y no obstante que hacia vida retirada Porfiria, y que se habia cortado los cabellos en señal de penitencia, y que se llamaba Pelagia, nombre de su conversion, y que veían en ella exterior, y gran mudanza, eran ella, y el Monge, y el niño, el escandalo de Tyro, y su comarca: particularmente con aquellos que siendo viciosos, y perdídos, facilmente condenan en lo dudoso, porque parezcan menores sus excesos, á vista de otros mayores.

7 Padecia el Monge su afrenta; y Porfiria (yá Pelagia) viendo que padecia inocente el deshonor, que tanto tiempo mereció culpada, toleraba con igual resignacion su trabajo. Pasaron algunos años, y sintiendo el venerable Varon, que Dios queria llevarlo para sí, llamó á Pelagia, y al niño, yá mas crecido, y se fue á Tyro, adonde concurrieron muchos á verlo, por ser célebre su fama en los principios, y ahora en los fines, su infamia. Estando para morir, convocando el Monge gran numero de personas Eclesiasticas, y seculares, de las mas principales de aquella gran Ciudad, dijo: Que le tragessen las brasas encendidas, que

tenia prevenidas á este intento, el qual tomandolas en las manos ardiendo, y poniendolas en su pecho, y tunica interior les dijo á todos los circunstantes: Bendito sea el Señor (varones de Tiro) que de la manera que el fuego no quemó en el monte Oreb la zarza que parece que abrasaba, ni este fuego, y brasas queman mi persona, ni mi tunica; asi tampoco el fuego de concupiscencia me quemó con essa pobre muger, que teneis presente, ni en mi vida de pensamiento, obra, ni palabra he ofendido á Dios con ella. Y diciendo esso espiró. Vieron con esto, que ni en la tunica, ni en el cuerpo del Santo hicieron señal las brasas. Con esto alabaron á Dios todos de vér sus misericordias. Y asi (hijos mios, les decia el Santo Patriarca) aunque es justo que velen los superiores, y que se recaten los subditos, y que los públicos pecados se castiguen, y que no se dege que la maldad cobre fuerzas, y destierre á la virtud; pero quando no se trata del remedio, sino solo de la censura, y murmuracion, y quando en el mismo remedio, sin faltar á lo público, se puede contener, y moderar el juicio interior, no os arrogeis á lo mas triste, y pecaminoso, que Dios solo sabe lo que pasa en lo interior.

CAPITULO XXII.

COMO CORRIGIO A DOS CLERIGOS EL SANTO, y de los embarazos en que le puso el uno de ellos, con el Gobernador Nicetas.



Unca la disciplina Eclesiastica puede ajustarlo todo de manera que no tengan en que egercitarse bastantemente el zelo de los Superiores, y la paciencia de los subditos, y Dios nuestro Señor tal vez, porque no estén ociosas las virtudes, medicina de los vicios, suele permitir escandalos, como enfermos. Habia en Alejandria dos Clerigos, en la calidad de sangre, y opulencia de riquezas muy señalados; pero por la misma causa que lo eran por estas circunstancias, venían á serlo mas, y con peor nota, por ser su vida muy libre, y desconcertada. Procuró el Santo Patriarca con todos los remedios posibles reformarlos, y reducirlos á terminos moderados: y con el uno consiguió su santo intento, y

y no ſolamenre ſe enmendó, pero vivió egemplarmente muy reconocido al remedio, zelo, y amor de ſu Prelado.

2 El otro reſiſtió con gran fuerza, ſiendo cauſa de penoſos diſguſtos del Patriarca; explicandoſe bien en eſta deſigualdad los efectos divinos de la predeſtinacion, ó condenacion, y la diverſidad de las obras en la comparacion de Chriſto Señor nueſtro quando dijo: *Habrá dos en una cama*: (a) eſto es, dormirán dos en el lecho de las paſiones, y vicios, *y el uno ſe levantará*, eſto es, *ſe ſalvará*; *y el otro ſe quedará*, eſto es, *ſe condenará*.

3 Tenia el Clerigo que ſe reſiſtia á los ſantos, y ſaludables conſejos, adverrencias, y remedios de ſu Paſtór, grandes incluſiones, y dependencias en el Palacio de Nicetas, y ganadas las primeras cabezas que aſsiſtian á aquel Principe: con lo qual, viendo que le andaba yá á los alcances la Juriſdicion de Dios, ſe iba aſiendo, y amparando firmememte á las aldabas de la ſeglar, y mundana; y como era muy rico, y tenia con que hacerſe mas amable á los criados, ſe puſo facilmente en la gracia de Niceras. Comenzó con eſto á cobrar fuerzas la liſonja, y ſembrar ſu veneno la calumnia, y á deſpertar una emulacion, primero ſecreta, y luego pública, y eſcandaloſa, entre uno, y otro Palacio: por la diverſidad de la Juriſdiccion, Autoridad, y Poder, ſujetos á eſte comun accidente.

4 Ponderaba el Clerigo á Nicetas los rigores del Patriarca, y la ſeveridad de ſu diſciplina, y cenſura, y que trahia en continuo movimienro á Alejandria, ſin que en toda ella ſe oyeſſe, ni vieſſe con ſus decretos, edictos, y reformaciones, ſino una perpetua inquietud, abriendo la puerta á que no ſufrieſſe el Pueblo tan intolerable carga, y prorrumpieſſe en algun público eſcandalo, y ſedicion. Que lo que parecia que gobernaba el zelo, iba lentamente adquiriendo ſu ambicion, y comenzando por ſanto, habia de venir á acabar en poderoſo; que ſi la Juriſdicion ſecular no le iba á la mano en lo que obraba, con lo miſmo que parece que mejoraba el comun, ſe lo iba llevando todo. Que yá los decretos de Nicetas, ſu Poder, Juriſdicion, y repreſentacion viva del Ceſar, ſe iba enflaqueciendo de manera (con los temores del Pueblo á los edictos del Patriarca, y la mano que tenia, y ſe tomaba con todos, unas veces por ſu Dignidad, otras

por

(a) *In illa nocte erunt duo in lecto uno.* Luc. 17. v. 34.

por ſu Autoridad, otras por la profuſion caudaloſa de limoſnas) que apenas le quedaba á Nicetas mas que el deſnudo nombre, y titulo de Gobernador del Ceſar, borrada, y deſaparecida del todo ſu viva imagen.

5 Ponderaba tambien mucho la prodigalidad grande con que gaſtaba los teſoros de la Igleſia, y los que podian reſervarſe para excelentes fines, y remedios de publicas neceſidades, gaſtaba en gente ocioſa, vagamunda, y en edificios, ó no neceſarios, ó ſobradamente ſuntuoſos; y hallandoſe el Emperador con no ponderables cuidados, en todas partes exauſto el público erario: los tributos afligiendo los Pueblos, los Egercitos clamando por ſus pagas, los enemigos del Imperio poderoſos, é inſolentes, ſeñaladamente los Perſas; debiendo el Patriarca ſocorrer al Ceſar que le dió la Dignidad, queria mas gaſtar tan caudaloſas rentas, oblaciones, y tributos en gente inutil, y perdída, por conſervar, y promover una vana fama, y opinion popular de limoſnero, que en defenderle la Corona al Ceſar, de donde reſultaba el ſeguirlo, y aplaudirlo las turbas, con rieſgo grande de la paz pública, y de ſu ſeguridad.

6 ¿Qué virtudes podian ſer las que animaban una tan entrañable ſoberbia, y vanidad tan rara, y una ambicion tan eſcandaloſa, y vehemente? Fue virtud (decia) dejar en el un Monge eſcandalizar á Alejandria tanto tiempo, y en el otro ſanto mancebo azorar en un inſtante á la inocencia? Y en la injuria de Jorge ſu ſobrino dejar tambien mas libre, y aun premiado al inſolente, y atrevido, y mas deſconſolado, y triſte al injuriado? Deſamparar el Sacrificio del Altar para reprehender al pueblo, incurriendo al perſuadir en lo miſmo que pretende remediar? Nunca halla el Patriarca la ſazon al obrar perfectamente: ſi caſtiga es á quien debe perdonar, ſi perdona, es á quien debia caſtigar; tomando las reſoluciones ſiempre á la fama, y jamás á la razon.

7 ¡Quando ſe ha viſto uſar con un Gobernador del Ceſar, y ſu conſuegro, igual deſcortesía á la de vender lo miſmo que por regalo le enviaba, haciendo perfeccion del deſprecio, de una Dignidad tan grande, de una voluntad tan fina, de un favor tan digno de eſtimacion: afectando pobreza, el miſmo que afecta tan grande poder, que dá en un dia para que le admíre el mundo ſiete mil y quinientas raciones cotidianas á la ocioſidad del pueblo, quando no ſe les paga ſu ſueldo á los que defienden con
ſu

ſu miſma ſangre el Imperio! Y con eſte capricho, y deſigualdad de acciones, afecta eternizarſe de ſanto, quando dentro de una exterior ſantidad, eſtá ardiendo una inſolentiſsima ambicion!

8 De eſta ſuerte le iban haciendo el proceſo en auſencia al Santo Patriarca, ſin ſer citado, ni oído, y con eſtas frequentes delaciones, y con lo que la naturaleza deſpues de flaca, viciada, ſe alegra de vér deſpreciada la virtud, y actuando contra ella el vicio, crecian las platicas venenoſas, y ſe reducia yá á opiniones una ſantidad tan conſtante como la del Patriarca, mal ſeguras de la maledicencia, las mas puras acciones de ſu gobierno.

9 No faltaba por el contrario quien defendieſſe la virtud, y heroycas obras del Patriarca; porque perſonas zeloſas, y menos intereſadas volvian por la inocencia del Santo, y decian á Nicetas: Quanto mas debia deferir á ſu antigua amiſtad con el Patriarca, y al conocimiento que de él tenia deſde Chipre, y Conſtantinopla, y á la igualdad con que le habia viſto vivir en Alejandria, y á la íntima ſatisfaccion de ſu alma en ſu comunicacion, que como hermano, é hijo ſuyo eſpiritual tuvo ſiempre, que no á las calumnias preſentes, iniquamente compueſtas, y veſtidas.

10 ¿Nunca fue malo el Patriarca (le decian á Nicetas) nunca fue ambicioſo, nunca ſoberbio, y vano, haſta que caſtigó á eſte Clerigo eſcandaloſo, y perdído? Y alli comienza ſu infamia del Prelado, donde mas ſe habia de eſtablecer ſu opinion? Ni hemos viſto que ſe entremeta en el gobierno ſecular, ni que obre ſin juicio perfecto en el Ecleſiaſtico, ni que en la limoſna ſea pródigo, ni en la Ecleſiaſtica diſciplina unas veces relajado, ſi tolera, otras deſmedidamente ſevero, ſi caſtiga; haſta que nos abrió los ojos eſte hombre perdído, y relajado, que no los quiere abrir á la verdad, ni á la virtud, y pretende que los abramos todos al engaño. Si la limoſna es prodigalidad, ¿quándo ha de ſer virtud la limoſna, ſiendo una de ſus excelentes propiedades la largueza?

11 Vengo bien en que quien á tantos pobres ſuſtenta, ſocorra entre ellos á algun ocioſo, ¿quedará ocioſa por ventura la caridad, que entre los mancos, los tullidos, los valdados, los mendígos, y vergonzantes ſocorriere á alguno que no lo es, para que hálle ſin trabajo el ſuſtento que no puede hallar ſino con él? No es perfecta caridad la que ſe contiene en terminos limitados,

dos, y en las lineas de una prudencia moderada, y corta, rompen los rayos de la Caridad Divina en el misericordioso por todas las limitaciones del saber humano; y asi como el corazon no admite terminos al amar, ni al dár, la mano del que ama á Dios, y sigue sus movimientos.

12 Dice la emulacion, que reparte el Patriarca prodigamente los tesoros, con que podia, y debia socorrer al Cesar, y esto lo afirman quando está repartiendo los tesoros de Dios, no los del Cesar. Propio es, decian los defensores del Santo (ó Nicetas) natural es en la calumnia mudar los nombres á las virtudes, y llamar prodigalidad á la caridad, ambicion al zelo, y á la recta disciplina crueldad. Pero la luz de la pureza de una intencion desasida, y generosa, y del juicio libre, y desapasionado al discurrir, facilmente corre el velo, y descubre la essencia de lo interior. Al Cesar se le debe lo que es del Cesar, y no queda defraudado porque se le dé á Dios lo que es de Dios. No les dá cosa alguna el Prelado (que dá la limosna á sus ovejas) sino que les restituye, y paga lo que les debe. De los pobres son los tesoros de la Iglesia, y asi fuera injuria quitarselos, como darlos á quien no tiene en ellos el dominio, que solo tienen los pobres.

13 Bien sabe el Cesar quanto mayor socorro se hace á sus egercitos, con socorrer los egercitos de Dios, que son los pobres, que no con despojar á estos por pagar á los soldados. Lo secular socorra á lo secular; y á Dios, y á sus pobres, lo Eclesiastico. Siendo tambien verdad que los pobres, los mendígos, los vergonzantes, las viudas desamparadas, los pupilos, y huerfanos, las doncellas encerradas, los hospitales, y obras pias, son tan gran parte del socorro secular, que la mayor de su renta, ó toda ella la consume el Patriarca en el servicio del Cesar, que consiste en el sustento, y conservacion de sus vasallos.

14 Y es de saber, y averiguar ¿quándo (ó Nicetas clarissimo) ha embarazado tu gobierno el Patriarca, que es la mas ilustre coluna de tu gobierno? Si yá no llaman embarazarlo: el mejorar las almas con la doctrina, socorrerlas con la mano, hacer los subditos obedientes, y rendidos á las leyes, y las materias de gracia, de justicia, de gobierno, de hacienda, de guerra. Los Tribunales, y los Magistrados públicos, toda la influencia del gobierno universal de Egipto, corren por tu generosa mano (ó Nicetas) ¿en qual de estas cosas se introduce el Patriarca? Señalen

alguna accion los que las censuran todas? Es mas que un mero egecutor,en lo que el Cesar le ordena del Cesar, en lo que Dios le manda,de Dios? Es embarazar el gobierno contener los animos insolentes, y alentar á los virtuosos? Al Patriarca solo le siguen los pobres, y desvalidos: A tí todos, y entre todos, quien mas te respera es el mismo Patriarca. ¿Oyense otras voces suyas, sino las espirituales? El desterrar las heregías, y otros errores, y desórdenes de las almas de su cargo, ha sido con las armas, ó con la fuerza del egemplo, y la doctrina?

15 ¿Las rentas Eclesiasticas con que otros hacen mayor su caudal, y enriquecen sus parientes, no están reducidas al socorro de mendígos? Con las frequentes limosnas, y públicos edificios, y Hospitales, no luce, y mejóra la Republica? ¿En qué embarazan estas nobilisimas acciones al Estado Secular, quando todas son todo su amparo, y socorro? Ha de levantar la embidia á la inocencia, la persecucion, que pudiera la justicia á la maldad, y á un animo tan sencillo imputarle contrarias imperfecciones, y vicios? Al que todo lo reforma, y lo juzgan odioso por essa causa, le acusan que ha de alzarse con los pueblos; y al que ponderan tan seguido, y aplaudido por sus limosnas, que puede alzarse con todo, dicen que es aborrecido?

16 ¿Cómo puede ser tan amado el que reforma? Cómo puede ser aborrecido el que dá? Amanlo los buenos, y los pobres: aborrecenlo los malos, y poderosos: con que será siempre seguido de la inocencia, perseguido de la embidia. ¿No se vé que son razones vanas las que pondera la emulacion,y opuestas unas á otras? Las quales ellas mismas se destruyen, y deshacen, y solamente las despierta el propio dolor, y el ansia que tiene la maldad de desterrar la censura, y el freno que la contiene. ¿Por ventura en el corazon de Nicetas, en quien han cabido egercitos encontrados, no cabrán las virtudes del Patriarca su amigo? Y ha de intentar el odio, y la adulacion, hacer corto, y congojoso un animo tan Real?

17 ¿Por vicios no visibles: ambicion, soberbia, y otros que inventa, y finge la embidia, le han de condenar virtudes ciertas, y claras? Y ha de prevalecer la ficcion, y la calumnia á la evidencia, y verdad? Quién puede negar el zelo del Patriarca, quando á voces lo publicaban sus acciones, y sus obras? Los Hospitales, los Pósitos, los Templos, son luces clarisimas, que están alum-

alumbiando, y declarando la caridad interior que produce estos efectos. ¿Las piedras, los jaspes, y los bronces, no están mudas, y eternamente clamando su virtud? Y negarán las lenguas, lo que confiesan las piedras? Mas duro ha de ser el corazon humano, y mas ingrato que el bronce?

18 Si de acciones exteriores honestas, se induce interior malicia, ¿quándo se inclinará nuestra censura á lo bueno? Y si de virtudes claras colegimos vicios ocultos, y feos, quando cesará en lo malo? Ha egecutado mas el Patriarca que las ordenes del Cesar? Ha obrado mas que conforme á las de Dios? Las penas elige para sí, los consuelos para otros; ama la pobreza, y enriquece á los demás; siente mas el castigo del delinquente, que el propio; las injurias agenas reforma, las de su sobrino, y las suyas remite, y en el incierto mar del obrar humano en su gobierno, siempre aspira, egecuta, y encamina lo mejor: y despues de esso con ponderar la emulacion los estremos, y dejar la sustancia de sus obras, se intenta representar odioso al amable, y aborrecible al que es digno de suma veneracion.

19 Con estos, y semejantes discursos defendian al Santo Patriarca sus amigos, entretanto que el animo generoso de Nicetas fluctuaba entre unas, y otras razones. Es la calumnia en los Palacios del mundo mas importuna, y atrevida que la verdad, y la sencilléz christiana; porque la verdad, en no siendo oída, se retira, y encoge; pero la calumnia solicitada del odio que tiene al zelo, como se halla dentro de sí, con el despertador, en la pena que le causa verse perseguida de aquel á quien recela, y lastíma; no cesa un instante de solicitar el remedio de su daño, que libra en el daño del que la busca á ella, para aplicarle el remedio: siendo assimismo constante máxima en las materias de la humana condicion, que nunca son los amigos al defender al amigo, tan constantes, y eficaces, como al ofenderle los enemigos.

20 A esta causa fue tanta la barería que dieron las delaciones, y calumnias en el animo del excelente Nicetas, que se fue lentamente entibiando en la devocion del Santo; y yá no le parecia tan piadoso el obrar del Patriarca, yá tenia por menos sencillo su decir, yá desconfiaba de sus palabras, yá se recataba (como de cautelosas) de sus obras; y al que antes le consolaban sus visitas, yá su compañia, y comunicacion le causaban desabrimiento, y enfado. Con esto todas las acciones, y resoluciones de su

gobierno, y Obiſpado, en las quales primero habia toda ſeguridad, y procedian corriente, y ſencillamente: yá ſe recelaban, y miraban, y atendian por Nicetas, y ſus Miniſtros, con ojos de competencia, y emulacion; y hallando abrigo los deſcontentos, y amparo los eſcandaloſos en la juriſdicion ſecular (quando iban huyendo de la Ecleſiaſtica) unas veces con recados, otras con demoſtraciones públicas, otras con inhibiciones, le iban atando las manos al Patriarca, con que no podia obrar lo que convenia: y con color afectado de la defenſa de la propia Dignidad, y del Ceſar, quando en todo hacia el Santo el ſervicio del Ceſar, y ponia con mayor decóro ſu Dignidad, iba Nicetas deſterrando la virtud de Alejandria, y dando nuevas, y mayores fuerzas á los vicios.

CAPITULO XXIII.

DE LA RESOLUCION QUE TOMO NICETAS de quitarle al Patriarca los teſoros de los pobres, y que lo egecutó.



ANdaba revuelta Alejandria con eſtas diſcordias del Gobernador, y Patriarca, padeciendo el Venerable Prelado muchas injurias, toleradas con ſingular paciencia, por vér que no podia remediarlas ſin eſcandalo. Apenas ponia la mano en coſa alguna, en que no le fueſſe á ella Nicetas, ni accion honeſta, y ſanta encaminaba, que no ſe la deshicieſſe; y viendo los Miniſtros inferiores turbado yá el ſemblante del Gobernador, y rota la antigua amiſtad, repetian ſus violencias, creyendo que en eſto hacian mayor liſonja á Nicetas. Al egemplo del Superior, iban los demás perdiendo el reſpeto á ſu Prelado, y aquellos miſmos que caſtigados en tiempo de la amiſtad de Nicetas,todo eran ſumiſiones, y humildades al Patriarca,á vueltas de la diſcordia todo eran atrevimientos.

2 Con eſto halló la indignidad de los animos heridos de la reformacion de ſu Prelado, diſpoſicion facil á cumplir ſus inclinaciones, ofendiendo al Patriarca con públicas deſcortesías, opoſiciones, y acciones eſcandaloſas, que recibian igual fuerza en ſu paciencia, que en la tolerancia de Nicetas; el qual, quanto no

caſ-

castigaba, solo con esso aplaudia, y alentaba. Assi iba cada dia mas zelando, y recelando el Palacio Secular al Eclesiastico, y una á otra Jurisdicion: y temiendo la mayor parte de los pueblos á Nicetas, y amando todos al Patriarca, eran pocos los que osaban descubrirse por la razon, y verdad, y muchos los que abogaban por la lisonja, y poder; porque andaba mudo, y recatado el amor al Patriarca, temeroso de la fuerza que se hallaba atrevida, é insolente.

3 Era grande el desconsuelo de los buenos al vér esto; pero no mayor que el gozo de los malos: el de los buenos, por vér pisada la virtud, y en medio de tal bonanza una tempestad tan grande: y de los malos, porque se holgaban de vér esentos de toda reformacion sus vicios, codicia, y sensualidades, por la discordia de los Principes tan grandes, hallandose defendidos, y lo que es mas en odio del Patriarca, aplaudidos sus excesos, y desordenes por los Ministros del Cesar.

4 En este trabajo, y tormenta se conoció mas que en otra alguna ocasion el valor, y virtud del Santo Patriarca, quanto es mas heroyco, y dificultoso el sufrir que el castigar. No se le oyó palabra descompuesta, ni obró accion alguna destemplada, ó indecente; y el que sabía con Christo Señor nuestro en el Templo azotar con zelo á los numularios, (a) se dejaba con Christo azotar, y afrentar en el pretorio. (b) Que un Prelado obre con acierto, y con ilustre empleo de sus virtudes en tiempo de paz, y serenidad, es loable, pero no dificultoso; mas que en tiempo turbado muestre la igualdad del animo, la constancia, y la paciencia, es tanto mas excelente, quanto será mas acreditado el Piloto que salva el navío en el tiempo borrascoso, que en el pacifico, y sereno.

5 Obraba yá el Santo Patriarca en el estado de las cosas con igual deseo de lo mejor; pero con mayor templanza, suspendida la espada del zelo, y embrazado solo el escudo de la paciencia, y silencio, omitiendo muchas resoluciones, y acciones reservadas para mejor ocasion. Todavia sin perder punto de tiempo en el obrar, quando en la egecucion de una virtud le impedian, se egercitaba en las otras; y de esta suerte con la modestia, y constancia mejoraba, lo que en otras ocasiones remediaba con el zelo. El

(a) Joan. 2. v. 15. (b) Joan. 19. v. 1.

6 El animo de Nicetas, aunque en lo exterior algo remiſo, y templado, pero en lo interior ſe iba enconando mas cada dia; porque no ceſaban los ſoplos del Demonio, de ir encendiendo ſu fuego, y podia mas con él la envidia agena, que no la propia virtud. Eran tan frequentes las delaciones, y chiſmes de los mal intencionados, que no le dejaban una hora de quietud: afirmaban lo dudoſo como cierto (ſi era en acuſacion del Santo) y lo infalible en ſu favor, ſiempre quedaba dudoſo: ſus heroycas obras ſe deſaparecian de la viſta en un inſtante, y de larga diſtancia ſe veían las menores imperfecciones de ſu familia: y los que del Santo murmuraban podian decirlo en las calles, y las plazas, y los que le amaban, y defendian, ni en lo mas eſcondido, y retirado.

7 Reſolvió Nicetas en el proceſo ſecreto, y mental que le iba formando al Santo, (ó por mejor decir, en el que habian eſcrito los delatores, y chiſmoſos en ſu inquieto, y ſencillo corazon) de ir á caſa del Patriarca, y quitarle toda la plata, y demás bienes que tenia para los pobres, y remitirlos al Emperador Eraclio. Para eſto convocó toda ſu guarda, y familia, y con color de que lo iba á viſitar fue al Palacio del Patriarca: y deſpues de haber uſado de los comunes cumplimientos, le ponderó las neceſidades del Ceſar, y quanto crecian las victorias de los enemigos del Imperio, ſeñaladamente de los Perſas; y que ſupueſto que le debia la Dignidad, pues ſe la dió, y era tan juſta la cauſa, franqueaſſe ſus teſoros al ſocorro de públicas neceſidades, y daños.

8 Oyó eſto el Santo ſin perturbacion alguna, y reſpondió: Que de aquellos teſoros no era él ſeñor, ſino adminiſtrador, obligado á eſtrecha quenta: que la propiedad era de Dios, y de ſus pobres, que los enemigos del Ceſar crecerian con las ofenſas de Dios, y las ruinas del Imperio con las ruinas de las almas: Que advirtieſſe, que no de balde ſe llamaba el Verdadero Dios inmortal, Dios de los Egercitos, (c) porque en ſu Voluntad, y de ſu Mano dependen las victorias, y de aquella manera tratarian los enemigos al Imperio, que trataſſe el Emperador á los pobres, y á la Igleſia.

9 A eſto replicó Nicetas: Neceſitar el eſtado lamentable del Ceſar de pocos diſcurſos, y de mucha egecucion, y que aſsi le en-

(c) Iſai. 6. v. 3.

entregassen alli junta quanta plata, y oro tenia el Patriarca. Assi se hizo, y en estando junta le dijo el Santo al Gobernador: Yo Nicetas, ni puedo entregarte este dinero, ni defenderlo. Porque á lo primero se opone mi obligacion, y á lo segundo mi estado. Tu grandeza quita á Dios lo que es de Dios, y se lo lleva al Cesar, guardate, ó Nicetas, que Dios no quite al Cesar lo que es del Cesar, y lo dé á quien sirva mas á Dios. Sin reparar en estas razones el Gobernador partió con su tesoro á su Palacio, dejando al Santo en el suyo, sin perturbacion, ni demonstracion alguna de impaciencia. Al salir de la ultima sala, vió Nicetas unas botijas que trahian al Santo de miel, y le dijo: Le enviasse de aquel regalo. Y el Santo dijo: Lo haria con gran gusto, y voluntad.

CAPITULO XXIV.

DEL MILAGRO CON QUE DIOS VOLVIO POR LA limosna de los pobres: y que Nicetas le restituyó su tesoro al Santo.



Abiendo llegado las cosas á tan grande rompimiento, facil es de creer el escandalo del pueblo de Alejandria, y de todo Egipto: y el dolor de los pobres, de vér sus tesoros transportados: y el desconsuelo de los buenos de vér la virtud, y autoridad de su Prelado desestimada: y el gozo de los lisonjeros, y perdidos, de vér el tiempo de su cosecha, y que cada dia triunfaban de la virtud, la justicia, y la razon; pero Dios que está á vista de todo, y atribula, pero no desampara á los suyos, con un modo suavissimo, y dulcissimo, volvió por la opinion del Santo, moderó á Nicetas, consoló á los buenos, reprimió, y desengañó á los malos.

2 Cuidando el Patriarca de enviar á Nicetas el regalo de la miel, mandó á uno de sus Limosneros, á quien se habian entregado las botijas, que escogiesse la mejor, y la mayor, y se la diesse de su parte. Obedeció al punto el Limosnero, y para verla mejor abrió algunas. Tenian sus rotulos, que unos decian: DE LA MEJOR, y otros: DE LA ORDINARIA. Quiso gustar de una de las mejores, y halló impenetrable la miel. Volvió á mirar con cuidado, y vió que estaba condensada, como si fuera metal, y el color de

pu-

puro oro. Reconocieron las demás, y hallaronlas de la misma color, y calidad, y que no era miel, sino oro. Avisaron al Santo Patriarca del milagro, mandaron que lo reconociesse un artifice de este oficio, y habiendolas rocado halló, que era oro de veinte y quatro quilares. Preguntaron al que las habia rrahido, ¿qué era lo que trahian las botijas? Respondió, que él mismo habia visto, y ayudado á echar dentro de ellas la miel que enviaba para los pobres al Patriarca, un hombre virruoso de una de las Ciudades vecinas á Alejandria. Con esto mandó el Santo, que callassen, y tuviessen reservadas las botijas, y escogiendo la mayor se la remitió á Nicetas con uno de sus criados, ordenandole que la abriesse delante de él, y le digesse, que las demás eran de la misma suerte, y escribióle un villete en que decia:

3 Dijo Dios á Josue, *no te desampararé.* (a) Sabrás (ó Nicetas) que el que esto dijo me ha dado mayor tesoro, que no el que tu me has quitado. Esto lo declarará el regalo que te envío de la miel. Bien puedes admirarte, y humillarte, y creer, que al que Dios quiere que esté socorrido para sustentar sus pobres, no puede un hombre mortal empobrecer. Dios te guarde, y bendiga tu grandeza.

4 Entró el criado á tiempo que estaba comiendo Nicetas, y habiendo leído el villete no percibió bien el caso. Dijole el criado, que con su licencia abriria la botija. Respondió lo hiciesse asi: Abrióla, y le dijo: Veis aqui, señor, que se ha vuelto la miel oro, y lo mismo sucedió con las demás. Al principio hizo donayre Nicetas; pero luego vió con evidencia la verdad. Quedó atonito, y suspenso, y sin hablar en gran rato revolvia dentro de su pensamiento el exceso grave que habia cometido en quitarle á Dios, al Patriarca, y á los pobres su tesoro; y considerando que quien volvia la miel en oro, podia volver el oro del Cesar, y sus tesoros en hiel, y aumentar las miserias, y desdichas del Imperio, dijo Nicetas: No puede el hombre empobrecer al que ha socorrido Dios; pues yo hombre soy, y pues lo he sido al errar, quiero como hombre conocerme, y humillarme.

5 Mandó al punto que le tragessen quanta plata quitó al Santo: y á ella, y al oro que le envió por regalo, añadió de su di-

(a) *Sicut fui cum Moyse, ita ero tecum, non dimitam, nec derelinquam te.* Josue 1. v. 5. *Non te deseram, neque derelinquam.* Ad Hebr. 13. v. 5.

dinero trecientas libras de oro, que hacen setenta y cinco mil pesos, (en que se vé el poder y grandeza de Nicetas) y dejando la comida se levantó de la mesa, y llevando el tesoro por delante con toda su guarda, sus Ministros, y Familia, se fue á casa del Santo Patriarca, llegó y le pidió perdon de su yerro. El Santo le consoló, y perdonó, y abrazó, y con razones prudentes, alabando su zelo por una parte, y por otra dandole luz con saludables, y muy suaves consejos, le quitó toda la desconfianza, y desconsuelo en que estaba. Discurrió el milagro por Alejandria, publicaronse las paces, reprimiose la lisonja, huyó avergonzada la calumnia, los enemigos, y emulos del Santo quedaron confundidos, los amigos consolados, el Gobernador nuevamente prendado de las virtudes del Santo, y el Patriarca atento, y mas asistente al consuelo de Nicetas.

6 El milagro de volverse la miel oro, necesita de poca ponderacion, para conocer que fue de los mas raros que han sucedido en la Iglesia, siendo mucho de admirar la suavidad, y benignidad con que Dios nuestro Señor endereza nuestros yerros, y cura nuestros escandalos. Pues habiendo pasado tan adelante la malicia, y llegado Nicetas á tan terrible demostracion, como quitarle á Dios sus tesoros, lo alumbró con tan suave manera, que pudo tener por favor la reprehension: advirtiendo á todos este suceso lo que favorece su Divina Magestad la limosna, y que en los que egercitan tan generosa virtud, nunca llegará á quitar tanto la violencia humana, que no le socorra mas la Providencia Divina.

7 Y porque el premio, y el castigo son los dos polos sobre que se revuelven los movimientos humanos al obrar, me ha parecido que debo referir aqui lo que dejaron escrito los Autores de aquel tiempo, y lo refiere Sigiberto, y otros Cronologos, y sucedió en el mismo en que el Santo florecia, y en un navío de aquella misma Religion. (b) Navegaba por el mar Mediterraneo este bagél, y entre muchos navegantes habia un pobre, el qual no llevaba matalorage ninguno, sino que iba encomendado á la caridad comun. Un dia viendose necesitado, pidió á los navegantes, y á cada uno de los demás marineros, sin dejar ninguno,

(b) Vid. Vincent. Burgund. tom. 4. Bibliothec. Mund. Lib. 22. cap. 107. pag. 896.

no, le ſuſtentaſſen de limoſna. Ellos reſpondieron, que apenas tenian lo baſtante para sí. Fueſe al Piloto, y Maeſtre del Navío, y con mucha inſtancia le rogó le dieſſe por amor de Dios algo con que poder ſuſtentarſe, que perecia de hambre. El Piloto irritado de la importunacion del pobre, le dijo: Hombre en eſte navío no hay comida, ſino piedras. Reſpondió el pobre: Aſsi lo veo, porque ſon piedras vueſtros corazones; y pues no hay baſtimento ſino piedras, ruego á Dios que para vueſtro caſtigo, ſe convierta en piedras todo vueſtro baſtimento. Al inſtante que eſto dijo, ſe convirtió en piedras todo el baſtimento del navío, y con tan puntual caſtigo, que no mudaron la forma, ni el color que tenian en ſu eſpecie, ſino que el pan, y el vizcocho conſervaban ſu color como antes, pero reducido á piedras: y el vino, menos el eſtár deliquido, endurecido conſervaba ſu miſmo color, y olor de vino, pero reducido á piedra: y á eſte reſpecto en los demás baſtimentos del navío, con que con grande trabajo, ſin tenet con que ſuſtentarſe, tomaron el primer puerto, y lloraron ſu pecado. Eſtos dos egemplos no ſolo perſuaden, ſino que explican los efectos de la limoſna, y la caridad, porque al caritativo todo ſe le vuelve oro, y al avariento todo ſe le vuelve piedras; el uno hace de todo merito eterno, y el otro eterna condenacion.

CAPITULO XXV.

DE OTRO DISGUSTO QUE TUVIERON NICETAS, y el Patriarca.



Efiere Leoncio, que tuvieron otro encuentro el Santo, y Nicetas de alli á algunos meſes, y lo pondré con las palabras que lo quenta eſte doctiſsimo Obiſpo. Queria Nicetas diſponer los precios de los baſtimentos públicos á la mayor utilidad de los tributos del Ceſar, y con grande daño de los pobres. Queria el Santo que ſe diſpuſieſſen á la mayor utilidad de los pobres, y ſervicio de nueſtro Señor. Juntaronſe á conferir, y altercaron ſecretamente ſobre ello, y quedóſe inflexible cada uno con ſu opinion. Habia ſido la junta por la mañana, é iba paſando la tarde, y el Santo Patriarca dijo á sí miſmo: Yo tengo razon en la diſputa; peto no la tengo en moſtrar diſguſto alguno, porque no

hay

hay cosa que justifique perseverar en la ira. Y asi llamó al Arcipreste, que era cabeza de los Presbiteros, y con todo el Clero lo envió á las cinco de la tarde á Nicetas Gobernador con estas breves palabras: *Señor, yá se pone el Sol*, como quien le llamaba, y combidaba á que cesasse el enojo. Entonces el Christiano, y humilde Gobernador, acordandose de las palabras, que dijo el Señor por San Pablo: *Sol non occidat super iracundiam tuam.*(a) Deja la ira antes que se cayga el Sol; se fue de su Palacio al del Santo enternecido, y encendido del amor de Dios, y de su Santo Prelado.

2 Asi como le vió el Patriarca, le dijo llorando de alegria, y de consuelo: Bien venido seas bendito hijo de la Iglesia, que obedeciste á su voz, cree señor, que si no fuera porque ví que estabas tan enojado, yo te huviera ido á buscar; porque mi Señor Jesu-Christo andaba por las plazas, por las calles, y castillos buscando ovejas perdídas. (b) Y entonces el noble Gobernador le respondió: Creeme Padre, que yá mis oídos quedarán cerrados, y para siempre, á lisongeros, y aduladores, y nunca me apartarán de tan amado Pastór. Entonces el Santo le dijo: Essas son luces de Dios, hijo mio, porque los grandes Principes, y Cabezas, como la de tu grandeza, pocas veces caen derribados de sí mismos, sino de la adulacion, mentira, y lisonja; y yo tambien he padecido no poco de este trabajo, y hasta que resolví de no egecutar sin oír á la otra parte, y castigar con la pena del talion á la calumnia que venía con rebozo de zelo, y era lisonja, no pude vivir en paz. Los poderosos muchas veces cometen atrocidades crueles en los pueblos, con grande pérdida de opinion, pensando que obran con justicia; porque las canales por donde fueron informados, y persuadidos, ván llenas de codicia, malicia, é iniquidad; y asi hijo egecute tu grandeza lo que yo, y viviremos en paz. Asi lo ofreció el Gobernador Nicetas, y nunca mas se atrevió la lisonja á perturbar la amistad.

3 Y porque admirará á alguno que Nicetas, consuegro del Cesar; y la primera Cabeza del Imperio, Gobernador de tantos, y tan estendidos Reynos, y Provincias, con el recado del Patriarca, fuesse en el primero, y segundo caso tan humilde á su casa á reverenciarle, y á oír sus amonestaciones, y consejos; es conve-

(a) Ad. Ephes. 4. v. 26. (b) Luc. 15. v. 25.

niente advertir, que sobre ser el ánimo de este Principe muy alabado de noble, y de generoso, y de una docilidad digna de tan clara sangre, era suma la veneracion con que en aquellos tiempos trataban á los Obispos los Principes seculares pios, y religiosos, y muy conveniente á la alteza de su estado, teniendose por mayores, quanto mas honraban á los Ministros de Dios: de lo qual se podian hacer grandes egemplares, que se omiten por escusar digresiones.

CAPITULO XXVI.

DE UNA ACCION EGEMPLAR DEL SANTO al perdonar las injurias al enemigo.



IMposible cosa es que en el alma duren las virtudes Christianas sin la gracia, ni esta pueda conservarse sin la caridad, y amor del progimo; porque para seguir, y servir al Salvador de las almas, y la pureza de su doctrina, es menester dejar los efectos del propio dolor con el perdon de los enemigos, y satisfacer con el corazon, y no solo con la exterior profesion. Por esto dijo el Señor á sus Discipulos: *Que quando tuviessen discordias con los progimos, y fuessen á decir Misa, acordandose de esto, dejassen en el Altar el Sacrificio, y fuessen á buscar al enemigo, y se reconciliassen con él.* (a) ¿Pues Señor, no podia acabarse el Sacrificio, y luego reconciliarse? No podia; porque por condicion necesaria al Sacrificio, se requiere la pureza del Sacerdote, y esta no cabe con el odio, y menos con el escandalo; porque si vé el Pueblo Sacrificar al Sacerdote que no perdona, siendo su oficio pedir perdon á Dios en nombre de todos, pensará el Pueblo que no le perdonará Dios, habiendo dicho tantas veces: *Que perdonemos, si queremos nos perdone.* (b) Y tambien pueden juzgar, que pues sin reconciliarse con su enemigo el Sacerdote sacrifica, cabe en una Ley toda de gracia, y de caridad, el odio, y el Sacrificio, y sería muy perniciosa doctrina.

San

(a) *Si ergo offers munus tuum ad altare, & ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid adversum te: relinque ibi munus tuum, ante altare, & vade prius reconciliari fratri tuo: & tunc veniens offeres munus tuum.* Matth. 5. v. 23. & 24.

(b) *Dimittite, & dimittemini.* Luc. 6. v. 37.

2 San Juan el Limosnero obró á la letra el precepto del Señor, porque viendo quan público era en Alejandria el odio del clerigo, que inquietó el ánimo de Nicetas, y puso al Santo en tantos cuidados, resolvió de curar este escandalo en su subdito. Para esto hallandose un dia diciendo Misa, antes que en el ofertorio le pusiessen el pan para consagrarlo, conforme al rito de la Iglesia Griega, pidió su Mitra, y Báculo, y siguiendole los Ministros del Altar, tambien revestidos como el Santo, y grande parte del Pueblo, se fue adonde estaba aquella oveja perdída, y habiendola hallado, se postró á sus pies, y con lagrimas, y sollozos, le pidió ofendido el perdon, que el ofensor debia pedirle al Santo. El clerigo viendo este expectáculo, y á su Prelado á sus pies, á quien él tenia tan crudamente injuriado, se postró tambien, y moviendole Dios el corazon, comenzò á publicar sus pecados, y á confesar las calumnias, y falsedades con que habia desacredirado la virtud de su Pastór, y que era muy digno reo de muerte, y que ninguna era igual á su delito; y postrado á los pies del Santo se los besaba, y pedia que le diesse grave penitencia, y piadosa absolucion. Con esto el Santo lo consoló, y alentó, y perdonó, y lo llevó consigo al Sacrificio, y lo mejoró de costumbres, de manera, que fue egemplo de Alejandria.

3 Fue de grande enseñanza esta heroyca accion del Patriarca, porque á la verdad tuvo á la letra todas las circunstancias de imitacion, á las del Salvador de las almas en esta santa doctrina de perdonar enemigos; porque antes del Sacrificio se postró el Salvador á los pies de Judas, quando los labó: (c) y el Santo á esta imitacion á los del enemigo, que desamparó, y vendió su habito, y su profesion. Tomó Christo sobre sí las culpas, siendo la misma inocencia: (d) y á su imitacion el Santo se postró, y se acusó á sí mismo, siendo agenos los excesos, y propia la paciencia, y la inocencia. Redujo el Señor la oveja perdída buscandola: (e) Asi el santo Prelado dejó en la Iglesia á su Pueblo, por buscar, y reducir al redíl de Christo, la oveja que andaba descarriada, y perdída.

4 Otro hiciera inumerables discursos para probar que no era

(c) Joan. 13. v. 5. (d) Isai. 53. v. 4. (e) *Vadit ad illam quæ perierat, donec inveniat eam.* Luc. 15. v. 4.

era bien sujetar la Dignidad, á indignidad, é indecencia como esta: y que era soltar la Jurisdicion, y el Báculo de la mano, y hacer contentible la persona: y que era escandalo grande dejar el Sacrificio, y al Pueblo en la Iglesia para buscar á un perdído: y que tambien la justicia es altissima virtud: y que era mejo egecutarla, y castigar tantos excesos, que no con esta demostracion de echarse la inocencia á los pies de la maldad, dejarlos tolerados, y aplaudidos; con que ganaba mas el reo reprehendido, que pudiera estimado, y satisfecho.

5 Quien tanto discurre en puntos de perfeccion, y amor divino, poco alcanzará, y obrará al seguir sus movimientos. Es toda finezas la caridad en las almas, sin la mezcla de pasiones; y assi como ella las obra, y egercita, quando está en el corazon de Christo nuestro Señor, quiere obrarlas, quando se halla en las almas donde habita. Fineza fue bajar Dios del Cielo á la tierra á buscar los pecadores. Fineza será arrimando los discursos dejarse á sí, y á sus Dignidades, y postrarse con ellas por salvar á un pecador. Fineza fue siendo Dios por su Esencia en quanto Dios, tan distinto, tan alto, tan superior á nuestra naturaleza, porstarse á una vil criatura como Judas; y assi menos fineza será postrarse á un subdito su Prelado, que son entrambos de una misma condicion.

6 Estos dictamenes anagogicos, son los que se han de seguir quando los inspira Dios; porque teniendo al parecer poco de prudencia humana, están llenos de una prudencia divina, con la qual mas breve, y eficazmente, y sin tanto ruido, gasto, y costa, se consigue lo que con la justicia, y los comunes remedios, no se puede conseguir. Porque quando á aquel clerigo le echára á cuestas el Patriarca toda su jurisdicion, y lo prendiesse, y aprisionasse, es de creer que pudiera castigarlo, no enmendarlo, y quedaria corregido en lo exterior, y siempre renitente en lo interior; pero de esta otra manera lo prendió dentro del alma, y comenzó por donde tarde, ó nunca acaba el mayor rigor, que es por reducirlo á Dios, y hacer lo de malo bueno.

7 Y porque suele parecer á los vengativos, leve cosa entre Eclesiasticos, el hacer descortesías, y cesar en el trato, y comunicacion exterior (tan necesaria, y edificativa en la Iglesia, y mas con su Prelado) es bien atender en este egemplo, que no consta, ni dice la historia de este Santo que huviesse otra demostracion

de

de injuria entre los dos, que andar apartado aquel Clerigo de ſu Obiſpo; y todavia eſto ſolo por las diferencias, y diſcordias, que ocaſionó entre uno, y otro gobierno, á cauſa de deſviarſe de lo recto, dió tal motivo al eſcandalo, que obligó á eſta heroyca accion del Santo, y eſta á la edificacion, y egemplo de Alejandria. Porque entre los Sacerdotes el mormurar publicamente unos de otros, y el ſuſpender la comun correſpondencia, y el no hacerſe cortesía, y obrar acciones extraordinarias de diſguſto, y el limitar la ordinaria forma, y reverencia á un Prelado, es venganza eſcandaloſa; pues en eſtado tan perfecto, la guerra es eſpiritual, y no de armas, y arcabuces, como entre gente mundana, y el alzarſe las cortesías, correſponde en los ſeglares al deſembaynar la eſpada: y el laſtimar á un ſuperior murmurando, yá es derramar ſangre del alma, y matarlo en la opinion, pues tambien hiere, y mata, como el cuchillo la lengua.

8 Pero no ſolo con el egemplo, ſino con la doctrina enſeñaba el Santo á que ſe perdonaſſen los enemigos. Porque habiendo entendido, que dos Clerigos habian reñido entre sí, con grande publicidad, llegando de alli á algunos dias el uno de ellos, llamado Damian, á comulgar de mano del Santo, entendido el Patriarca que no ſe habia reconciliado con ſu enemigo, le dijo: Anda hijo, y vete á reconciliar con tu enemigo, y luego recibirás al Señor; y ſe partió, y lo buſcó, y ſe reconcilió, y le dió el Santo la Comunion. Con eſtos eficaces egemplos ſe fueron curando grandes males, y llagas de Alejandria, en materia de venganzas, porque todos ſe moderaban en ſus paſiones, y quando tal vez ſe deſtemplaſſen, preſto ſe reconciliaban, como los que vivian á viſta de una cenſura tan ſanta, y libre, que á quien primero reformaba, era á sí miſmo, con vivir con tanto egemplo.



CA-

CAPITULO XXVII.

DE LA GRANDE CARIDAD DEL SANTO, y como le ſocorria Dios con limoſnas para que ſocorrieſſe á los pobres.



YA es tiempo que ſe ocupe la pluma con mas eſpacio en referir los efectos prodigioſos de la caridad del Santo; porque aunque en todo genero de virtudes fueron heroycas ſus acciones, pero mas reſplandecieron en la piedad, y largueza de ſocorrer á los pobres, y aſsi juſtamente ſe le dió el nombre de Limoſnero. Con la admiracion que causó vér convertida en oro la miel, acudian todos á dár al Santo limoſna para que la repartieſſe, y él no ſolo la recibia, y la daba, ſino que á todos alentaba, y predicaba al egercicio de eſta nobiliſsima virtud. De aqui reſultaba el mover los animos á la caridad con tanta fuerza de eſpiritu, que de muy remotas Provincias, y Ciudades le enviaban grueſas cantidades de ſocorro, que repartieſſe á los pobres; y tenia obſervado, que ſiempre le daban un tercio mas de aquello que repartia: y ſi mil daba de limoſna, tres mil le enviaban dentro de muy pocos dias, para que lo repartieſſe, y de eſte genero ſucedieron algunos caſos rariſsimos, y entre ellos fue memorable el que le ſucedió en una ocaſion, con ſus miſmos limoſneros.

2 Llegó á pedirle un pobre cautivo para el reſcate de ſus hijos, y muger, que eſtaban en poder de los Perſas, y el Santo mandó librarle dos mil eſcudos. Acudió á los limoſneros el cautivo, y conſiderando ellos que era grande la libranza, y que baſtarian mil, la limitaron, y ſolo le dieron mil, y el cautivo no ſe atrevió á acudir al Patriarca á quejarſe, y padeció en ſilencio ſu trabajo. De alli á quince dias llegó al Santo una honeſta, y noble viuda, y le dijo: Venerable Patriarca, yo trato de diſponer de mis bienes en obras pias, y para que ſean mas gratas á Dios he reſuelto poner en tus liberales manos tres mil eſcudos que los repartas á los pobres; porque tu ſabes mejor que otros las mayores neceſidades de tu Pueblo, lo demás ſe reparte por mi mano.

El

3 El Santo le agradeció la limosna, y la recibió, y despidió á la viuda con gran reconocimiento, y en habiendola despedido dijo el Santo, hablando consigo mismo: Tres mil escudos me dá esta viuda habiendo dado yo dos mil al cautivo, no parece que corresponde este socorro al comun modo de socorrerme el Señor; porque habian de ser seis mil los que esta viuda habia de darme, y asi sin duda alguna los limosneros acortaron la limosna del cautivo. Llamó á los limosneros, y les mandó que digessen la verdad, y afirmassen debajo de juramento quanto dieron al cautivo, y confesaron que le dieron mil escudos por ser bastantes á socorrer su trabajo, y que era verdad le habian quitado mil.

4 Llamó el Santo á la viuda, que le habia socorrido, y le rogó le digesse la verdad, ¿quanta cantidad tuvo intento de darle para los pobres? la santa muger le dijo: Venerable Patriarca, os diré (pues me lo mandais) un caso estraño que en esto me sucedió. Yo hice la memoria de mi hacienda, y de aquello que habia de repartir, puse en ella esta partida: seis mil escudos al Patriarca, para que los reparta de su mano á los pobres, y obras pias, que mejor le parecieren. De alli á dos dias que me ocupé en otras cosas, volví á leer esta memoria, y decia: Tres mil escudos al Patriarca, para que los reparta de su mano á los pobres, y obras pias que mejor le pareciere. Admirada dige entre mi: Yo puse seis, hallé tres, sin duda que quiere Dios, que no dé mas cantidad que la referida al Patriarca, y asi lo hice, perdonad. Entonces el Santo, vuelto á sus limosneros, les dijo: ¿Veis como vuestra corta fé acorta los beneficios divinos, y quanto negais al dár, estrechais al recibir? A la noble viuda le agradeció la limosna, y á los limosneros reprehendió la poca fé, y les mandó con toda severidad no acortassen las limosnas, sino que cumpliessen muy fielmente sus libranzas. En este caso, no sé que es lo que causa mas admiracion, el vér la puntualidad con que Dios socorria á este Santo Obispo, para que socorriesse á sus pobres, ó la confianza que puso en su corazon, que fue tal, que asi echaba menos los socorros del milagro, como pudiera los derechos, y la renta de la Mitra, y Dignidad.

5 Pero no solamente le daba Dios que diesse, moviendo los ánimos de los ricos á que hiciessen su Limosnero á San Juan, enviandole gruesissimos socorros, sino que con prodigios, y mi-

lagros aumentaba sus limosnas. Tenia en una ocasion muchos frutos de trigo el Patriarcado, y padecia de otros bastimentos Alejandria, y Egipto, y el Santo viendo esto, cargó sus navíos con sus frutos, y los remitió á vender, para que con el dinero se socorriesse á los pobres. Partió su flota del puerto de Alejandria, y á quatro dias de navegacion le dió tan gran tempestad, y obscuridad, que apenas se veían, y conocian los marineros, y navegantes entre sí dentro del mismo navío; solo veían que el Patriarca iba gobernando el timón de la Capitana, á quien seguian las otras. Duró veinte dias la tempestad, y de esta suerte llegaron á tierra no conocida, y preguntando en el puerto por ella, les respondieron, que era un puerto de Inglaterra. Luego preguntaron los naturales, ¿qué trahian los navíos? Respondieronles, que era trigo de Alejandria: á cuyas nuevas se alegraron sumamente, porque era tan grande la carestia, que perecian, y morian los hombres de hambre por las calles, y los campos. Con esto vendieron á buenos precios el trigo, y los Isleños, porque no tenian tanta plata, pagaron en genero de estaño la media parte del precio.

6 Partieron contentos, y habiendo llegado á uno de los puertos de la costa para hacer experiencia del estaño, y reducir alguna parte á moneda, llamó á un amigo suyo el Administrador de la hacienda del Santo, y le dió una barra, y le dijo: Llevad esta barra de estaño de Inglaterra, y sabed á cómo pagarán por la libra de este genero. Llevóla el hombre, y habiendola reconocido con cuidado, halló que la barra era finíssima plata. Fue á casa de un platero por vér si se engañaba, y halló que era assi como á él le parecia. Entonces enojado con el Mayordomo, ó Administrador del Santo el hombre, juzgando que se la habia dado de plata, y que le dijo que era de estaño para probar su fidelidad, y vér si se quedaba con ella; volvió á él, y le dijo, que no era necesario hacer experiencia de su fidelidad, ni darle la plata por estaño para vér si la volvia, y que no podia creer que en tanto tiempo como habia que los dos se conocian, no acabasse de entender su puntualidad, trato, y verdad; que alli tenia la plata, y que si queria constante correspondencia, no hiciesse mas pruebas con sus amigos.

7 El Administrador reconoció bien la barra, halló que era plata, miró todas las demás, que eran de estaño, y tambien ha-

lló

lló que se habian vuelto plata. Desengañó á su amigo, y dijole el suceso, y el milagro que obró el Santo Patriarca, y que el que los llevó adonde vendiessen bien, siendo Piloto en la mar, estando en Alejandria, habria vuelto con su intercesion todo aquel estaño en plata. Admirados con esto llegaron á Alejandria, y refirieron el caso, edificando con él todo lo que el Santo socorria con limosnas.

8 Porque no puede negarse, que aunque todos los milagros cuestan lo mismo al poder de Dios, y son muy faciles á su mano; pero mas admirables son aquellos en que muda la naturaleza de las cosas, haciendo que sea oro la miel, plata el estaño. Milagro, que no me acuerdo haber leído que lo hiciesse, sino dos veces su Divina Magestad, entre tan gran numero de milagros como obró quando vivió entre los hombres: la una quando convirtió el agua en vino en las bodas de Canaa: (a) y la otra quando convirtió en la Cena el pan, y vino en su Carne, y Sangre. (b) Y con misterio particular hizo el primero al comenzar su predicacion, y el segundo al acabar con su vida; para que al comenzar, y al partir, se viesse su Omnipotencia en los mayores milagros, y conociesse el mundo, que quien esto hacia, y convertia unas especies en otras, junto con ser Redentor, era tambien Criador; esto es, Dios, y Hombre verdadero.

CAPITULO XXVIII.

DE LO QUE EL SANTO EXHORTABA A QUE todos diessen limosna: y el suceso que refirió de Pedro el Publicano.



ERA la mas frequente materia de sus platicas del Santo exhortar á la limosna los ánimos de los fieles, y llegaba á ponderaciones notables en este punto. Porque decia que él no solo deseaba dár á pobres quanto tenia, sino persuadir á los ricos, que no tenian hijos, ni obligaciones mas precisas, á que diessen toda su hacienda á los pobres. Si yo puedo (decia) con sutileza, y con util, y christiano engaño, persuadir á un rico á que socorra

(a) Joan. 2. v. 9. (b) Matth. 26. v. 27. & 28.

á los pobres, lo hago con gran gusto, y alegria; porque al rico socorro con la virtud, y al pobre con la limosna: al uno doy la materia al sustento; al otro se la quitó á la codicia; y yo que concierto estos extremos, siempre quedo con gran merito, y ganancia.

2 Replicabanle algunos, que si la limosna no salia de corazon sencillamente, sino ofrecida por la autoridad de quien intercede, ó por la importunacion, no sería util al que la daba. Engañaisos (decia el Santo Patriarca) porque es tan poderoso el socorro de los pobres, y aquel material sustento que gozan con la limosna, aunque se dé con alguna imperfeccion, ó tibieza, y tal vez algun disgusto natural, que raras veces deja Dios de premiar á quien assi se la dá, supliendo su grandeza, y su piedad, lo que faltó á la prontitud del que le dió la limosna; de que os contaré un caso rarissimo, y digno de que todos lo tengan muy presente en la memoria, para que vean quanto importa esta virtud, y me lo contó un amigo mio en Chipre, digno de todo credito, y fé, con las siguientes palabras.

3 Vivia yo (me dijo este hombre) en Africa, en cierta Ciudad maritima, y populosa, en casa de un hombre muy rico, que se llamaba Pedro el Publicano, varon muy conocido del Cesar. Este era sumamente enemigo de los pobres, y tan duro de corazon, que ninguno le osaba pedir limosna. Estaban una mañana los pobres mendígos de la Ciudad al Sol, aguardando á que fuesse hora de ir á pedir por las casas; y entretanto con la libertad, y sin la lisonja que puede hablar la pobreza, habia uno de ellos, que decia, y señalaba las casas donde les daban limosna, diciendo: *En tal casa nos dán limosna todos los dias*; y respondieron todos los pobres: *Dios la bendiga.* Decia otro: *En tal casa nos niegan siempre la limosna*; y respondian: *Dios la maldiga.* Y de esta manera iban diciendo una letanía de bendiciones á los limosneros, y de maldiciones à los miseros, y avaros de la Ciudad.

4 Dijo uno de los pobres: *En casa de Pedro el Publicano nunca nos dieron limosna, ni hay quien se atreba á pedirla.* Respondió otro de ellos: *¿No hay quien le pida, ni se atreba á sacar de este hombre limosna alguna?* Respondieron: *No. Pues yo* (dijo) *me atrevo á pedir de manera que lo venza, y me la dé.* Apostaron los otros pobres *que no*, y él *que si.* Salió de la compañia de los demás, y fuesse el pobre á la puerta de Pedro el Publicano, y llegó á tiempo

po que entraba en casa el panadero con una carga de pan, para repartir raciones á la familia, y Pedro el Publicano iba tambien á entrar en su casa.

5 El pobre entonces viendo tan buena ocasion, sin hablar palabra, por no indignar la condicion de aquel rico, y porque no le echasse de alli, usando con los ojos, y por señas de todo arte, y destreza de pedir, mirando á Pedro, y al panadero, y al pan muchas veces, pidiendo limosna con el alma, con los ojos, y las manos, y por señas, afligió de manera á Pedro, que no lo pudo sufrir, y cogiendo un pan de la carga, se lo arrojó al pobre, con el mismo furor que si le arrojára muy colérico una piedra. El pobre bajandose al suelo con alegria, tomando el pan, le dijo: Sea por amor de Dios hermano Pedro; y partió de carrera adonde estaban los pobres sus compañeros, y mostrando de lejos en alto el pan les dijo: Yá os he ganado la apuesta, y hecho el milagro que no quiso Christo hacer, convirtiendo en pan las piedras, menos duras que no el corazon de Pedro, que he convertido yo en pan. Holgaron todos, y lo celebraron, y acudieron á pedir limosna como otros dias.

6 De alli á pocos cayó enfermo Pedro el Publicano, y de tan grave accidente, que advirtieron los Medicos ser peligroso, y mortal. Llegó al ultimo estremo de su vida, y se le ocuparon sus sentidos, y potencias, y cada instante aguardaban en su casa que espirasse. Estando asi yá sin sentido alguno fue llevado al juicio particular, y pareció su alma en el Tribunal Divino. Estaba Christo bien nuestro presidiendo, y assentado como Juez, su Madre Beatissima muy cerca assistiendo: los Santos en sus lugares mas abajo: los Angeles en pie á la diestra: los Demonios acusando á la siniestra: Pedro maniarado, suspenso, y atribulado en medio.

7 Un Angel superior á los demás (claro está que sería el Arcangel San Miguél) tenia un peso en la mano, y dijo á los Demonios: Echad á la una parte las culpas que teneis contra este hombre. Echaron grandes pecados, iras, juramentos, palabras ociosas, insolentes, deshonestas, opresiones, venganzas, sensualidades, codicia, y otras culpas, sin que hallasse (como él despues me contó) que desde que tuvo uso de razon huviesse cosa alguna, que por ligera que fuesse se les olvidasse á los Demonios, ni de obra, ni pensamiento, ni palabra. Estando el peso tan pesado á la parte de las culpas, y tan levantado á la otra, dijo Christo nues-

nuestro Señor: Echad buenas obras á la parte del peso.

8 Pedro temblando del juicio, del suceso, y la sentencia, revolvia en sí, y buscaba con todo su pensamiento, y atencion qué echaria en aquella parte, y no lo hallaba, con que era mortal su pena. Respondieron los Angeles: Señor no hallamos que echar en esta parte del peso. Con esto Pedro temblaba mas. Dijo un Angel: Señor el otro dia le arrojó este hombre á un pobre un pan de limosna. Dijo el Salvador: Echad esse pan, y ponedlo en essa parte del peso. Temblaba Pedro de vér este espectáculo, y no sabía en qué habia de parar, y yá pusiera él en la una parte del peso toda la carga del pan, y quanta hacienda tenia. Pusieron el pan, y lentamente fue bajando aquella parte del peso á igualar con las culpas, y pecados, quedando en fiel la balanza. A este tiempo oyó que le dijo el Salvador: Pedro pon mas pan en esta parte, y escarmienta, porque si no, aquellos que están allí (señalando á los Demonios) te han de llevar consigo á pena, y condenacion eterna. Y con esto se deshizo la vision.

9 Mejoró de salud Pedro, volvió en sí, y comenzó á discurrir, y reconocer el estado de su vida, y de su alma, y yá con mas luz decia: O Señor, si un pan arrojado mas de disgusto, que no de misericordia, pesa tanto, ¿quién no dá quanto tiene de limosna, solo por haceros gusto? A este pan se inclinó vuestra piedad, y vinieron por ella á igualarse las balanzas; yo inclinaré, y rendiré mi alma, y mi corazon á socorrer vuestros pobres, y mendígos.

10 Era riquissimo Pedro, y ni tenia muger, ni hijos, y assi en convaleciendo, sin limite alguno, hizo que en sus puertas se socorriesse largamente cada dia á todos los pobres de la Ciudad, no solo de pan, sino de plata, y de vestidos. Sucedió en una ocasion que iba á vér al puerto dos navíos suyos que habian venido cargados, y llegandose á él un pobre desnudo, que habia assi escapado de un naufragio, le pidió alguna limosna. Entonces Pedro desnudandose la purpura de que iba vestido, se la puso al pobre, y le dió con que vestirse, y volvió á casa á pedir otro vestido. A la tarde salió Pedro á la plaza, y vió que el pobre habia vendido la vestidura de purpura, y con el deseo que tenia de que la gozasse el pobre, se entristeció, y dijo: ¡Que aun no tuve yo ventura que se lograsse en el pobre el vestido que le dí!

Fue

11 Fue á caſa, y aquella noche ſe le apareció Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, veſtido con la purpura miſma del pobre á quien Pedro ſe la habia dado, y con alegre roſtro le dijo: Pedro, ¿quién te ha dicho que vendió el pobre la purpura? No es aſsi, á mi me la dió, y deſde entonces ando veſtido con ella. Pedro enternecido de vér tal miſericordia, le dijo: ¿Tan cortas finezas, Señor, os obligan tanto? Yo procuraré cada dia adelantarlas. El dia ſiguiente comenzó á diſcurrir, que haria por Dios, y le pareció que era corto dár todo quanto tenia, ſi él miſmo no ſe daba, y ſe vendia por Dios, y con ſu precio ſe ſocorrian los pobres.

12 Llamó al mas confidente criado que tenia, y era ſu Mayordomo, y le dijo: Que ſi no hacia por él una coſa que le queria mandar, lo habia de caſtigar, ó entregar á los Barbaros, que ſería mas riguroſo caſtigo. El criado, que era eſclavo, le dijo, que obedeceria al punto. Tu has de venderme, le dijo Pedro, en Jeruſalén, y mi precio ſe lo has de dár á los pobres, y en eſte navío con diſimulacion partiremos á buſcar el puerto de aquella coſta. Entre tanto yo dejaré orden en mi hacienda, y que ſe reparta á pobres, y obras pias, y tú volveras con mi poder á egecutarlo, y has de jurar de no decir eſto á nadie. El criado, aunque á los principios puſo ſu dificultad, ultimamente ſe rindió á los preceptos de Pedro, y juró de no decirlo.

13 Partieron del Puerto, y llegaron al que eſtá mas cerca de Jeruſalén en ſu coſta. Alli deſembarcaron, y pasó Pedro con ſu criado á Jeruſalén. Tenia alli el criado un platero muy ſu confidente, y conocido, fuele á hablar llevando conſigo á Pedro. Dijole ſi le queria comprar aquel eſclavo, moſtrando á Pedro. Reſpondió el hombre, que deſde que no ſe habian viſto, le habian ſucedido muchas deſgracias, y que eſtaba tan pobre, y neceſitado, que no tendria para comprarlo. Alentólo el criado, diciendo, que lo daria por poco dinero, y á todo eſto ſe hallaba Pedro preſente. El platero reſpondió, ¿que en quanto ſe lo daria? Dijo, que en treinta monedas. Vino en ello el platero, y las pagó, y ſe llevó á Pedro á ſu caſa por eſclavo. Habló deſpues en ſecreto el criado á Pedro, recibió de él los poderes que tenia hechos, para repartir á pobres quanto tenia, y á él le dió la libertad. Mandóle que repartieſſe las treinta monedas en los pobres, y Pedro quedó ſirviendo al platero.

14 En algunos meſes no ſe advirtió, ni echó menos en la

Ciu-



Ciudad la ausencia de Pedro; pero despues que se vió repartida en pobres toda su hacienda, como era hombre tan conocido, no solo lo echaron menos, sino que se hicieron por el Emperador, que tenia gran conocimiento de él, muy exactas diligencias por hallarlo; pero como el criado en egecutando lo que le ordenó su amo se ausentó, no pudo saberse de él. A pocos dias de como entró Pedro á servir al platero, comenzó Dios á llover bendiciones, y felicidades en aquella casa, y fue de suerte creciendo en caudal, en riqueza, y abundancia, que á pocos años dejado el primer oficio, era el amo de Pedro el mas poderoso de toda aquella Provincia, y puso mayor casa, y entraron otros criados, y esclavos á servirle, y entre ellos un mudo, y sordo á nativitate, que solo servia de portero de la casa, y otros oficios menores.

15 Era cosa notable la oposicion que todos los criados tenian con Pedro, y las pendencias que con él armaban, y las calumnias que repetidamente le imponian; y él á todo disimulaba, y para causarles menos embarazo, eligió por cama en la cavalleriza un rincon en el ultimo pesebre. Y quando se hallaba afligido, perseguido, y calumniado, se iba á aquel rincon, y decia á Dios: Señor de mi corazon, assi me desamparais? Y luego se le ponia delante el Salvador de las almas con su vestido de purpura, y en la una mano trahia las monedas de su precio, y libertad, y le decia: Pedro, aqui estoy contigo, tu vestidura me cubre, y me socorre tu plata, no te entristezcas, padece por mí, pues Yo padecí por tí. Con aquello se consolaba el afligido Pedro, y esto le sucedió muchas veces, y assi se le hacian tolerables los trabajos.

16 De alli algunos años vinieron dos hombres principales de la Corte de Constantinopla á Jerusalén á visitar aquellos santos lugares, hospedaronse en casa del amo de Pedro, que era yá (como habemos dicho) el mas estimado de aquella tierra. Acudia Pedro á los oficios de casa, y estando comiendo todos, esto es, el amo, y los huespedes, el uno de ellos reparó en Pedro, porque antes le conocia, y dijo entre sí: ¿Este no es Pedro el Publicano, que con tantas diligencias lo ha hecho buscar el Emperador? Dijole en secreto á su compañero, que tambien lo conocia, que lo mirasse con atencion, mirólo, y dijo: Infaliblemente este es Pedro el Publicano. El dueño deseó saber la platica, digeronle lo

que

que eſtaban averiguando: él les dijo de donde lo habia habido, y que un mozo, y mayordomo de Pedro Publicano, que era muy ſu conocido, le habia vendido aquel eſclavo. Pedro conoció, y reconoció, que lo habian conocido, y al inſtante ſe fue á la puerta de caſa para ſalirſe, y encontrando al mudo, y ſordo á la puerta, con alguna inſpiracion que Dios le dió para ello, le dijo: Mudo, y ſordo, en el nombre del Señor, habla, y oye, y abre la puerta. El mudo dijo: Yá háblo, y oygo, y abro, y abrió la puerta. Viendo Pedro eſte milagro, y que preciſamente lo habian de conocer, ſe ſalió al punto de la Ciudad, y en profeſion ſolitaria acabó muy ſantamente ſu vida.

17 El mudo ſubió, hablando, y oyendo á la ſala donde eſtaban los hueſpedes, y ſu amo, y preguntandole admirados: ¿Que cómo oía, y hablaba? Dijo, que Pedro al bajar, le mandó en nombre de Dios, que oyeſſe, y hablaſſe, y que abrieſſe, y que al inſtante vió ſalir un reſplandor de ſu roſtro tan grande, que le quitó el vinculo que tenia en la lengua, y el impedimento que tenia en los oídos, y que luego habló, y oyó. Buſcaron á Pedro, y no lo hallaron. Aviſaron al Ceſar, y deſpues de diverſas diligencias, no pudieron alcanzar adonde eſtaba. Solo el criado que lo vendió eſcribió el ſuceſo haſta lo que él alcanzó, y Pedro le habia comunicado. (c) Y eſte fue el caſo memorable de Pedro el Publicano.

18 Veis aqui (decia el Santo Patriarca proſiguiendo) la fuerza de la limoſna; pues habiendo comenzado por un pan arrojado, con la ira, y diſguſto que miniſtró la codicia, fructificó de manera eſta ſemilla, que deſnudó, al que lo arrojó, del veſtido, de la hacienda, de la honra, y libertad, dandolo todo por Chriſto nueſtro Señor: y aquel pan recibido de la Divina Miſericordia, yá que no pesó mas que tantos pecados, por lo menos la inclinó para que tuvieſſe en balanza ſu caſtigo, y hacer mas tiempo á la enmienda. Con eſta, y otras platicas, y egemplos eſpirituales fecundaba el Santo Patriarca los corazones de ſus ſubditos, para que fructificaſſen en los pobres el ſocorro, y las limoſnas.

19 De eſte egemplo, fieles, no hemos de deducir el penſar que con lo malo, que es arrojar con ira al pobre el pan, ſe merece, ni que iguala eſto la balanza á tantas culpas; ſino

(c) Sur. tom. 1. pag. 561. & ſeq.

que Dios, Padre de misericordia, toma motivos á nuestro remedio y enmienda, aun de lo mismo que obramos con flaqueza natural, para alentarnos á obrar sin ella; y aquel rico, cautivo de la codicia, y aprisionado de su misma hacienda, obró al dár el pan con dos afectos encontrados: uno al dár por la fuerza del impulso interior que Dios le dió; otro al arrojar con la mala costumbre lo que con la buena diera, dandolo con tanta fuerza, como si sacudiera de sí una pesada cadena, y assi el dár, fue de la gracia, y el modo de la codicia. Y en esse caso Dios para darnos documentos de limosna, y caridad, permitió y dispuso esta admirable vision, y conversion, haciendo que si no pesasse tanto esta obra como las culpas para juzgarlas, bastasse para inclinar su Piedad infinita á dilatar á aquel hombre su castigo, y disponerlo á la enmienda, y que otros se alentassen á dár, aunque fuesse rompiendo por la avaricia.

CAPITULO XXIX.

DE LA MANERA QUE CURÓ A UN OBISPO DE CIERTA enfermedad espiritual en materia de limosna.



YA hemos escrito, que era adagio comun del Santo el decir, que aunque fuesse con alguna sutileza, y santo engaño, como decia San Pablo: *Dolo vos cepi*, (a) procuraba hacer limosneros á los ricos; porque con una accion misma quitaba á estos con la plata la ocasion de la codicia, y daba á los pobres con la limosna el sustento. Afligia el ánimo del Santo un Obispo amigo suyo, llamado Troylo, que era aficionado sobradamente al dinero, y lo conservaba con grande tenacidad, y deseaba el Patriarca hacerlo limosnero, y liberal. Viendo que con algunas discretas, y decentes advertencias, y razones, no lo habia podido conseguir, resolvió de usar un medio notable.

2 Acostumbraba el Santo Patriarca algunos dias del año ir á visitar todos los Hospitales, Colegios, Seminarios, y obras pias, y los socorria largamente de aquello de que mas necesitaban. Rogó al Obispo Troylo un dia que se viniesse en su compañia,

(a) 2. Ad Corint. 12. v. 16.

ñia, y el Obiſpo ſe ofreció á ello con muy grande voluntad. Llevaba el Santo Patriarca conſigo ſus limoſneros en eſtas ocaſiones, y dinero prevenido para hacer eſtos ſocorros; y en la preſente les dijo ſecretamente, que no llevaſſen plata alguna, ni oro, ſino que quando él libraſſe, ó dieſſe alguna limoſna, digeſſen que les faltaba el dinero, y ſe lo pidieſſen preſtado al Obiſpo Troylo. Aſsi lo hicieron, y en eſta ocaſion le ſucedió otra coſa bien notable, y fue, que al paſar por una calle, llegó al Santo Patriarca un pobre eſtudiante, y le dijo: Para eſte pobre eſtudiante una limoſna: mandó darle lo baſtante para un veſtido. El limoſnero como afligido, dijo al Obiſpo Troylo, que no tenia prontamente alli el dinero, y que ſentiria el Patriarca fueſſe aquel pobre ſin él, y que aſsi le rogaba, y pedia, que le preſtaſſe alguna cantidad conſiderable, pues ſe hallaba tan cerca de ſu caſa, diciendo, que ſe la volveria al punto. Dudabalo el Obiſpo, y el Santo oyendolo, dijo: Que él ſalia á que le pagaria quanto dieſſe.

3 Con eſto envió el Obiſpo Troylo á ſu caſa por ſeis mil eſcudos de oro que le pidió el limoſnero, y era quanto el Obiſpo tenia ahorrado. Pagóſele luego al eſtudiante el precio del veſtido, y de alli á un poco en otra calle el miſmo eſtudiante pareció en figura de ſoldado, y pidió al Patriarca, diciendole: Para eſte pobre ſoldado Iluſtriſsimo ſeñor. El Limoſnero, y el Obiſpo ſecretamente decian al Patriarca: Señor mirad que es el miſmo que os pidió como eſtudiante, y el Santo ſin darſe por entendido del aviſo, reſpondió: Denſele cinquenta eſcudos, porque al fin defiende eſte pobre hombre la Fé, y es muy juſto ſocorrerlo. Apenas pasó otra calle, quando el miſmo hombre tomando un veſtido, y trage de oficial, y llevando quatro, ó cinco niños, ſe los puſo delante al Patriarca, con una muger pobre que trajo alli, dando á entender ſer aquella ſu familia, y le dijo al Patriarca: Iluſtriſsimo ſeñor, para eſte pobre oficial cargado de hijos, que no tiene con que ſuſtentar ſu caſa, ſu muger, é hijos, y obligaciones. El Limoſnero, y el Obiſpo digeron al Santo con gran fuerza, y eficácia: Que advirtieſſe, que el ſoldado, eſtudiante, y oficial era uno miſmo, y que tenia traza de tomar mas formas, y figuras que Proteo. Entonces el Santo les reſpondió: En todas quantas viniere le tengo de ſocorrer: ¿Que sé yo ſi es Dios, que quiere probar haſta donde llega mi caridad, y paciencia? Y aſsi mandó, que le dieſſen cien eſcudos.

4 El Obiſpo que veía repartir tan largamente ſu oro, ſe afligia ſumamente como quien lo veía ſalir de ſu preſencia, y no ſabía quando habia de volver. En los Hoſpirales fue haciendo el Santo largos ſocorros del dinero del Obiſpo, y en los Seminarios, y Colegios de la miſma ſuerte, tanto, que quando volvió á la tarde á caſa el Patriarca, de todos ſeis mil no ſobró ſolo un eſcudo. Dejó el Obiſpo al Patriarca en ſu Palacio, y ſe deſpidió con grande dolor de ſu corazon, porque el Santo no le dijo coſa alguna de la deuda al partirſe, y el Limoſnero callaba.

5 Fue á ſu caſa Troylo, y como quiera que le faltaba ſu teſoro, le faltaba tambien todo ſu guſto, y conſuelo, y cada inſtante aguardaba á que entraſſe por ſus puertas el Limoſnero del Patriarca con la cantidad preſtada. El Limoſnero el dia ſiguiente le dijo al Santo Patriarca, que para conſervar el credito, y porque era juſto pagar al Obiſpo Troylo, dieſſe licencia que le llevaſſe el dinero. El Santo le reſpondió: Dejadlo ahora, que Dios ſe lo pagará. Admiróſe el Limoſnero por conocer la puntualidad del Santo, y que nunca acoſtumbraba hacer limoſna de ageno dinero; y de alli á algunos dias, por los repetidos recuerdos del Obiſpo, volvió á decirle: Señor, bien ſerá pagar al Obiſpo Troylo la cantidad que preſtó. Reſpondió el Santo: Dejadlo ahora, que le conviene no pagarle, yá eſtá pagado con haber ſocorrido tantos pobres con ſu oro, y ſu teſoro.

6 El Limoſnero, que andaba acoſado del Obiſpo, ſe admiraba, y afligia, viendo que el Santo queria hacer tan eſpiritual al que amaba ſu dinero con exceſo, que lo dieſſe por pagado en lo miſmo que él lo daba por perdído, y conſumido. Deciale al Obiſpo la reſpueſta del Patriarca, y afligiaſe el Obiſpo. Y como quiera que las paſiones del ánimo tienen tanto poder ſobre el cuerpo, cayó enfermo el Obiſpo Troylo del dolor que le cauſaba vér perdído ſu dinero. Paſaron algunos dias, é iba adelante la enfermedad, y el Santo no le pagaba; pero viendo yá que la enfermedad ſe le iba agravando mucho, fue á vér el Patriarca al Obiſpo, y reconociendo que paſaba tan adelante ſu mal, que la curacion del alma podia coſtarle la vida al cuerpo, deſpues de algunas razones de conſuelo en ſu enfermedad, le dijo el Santo: ¿Si le habian trahido el dinero que preſtó? Troylo reſpondió: Que de ninguna manera, y que vivia muy pobre, y neceſitado. Moſtró el Santo ſentimiento, y llamó á ſu Limoſnero, dandole or-

orden, que le pagasse al instante. Pero Señor, prosiguió el Santo, advertid, que me deis carta de pago, para que en todo tiempo conste que corriò por mi cuenta la limosna. Dijo el Obispo la daria con gran gusto. Pagóle el Santo, dióle su carta de pago, y el Obispo quedó alegre con su dinero, y el Patriarca con haber pasado el merito á su cabeza.

7 Mejoró luego de su dolencia el enfermo, que para el avaro es su tesoro enfermedad en el alma, y salud para su cuerpo. A pocos dias yá buenò, y sano fue á visitar al Santo, que lo recibió con la ordinaria caridad, y humanidad. A otro dia, como vió al Santo le dió al Obispo Troylo un extasis, ó rapto estraño, poco despues de comer, en que le pareció que se hallaba en un lugar amenissimo, en el qual habia hermosissimos Palacios, y jardines, musicas, y recreaciones celestiales. Veía Angeles, y Serafines ocupados en diversos oficios, y ministerios, muchos Santos acompañados con muy grande Magestad, vestidos de gloria, y de resplandor. Eran los Palacios en la grandeza superiores á todo humano poder, y arte, y entre ellos vió uno de singular eminencia, en cuya puerta habia una inscripcion que decia: *Este Palacio lo guarda el Emperador al Obispo Troylo, que socorrió á los pobres con seis mil escudos de oro.*

8 Leía el Obispo Troylo la inscripcion con grande gozo de su alma, quando vió que de otro Palacio mayor que aquel salió un Angel muy resplandeciente, y con otros iba leyendo las inscripciones de los Palacios. Llegó al que estaba prevenido para Troylo, y preguntó: ¿Cómo dice esta inscripcion? Respondió el Angel: Este Palacio lo guarda el Emperador para Troylo Obispo, que socorrió á los pobres con seis mil escudos de oro. Dijo el Angel superior: Borrad, borrad luego luego, y poned: Este Palacio lo guarda el Emperador para Juan Obispo de Alejandria, que socorrió á los pobres con seis mil escudos de oro; porque veis aqui carta de pago de Troylo, y confiesa yá haber recibido su dinero, y es justo que se le cargue el merito á quien pagó la limosna, y con él se pase el derecho al premio. Con esto mudaron al instante la inscripcion, y quedó borrado el nombre de Troylo, como el Angel lo mandó, puesto, y escrito en su lugar el de Juan.

9 Al punto el Obispo volvió de su suspension, y sumamente afligido considerando lo que perdia en conservar su dinero, se fue

fue al Santo, y le contó lo que le habia ſucedido, y que eſtaba reſuelto, no ſolamente á ſocorrer á los pobres, ſino á ſer pobre por Dios, y por ſocorrerlos; é inmediatamente con el parecer del Santo, repartió quanto dinero tenia, y de alli adelante fue de los mas célebres en eſta ſanta virtud, que conoció Alejandria; volviendo á merecer con la largueza el Palacio, que perdió con la avaricia, y miſeria, quedando el Santo gozoſo de vér curada ſu enfermedad.

CAPITULO XXX.

COMO SOCORRIÓ A UN MANCEBO DEVOTO de la Virgen, hijo de un hombre piadoſo, por el amor que el Santo Patriarca tenia á la limoſna; y á otro pobre mercader.



O ſolamente el Patriarca daba limoſna, y ſolicitaba que la dieſſen todos; ſino que ſe hallaba ſu caridad obligada á la eviccion de los limoſneros, y ſalia al ſocorro de ſus neceſidades, quando por eſta razon las padecian, para que otros ſe alentaſſen, y nadie deſcaecieſſe en tan util, y neceſaria virtud. Habia en Alejandria un mancebo virtuoſo, cuyo padre fue muy rico, y ſingular devoto de nueſtra Señora, y dió tan crecidas limoſnas, que á eſſa cauſa, y por diverſos accidentes de los tiempos, vino á morir apurado de caudal. Al tiempo de la muerte llamó á ſu hijo, y haciendo traher alli delante diez libras de oro, que ſolas le habian quedado de hacienda, le dijo: Hijo mio, yo me muero, y quedais muy ſolo, y deſamparado ſin mí, ahí teneis eſſe dinero. Ahora decidme, ¿qué quereis mas, las diez libras de oro, ó el amparo de la Virgen Santiſsima Madre de Dios, dando por ſu honor de limoſna eſſe dinero? Dijo el mozo: El amparo de la Virgen elijo. Entonces el ſanto viejo reſpondió: Muy bien habeis eſcogido; é hizo repartir el oro á los pobres, y á ſu hijo le aconſejó que ſirvieſſe ſiempre, y aſsiſtieſſe en un Templo de la Reyna de los Angeles, y eſtimaſſe mas eſte ſervir, que no el valer, y reynar. El virtuoſo mancebo lo ofreció aſsi, y lo cumplió tan puntualmente, que no ſalia del Templo de la Virgen, ſino lo neceſario para poder ſuſtentarſe de limoſna, y luego volvia á ſervirla. Hu-

2 Huvo quien le dijo al Santo la virtud de este mancebo, y el suceso de su padre, y que dió quanta hacienda tenia de limosna, y oyendo esto el Santo, dijo entre sí: Este hombre que murió es mi hermano, y este mozo es mi sobrino, porque hemos emparentado estrechamente en la santa caridad, y limosna; y asi he menester no dejar este mancebo tan pobre siendo mi sobrino. Con esto el Santo llamó á un Letrado conocido suyo, y le dijo el caso, y que deseaba amparar à aquel mozo con largueza, y con tal arte, que ni en la familia, ni fuera de ella, se despertassen por esto envidias, y emulaciones; y que asi fuesse, y formasse con gran secreto un testamento de cierto hombre, que se llamaba Teopento (fue este primo hermano del Patriarca) (a) y que digessen en él, que aquel mozo era su sobrino, y que rogaba al Patriarca, pues lo era tambien suyo, lo amparasse, y ayudasse.

3 El Letrado lo hizo asi, formó el testamento, llamó al mozo, y le dijo, que advirtiesse tenia un gran tesoro en aquel testamento, porque se reconocia ser estrecho deudo del Patriarca, y que asi lograsse tan gran fortuna. El mozo le preguntó, ¿qué haria para esso? A quien le dijo el Letrado, que se viniesse con él, y que lo llevaria á la presencia del Patriarca, y lo reconoceria por su sobrino.

4 Llevó consigo el Letrado á aquel mozo, y preguntó á los criados, ¿si podia hablar al Patriarca? Desearon saber lo que queria, y él dijo, que le trahia alli á un sobrino suyo. Entraron y avisaron, mandó que entrasse, pusose en atencion toda la casa, y familia con el nuevo parentesco. Luego que entró el Letrado, en la presencia del Santo, le dijo: Ilustrisimo Señor, dias ha que tengo en mi poder este testamento, y la propia conciencia me ha persuadido, y obligado á que os lo tragesse, para que veais la obligacion que tiene vuestra Nobleza á este mancebo, pues es sobrino vuestro, hijo de hermano de Teopento vuestro primo-hermano, para que satisfagais á vuestra sangre, á vuestro honor, y aun á vuestra caridad.

5 El Santo disimulando lo concertado, leyó el testamento muy de espacio, y en acabando de leerlo, oyendolo los criados, y la familia que estaba presente á vér en qué paraba este parentes-

(a) Ap. Act. SS. tom. 2. Jan. fol. 510.

tefco, dijo: ¡ O Teopento Noble, lo que debí á tu amiſtad, y á nueſtra ſangre comun! Tu me ayudaſte, y fuiſte amigo cariſſimo. Tu me preſtaſte dinero, y ſocorriſte, y á mis padres; y aſsi eſte no ſolo es mi ſobrino, como hijo de tu hermano, que tenia conmigo el miſmo deudo que tú, ſino que ha de ſer mi hijo, y conocerá el mundo que vives en mi memoria, y que ſoy agradecido. Abrazó al mozo, mandó luego veſtirlo lucidamente, le puſo caſa, y criados, le compró heredades, y poſeſiones muy grueſas, y lo trahia conſigo, como ſi fuera ſobrino, hijo de ſu hermano. Y viendo en Alejandria el favor grande que el Santo le hacia, le pidió un hombre principal, y rico para caſarlo con una hija ſuya; y aſsi quedó premiada la virtud de padre, é hijo, limoſneros, y devotos de la Virgen, y cumplida la promeſa del Señor, de que *al hijo del limoſnero nunca le faltaria ſu Divina Mageſtad.* (b)

6 Dejó tambien eſte documento á los Obiſpos el Santo, que midan las lineas de ſu ſangre, y parenteſcos, por las virtudes, mas que no por los linages; y que ſi los deudos no ſon pobres de verdad, ni virtuoſos, ſon ſus ſobrinos los virtuoſos, y los pobres; y aun ſiendolo aquellos, obren con moderacion, y recta cenſura en las opiniones al ſocorrerlos, y favorecerlos, y ſe valgan de eſte egemplo para ayudar á los limoſneros. En el qual eſte Santo Patriarca parece que quiſo ſatisfacer las injurias que á los pobres, y virtuoſos ſe han hecho por los ſobrinos, llevandoſe ellos ſu premio; pues eſta vez ſe ſubrogó en el afecto, y titulo de eſte eſtrecho parenteſco, y en ſu dote, el hijo virtuoſo del limoſnero; ſin que pueda dudarſe, que lo que el Santo hizo con eſte mancebo, hijo del miſericordioſo, obró Dios deſpues de ſu muerte del Patriarca con ſu ſobrino Jorge; porque en eſta ocaſion prefirió, y moſtró mas amor el Santo, que al que era hijo de ſu hermano, á eſte mancebo, coſa que parecia á los ojos de la carne injuſticia; y deſpues de la muerte del Santo, premió eſta fineza Dios, con hacer Patriarca, y ſuceſor del Santo á Jorge ſu ſobrino, para que ſe vea, que no hay igual modo de acrecentar á los deudos, como hacer finezas por Dios, y que eſto es enriquecerlos á ellos.

7 Eſta doctrina la confirma otro caſo que le ſucedió al Santo con un mercader. Habia ſido eſte hombre muy caudaloſo en ri-

(b) *Eleemoſyna enim patris, non erit in oblivione.* Eccli. 3. v. 15.

riquezas, y llegó á menor caudal, tenia solo un navío, y con el ansia de aumentar su hacienda, y reducirse á la gruesa fortuna que tenia, embarcó en él la mayor parte de su caudal, y lo envió á negociar, y vender á Constantinopla. Apenas salió del puerto, quando le sobrevino una recia tempestad, y tal que dió á pique con el navío, y la ropa. El hombre afligido, viendo que apenas tenia caudal, se fue al Santo, y le contó su trabajo, consolole el Patriarca, y le dijo: Que buscasse ropa y generos, que él le daria dinero para que volviesse á negociar. Hizolo asi, y cargó en otro navío, que con el socorro del Santo compró para este fin, otra tanta ropa como cargó en el primero; y á la que el Santo le dió, añadió la que tenia en su casa, y su caudal.

8 Partió el navío, y apenas se hizo á la vela, quando otra tal tempestad le echó á pique con la ropa, y esto casi á ojos de aquel desdichado. Entonces el mercader, yá del todo descaecido estuvo tan herido del dolor, que quiso desesperar. Supolo el Santo, y envióle á llamar, y le dijo: Pues de qué, hijo, estais desconsolado? Por ventura puede faltaros la piedad de Dios? Decidme, que cargasteis en este navío? El hombre con intolerable pena, le dijo: Que á la ropa y generos que el Santo le habia dado, habia añadido todo su caudal, y que todo lo habia perdído. Entonces el Santo le respondió: Hijo no me admiro del suceso, si la hacienda de la Iglesia, de la limosna, y la caridad la juntasteis con la que vos grangeasteis en vuestra negociacion, claro está que habia de perder la una, por la otra. No os dé cuidado, que yo compraré un navío, y lo cargaré para vos de mercaderías procedidas de limosnas, y vereis lo mucho que fructifican. Hizolo asi el Santo, y envió el navío, y navegó felizmente, y vendió á largos precios los generos, y creció de manera su caudal, que despues este mismo hombre hizo al Santo largas limosnas; dejando este documento á todos, que las rentas Eclesiasticas, si se juntan con las seglares, no solo no aumentan estas; pero mas brevemente se acaban unas, y otras.

CAPITULO XXXI.

DEL CUIDADO CON QUE EL SANTO VIVIA de crecer en el deseo de dar limosna, y examen que hacia á los limosneros, y lo que le refirió uno de ellos.



ERA tan grande el ansia que tenia el Santo de dár limosna, que siempre andaba procurando crecer en esta virtud: y asi en viendo limosneros, se le iba el alma tras ellos, y los llamaba, y pregunraba á solas de su vocacion, con estas palabras, que las refiere Leoncio á la lerra: ¿Decidme, cómo os habeis hecho limosnero? Soislo de voluntad, y naturalmente inclinado á esta virtud, ó habeis hecho fuerza, por la que os está haciendo la razon? Cada uno respondia al Santo lo que le pasaba, y uno le contó un caso notable, diciendole:

2 Yo, Venerable Patriarca, era un hombre miserable, y tan enemigo de dár limosna, ni echar cosa alguna de mi casa, que no solo me afligia el dár, sino que sentia sumamente el que nadie me pidiesse. Pasé algunos años asi desde que heredé á mi padre, y habiendome dejado caudal bastante, y aumentadolo el dote de mi muger, lentamenre se me iba deshaciendo, sin que emplease en cosa que no perdiesse, y en comprando yo, valía por el suelo lo que yo habia comprado, y si vendia, hallaba á todos proveídos, y abastecidos. Ibanseme muriendo los esclavos, y acabando el caudal. Dige entre mí: ¿Es posible que no ha de haber desdicha que no me suceda? Si nace esto de no dár limosna alguna? Cierto que tengo de verlo, y dár cinco reales cada dia de limosna á los pobres, veamos lo que me sucede.

3 El dia siguiente al que hice este proposiro, tomé los cinco reales, y fuí á buscar á los pobres, y teniendolos delante, fueron tanros los argumenros que me vinieron al pensamiento, para probar que era desatino, estando yo pobre, dár mi sustento á los pobres, que decia: Qué hago? Estoy loco? Si soy pobre ahorrando, y adquiriendo, cómo seré rico dando? Este dinero no es el sustento de mi muger, y familia? Pues si doy lo que tengo en mi poder, cómo aguardo á sustentarlos con lo que está en el ageno? Con qué conciencia puedo soltar el dinero para darlo á los estra-

ños,

ños, y dejar pereciendo á los propios? La caridad no ha de comenzar por mí? Finalmenre, ranros discursos me vinieron de providencia, de prudencia, y de piedad para no dár, que no tuve alienro para reparrir los cinco reales, y me volví á casa, yo mismo de mi mismo avergonzado, y corrido de vér que no tuve corazon para despedir de mí aquel poco de dinero. Aquella noche puse gran fuerza en vencerme, y á la mañana cogí orro ranto dinero, y salí con resolucion de darlo; pero despues de haberlo considerado, volviendo á cargar sobre mí los discursos referidos, no tuve valor para ello, y me volví con el dinero á mi casa.

4 Viendome de esta manera, y sintiendo que no pudiesse vencer esta pasion, llamé á un esclavo mio, que solo me habia quedado, y con gran secrero le dige: tú has de hacer por mí una cosa; el esclavo dijo que obedeceria; proseguí: todos los dias me has de hacer gusto de hurtarme cinco reales, sin que yo pueda saberlo, y darselos á los pobres, y guardate de decirmelo, ni que yo lo entienda, ni sepa, porque no pueda impedirlo. El esclavo que me conocia bien, me pregunró, si se burlaba? dige que no. Entonces me respondió, que asi lo haria.

5 Comenzò mi esclavo rodos los dias á hurtarme los cinco reales, y dabalos á los pobres, y en dos años iba creciendo mi hacienda, de manera, que no ponia en cosa la mano, que no me sucediesse excelentemenre. Advirtió en esto mi esclavo, y al cabo de dos años, dijo enrre sí: parece que desde que doy estos cinco reales de limosna por mi amo, se le aumenra su caudal: el me ha dado orden que le hurte cinco, no le habrá dado Dios licencia para mas, por ser tan corto de corazon, quiero dár diez, veamos si se aumenta con la limosna el caudal. Con esto de alli adelanre me hurtaba mi esclavo secretamenre diez reales, y los daba de limosna, y á este respecto iba creciendo en felicidades, de manera, que gané doblado en los dos años siguienres, que en los dos primeros.

6 No sabía yo que mi esclavo hurtaba mas que los cinco reales, y anres yá no me acordaba del hurro, ni la limosna; y el mozo viendo que crecia la hacienda, quanro crecia el socorro de los pobres, dijo en los dos siguientes años: hurtemos treinra reales cada dia, que le vá bien á mi amo. Asi lo hizo, y asi me fue sucediendo, y de alli á dos años, seis despues que yo le dí orden

que me hurrasse los cinco reales, me acordé, y llamé á mi esclavo, y le dige: estoy viendo, que desde que te dige que me hurtasses cinco reales para dár limosna, ha crecido mi caudal con grande fuerza, y me parece que era tiempo que diessemos diez reales á los pobres, assi por lo que ha crecido, como para que se aumente mas. Entonces respondió mi esclavo riendose: á mis hurtos, señor, debeis vuestra buena dicha: ¿diez reales decís ahora que dé cada dia de limosna á los pobres despues de seis años? Si al paso que vos andais al dár, anduviera yo al hurtar, aun estuvierais vos pobre. Essos diez reales los dí yá despues de los dos primeros, y hurté diez, y despues hurté treinta, porque ví que crecian las bendiciones con el aumento de la limosna á los pobres. Yo entonces corrido, y avergonzado de vér que tuviesse mas aliento, y corazon mi esclavo para dár, y para esperar en Dios, que no yo, le dí luego libertad, y al instanre comencé con gran fuerza á repartir por mi mano las limosnas; yo á dár, y Dios á darme que diesse competimos, hasta llegar á tan gran caudal, como el que tengo, y dár hasta lo que doy.

7 El Patriarca admirado de la relacion, le dijo: Vete en paz amigo, y sigue tu vocacion, que te asseguro, que en quanto he leído, no he hallado un suceso semejanre. Y sin duda alguna lo es muy raro; porque quien no admira vér el deseo que tenia aquel avaro de dár, y que no podia, y que quando la voluntad le mandaba á su mano que diesse, se retiraba, y mancaba, y que huvo de poner el dár en agena mano, y que con rodo esso le fuesse á Dios tan grara aquella limosna, que no solo aumentasse su caudal, que es lo menos, sino que le curasse la enfermedad, y miseria, y lo hiciesse limosnero. Bien prueba bastantemenre esto, quanto importa no acostumbrarse á no dár, por no mancarse, y lo que conviene vencer las inclinaciones, y porfiar en esso, y quan ciertos son los premios de la limosna, no solo para grangear temporales bienes, sino para desterrar los vicios, y adquirir, y promover las virtudes.

CA-

CAPITULO XXXII.

QUE ORDENÓ A SUS LIMOSNEROS, *que si algunos pidiessen prestado dinero, se lo prestassen, y casos que le sucedian en esto.*



NAS veces puede mas la necesidad, que la verguenza, porque es tan dura, y fuerte ley aquella, que rompe atropellando con esta; otras por la verguenza, y mas la gente de noble sangre, se deja morir antes que perder su honor: y assi es necesario, que prevenga la caridad el remedio, sutilizando, y pensando como se le dará al noble el socorro, sin lastimarlo en la honra. El Santo Patriarca sabía, que muchas personas nobles no se atrevian por la reputacion á pedir socorro á su caridad, y que estas mismas que se avergonzaban de pedir dado, lo recibieran prestado, teniendo menos embarazo esto, que aquello, por parecerles que el recibir dado, significa vil, y mendicante pobreza; pero prestado, necesidad temporal, mas frequente á los mas nobles. Con esto ordenó á sus limosneros, que prestassen á quien lo pidiesse, y habiendose publicado, que el Santo prestaba dinero sin interés, acudian á su piedad estrechas necesidades, y las socorria con grandissima largueza, y el Santo holgaba mucho de ayudar por este medio á sus subditos, porque decia: Si el que llevó el dinero prestado no lo paga por necesidad, es limosna, y queda él socorrido, y yo contento. Si lo vuelve, porque salió de ella, quedó él socorrido con el emprestido, libre con la paga, y yo contento del beneficio, y de tener con que hacer limosna á los unos, y que prestar á los otros.

2 Sucedió, que en una ocasion se vió un hombre noble muy afligido de deudas, señaladamente algunas que debia al Cesar de ciertos tributos, y arrendamientos; y viendo que se cobraba con grande dureza de él, y que se le querian vender los bienes, y aprisionar la persona, fue á Alejandria á un hombre muy rico, y caritativo, que prestaba con mas largueza que otros, y era uno de los Consules de aquella Nobilissima Ciudad, y le pidió prestada la cantidad. Dijo el Consul, que con mucho gusto la prestaria; pero al entregarle el dinero, tardó tanto, que iban pasando los

los terminos de la egecucion, y se estaba yá para hacer trance, y remate en sus bienes. Entonces el afligido Caballero egecutado, fuesse al Patriarca, y le contó su trabajo. Ponderabale el daño de su hacienda, y de su muger, é hijos, y de su honor, y que habia de andar pidiendo limosna por las calles, sino se le socorria, el que muchas veces la habia dado á sus puertas.

3 El Santo, viendo su ponderacion, y que dilataba decirle lo que habia menester, no pudiendo tolerar sus piadosas entrañas la dilacion breve, que al contarlo intervenia, desde el trabajo al socorro, le dijo: Hermano, no aflijas mi corazon con tus penas, que muero solo con oírtelas contar, dime lo que pides presto, porque si no, me iré desnudando para darte estos vestidos, por socorrerte con ellos. Entonces el Varon noble le dijo, que necesitaba de una gruesa cantidad prestada para pagar estas deudas, y la señaló. El Santo al instante llamó á los Limosneros, é hizo, que antes de salir él de aquella pieza, le prestassen el dinero. Recibiólo, hizo la obligacion de pagarlo á ciertos plazos, pagó al Cesar, y salió de su trabajo.

4 Diez dias despues que el Santo socorrió á este hombre, le sucedió al Consul, que le habia ofrecido la misma cantidad, y tardó en darsela, que soñó que estaba en Misa en un Templo de grandisima belleza, y que en el Altar Mayor habia un Sumo Sacerdote celebrando con admirable hermosura, y resplandor en su rostro, y en las llagas de sus manos, pies, y Sacrosanto Costado, y cerca de él ministrando muchos Angeles, y Serafines, y oyendo la Misa numerosisimo Pueblo, Pontifices, Cardenales, y Obispos, Emperadores, Reyes, y Principes. De tras del Consul estaba oyendo la Misa el Patriarca. Vió tambien, que de los mismos que la oían, se acercaban algunos al Altar, y llevaban á él plata, joyas, y oro, y otras cosas preciosas que ofrecian, y todos volvian con ciento mas de lo que habian dejado. Vió el Consul sobre un banco una cantidad de oro, y uno de los Angeles le dijo: Levantate luego, luego, y ofrece este dinero en el Altar, y te darán cien oblaciones por él. Estuvo él dudoso si lo haria, y el Patriarca, que estaba de tras, luego que lo oyó, se levantó con presteza, cogió el dinero que señaló el Angel, y lo llevó al Sacrificio, y volvió á su lugar con ciento mas de lo que habia llevado. En este punto despertó el Consul, y con gran cuidado se puso á pensar en la vision, y no podia entenderla. De alli á quatro dias se acor-

dó

dó del dinero que habia ofrecido de prestarle á aquel Caballero, juzgando si era aquel el dinero que le dijo el Angel que llevasse al Altar, y lo llamó, y le dijo: ¿Que por qué no habia venido por su socorro? El respondió: Que viendo lo que tardaba en darselo, se habia ido al Patriarca, y se lo habia prestado, y con esso salió de aquel trabajo. Entonces el Consul entendió la vision, y dijo:

5 Ahora entiendo yá mi sueño, el qual fue aviso, de que no tarde en el socorrer, porque el que decia la Misa, era Christo Señor nuestro. Los que ponian en el Altar la limosna, son los que socorren los pobres. El volverles centuplicado, son los premios, que en esta vida, y en la otra dá Dios á Limosneros. El dinero, estaba cerca de mí, sobre el banco, son las riquezas que están en esta vida expuestas al comun uso, y la cantidad que pedia este pobre Caballero, y el decirme el Angel que lo llevasse, fue la inspiracion que tuve quando este vino á pedirme que lo socorriesse. El estár de tras de mi el Patriarca, fue haber acudido primero á mi la necesidad, y despues á él: y el levantarse luego, y primero á socorrerla, y yo no, fue la prontitud con que él la socorrió, muy desemejante á mi poca caridad; con que llevó él, juntamente el premio que yo pude haber llevado. Menester es no dormir al obrar bien, y ser mas pronto en esto, que lo es nuestra inclinacion al obrar mal. De esta manera se acusaba este honesto, y noble rico, y con lo mismo que él se acusa, aconseja á los demás.

6 Aunque algunos pagaban al Santo lo que prestaba, otros de verdad no le podian pagar, y otros podian, y no querian, y el Santo con igualdad por todo pasaba. Habia en Alejandria un mercader de mas enredos, que hacienda, y de mayor manejo, que Fé, ruin vida, y peores costumbres. Este solia decir, que no sabía si hacia limosnas el Patriarca, ni prestaba, que hasta ahora á él no le habia prestado, ni dado dinero alguno. Es propio de la codicia parecerle avára la liberalidad, como á ella no le dén nada.

7 Este mercader tramposo llegó al Santo un dia, y le pidió prestadas veinte libras de oro: mandó el Santo que se las prestassen, assentóse en sus libros, y alli se puso la obligacion de volverlos en el plazo señalado. Llegó el plazo, pidieron que pagasse, negó la deuda, y dijo, que ni le habian prestado, ni dado cosa

ſa alguna. Los Limoſneros hicieron que reconocieſſe ſu firma, nególa, probaron ſer verdadera, y el enrrego del dinero, y eſtár juſtificada la deuda. Con eſto le embargaron ſus bienes, prendieronlo, y él hizo que una perſona acudieſſe al Santo, diciendo el eſtado de la cauſa. El Sanro llamó á los limoſneros, y al Fiſcal que la ſeguia, preguntó ¿por qué lo renian preſo? Reſpondieron, ponderando la mala fé de aquel hombre, ſus vicios, y ſus enredos. El Santo defendia ſu oveja, y ponderaba rambien ſu neceſidad, y que no podia mas, y que aſsi ſe perdonaſſe la deuda. El Fiſcal, y los Limoſneros replicaban, ¿que de qué ſervia que aquel hombre, ſobre vicioſo, trampoſo, ſe quedaſſe con la hacienda de los pobres?

8 Enronces el Sanro les dijo: No es bien que ſeais tan juſtos; porque os advierto, que ſi cobrais de eſte hombre con tanto rigor, cumplís un precepto, y quebranrais dos. Cumplís el de dár limoſna, (a) pues para eſſo lo cobrais, y quebranrais el precepto del Señor, quando dice: *Que tengamos paciencia, y no aflijamos al conſiervo que nos debe.* (b) Y á mas de eſſo, quebrantamos orro precepro, de que no eſcandalicemos, pues ſi vén que cobra aſsi el Patriarca, ¿cómo cobrará el ſeglar? Sigamos el conſejo de San Pablo, donde dice, hablando de los Chriſtianos: ¿Quánto mejor es padecer la injuria, que no pleytearla? (c) Quanto mejor es ſufrir el engaño, que aueriguarlo? Es bien que entendais, que el dár al que pide, es bueno, y el dár al pobre, aunque no pida, es perfecto. *Pero al que nos lleba la tunica, ſoltarle tambien la capa* (como nos dice el Señor (d)) es mas que bueno, y perfecto, y es heroyco, y á eſto habemos de aſpirar. Voſotros decís, que es para los pobres lo que cobrais de eſte miſerable; demos, hijos, á los pobres de lo que renemos, anres que no dé lo que cobramos con tanra ſangre, y dolor. ¿Hemos de dár á los pobres lo que á eſte quiramos? Si, pues degemoslo en ſu poder, pues es pobre, y eſcuſaraſſe eſte penoſo rodéo de dejarlo deſtruido, para que otro ſe ſocorra. Mandó luego al inſtanre ſoltar al mercader, y le remitió la deuda, y aſsi ſe acabó eſte pleyto.

CA-

(a) Luc. 11. v. 41. & 12. v. 33. (b) *Nonne ergo opportuit & te miſereri conſervi tui, ſicut & ego tui miſertus ſum.* Matth. 18. v. 33. (c) Ex 1. ad Corint. 6. v. 7. (d) *Et ei qui vult tecum judicio contendere, & tunicam tuam tollere, dimitte ei & pallium.* Matth. 5. v. 40.

CAPITULO XXXIII.

DE LA PACIENCIA QUE TENIA CON LOS POBRES, y que siempre le parecia que daba poco, y la piedad con los esclavos, y pacificacion de los poderosos.



EL buen limosnero ha de dár muy largamente el dinero, y la caridad, porque esta nunca se gasta, solo no ha de dár de la paciencia perdiendola, si quiere conservar la caridad, y egercitar sus efectos, para que con ellos se haga mas constante en la limosna; porque muy frequentemente le acomete la impaciencia á la liberalidad, por ser tan importuna la necesidad al pedir, que si no hay sufrimiento al oírla, quando le han de responder padeciendo, y dando, la responde reprendiendo, y lastimando al que pide. Acudian egercitos de pobres á casa del Patriarca, y él con grande serenidad, y paz á todos los socorria, persuadiendo á los Limosneros, y aconsejandolos, que tuviessen gran paciencia.

2 En una ocasion llegó al Santo un pobre muy vano, y preciado de caballero, y de noble, y hecho cien pedazos el vestido, y delante de los Limosneros, y otros criados, le pidió al Santo limosna ponderando mucho su gran calidad. El Santo mandó que le diessen luego para un vestido. El hombre, como una vibora pisada, dijo con gran libertad muchas injurias al Santo, y entre otras, ponderaba, y voceaba, que repartia con desigualdad el tesoro de los pobres, no siendo suyo, sino de ellos, y que si fuera un hombre bajo, y perdído quien le pedia, le huviera dado un larguissimo socorro, y á un caballero como él le daba para un vestido, y otras injurias mas graves. Los Limosneros, y criados que estaban presentes fueron á él á prenderlo, y castigarlo como merecia, y el Santo se lo impidió, y les ordenó, que estuviessen quedos, y lo dejassen, diciendo: ¡Estoy yo aqui, que en sesenta años habré dicho, y hecho mayores injurias, y no ha habido quien me reprehenda, y castigue, y este pobre hombre, que esta vez se descuidó, y que puede ser que en su dictamen tenga razon, halla al instante tantos Jueces sobre sí! Trayganme aqui cantidad de plata, y de oro. Trageronla, y llamó al hombre, y

le dijo: Hijo mio, él ſabe ſu calidad, y como quien la ſabe, medirá tambien ſu neceſidad, tóme de aqui quanto dinero huviere meneſter, y vaya contento, que ha dicho muy bien, ſuyo es lo que toma, y no mio: ſolo es mio el darlo, y no el tenerlo. El hombre viendo que á ſus injurias reſpondia el Santo con tan grande humanidad, ſe poſtró á ſus pies, y tomó moderadamente lo que á él le pareció, que podia remediar ſu eſtrecha neceſidad, y partió de alli contento, quedando admirados los circunſtantes de la paciencia del Patriarca, y que no habia accidente que turbaſſe, ni deſtemplaſſe la caridad que ardia en ſu ſanto pecho.

3 En otra ocaſion ſupo, que un Miniſtro de ſu caſa padecia eſtrecha neceſidad, y lo llamó, y le dió diez libras de oro. Contento el criado, viendo tan grueſa, y no eſperada limoſna, le dijo: Yá de aqui adelante, Señor, no alzaré los ojos á veros el roſtro de verguenza, y reverencia á tan grande beneficio. Y el Santo le reſpondió: Haſta ahora, hijo, no te he dado nada, porque no he derramado la ſangre por tí, que derramó Chriſto bien nueſtro por mí en que vió, quan preſente tenia el Santo la imitacion del Salvador de las almas.

4 No ſolo ſocorria á los que á él acudian, ſino que cuidaba de amparar á los que fuera de ſu poder padecian. Las guerras continuas, que ſuſtentaba el Imperio con los Perſas, y otros enemigos, habian dado á los Pueblos grande numero de eſclavos (que eſtos ſon los deſpojos mas comunes, y penoſos de las guerras, y batallas) y el Santo tenia muy grande piedad de eſtos miſerables, y los amparaba, y ſocorria, y procuraba que ſus amos con la inſolencia del mandarlos, y tratarlos, no aumentaſſen ſu miſeria, y ſervidumbre. Y afirma Leoncio Obiſpo, ſu Hiſtoriador, que ſi alguna vez veía que los amos no ſe enmendaban; ó compraba los eſclavos para darles libertad, ó les decia que ſe huyeſſen de ſus manos, y deſpues les ſatisfacia el precio ſecretamente, porque no podia tolerar el Santo verlos crudamente padecer.

5 En una ocaſion, viendo el Santo que un amo trataba con gran rigor á los eſclavos, lo llamó, y le hizo una platica, que me ha parecido ponerla á la letra aqui, porque en las Indias, donde hay mucho numero de eſclavos, puede ſer á los amos de muy util enſeñanza. Dijole: Hijo, á mis oídos ha llegado, que perſuadido del enemigo comun de las almas, con grave daño de la tuya, tratas con crueldad tus eſclavos. Tén paciencia, y dá lu-

gar

gar á la ira. Cree, hijo, que Dios no te los ha dado para que los maltrates, y puede ſer que tampoco te los dieſſe para que de ellos te ſirvieſſes, ſino para que los ſuſtentaſſes, ampataſſes, y enſeñaſſes. ¿Por ventura es veriſimil que dieſſe Dios ſu Imagen viva, y la dejaſſe vender por dinero, para que la maltrataſſen, y ofendieſſen? No, porque Dios no es como los hijos duriſsimos de Jacob, que vendieron á Joſeph ſiendo ſu hermano.(a) ¿Qué es un eſclavo, ſino una Imagen viva de Dios? Y tú qué eres, aunque ſeas ſu ſeñor, ſino de la miſma maſa, y conſtitucion en la materia, y en la forma? Mira á tu cuerpo, cuenta, mide, reconoce, ſi tienes algunas manos, ó pies, ó cabeza mas de los que tiene tu eſclavo? Y ſi eres hombre ſujeto á las miſmas miſerias, y accidentes; y verás que de la miſma manera que él ſe vió en tu poder, pudiſte caer en el ſuyo. Pues dime, hijo, ſi en todo es tu ſemejante en el alma, y en el cuerpo, ¿por qué lo haces al padecer, y al penar deſemejante? Oye á la luz de las gentes San Pablo, donde dice: *Todos los que eſtais bautizados con Chriſto, os habeis veſtido de Chriſto.*(b)

6 ¿Pues ſi eſte eſclavo eſtá veſtido de Chriſto, y es Chriſtiano, quien con azotes, y con palos rompe la veſtidura de Chriſto? Y en otra parte dice: *En la Fé, y en el Bautiſmo no hay Judio, no hay Griego, no hay libre, no hay eſclavo.* (c) Eſto es, no mide Dios las perſonas por las naciones, ſino por las coſtumbres, y virtudes. No por la libertad, ó ſervidumbre humana, ſino por la eſpiritual de la culpa, y del pecado; y el eſclavo, y el Judio, ſi eſtá bautizado, y ſi ama mas, y ſirve mas á Dios, es noble. Pues dime, hijo, ſi ſomos iguales en Chriſto todos, ¿por qué tratas á eſſos ſiervos ſuyos, como tuyos, ſino como ſiervos ſuyos? Trata, hijo, de aqui adelante en la caridad como á iguales, á los que ſon en la naturaleza, y la gracia tus iguales. Dios, ſiendo Señor de las criaturas, tomo forma de ſiervo para redimirnos, no tomó forma de amo; y eſto lo hizo para enſeñarnos, que ſeamos piadoſos con los ſiervos, pues en ſu forma, y figura fuimos todos redimidos. Dios es el Amo, y el Señor: no ſomos noſotros amos, ni ſeñores, ſino ſiervos. Y aſsi eſſos que tu tienes por eſclavos, ſon tus hermanos, y conſiervos, y el Señor que habíta

(a) Gen. 37. v. 28. (b) *Quicumque enim in Chriſtum baptizati eſtis, Chriſtum induiſtis.* Ad Galat. 3. v. 27. (c) *Non eſt Judaus, neque Gracus: non eſt ſervus, neque liber.* Ib. v. 28.

en el Cielo, los eſtá mirando con amor, como á criaturas ſuyas. Mira como lo decia David: *Humilia reſpicit.* [(d)] Advierte hijo, que dice que mira á los mas humildes, no á los vanos, y ſoberbios; porque alli ſe le ván los ojos del amor donde tiene el corazon, que es en lo mas pobre, y humilde.

7 Dime por tu vida, ¿quanto oro, quanta plata, quanta hacienda baſta para comprar al que fue comprado con la ſangre del Hijo Eterno de Dios? No es tuyo el eſclavo, primero es de Dios que lo compró con ſu ſangre, y ſolo tienes un honeſto, y ſanto uſo de ſu trabajo. Por eſſe eſclavo que tu compraſte, formó Dios el Cielo, por eſſe crió la tierra, por eſſe el mar, y todo quanto hay en él, por eſſe crió los Angeles, para que lo guardaſſen, y tal vez le miniſtraſſen, por eſſe labó á otros eſclavos ſuyos los pies, por eſſe padeció muerte de Cruz; ¿y tu te atreves á perſeguir al que Dios honra, al que Dios guarda, al que Dios con ſu ſangre ha reducido, y maltratas como á un bruto, al que es de tu miſma condicion? Dime la verdad: ¿Quiſieras que Dios te hiriera con un rayo á cada culpa de las muchas que cometes al dia? No por cierto. Pues dime, como rezas todos los dias el Pater noſter, y le dices á Dios: *Perdoname, Señor, mis deudas* (eſto es, mis culpas) *como yo perdono las mias á mi deudor*, [(e)] ſi por qualquiera culpa eſtás laſtimando, y afligiendo á tus eſclavos, quando eſſo rezas, no es pedir perdon á Dios, ſino caſtigo; y quando parece que eſtás rezando, te eſtás ciertamente maldiciendo, pues pides que te perdone, como tu perdonas, quando tu no los perdonas, ſino que cruelmente caſtigas, y cobras de tus eſclavos. Con eſtas y otras razones templaba el Santo á los amos, para que tuvieſſen piedad de ſus eſclavos, con grande fruto, y gozo de Alejandria, y utilidad de unos, y otros.

8 No era menor el cuidado del Santo al pacificar los libres, que al defender los eſclavos; porque ſu caridad ardiente perſeguia con gran zelo al odio, y á la diſcordia. Sucedió, que en cierta ocaſion riñeron dos hombres nobles, y poderoſos de Alejandria, ocaſionando grandes parcialidades, y vandos, por ſer de lo muy noble de la Ciudad. El Santo trató de pacificarlos, y habiendo uſado de diverſos medios, no lo pudo conſeguir con el uno

(d) Pſalm. 112. v. 6. (e) *Dimitte nobis debita noſtra, ſicut & nos dimittimus debitoribus noſtris.* Matth. 6. v. 12.

uno de los dos. Viendo la dureza con que estaba al perdonar su enemigo, le envió á llamar un dia con gran disimulacion, á tiempo que el Santo no habia dicho aun Misa en su Oratorio. Entró el hombre en el Palacio del Santo, el qual lo recibió con singulares demonstraciones de humanidad, y agasajo, por ser hombre principal, sin darse por entendido de la fuerza con que se habia resistido, y resistia á los consejos del Santo. Dijole: ¿Si queria oír su Misa? El Noble dijo, que sí. Entró en el Oratorio, y advirtió el Santo á sus Capellanes, lo que debian hacer á su tiempo en revistiendose para decirla. Es costumbre de la Iglesia Griega, que las Oraciones, y Preces, y el Canon, y lo demás de la Misa, las ván diciendo el Sacerdote, y el Pueblo en voz alta, de la manera que al ordenarse de Sacerdotes, ván diciendo los que se ordenan con el mismo Obispo. Llegó á la consagracion con la Misa el Santo Patriarca, y despues de ella al decir el Parer noster, fue diciendo el Santo, é iban diciendo con él todos los Ministros, y circunstantes, y el noble entre ellos. Llegaron todos con el Santo Patriarca, prosiguiendo hasta las palabras: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie: y el pan nuestro de cada dia danosle hoy*,(f) y al instante subiramente, como lo habia ordenado el Sanro Patriarca, callaron todos, y el Santo con ellos; pero el noble, como con él no se habia concertado el detenerse, prosiguió adelante el Parer noster, diciendo él solo: *Et dimitte nobis debita nostra, sicut, & nos dimittimus debitoribus nostris; y perdonanos nuestras deudas, assi como nosotros las perdonamos á nuestros deudores.*(g)

9 Al mismo punto que dijo esto el Caballero, volvió el Patriarca el rostro hácia él, y suspendiendo el Sacrificio, tomó al Señor en las manos, y le dijo: Mira hombre lo que has dicho, atiende bien, que pides el castigo, y muerte eterna, sino has perdonado á tu enemigo, pues dices perdonanos, como nosotros perdonamos. Nosotros no hemos dicho estas palabras, porque creímos que no las digeras, y en esse caso no era justo las digeramos contigo, pues fuera engañar á Dios, decir perdonanos, Señor, como perdonamos; quando no perdonamos los enemigos, fuera pedirle que nos castigue. Abre los ojos á la luz de la verdad, antes que los abras con la fuerza del castigo. Mira lo que hizo el Salvador en la Cruz por redimirte, y que á voces públi-

cas

(f) Matth.6. v. 11. (g) Id. ib. v. 12.

cas rogó por ſus enemigos. Eſte Sacrificio incruenro del Altar, es la materia del dolotoſo, y cruento de la Cruz: haz con la miſericotdia, propicio, ſemejante, y entero eſte inefable Sacrificio. Noble eres, yá lo ofreciſte; pues has dicho á Dios, que te perdone, como perdonas rus enemigos, cumple fielmente á Dios lo que has ofrecido. El hombre á eſtas razones, y eſpectáculo, poſtrandoſe, y humillandoſe, ofreció llanamente el perdon á ſu enemigo, y lo juró, y propuſo, con gran dolot, contricion, y pena de haberlo tanto tiempo ſuſpendido. Con que el Santo acabó la Miſa, llamó al enemigo, y ſe abrazaron, y perdonaron uno á otro con gran conſuelo de Alejandria, porque eſtaba inquieta con las diſcordias, y vandos que ocaſionaban dos hombres tan podetoſos, tan ricos, y conocidos.

CAPITULO XXXIV.

DE LA DEVOCION CON QUE LEIA EL PATRIARCA, y notaba los hechos de los Santos, y del deſeo que en él ardia de ſu imitacion.



TODO el tiempo, que el Santo no ocupaba en lo preciſo de ſu Paſtoral miniſterio, y en el egercicio de ſu ardiente caridad, lo empleaba en leer las vidas, y hechos de los Santos, y con una obſervacion tan puntual, que aquello que leía, lo notaba, y adverria para ponerlo en egecucion; con que no era oyente ſolo de la Sagrada Eſcritura, ſino diſcipulo fiel, ſiguiendo, y obrando, y egecurando lo miſmo que admiraba, que alababa, y aprendia.

2 Eſtaba leyendo un dia los célebres hechos de Serapion, que llamaron Sindonita, porque ſolía andar frequentemente ſolo con una tunica á modo de ſabana, cuya perfeccion llegò á muy alra cumbre de Santidad, y obró algunos actos excelentes de virtud, que movieron ſumamenre al Parriarca. Es eſte Serapion, diverſo de orro del miſmo nombre, Abad, y Padre de mas de diez mil Monjes, que gobernó ſu prudencia, y ſantidad. Salió un dia Serapion el Sindonita á una Ciudad, y trahia conſigo los quarro Evangelios del Señor en un volumen, que nunca tuvo otros libros, y en ellos leía, y meditaba dia, y noche. Encontró á un pobre, pidióle limoſna, y el ſanto Varon reſpondió, que no te-

tenia que dár, ſino el veſtido, deſpojoſe de ſu ropa ſuperior, y dioſela luego. Pasó adelante, de alli á un poco, vió en el rigor del Invierno á un pobre viejo deſnudo, y dijo: Eſte es viejo, yo no lo ſoy tanto, mejor podré tolerar el frio que no él, y quitóſe la ultima tunica, y viſtió al viejo, y quedó del todo deſnudo, y ſolo con el libro del Evangelio en la mano. A pocos paſos le encontró un amigo ſuyo, y lamentandoſe de vér aſsi á ſu Maeſtro, creyendo que los ladrones le habian deſpojado tan crudamente, le dijo: ¿Quién te ha deſnudado, Padre, tan cruelmente, y te ha quitado haſta el interior veſtido? Reſpondió, moſtrando los Evangelios: Hijo, eſte libro me ha deſnudado, y dejado de eſta ſuerte. Entonces el diſcipulo le fue á buſcar un veſtido. Pasó por donde eſtaba Serapion de alli á un poco otro pobre, y le pidió limoſna, y viendoſe deſnudo del todo, y que no tenia, ſino el libro del Evangelio, ſe lo dió, y le dijo: Solo eſto tengo que darte. Quando volvió ſu diſcipulo, y lo halló, no ſolo deſpojado, ſino ſin el Evangelio, le preguntó, ¿dónde eſtá, Padre, el libro que tenias? Qué hiciſte del Evangelio? Reſpondió el Santo: Mira, hijo, el Evangelio me hizo dár la tunica, y el veſtido, y Chriſto nueſtro Señor, que es de quien habla el Evangelio, me hizo que yo dieſſe el libro. Con eſto le viſtió, y enſeñó al diſcipulo, que fueſſe pobre ſin reſervacion.

3 De alli á algunos dias llegó á Serapion una pobre viuda que tenia muchos hijos, y le pidió le dieſſe alguna limoſna, y Serapion, viendo que no tenia con que ſocorrerla, reſolvió venderſe á unos que llamaban Mimos, que era genero de repreſentantes que andaban por los Pueblos, y Ciudades conduciendoſe para los públicos eſpectáculos, porque dijo el Santo: Con el precio de mi libertad daré limoſna, y con mi ſervidumbre veré ſi puedo convertir á eſtos Gentiles. Pagaronle el precio, y habiendo buſcado la viuda, no la halló, y él guardó el precio, y lo trahia conſigo eſcondido.

4 Comenzó el Santo á ſervir á ſus amos los repreſentantes con grande puntualidad, haſta lavarles los pies por agradarlos, ſin que huvieſſe fineza que eſcuſaſſe por ſervirlos. Entrambos amos, que eran Autores de la compañia, ſe fueron aficionando á ſu eſclavo Serapion, y él con gran deſtreza, en pudiendo darles algun rayo de luz en la Fé, y explicarles ſus verdades, y virtudes, y la vanidad de la idolatria, y mentira de los Dioſes, lo hacia,

cia, y obró con tanta felicidad, que dentro de dos años convirtió á sus dos amos, y á toda la compañia. Avisó de ello al Obispo de la Ciudad, y bien catequizados, los bautizaron á todos, habiendo protestado en el Bautismo con grandes lagrimas, y contricion de no volver al teatro.

5 Los amos agradecidos á Serapion, lo llamaron, y le digeron: Justo será, amigo, que habiendonos dado tú la libertad de las almas, te demos la del cuerpo, y despues te podrás quedar con nosotros por Maestro, yá que tanto bien nos hiciste siendo esclavo. El santo les dijo riendose: Yo, amigos, soy libre naturalmente, la caridad me hizo esclavo, por salvar vuestras almas, por aquel Señor, que en forma de esclavo salvó la mia. Aqui guardo el precio de mi libertad, y sacando el dinero que ellos habian dado por él, quando le compraron, se lo volvió, sin que faltasse cosa alguna. Ellos porfiaron, que se lo llevasse, él dijo, que no usaba del dinero, que se lo diessen á los pobres. Ellos digeron, que él lo repartiesse. El respondió, que él no daba limosna de lo que era ageno, y nada tenia propio en esta vida. Con esto, y habiendoles ofrecido que cada año los veria una vez, se despidió.

6 Refiere Leoncio, que habiendo el Santo llegado á leer este suceso, fue tanto lo que le movió el vér tan gran perfeccion de vida, y tan generoso, y heroyco modo de obrar, como dár el vestido, y la tunica interior, y luego el libro, y el venderse para convertir las almas, que assi como lo leyó, llamó á todos sus limosneros, y con grandes lagrimas, les dijo: Venid, venid, amantes de Jesu-Christo, mirad en este suceso nuestras culpas, y reprehensiones. ¿Quándo hemos llegado á esto? Siempre damos de lo superfluo, y nos quedamos con mas de lo necesario. Y fue menester consolar al Santo diciendole, como es grande la diferencia de los estados de la Iglesia, y que todo aquello daba el Santo, y mucho mas, y que quanto deseaba dár, esso daba, y que quanto deseaba hacer, esso hacia, quando para hacerlo, y darlo lo impedia su Dignidad, y su estado.

7 Con esta fuerza, y calor de imitacion leía el Santo Patriarca los hechos, y virtudes heroycas de los Santos, y quando él era un excelente egemplar para la posteridad, y á quien muy raros perfectamente imitaron, se juzgaba por perdído, y relajado, respecto de los Santos cuyas vidas leía, y consideraba. No me parece que será fuera de proposito referir otros dos casos que le su-

ſucedieron á eſte miſmo Serapion, que tanto alababa el Santo, el qual, no ſolo eſta vez ſe vendió, por reducir á aquellos Gentiles, ſino que en otra ocaſion hizo lo miſmo, vendiendoſe á un Herege Maniquéo, al qual, y á ſu muger, y á ſu caſa convirtió, y redujo á verdadera Fé, y deſpues les volvió el precio.

8 En otra ocaſion tambien le ſucedió una coſa bien notable. Andaba ſiempre por los Pueblos, y Ciudades, egercitando las virtudes de ſu eſtado, y no trahia jamás coſa conſigo, ſino una tunica á modo de ſabana, por lo qual, como hemos dicho, lo llamaban Sindonita. Llegó á Arenas, y no habia quien le dieſſe coſa alguna de limoſna, pasó un dia, y otro, y habia yá tres dias que no comia bocado. Al quarto, viendo que ſe moria de hambre, comenzó á vocear en un pueſto eminente, en donde ſolian aſsiſtir los mas principales de Arenas, ricos, y Filoſoſos, y decia: Varones de Atenas, apiadaos de mí, que muero. A las voces que daba, llegaron algunos hombres, y le digeron: Qué tienes? De dónde eres? Y Serapion reſpondió: Yo, amigos, ſoy Egipcio de nacion, y Monje de profeſion, y deſde que ſalí de mi verdadera patria, me encontraron tres acreedores mios, y de ellos, los dos viendo que no tenian de qué cobrar, ſe apartaron de mí, pero el tercero me ha preſo, y me tiene atormenrado, y yá caſi muerto. Los que lo oyeron digeron: Pues dinos ¿quién ſon eſſos acreedores, para que te ſocorramos, y ayudemos? Serapion dijo: los dos primeros fueron la avaricia, y ſenſualidad, los quales, porque no hallaron en mí riquezas, ni deleytes algunos, me dejaron; pero la gula me tiene muerto, porque quatro dias ha que me eſtá atormentando, y no he comido bocado en todos ellos, y aſsi muero. Entonces algunos digeron, que era embuſtero; otros, que debia de ſer hombre ſanto. Uno de ellos le dió un doblon, y fue á eſpiarlo, y vér que hacia con él. Serapion con el doblon fue á caſa de un panadero, y pidióle un pan, el que baſtó á ſatisfacer ſu neceſidad, y por él dióle el doblon. El panadero no queria recibir tanto dinero, porque era precio de cien panes, y Serapion lo dejó, y ſe fue corriendo. El dueño del doblon, que lo fue eſpiando, conoció que aquel era hombre ſanto, y aſsi pagó al panadero, y reſcató ſu doblon.

9 Tambien en otra ocaſion le ſucedió otro caſo ſemejante. Deſeaba ir á Roma Serapion á aprender virtud, y vér los ſepulcros de los Apoſtoles, y aguardó á que de Alejandria ſe fueſſe al-

gun navío para Italia, y quando vió que estaba para partir uno de ellos, se entró escondido Serapion á vueltas con los demás, sin llevar matalotage ninguno, fiado en la providencia de Dios. A un dia de navegacion salió al combes del navío sobre cubierta, y retirado pasaba todo el dia sin comer cosa alguna. Nadie le daba, porque todos creían que tenia, y que dejaba de comer por andar mareado. El segundo dia vieron que tampoco comia, y lo mismo en el tercero, y el quarto, y él con gran paciencia, y flema se estaba quieto, y sentado sin pedir limosna á nadie. Entonces el Capitan del navío, y otros le digeron: ¿Hombre, por qué no comes? Respondió: porque no tengo cosa alguna que comer. Digeronle: ¿Pues quién tiene tu matalotage? Respondió: Dios, y hasta ahora no me lo ha dado. Replicaronle: ¿Pues cómo te embarcaste aqui sin pagar flete, ni entrar bastimento alguno? Con qué te has de sustentar? El Santo les respondió: Yo, amigos, no tengo con qué sustentarme, lo que podeis hacer es volverme adonde estaba quando me embarqué, y desembarcarme alli, si os cansa tenerme aqui, ó sustentarme. Ellos vuelta la cólera en risa, de vér la flema de la respuesta, y que despues de cinco dias de navegacion, proponia por medio, y remedio, que le volviessen al puerto, tomaron por su cuenta su socorro, y su sustento, y lo pasaron á Italia, donde cumplió con su devocion.

En la leccion de este genero de hechos de los Padres del Oriente, ocupaba el Santo el tiempo que no empleaba en su fervoroso ministerio Pastoral.



CA-

CAPITULO XXXV.

DE LOS QUE SE ENCOMENDABAN *en sus oraciones, y lo que le sucedió con uno de ellos.*



Ncomendabanse muchos en las oraciones del Santo Patriarca, viendo las misericordias que Dios obraba por ellas: y el que con las limosnas socorria las necesidades corporales, no cesaba con la instante oracion de interceder, que fuessen libres las almas de las tentaciones, riesgos, y daños espirituales. De la eficácia de su oracion, huvo admirables experiencias en Egipto, y Alejandria, y de lo que Dios se agradaba de las ofrendas que le daban para el socorro de los pobres; y assi muy de lejos acudian personas poderosas á valerse del tesoro de su intercesion con Dios. Pero como es cierto, que nunca su Divina Magestad de tal manera favorece á sus siervos, que entre algunos favores con que los honra, y acredita, no mezcle otros con que los atribule, y humille; porque con lo primero hace estimada su virtud, y con lo segundo la assegura: entre otros casos le sucedió uno muy notable, y que manifiesta el grande favor que hacia Dios á su siervo.

2 Un hombre muy pio, y rico, que se hallaba con un hijo unico, y habia enviado un navío con gran parte de su hacienda á Africa, quiso assegurar la salud del uno, y el buen viage del otro con las oraciones del Santo Patriarca. Llegó este un dia al Santo con siete libras y media de oro que tenia, y arrojandolo á sus pies, le dijo con gran sumision, y confianza, que le asseguraba, que ofrecia alli á los pobres todo quanto oro tenia en su casa, solo por el ansia de ayudarlos por su santa mano, y que le suplicaba lo repartiesse en los que fuessen mas de su satisfaccion, y que por este buen deseo, y voluntad, le pedia con todo encarecimiento, encomendasse á Dios á su hijo unico, que era de edad de quince años, el qual, aunque tenia salud, la asseguraria, para que se lograsse con su santa intercesion, y que una nave que tenia, y aguardaba de Africa, pidiesse á nuestro Señor que la tragesse con bien, porque consistia en esto su caudal. El Santo, alabando la piedad con los pobres, recibió la ofrenda, y le asse-

guró, y ofreció que encomendaria á Dios á su hijo, y á sus bienes, para que los bendigesse, y con grande agrado lo despidió.

3 Pareciόle justamente al varon pio que llevaba en la palabra del Santo mayor tesoro del que le habia dejado á sus pies. Y el Venerable Patriarca con el empeño de encomendarlo á nuestro Señor, mandó que llevassen las siete libras y media de oro á su Oratorio, y las hizo poner debajo del Altar, y celebró algunas Misas sobre él, pidiendo á Dios, que amparasse á aquel buen hombre, y su hijo, y conservasse su nave; y como quien le representaba la ofrenda para inclinarle, la puso tan cerca del Sacrificio.

4 Dentro de quince, ó veinte dias adoleció el muchacho de muy grave enfermedad; el padre mientras duraba, iba, y venia al Santo á rogar por su hijo, y el Santo á Dios para que no se muriesse; pero dentro de seis dias espiró. Quedó el padre con el dolor que puede considérarse, y el Santo igualmente afligido, y triste de vér el suceso. Ocho dias despues de la muerte del muchacho, le llegó nueva, que su navío, en que venia un hermano suyo, naufragó, y se perdió con quanta ropa trahia, y solo escapó su hermano, y la gente en un barco del navío, sin que pudiessen sacar, ni salvar hacienda alguna. El pobre hombre, yá herido mortalmente del dolor de la pérdida del hijo, viendo que quando esperaba, y necesitaba de consuelo, le aumentó Dios tan fuertemente la tribulacion, con perder toda la hacienda: avisando al Santo del suceso, lloraba sin consuelo sus pérdidas, y desdichas. No las lloraba menos el Santo, pareciendo á su humildad, que sus oraciones, que habian de ser el amparo, y alegria de aquel hombre, habian sido su perdicion, y con el Profeta Elías se quejaba á Dios, como él decia: *Domine Deus meus, etiam ne viduam apud quam ego, utcumque sustentor afflixisti, ut interficeres filium ejus.* (a) *Tambien, Señor, matasteis al hijo de la viuda que me hospedaba, para afligirme?* Y se lamentaba que á su bienhechor, por sus pecados, no solo habia muerto al hijo inocente, sino despojadole de tanta hacienda, y caudal.

5 Quiso el Santo llamar, y consolar al dolorido, y de verguenza no se atrevia á ello, como quien estaba mas afligido, y las-

(a) 3. Reg. cap. 17. v. 20.

lastimado que no él; pero le envió á consolar, diciendole: Que la providencia de Dios, no mira solo á lo presente, sino á lo pasado, y venidero, y que asi, pues su Divina Magestad lo dispuso de esta suerte, sin duda alguna que convenia. Que el parentesco, y la aficion en el hombre mas estrecha, ha de ser con la voluntad de Dios, primero que con los demás, y por ella se han de negar á los hijos, y la hacienda. ¿Que cómo puede errar el que todo lo sabe, ni dejar de obrar lo que mas conviene al hombre, el que tanto lo ama, que murió por él en una Cruz? Y que asi debemos creer, que todo aquello que parece tribulacion, y afliccion, es favor, y misericordia. Estas, y otras razones semejantes le envió á decir atribulado el Santo, mas necesitado de consuelo, que no él, pidiendo á nuestro Señor, que yá que su Divina Magestad habia afligido tan fuertemente á aquel corazon, lo consolasse, y alentasse por los medios que pareciessen mas eficaces á su Bondad, y altisima providencia.

6 Apenas se pasaron diez dias, que el hombre afligido vió en sueños al Santo de noche vestido de Pontifical, y le dijo: ¿De qué te afliges amigo? Por qué no te resistes á la fuerza del dolor? Tú no me pediste que rogasse por tu hijo, para que no se muriesse? Vivo está, y en vida eterna. Si viviera, habia de morir á eterna condenacion, porque habia de salir el mas perdído de Alejandria. Y en tu nave estuvo hecho decreto del Señor, que se perdiesse con la gente, y con las almas que trahia, y con tu hermano, y por mis pobres oraciones, se inclinó Dios á salvarlas, y librar de este peligro. Levantate hijo consolado, y contento, alaba á Dios, y dale gracias cumplidas, pues previno tu bien con lo mismo, que parece que aumentó tu desconsuelo. Despertó el hombre, y hallóse tan alentado, y consolado, que se vistió de vestidos de alegria, y se fue al instante adonde se hallaba el Santo Patriarca, y le refirió la vision, y el consuelo con que se hallaba su alma, y echandose á sus pies, le pedia, que diesse gracias á Dios por las misericordias que con él habia usado por su intercesion. El Santo le dijo, que á su Fé, y caridad del hombre, y á la Divina piedad debia todo el suceso, con que se fue consolado.

CA-

CAPITULO XXXVI.

DE LA PERDIDA DE LA HACIENDA DE LA IGLESIA, y en ella la paciencia, y conformidad del Santo.


O ſolamenre Dios favorecia al Sanrò con attribularlo en los efectos de la oracion, para hacer experiencia de ſu humildad, ſino en los de la limoſna, para hacerla de ſu Fé. Porque habiendo ſu Divina Mageſtad hecho tan prodigioſos milagros en confirmacion de lo que holgaba, que con ranra largueza ſocorrieſſe á los pobres, ofreciendole rantas cantidades los ſubditos, y volviendo el eſtaño en plata, la miel en oro, quiſo, para probar haſta donde llega ſu paciencia, y ſu fé, convertirle la plara en viento, el oro, y las riquezas en nada, porque á todos viſos ſe egercitaſſe ſu eſclarecida virtud (eſto es como otro Job) en las felicidades de una vida ſanta, pero pacifica, y en las infelicidades de orra triſte, y atribulada, pero ſanta.

2 Envió el Sanro á una de las dos Sicilias (ſería el Reyno de Napoles, que es donde ſuele acoſar mas la careſtía) trece navíos de ſu Igleſia cargados de trigo de Alejandria, y en cada uno cabia rreinta mil fanegas. Llegaron con felicidad á aquel Reyno, vendieron aprecios muy crecidos, y con gran conſuelo de rodos, por hallarſe con la eſterilidad afligidos. Volvieron á cargar de generos, y frutos de la tierra, de ſuerte, que trahian la mayor riqueza, y empleo, que jamás habian juntado. Al volver les dió un temporal ran recio, que viendo que no podian vencerlo, y que ſe iban á pique las naves, reſolvieron de alijar, y echar á la mar toda la ropa, plata, generos, y mercaderias, y en quedando ſin ropa alguna, cesó el vienro recio, y ſe quedó el favorable para llevarlos á Alejandria. Llegaron al puerto, y como era flota de pobres, y miſerables, la aguardaban ſiempre con grandiſsimo alborozo. Aſsi como muy de lejos conocieron que era la flora del Sanro, le aviſaron, y dió gracias á Dios de ſu llegada.

3 Acudieron al puerto de roda ſuerte de gente, los ricos, los pobres, los ſanos, los cojos, y los tullidos, hombres, mugeres, y niños, y no vieron en los navíos las comunes, y ordinarias ſeñales de alegria, que otras veces. Envió el Patriarca á

ſa-

ſaber lo que trahian, y antes que le volvieſſen la reſpueſta, le digeron, que el adminiſtrador de los navíos, y los pilotos, y contramaeſttes ſe habian huido, y recogido á la Igleſia, temeroſos de que no fueſſen preſos, por haber perdído quanta hacienda tenian, ſin que ſe huvieſſen ſalvado, ſino el preciſo baſtimento para llegar haſta el puerto. Fue grande el ſentimiento de Alejandria, porque era eſta ſanta flota todo ſu ſocorro, y ſuſtento, pero el Santo, dando gracias á nueſtro Señor, con igual reſignacion, oyó tan grande trabajo.

4 Al inſtante eſcribió á los que ſe habian recogido á la Igleſia temiendo la cuenta, y averiguacion de eſte ſuceſo, el papel ſiguiente: Hermanos, Dios nos dió el ſocorro de los pobres, y Dios ſe lo ha quitado, hagaſe lo que Dios quiere. Salid, hijos, y vivid en paz, no temais coſa alguna por eſta deſdicha. Dios dará hoy lo que hemos de dár mañana. Salieron, y teconoció el Santo Patriarca, que el recelo, y no el deſcuido los puſo en eſte temor, y que el ſuceſo fue diſpoſicion divina. El dolor de la Ciudad de vér que faltaba á tantos pobres el ſuſtento, á tantas viudas el ſocorro, y á tantas doncellas el dote, á tantos vergonzantes la racion, y á tantos Hoſpitales la limoſna, aumentaba la pena que conſideraban en el Santo Patriarca, y aſsi refiere Leoncio, que acudió á ſu Palacio caſi toda Alejandria á conſolar al Santo, y á ofrecerſe á ſu ſervicio; pero quando creyeron hallar al Santo muy afligido, y turbado, lo hallaron ſolo quejandoſe de sí miſmo, y conſolando á los otros, porque refiere que decia:

5 No, hijos, no os deſconſoleis de la pérdida de tanta hacienda, que habia de veſtir, y ſuſtentar tantos pobres, y mendígos. Entriſteceos de las culpas del indigno Juan vueſtro Patriarca; porque ſin duda alguna ellas han echado á pique las limoſnas de la Igleſia. El viento de la vanidad que yo tenia al repartirlas, dió fuerza al que tuvo tan grande parte al perderlas. Aun de la felicidad eſpiritual hemos de andar recatados, y enmedio de lo bueno, ſuele mezclarſe lo malo: ſin duda alguna, ſecreta preſuncion, ó vanidad iba animando mis limoſnas, y quiſo Dios quitarme la materia para quitarme el pecado. Al que hizo vano la felicidad, humillará la miſeria, y me volverá la virtud, viendo que yo iba perdiendo dando. Aſsi como la riqueza enſoberbece, nos humilla la pobreza. Eſto ha permitido Dios en eſte caſo, para humillarme, y confundirme. Veis aqui, hijos, que tengo que llorar dos pecados. El

6 El uno de gran daño para mí, y el otro para mis progimos. El primero, la vanidad con que daba la limosna vacía de merito, y de virtud, y el otro el haber dado causa justa á que el Señor por esta culpa condenasse á los pobres con este suceso á tan estrecha necesidad. Y asi nadie lo llóre, ni lo sienta, sino quien tiene la culpa como yo. Pero hijos mios, el mismo Dios que á Job humilló, y restituyó á su fortuna antigua, despues de humillado, esse mismo socorrerá á mi afliccion, y mirará por sus pobres, no por mí, sino por ellos. Su Divina Magestad dijo por San Pablo, que no nos desampararia, (a) y que busquemos primero el Reyno de los Cielos, y que luego todo lo acrecentaria.(b) Tratemos de darle gracias por todo, y no descaezcamos en este punto; y en socorrer á sus pobres, y haremos por su gracia, y misericordia, dicha la infelicidad. Con esto se alentó, y animó á todos, y volvió el Verano siguiente á cargar los navíos de la Iglesia: fueron, y volvieron con tanta dicha, que trageron doblada ganancia, plata, ropa, generos, y bastimentos del que perdieron, y no solo pudo restaurarse el daño; pero se aumentó en los pobres el remedio.

CAPITULO XXXVII.

DE LOS SOCORROS QUE HIZO A LOS SANTOS Lugares de Jerusalén, en ocasion que los habian saqueado los Persas.



UNA de las Naciones mas belicosas del mundo ha sido en mi opinion la de los Persas; porque cada una de las demàs tuvo tiempos, y edades en que manifestaron su valor, y fortaleza; mas de la manera que los cuerpos humanos nacen, crecen, mueren, y los entierran, asi sucede en los cuerpos Politicos, y Monarquías, las quales tienen sus terminos limitados, y de mas, ó menos vida unas, que otras; y asi vencen, mandan, conquistan, señorean, y despues pierden la reputacion con los vicios, y de alli pasan á perder lo conquistado, y luego sirve la misma nacion que conquistó. Esto ha sucedido en todas; pero los Persas ha

(a) Hebr. 13. v. 5. (b) Matth. 6. v. 33.

muy cerca de tres mil años, que sin dejar de pelear, están mandando muy grande parte del Asia, y fatigando al Imperio Griego, hasta hacerlo algunas veces tributario, y otras acosando al Otomano, y sino es un breve tiempo, que fueron domados de Alejandro Magno, y de los Romanos, siempre han vivido dominantes, temidos, y poderosos.

2 En los tiempos del Emperador Eraclio, y dos, ó tres siglos antes tuvieron tan afligido el Imperio Griego, y Legiones Romanas, que apenas se atrevian á ponerseles delante. Gobernaba á los Persas Sapór Rey Barbaro, y fiero. Este hizo diversas correrias, y entre otras Provincias del Imperio, por Palestina llegó con su gente, por medio de Rasmicio, su Capitan General, á los Santos Lugares, en tiempo que era Zacarias Patriarca de Jerusalén, y San Juan de Alejandria.

3 Saqueó este Barbaro aquella santa Ciudad, profanó los Templos, infamó la Idolatria, y crueldad, la Christiana Religion, llevó, no solo las riquezas temporales, sino las espirituales, y entre ellas el tesoro de la Cruz en que padeciò el Hijo Eterno de Dios Jesu-Christo Señor nuestro. Solo en una cosa fue tolerable su impiedad, y es que siendo Idolatra, la recibió, y mandó llevar, y conservar con reverencia, y honor. Juntamente con esto derribó, y deshizo, y quemó todos los Templos, y Monasterios, y degolló Clerigos, y Monges, y de toda suerte de estados, procurando que se apartassen de la Religion Christiana, y que adorassen al Sol.

4 Lloró toda la Christiandad este trabajo, lloraron con ellos los caminos de Sión, de verse conculcados, y pisados de blasfemos, y sacrilegos, los que poco antes estaban venerados de devotos, y de santos. Saqueada Jerusalén, se volvieron los Persas, llevando cautivo al Patriarca Zacarias, y á la nobleza secular, y Eclesiastica, y esto para mayores trabajos. Llevaron tambien infinitos Christianos, y aquellos á quien no podian llevar consigo por el gran numero, vendian por esclavos á los Judios, mas cruél, y odiosa servidumbre que la de los mismos Persas. Porque en odio de la Religion Christiana, mataron inumerables cautivos, tanto que afirman Autores graves, que murieron á los filos del cuchillo, y rabia Judayca, noventa mil Christianos. Fue uno de los mayores trabajos que padeció la Christiandad, y mas sentido, y llorado entre los de aquellos tiempos, y el que como otro

Jeremias justamente lamentó esta pérdida, fue el Santo Monge Antioco, ilustre en letras, y perfeccion, varon sabio, y erudíto, que hizo otras lamentaciones públicas, que se leen en la Biblioteca de los Padres.

5 Asi como se llevaron á Zacarias Patriarca los Persas, y dejaron asolada la Ciudad, se eligió por Patriarca, ó Coadjutor del ausente á Modesto, varon santo, y pio, para que en quanto fuesse posible reparasse tan gran pérdida. El Santo Patriarca de Alejandria Juan (sujeto de esta relacion) sintió con increible dolor estas pérdidas, y daños, lloró publicamente este dolor, y en procesiones, sermones, y platicas explicaba tan debido sentimiento, persuadiendo, instando, y solicitando á todos á que llorassen con él, y que socorriessen largamente á los Lugares Santos como en los que se obró, y perficionó nuestra redencion.

6 Despachó luego á Jerusalén á Crisipo con un socorro de ropa, bastimento, plata, y oro, y otras cosas necesarias al intento, y para que le informasse del estado en que se hallaba aquella Santa Ciudad, porque pudiesse acudir con mas fuerza á su socorro. Halló Crisipo la Ciudad Santa, y su tierra en muy lastimoso estado, caídos los Templos, quemados, y deshechos todos los edificios sagrados, las Parroquias, los Conventos, las Iglesias asoladas y arruinadas. Avisaronle de esto, y juntando el Santo otro grande socorro, escribió á Modesto, Patriarca de Jerusalén, la carta siguiente:

7 Perdonadme, verdadero siervo de nuestro Señor, pues no envió cosa alguna digna de los Lugares Sagrados. Quisiera (creedme Señor) si pudiera ir yo á assistiros, y á reparar por mis manos essos Santos Templos. Lo poco que yo os envio, suplíco á vuestra virtud no lo impute á mi fervor, sino á la Piedad divina, que lo dá. Pero pedid, por vuestra virtud, á Christo nuestro Señor, que me escriba en el libro de la vida. Envió entonces mil monedas grandes de oro, que hacian cerca de medio millon, mil cargas de harina, mil cargas de legumbre, ó menestra, mil cargas de hierro, mil cargas de pescado, mil botijas de vino, mil oficiales Egipcios albañiles, carpinteros, y de otros oficios. Ordenó á Teodoro, Obispo de Amatuntis, y á Atanasio, Prefecto del gran Monte de San Antonio, y á Gregorio, Obispo de los Rinocoluros, que fuessen con una inmensa cantidad de oro que les dió para esto, á rescatar los cautivos, que fueron inumerables.

De

De esta suerte, sino escusó el Santo, reparó por lo menos la calamidad, y miseria mayor de aquellos tiempos, y con ello Modesto, Patriarca, ó Prefecto de Jerusalén, como otro Zorobabél, pudo reedificar quatro principales Templos, que fueron la Casa del Monte Calvario, la de la Resureccion, la de la Santa Cruz, á quien llama San Antioco, la Madre de las Iglesias, y la de la Ascension del Señor.

8 Venian de los cautivos rescatados, y de los heridos, y vencidos, y fugitivos en gran numero á Alejandria con la fama de la caridad del Santo. Mandó luego, que todos fuessen recibidos con misericordia, formó edictos, nombró personas pias que los recibiessen, hospitales donde fuessen curados, y sustentados; á unos vestia, socorria á otros, y los consolaba á todos, sin cesar un punto, ni alzar la mano de favorecer, y amparar á aquellos pobres. Entre tantas familias vencidas, y fugitivas, venian algunas nobles, á las quales el Santo Patriarca con mayor afecto favorecia; y en algunos de ellos, vieron sus limosneros joyas, y vestidos ricos, que habian escapado de aquella desdicha. Pedian estos pobres principales á los limosneros los socorriessen, y se escusaban, diciendo, que vendiessen lo que tenian.

9 Los nobles que vieron, que lo que habian librado de enemigos, habian ahora de vender entre los amigos, acudieron al Santo con su trabajo, el qual disgustado con los limosneros, los llamó, y les dió una recia reprehension, ponderando, como para la nobleza es miseria, deshonor, y muerte el deslucimiento, y que andaban en esto tan crueles como los Persas; pues á estos afligidos dejaban de socorrer, y con esso los obligaban á vender, y despojarse por su propia mano de quantos bienes trahian, y assi les dijo:

10 Si quereis ser limosneros del humilde Juan, ó por mejor decir de Dios, cuya es la limosna que reparto, no consulteis la prudencia humana, sino la caridad divina, donde dice: ***Omni petenti te, da***: (c) Dale á aquel que te pidiere. No dice, dale al pobre, dale al plebeyo, sino á aquel que te pidiere, sea pobre, sea noble, esté rico, ó socorrido: si pide le dá, que si pide no está rico; pero si sois tan curiosos limosneros, que medís la agena necesidad, y no la obligacion propia, advertid, que Dios no nece-

(c) Luc. 6. v. 30.

sita de curiosos limosneros, sino de largos, y liberales. Si lo que yo doy fuera mio, y conmigo huviera nacido, y yo lo huviera criado, podia ponerle limitacion en el dár, y regla á lo que crié: pero si el mismo que lo crió, manda que demos lo que nos dá á aquel que nos lo pidiere, ¿quién os mete en averiguar, si el noble que os pide limosna tiene con qué sustentarse? Por ventura, la nobleza sabe pisar la verguenza, ni pedir, sino quando es crueldad el negar? Y si nace vuestra cortedad, de que os parece, que ha de faltar para todos, apartaos de mí, y dejadme, que me acortais el ánimo, y con esso se acorta la Piedad divina que me socorre aumentando mi caudal al paso que yo socorro á los pobres. Puedo asseguraros, que si todo el mundo de pobres pará ra en Alejandria, para todo estoy cierto que nos diera su Bondad. Con esto los envió corregidos, reprehendidos, y enmendados, y el Santo siguió con la misma fuerza su vocacion.

CAPITULO XXXVIII.

DE LO QUE SUCEDIO CON DOS CLERIGOS de Alejandria, y los santos efectos del Culto Divino, en orden al socorro de sus Ministros.



EL cuidado que tenia el Santo de premiar los limosneros, y á aquellos que procedian Christianamente, se ha tocado arriba en algunas ocasiones, porque conocia este admirable Varon lo que se alienta con el premio la virtud. Este mismo cuidado se explica bien en el siguiente suceso. Habia dos Clerigos en Alejandria, aunque ninguno de ellos era Sacerdote, los quales eran pobres, y vivian de sus manos, como San Pablo, y otros Santos, y esto se usó mucho en la Iglesia Primitiva. Cada uno de los Clerigos tenia grande familia, y la sustentaba con su dolor. Eran vecinos uno de otro, y assi se comunicaban. El uno era muy puntual en acudir á la Iglesia á los Oficios Divinos, madrugaba, y assistia gran parte del dia en ellos, y aunque no era aventajado oficial, era observantissimo Clerigo. El otro era excelente oficial, muy assistente á su oficio, pero muy remiso, y tardo en assistir á la Iglesia. Pasaron tres, ó quatro años, y reparó el buen oficial, y perezoso Clerigo, que su vecino buen Clerigo, y no tan

buen

buen oficial, abundaba en caudal, y no teniendo, ni tan grande habilidad, ni igual diligencia, sustentaba á sus padres, y familia muy holgadamente, y que él apenas tenia, con toda su diligencia, y cuidado, con que poder sustentarlos. Con esto estuvo atento á su vida, averiguó si por otra perte se le aumentaba el caudal, y halló, que todo le venía solamente de su oficio.

2 Admirado de vér su felicidad, y mas con el estimulo que suele causar la vecindad, y la envidia, resolvió un dia de hablarle, y le dijo: Estoy amigo con grande cuidado de vér quan descaecido, y pobre me hállo, y asimismo mi familia, y por el contrario, quan socorrido os veo, y que con menos diligencia, y trabajo para adquirir, y grangear el sustento, estais mas rico que yo, y ási os ruego, que me digais qué haceis para pasarlo tan comodamente, pues no es de creer que el decirmelo, pueda minorar vuestro socorro, quando el advertirme de ello, podrá aumentar el mio. El honesto Clerigo, que oyó esto, le pareció que era buena ocasion esta para enmendar su vecino, negligente en acudir á la Iglesia, y con grande disimulacion le dijo que él lo diria por la amistad que tenia, pero que le habia de ofrecer de callarlo, porque en el secreto consistia que se lograsse el remedio; juró el otro de callarlo, y entonces el Clerigo dijo así:

3 Yo, amigo, trabajo en casa de dia, como habeis visto, de noche acudo puntualmente á los Maytines, y despues á la Misa, y á las horas. Dios, que premia los deseos, y no permite que el que le sirve quede defraudado de su sustento, y hacienda, usa conmigo tan grande misericordia, que al ir á la Iglesia, ó al volver, me hállo en el suelo, oro, plata, ó alguna joya de tal calidad, y cantidad, que basta, y sobra para socorrer largamente mi persona, y mi familia, con menos trabajo, que el que teneis, y así hace en mi la dicha lo que en vos la diligencia, y mucho mas holgada, y cumplidamente. El Clerigo que oyó esto con admiracion, estimulado de la codicia, y de la necesidad, le dijo: ¿Que si le parecia, que haciendo él lo mismo, le sucederia la misma dicha? A que respondió su amigo: Dios no es aceptador de personas, y como igualmente le sirvais, igualmente os hará tan gran favor. Con esto dijo el Clerigo perezoso: Pues vamos siempre juntos á la Iglesia, y á qualquiera hora del dia, y de la noche que vais, me avisareis, y llevareis con vos, que quiero probar en estos dos años, si el mudar de vida, me hace mudar de fortuna.

Ma-

4 Madrugaba el Clerigo diligente á los Oficios Divinos, y á qualquiera hora despertaba á su vecino, y lo llevaba consigo, y de dia hacia lo mismo. El Clerigo convidado iba continuamente mirando al suelo, y en cada paso le parecia, que habia de hallar un tesoro, y tal vez, viendo que no parecia, le dijo: Compañero, yá ha cerca de un año, que prosigo, y que madrugo, y que os acompáño, y no veo, ni hállo cosa alguna. El otro le decia, que aguardasse los dos años, y que perseverasse, que podia ser que Dios quisiesse probar su fé, hasta el ultimo dia. De esta manera pasó los dos años, trabajando menos como oficial, y rezando, y cumpliendo con su obligacion, como buen Clerigo. Al cabo de los dos años, le dijo al devoto el perezoso: Compañero yá os he seguido estos dos años, y paso el ultimo dia, y no he hallado tesoro, ni vos tampoco. No parece que ha salido muy cierta la prueba, y la devocion. A que le respondió el Clerigo: Amigo ahora falta que hagais la cuenta de lo que ganabais con todo vuestro trabajo, quando no ibais á la Iglesia, y lo que assistiendo puntualmente habeis ganado este año. Hizo la cuenta, y halló, que con menos trabajo, y mas devocion habia hecho doblado caudal, y hacienda, y que sustentada su familia, le sobraba mucho dinero para otros dos años. Entonces el Clerigo devoto, le dijo: ¿Veis como es cierto que quien cuida de servir á Dios, no se descuida su Divina Magestad de socorrerlo? Qué mas tiene hallar la plata, y el oro en el camino al ir, y venir á Misa, que darmela Dios en casa? o haciendo que compre mas barato el bastimento, ó que venda mas caro el fruto de mi trabajo, ó escusando enfermedades, y gastos, ó grangeandome otras utilidades, y provechos? La providencia, y sabiduría tiene tantos modos de enriquecer, sin que lo entendamos, que es superflua curiosidad averiguar sus caminos, solo es debida obligacion reconocerlos. Admirado el Clerigo le agradeció el consejo, y prosiguió en ser mas devoto, y con lo mismo mas rico. Supo el Santo Patriarca el caso, llamó al Clerigo devoto, y le alabó mucho la discrecion con que enmendó, y curó á su vecino, y en premio de esto le hizo Sacerdote, cosa que él sumamente deseaba.

CA-

CAPITULO XXXIX.

QUE EL EMPERADOR ERACLIO ENVIO A LLAMAR á Nicetas, y que llevó consigo al Santo Patriarca, y Dios en el viage le avisó de su muerte.



Olvió de alli á algunos años Sapór, Rey Barbaro de los Persas á fatigar el Imperio, y corrió toda la Palestina, atravesó Siria, Mesopotamia, y Egipto, y viose en grande riesgo el Imperio. Eraclio, viendo las victorias del enemigo, resolvió salir por su persona á la defensa de su Corona, y para esso envió á llamar á Nicetas, y es muy verisimil, que con las noticias de las virtudes del Santo le pidiesse, lo llevasse consigo á Constantinopla. Persuadióle Nicetas al Santo, que assi lo hiciesse; y aunque á él se le ofrecian muchas razones para lo contrario, como eran el no dejar sus ovejas, y la ausencia de su Iglesia, á quien el Santo tan tiernamente queria; debieron de ser tales las que ponderó Nicetas, que vencieron á las suyas, y assi se rindió á la voluntad del Cesar. Antes de partir dispuso de las cosas de su Iglesia. Dejó los mas limpios, y rectos Oficiales, y Ministros para su jurisdiccion, los mas largos, y caritativos para la limosna, y rentas, y convocó á sus subditos por congregaciones, y con gran ternura, se fue despidiendo de ellos, y pidiendoles, que obrassen con gran constancia en la fé, y con fervor en la caridad, que tuviessen paciencia, y esperanza en los trabajos, fortaleza en las persecuciones, presencia de Dios en todo, que obedeciessen los Ministros de la Iglesia, y del Cesar, y guardassen unas, y otras leyes, y mandamientos, pues en esto consistia, no solo la felicidad politica, sino la espiritual, y eterna. Que entendiessen, que esta vida no es patria, sino destierro, campo, y camino para llegar á la Patria. Que no tuviessen por peor el padecer, que el gozar, antes el gozar tuviessen por vispera cierta del padecer; y al rebés, el padecer, por anuncios muy seguros del gozar: que á corta vida, yá muy moderadas penas, se sigue eterna Corona, sin que sean dignos los trabajos de este mundo á la inmensidad de gloria que se nos aguarda en la Patria Celestial. Con estas, y otras razones, fue el Santo previniendo el ánimo de sus subditos á los tra-

trabajos de la guerra, y de la ausencia, y acompañado de los deseos, lagrimas, y suspiros de los pobres hasta el puerto, se embarcó en él con Nicetas.

2 Navegaban entrambos con grande contentamiento á Constantinopla, y resolvieron hacer escala en Chipre, antes de entrar en la Imperial Ciudad. Estando una noche recogido el Santo Patriarca en oracion, se le apareció un Angel, y le dijo, *Juan?* Respondió el Santo: *Señor aqui estoy*. Replicó el Angel: *El Emperador, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores te llama.* Y él respondió: *Vamos, Señor.* Dió luego gracias á Dios, entendiendo que lo llamaba por la muerte á eterna vida, y de alli, levantandose, fue á Nicetas, y le dijo: Vos, Señor, me llevais, porque me llama el Emperador de la tierra, otra cosa quiere, y manda el Emperador del Cielo, el qual me llama, y manda, que parezca en su divina presencia, y asi habeis de perdonar, que me he de quedar en Chipre á morir. Nicetas admirado, le preguntó la ocasion, y el Santo claramente se la dijo. Deseó Nicetas inclinar al Santo á que prosiguiesse su viage á Constantinopla, el qual respondió, que él conocia que estaba cerca el fin de su vida, y que asi no era bien pasar de Chipre. De alli á dos dias llegaron al puerto, y en él, con gran dolor, y pena de Nicetas, y del Santo, se despidieron entrambos, no como otros para breve ausencia, sino para la ultima, y mayor. Dijo excelentes consejos el Santo á Nicetas, asi en orden á su persona, como á su oficio, y dignidad. Recibiólos este esclarecido Principe, como de su Padre espiritual, y despues de haber largamente conferido sobre todo, se dividieron con igual pena, y dolor.



CA-

CAPITULO XXXX.

DE LA MUERTE DEL SANTO, Y DE SU TESTAMENTO, y consejos que dió á sus criados, y de su entierro, y milagros en él.



UE recibido en Chipre el Santo Patriarca con tanta mayor alegria, quanto no sabian que viniesse á morir, sino á vivir, y descansar algunos dias en aquella Isla. Acudieron todos á vér, y admirar aquel excelso Varon, prodigio de santidad, honra de Chipre, amparo de Egipto, coluna clarissima de la Iglesia. El Santo se consoló de vér los lugares primeros de sus virtudes, y donde Dios comenzó á hacerle en pequeña edad las misericordias que despues fueron creciendo con la Dignidad, y puestos, hasta llegar á tan inmensa grandeza. Venian á visitarle todos, unos á gozar de la divina palabra en su santa, y suave conservacion, otros á pedir á su prudencia el consejo en sus dudas, otros el socorro en su admirable caridad, á todos oía, á todos consolaba, y á todos con larga mano ayudaba. Assi comenzó en Chipre á amanecerles la luz de una buena dicha; pero presto vieron el Ocaso, porque á pocos dias como llegaron, le dió una enfermedad acelerada, y mortal; sintió luego, y conoció en ella el Santo su muerte. Llamó á su Secretario, advirtiendo algunas cosas que convenian á la Iglesia Alejandrina, convocando su familia, y dandole muy saludables consejos. Recibido el inefable Sacramento del Altar, y despues el de la Extrema-Uncion; y estando en su entero discurso, dijo al Secretario, que escribiesse su testamento, y el Santo lo fue dictando, y dice assi:

2 Juan esclavo, pero por la gracia que se me concedió del Sacerdocio, yá libre. Gracia te hago, ó gran Dios mio, porque oíste á mis deseos, que pidieron siempre á tu grande Bondad, que no se hallasse en mi poder, sino un tunicél, y ahora averiguando quanto tengo, solo me hállo con esta moneda. Bien sabes, Señor, que hallé en el tesoro de la Iglesia Alejandrina quando entré á servirla ochenta mil escudos de oro, y que creció esto con las limosnas, y ofrendas de los Fieles, y tu gran Piedad, á una suma

tan grande que no es posible contarla. Conociendo pues que toda esta hacienda era de Dios, la repartí entre sus pobres, y en ellos se la volví, y asi estos cinco reales y un quartillo reconozco que no son mios, sino de Dios, y mándo se dén á sus pobres.

3 Este fue su testamento, doctrina, y erudicion de Prelados, en que se enseña, quan desasidos es bien que se hallen al vivir, para salir de la vida con este desasimiento, y perfeccion al morir. Fueron con esto recibiendo todos los criados la bendicion del Santo Patriarca, y á cada uno iba dando muy saludables consejos. A uno de ellos, que se llamó Zacarias, Varon ilustre, que le habia servido con grande asistencia, preguntando, ¿si le dejaba algo encargado? le respondió: Seas misericordioso, y tendrás á Dios en la vida, y en la muerte. Oyólo este Santo Eclesiastico con tan grande afecto, y selló de suerte estas palabras en su corazon, que habiendo sido despues Prelado, afirma Leoncio, que le vió (muerto yá el Santo) dár de limosna el pectoral, y era tanto lo que Dios multiplicaba sus bienes, y lo que él los despendia, y restituía á los pobres, que le oían que decia á Dios: Asi, Señor, porfiemos, Vos á dár, y yo á gastar, y veremos quien se cansa. Y quando faltaba que dár á los pobres, se concertaba con algun oficial, y le servia al sueldo un mes, ó dos, y lo que sobraba de sustento, lo repartia á los pobres. Con esto, y semejantes consejos repartia el Santo á sus criados (como otros Obispos las alhajas) las virtudes, dejando ricos de bienes espirituales á los que no quisieron hacerse pobres de virtudes, por ser ricos con los bienes temporales; y con estas devotas acciones, palabras, y pensamientos, todo entregado su corazon á su Criador, le dió el alma por los años de seiscientos y veinte del Señor, poco menos de setenta de su edad.

4 Asi como murió el Santo, se conmovió, y lloró la Isla de Chipre de vér tan breve fin á sus dichas. Concurrieron todo estado de gentes á su Palacio á venerarlo, y reverenciarlo: hallaron yá el cuerpo compuesto con sus sagradas vestiduras. Era tan grande el concurso, el dolor, y lagrimas de los pobres, como si estuviera en Alejandria, campo de sus heroycas virtudes. Acudió á su entierro todo lo Eclesiastico, y secular de la Isla, los Obispos, los públicos Magistrados, los Pueblos, hombres, mugeres, y niños. Dispusose el entierro con toda solemnidad en la Iglesia de San

San Ticon, en el tumulo de los Obiſpos: llevaronle con decentes circunſtancias á tan grande Dignidad. Llegaron con el cuerpo á la Igleſia, y deſpues de haber celebrado la Miſa, con la aſiencia de todo el Reyno, Clero, y Ciudad, llevaron el cuerpo del Santo al tumulo de los Obiſpos, y abierto el ſepulcro, hallaron ſobre una loſa eſpacioſa de marmol, dos cuerpos de dos ſantos Obiſpos enteros, deſpues de doſcientos años que habian muerto, como ſi aquel miſmo dia los huvieſſen enterrado, veſtidos entrambos con ſus veſtiduras de Pontifical, tambien enteras.

5 Dudaron los Ecleſiaſticos donde pondrian el Santo Patriarca, ſi á la dieſtra, ó á la ſinieſtra de entrambos, quando á eſto reſpondió uno de los mayores milagros que ſe ha viſto; porque al inſtante que eſta duda ſe ofreció, ſe fueron ſepatando de sí entrambos cuerpos de los dos Santos, dejando enmedio de los dos, lugar baſtantemente capaz, para que puſieſſen al del Patriarca. Fueron grandes los alaridos, lagrimas, y admiraciones del Pueblo al milagro, viendo con tanta evidencia, y tan publicamente manifieſta la ſantidad del glorioſo Patriarca. Ocupóſe gran parte del dia en comprobar el milagro, y con gran dolor, y no menor devocion, y ternura, puſieron entre los dos Obiſpos aquel venerable cuerpo, y cerraron el ſepulcro.



CAPITULO XXXXI.

DE LA SUERTE QUE DIOS NUESTRO SEÑOR manifestó la gloria del Santo, con sus milagros, y el dolor de Alejandria por su muerte.



APenas acabó el Santo su perfectissima vida, quando el Señor comenzó á manifestar su gloria: porque el mismo dia que murió (que fue el del glorioso San Mena, Martir ilustre) un Santo, y célebre Monge, llamado Sabino, vió en espiritu la siguiente vision. Pareciale, que salia el Santo Patriarca Juan de su Palacio, acompañado de todo el Clero de Alejandria, con candelas encendidas en las manos, é iba á vér al Emperador, Rey de Reyes, y Señor de los Señores. Assi como salió de su Palacio, se llegó una hermosissima, y resplandeciente Virgen, que trahia en las manos una corona de oliva, y con grande gozo del Clero, y Pueblo se la puso en la cabeza, y al instante le dieron á entender al Santo Sabino, que habia muerto el Patriarca, diciendo: El salir de su Palacio á vér al Emperador con su Clero, es salir el alma del Alcazar de su cuerpo, Real Palacio de sus clarissimas virtudes, coronado de oliva. La doncella que lo coronaba, era la misericordia, que en su niñéz le dijo, que lo haria amigo del Rey de los Reyes, y Señor de los Señores; y assi dentro de muy pocos dias llegó nueva, de que aquel mismo en que á Sabino le sucedió, y contó la vision, á essa misma hora espiró el Santo.

2 Aquella misma noche en que á Sabino le sucedió esta vision, vió otro Santo varon en Alejandria, que el Santo Patriarca salió en procesion de su Palacio con todo el Pueblo, hombres, mugeres, y niños, huerfanos, pupilos, doncellas, viudas, con ramos de oliva, que acompañaron al Santo hasta la Iglesia, y alli se deshizo la vision. Y afirmó luego este Varon espiritual, que le habian dado á entender, que aquella misma noche murió el Santo Patriarca. Pero de todos los prodigios de su muerte, y milagros que hizo Dios por los meritos de su santa vida, que fueron inumerables, aunque se cuente el despedir su sepulcro celes-

lestial unguento, y suavissimo olor; con que se curan enfermedades, ninguno iguala al siguiente.

3 Assi como llegó el Santo á Chipre, y Amathunto, seis dias antes que muriesse, llegó á él una muger afligida, y le dijo, que deseaba confesarse, y consolarse con él. Vino en ello el Santo, y ella con grandes lagrimas le dijo, que habia cometido un grandissimo pecado, y tan detestable, que no se atrevia á decirlo, y que lo habia querido confesar con su Cura, y no se habia atrevido á pronunciarlo, porque no lo podian tolerar oídos Christianos. El Santo la alentó, y dijo, que aunque fuessen mayores pecados que aquellos que habian cometido los que estaban condenados, los perdonaria Dios, doliendose de ellos el pecador, y que assi digesse su pecado. Ella dijo que no se atrevia, y que la absolviesse sin decirlo, porque no tenian fuerza sus labios al pronunciarlo. Volvió otra vez el Santo á ensancharle el corazon, y decirla, que Dios vino á salvar pecadores, y que temiesse mas el callarlo, que el decirlo, que su Divina Magestad lo perdonaria; aque ella llorando afligida, respondió, que no se atrevia á decirlo. El Santo la dijo: Si se atreveria á poner aquel pecado por escrito en un papel, y darselo, y dejar que lo leyesse, que con esso volveria otro dia, y refiriendole el caso el Santo, oyendolo ella la podria absolver? Ella llorando decia, que no se atrevia. Replicó, ¿si se atreveria á escribirlo, y cerrado el papel, darselo al Santo Patriarca, para que hiciesse lo referido? Dijo, que como el Patriarca jurára, de que ninguno lo leeria, sino él, cerrado, y sellado le daria un papel, refiriendo su pecado, y ella volveria á verse con él. El Santo le dijo, que fuesse á escribirlo. Assi lo hizo, y volvió, y le entregó el papel cerrado, y sellado, protestando la muger al Santo, que cuidasse de aquel papel, que le iba su honra, y su vida en que no se perdiesse, y con esso se fue á una Ciudad vecina de donde era natural.

4 El dia siguiente le sobrevino la ultima enfermedad al Santo, y dentro de cinco dias murió, y le enterraron, como está dicho. Llegaron las nuevas de la muerte del Santo Patriarca adonde estaba aquella muger, y de que yá estaba enterrado, y acordandose de su papel, temiendo que con su enfermedad, y muerte se habria perdido, ó lo habrian abierto, y verian su pecado, partió á Amathunto, y con gran secreto preguntò por su

pa-

papel á los criados del Santo Patriarca. Todos digeron, que lo ignoraban. Ella afligida con la aprehension de su papel, y pecado, se fue al sepulcro del Patriarca, y con grandes lagrimas, y suspiros, le decia: Siervo de Dios, volvedme el papel en que escribí mi pecado. Los Santos, dice el Señor, que siempre viven. Justo sois, viviendo estais, oíd, y mirad mis lagrimas, y suspiros. No he de partirme de aqui, sino dais á mi corazon luz bastante de que Dios perdonó mi pecado, y que el papel no lo podrá descubrir. De esta suerte estuvo tres dias, y tres noches en el Templo porfiando, y á la ultima vió la muger que se abrió la losa del sepulcro del Santo, y salió el Patriarca de Pontifical, acompañado de los dos Obispos, que le recibieron en el sepulcro, y le dijo á la muger el Patriarca:

5 ¿Por qué, muger, inquietas á los que estámos en paz? Tus lagrimas han humedecido nuestras vestiduras Sacerdotales. Conoces este papel? Aqui está la absolucion, y el pecado. Ella, al principio turbada, despues yá con mas ánimo, tomó el papel, y los Santos se volvieron al sepulcro, y se cerró al punto la losa de marmol. Vió el papel la muger, y era el mismo que dió al Santo, leyólo, y decia al pie de la confesion: Por los meritos de Juan Obispo de Alejandria, se te perdonan, ó muger, tus pecados, vete en paz, no peques mas. Con esto fue ella muy consolada, y contenta, y de alli adelante manifestó sin verguenza su pecado, y con esto fue absuelta Sacramentalmente, la que con lagrimas, y suspiros, y meritos del Santo, llegó á alcanzar tan grande misericordia. Otras muchas maravillas hizo el Santo todo el tiempo que estuvo el venerable cuerpo en Chipre, de donde pasados algunos siglos, se trasladó á la Ciudad de Venecia, y alli resplandece con grande numero de milagros.

6 Esta es, Fieles, la vida de San Juan el Limosnero, Patriarca de Alejandria, dechado de Pontifices, y Prelados, Maestro de Obispos, y Limosneros, digno de que todos le tengan presente por sus heroycas virtudes, señaladamente la de la misericordia, en cuyos brazos nació, y creció de manera, que lo hizo Dios egemplar de santidad, y con igual tenor de vida, y de caridad, desde sus primeros años, hasta los ultimos, fue

un

un mar de fecundidades, y limosnas á roda suerre de genres, formandonos Dios este admirable egemplar á los Prelados, á los Principes, á los ricos, á los poderosos, y á rodos estados, y personas, para que le imitemos en esta santa virtud, la qual es anridoro del pecado, pues como dice el Espiritu Santo: De la manera que el agua apaga el fuego, asi la limosna los pecados.[a] Y en orra parre: La caridad encubre, esto es, deshace, y borra infinitas culpas,[b] virtud que es mas excelenre (como nos dice Dios en los Proverbios) que no el mismo Sacrificio.[c] Y Christo nuestro Señor en voces claras, lo dijo asi: *Euntes discite, quid est misericordiam volo, & non sacrificium.*[d] Mas obliga á Dios la piedad afectuosa, que el sacrificio vacío de caridad; y asi San Pablo llama á las limosnas: Muy uriles sacrificios. No os olvideis de hacer bien, y limosna (dice el Sanro) que estos sacrificios alegran sumamenre al Redenror de las almas.[e] Y en alabanza de esta virtud hay infiniros lugares en entrambos Testamentos, sobre que han escriro mucho los Santos; pero entre orras excelencias que riene, es la de ser tan confiada, y eficáz, que decia Tobias el Piadoso: Grande es la confianza con que entra la limosna á la cara, y presencia del Sumo Dios á pedir por aquellos que la dán.[f]

7 Y á este proposiro dice San Juan Crisostomo: Tan grande es en el Cielo la autoridad, y fuerza de la limosna, que con grande confianza, y mayor mano, que no las otras virrudes, inrroduce á sus devoros, porque á la misericordia la conocen los Porreros de aquellos Alcazares Celestiales, y los Gentiles-hombres de la Cámara de Dios,[g] esto es, los mas alros Querubines, y Serafines la respetan, y la abren las puertas de par en par, sin réplica alguna, y rodos la miran con grande veneracion; porque es la misericordia hija mayor del Señor. Esto es, la virrud que mas resplandece en su Divina Magestad: *Et miserationes ejus, super omnia opera ejus.*[h]

8 Esto lo manifiesta bien la cuenta que se nos ha de tomar, porque para que supiessemos los hombres el interrogatorio, por donde habiamos de ser residenciados, y visirados, lo re-

(a) Eccli. cap. 3. v. 33. juxta. D. Maxim. Homil. 1. de Eleemosyn. (b) Petri cap. 4. v. 8. (c) Prov. 21. v. 3. (d) Matth. 9. v. 13 (e) Heb. 13. v. 16. (f) Tob. 4. v. 12.
(g) *Tanta vis est eleemosynæ, cum multa fiducia suos introducit alumnos: est enim Cæli nota Janitoribus, Sponsalis thalami fores observantibus, quin & venerabilis, & quos sui cultores agnoverit, cum multa introducet libertate.* D. Chrisost. tom. 5. Hom. 36. col. 236. lit. C. edit. Paris. 1581. (h) Psalm. 144. v. 9.

refirió á la letra su Divina Mageſtad, viviendo en carne humana entre los hombres: eſtuve, dice, hambriento, y me diſteis comida: eſtuve ſediento, y me diſteis bebida: eſtuve deſnudo, y me veſtiſteis. Venid benditos de mi Padre, y entrad en eſte Reyno de los Cielos. (i) Y á los malos: Eſtuve hambriento, y no me diſteis comida: eſtuve ſediento, y no me diſteis bebida: eſtuve deſnudo, y no me veſtiſteis. Andad al Infierno al fuego eterno. Y preguntan unos, y otros: ¿Pues, Señor, quando eſtabais deſnudo, y no te veſtimos? Hambriento, y no te ſuſtentamos? Y les reſponde: Quando padecian mis pobres, padecia yo en ellos, y quanto á ellos les dabais, á mi me dabais; y quanto á ellos les negais, y mi me negais.

9 Sobre eſtas palabras, y lugar exclama deſde ſu alta Silla de San Pedro, San Leon, verdaderamente Magno en las obras, palabras, y conceptos, y dice: ¿Quién es tan cruél, que ſe atreva á negar lo que Dios ofrece premiar? Quién ſe atreve á dejar de ſocorrer al eſclavo, remunerandolo el Señor? (j) Quién ſe atreve á negar el bocado al pobre, ſi es precio de gloria eterna? El que dá lo temporal, y caduco, con eſſo miſmo ſe hace heredero de lo eterno, y celeſtial. ¡De qué origen, ó Dios eterno, nació el eſtimar en tanto tan moderados ſocorros, ſino por el peſo fiel de la caridad! Y porque amando el hombre á los pobres, á quien ama con tanta ternura Dios, juſtamente ſe paſa la Corona, y el Cetro, y el Reyno al que ſe pasó el afecto!

20 Y poco deſpues añade: Bienaventurados los miſericordioſos, porque de ellos tendrá Dios miſericordia, quando el Señor, y Criador del mundo venga en el Trono de ſu Mageſtad á juzgarnos, y congregados los malos, y los buenos, ſe dividan los unos de los otros. Decidme, ¿ſerán alabados los de la mano derecha, ſino de las obras de limoſna, y de piedad, que Jeſu-Chriſto Señor nueſtro admitirá, como hechas en ſu ſocorro, y ſervicio? Porque el Señor que honró la naturaleza con elevarla, y unirla á ſu Divina Perſona, quiere gozar como pobre de los ſocorros, y virtudes de aquella naturaleza, que honró, y recibe como propios los agenos, y que ſe hacen á ſus pobres.

21 ¿Y á los de la mano izquierda, qué les imputará, ſino la du-

(i) Matth. 25. num. 35. & 42.

(j) *Cui enim laborantium licet negare quod Chriſtus ſibi profitetur impendi. Juvatur Conſervus, & gratiam referres Dominus &c.* S. Leo Magn. Serm. 7. in ordin. ſeq 4. de Collect. & eleemoſ. colum. 13. lit. C. Pariſ. 1618.

dureza al ſocorrer, la crueldad al negar, la avaricia al ſuſtentar los pobres con tan grande ponderacion de la caridad, y de la avaricia, como ſino tuvieran otras virtudes los buenos, ni otros pecados los malos? Porque al egercicio de la caridad, y miſericordia, acompañan todas las demás virtudes; y á la avaricia, codicia, y crueldad con los pobres, acompañan todos los demás pecados. Ponderandoſe en tanto en aquel ſupremo juicio la virtud del dár á los pobres, y el vicio de negarles el ſocorro, como ſi fuera ſolo por una virtud el ſalvarſe, y como ſi fuera ſolo por un vicio el condenarſe. Y aſsi el que ſe halláre entonces vacío de miſericordia, ſe hallará vacío de premio eterno, y con razon, pues dice el Sabio: El que no oyere al pobre quando pide, tampoco Dios le oirá quando pidiere. (k) Y aſsi, Fieles, oygamos, para que nos dén, y yá que en eſta vida no veamos al Señor en figura humana, como lo vieron los que en ſu ſanta vida lo ſervian, ſuſtentaban, ſocorrian, ſirvamoslo, y ſocorramoslo en ſus imagenes vivas, que ſon los pobres de Jeſu-Chriſto.

(k) Prov. 21. v. 13.

Fin de la Vida de San Juan el Limoſnero, Patriarca de Alejandria.



VIDA
DE LA SERENISSIMA
SEÑORA INFANTA
SOROR MARGARITA
DE LA CRUZ,
RELIGIOSA DESCALZA DE SANTA CLARA.

ESCRITA

POR EL ILUSTRISSIMO, EXCELENTISSIMO, y Venerable Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, de los Consejos de Indias, y Aragòn, Obispo de la Puebla de los Angeles, y de Osma, &c.

IMPRESA

LA PRIMERA VEZ EN NOMBRE del Reverendissimo Padre Maestro Fray Juan de la Palma, Difinidor General de la Orden del glorioso Patriarca San Francisco.

ADVERTENCIA DEL R. P. Fr. JOSEPH PALAFOX.

ESTE Libro de la Vida de la Señora Infanta Soror Margarita de la Cruz, Religiosa Descalza de Santa Clara, que salió en nombre del Reverendissimo Padre Maestro Fray Juan de la Palma, Difinidor General de la Sagrada, y Serafica Religion del Gran Padre San Francisco, consta que le escribió el Señor Don Juan de Palafox y Mendoza, (que descansa en el Señor) habiendole dado materiales, y noticias el Reverendissimo Padre Maestro Fray Juan de la Palma, como quien mas individuales las tenia, por hallarse Confesor de la Señora Infanta, al tiempo de su santa muerte, y haberlo sido algunos años antes de su Alteza. Talento, letras, y juicio tenia este gravissimo Padre para mayores empleos; pero fue voluntad, y expreso orden del Rey nuestro Señor (Dios le guarde) que el señor Don Juan de Palafox y Mendoza, Oidor que era entonces del Consejo de Indias, ordenasse, y escribiesse la admirable Vida de su santa Tia. Obedeció, y suplicó á su Magestad permitiesse, que saliesse el libro en nombre del Padre Maestro Palma, como salió. No le aprovechó el rebozo para dejar de conocer todos el Libro, parto de aquel siempre grande, y fecundissimo Ingenio; todos le aclamaron hijo del Señor Don Juan de Palafox. No fue mucho esto en España, donde tan conocidas, y aplaudidas eran sus Obras; lo mas fue, que luego que este Libro llegó á la sagrada Curia Romana, algunos de los Eminentissimos Señores Cardenales leyendole, digeron: Este Libro, sin duda es de Don Juan de Palafox, honrandole con superiores Elogios, delante del Ilustrissimo, y Reverendissimo señor Don Francisco de Rojas y Borja, á la sazon Auditor de Rota, despues Arzobispo de Tarragona, y hoy dignissimo Obispo de Avila, que me lo refirió, viendome dudoso, y con poca gana de meter este Libro entre las Obras del señor D. Juan de Palafox, que voy imprimiendo. No procedia mi duda de no saber con evidencia que le escribió; porque yo trasladé, y puse en limpio algunos quadernos, que el señor Obis-

po me iba dando, como los iba acabando, y otros al Reverendiſsimo P. M. F. Antonio Aguſtin, Monge del Gran Doctor S. Geronimo, y hoy Predicador de S. M. Lo que me hacia dudar, y retardaba mi reſolucion, era ignorar, que fueſſe tan ſabido, como lo es, que el ſeñor Obiſpo eſcribiò eſte Libro; porque impreſo en nombre ageno, era neceſario que fueſſe notorio el verdadero Autor. Graviſsimas perſonas, me aſſeguraban de que podia ſin recelo deponer mi duda, y ultimamente me determinò la inſtancia de ſujetos de mucha ſupoſicion, que me han inſtado, y obligado à que imprima eſte libro en eſte 4. tomo(en eſta edicion nono)*de las Obras del Sr. Obiſpo D. Juan de Palafox, y Mendoza: y hago eſta advertencia al principio, para los que no eſtán muy en ſaber que lo eſcribiò ſu Iluſtriſsima; porque no crea, ni pienſe nadie que viſto ſus Libros de ſudores agenos, ni le defraudo al Reverendiſsimo P. M. Fr. Juan de la Palma del credito, que habrà adquirido con eſte Libro, en concepto de los que le han leìdo como ſuyo. Y ſi ſu Reverendiſsima viviera, sè yo de ſu mucha virtud, que fuera quien mas me inſtàra; porque como el fin del Autor, y del P. M. ſiempre fue la mayor gloria de Dios, que ſe deſcubre en la vida admirable de eſta eſclarecida Princeſa; como eſte ſe lògre repitiendo la impreſion de eſte Libro, ſe daria por muy ſatisfecho, de que ſepan todos quien fue el Autor de eſta ſanta Hiſtoria, y por tantos titulos admirable.*

F. Joſeph de Palafox.

PROTESTA.

QUanto en eſte Libro ſe digere, aſsi en orden á las ſantas coſtumbres, y virtudes de ſu Alteza, como en la doctrina, y en todo lo demás que en él ſe propone, ſe ſujeta á la correccion de la ſanta Igleſia Romana, Madre de toda verdad, y pureza, y á quien ſolamente pertenece el acreditar, aprobar, y declarar la ſantidad de las almas, que por eſte deſtierro caminan á la eterna Patria. Con eſta advertencia ſe entienda quanto aqui vá eſcrito, que en ſuma es aquello que moralmente con nueſtro falible juicio hemos podido llegar á entender. Remitiendolo á la diſpoſicion, y alvedrio de la ſanta Sede; que quando convenga dará en todo la mas perfecta, y cierta aprobacion.

APRO-

APROBACION DE LOS MUY REVERENDOS PADRES Maestros Fr. Pedro de Tapia, Catedratico de Prima, y Fr. Juan de SantoToma, Catedratico de Visperas de Teologia de la Universidad de Alcalá, de la Orden de nuestro Padre Santo Domingo.

ESTE Libro de la Vida de la Serenissima Infanta Doña Margarita de Austria, yà Reyna coronada en la eternidad (á lo que piadosamente se puede presumir) hemos pasado con grande atencion, no solo por el gusto de leer tan heroyca vida; sino mucho mas por el aprovechamiento de espiritu, que con tan raro egemplar de vitudes se conoce. Verdaderamente creemos, que en los grandes meritos de tan esclarecida Señora ha cabido el alcanzar de Dios, que salga à luz este Libro, para beneficio comun de la Iglesia, para rendimiento de muchas almas al servicio de nuestro Señor, para levantar á subida perfeccion muchos espiritus, y finalmente, para hacer tratable, y domestica la virtud entre lo grande de la tierra, que, ó la desdeña por su humildad, ò la estraña por su aspereza. Comunmente premia Dios á sus Santos, en que continuen desde el Cielo aquellos ministerios en que mas resplandecieron en la tierra, como de Abrahan advirtiò bien San Pedro Crisologo, serm. 121. que recibia en su seno à las almas, por egercitar aun allà el oficio de recoger peregrinos: *In ipsa cœlesti beatitudine fungitur dispensatoris officio: : : Et parum se beatum credidit, si in ipsa superna gloria ab hospitalitatis pio cessaret officio.* El ánimo de la Serenissima Infanta en esta vida fue ansiosissimo en la gloria de Dios, y de traher, y aficionar las almas à la virtud. Esto parece que quiere Dios, que despues de su muerte lo continúe su egemplarissima vida estampada en el papel, que lo debia estár en los corazones de todos. Solicitud suya con Dios, parece que ha sido el poner esto tan en el corazon de su Magestad (Dios le guarde) y à su intercesion, y meritos entendemos deberse, que se haya dispuesto este libro con tan admirable estilo, tan hermosa orden, tan gustosa variedad, y tan santa eloquencia, que en cada plana centelléa el espiritu, y fervor del alma para con Dios. Por lo qual nos parece, que será para mucha gloria de Dios, y bien universal de la Iglesia, que este libro salga en pùblico, y ande en las manos de todos; pues con tan claro Sol como este, en Alemania, donde por nacimiento temporal perteneció la Infanta, se desterràran mucho las tinieblas de la heregia: y en España donde pertenece por su muerte, y nacimiento en la gloria, se enflaquecerán con tan raro prodigio de virtudes, los vicios que tanto fomenta, y acumula la superflua multitud de libros de comedias, y entretenimientos. Gran gloria accidental crecerá à la Infanta en el Cielo, si por medio de su vida, despues de muerta, se limpiaren de tan malas sabandijas, los Reynos que tanto amò, é ilustró. Este es nuestro parecer. En el Colegio de Santo Tomàs de Alcalá 2. de Diciembre de

Fr. Pedro de Tapia

Fr. Juan de Santo Toma.

APRO-

APROBACION DEL DOCTOR DON TOMAS TAMAYO DE *Vargas Coronista de su Mageſtad, de los Reynos de Caſtilla, y las Indias.*

EScribiendoſe las acciones de los virtuoſos, para honra de Dios, y egemplo de los hombres, ningunas pueden ſer mas eficaces para todo, que las de la ſeñora Infanta, por ſer en quien mas liberalmente luciò el Poder de Dios, que como la hizo ſingular en la grandeza mas conocida del mundo, quiſo que los meritos de ſu religioſiſsima vida la previnieſſen mas ſingulares premios en el Cielo; pues el luſtre de ſus virtudes fue tal, que llegò à deslumbrar el mas verdadero encarecimiento de ſus Coronas. Fue uno, y otro tan raro, que apenas podràn todos los ſiglos proponer egemplar de Mageſtad igual, en quien campeen tantas perfecciones. Manifeſtóla Dios al mundo para mueſtra de ſu providencia, para que todos los hombres hallen razones en la egemplar vida de eſta Sereniſsima ſeñora para imitar ſus virtudes; haciendoſe à los iguales facil el camino, que tan glorioſamente allanó en la Religion, quien en la grandeza apenas tuvo igual; ¿y à qual de los inferiores no ſe harà ſuave la aſpereza que ablandó con ſu egemplo tan gran ſeñora? Ninguna naciò mas alta, ninguna mas diſtante de la humildad que profesò. ¡Rara concordia en terminos mas repugnantes! Tanto puede el amor á lo eterno en los corazones verdaderamente dedicados à Dios, que pone con facilidad en olvido lo temporal, aunque ſea lo mas.

En todos tiempos ha ſido Dios maravilloſo en ſus Santos, y quanto lo ſea en eſte, dà buen teſtimonio la relacion de las extraordinarias perfecciones de la alma de eſta Sereniſsima Infanta, eſcrita con tanta prudencia, y concierto, que ſe puede juſtamente creer, que ha ſido particular eleccion del Cielo la de tan acertado Eſcritor para vida tan eſcogida. Pluma, ſin duda, digna de tanta empreſa, porque fuera de no faltarle alguno de los requiſitos de adorno propio de hiſtoria, al eſtilo es tan decente à la grandeza, como á la Religion del aſunto: perſuade, y enſeña con deleyte, ſazona, y entretiene con provecho. Pocos libros podràn igualmente ſer fructuoſos. En eſte podrà dilatar aun mas glorioſamente ſus glorias la Caſa de Auſtria, que tantas veces con glorioſa determinacion ha antepueſto el poder de ſus Imperios à la ſujecion de la Cruz: la Familia de San Franciſco aumentar el caſi inumerable numero de los que han trocado el precio de ſus Cetros, por la humildad de ſu inocentiſsima vida: los que pudimos admirar de cerca tantas virtudes, y gozar de tantos beneficios, eſtimar nueſtra dicha: los venideros envidiarla, y todos eſtimar la proteccion mas ſegura en el Cielo, de quien la experimentamos tan ſingularmente en la tierra. Eſto me parece. Salvo, &c. En Madrid à 26. de Marzo de 1636.

Don Tomás Tamayo de Vargas.

LI-



LIBRO PRIMERO.

NACIMIENTO, PROGENITORES, y hermanos de la Serenissima Infanta Soror Margarita de la Cruz.

CAPITULO PRIMERO.



Empresa grande aspiramos; en corto campo se ha de pasar gran carrera. La Vida de la Infanta MARGARITA, á breve volumen reducida; la que apenas cabe en los terminos del tiempo, ceñida en la estrecha clausura de esta Historia. Materia es, aunque mas blanda, y suave, no de menor admiracion, ni menos alta, que la que ha ocupado los Coronistas del siglo, en las hazañas de los progenitores de esta Real, y Religiosa Virgen: antes quanto mas contraria á la del mundo, mas rara: despreciar las Coronas, que con tanto cuidado se procuran; pisar la mayor honra de la vida, aspirando á mayor gloria; vencer el humano po-

poder con dejarlo; reducir los Alcazares Reales, á los terminos angostos de una celda, y la persona de mayores circunstancias de grandeza, á las pobres alhajas de un humilde sayal. Porque las victorias que sus Padres consiguieron en el mundo, las alcanzó la Infanta de sí misma; ellos pelearon contra sus enemigos, ella contra sí. Conquistaron estos invencibles Principes la esfera de la tierra con desiguales sucesos, y grande peligro: junta la venció la Infanta con santo desprecio, huyendo su vanidad; empresa de mas valor, de fama mas inmortal, y en menor pompa, de mayor riesgo, y ventura. Cincuenta años de victorias, conseguidas de la naturaleza con la gracia; batallas mudas, guerra en silencio de mayor fuerza, y poder, seguir la perfeccion en edad tan prolija, con igual perseverancia, y continuar el estrecho camino del espiritu, con tanta felicidad, hasta la ultima linea de la vida.

2 Veráse en el dichoso discurso de esta historia una santa, y Real doncella, con admiracion, y sin censura, dando egemplo de fortaleza á los fuertes, resplandeciendo por el orbe, encerrada esta antorcha clarissima, con los mas hermosos rayos de luz, que en muchas edades han venerado los siglos. Zelo ardentissimo de la Religion, en condicion suavissima; juntas la largueza en las limosnas, la pobreza en el uso; guardando clausura el fervor, y remediando las almas; la humildad, y la decencia, dandose las manos lo grande, y lo santo, sin embarazarse entre sí los aplausos de los Pontifices, las caricias de los Reyes, los servicios, y alabanzas de los subditos, reducidos á motivos de mayor perfeccion en quien los recibe, y de mayor gloria en quien los dá. Seguiré la llaneza del estilo, con la verdad de la sustancia, ajustandome en él á la profesion de su Alteza, y de su humilde instituto, mas que á la grandeza, magestad, y pompa con que podia ser celebrada. De la Infanta Margarita de la Cruz, elijo por sujeto de esta Obra la Margarita, y la Cruz, dejando á otras plumas de la mayor erudicion, que celebren la Infanta.

3 Fue hija del Emperador Maximiliano Segundo, y de la Emperatriz Doña Maria. Nació en la Ciudad de Viena, cabeza del Austria inferior, en el dia de la Conversion de San Pablo á veinte y cinco de Enero de 1567. Su Padre Maximiliano, hijo del Emperador Ferdinando, primer hermano de Carlos V. Su Madre Maria, hija del mismo Emperador Carlos, y de la Reyna

na Doña Isabél, hija del Rey Don Manuel de Portugal. Lograron cumplidamente la bendicion de Dios Maximiliano, y Maria; y refiriendo por el orden de su nacimiento los hijos que le dió, fue la primera la Archiduquesa Ana, Reyna felicissima de España, muger de Felipe Segundo, y madre del Tercero. Nació en Cigales, cerca de Valladolid, en el año 1549, gobernando estos Reynos sus padres, por ausencia de Pelipe Segundo: y en la misma Villa nació el Archiduque Ferdinando en el de 51. Cortó Dios esta flor en el primer año de su vida. El Archiduque Rodolfo sucedió á Maximiliano su padre: nació en Viena en el año de 52. crióse en la corte Catolica, con el egemplo del gran Felipe Segundo su tio, aprendiendo las virtudes en su juventud, que despues habia de egercitar en el Imperio. El Archiduque Arnesto nació en Viena en el de 53. crióse en España, y murió gobernando los Paises Bajos. La Archiduquesa Isabél nació en el año de 54. casó con Carlos IX. Rey de Francia. La Archiduquesa Maria nació en el de 55. y murió en el mismo. El Archiduque Matias nació en el de 57. Sucedió á Rodolfo su hermano en el Imperio, por haber muerto sin hijos. El Archiduque Maximiliano nació en el de 58. fue gran Maestre del Orden de los Teutonicos, y electo Rey de Polonia. El Archiduque Alberto en el año de 59, nació en Alemania, crióse en España: casó con la Infanta Doña Isabél, en cuya compañia gobernó los Paises Bajos con prudencia, valor, y religion singular. Venceslao nació en Nuestar, en el año de 61. murió en Madrid en el de 78. Federico el de 62. murió niño. La Archiduquesa Maria en el de 64. desde la cuna fue al Cielo. Y Carlos en el de 65. en menos dias consiguió igual corona. La Infanta Leonor en el de 68. fue á gozar en once años de edad, el premio de su pureza. Y antes de ella nació la Infanta Doña MARGARITA, venerable sujeto de esta Historia.

4 Concurrieron, pues, á su Alteza por Padre, y Madre las dos lineas de España, y Alemania, que con felicidad particular, divididas desde la renunciacion de Carlos V. en su hermano el Infante Don Fernando, comprehenden tantas Coronas, gobiernan tan dilatadas Provincias, y sujetan á Dios tan numerosas Naciones. No es mi instituto referir, ni en breve epilogo, de la esclarecida prosapia de la Infanta, por la linea paterna, los repetidos Imperios (desde el pio, y valeroso Emperador Rodolfo,

Conde de Aſpurg) en Alberto, Federico, Maximiliano Segundo, Rodolfo Segundo, Matias, y el Segundo Ferdinando; y haſta el dia de hoy en ventutoſas edades continuados. Ni de la linea de Eſpaña, por la parte materna del Emperador Carlos V. ſu Abuelo, y ſus aſcendientes por las Caſas de Caſtilla, Aragón, y Portugal, los triunfos, y proezas, la dilaracion de la Fé, haſta llegar con ella á los ultimos terminos del Orbe, paſando á no conocidas Regiones el nombre Chriſtiano, adquiriendo mas allá con las armas, que la erudicion habia alcanzado á ſaber con las letras. Eſta materia pide pluma de diferente inſtituto que de las Coronicas del mundo, recopíle los ſuceſos que la mano de Dios ha obrado, los Reynos, é Imperios que ha encomendado á ſu Caſa de Auſtria. Por diferente rumbo navegamos, y nos baſta en eſtos breves renglones, haber con el dedo, como en breve tabla, ſeñalado, que en la Infanta MARGARITA de eſtas dos lineas ſe juntó aſcendencia tan clara, que ſe recogió á eſte vaſo puriſsimo la mas alta ſangre de la tierra, para ſer ſacrificada al Rey del Cielo.

CAPITULO II.

BAUTISMO DE LA INFANTA, AMOR que en ſus tiernos años tuvo á Dios, y la Emperatriz á ſu Alteza.


Autizó á ſu Alteza el Obiſpo de Viena en la Igleſia del Convento de San Auguſtin de aquella Ciudad. Eſte templo es Capilla Real del Palacio del Ceſar; puſieronla por nombre MARGARITA, como la que habia de ſer Perla de la Religion Serafica. Eſte nombre la dejaron quando recibió el Sacramento de la Confirmacion, que ſe le adminiſtró el miſmo Obiſpo. Crióſe la Infanta Margarita debajo de la mano de la Emperatriz ſu madre, y debiale dos vidas, la una mortal, y corruptible, y la interior, y eſpiritual. Fue ſu Mageſtad Ceſarea egemplo raro de virtud á las Reynas, y ſeñoras del mundo, y en pocas edades viſto; y ſus admirables virtudes ſe referirán con las de ſu Alteza, á cuya ſombra ſe crió eſta generoſa planta.

2 Deſde que Dios dió á la Emperatriz, ſu Alteza, reconocie-

cieron en ſu Real corazon inclinacion grande que tenia á eſta criatura; porque con rener tantos hijos en quien dividirle, parece que todo lo ocupaba la Infanta. Miraba á aquella niña con amor ſingular, y como joya que habia recibido por particular favor de la mano del Altiſsimo. Tenia ſu alma grande alborozo de que Dios le huvieſſe dado ral hija, y amabala como á corona de ſu fecundidad, creyendo que los trabajos, y fatigas del ſanro matrimonio, ſe las habia compenſado con eſte ſuceſo. Senria oculta virtud, que la llevaba á ſu amor, y ſin hacerſe fuerza, con veneracion la amaba: que las gracias que Dios habia pueſto en ſu alma, llegaban á ſer privilegios del cuerpo. No es creible la diferencia con que amó á ſu Alteza, como á parte de ſu corazon, como á hija del alma, compañera en la vida, y alivio en la muerre. No podia vivir ſin Margarita, breve auſencia le parecia prolija. Refieren las perſonas que ſe hallaron aſsiſtiendo á la Emperatriz, que ſiempre preguntaba por Margarita auſente; ſiempre la miraba preſente, y que era tal eſte cuidado, y tan conocida eſta diferencia, que los demás hermanos (aunque ſin emulacion) la advertian.

3 Entre las virtudes que mas reſplandecieron en ſu Mageſtad, fue el ſumo deſvelo en la educacion de ſus hijos, materia la mas importante de la vida; y en eſto fue grande ſu acierto, premiado de Dios largamente, con haber ſalido varones perfectiſsimos, de raro valor, Principes heroycos los hijos, Reynas, y Señoras de admirable virtud, y ſantidad las hijas, como ſe irá tocando en eſte diſcurſo breve. Mas como el cuidado de las madres con las hijas es mas natural, el que tuvo la Emperatriz con la Infanta, realzado del impulſo interior que la gobernaba, fue exactiſsimo. No ſe hallaba ſin eſte cuidado, y ſiendo cuidado, la deſcanſaba; tanto puede el amor, que hace alivio la pena. Habianla eſcrito en el alma con pluma inviſible, que ſu hija Margarita nacia á grande ſuerte, y como ſobre ſer ſu hija, no podia caber otra mayor, que ſerlo de Dios, facilmente ſe dió á conocer, que en aquella niña queria manifeſtarſe la virtud divina, y alumbrar al mundo, y perſuadirle con ran heroyco egemplar. Eſto aun en los primeros años de la Infanra lo ſentia ſu Madre, manifeſtando aquellos ocultos rayos el alma, por las gracias naturales del cuerpo. Pero luego que la naturaleza ſe fue deſplegando, y creciendo ſu Alteza con la diſcrecion de las coſas,

ſas, comenzó á obrar la eleccion, y el alvedrio, ayudado de la gracia, á ſeguir ſantas inclinaciones, y el camino de la vida eterna. Fue reconociendo ſu Mageſtad como efectos las cauſas, y con ſumo contento juſtificaba ſu impulſo, dando gracias á Dios nueſtro Señor, de que tan temprano huvieſſe amanecido en ſu corazon eſta debida eſtimacion de ſu hija. El primer efecto que reconoció la Infanta en sí, fue amor grande á Dios, y una eſtimacion notable de lo que la tocaba, con aplicacion ſoberana á ſus coſas. Sentia la ſanta niña amor interior á la pureza de vida, y apenas diſcernia lo bueno, quando con oculta fuerza lo obraba: tan temprano tuvo dentro de sí quien la gobernaſſe, y Maeſtro interior de la vida mas alta. Ayudaba á eſto ſumamente la Emperatriz; porque como deſde ſus principios deſtinó eſta joya á Dios, tenia gran cuidado en que no la propuſieſſen delante materia menos noble, y pura de lo que convenia al intento, y uſando de la ſanta inclinacion de ſu hija, en tan tierna edad, le miniſtraba empleo decente en que la fueſſe empeñando.

4 Dió principio por ſu perſona la Emperatriz á enſeñarla los ſantos rudimentos de la Fé; porque las primeras palabras que pronunciaſſen aquellos virginales labios, fueſſen eſtos ſagrados Miſterios. ¡Qué decente cuidado, no eſcribir en la tabla raſa del alma de una niña razones menos puras, que el eſpiritu que eſtá Dios animando! Aprendia eſto la Infanta con facilidad, y ſin fatiga; y con eſculpirſe eſtas verdades como en cera, las conſervaba como en bronce. Ayudaba mucho á que recibieſſe tan facilmente eſtas primeras, y ſuſtanciales noticias, y á ſeguir los demás egercicios, que en aquella edad ſuelen ſer tan penoſos, el ſingular reſpeto, y amor que tenia á ſu Madre, que fue tan eſtrecho, que ſolo podian igualarſe entre sí eſtos dos corazones. Es grande arte de ſer amado el amar, y mas en animos Reales, y agradecidos, los quales mudamente ſe entienden, y correſponden. Aſsi la Emperatriz era amada de ſu hija, como ella la amaba, y ſiendo igual la correſpondencia, eran diverſos los egercicios. La Emperatriz amaba á la Infanta mandando, cuidando de ſu educacion, y enſeñanza. La Infanta amaba á ſu madre obedeciendo, cuidando de ſu guſto, y ſervicio. Ni la madre podia ſer mas perfecta en mandar, ni la hija mas puntual en obedecer. Con emulacion ſanta ſe aſsiſtian, y con igual afecto ſe amaban.

CA-

CAPITULO III.

DEVOTOS EGERCICIOS EN LA NIÑEZ de ſu Alteza, y cuidado de la Emperatriz ſu Madre en ſu educacion.



Riabaſe ſu Alteza en compañia de la Infanta Leonor ſu hermana, que eran de una edad, y aſsi ſeguian una miſma forma de vida. Cuidaba la Emperatriz de que ſus hijas tuvieſſen utilmente dividido el tiempo, y para eſto las aſsiſtia ſu Aya. Es grande ſeguridad de la vida perfecta, no dejar tiempo ocioſo á la inclinacion humana, en que pueda deſviarſe de lo convenienre, y en la niñéz mucho mas neceſario, quando la planta facilmente ſe tuerce. Hacía que ſe levantaſſen á las ocho de la mañana, y que á la miſma hora levantaſſen tambien el corazon á Dios, con ciertas oraciones devotas, que ſu Mageſtad les habia ſeñalado. Contenian ofrecimienro á Dios de ſus corazones, de ſus obras, palabras, y penſamientos: pedirle direccion en la vida, gracia, y perfeccion en ſus paſos. En eſte egercicio ſe ſeñalaba notablemente la Infanta, haciendolo con tan viva devocion, y fervor, que era coſa admirable, quedando las perſonas que la aſsiſtian ſumamente edificadas.

2 Deſde ſu apoſento, en habiendo cumplido con eſto, las llevaba ſu Aya al Oratorio, y alli rezaban otras oraciones vocales, como el Roſario, y el Oficio de nueſtra Señora. Inclinólas la Emperatriz con grande cuidado á la devocion de la Virgen Maria, en cuyo amparo ſe libra la direccion, y el acierto de la vida chriſtiana. La Infanta en eſte ſanto cuidado, fue eſtremadiſsima, y tan ſierva de nueſtra Señora, tan tierna enamorada de ſus altas virtudes, que le mereció ſingulares favores, como ſe dirá adelante. Tenian ſus Altezas Oratorio particular, y en él hacian eſtos egercicios, y al tiempo de la Miſa mandaba la Emperatriz que fueſſen al ſuyo, y la oyeſſen en ſu preſencia, para aſſegurar con eſto ſu mayor atencion. Enſeñabalas la compoſtura exterior con que debian eſtár á viſta de eſte tremendo, y dulce Sacrificio; el amor, y temor con que lo habian de reverenciar. Admitió ſu Alteza eſta ſanta doctrina en aquellos primeros años, y enco-

men-

mendóla eternamente á ſu enamorado corazon, quedando tan devota á eſte ſacroſanto Miſterio, que pudo ſer egemplar de las almas que en eſta vida con mayores finezas le aſsiſten.

3 Explicaba la Emperatriz á ſus hijas eſte inefable Miſterio, y como ſe repreſenta en él la ſanta Paſion de Chriſto nueſtro Redentor. Referiales la ſignificacion de las ceremonias, el eſpiritu, y ſentido de los Evangelios; y como ſumamente entendida, conocia quanto conviene á los niños que aprendan en ſus primeros años eſtos ſantos documentos, que ſepan en lo que aſsiſten, que entiendan lo que miran, que hagan nutrimento ſuſtancial de los Sacramentos de la Igleſia, para que con él crezcan en la vida del alma. En las platicas, y ſermones obſervó el miſmo cuidado de tener muy cerca ſus hijas, y preguntarles deſpues, en qué puntos habian advertido, y en quales ſe hallaban mas aprovechadas. Aſsi las obligaba á mayor atencion: premiabalas, y advertialas conforme las veía atentas, ó divertidas. Eran las reſpueſtas de la Infanta de admirable diſcurſo, y aprovechamiento, nacidas del ardiente amor que ſe habia apoderado de ſu corazon. La Emperatriz la oía con admiracion, de vér á ſu hija tan bien enſeñada de Maeſtro, y de doctrina tan ſuperior; que el Eſpiritu Santo nunca vive ocioſo en las almas.

4 Referia la Infanta en ſus ultimos años con gran terneza el cuidado de ſu Madre, y decia con aquella invencible, y ſuave humildad eſtas palabras: Nunca he olvidado la doctrina de mi Madre en orden á ſacar aprovechamiento de los Sermones, que era muy buena Madre, y no es de olvidar eſte cuidado. Yo le debí mas que todos mis hermanos; porque como era yo la peor, le coſtó mas el enſeñarme, y criarme. Y cierto, que aquel amor que me tuvo, y aquel cuidado de mí, fue, porque como era ſanta, conocia mi neceſidad. Qué entendida que es la humildad! Siempre halla razones para deſpreciarſe. El cuidado que la Emperatriz tenia como premio á la virtud de ſu Alteza, reducia eſta ſanta ſeñora á atencion en ſu vida inculpable. En ſaliendo de Miſa almorzaban con templanza, y modeſtia, y aqui la Infanta tomó motivos de mayor perfeccion.

5 Abrazó por coſtumbre dár parte de eſto, y de la merienda á los pobres, y partir con ellos ſu guſto; poco es el guſto, partir el ſuſtento, y eſto conſervó deſde ſu tierna edad, para dár mas alimento á ſu alma, que á ſu cuerpo. Tal vez la ſanta niña

ſe

ſe privaba de quanro le ponian delante, por darlo todo á Chriſto en ſus pobres, que parecia poco á ſu amor el partir la comida con ellos. Ocupaban el tiempo por la mañana en dár la leccion de lo que ſe les tenia ſeñalado; principalmente en los primeros años. Aprendieron el Catecismo con grande cuidado, en que fue eminente la Infanta, inrroduciendo aquellas verdades al alma, con tan grande amor, y encomendandolas á la memoria tan conſtanremenre, que enſeñaba á las otras, y ſe las acordaba, y explicaba. Todo eſto era gozo de ſu Madre, mirando en el eſpejo del alma de ſu hija Margarita, reſplandecer la gracia del Señor tan apriſa, y tantos dones acumulados en prenda tan propia. Deſpues de comer les daban tiempo para enrretenerſe, y era coſa notable vér á la Infanta tan devotamente ocupada, y entretenida. Llamaba á las Meninas, que ſe criaban en ſu ſervicio, ibaſe con ellas al Orarorio, alli la ſanta niña ſe ocupaba en hacer Altares, en adornar Imagenes, ſeñaladamente la del Niño Jeſus, cuyo amor la tenia cautiva. Y fue en eſte ſoberano afecto ran dichoſa, que toda la vida vivió á la luz de eſte amor, ſin apartarſe un punro del ardiente deſeo de celebrarle, y adorarle.

6 Deſpues las empleaban en obras de manos de bordar, ó labrar, ocupandoſe las hijas del Emperador, en lo que yá deſdeñan las hijas de los vaſallos menos conocidos. Acabado eſte decente, y neceſario egercicio, antes de recogerſe iban á la oracion, hacian el examen del dia, y podia ſer regiſtro de ſus perfecciones, lo que ſu humildad, y ſanto conocimiento hacia memoria de ſus faltas. Tenian oracion mental antes de acoſtarſe; porque la Emperarriz crió en ella á ſus hijos, pareciendole que con dificultad ſe conſervará en la gracia con Dios, el que no ſe conſerváre en ſu trato: y aſsi en eſto fue ſiempre vigilante, y examinaba mucho á la Infanra, admirando con qué liberal mano llenaba Dios de gracia ſu alma. Cada dia la veía con mayor perfeccion, cada dia con mayores, y mejores afectos, cada dia con nuevos aumentos de caridad; porque iba creciendo en el horno de ſu corazon el fuego del amor divino, y abraſaban á la Emperatriz las llamas con que ardia la Infanta.

CAPITULO IV.

INGENIO, Y CONDICION DE SU ALTEZA en los primeros años.



ENseñaban á ſu Alteza á leer, eſcribir, y contar, y en todo fue preſto muy habil, porque era grande ſu viveza, y capacidad. Verdaderamente Dios puſo hermoſa guarnicion en el alma de eſta Señora, porque ſus prendas naturales fueron excelentes, y decentiſsima morada de las ſobrenaturales. Grande claridad en el ingenio, facil memoria, y ſegura; la condicion ſuave, el diſcurſo vivo, las egecuciones reportadas, noble aſpecto, y el roſtro grave, agrado en las acciones notable, el talle lleno de veneracion: veíaſe por el criſtal de ſu cuerpo facilmente la pureza de ſu alma; nadie la oyó ſin amor, ni la pudo mirar ſin reſpeto. Con eſtas partes naturales facilmente aprendia, y corrió con brevedad, y ſin fatiga por donde los niños ſuelen paſar con dolor, y trabajo. Aſsi como iba cobrando noticia en el leer, iba aſpirando al aprovechar, que nunca la dejaban ocioſo el empleo, las inſpiraciones divinas. Enſeñabanla en libros devotos, y eſpirituales, y aprendia á leer, y á vivir, llenando de noticias el entendimiento, y de afectos el alma.

2 Fue muy aficionada á los libros ſantos, y devotos; era continua ſu leccion en ellos; de alli aprendió muy importantes aviſos, para los lances que deſpues ſe le ofrecieron en la carrera larga de ſu vida. En todos eſtos egercicios, ſobre ſer muy facil al aprenderlos, era ſumamente ſuave al egercitarlos; porque no ſe ſabe qual fue mayor en ſu Alteza, la claridad del ingenio, ó la blandura de la condicion. Oía con amor las advertencias, con atencion los conſejos, con rendimiento la enſeñanza, y los preceptos con reſignacion. Alegre, y guſtoſa con las niñas de ſu edad, nada embarazoſa con las grandes, la ſal, y la ſazon de Palacio; pero era eſte agrado con grande meſura, ſi intentaban deſviarla de ſeguir lo mejor: que es ſuavidad perfecta, la que ſiendo blanda á la virtud, es aſpera, y ſevera á la relajacion.

3 Quando habian de ſalir de caſa, le preguntaba la Emperatriz ſu Madre, ¿que adonde queria que ſalieſſen? Y ſu Alteza ſiem-

ſiempre reſpondia, que á los Monaſterios de las Religioſas, ſeñaladamente al de San Jorge, de Monjas Benitas, Convento Real, al qual habia paſadizo deſde el miſmo Palacio; y como ſu Mageſtad era tan facil de perſuadir á eſto, gobernaba la Infanta las ſalidas. No era igual el eſpiritu en las Damas, ni un miſmo guſto en Palacio: y no ſin donayre la reñian, diciendola: ¿Es poſible, Reyna, que ſiempre nos ha de llevar V. Alteza á los Monaſterios? Partamos el tiempo, que no hemos de ſer todas Religioſas. Reſpondia la Infanta con guſto: quanto mejor recreacion era, y mas apacible hablar con las ſiervas de Dios, viſitarlas, y conſolarlas? Diciendoles: No puedo creer, amigas, que diſguſtais de tratar con eſta devota gente, que ſon muy entendidas, y perfectas. ¿Quánto mejor es gaſtar aqui la tarde, que no en otros entretenimientos del mundo, que canſan, y no dejan guſto? En eſtando en los Monaſterios, era eſtár en ſu centro; encerrabaſe con las mas virtuoſas, hablaba con ellas de Dios; preguntabales por ſus egercicios, llevabalas algunos regalos, condoliaſe con ſus penas, y recreabalas con ſu converſacion. Con eſto facil es de creer el amor que todas la tendrian, y el anſia con que preſentarian las ſiervas del Señor á ſu Eſpoſo, el corazon de la Infanta.

4 Tenianla todos en caſa notable aficion, y con ſer tanta ſu blandura, ſiempre la grangeaba mayor eſtimacion; que es ſevera, y dulce la ley del amor, quando ſe egercita con decencia. Su paciencia era invencible: y ſi tal vez ſu Aya, por manifeſtar ſu virtud, la reñia, ſu Alteza callaba con grande modeſtia, ó reſpondia con ſuma templanza. Succdia en algunas ocaſiones la miſma accion con una de las Infantas, que era de natural muy vivo, y gallardo; y reſpondia con brio á la reprehenſion de ſu Aya, defendiendo la razon propia, ó contradiciendo la ſinrazon agena. Entonces tomaba la mano la Infanta, y como ſi muchos años acreditáran ſu conſejo (el qual acreditaba gracia, mucho mas ſuperior que los años) le decia á ſu hermana: ¿No reconoceis, hermana, que eſto ſe hace por nueſtra enſeñanza, y que eſtas criaturas nos las puſo Dios en ſu lugar para que las obedezcamos, y tomemos lo que nos enſeñan, pues todo lo hacen por nueſtro bien? Refieren las que ſe hallaron preſentes á eſtas coſas, que la viveza de la Infanta Leonor, en aquella tierna edad, era grandiſima, y que con gracioſo deſpejo reſpondia:

Las Ayas, hermana, yá veo que ſon criaturas; pero pues ſon criadas, no nos han de rratar con tanta ſuperioridad. Reſpondia ſu Alteza, no quiero entender eſſo que vos me decís, hermana, yo me hállo muy bien con obedecer, hacedlo vos aſsi, y vereis que bien os hallais. Era notable la paz de ſu eſpiritu, no habia coſa que la deſazonaſſe; una condicion ſuave, y un guſto perpetuo, ſin deſabrimiento. Nadie la vió enojada, ni turbada, aunque fueſſe en lances bien forzoſos, que raras vezes faltan á los que viven en carne mortal. Si habia diſguſtos en Palacio entre las criadas, los componia; ſi diſenſiones, las concertaba, uſando del dón de caridad, y blandura de que Dios la dotó á la comun utilidad. Andaba ordinariamente cubriendo las imperfecciones, eſcuſando las faltas, deſviando, y deshaciendo los chiſmes (leve viento que levanta las polvaredas de los Reales Palacios.) Era de vér, y de venerar en edad tan tierna, tan grande atencion, y exceder tanto ſus cuerdas acciones á ſus breves años.

CAPITULO V.

INCLINACION DE SU ALTEZA A PERSONAS virtuoſas, y dá principio á egercitarſe en la mortificacion.



LA ſanta inclinacion que tenia la Infanta Margarita á las virtudes, la hizo tambien tenerla á las perſonas virtuoſas; y aſsi era ſumamente ſavorecedora de las que en Palacio ſe ſeñalaban en la perfeccion. Hacíalas particulares caricias, aſsiſtialas con atencion para imitarlas, y con brio para defenderlas. El Palacio de la Emperatriz Maria, fue muy egemplar en Alemania, y Seminario de grandes Señoras, y heroycas mugeres, que ſalieron con diferentes caſamientos, y vocaciones, á mejorar el mundo. De alli hemos viſto Iluſtres Fundadoras de Monaſterios, Religioſas perfectas, y penitentes, y otras Señoras caſadas, que han influido en diverſas regiones, con ſingular egemplo, la enſeñanza que aprendieron en aquella Real Caſa. La modeſtia, el recato, la gravedad, el concierto era en el quarto de ſu Mageſtad verdaderamente religioſo. No pocas ſeñoras habia en él, que ſin embarazarſe con la pompa profana, ſe ocupaban rigidamente en la per-

perfeccion. Habia entre ellas muchas penitentes, y devotas, y que en medio de lo mayor del mundo, sabian escoger lo mejor; que no embaraza lo grande á lo bueno, pues puede ser bueno lo grande. Tanto mas se dá á Dios, quanto mas se deja por él, y tanto mas admirable es dejarlo, quanto mas gustosamente se posee.

2 A estas devotas señoras imitaba la Infanta, y en tan tierna edad queria emular las acciones de las mas ancianas, y desengañada. Valiente es en padecer el amor, pues quiere apostarselas á la penitencia. Andaba observando en sus criadas las mortificaciones que usaban; yá les cogia las diciplinas, yá les feriaba los silicios. Ellas con secilléz fiaban al amor, y al respeto, lo que no creían que fuera tolerable á la edad. Pero usaba su Alteza de estos penitentes instrumentos, por empezar tan temprano á padecer por Dios, á quien tan temprano comenzaba á amar.

3 Trahia el silicio arrimado á las carnes, con sigular paciencia, y disimulacion, y cebabase el hierro en aquel inocente cuerpo, que antes conoció el dolor, que las culpas. Iban corriendo los dias, y la aspereza de la penitencia exprimia yá sangre; y por mucho que lo disimulaba la gracia, no dejaba de manifestarlo la naturaleza. En su Aya creció el cuidado de la mudanza del color de su Alteza, y en la Infanta el recato, cautelando cada una su atencion, una á encubrir, y otra á descubrir este exceso devoto. Al fin supieron que se afligia con silicios, y quitando la causa, cesó el penoso efecto; mirandola de alli adelante á las manos, pues contra sí las tenia tan traviesas. Puso la Emperatriz á su Alteza con gran gozo de su alma un habito de la Concepcion de la Virgen Maria; y la niña con él vestido, se vistió tambien de fervoroso deseo de hacer alguna penitencia por nuestra Señora. Andaba buscando su amoroso cuidado instrumentos á la mortificacion, y no hallaba quien la remediasse. Habianla ceñido con el habito un cordon de plata labrado, con estremadas labores; este apretaba tan fuertemente á sus tiernos brazos, que venía á teñirlos con sangre. ¡Qué no no inventará el espiritu enamorado para padecer, si de la gala hace silicio una niña, y obliga á que padezca, y gima el cuerpo con su adorno! Heriase, y maltratabase por amor de Dios; y con santa sencilléz, y secreto preguntaba á las criadas; ¿cómo haceis peniten-

tencia, que deseo yo hacer lo que haceis? Ignoraba el modo su edad, solo no podia ignorar su deseo. ¡Qué anticipada, y heroyca virtud, es buscar el padecer antes de saber los medios!

4 Sucedia, que como su Alteza veía que algunas criadas se acostaban en tablas, andaba buscando modo como hacer lo mismo; y no se le ofreció otro, que poner una cubierta aspera de una caja larga en su cama, y sin que lo pudiessen entender en muchas noches, maltrató tanto el tierno cuerpo, que llegó á causarle materia, y abrirle heridas, que huvieron de curarse de espacio. Quando se sabian estos santos excesos, todas la reñian; pero con grande admiracion, y respeto de vér tan temprana virtud, y amor tan encendido en edad tan tierna. Tenia la Emperatriz por Camarera mayor una señora muy virtuosa, y que trataba con grandes veras de la perfeccion. De esta era muy amiga la Infanta, y en ella ponia los ojos con grande cuidado, para hacer lo que hacia. Andabala siguiendo en sus devociones, miraba el modo, y la atencion con que se disponia á orar, y aquello que veía egecutaba. Acudia esta Señora á la tribuna de Palacio, y como no fuesse en público, se postraba en tierra, y con grande humildad la besaba. A la primera vez que la vió su Alteza, le pareció tan bien esta accion, que desde entonces la assentó constantemente en las suyas. Era cosa de mucha edificacion á los que miraban las acciones humanas á la luz verdadera, vér aquella devota niña llegar á la tribuna, postrarse con profunda humildad, y besar la tierra con veneracion en reverencia de Dios, en cuya presencia se postraba.

5 A los principios hizo esto novedad, y las Meninas donayre de ello, y algunas señoras lo estrañaban, pareciendo que debia escusarlo la Infanta. Pero hacia poco caso la constante niña de esta politica censura; y como oía musica mas interior, á cuyos acentos gobernaba sus pasos, los continuaba sin recelo. Todavia porfiaban en quitarle estas demostraciones, y decianla, que no eran decentes á su persona, pues sin ellas podia ser perfecta, y eran exterioridades de poca importancia. ¡Que circunspecto es el mundo en ir á la mano à la perfeccion! La ceremonia profana que está llena de superfluidades, anda siempre dando documentos á la piedad religiosa. ¿Es cortesía besarnos las manos unos á otros cien veces al dia, y besar la tierra por Dios es hipocresia? Hasta aqui llega el presumido sentir de la carne,

que

que quiere exceder en el amor propio al de Dios, en las demostraciones de adorarse. Mas como estas acciones cobraban calor en el amor espiritual de su Alteza, que es mas fuerte que toda contradicion, defendiase con paciencia, y perseverancia, diciendo: Que ella lo hacia por amor de Dios, por el qual todo era poco por mucho que fuesse quanto se podia hacer. Fue cosa bien notable, que con haber tenido tantas contradiciones, no la pudieron desviar de este devoto egercicio de postrarse delante de Dios, y duróle toda la vida; que las acciones que echan raíces en perfecto amor, crecen con la contradicion, y pasan mas allá de la muerte. Solía decir su Alteza en los ultimos años, que padeció mucho, siendo niña, de contradiciones: y yo, decia, como era simplecilla sentialo mucho, pero no me pudieron vencer á que dejasse lo que una vez emprendia por Dios.

CAPITULO VI.

PRIMERA AFICION DE SU ALTEZA à ser Religiosa, y devotos egercicios de este genero en su tierna edad.



COMO amaneció tan temprano el Señor en el corazon de su Alteza, fue desde luego previniendola á lo que la tenia destinada; porque el amor de Dios iba vistiendo su alma de desprecio del mundo, primera puerta de la perfeccion. Huían los afectos humanos de la caridad divina, como huyen las tinieblas de la luz. Cansabale todo lo que es alegre en la vida, las fiestas le eran pesadas, la recreacion enojosa, el gozo penalidad. No hallaba sustancia en los entretenimientos, miraba el gusto en ellos, pero no lo hallaba, pareciendole sombra, y engaño lo que el mundo celebra como lucimiento, y pompa. Esto hace la diferencia de luces, y de visos: miran los ojos perspicaces como mentira, lo que los turbados estiman como verdad. Al paso que el corazon de su Alteza no hallaba satisfaccion en las cosas materiales, iba cobrando gusto en las espirituales, que estas dos distancias se miden á un mismo tiempo; y así desde luego comenzó á platicar el ser Monja, á tratar de ello con sus amigas, y criadas. Estos eran sus entretenimientos, el gusto de sus plati-

ticas, y la materia de sus conversaciones. No se contentaba con disponerse á ser Religiosa, sino que procuraba que lo fuessen sus amigas; que el alma que ama, y sigue perfectamente á Dios, Bien sumo, á todos querria llevarlos tras sí.

2 Era notable la gracia que tenia á persuadirlas, y animarlas á esta santa vocacion. Deciales grandes alabanzas de la vida de la Religion, poniendoles delante las penalidades de los estados del siglo. Mirad, decia, amigas: ¡Qué es la vida del mundo, y esto que él llama gusto! ¿No es todo una breve vanidad? Lo que parece grandeza, es embarazo. Lo mas precioso del siglo, dura un soplo; ¿quánto mejor es, que vivamos en estado, que sea mas alegre la muerte que la vida? Que en los del mundo es aspera la vida, y mas aspera la muerte Iba con esto afervorizandose su espiritu devoto: tenia ahí algunas de sus criadas, y amigas, que la asseguraban que la habian de seguir, á las quales amaba con mayor terneza, y hacia grandes caricias. Entendiase con ellas, y trataba-las con amor, y confidencia, reconociendo yá por compañeras las que la assistian por criadas. Hacialas que tragessen las que eran de su religioso vando alguna señal en el vestido, para que con ello se conociessen, y entendiessen entre sí, diferenciandose de las otras. ¡Cómo holgaria Dios de vér las ovejas de Jacob con las primeras señales de ser suyas! Quando estaban solas les hacia poner lienzos, ó velos blancos en la cabeza, por primeras prendas de su vocacion; haciendo procesiones, y otros actos de comunidad, con que estaba sumamente alegre, y regocijada.

3 Sucedia tal vez, que trataban sus Padres de casar alguna de las Damas, ó Meninas del santo concierto, y venialo su Alteza á entender; aqui eran sus penas, y congojas, y su mal sin consuelo. Tomabalo con tantas veras, y tan grande sentimiento, que á vivas lagrimas lo lloraba. Decianla las otras, que se consolase, que ellas quedaban alli para seguirla; y respondia el Angel con gran compasion: No llóro mi trabajo, sino el de la Menina que nos deja. Queriala yo mucho, y assi la queria para Dios, que es mal de llorar con sangre el no seguirle del todo. Si veía que la Menina que trataban de casar hablaba en ello, ó no venia con grande sentimiento al caso, desde luego se apartaba de ella, y no la comunicaba: que aunque el estado que escogia, no solo no era malo, sino noble, y santo; pero á quien pone Dios en el grado de mayor perfeccion, lo que fuere menos que seguirle,

por

por aquella alta senda, le parece dejarle. Era tan grande la pureza de este Serafin, y el ansia de que fuessen sus amigas esposas de Jesus, que asi las lloraba casadas, como las pudiera llorar muertas. Como quien dice, difuntas las veo al estado Religioso, y vivas á los trabajos de la vida del siglo: llóro la vocacion mas perfecta que deja, y el estado mas penoso que elige. Mostraba su sentimiento en el vestido, y no lo disimulaba en los ojos: y esto que á las personas del mundo causaba donayre, y aun molestia, á las cuerdas, y atentas admiraba; que nunca tan alto modo de entender en las cosas de Dios le introduce, sino á las almas que quiere escoger á grados muy interiores de espiritu.

4 De esta suerte iba assegurando el Señor en su Alteza la vocacion perfecta de seguirle, haciendole que estrañasse en sus amigas el dejarle: y los mismos empeños, que eran merito para el amor, se iban haciendo gradas para la perseverancia. Como este santo deseo le tenia tan bien abrazado en el alma, cada dia iba creciendo, y dabale mas fatiga al pensarlo, la dilacion de egecutarlo. Engañaba el tiempo su Alteza con probar entonces en Palacio lo que habia de professar despues en el Monasterio; como el enfermo que entretiene la sed de su accidente con el ruido del agua. Andaba siempre contando los años, los meses, los dias que podian faltar al cumplimiento de sus ansias; y tal vez llegaba á congojarse en el deseo, y era necesario que diesse Dios dilatacion á su espiritu. No podia sufrir el alma aquella rigurosa carcel de penas; dabale fuego el amor divino, sin hallar respiracion al descanso, ni faltarle materia á la fatiga. No veía en su vocacion resistencia alguna en la Emperatriz su Madre, antes bien la consolaba, aprobando su santissima intencion: que la madre que quiere bien á su hija, mas la quiere para Dios, que para sí.



CAPITULO VII.

OBEDIENÇIA A SUS PADRES, y SUFRIMIENTO de su Alteza en su niñez, y dos casos particulares en la materia.



ENtre las virtudes que en su tierna edad mas resplandecian en su Alteza, eran la obediencia à sus Padres, y la paciencia en sus penas. En la obediencia pasaba de obedecer á adivinarles el gusto, haciendo aquello que le ordenarian, como si yá se lo huvieran mandado: fineza en que huvo menester juntamente con el rendimiento, la discrecion de que Dios la dotó. En la paciencia fue invencible, pues llegó á estremo, que grandes corazones juntos podian haberla perdído, donde la egercitó su Alteza. De estas dos virtudes referiremos dos bien raros egemplos, que darán materia á este capitulo, y en él á los mas valientes de imitacion, yá los mas obstinados de obediencia.

2 Padeció la Infanta en su tierna edad un accidente gravissimo en los pies, que puso en tanto cuidado á sus Padres; que era de las cosas que les solía causar mayor turbacion; porque para curar á su Alteza, fue necesario usar de instrumentos muy fuertes, y violentos; y sentian justamente el haber de poner la mano á remedios tan crudos. Pues vér penar aquella inocente criatura, y condenar á tormentos tan graves un cuerpo tan tierno, ¿á quién no habia de causar turbacion? Todavia despues de grandes consultas de hombres eminentes en la Medicina, y Cirugia, pareció necesario aplicar tan rigurosos remedios, para escusar el daño que padecia. Y siendo assi, que si su Alteza se defendiera con el horror que debiera causar una cura, que solo el usarla era dolencia gravissima, sin duda ninguna se escogieran medios mas tolerables; quando le notificaron la sentencia, diciendole, que su Padre lo mandaba; no hizo movimiento alguno, y respondió: Pues mi Padre lo manda, egecutese su orden.

3 Llegó el dia de la cura rigurosa, y comenzó á egercitarse el tormento mas terrible que puede ser, tirando de sus pies con un torno de hierro, hasta suplir con viva fuerza el defecto; que

so-

ſolo para que fueſſe al mundo notoria ſu paciencia, lo permitió Dios en aquella inocente criatura. La Emperatriz, con ſer de increíble valor, no ſe atrevió á eſtár preſente. El Emperador, ſi con ſentimiento eſtraño; padeciendo entre tanto ſu Alteza, tan ſin quejarſe, ni hacer demoſtracion contraria, que ſu Aya, y criadas no pudiendo padecer mirando, lo miſmo que la veían ſufrir padeciendo, la rogaban con encarecimiento, que ſe quejaſſe, porque con eſſo podria ſer que no ſe proſiguieſſe tan cruel remedio, ó ſe eligieſſe otro mas tolerable. A eſto blandamente reſpondia con ſerenidad nunca viſta: Aſsi lo quieren mis Padres, y eſſo baſta; Dios me los ha dado para que los obedezca, deboles yo mucho de todas maneras. Con eſte rendimiento toleró lo que no pudiera la paciencia mas egercitada; ſiendo egemplo eſte, que no hace menos maravilloſa en ſu Alteza la fortaleza al ſufrir, que la reſignacion á obedecer. Y aqui vemos, que eſtas dos virtudes, valor, y obediencia, ſi bien en la cara parecen contrarias, en la ſuſtancia ſon muy parecidas; por ſer la fortaleza ſin obediencia temeridad, y la obediencia ſin fortaleza ignominia.

4 Mas blando es el egemplo que ſe ſigue. Rompia la Infanta muchos Roſarios, porque no tenia ocioſo eſte ſanto inſtrumento. Otras veces los daba, ſocorriendo mayores neceſidades, como quien ſabía que no podia faltar el ſocorro á las ſuyas. Llegaron con la queja á la Emperatriz ſu Madre, y ſu Mageſtad tomó un Roſario, y llamandola con diſimulada ſeveridad, la dijo: Margarita, tomad eſte Roſario, y ha de ſer con advertencia, que lo habeis de tener, y guardar con vos toda la vida. Recibiólo, y conſtantemente cumplió aquel precepto, no apartandolo de sí deſde aquella hora en quantos años vivió; tan advertida, y atenta á eſto, que murió con ſus cuentas en la mano, en teſtimonio de eſte puntual rendimiento. Con eſte cuidado le trahia conſigo ſiempre; y como el ſoldado con las armas, ſin deſamparar el pueſto, acabó ſu Alteza con él. Soberbio es quien con eſte egemplo no aprende á obedecer: flaco, quien con el primero no aprende á ſufrir.

CAPITULO VIII.

FERVORES DEL AMOR DE DIOS EN SU Alteza, y de la caridad con los pobres en sus primeros años.



LOS egercicios en que iba creciendo su Alteza, no solo eran virtuosos, sino santos; porque la caridad que ardia en su alma la hacia aspirar al grado heroyco de la perfeccion. Acostumbraba los Sabados, en reverencia de nuestra Señora, hacer que la llevassen los niños de la escuela; y en la Iglesia, cuya tribuna caía á Palacio, mandaba que todos cantassen la Salve, y otras oraciones, las manos compuestas con devocion, y orden muy grande. Era sumo gozo para su alma vér aquellos niños de rodillas alabar con puros corazones á la Virgen; y acompañabalos con interiores afectos, y mayor espiritu, y fervor. Solía decir, que holgaba mucho vér alabar á Dios á las mas tiernas criaturas, porque conservan mas pura la limpieza del alma, y la gracia de que Dios les viste en el Bautismo. Era esta fiesta para su Alteza de tan grande gusto, que esperaba los Sabados con mucho deseo; y en acabando de cantar, mandaba que les diessen á todos limosna, egercitando el amor divino en las alabanzas de Dios, y el del progimo en el remedio de los pobres.

2 Otros dias de fiesta hacia llamar á los Clerigos de la Parroquia, y que en la Iglesia cantassen Himnos, y Oraciones á la Virgen Maria, y mandaba pagarles esta devota fatiga. Bien raras son estas cosas, aunque parecen menudas. En una niña este zelo? En tal edad, tal amor? Quien introducia en aquel Real corazon estos cuidados? Lo que Varones de singular perfeccion tienen por fin (como que los humanos alaben á Dios) tuvo esta Señora por principio. Pisar el qué dirán de los Palacios con desprecio, correr en el espiritu libremente, sin impedirse con la pompa del siglo, no son vulgares virtudes, sino heroycas, pues quanto mas desprecian, mas merecen.

3 Dabanla cierta cantidad de dinero cada semana, y su Alteza repartiala con grande espiritu, y prudencia, dividiendo este socorro en adornar su Oratorio, en limosna de Misas por sí,

y

y por las almas benditas, y en darla á los pobres niños, y Clerigos, que venian á alabar á Dios. Fue cosa muy singular la caridad que tuvo desde sus principios, y como la egercitaba con los pobres. Haciasele poco darles su comida, buscabales amparo de diferentes personas, y pedia limosna para darla. Refieren las que la asistian en aquella edad, que en habiendo meriendas en Palacio, se levantaba con el fuego de su amor á solicitarlas á todas que diessen alguna parte á los pobres, y tenia para que la ayudassen á este santo egercicio despenseras de su devocion. ¡Qué facil que es ser buenos, socorridos con la gracia, aunque sea dentro de este vaso fragil de nuestra naturaleza! Todo esto hacia su Alteza en Palacio; que donde se mira mas lucida la pompa profana, suele estár mas viva, y encendida la caridad divina.

4 Era santa costumbre en el Palacio de la Emperatriz, que el dia que cumplia años alguno de sus hijos, se trahian otros tantos niños, quantos años cumplia, y uno mas, para ofrecerlo anticipadamente por el año siguiente. Estos eran hijos de pobres de la Corte, y vestianlos, y dabanles de comer: aquel dia servian la mesa las Archiduquesas, y de esta suerte la caridad en los hijos de la Emperatriz aumentaba la vida, al paso que primero repartia el socorro. Estos dias eran los mas solemnes, y gustosos que tenia la Infanta: aguardabalos cada año con fervorosa piedad, y su Alteza era la que mas se señalaba en aquel santo cortejo. Servia por su persona los niños, los limpiaba, y asistia, ordenandolo todo, haciendose con su fervor Autora de obra tan santa.

5 Decia su Alteza, quando referia esto en sus ultimos años, que estos fueron los dias que mas la alegraron, y en los que al acordarse recibia mas gusto. No sabré yo encarecer (decia) el gozo con que mi alma se hallaba quando me veía servir á aquellas criaturas, porque sobre ser pobres, eran inocentes, y santos por su edad. Representabaseme en ellos la inocencia de Christo, pobre, y humilde. Y referialo con tan grande ternura, y devocion, que no la causaba menor al referirlo, que al obrarlo. Finalmente, en Palacio en tan tiernos años era yá madre su Alteza de la caridad, á quien se acudia en las necesidades, y se pedian los socorros: quien intercedia por los pobres, y hacia caritativos á los ricos. En este punto era infatigable; y siendo sumamente humilde, y vergonzosa, la caridad la sacaba de su paso, y muy animo-

sa-

ſamente obraba, ſin embarazarſe en pedir por Dios para los pobres, la que todo le ſobraba para sí. Tenia tanta gracia al pedirlo, que minoraba caſi el merito de darlo; pues quando no huviera pobres, nadie podia negarlo á ſu blandura. A los Emperadores ſus Padres, hacia mas limoſneros ſu Alteza, poniendoles el campo delante, donde con mano Ceſarea repartieſſen lo que Dios les dió para dár.

CAPITULO IX.

ESPIRITU DE SU ALTEZA EN LAS recreaciones, y preſencia de Dios en los entretenimientos de ſu eſtado.



NO podia ſiempre la Infanta gobernar las ſalidas de caſa á las recreaciones, que la diſcrecion de la Emperatriz ſu Madre moderaba ſu fervor; y tal vez declinando de los Monaſterios, buſcaba con ſus hijas, Damas, y ſeñoras los jardines. En eſtas ocaſiones no eſtaba ocioſo el eſpiritu, que guiaba á ſu Alteza; porque el objeto que las otras ſeñoras daban á la viſta del cuerpo, ofrecia como materia de contemplacion á ſu alma. No paraba en la recreacion, volaba por ella á buſcar el entretenimiento al Autor de la vida. Eſte es uno de los ſingulares efectos de la gracia, uſar de eſto temporal, como eſcalera para ſubir á lo eterno.

2 Llamaba à las ſeñoras de ſu edad, y confidencia, que tenia yá deſtinadas para eſpoſas de Chriſto; y haciendo de ellas un eſquadron devoto, como abejas eſpirituales, andaban las fervoroſas Virgenes por aquellos jardines alabando al Señor. Elegian algun pueſto alejandoſe de las demás, y alli ſe entretenian con ſanta converſacion, refiriendo egemplos, caſos, ó aviſos utiles, y egercitando juegos, que entreteniendo tambien aprovechaſſen. Otras veces en la hermoſura de las flores, les decia, que miraſſen la hermoſura de Dios, ſolicitando á ſus compañeras á que levantaſſen ſu corazon de lo criado al Criador, porque amaſſen con eſto al Señor univerſal de todo. Amigas, decia, tomando alguna flor en la mano, ¿quién ha criado eſta flor? Puedela hacer el Rey mas poderoſo? Ni el hombre mas ſabio? Quién la dió diferencia

al

al color, y alegria á la vista? Quien le introdujo fragancia, y le ha infundido oculta virtud? Poderoso, y grande es, Señor que tanto puede; sabio, y prudente quien tanto sabe; sumamente li-ral, y bueno quien tales cosas á los hombres concede. Si ésto que crió para acabarse, parece tan agradable á la vista, ¿quál parecerá aquella Hermosura eterna? Quál será aquella Suavidad inefable? Aquella Sabiduria incomprehensible? Sigamos á Dios, amigas, no nos quedemos en las criaturas.

3 En tales meditaciones entretenia sus devotas compañeras, y con esto pasaban la tarde, holgando, y aprovechando, que es grande arte de vivir, saberse holgar para Dios. Este dividirse con sus confidentes, y apartarse de sus hermanas, y las otras señoras, lo disponia con grande cordura, y discrecion su Alteza, desviando la rígida censura en Palacio de la singularidad. Tenia particular gracia en esto, porque siendo intima para sus amigas, la hallaban siempre alegre, y gustosa para todas. Sucedióle en una ocasion, que caminando por el espacio grande de unos jardines, que tenian por muralla un bosquecillo, divertida la Infanta con sus amigas, fueron sin repararlo alargandose tanto, que perdieron de vista á la Emperatriz, y á las otras Damas, y Señoras. Quisieron volver á buscarlas; pero habiendo perdído el camino, por el qual se fueron entrando, no sabian por donde cobrarle. Finalmente descubrieron dos sendas, mas ignoraban qual eligirian. Crecia en todas la confusion, y el cuidado con la pena, y recélo de que las riñessen. ¿Hermanas, dijo la Infanta, quereis que acertemos? Hinquemonos de rodillas, y hagamos oracion á la Virgen Maria, y luego hecha la señal de la Cruz, echemosla á modo de suerte, y adonde cayere, sigamos aquel camino, y vereis que acertamos. Vinieron todas en el santo concierto, echaron las cruces en el modo que la niña lo habia dicho, tomaron la senda que cayó en la suerte, y caminando largamente por ella se hallaron con la gente, que con grande pena, y cuidado las venía á buscar. ¡Quien no admira la suerte de seguir la Cruz Margarita, á quien concedió despues Dios por suerte en la Religion, el ser Margarita de la Cruz! Referia este suceso su Alteza, diciendo, que lo tuvo por mucha gracia de Dios, porque no habia sido el riesgo pequeño, y podia ser de susto, y cuidado grande para la Emperatriz su Madre, cuyo amor no podia tolerar aun menores ausencias.

CAPITULO X.

DEVOCION DE SU ALTEZA EN LA ORACION, y en la Misa, y sobrenatural favor que la hizo Dios en este Sacrosanto Misterio.



Siendo en los honestos, y santos egercicios de su vida su Alteza muy atenta, y devota en los mas interiores, y secretos, fueron muy superiores sus quilates. El rezar era con profunda humildad, y modestia; el orar con grande instancia, y fervor; el oír Misa con singular veneracion, y reverencia. Dicen los que la asistian siendo niña, que causaba edificacion grandisima el verla delante de este Divino Señor. Asistia de rodillas, tan compuesta en su exterior, tan recogida en su interior, tan atenta, que parecia un Serafin. Procuraba al oír Misa apartarse de las otras, por escusar que nadie la inquietasse. Valiale mucho en esta atencion la presencia de la Emperatriz, y el egercicio que hemos referido; pero mucho mas la caridad divina que la contenia, y defendia: que es fuerte muralla el amor, para conservar la pureza del alma, y defenderla de los defectos del cuerpo.

2 En la Misa recibió su alma singulares dones. Alli la introducian santos propositos, y la despertaban fervorosos deseos, la guiaban con divinas inspiraciones, la ayudaban con eficaces auxilios, y comunicaban muy devotas lagrimas. Reconocia el tesoro que tenemos los Christianos en este Sacrosanto Misterio, los desperdicios que hacemos de la gracia, si entregados á nuestra flaqueza, no logramos el mayor bien de la vida. Lagrimas de sangre lloren, el divertimiento con que estamos, la indevocion con que asistimos á este Sacrosanto Misterio.

3 No asi la Infanta, que mereció singulares favores su atencion, y profunda reverencia. Sucediale algunas veces, que mirando el Caliz sagrado, quando contenia en sí la Sangre del Señor, poco antes que consumiesse el Sacerdote, veía su Alteza, que la Sangre del Cordero Divino que se derramó por nosotros en la Cruz, crecia, y subia sobre el Caliz, de suerte, que á su Alteza le parecia que queria verterse. Veíalo, y volvialo á mirar, y tantas veces lo volvia á vér: y aunque se alegraba sumamente

de

de vér aquella ſangre venerable, y ſentia en ſu alma ſingulares efectos, no hacia en ello miſterio: porque ſu inocencia ſinceriſſima llegaba á penſar, que todos veían, y miraban lo miſmo. ¡O fé, y humildad admirable! Creer tan altamente del Miſterio, que le parecieſſe, que no era milagro tan gran portento! Creer tan ſantamente de ſus progimos, que le parecieſſe, que todos merecian tan alto favor!

4 Conſiguió con eſta ſingular miſericordia ſu Alteza, una impreſion terniſsima en el alma, un amor entrañable á la Sangre de Chriſto, un fervor grandiſsimo de adorar, y venerar al Señor Sacramentado. Nunca Dios hace de balde ſemejantes favores, ni ſu Sangre ſin grandes ganancias ſe manifieſta. Prendaba á la Infanta deſde el Caliz Jeſus Clementiſsimo, y á dulce amar, y á padecer la convidaba. ¿Quién ſino un Dios enamorado pudiera poner de antemano la Sangre delante los ojos, á quien habia de ofrecer los ſuyos por ſu Sangre? Quién tan anticipadamente ſupiera regalar aquella viſta en ſus primeros años, para que le fueſſe alivio al perderla en los poſtreros? Dió virtud á los ojos de ſu eſpoſa Jeſus cinquenta años antes que ſe los quitaſſe. Tanto tiempo previene el conſuelo á la pena. Con eſtas mercedes, y otras mas interiores, iba la Real doncella creciendo en la virtud, y en el aprovechamiento eſpiritual del alma; de manera, que cada dia ſe hallaba con nuevos aumentos de gracia. Comenzó á hallar gran guſto en la oracion, y mas, que llegó á deſpreciar el guſto en ella, y en medio del amar, amaba el padecer. Ofreciala Dios regalos, y ella le pedia penas: veſtianla de ſuavidad interior, y venerando ſu Alteza los favores con ſuma humildad, ſe negaba á los guſtos, y de los dos montes de la vida interior, dejando el Tabór, eſcogia el Calvario.

5 Sirvióſe Dios de llevar á ſu Alteza por camino muy propio á ſu miſericordia, dandole mas á obrar, que á entender; y teniendola llena de teſoros el alma, ſeguia ſu vida la Infanta ſin advertirlos, caminaba mirando á Dios ſin mirarlos. Punto bien alto de contemplacion, no detenerſe en lo que ſe ſiente con el anſia de hallar lo que ſe buſca. Sentia, no ſolo facilidad, ſino guſto en obrar bien: aplicaba con facilidad á Dios lo indiferente, y hacia facilmente mas perfecto lo bueno. Sin penſar en ello halló ſu corazon cautivo del amor Divino, ſuperior, yá que no eſ-

ſento á los afectos humanos, la razon en ſu alma coronada, y las paſiones rendidas.

CAPITULO XI.

ZELO ARDIENTE DE SU ALTEZA EN LA FE en ſu primera edad, y particulares demoſtraciones en eſta virtud.



Unque en ſus tiernos años dotó Dios á la Infanta del dón de Caridad, no fue menor la gracia, que ſe ſirvió de darla en la Fé: porque ſi en aquella primera virtud era enamorada, en eſta ſe moſtraba valeroſa. Deſde niña la crió ſu Madre con todos los actos de Religion, que ſe deben criar los niños antes que los entiendan: los golpes de pechos, alzar los ojos al Cielo, nombrar Jeſus, juntar las manos, y otras ſantas ceremonias de la Igleſia; por ir formando á ſu hija de manera, que hallaſſe cerradas las puertas con eſtas ſeñales divinas, quando fueſſe á entrar por ellas la relajacion. ¡Qué mal ſavor que hace á la carne eſte devoto cuidado, pareciendole civilidad todo lo que no es pompa, vanidad, y mundo! Juzgaba eſta Real Matrona, que ſi las niñas antes que ſepan perſignarſe, los primeros alientos, las primeras acciones dán al vicio, como han de crecer á la virtud: y que ſi las dán á la virtud, facilmente ſe defenderán del vicio.

2 Al paſo que ſu Alteza fue ſiguiendo á Jeſus Dulciſsimo con amarle, recibió ſingulares iluſtraciones al creerle. Veneraba ſumamente la Ley de Dios, y en ſus Mandamientos, y en los preceptos de la Igleſia no habia reducirla á que diſpenſaſſe ſu obediencia, ni á deſcaecer un punto del cumplimiento de la Ley, ſino por motivo de mayor perfeccion. Alcanzó tan grande credito de la Ley de Dios, y tan alta eſtimacion de ſus Mandamientos, que con ſer de un ingenio tan vivo, y advertido, pasó muchos años ſin poderſe perſuadir á que huvieſſe catolico que ofendieſſe á Dios gravemente. Y quando leía, ó decian, que algunos Catolicos pecaban mortalmente, no lo podia tolerar, y con ſanta impaciencia, y ſoberano zelo, decia: Callen, no digan eſ-

esso, que no es posible que haya sucedido lo que refieren. ¿Cómo puede ser, que una Ley tan suave la quebranten, y á un Dios tan bueno le ofendan ? Pureza es esta raras veces vista : tales su Alteza los juzgaba á todos como se veía ; no pudiendo creer de otros lo que en su alma no le era posible llegar á pensar.

3 Como en Alemania el veneno Luterano ha inficionado tanto las almas , y en el tiempo que la Infanta era niña crecian estas ; y otras nuevas desventuras con furor increíble ; llegaban á oídos de su Alteza pérdidas de almas, perversiones de Ciudades, ruinas de Iglesias ; corrupcion de costumbres. Causábanla tan grande dolor , que no era tolerable á sus fuerzas. Andaba por Palacio triste, afligida; y desconsolada: poníase á llorar ; y con amorosos gemidos pedia socorro al Cielo. Decianla sus criadas, ¿qué tiene Reyna? Por qué llora V. Alteza ? Y dando puerta á su vivo sentimiento , respondia con dulces, y devoras lagrimas: ¿No habeis oído lo que pasa? No quereis que llóre ? No veis lo que hacen los Heregés? No veis lo que padecen los Catolicos ? No veis lo que se ofende Dios ? No basta esto para vivir , y morir lastimada ? Solía ser su sentimiento de manera , que era necesario consolarla, y hablarle mucho en la fineza con que los Catolicos abrazaban, y defendian la Fé ; como Dios mejoraria los tiempos, y que en su misericordia cabian mayores esperanzas.

4 En esta materia solía referir su Alteza, hablando del aborrecimiento grande , y perfecto odio que tenia á los enemigos de la Iglesia : que siendo de pocos años ; venian al Palacio del Emperador su Padre algunas señoras Luteranas á visitar á la Emperatriz , y trahian consigo sus hijas , que seguian la misma perversion : y como aquellas muchachas eran de la edad de la Infanta, la iban á visitar , y asistir. Su Alteza con particular cuidado las acariciaba , para tenerlas contentas, y dispuestas , intentando con ganarles la voluntad , alumbrarles el entendimiento. Despues de haberlas agasajado , y honrado, comenzaba blandamente á hacer su bateria en materia de la Religion ; y con la resistencia poco á poco se iba afervorizando de manera , y vistiendose de un zelo tan ardiente , y un calor tan vivo , que las que la miraban , lo admiraban. Vituperaba el error , y relajacion Luterana , y llevada del espiritu , y fervor , decia razones tan vivas , y eficaces , y tan superiores á su edad , y á sus noticias , defendiendo la Iglesia Romana, que se manifestaba bien la verdad del Evangelio, don-

de dice : *Que ſocorrerá en eſtas ocaſiones con ſu gracia el Señor la debilidad de nueſtra naturaleza.* (a)

5 Referia eſto ſu Alteza en los ultimos años, diciendo: Cierto que quando eſtaba en eſto, me parece que me hallaba fuera de mí, y que me daba Dios palabras que decirles, y que yo me admiraba de mi miſma. Tambien ſolía contar ſu Alteza, que las muchachas ſe defendian muy obſtinadamente, y que algunas de ellas ſacaban libros que trahian conſigo, y la Biblia en vulgar, falſeada, queriendo con ella comprobar ſu error, y defender ſu daño. Yo, decia la Infanta, no lo podia ſufrir, cogiles una Biblia, y la quemé, y ſentia dentro de mí tan grande corage, que ſi me fuera lícito acabára alli con ellas, aunque me coſtára la vida, y muriera á ſus manos. ¡Lo que puede el zelo de la Fé! ¿Quien no admira, veſtida de ánimo, y piel de leon, la inocente pureza de eſta blanca cordera?

CAPITULO XII.

MUERE EL EMPERADOR MAXIMILIANO, y comienza Dios à diſponer medios á la vocacion de ſu Alteza, con la jornada que la Emperatriz ſu Madre intenta á Eſpaña.



CON eſtas virtudes, inclinaciones, y egercicios iba creciendo ſu Alteza á los ojos del mundo, quando de lo que lloró como deſdicha, abrió Dios camino á la que ſiempre fue ſu mayor felicidad. En la Ciudad de Ratisbona, en la junta Electoral, en que eligieron por Rey de Romanos al Emperador Rodolfo, acabó la felíz jornada de ſu vida el Emperador Maximiliano Segundo en 49. años de ſu edad, á 12. de Octubre de 1576. con grave, y prolija dolencia. Fue Principe de excelentes partes, naturales, y adquiridas: el talle hermoſo, la condicion Real, blando el gobierno, ſuperior el talento, y el conſejo, dichoſo en la bendicion de la Igleſia, Padre de hijos eſclarecidos, é hijas feli-

ci-

(a) *Nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini.* Matth. 10. v. 19.

cissimas, que las unas fueron Reynas en las mayores Coronas de Europa, las otras Santas en el estado Religioso.

2 Con la muerte del Emperador Maximiliano su Padre tomaron diferente estado las cosas de su Alteza, porque el terrible golpe de este crudo accidenre, que cerró la puerta al contento en la Emperatriz, la abrió á la santa vocacion de la Infanta. Con debido dolor sintió tan gran pérdida la Emperatriz Maria, una compañia tan amable, tan constante, y antigua, con tantas prendas de amor. Comenzó á manifestar su sentimiento con nobles circunstancias, porque gobernada de espiritu devoto, y valeroso, no se contentó con socorrer el alma del Emperador su marido con sufragios debidos, sino con ofrecerse por sufragio. Pareciale que no tenia que aguardar en el mundo, quien tal marido habia perdído, y que era poco llorarle en la muerte, sino dejaba viviendo la vida. Nació entre el dolor, y el espiritu en la Emperatriz resolucion generosa de dejarlo todo; y como tenia en Carlos Quinto su Padre tan cerca el egemplo, no le parecian grandes las dificultades de la egecucion. Esto que muchos dias tuvo encubierto, fue poco despues manifestandolo, primero á los que podian ayudarla con su consejo, despues á los que habia de usar de su mano. Habia consultado este proposito con personas devotas, y santas, para que en sus oraciones pidiessen al Señor luz en el consejo, en la egecucion medios, y dicha en el fin.

3 El primer intenro que tuvo la Emperatriz despues de la muerte del Emperador Maximiliano, fue hacer un Monasterio en Viena, ó en Praga, y alli en devoto retiro, dejadas las cosas del mundo, dar su vida á Dios. Pero el Señor, que lo gobierna todo, y con oculta mano guia con suma providencia las resoluciones, desviandola de esta intencion, se la trocó en otro medio, en que resplandeció con mayores luces su grandeza. Tenia noticia de la fundacion que habia hecho en Madrid la Princesa Doña Juana su Serenissima hermana de Religiosas Descalzas de la Orden de mi Padre San Francisco. Habianle escrito el espiritu, y fervor de aquellas Religiosas, y de su perfecta Observancia; que se habian encerrado en aquel Monasterio nobilissimas Señoras, que dejando lo mas que hay que tener en el mundo, atesoran lo mejor que hay que llevar para el Cielo. Pareciale bien este santo desvio del siglo, y ofreciansе grandes conveniencias. La

fun-

fundacion perfecta, la vida regular, y observante, ser casa de la Princesa su hermana, volver á los ojos, y Corte de Felipe Segundo su hermano, que por cartas la exhortaba á que tomasse esta resolucion. Desembarazabase de hijos, y cuidados de Alemania; y cortaba de una vez estos fuertes vinculos del alma; apartando las memorias tristes que le ofrecian, despues de la muerte del Emperador su marido los mismos lugares, que primero le fueron alegres con su compañia. Finalmente despues de haber encomendado mucho á Dios esta resolucion, y tenido sobre ello largo, y deliberado acuerdo; y respondido á su Magestad muy graves, y devotas personas, que creían sin duda que Dios le ayudaria á egecutar tan santos intentos, manifestó á sus hijos su determinacion.

4 Todo este tiempo habia asistido la Infanta Margarita á su Madre con particular amor, siendo su alivio en estas afliciones: porque el vér la perfeccion de su vida; el agrado de su condicion, las mercedes que de Dios recibia, era su consuelo en penas tan grandes. Acompañó su Alteza con tiernas lagrimas la muerte del Emperador: porque sobre haber sido muy amada del Cesar, y la Infanta sumamente obediente, y amorosa á sus Padres; el dolor que veía en su Madre, era la mas penosa causa del suyo. Ayudaba á que le hiciessen frequentes sufragios, y á esto aplicaba todo su fervor; ella misma padecia por él, y se ofrecia á santos egercicios, y penalidades. Esta devocion, este justo agradecimiento, y cuidado le duró mucho tiempo, y como despues se dirá, fue de gran socorro al alma del Emperador Maximiliano; que criar bien los Padres á los hijos en la vida, les hace utiles para ayudarlos, aun despues de la muerte.



CA-

CAPITULO XIII.

DIFICULTADES DE LA JORNADA de la Emperatriz, é inſtancias que ſe hizieron por el Imperio para que la eſcuſaſe.



Ausó novedad en el Imperio la reſolucion de la Emperatriz Maria; porque aunque la grandeza de ſu ánimo era conocida, y la ſuma perfeccion de ſu vida; el deſeſtimar la Purpura, y Corona, y volver las eſpaldas á tan alta dicha, nunca deja de admirarlo el juicio mortal. A los miſmos que deſeaban ſu ſervicio, ſe les ofrecian dificultades en la reſolucion: dejar en tan gran deſamparo á las mas caras prendas del alma: tan hermoſa, y numeroſa familia: Poco antes electo por Rey de Romanos Rodolfo II. yá coronado Emperador, joven, aunque de claras eſperanzas, á quien le importaba la experiencia, y conſejos de la Emperatriz. Deſamparabale ſin tomar eſtado, poco inclinado al Matrimonio; antes bien averſo á eſtas platicas, como ſe habia viſto en algunos tratados que ſe le habian propueſto: las coſas del Imperio no del todo aſſenradas: los eſtados patrimoniales, y hereditarios, con neceſidad de recibir forma de mano conocida, y acreditada con largo gobierno: embarazos grandes en la jornada: aſpero, y largo camino: la frialdad, y yelo de los Alpes: Tiempos riguroſos, gaſtos, incomodidades, peligros de mar, y tierra: la edad de la Emperatriz canſada, quebrada la ſalud; y con el ultimo dolor mas perdída. Con eſtas cauſas ſobre las inſtancias domeſticas de ſus hijos, acudieron por todos los Eſtados á ſuplicar á ſu Mageſtad Ceſarea, que no los deſampraſſe, poniendole delante el amor, y lealtad con que le habian ſervido, y obedecido: que ſi queria recogerſe, fueſſe en qualquiera de ſus Cortes, en donde quando bien eſtuvieſſe retirada ſu Auguſta perſona, ſe hallaſſe cerca del remedio ſu prudente conſejo.

2 No es, decian, conveniente ſatisfaccion á los muertos, laſtimar con el dolor á los vivos: y por haber perdído, Señora, el marido, perder los hijos, y los vaſallos. ¿ Qué conſuelo llevó á la otra vida Maximiliano Emperador Invicto, ſino quedar V.Mageſ-

gestad para su ultima ausencia? Esta justa esperanza la corta el sumo rigor de este desamparo. Al dolor grande de esta pérdida no tuvo el Imperio otro consuelo, sino él volver los ojos, no enjutos, á la persona de V. Magestad, creyendo, que al Emperador Rodolfo su hijo con saludables documentos, y consejos, le haria parecido á su Padre. Grande es, Señora, el talento del Cesar. ¿Pero quando la prudencia no huvo menester las noticias? Quando la experiencia dejó de assegurar los aciertos? Este haber tocado con las manos las cosas; y visto en los sucesos los daños, es lo que encamina los remedios. ¿Quien osa negarse al beneficio comun, habiendo solo nacido á su amparo? Si las personas públicas, si este vinculo, que junta la paz de los Reynos se disuelve, y desata, ¿en qué estado ha de estár la causa pública? El desconsuelo de la pérdida del Cesar hemos de llorar con otra mayor; y quando necesitamos de alivio, se renueva la pena? Trahe la naturaleza á las madres de lejos á vivir con sus hijos, y hace patria el amor, de la que habitan las prendas mas dulces del alma. Desamparalas V. Magestad quando las tiene consigo: apenas vén muerto á su Padre, quando yá vén ausente á su Madre. Quien á sus hijos en Alemania deja, ¿qué ha de hallar que pueda consolarle en España? Estos son los vinculos mas fuertes del corazon humano, á los quales nunca pudo, ni supo volver las espaldas la naturaleza.

3 En esta diversidad de sentimientos, y diferencias de instancias, estaba la Infanta Margarita suspensa, esperando el fin de la resolucion. En el punto que su Madre se resolvió de ir á España á retirarse, halló su alma dilatacion, y campo sus deseos; y mas quando la digeron, que iba á las Descalzas de la Princesa su Tia, luego comenzó su santa determinacion á gozarse con espiritual alegria, y á publicar que queria ir con su Madre á esta devota soledad: preguntaba mucho del Monasterio de las Descalzas; quantas Religiosas tenia, y qué forma de vida. Alegrabale grandemente el ser Descalzas, que le parecia desembarazo para seguir á Dios el imitarle con plantas desnudas: habia muerto poco despues que el Emperador su Padre la Infanta Leonor, y pareciale con esso mas facil ir acompañando á su Madre. Con esto decia á sus compañeras, las del santo concierto, que se previniessen, que habian de ser Descalzas con ella; y que sería bien que desde luego fuessen probando lo que habian de profesar: y as-

afsi todo lo que cabia en los terminos de fu edad, y de fu eftado, fe enfayaba en aquel fanto inftituto, y dentro de la grandeza de Infanta iba fiendo Defcalza.

4 La Emperatriz á la fúplica de los Eftados, refpondió con grande amor, diciendo: Como habia efcogido aquella refolucion por la mas conveniente, y que no podia efcufarla: que por fu confuelo, y la afsiftencia del Emperador fu hijo, fe detendria en Alemania el tiempo que fueffe necefario; creyendo de tales fubditos, que afsi obrarian aufentes con fu memoria, como pudiera entre ellos fu prefencia. Efta fue alegre refpuefta para la Infanta Margarita, la qual defde entonces dió por confeguido fu intento; y quando la dilacion la entriftecia, la refolucion la alegraba, viviendo dando prifa á los dias, para que llegaffe aquel en que habia de vér coronados fus defeos.

CAPITULO XIV.

PERSUADEN A SU ALTEZA fus deudos no falga de Alemania: y la conftancia que moftrò en efta refolucion.



EN el tiempo que la Emperatriz eftuvo en Alemania, hafta algunos mefes antes que partieffe á Efpaña, no fe declaró á traher configo á la Infanta; antes era una de las refoluciones que mas pena la daban: porque el dividirla de sí, era intolerable á fu amor, y el traherla fin grande confejo, no era compatible con fu prudencia. Peleaban en fu corazon el defeo, y el recelo de traherla, que el gufto de fu compañia templaba el mayor acierto de fu conveniencia. En primer lugar le pareció necefario explorar fu voluntad: y porque el refpeto no la condugeffe, adonde defpues la hallaffe el arrepentimiento, mandó que la hablaffen primero el Emperador, y los Archiduques fus hermanos, con quien mas facilmente podria declararfe.

2 Eftaba en aquella ocafion en Alemania la Reyna de Francia fu hija Doña Ifabél, feñora de heroycas virtudes, que defpues de muerto Carlos Nono fu marido, quedando moza, y hermofa, dejó una hija, que huvo de aquel matrimonio en Francia, y volvió á retirarfe á Alemania, á mayor perfeccion de vida.

Las acciones de la Reyna Doña Isabél requerian Historia particular; porque como tocarémos despues, fueron admirables. Felipe Segundo deseó, muerta la Serenissima Reyna Doña Ana, casar con esta Señora, conociendo su virtud, y valor, hermosa disposicion, y edad. Tenia la dispensacion el Rey, quando la Reyna Doña Isabél, aspirando á Corona mas gloriosa, hizo una fundacion en Viena de Monjas de mi Santo Padre San Francisco, ajustandose en lo que pudo á la forma misma que habia tenido la Princesa Doña Juana su Tia en la fundacion Real de las Descalzas de Madrid, de donde con gran cuidado habia hecho traher las constituciones. Con estas Religiosas se recogió á hacer vida penitente; manifestando Dios con algunos milagros despues de su muerte, el acierto de tan santa resolucion.

3 Por haberse retirado la Reyna Doña Isabél, quando trataba de venir á España la Emperatriz su Madre, usó de este medio su Magestad, para entender la determinacion de la Infanta. Como la Reyna Doña Isabél conocia bien la virtud de su hermana, y el deseo que tenia del amor de Dios, pareciale muy aproposito, y persuadiala con grandes ofrecimientos se quedasse con ella. Deciala: Que se retirarian juntas en el Monasterio que fundaba, y que alli harian vida Religiosa. El Emperador, y los Archiduques sus hermanos la rogaban lo mismo, porque sentian sumamente vér quan determinada estaba á dejarlos: pero los que mas instancias hacian, y con mayor persuasion la fatigaban, eran los Archiduques sus tios, hermanos de su Padre Carlos, de quien fue hija nuestra Reyna Doña Margarita, y el Archiduque Ferdinando, Padre de la Emperatriz Doña Ana, muger del Emperador Matias. A estos dos señores, personas de grande seso, y prudencia, parecia grave, y penosa esta resolucion. Ir una niña á tierras estrañas, fuera de sus deudos, y patria, nacion, y lengua diferente; el sustento, y clima contrario, á conocer nuevas condiciones, y humores; salir de su tierra de entre sus hermanos, desterrada del Norte, al Occidente, mas parecia castigo, que vocacion.

4 La Emperatriz su Madre iba á la misma tierra en que nació, y era volver la rama á su tronco; pero la Infanta, niña en la edad, tierna en la complexion, entregarse á los sucesos, que ofrece la variedad humana, se juzgaria por temeridad, y no por espiritu. ¿Qué habia de hacer en muriendo su Madre? Y si en el

ca-

camino el incierto, é inevitable golpe de la muerte le sobrevinieſſe, ¿qué repáro podia hallar en tanto deſabrigo, y ſoledad? Que aunque en el amparo del Rey Felipe ſu tio tuvieſſe el miſmo acogimiento que en ſu Padre; pero éſte era el remedio del daño, el qual ſe eſcuſaba con quedarſe. Reducirſe á ſu patria las Reynas, dejadas las Provincias, y Coronas, que mandaron en poder de ſus hijos, ó cuñados, era muy ordinario; ¿por qué adonde mejor pueden eſtár, que en donde nacieron? Pero quando ſe habria viſto deſterrarſe una niña de tierna, y hermoſa edad; condenandoſe á ſeiſcientas leguas de camino, aſpero, y peligroſo, por diverſas naciones, para hallarſe como flor deſtroncada en otro poder, y mano que la natural. Si queria ſer Religioſa, en la Reyna Doña Iſabél ſu hermana podria tener, para el eſpiritu Prelada; para el egemplo compañera, y amiga: no en Monaſterio de agena nacion, veſtida un ſayo de ruſtico ſayal, entre Señoras Religioſas, para ella, nunca conocidas, ni viſtas; lengua, y condiciones diferentes.

5 A todas eſtas razones, por diferentes medios, y con grande perſuaſion repreſentadas, reſpondia la Infanta con ſuma conſtancia, y modeſtia, eſtas breves, y ſuſtanciales palabras: Hermanos, y tios, vivír, y morir con mi Madre. Volvian otra vez á perſuadirla, y volvia otra vez á repetirlas. Con vér eſto la Emperatriz, y la conſtante determinacion de ſu hija; obrando ſiempre ſu Auguſta perſona contra lo miſmo que deſeaba; no quiſo reſolverſe á coſa tan grande, ſin hacer todo lo que humana, y prudentemente ſe debia. Comunicó la reſolucion de la Infanta con los parientes, y amigos, y en particular con la Duqueſa de Baviera ſu prima, y cuñada, hermana de Maximiliano ſu marido, hija del Emperador Ferdinando Primero, Infante de Eſpaña. Era eſta ſeñora de ſeñalada virtud, y conſejo; y reſpondió con eſtas breves palabras: Señora, muy bien quedaria mi ſobrina en compañia de ſu hermana la Reyna, y con los demás hermanos ſuyos: pero mi parecer es, que las hijas ſiempre eſtán mejor con ſus madres; eſpecialmente quando ſon niñas, y por criar, como lo es mi ſobrina. Cifró en pocas palabras gran conſejo.

CAPITULO XV.

PREGUNTA LA EMPERATRIZ A SU Alteza si quiere seguirla: lo que responde; y vàse apresurando la jornada à España.



O se quietaba aún el Augusto corazon de la Emperatriz Maria en la resolucion de traher á la Infanta su hija, ni con la aprobacion de la Duquesa de Baviera, ni con la constanre derermínacion de su Alteza; y asi quiso ella misma tocar su voluntad con las manos. Despues de haberlo mucho encomendado á Dios, la llamó, y con graves, y discretas palabras, porque no pudiesse el amor hacerle el alvedrio caurivo, solía referir la Infanta, que, la dijo: ¿Margarita, es verdad que gustais de acompañarme, y que de todo corazon quereis hacer esta jornada conmigo? Miradlo bien, que aunque yo rendré mucho consuelo en llevaros en mi compañia, con todo esso quiero mas vuestra comodidad, y daros gusto.

2 Respondieron los ojos de la Infanta á esta proposicion con riernas lagrimas, que explicaban bien sus deseos; y asi postrada á sus pies la pidió, que no la dejasse, pues con ella queria vivir, y morir; ¿qué habia de hacer sin su Madre? Ni quien podria suplirle su ausencia? Sus hermanos hombres, su hermana Leonor yá muerta, su hermana la Reyna Isabél yà en estado, y edad conocida; solo ella quedaba verdaderamente sola. ¿Qué deservicios le habia hecho, que pudiesse dudar de su amor? Y qué amor podia rolerar una ausencia ran larga, una despedida sin fin? Que no habia nacido su Alteza para sus hermanos, y tios, sino para su Madre, á quien debia la vida. ¿Sin su amparo, qué comodidades podia tener? Sin su consejo, qué aciertos? Qué perfeccion sin su egemplo? Muriendose las madres perderlas sus hijas, era pérdida de gran dolor; pero inevitable. Perder á su madre viviendo, ¿á quien sino á ella habria sucedido? Que sus comodidades eran seguirla, y su gusto; tanto mas al retiro á donde Dios rambien la llamaba. ¿Alli qué embarazo le podia hacer una hija, que veneraba su nombre, y no podia vivir un punto sin verla?

En-

3 Enternecieron mucho á la Emperatriz las discretas palabras de su hija, y volvieron otra vez á renovarse en union aquellos dos Reales corazones: y alli, decia su Alteza, que se ofrecieron de no dividirse, sino con la muerte, asegurandole la Emperatriz de que no la dejaria, y su Alteza, de que no se quedaria por ningun accidente. Habiendose yá publicado esta resolucion, hasta aquel punto suspensa, trató la Infanta de su jornada, como cosa sin duda, y comunicó con sus amigas su contento: solicitabalas á todas á que se fuessen con ella, ofrecialas su amparo, y su amistad; intercedia con la Emperatriz su Madre, para sus conveniencias, y allanaba las dificultades que en la materia se ofrecian.

4 Señalado, finalmente, el dia de la jornada de la Emperatriz, era grande la confusion de la Corte, y en esta mudanza, la diversidad de los pareceres, y afectos humanos: unos quedaban con dolor, otros partian con alegria. A quien, era amarga esta division, y el verse los padres, y las hermanas apartarse á no conocida suerte, y sucesos. A quien, era agradable la novedad de diversas naciones, trages, y costumbres, dejandose llevar de esta insaciable sed del corazon humano de mirar cosas nuevas. Formabanse varios juicios de la resolucion; como sucede en las que se ponen al tablero de la censura comun, discurriendo cada uno á su alvedrio. Cortaban algunos con severidad, determinacion tan notable, mudanza de tanta grandeza; que aun imaginada parecia imposible; tantas familias transplantadas del Norte al Occidente; un egercito de mugeres nobilissimas, por tal aspereza de caminos, y peligros, arriesgadas; yá en el mar, yá en la tierra, expuestas á penalidades, y trabajos, naufragios, y dolencias. ¿Qué retiro no hallaria la Emperatriz en Alemania? Qué Monasterios no le fundarian sus mismos Estados? Qué consejos no daria su prudencia? Qué inconvenientes no escusaria su valor?

5 Otros á diferente luz discurrian, con grande aprobacion, pareciendoles suma prudencia, no querer verse en el mismo Imperio Madre que lo habia gobernado, y mandado Señora, dependiente de la voluntad de su hijo, y del alvedrio de su juventud. ¿Qué tenia yá que ser en el mundo, quien habia sido Emperatriz en él? Solo con retirarse se hacia superior á sí misma; y tanto mas conseguia, quanto mas despreciaba. De esta suerte, desigualmente se discurria por los Cortesanos, y Politicos, cada uno

uno corriendo con ſu parecer, por donde le guiaba ſu inteligencia; haciendoſe todos al juzgar ſuperiores á los que lo ſon en el reſolver; que ſiendo tan altas las determinaciones de Eſtado, no hay juicio tan leve que no las cenſure.

CAPITULO XVI.

PARTE LA EMPERATRIZ CON LA Infanta, de Alemania: el buen orden, y concierto de ſu Corte.



Ompueſtas yá las coſas de Alemania, y del Imperio, inſtruido en todo el Emperador Rodolfo, por la Emperatriz ſu Madre; cumplido con el teſtamento del Emperador ſu marido; diſpueſtas las prevenciones neceſarias á tan grande reſolucion, habiendoſe hecho antes muchos ſacrificios, y por ſu Mageſtad, y otras ſantas, y devotas perſonas inſtante oracion, ſe egecutó la jornada por el mes de Agoſto de 1580, partiendo de la Ciudad de Praga, cabeza del Reyno de Boemia, en donde habia aſſentado ſu Corte el Emperador Rodolfo. Aſsiſtia en aquellos tiempos por Embajador ordinario de Felipe Segundo Don Juan de Borja, hijo del Santo Franciſco de Borja, Duque de Gandía, Caballero de gran virtud, y talentos; tenia orden del Rey de que vinieſſe ſirviendo á la Emperatriz de Mayordomo mayor, y egerció eſte pueſto con tal diſcrecion, y providencia, que fue uno de los mayores alivios que tuvo la jornada.

2 Deſpidieronſe en Praga del Ceſar la Emperatriz ſu Madre, y la Infanta ſu hermana, con grande terneza, y por eſtár gravemente ocupado, no pudo acompañarlas. Fueron deſde aquella Ciudad, aſsiſtiendo á ſu Mageſtad, y Alteza, la Reyna de Francia Doña Iſabél, los Archiduques Arneſto, y Maximiliano ſus hijos: traveſaron parte de la Morabia, haſta llegar á Carintia, en donde eſtaba aguardandoles el Archiduque Carlos, primer hermano, y cuñado de la Emperatriz, Padre del Emperador Ferdinando Segundo, que hoy felizmente vive. Recibiólas en Gratz ſu Corte, como convenia á tales perſonas; y alli con tiernas lagrimas ſe deſpidieron la Emperatriz, y ſu Alteza de la Reyna de Francia, y del Archiduque Arneſto ſus hijos, que trave-

vesados de dolor de esta herida, volvieron á Praga. De Gratz salieron acompañadas del Archiduque Carlos, hasta dejarlas fuera de sus Estados, en donde se despidió; y continuaron su jornada con el Archiduque Maximiliano, y su Corte, para pasar por los Alpes á Italia.

3 Era grande la Corte, que consigo trahia la Emperatriz Maria, y la Infanta su hija de Señoras, Damas, Criadas, y Familia; el Archiduque Maximiliano, Principes, Caballeros, y deudos que la seguian, por diferentes obligaciones, y causas. Por esto no pudo dejar de padecerse mucho en tan asperos, y peligrosos caminos; el tiempo caluroso; las tierras, y regiones destempladas. Ardia la peste en Italia, sin el contagio ordinario de las mutaciones, accidente poco menos mortal que la peste; con todo esso fueron siempre vencidas por la gracia las dificultades que iba ofreciendo la naturaleza, que la dicha de aquel viage fue singularissima.

4 Desde que partió su Magestad, ordenó su Corte de suerte, que huviesse gran concierto en el caminar, buen orden al aposentarse, puntualidad al partir, abundancia grande de bastimento, y regalo. En lo que mas se señalaban Madre, é Hija, era en lo que tocaba al Culto Divino, en el qual fue increible su cuidado, no solo en que oyesse Misa la Corte cada dia, señaladamente los que eran de precepto; sino en proseguir su Magestad, y Alteza la concertada vida espiritual que seguian en Praga, su oracion, y egercicios, ayudandose la una á la otra admirablemente en esto. Rezaban juntas el Oficio de nuestra Señora, el Rosario, y todas las demás devociones. Recogianse á orar, cuidando de que todas las Señoras, y criadas hiciessen lo mismo, quanto diesse lugar la inescusable fatiga del camino.

5 Eran grandes los socorros, y limosnas que la Imperial Señora iba haciendo por todos los lugares, assi por mano de sus Limosneros, y Mayordomos, como por la Infanta, que era limosnera mayor. Refieren las personas que venian con su Alteza, que fue cosa de grande admiracion, lo que edificaba el verla tan caritativa, y devota, siguiendo aquella natural inclinacion que tenia á los pobres, en quien repartió con larga mano muy gruesas cantidades. Hacia que sus criadas tragessen panecillos en los coches, y litéras, y dentro algunas monedas de plata; porque no viviesse con pan solo el hombre.

6 Si no veía á la mano los pobres, mandaba que lo repartiessen á los criados, cocheros, y acemileros, y otros que iban sirviendo, y siguiendo la Corte. Decian las criadas, Señora, mire V. Alteza que estos hombres no son pobres, no hay que darles limosna, que no tienen necesidad. Para que no la tengan se la doy, respondia, no han de perder el socorro de pobres, porque sean criados. ¿No son harto pobres, pues sudan para haber de comer, y sirven para haber de vivir? Trahian su Magestad, y Alteza consigo grandes Reliquias, y Cuerpos de Santos; y de este tesoro tenia mucha cuenta la Infanta: especialmente trageron entonces el Cuerpo de San Valero, que hoy con gran veneracion se tiene en las Descalzas. Finalmente egercitandose en estas santas obras, travesaron los Alpes, y llegaron á Italia.

CAPITULO XVII.

PROSIGUEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA la jornada por Italia. Acude á su servicio la Republica de Venecia. Visitan á San Antonio de Padua.



Ntraron en Italia la Emperatriz, y la Infanta por el Frioli, tierra de la Señoria de Venecia. Fue grande el agasajo, y servicio que recibieron de aquella Republica; porque desde que pisaron sus Provincias, hasta que salieron á Lombardia, acudieron al regalo de su Magestad, y Cortesanos, Ministros, y Oficiales para esto solamente destinados. Enviaron de Venecia gran cantidad de plata labrada, y otras alhajas gravadas con el Leon de San Marcos, para el servicio de aquella Corte. Acudieron con grande abundancia, y ostentacion, descubriendo en la opulencia el obsequio que de corazon hacian á estas dos Reales Personas. Tenian por la campaña prevenidas mesas decentemente aderezadas, abundantemente proveídas, no solo para que el pueblo, que las seguia hallasse alivio, y sustento en el camino, sino con sazonadas viandas, y toda suerte de regálo para las Señoras, y Damas. En todos los lugares salian los Ministros públicos á besar

ſar la mano á ſu Mageſtad, y Alteza, y en nombre de aquella Republica, á ofrecer à ſu alvedrio los pueblos.

2 Deſde que partió de Alemania la Emperatriz, habia propueſto de paſar por Padua, una de las Ciudades que en Italia eſtán ſujetas á Venecia. Quiſo venerar, y viſitar con ſu hija el Cuerpo de San Antonio, aquel Varon de milagros de mi Orden Seraſica: por eſto enderezaron ſu camino con breve rodéo por aquella Ciudad. Era muy particular la devocion que ſu Mageſtad, y Alteza tenian al Santo, y aſsi fue mucho lo que ſus almas grangearon en aquella devota romería. Deſcanſaron en eſta Ciudad, y Santuario algunos dias, dando eſpiritual refreſco á la Corte. Alli confeſaron, y comulgaron ſu Mageſtad, y Alteza, y á ſu imitacion los Corteſanos, que es poderoſa la ley del egemplo. Nueſtra devotiſsima Infanta fue la que mas á velas tendidas ſe entregó al eſpiritual cortejo del Santo, con quien hizo ſus devotos conciertos. Alli ſe refiere, que volvieron á renovarſe las anſias de ſer Religioſa Deſcalza, y arder ſu corazon en eſtos deſeos.

3 Comunicó la devota Niña á San Antonio ſu amoroſa paſion, y los ſentimientos que en ſu alma tenia, ſiendo tan viva ſu fé, y devocion con él, que aſsi ſe conſolaba con ſu memoria, como lo pudiera hacer con ſu preſencia. El Santo con interiores documentos premiaba ſu devocion, reſpondia á ſus dudas, y alentaba ſus eſperanzas. ¡Lo que debe eſtimarſe en los rieſgos del ſiglo la intercesion de los Santos! Tiempo pierde en la vida, quien en ella deſperdicia eſtas gracias, y no procura adquirir eſtos inviſibles amigos. Es hacer teſoro en la tierra, que ni pueda robar el ladron, ni conſumirlo el tiempo. La Infanta Margarita fue en eſto atentiſsima, y con la mano de Dios nueſtro Señor guiada á los aciertos del eſpiritu, no pasó por Santuario, que no lo introdugeſſe en ſu corazon para ſiempre, y con quien deſpues no tuvieſſe correſpondencia terniſsima. Quedó ſumamente devota de San Antonio de Padua, Varon, que parece que vive hoy, pues aſsi ſocorre á los Fieles con ſus obras, como viviendo los mejoró con ſus palabras. Dejaronle agradecidas, y ricas memorias de haber paſado por alli la Emperatriz, y ſu Alteza, preſentes, y dones muy grandes, que hoy ſe refieren grabados en los bronces de ſu Santuario.

4 Fueron de Padua caminando á Lombardía, agaſajadas, y

ſervidas con ſuma alegria en todos los pueblos, admirando Italia orden, y concierto tan grande en un numero infinito de gente de tan diverſas Naciones, y forma de vida. Refiereſe por coſa memorable de aquellos tiempos la jornada de la Emperatriz por Italia; porque en ella reſplandeció ſu prudencia, y ſantidad con grandes quilates. Habia dado ordenes muy apretadas de que no dieſſen moleſtia á los pobres, no ſolo los que ſeguian la Corte, ſino aquellos que la recibian; porque raras veces el peſo, y concurſo de tanta gente deja de embarazar, y laſtimar caminando: fatigan los pueblos, gravan los pobres, deſazonan los ricos, hacen enemigos los neutrales, y deſidentes los amigos. Todo eſto ſe eſcusó por la prudencia de la Emperatriz, y felicidad que concedió Dios á ſus ſantos deſeos. Finalmente hizo guſtoſo, y viſtoſo al mundo el tranſito de ſu Corte, que con menos orden ſuelen dignamente contarlo los padres á los hijos entre las calamidades grandes de los tiempos.

5 No habia Gobernador en Milán, y ſervia en el interin el cargo Don Sancho de Padilla, y aſsi como entró ſu Mageſtad por Lombardía, ſe acudió por los Miniſtros del Rey á ſu ſervicio con mucha puntualidad, y cuidado. Señalaronſe en eſto mucho las Ciudades, y Pueblos de aquel Eſtado, como vaſallos tantas veces defendidos por las armas de Eſpaña. Ofrecian á ſu Mageſtad en nombre de ſus Comunidades preſentes de igual amor, y grandeza, y recibialos con grande agrado, y benignidad. La Infanta atenta ſiempre á no dejar que paſaſſe lance, ſin dar paſos de vida eterna en la jornada temporal que ſeguia, de todo eſto ſacaba devotas ganancias. Interponiaſe con los Mayordomos que dieſſen de los preſentes que trahian á ſu Mageſtad el tributo á los pobres, que debe pagarles el abundancia: no pudiendo tolerar el noble corazon de ſu Alteza, que quando arroja el poderoſo lo ſuperfluo, llóre lo neceſario el mendígo. O deſorden humana en la diſtribucion de los bienes que Dios concedió comunes al hombre! Con los deſperdicios del poderoſo viviera ſocorrido el neceſitado, y ſiendo teſoros para el rico aquellas ſuperfluidades empleadas, ſe le vuelven condenacion eterna perdídas.

CA-

CAPITULO XVIII.

VISITA A SU MAGESTAD, Y A SU ALTEZA San Carlos Borroméo.



FLorecia en aquellos tiempos el ſanto Cardenal Carlos Borroméo Arzobiſpo de Milán, que como luz clariſsima en la Igleſia, alumbraba al mundo deſde aquella ſilla con rayos de ſingular egemplo. La Emperatriz, por eſcuſar mayor dilacion, no quiſo paſar por Milán, deſviando tambien la pompa, y aparato con que ſe habian prevenido á recibirla; pero el ſanto Prelado, tanto en veneracion de las virtudes de ſu Mageſtad Ceſarea, como de lo que ſe debia á ſu Auguſta Perſona, ſalió á viſitarla á Lodi, donde ſe detuvo, y deſcansó algunos dias. Recibió al Cardenal con grande amor, y reſpeto, por el concepto que tenia de ſu ſantidad. Comunicó con él los deſignios con que de Alemania iba á Eſpaña, los motivos de retirarſe, y el guſto con que paſaba por las fatigas de tan prolijo camino, por llegar á conſeguir eſte intento. El Santo la animó mucho, que ſiguieſſe aquellos eſpirituales impulſos, y encendia con razones de fuego divino el corazon de la Emperatriz. Aſsiſtia mucho á Palacio, y con eſpirituales platicas animaba á las Señoras, y Damas que la ſeguian. Todas le comunicaban con guſto, y devocion; pedianle conſejo, y luz en ſus dudas, y como el Cardenal las veía tan devotas, y tanta virtud en lo mas lucido de la tierra, ſe moſtraba afable con todos, exhortando á la perſeverancia con egemplo, y palabras.

2 Aunque el agrado del Santo Cardenal Borroméo, y los rayos de ſu caridad influían en toda la Corte de la Emperatriz; pero con quien mas ſe manifeſtó, y alegró ſu eſpiritu, fue con nueſtra Infanta Margarita. Habló á ſu Alteza con grande caricia: procuraba verla, y comunicarla muchas veces, informandoſe de ſus ſantos propoſitos, y deſeos. Gozabaſe mucho de eſto la Infanta, como quien ſentia en ſu alma cierta eſpiritual correſpondencia, é interior ſimpatía con la del Santo. ¡Qué mucho, ſi un miſmo fuego abraſaba los dos corazones; ſi un miſmo objeto amaban, y á un miſmo dueño tan ſantamente ſervian! Dió cuen-

ta de ſu vocacion ſu Alteza, el camino por donde Dios la guiaba, ſu modo de oracion, y egercicios, el deſengaño grande que tenia, el deſprecio con que ſe hallaba de las coſas de eſta vida, y averſion del ſiglo. El Santo Prelado admiraba con júbilo de ſu alma, en catorce años de edad una voluntad tan fervoroſa, un entendimiento tan iluſtrado, y una alma tan pura. Pareciale que habia caminado la Infanta á largas jornadas por eſte camino interior; porque deſengaños que en pérdidas muy grandes, apenas ſe cobran por varones de eſpiritu, los veía en ſu Alteza adquiridos con grandes ganancias. Animóla San Carlos á ſeguir ſus intentos, y á que nunca dejaſſe ſus devotas acciones: que frequentaſſe mucho la oracion, atendieſſe en ella á ſu aprovechamiento, y caminaſſe á un ſanto compás, con las acciones exteriores del cuerpo á las luces interiores del alma.

3 La oracion, decia el Santo, que no mejora la vida, no es oracion, ſino engaño. A las obras quiere Dios que creamos. El egercicio de las virtudes encomiendo á V. Alteza, que ſon Reynas coronadas de pocos vaſallos. La imitacion de la vida de Chriſto bien de las almas, es la perfeccion de la vida del hombre: ſiga ſus paſos á la luz que le dá: no ſe embaraze V. Alteza con ſer hija, y nieta de Emperadores: no le peſe eſta grandeza al tenerla, ni al dejarla: dentro de lo grande cabe lo ſanto, y nada peſa mucho, ſi ſe tiene, ó deja por Dios. No eſtán las virtudes vinculadas á los pueſtos; pues en todos ſe pueden egercitar. Los Reyes en el Portal, y el ladron en la Cruz adoraron á Dios. Si lo miſmo que ſuelen hacer los Principes por ſu conſervacion, hicieran por el Autor de la vida, ſolo con mudar el intento pudieran ſer ſantos. La ciudad del mundo, que es el amor propio, pone fuego, y deſtruye á la Ciudad de Dios, que ſon las virtudes, é impulſos del amor divino. Salgamos á Dios de noſotros, y hallarémos á Dios. Tanto vivirá del amor divino en noſotros, quanto muriere del amor humano. Eſtos dos amores ſon la noche, y el dia, que ván huyendo de sí. Déles V. Alteza intencion pura á ſus obras, que es el egercicio de mayor perfeccion. Si ſon ſencillos tus ojos, claró ſera tu cuerpo, nos dejó dicho el Señor: (a)

4 Si cuidaſſen los Principes de no obrar por sí, y de obrar por Dios, ceſaria la poca ſinceridad en los conſejos, ſeguirianſe ſe-

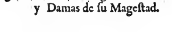
(a) *Si oculus tuus fuerit ſimplex: totum Corpus tuum lucidum erit.* Matth. 6. v. 22.

ſeguramente los aciertos. ¡Qué de coſas heroycas harian en obrando por Dios, de las que no hacen, porque obran por sí.! Y muchas no harian en obrando por sí de las que hacen, porque no obran por Dios: raras veces incurrieran en lo malo, ſiempre eſtarian obrando lo bueno: eſto ſería, Señora, el remedio del mundo. No crea V.Alteza que es facil eſte delgado, y ſanto egercicio de purificar los intentos; pues para que haya pureza de intencion, es neceſaria pureza de coſtumbres, y de vida. Pero aunque eſto es dificil al alma, todo es facil á Dios. Con eſtas platicas, decia ſu Alteza muchas veces, que la habia dejado tan aprovechada, que ſolo con acordarſe de las caricias, y amor que le moſtró el Santo Borroméo, conſolaba ſumamente ſu alma. Es ſin duda una de las aprobaciones mayores de la ſantidad de ſu Alteza, vér lo que inclinó Dios nueſtro Señor á ſu perſona un tan célebre Varon, y de tan alta perfeccion, de tan vivo conocimiento en el eſpiritu, como San Carlos; porque la verdadera aprobacion de la perfeccion, es la que hacen los varones perfectos.

5 Sobre ſer alma tan favorecida de Dios la de eſte devotiſſimo Prelado; era ſu diſcrecion, y cortesía rariſsima, como quien ſe habia criado en la Corte Romana, en el Palacio de Pio IV. ſu Tio, con noticia de cómo ſe ha de agaſajar, y ſervir á los Principes. Es ſervicio de Dios no hacer horrida la virtud, ni aſpera la perfeccion; y que la Igleſia por ſus Miniſtros trate, y acaricie, como Madre, á los Principes que la defienden como hijos. Eſtaba ſiempre el ſanto Prelado regalando á la Emperatriz, y á la Infanta, y á todas las Damas de la Corte con dones dignos de ſu eſpiritu, y de la grandeza Ecleſiaſtica de ſu Dignidad, de que reſultó la galanteria ſiguiente, que hará mas guſtoſa la materia de eſte capitulo.

6 Habia ido á Milán el Archiduque Maximiliano, entretanto que la Emperarriz, y ſu Corte deſcanſaban en Lodi, á donde hizo que llevaſſen los Mercaderes los brocados, telas, criſtales, y coſas mas precioſas que enriquecian ſus tiendas. Hizo de eſtas riquezas el Archiduque opulento aparato, poniendolo á los ojos de las Señoras, y Damas de la Emperarriz. Y dicen los que ſe hallaron con ſu Mageſtad, que el ſanto Cardenal, ſin embarazarſe con la rigida obſervancia Ecleſiaſtica, de la qual fue cenſor tan ſevéro; envió á decir á las Damas, que tomaſſen de aque-

aquello, que veían delante lo que les parecieſſe, que á honra de Dios, y de la virtud, no faltaria algun Ecleſiaſtico que lo pagaſ-ſe. Hermoſo, y eſtendido es el campo de las perfecciones divinas en las acciones humanas. Quien trahia rota la tunica interior de ſu cuerpo; quien dormia en una tabla, ofrece á la virtud las miſmas riquezas que piſa, deſpreciandolas al tenerlas, y al darlas: y por aprobar la virtud de la Corte de la Emperatriz, dá enſanche á ſu rígido dictamen, y hace motivo de mayor perfeccion, lo que en otro Prelado menos penitente, y auſtero, pudiera ſer digno de grave cenſura. La Emperatriz hizo, que le reſpondieſſen de ſu parte: que rehuſaba que ſus Damas admitieſ-ſen el ofrecimiento, por eſcuſarle deſpues el eſcrupulo; y que ſe contentaba ſu Corte, y Familia con la riqueza, y regalo de ſu bendicion. Con lo qual declinando el cortejo del ſanto Cardenal, al Archiduque Maximiliano, en quien venia mas natural, y á la liberalidad de la Emperatriz, que mandó que tomaſſen lo que quiſieſſen, con ánimo igualmente franco, y galante, fueron regaladas las Señoras, y Damas de ſu Mageſtad.





CA-

CAPITULO XIX.

PARTE SU MAGESTAD DE LODI á Genova: embarcase, y visita en Marsella las Reliquias, y Santos Lugares de la Magdalena.

REgaladas juntamente, y aprovechadas con la santa urbanidad del Cardenal Borroméo, partieron la Emperatriz, y su Alteza de la Ciudad de Lodi continuando su camino, y en breves dias llegaron á Genova; de cuya Republica fueron recibidas con grandes demostraciones de rendimiento, y fineza, ofreciendose el Dux, y los Nobles de ella á devotisima servidumbre; manifestando deber la libertad que gozan á la proteccion de España. En esta Ciudad se detuvo su Magestad algunos dias, haciendo tiempo para la embarcacion, y entretanto visitó el Domo, que es la Iglesia Mayor de aquel Arzobispado, en donde están las sagradas Reliquias de San Juan Bautista, ricamente adornadas, y reverenciadas por aquella Señoría, como quien debe grandes beneficios á su intercesion. Háles escusado evidentes peligros de tempestades, y peste; que á uno, y otro accidente está expuesta aquella Ciudad, puerta de Italia, Emporio del Oriente, Puerto mal guardado de los vientos, que mas embravecen las ondas de aquel mar.

2 En Genova se despidió el Archiduque de su Madre, y Hermana con mucha terneza, Principe de grande prudencia, valor, y virtud. Volvió de esta jornada con sumo reconocimiento á las misericordias de Dios; por ser señaladas las que obró en aquella numerosissima familia. Porque habiendo pasado por lugares apestados en el fuego, y rigor del Verano (que en Italia solo este accidente suele ser mortal) y aposentandose los Cortesanos inescusablemente en muchas casas tocadas del contagio, y comido los mismos bastimentos, y usado el mismo ayre, no huvo pasagero, ni Cortesano á quien hiriesse la peste, antes se observó por aquellos tiempos con maravilla comun de todos, que por quantos lugares pasaron su Magestad, y Alteza, cesaban las dolencias, y se

ſe veía tan pronta mejoría, que andando buſcando los hombres las cauſas, eſtrañaban los efectos. ¡Qué larga es la mano de Dios en favorecer la virtud! No ſolo daba ſalud á la familia, y Corte de ſu Mageſtad, y Alteza, para que la tuvieſſen, ſino para que la repartieſſen; alargando las vidas con ſu preſencia, las que la mejoraban con ſu egemplo.

3 Tenia prevenidas en Genova las eſquadras de Napoles, Sicilia, y las que el Rey tiene en aquella Ciudad, con las de la miſma Republica, el Principe Juan Andrea Doria, Varon de iluſtre virtud, heredada, y propia, y eminente en el arte, y gobierno maritimo. Habiale mandado el Rey, que con toda eſta Armada navegaſſe á la Emperatriz ſu hermana á Barcelona, y no ſe contentó el Principe con eſto; ſino con hoſpedar á ſu Mageſtad, y ſu Corte con grande abundancia, veneracion, y decencia. Deſpues de haberſe diſpueſto todo para la embarcacion, pareciendo al Principe Doria el tiempo apropoſito, ſalió ſu Mageſtad de Genova á embarcarſe en ſu puerto en la Capitana Real con la Infanta Doña Margarita ſu hija, y las Señoras, y Damas de mas nombre; repartiendoſe lo reſtante de la Corte en las otras eſquadras, y galeras.

4 A la hora ſeñalada dió orden ſu Mageſtad al Principe para que ſe hicieſſe á la vela, y el Principe para diſparar la pieza de leva. Saludó la artilleria de la Ciudad á la Emperatriz, y los navíos, que quedaban en el puerto, le dieron el buen viage. A pocas horas ſe fue perdiendo de viſta la linterna de Genova, y coſteando haſta Marſella, deſembarcó ſu Mageſtad en aquella Ciudad, para aguardar tiempo de paſar el Golfo, breve mar de naufragios en eſta navegacion. Viſitó en Marſella las Reliquias de aquella Ciudad, y la cabeza de la Magdalena, y la ſanta cueva, en donde penitente, y favorecida lloraba con los Angeles ſus culpas.



CA-

CAPITULO XX.

VUELVE A EMBARCAR EN MARSELLA ſu Mageſtad, y Alteza. Tempeſtad en el Golfo. Deſembarca en Colibre, y llega à Barcelona.



Areciendo al Principe Doria el tiempo oportuno para la navegacion, ſe embarcó ſu Mageſtad con ſu Corte, y dejando por popa el puerto de Marſella, fueronſe entregando al Golfo. Navegaron al principio con felicidad, y eſperanza de vencer brevemente el peligro, pero en pocas horas fue refreſcando el tiempo, de ſuerte que puſo en mucho cuidado la Armada. Andaba yá con el viento la mar tan grueſa, que eran inutiles los remos, peligroſas las velas. Las galeras unas de otras ſe iban apartando, y las que juntas poco antes hacian comun ſocorro, divididas, y ſeparadas eſcuſaban el daño. Finalmente, luego ſe conoció por declarada la tormenta, y empezaron los valances, y golpes de mar á ſer tan furioſos, que no ſolo en los navegantes, ſino en los miſmos Pilotos, y hombres de galera ſe veía gran deſconſuelo. El Principe reconociendo el peligro, ſuplicó á ſu Mageſtad, que tuvieſſe por bien de bajarſe con las Señoras, y Damas á la Camara de popa, porque aſsi convenia á ſu ſervicio.

2 Las Señoras que veían la mar embravecida, y las olas furioſas, al mandarlas ſepultar entre aquellas inconſtantes tablas, comenzaron á reconocer, y llorar mas el rieſgo. Refieren los que ſe hallaron en eſta ocaſion, que fue aquella una de las mas deshechas tempeſtades, que ſe han viſto en el Golfo; tanto que el Principe Doria nunca ſe vió con igual cuidado; mas por llevar en ſu armada las perſonas mayores de la tierra, que por el peligro que pudiera tener en la vida. Aſsi como ſu Mageſtad ſe puſo debajo de cubierta, ſe echó toda la ropa de la popa abajo, porque el viento en la reſiſtencia no ſe cebaſſe con mayor poder. Mandó tambien el Principe calafetear los eſcotillones de Camara, que es como aſſentar la loſa al ſepulcro donde eſtaban ſu Mageſtad, y Alteza; y atandoſe al Eſtanterol el Principe, por-

que algun golpe de mar, ó del viento no le volasse, gobernó él solo desde alli la Çapitana, lo que duró la furia de los vientos.

3 Era de vér, y de lastimar en toda la armada las voces, lamentaciones, y votos de los pasageros; no habia pecados que no se digessen, Santuarios que no se ofreciessen, ni intercesiones que no se invocassen. Veíase el lastimoso espectáculo, una armada tan hermosa deshecha, sin verse, ni poderse ayudar unas galeràs á otras; temiendo cada uno como propio el peligro comun. Refierese, que el desaliento de las Damas, y Señoras fue muy grande, porque el accidente penoso, que turba la salud en la mar, aumentaba el temor de la muerte, que era mayor mal, que el maréo. Yácian postradas por el plan de la Cámara de popa, aguardando cada instante el ultimo golpe de la vida, yá creídas de morir en las ondas, y ser alimento á los peces. Aqui era el llorar la jornada, y acordarse de la dulce patria; el dolor de haber dejado aquella seguridad por estos peligros. Fue cosa admirable en esta ocasion el valor grande de la Emperatriz, y de su Alteza, las quales siempre estuvieron con ánimo constante, de que Dios les habia de ayudar, señaladamente la Infanta, que con ser de delicada complexion, y sujeto, no le hizo mas mudanza la mar, que si se estuviera en la tierra. Acudia con increíble fervor, y caridad á alentar, y dár esperanza á las criadas; asistia con ellas, y las animaba, y con razones amorosas en aquel peligro las persuadia á que tuviessen esperanza en la Virgen, que serían socorridas.

4 Solía contar la Infanta, que en sí misma sentia una fuerza, y seguridad interior, una confianza, y certeza de que habia de librarles Dios de aquella tempestad; que quando mas embravecido estaba el tiempo, y quando las olas mas poderosamente amenazaban á aquel inconstante leño, mas firme, y segura se hallaba. ¡Grande es la fortaleza del corazon humano, quando virtud divina le alienta! Este vaso débil de pasiones, á quien qualquiera soplo perturba, torre es de bronce, si la mano de Dios le conforta. Vieronse, en la mayor fuerza de la tempestad, sobre las cajas, y santas Reliquias que trahia la Emperatriz, llamas, y resplandores en el ayre maravillosos, à que se siguó irse sosegando la mar, y moderando los vientos.

El

5 El dia de Santa Lucía, con vista agradecida, se reconoció á Colibre, costa de Cataluña, habiendo sido tal el escarmiento de la Corte en el riesgo del Golfo, que suplicaron á su Magestad, que tuviesse por bien de que no volviessen otra vez á exponerse á la variedad de este inquieto elemento, pues Dios habia permitido que llegassen á pisar la amada, y deseada tierra. Determinó su Magestad de complacerles, y escusar la navegacion de alli á Barcelona, y desembarcando en Colibre mandó, que se diesse aviso al Duque de Terranova, Virrey de Cataluña, el qual vino con muchos Caballeros de aquella Nacion, para ir acompañando, y sirviendo á su Magestad hasta Barcelona. Supo la Emperatriz del Duque, como el Rey su hermano estaba en Portugal, para componer el estado de aquel Reyno, y dár forma á su primera union con la Corona de España. Salió de Barcelona á recibir á la Emperatriz Don Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, Prelado en sangre, valor, y prudencia singular, que con orden del Rey, habia venido á acompañarla. Fue grande la pompa, y Real aparato con que recibieron á la Emperatriz en Barcelona, cuyos regocijos déjo de referir, remitiendolo á quien con pluma secular escogiere este assunto, que á nosotros las virtudes de su Alteza nos llaman; materia mas noble, y objeto mas digno, á cuya imitacion debemos despreciar las Fiestas á escribirlas, que el espiritu desengañado de su Alteza despreciaba al mirarlas.



CAPITULO XXI.

PARTEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA de Barcelona. Llegan á Monserrate, y describese este sagrado Monte, y Santuario.



Espues de haber descansado su Magestad, su Alteza, y Corte en Barcelona, partieron acompañadas del Arzobispo de Sevilla, y del Virrey al Santuario de Monserrate, de quien era la Emperatriz sumamente devota, y cuya descripcion mas será descanso, que digresion á esta historia.

2 Levantanse las montañas de Monserrate, promonrorio venerado de navegantes, adorado de pasageros con religiosa fé, á siete leguas de Barcelona. Mira al Oriente el santo Templo de la Imagen, las espaldas del monte al Occidenre, á los Pirinéos, y mar de Tarragona los dos lados, las puntas de los peñascos al Cielo, los valles al abismo. El sitio es aspero, la altura eminenre sobre los mas altos collados de aquella Region: vestido en la mayor parte de encinas, y otros arboles, y hierbas saludables, admirable en el olor, en la vista, y la frescura.

3 Subese desde la Villa de Ygualada por el un lado á buscar la Casa, con dificultad, y sin peligro; desterrada toda desgracia por la Virgen en su sagrado Monte. Dá vueltas el camino bien prolijas, siguiendo las honduras de los valles, enrrandose en las entrañas de la sierra, rodeando la montaña, formidable si se mira á su altura, ó se vuelven los ojos á su profundidad. Los senos de la tierra son grandes, las cabernas, y espacios con maravilloso artificio, por la naturaleza dispuestas á la mayor recreacion de la vista. Los peñascos altissimos pelados sobre el monte son de jaspe tosco á modo de piramides, divididos unos de otros, y aserrados. De aqui nace, que se llame Monserrate, como quien dice, monte aserrado con la division que la naturaleza ha hecho en sus peñas. Es tradicion constante en aquella Region, que se dividieron enrre sí los peñascos en la muerte de Christo, que solo á ella parece que pudo hacerse en piedras tan duras, tan tierno sentimiento. (a) La altura de los arboles defiende á los pasageros del

(a) Vid. Joan. Carthag. tom. 1. lib. 11. Hom. 13. col. 114.

del Sol, y del rigor del viento, y escondidos á las inclemencias del tiempo, por calles, y senos muy amenos, entretenidos los sentidos, en el oler, en el mirar; el canto de las aves, la suavidad de las hierbas; la maravilla del sitio, divertidos, y alegres vencen su aspereza sin sentirla.

4 No hay agua viva en el monte, pero la humedad natural es bastante á tenerle lleno de amenidad, y frescura. Veese desde el camino en dilatadisimo Orizonte el espacioso mar de Barcelona, y los campos de aquella Region, bien poblados de Lugares, y Quintas. Es una inmensidad de muchos collados juntos esta misteriosa Montaña, por cuyas concavidades, y riscos se le señalan al pasagero cosas bien memorables, que escusamos ahora referir. El pie de lo mas profundo del monte le están adornando dos pueblos pequeños, vasallos de la Virgen, y por el uno de ellos el Rio Llobregat, con mediana corriente, vá á perderse en la mar. Esparcidas por los riscos de la Montaña, se esconden trece Hermitas, en donde otros tantos Hermitaños de aprobada, y conocida virtud hacen vida rigurosa, y penitente. Alli en los brazos de la soledad sepultados al mundo, se entregan á egercicios devotos, y á la oracion altisima, subtrahida el alma del embarazoso ruido de las criaturas. Alli despreciando lo que no vén, adoran lo que meditan. ¡O vida venturosa! desengaño noble de la vanidad del mundo, donde con religiosa quietud, negado á los afanes del siglo, se entrega el enamorado espiritu á la pureza de la contemplacion! O bienaventurado el que vive en sepultura tan noble, á luz tan clara, seguramente enterrado en la vida, desembarazado, y animoso en la muerte!

5 En el valle mas escondido se busca el Templo de esta santa Imagen, y quando parece que no se ha de hallar capacidad para una Hermita, se descubre el suntuoso edificio de un Monasterio de Monges Benitos, de egemplar, y rigurosa observancia: liberalisima la hospitalidad á los pasageros, y peregrinos: el fervor, y la caridad siempre egercitandose en los progimos. El Templo de la Virgen excelente, claro, alegre, rico: las Capillas admirablemente adornadas: el edificio grande por el arte, maravilloso por el sitio: la Virgen servida con devocion, y asistencia. Es la sagrada Imagen muy antigua, de proporcion, y escultura bastantemente hermosa, pero de invisibles gracias tan prodiga, que nadie dejó de mejorarse en su presencia. Enciende los

los corazones, y con oculta fuerza ſe los lleva; y con ſer infinito el numero de milagros, que cada dia ſuceden en los que cobran la ſalud del cuerpo, ſon ſin comparacion muchos mas á los que cura en las dolencias del alma. A eſte ſanto Templo llegaron la Emperatriz, y la Infanta con ſu Corte, eligiendo por puerto, y deſcanſo de tan prolija jornada, ofrecerſe en él á la Virgen.

CAPITULO XXII.

FAVOR SOBRENATURAL, QUE EN Monſerrate recibió de la Virgen Maria ſu Alteza, y accion generoſa con que ſe ofrece por Eſpoſa à Jeſus.



Legó la Infanta Margarita á Monſerrate con grande conſuelo de ſu alma, porque deſde que habia oído referir á ſu Madre las grandezas que Dios ſolía obrar en aquel Santuario, ſe introdujo en ſu corazon grande deſeo de venerar en él á la Virgen: y aſsi decia ſu Alteza, que fue el mejor dia que tuvo en la jornada, en el que pisó las ſagradas loſas de aquel ſanto Templo; y que deſde que fue entrando en él, y ſe puſo en la preſencia de nueſtra Señora, ſe halló ſu alma llena de un baño de tal ſuavidad, y devocion, que huvo meneſter valerſe de gran fuerza, y ſer muy aſsiſtida de Dios, para eſcuſar que exteriormente vieſſen lo que interiormente ſentia. No eſtá atada á lugares la gracia, ni materiales terminos contienen en el Divino Eſpiritu, que obra en las almas: pero es cierto, que Dios ſe manifieſta mas en unos lugares, que en otros; ó porque en ellos ha ſido mas tiempo venerado, ó porque en ellos quiere ſer mas devotamente ſervido. Las miſericordias que usó con ſu Alteza en eſte Santuario, fueron ſin duda rariſsimas, llenando de dones ſingulares aquella alma enamorada, y ſanta. Aſsiſtia ſiempre ſu Alteza al Veſtuario de la Virgen, ó en la Tribuna, que cae al lado de la ſanta Imagen; deſde alli con oracion inſtante, encomendaba ſus devotos propoſitos á nueſtra Señora. A la luz de la preſencia de aquella ſagrada Imagen, miraba las miſericordias que habia re-

recibido, y al paſo que veía los dones, ſe multiplicaban los deſeos. Ibaſe encendiendo el puro corazon en amor de Jeſus ſuaviſsimo, y ardia con mayor fervor en la preſencia de ſu Madre, que ſon rayos de gracia los que envia á las almas eſta dulce Señora, que aunque las abraſan, no las conſumen.

2 Un dia que el Amor Divino iba encendiendo con mas llamas el alma, llena de eſpirituales ſentimientos, comenzó á padecer impetus grandes de amor. Miraba á la Virgen la devota Doncella, y mirabaſe á sí: con oculto fuego ſe ſentia arder, de inviſibles llamas ſe veía abraſar; explicaba en lagrimas ſu ſentimiento, y ſu caridad encendida en devotos ſuſpiros, y en tan enamoradas congojas, prorrumpió en eſtas ſentidiſsimas razones: Santiſsima Señora mia, ſuplicoos que ayudeis á mi fé, y á mi amor; ſea yo Eſpoſa de vueſtro Hijo dulciſsimo, concededme eſta merced. ¿No habeis de hacerme eſta gracia? A quien no favorece vueſtro amparo? O á quien ſe niega vueſtra intercesion? Repitió con lagrimas, y ſentimientos terniſsimos eſtas enamoradas palabras: Quando bajando la cabeza la ſagrada Imagen de la Virgen Maria, llenó el corazon de la Infanta de gozo, y ſu ſanto propoſito de perſeverancia. Quedó ſu Alteza abſorta á la grandeza de eſte favor, y con profunda humildad, y reverencia abrazó con las dos alas del corazon aquellas ſagradas prendas, y la intervencion que ofrecia la Virgen Maria en el eſpiritual matrimonio que pretendia celebrar con ſu Hijo.

3 En la vida eſpiritual unos favores ſon empeño de otros, que quando el agradecimiento es perfecto, apenas ſe recibe, quando yá ſe vuelve á dár á quien lo dá. Andaba el corazon de la Infanta mas cautivo, y con el nuevo favor mas prendado, y como ſolícita abeja en la preſencia ſiempre de nueſtra Señora, pretendia coger de aquella flor de gracias el precioſo licór de caridad, que queria ofrecer á Jeſus bien nueſtro. Volvióſe un dia á levantar otra eſpiritual borraſca de amor, y en ondas de fuego divino corria rieſgo bienaventurado ſu corazon dichoſo. No pudo tolerar tan grande incendio el débil ſujeto de eſta devota Doncella, y aſsi determinó de abrir ſu pecho, para que ſalieſſen por él, reſueltas en ſangre las llamas de ſu amor. Arrebatada la generoſa mano de impetu mas eſpiritual, que propicio: tomando un cuchillo raſgó ſu caſto pecho, y con la pura ſangre de ſus venas eſcribió eſtas palabras: *Con la ſangre de mi corazon me ofrezco,*

co, y entrègo por Esposa á Jesus, y suplico, que sea mi medianera la Virgen Maria, en fé de lo qual lo firmo: MARGARITA.

4 Al politico que estrañare el milagro de haber inclinado su cabeza la Virgen Maria, míre este otro milagro, derramar sangre de su virginal pecho esta martir del amor Margarita. Si en la Infanta huvo amor para esta fineza; ¿quién osará dudarla en la Reyna del Cielo para aquel favor? Quanto mayor milagro es encender Dios tanto un corazon humano, que inclinar la Imagen de su Madre, siempre á nuestro bien inclinada con su poder Divino? ¡Qué devoto impulso! Qué generosa accion! Loable en el intento, y en la egecucion fervorosa, ni aun á los mas perfectos imitable. ¿Qué fuerza violentó aquella mano? Qué acero abrió aquel devotissimo pecho? Qué sangre destilaron sus venas, puramentre abrasadas? El acero del Amor Divino daba fuerza á su amor. Concurso tan violento de amor fue necesario para formar un egemplo á las almas devotas, que por ser tan prodigioso para admirado, viene á ser peligroso egemplar para seguido.

CAPITULO XXIII.

PARTE LA EMPERATRIZ, Y SU ALTEZA de Monserrate. Llegan à Zaragoza. Visitan sus Santuarios. Continùa su viage, hasta llegar al Pardo.

EN espirituales júbilos, y egercicios fervorosos, devotamente entretenida, pasó la Infanta los dias que descansó la Emperatriz su Madre en Monserrate, y recibió alli grados de perseverancia en su vocacion, que despues huvo bien menester en la peléa. Visitó las Hermitas del sagrado Monte, repartiendo larga limosna entre aquellos penitentes Hermitaños, recibiendo de ellos en agradecimiento devotas, y naturales meriendas, que venian á celebrar tambien convidados los pajarillos del monte, que obedecen como si fueran racionales, el silvo de aquellos varones solitarios. Vencese con grande fatiga la aspereza de la montaña, y asi es de mucha penalidad el visitar las Hermitas. La Infanta de esto sacaba utilissimas meditaciones, holgandose sumamente de merecer padeciendo.

Fi-

2 Finalmente, despues de haber estado algunos dias con grande aprovechamiento espiritual su Alteza, en el Santuario de nuestra Señora de Monserrate, y cobrado alli prendas, que conservó toda la vida en el alma, partió con la Emperatriz su Madre, y dejando á Cataluña, en pocas jornadas entraron en Aragón. Salió á la raya del Reyno á recibir á su Magestad Cesarea, con lucidas guardas de á caballo, y á pie, el Gobernador Don Juan de Gurrea, que les vino acompañando, y sirviendo hasta Zaragoza. Fue de grande ostentacion la entrada que se hizo en aquella nobilissima Ciudad, habiendo salido al recibimiento, el Marqués de Aytona Virrey de aquel Reyno, con todos los demás Ministros, que en estas ocasiones lo acostumbran. Recibió, y regaló el Marqués en su casa á estas dos Reales Personas con mucha grandeza, y lucimiento. Hicieronse grandes fiestas, acudiendo los Señores, y la Nobleza del Reyno, á celebrar con publicos regocijos felicidad de tanta estimacion para Aragón, como pisarle tan Augustas Personas.

3 Visitó la Emperatriz en Zaragoza el Templo de nuestra Señora del Pilar, el primero en el mundo que se levantó á su nombre. Aquel á quien la Virgen honró viviendo con su presencia: Santiago fabricó con su sudor; los Angeles le ayudaron con su ministerio, y los Fieles en tantas edades han hecho celebre con su devocion. Visitó tambien en Santa Engracia las Reliquias de los Martires de aquella Ciudad, aquellas masas blancas, que en ceniza manifiestan la pureza de los generosos Varones, que en numero infinito entregaron la garganta al cuchillo por la Fé; haciendo el polvo de aquella dichosa Ciudad tan venerable, que la mano de un Pontifice exprimió sangre de él, dando testimonio de la que sobre él derramaron estos Santos. De Zaragoza partieron su Magestad, y Alteza, y entraron en el Reyno de Castilla, hasta llegar á Guadalajara, y de alli á Alcalá, á donde concurrió toda la Corte, no pudiendo tolerar tardarse dos dias, á vér en ella la Cesarea Persona de la Emperatriz Maria. Visitaron en Alcalá los Cuerpos santos de los Niños Martires, Justo, y Pastor; y aqui la Infanta con santa, y devota envidia, dicen, que celebraba tan anticipada Corona.

4 Quando el Rey partió á Portugal, dejó á sus Hijos, el Principe Don Diego, y á los Infantes Don Felipe, y Doña Maria, que todos tres eran Nietos de la Emperatriz, Hijos de la Rey-

na Doña Ana, y á las Infantas Doña Isabél, y Caralina, Hijas de la Reyna Isabél de la Paz, en el Monasterio Real de las Descalzas: que estas santas paredes han sido siempre Palacio de ausencia de los Reyes, como quien deja alli su familia á la proteccion de Dios, que se crie al calor de las virtudes, que en ran santa Casa se profesan entre Religiosas, y Señoras nobilissimas, que con discreta, y devota advertencia saben acudir al servicio, regalo, y enseñanza de tales Personas: pero luego que el Rey supo, que estaba yá en España la Emperatriz su Hermana, dió orden, que el Principe, con todos sus Hermanos pasassen al Pardo, y se desocupasse el quarto en que estaban en las Descalzas, para que en él se aposenrassen la Emperarriz, y la Infanta Margarita. Habiendose assi egecutado, pareció á su Magestad Cesarea llegar á vér sus Nietos, y Sobrinos antes de entrar en Madrid: y disponiendo su camino al Pardo; salieron á recibirla, acompañados de toda la Corte, con lucimiento, y pompa conveniente, el Principe Don Diego, y el Infante Don Felipe.

5 Fue sin duda de grande alegria para aquellas Reales Personas, y que nadie pudo mirarlo sin lagrimas, verse despues de tan larga suspension, y viage, la sangre de Austria, por tantas venas derivada, alborozarse á la vista de este suceso. Hicieron las Infantas singular agasajo á la Infanta Margarita, assistiendola, y cortejandola con demostraciones de ternissimo amor, dandose unas á otras presentes, en la sazon, y en el valor dignos de recibirse, y de darse entre las personas mayores del mundo. Acudieron al Pardo los dias siguientes, quantos Grandes, Señores, y Prelados habia en la Corte, y todos los mayores Ministros á besar la mano á la Emperatriz, y á su Hija, ofreciendose con debido rendimiento, y servidumbre.



CA-

CAPITULO XXIV.

ENVIA LA EMPERATRIZ , Y SU ALTEZA á visitar el Monasterio de las Descalzas , y disponese su primera entrada en aquella Real Casa.

NO basta el contentamiento mayor de la naturaleza, para que viva alegre,y satisfecho el espiritu,quando á diferente egercicio le guia la mano poderosa de Dios. Ni el regalo grande que la Emperatriz, y su Hija tenian en el Pardo , ni el regocijo de comunicar á sus Nietos, y Sobrinos, ni la alegre asistencia, y cortejo de la Corte, tenia á aquellos dos corazones Reales satisfechos: que todo esto que tanto sácia lo humano , no basta á llenar los vacios de lo Divino. Luego determinó la Emperatriz de enviar á visitar las Descalzas de la Princesa su Hermana, y con ocasion tambien de vér si estaba aderezado su quarto ; mandó que fuessen á ello Doña Francisca de Aragón , muger de su Mayordomo Mayor, y Doña Ana Molar, hija de su Caballerizo Mayor , gran Valida de la Infanta , y que desde niña se ofreció con su Alteza á seguir vida Religiosa, y Descalza, y era una de las que felizmente le han visto logrado, como dirémos despues.

2 Entraron estas dos Señoras en las Descalzas , recibidas con aplauso grande de las Religiosas , á las quales el fervor de espiritu ofrece caridad, y agrado, y la nobleza de la sangre, cortesía, y acierto. Era Abadesa Soror Juana de la Cruz , hermana del Duque de Gandía , persona de rara perfeccion , y valor , y de suma discrecion , y prudencia , á quien dieron estas señoras un recado muy cumplido de parte de la Emperatriz , y de la Infanta , diciendole el gusto que las trahia de Alemania , por haber de vivir en el Convento , y el deseo que tenian yá de gozar de su buena compañía, conocer, regalar , y comunicarlas. La Abadesa por todo el Convento , respondió con la estimacion debida á este favor ; el contento con que estaban aguardando á su Magestad, y Alteza ; las continuas oraciones con que habian pedido á nuestro Señor su felíz llegada á estos Reynos; y lo que esperaba que habia de conseguir aquel Monasterio de espirituales

aumentos con ſu egemplo; y que aſsi eſtaban prevenidas para recibirlas, ſiempre que fueſſen ſervidas de favorecer aquella Caſa por tantas razones ſuya. Vieron muy bien la Condeſa, y Doña Ana el Monaſterio, y quarto prevenido para la Emperatriz, y habiendoſe informado particularmente de todo, ſe deſpidieron con mucho amor, y caricias de las Religioſas. Volvieron al Pardo á dár razon de ſu viſita, y llevaron alegriſsimas nuevas á la Emperatriz, y á la Infanta, que eſtaban aguardandolas con cuidado. Refirieron el ſumo guſto, y contento con que las habian recibido las Religioſas, ſu devocion, corteſía, y apacibilidad; la anſia, y amor con que aguardaban á ſu Mageſtad, y Alteza, quan decentemente eſtaba prevenido todo: la comodidad grande que habia para hallarſe retiradas, y ſervidas; la devocion, y grandeza con que ſe decian los Oficios; la humildad, y perfeccion con que ſe egercitaban las virtudes, el reſpeto, y caridad con que ſe trataban entre sí: y finalmente, la ternura, y eſtimacion que cauſaban aquellas ſantas paredes.

3 Eſtaba muy atenta la Infanta Margarita á eſta relacion, y daban yá los ojos demoſtraciones de los afectos del alma: quando ſu Alteza apartando á Doña Ana (á quien, como ſe ha dicho, tiernamente queria) con júbilo verdaderamente eſpiritual, la hizo que volvieſſe á referirlo todo. Y ſolía contar eſta Señora, que le preguntaba muy frequentemente: Dime, Doña Aña, ¿qué es aſsi que tan virtuoſas ſon eſtas Religioſas? Tan devotamente rezan? Tan perfectamente viven? Tan apaciblemente ſe comunican? ¡O qué bien que lo hemos de paſar en ſu compañia! Cada inſtante la eſtaba preguntando del Monaſterio, dando gran prieſa á la Emperatriz ſu Madre, para que fueſſe ſervida de ſeñalar el regocijado dia, en el quál entraſſen á encerrarſe en aquel Santuario.

4 En eſte medio, por las Religioſas ſe enviaban muy frequentes recados á ſu Mageſtad, y Alteza, y la Emperatriz cada dia les iba haciendo mayores favores, ſumamente contenta de las nuevas noticias, que de todas partes le venian, de la perfecta obſervancia regular de aquella ſanta Caſa. Quien mas larga relacion la dió de eſto, fue la Infanta Doña Iſabél ſu Sobrina, Señora diſcretiſsima, que amaba, y favorecia mucho á las Religioſas. Eſta aprobacion eſtimó mas que todas, por conocer la prudencia, y virtud ſingular de ſu Sobrina, con la qual crecia en ſu

Ma-

Mageftad el defeo yá de fuerte, que defembarazandofe de orras ocupaciones, y amorofamenre retirandofe del regalo que de fus Nietos recibia, feñaló dia para hacer fu enrrada en las Defcalzas.

CAPITULO XXV.

PARTEN SU MAGESTAD CESAREA, y la Infanta fu hija del Pardo, y entran en el Monafterio Real de las Defcalzas de Madrid.


Efpidiófe la Emperatriz Maria de fus Nietos en el Pardo, aunque para tan breve aufencia, y acompañada de toda la Corte llegó al Monafterio de las Defcalzas con la Infanta fu Hija. Fue la primera entrada que hizo en aquel Real Monafterio á fiete de Marzo de mil y quinientos y ochenta y uno, dia de grande Fiefta para eftas Reales Perfonas, por haberlo defeado ranro tiempo, y confeguido con tan grandes peligros, y rrabajos. Aguardaban las Religiofas en la puerta Reglar del Convento en Proceſion, como manda el Ceremonial, que fean recibidas las Perfonas Reales, y quedandofe el acompañamienro que venia con fu Mageftad á la puerta, enrraron la Emperarriz, y fu Alteza, las Señoras, y Damas. Las Religiofas cantando el *Te Deum laudamus*, llevaron á fu Mageftad, y Alreza al Coro á dár gracias á Dios, de que huvieffen logrado efte dia.

2 Eftaba en aquel lugar fagrado una Imagen de Chrifto nueftro Señor crucificado: y viendo la Emperarriz aquellos brazos clemenrifsimos abiertos para recibir, y amparar la conftante vocacion con que le venia á fervir, habló á la Imagen fentidifsimas razones, fin poder fu devoro afecto efcufar que las oyeffen los circunftanres. Poftró fu Augufta Perfona á los pies de aquel Divino Señor, y ofrecióſe á sí mifma, fu Corona, y Cetro, todo fu poder, autoridad, y riquezas. Pufo debajo de fu amparo los hijos, que Dios con tan larga mano le habia concedido feñaladamenre á fu Hija Margarita, la prenda mas cara de fu alma. ¿Qué os doy yo, Señor, decia, derramando devotas lagrimas, que no hayais primero dadome á mí? Vuelvoos desfrutado

do lo que Vos me disteis entero ; el Imperio , el Poder , la Corona , y el Cetro , embarazos de la vida ; solo gustosos al dejarlos por Vos. De mandar entre las criaturas, vengo huyendo á los pies de mi Criador , teniendo este servir por reynar. Los ultimos años os doy de mi vida ; pocos , y breves dias os ofrezco, quando todos los quisiera haber empleado en la debida ocupacion de adoraros. No llega tarde quien llega á essas entrañas de misericordia. Quando assistia en el mundo , Señor , nunca me dejasteis ; ahora que os busco á Vos solo , quanto menos me dejareis? Desde hoy me niego al mundo, y me entrego á obedecer, dejo el reynar por serviros. Mi Cetro ha de ser la Cruz , y mi Corona de espinas.

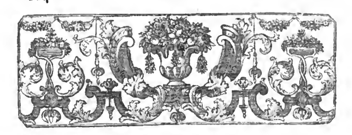
3 Fue para todos los circunstantes acto de grande ternura, y devocion el que se vió aquel dia , porque se reconoció en la Emperatriz, y en la Infanta resplandecer con grande claridad los efectos del Amor Divino. La Infanta desde el punto que entró en las Descalzas sintió bañada su alma de grande consuelo, y suavidad interior, de suerte , que estaba como absorta , y embelesada ; y referia en sus ultimos años : era tan grande el gozo de mi alma, de verme entre aquellas Religiosas, que desde el punto que puse los pies en los humbrales del Convento, sentí interiormente ocupadas mis potencias ; y estaba de suerte, que ha bia menester gran cuidado para que no pareciesse inadvertida en el uso de las acciones humanas. Enternecióse mucho quando oyó hablar tan sentidamente á su Madre ; y con la interior voz de los afectos, acompañaba la Infanta las palabras que formaba la Emperatriz.

4 Dieron singular egemplo Madre , é Hija á todos los circunstantes , admirando en Señoras tan grandes tanto amor , y fervor de espiritu. Miraban á estas Reynas del mundo , pisando la vanidad, despreciandolo todo con desprecio de sí , que es mas que todo. La Abadesa , y las demás Religiosas del Monasterio besaron la mano á su Magestad , y Alteza , acariciandolas , y abrazandolas la Emperatriz, y su Hija con grande amor. Habiase criado su Magestad Cesarea en esta Real Casa , viviendo Carlos V. su Padre , antes que la diessen forma de Convento. Y no fue la menor circunstancia de gozo hallarlo yá hecho Palacio de de Esposas de Christo. Señalaba á los que estaban presentes las piezas, los aposentos, y los camarines en que habia vivido la Augus-

gusta Persona del Emperador, el Rey, la Princesa su Hermana, y su Magestad: y juntando aquellas memorias á este suceso, ponderaba los efectos misericordiosos de la providencia Divina, en haber dispuesto que volviera á este espiritual Palacio á acabar la vida, pasados tan largos años, y tanta variedad de acaecimientos. Finalmente, despues de haber visto las principales piezas del Convento, se fue á recoger á su quarto. Pero la Infanta con devota alegria, eligiendo de sus Damas, y de las Religiosas las de igual edad con la suya, reconocia muchas veces, y con doblado alborozo la casa. Asi sucedió la jornada de Alemania de la Emperatriz Maria, y de la Infanta Margarita su Hija. Este fue el primer ingreso de su santo retiro, el qual huvieron de dejar dentro de breves dias, aunque para volverlo á gozar con mucha brevedad, hasta el fin de la vida.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.





LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

PIDE EL REY A LA EMPERATRIZ que vaya al Reyno de Portugàl con su Alteza. Parten de Madrid, y llegan á Guadalupe.



EL Estado de Portugál, y primer establecimiento de aquel Reyno en esta Corona, necesitaban de la persona del Rey, y las cosas del Imperio, de verse su Magestad con la Emperatriz Maria, su Hermana. A esta causa le escribió el Rey el sentimiento con que estaba, de no haberse podido hallar en Madrid á recibirla, y mucho mayor, de que las cosas del Estado de la Monarquía le obligassen á suplicarla, se llegasse brevemente á Lisboa, á tratar, y concluir todo lo ocurrente al Imperio. Acomodóse la Emperatriz á seguir esta determinacion con gusto, assi por el que tenia de verse con el Rey su Hermano, como porque conocia quan conveniente era no dilatar estas vistas, para los negocios que trahia que comunicarle. Templaba tambièn el desconsuelo de dejar tan presto el Religioso retiro, que con tanto amor habia abrazado, el haberlo de cobrar para siempre con mucha brevedad, desembarazada yá de todos los negocios temporales, con dejarlos depositados en la noticia, y providencia del Rey.

2 Nuestra Infanta Margarita, con la aficion que habia intro-

troducido en el alma al Monasterio Real de las Descalzas, no dejó de sentir en esta partida grave mortificacion. Tenia yá assentado su modo de vida, formada su correspondencia, no solo con las siervas del Señor, sino con el mesmo Señor; muy creída, que no habia de vér mas, ni ser vista del mundo. Despidieronse la Emperatriz, y su Alteza de sus Nietos, y Sobrinos, y de las Religiosas con grandes demostraciones de amor, y ternura; ofreciendoles, que muy presto volverian á gozar de su compañia, para no dividirse de ella hasta la muerte. Partieron de Madrid con la misma Corte que habian venido de Alemania, enderezando su camino á Portugál, disponiendo las jornadas de suerte, que vinieron á tener la Semana Santa en Guadalupe. Llegóse á aquel Santuario con gran consuelo del alma de su Alteza, porque le habian referido las gracias que á los Fieles reparte con liberal mano la Virgen. Y como el corazon de esta Señora estaba siempre tan lleno de su devocion, no se puede encarecer lo que se holgaba con estas estaciones. Mandó la Emperatriz, que toda la Corte cumpliesse en Guadalupe con el precepto de la Iglesia; é hicieronse los Oficios con magestad, y decencia. Concurrió toda la comarca á vér aquellas Personas Reales: y viendo la devocion grande con que se asistió aquellos dias á los Oficios Divinos, no solo por la Emperatriz, y su Alteza, sino por toda su familia, volvieron sumamente edificados todos.

3 La Infanta, como llegó á Guadalupe, se entregó á platicar sus espirituales egercicios, estando ordinariamente en la presencia de nuestra Señora, comunicandole sus deseos, y pidiendole amparo, y luz para sus resoluciones. Egercitaba tambien con la oracion los santos oficios de la caridad, distribuyendo limosnas, y haciendo otras obras pias, á que le ayudaba mucho la concurrencia del tiempo santo, y la voluntad, y egemplo de Madre tan virtuosa.

4 Una de las mayores dichas que tuvo su Alteza en lo natural, y creo, que la mayor para caminar con felicidad en lo sobrenatural, fue haberla dado Dios por Madre á la Emperatriz Maria, Señora tan ilustrada de luz superior, que miraba las cosas á ella con ojos tan claros, que nunca fue á la mano á su Hija en los fervores del espiritu; antes bien sin alabarla sobrado, porque no deslizasse á lo vano, la dejaba seguir sus impulsos, por no detenerla en lo bueno. Reconocia en todo, que esta doctrina era

menos practicada en el ſiglo de lo que conviene; miniſtrando algunas madres á ſus hijas los inſtrumentos de la vanidad, con las galas, y entretenimientos, que á titulo de deſahogo, y urbanidad les permiten, con que ſe eſtraga el natural, ſi es bueno, ó ſe fomenta el malo; y tal vez les cortan los paſos de la virtud, y ſantos egercicios: y en viendolas devotas, y humildes, las llaman encogidas; y no les parece bien, ni las tienen por hijas de ſus entrañas, ſino las vén ſer imitadoras de ſus coſtumbres. La licencia de los tiempos (cancer poderoſo de las almas) llega á hacer egemplar en la relajacion, á las que han de ſer Maeſtras en la virtud; y la madre que ha de defender en ſu hija la pureza del alma, cuida de engalanarla vanamente el cuerpo; y quando abre los ojos la doncella al mundo, ſe halla yá veſtida de ſus vanidades.

5 La Emperatriz daba á ſu Hija devotos alientos de vida, y lo que mas la animaba, era ſu ſanto egemplo: y aſsi volaba ſu Alteza por los egercicios de las virtudes á la corona de la perfeccion. Hacia muchas limoſnas, veſtia á pobres, ſocorria á criados, remediaba huerfanas: y en la jornada, en el Santuario, en Palacio, en todas partes era fiel diſpenſadora del Señor, por cuya mano repartia ſus riquezas, y remediaba las neceſidades de ſus pobres.

6 Antes de partir de Guadalupe, volvió ſu Alteza á renovar ſus propoſitos, y determinacion de ſer Monja, tanto mas animoſamente, quanto mas tenia entendido el modo de vivir que eſcogia. Eſtos ſon los indicios mayores de ſer Divino Eſpiritu el que vive en un alma, aumentarſe el deſeo, quando puede egecutarſe la reſolucion, y eſtár mas fervoroſa la gracia, quando debe eſtár mas cobarde la naturaleza. Que la Infanta Margarita deſeaſſe ſer Monja Deſcalza, quando no conocia Monjas Deſcalzas, era ſanto propoſito, aunque ſujeto á la variedad, y mudanza que trahen conſigo los humanos acaecimientos: pero que habiendo viſto las Deſcalzas, penitentes, y auſteras, perſeveraſſe aficionada el alma de lo que mas podia recelar el cuerpo, es decir, y ſeñalar con el dedo: en eſta reſolucion eſtá Dios. Referia ſu Alteza, que de la preſencia de nueſtra Señora ſalió con grandiſsimo aliento, y muy firme eſperanza, de que habia de lograr ſus deſeos: y que nunca llegó á la Virgen Maria con eſte negocio, que no volvieſſe con mayor fervor, y ſeguridad de ſu egecu-

cucion. Mucho pierden las almas por no acudir á la Madre de gracia; mucho ganan las almas, que han llegado á la felicidad de entrar à buſcar por eſta puerta ſu remedio.

CAPITULO II.

PARTEN SU MAGESTAD, Y ALTEZA de Guadalupe. Llegan á Lisboa. Recibelas el Rey, y el Archiduque Alberto.



Abiendo recibido la bendicion de la Virgen de Guadalupe la Emperatriz, y ſu Alteza, y ofrecidos ricos dones al Santuario, y largos ſocorros al Monaſterio de Monges Geronimos, que con tanto egemplo le ſirven; partieron proſiguiendo ſu jornada á Portugal. Fueron grandes las fieſtas, y regocijos que ſe hicieron en los Pueblos, y Ciudades por donde paſaron, haſta llegar á Lisboa, prevenido por orden del Rey por todo el camino, y hecho el apoſento á ſu Hermana, y Sobrina. Acudian los Regidores de las Ciudades, las Cabezas de los Pueblos, los Señores de aquella Region á beſar la mano á ſu Mageſtad, y Alteza, ſirviendolas con ſeñales, y preſentes de reconocimiento, y amor ſingular. Antes que llegaſſen á la Ciudad de Lisboa, ſalió á recibirlas el Archiduque Alberto, y poco deſpues el Rey, acompañado de la mayor Corte del Occidente, recibiendo eſta Corte del Norte con grandes demoſtraciones de contentamiento.

2 Fue celebre dia, y en pocas edades viſto, por la rara concurrencia de afectos en perſonas tan grandes, porque fue para el Rey la viſta de ſu Hermana, á quien ſumamente amaba, y que tanto procuró traher á ſu compañia, de particular guſto, y el de la Emperatriz reciproco, viendo al Rey ſu Hermano recien coronado de corona tan noble, como la de Portugál, ambos en edad, trage, y eſtado tan diferente del que tenian quando ſe dividieron entre sí. La Infanta veneraba en ſu Tio la Perſona del Emperador Maximiliano ſu Padre. El Rey admiraba à la Infanta, y dabale en ſu Real corazon el miſmo lugar que á ſus Hijas. El Archiduque veía á ſu Madre, en tan diſtante Region, ſumamente contento. La Emperatriz ſe alegraba con ſu hijo Alberto en Eſpaña, renovandole la memoria de los que dejaba en Alemania.

nia. La Infanta veía á ſu Hermano el Archiduque, que nunca creyeron ſus ojos volver á mirar, quando le vieron partir á tan diſtantes Provincias. Y ſu Hermano ſe holgaba de vér en Eſpaña á ſu Hermana, lo que nunca llegó á imaginar: y aſsi no pudieron celebrarſe viſitas tan alegres, ſin ſalir de los corazones á los ojos los tiernos efectos de eſta tan gran dicha.

3 Fue el concurſo de gente exceſivo, la gala, la oſtentacion, la grandeza, diverſidad de trages, de Naciones, de lenguas; numero grande de Señores, é infinito Pueblo. Hizoſe ſolemniſsimo recibimiento en Lisboa, con pompa, y mageſtad nunca viſta; la ocurrencia grande por tantas circunſtancias: la Perſona que ſe recibia, mayor, Emperatriz del mundo, Hermana de ſu Rey, y lo que no puede menos en los naturales humanos, Madre del Archiduque, deſtinado Gobernador de aquel Reyno. Fue la Emperatriz con el Rey ſu Hermano, y ſus Hijos á apearſe en Palacio, á donde les tenia hecho apoſento con grandeza, y autoridad conveniente. Hicieronſe fieſtas, y regocijos públicos en la Ciudad, aſsi por los naturales del Reyno, como por los Corteſanos, manifeſtando á las gentes, con nunca viſta oſtentacion, Lisboa la opulencia, y tributos ineſtimables, que el Aſia le envia de Oriente. Beſaron la mano á la Emperatriz, y á ſu Alteza los mayores Señores de la Corte, y el Reyno, los Eſtados, y Nobleza de Portugál, y la Ciudad de Lisboa. En eſto, y en platicar con el Rey ſu Hermano los negocios del Eſtado de Alemania, ſe ocupó la Emperatriz los primeros dias.

4 No ſon dudoſos los acaecimientos, que en aquellos tiempos ocurrieron; ni ocultas las cauſas que á la Emperatriz llevaron á Lisboa; pero con cuidado eſcuſa mi pluma el volar por las materias, y negocios de eſtado, por no ſer eſſe ſu inſtituto. El intento Religioſo que me guia, es, deſcribir la Vida de la Infanta Margarita de la Cruz, y las claras virtudes de que Dios la dotó: y referir la razon de ſu eſtado, que fue, deſpreciar el eſtado mayor, por elegir el mejor. Solo diré de las materias públicas, quanto condugere á eſte fin, por no hacer inmenſo el volumen, y peſado, con la digreſion. A eſta cauſa voy dando de mano á negocios tan grandes, ciñendo eſta obra, y encaminandola mas al provecho eſpiritual, que al politico.

CA-

CAPITULO III.

SANTOS EGERCICIOS DE LA INFANTA Margarita en Lisboa.


OS devotos egercicios en que su Alteza se entretenia en Portugál, enmedio de la grandeza de Palacio, pudieran parecer perfectos en la clausura de los Monasterios; que quien tiene tan altos grados de gracia, como tenia el alma de su Alteza, no muda la perfeccion con el lugar. El espiritu favorecido de Dios, hace campo grande en el corazon, y halla en él la soledad, que el Hermitaño en el desierto. Ocupabase su Alteza por las mañanas en asistir en su Oratorio á la oracion, y á la Misa; tenia algunos ratos de leccion espiritual, y nunca dejó de ocupar algunos de ellos en la labor. A las tardes tenia otros entretenimientos, y egercicios, que se itán refiriendo, de igual perfeccion, y pureza: otros dias salia con su Madre á vér los Santuarios de la Ciudad de Lisboa, que sin duda son de gran devocion, y magestad, particularmente los Monasterios de Monjas, que en el numero, y la grandeza pueden competir con quantos hay en las mayores Ciudades de Europa. Referia su Alteza, que holgaba mucho de vér la piedad del Clero, y Pueblo de aquella Nobilissima Ciudad, y la ostentacion, y buen orden con que hacian las Processiones, y celebraban las mayores Fiestas de la Iglesia. En la que decia, que se señalaron mucho, fue en la del Santissimo Sacramento, que la celebraron con pompa, y aparato sumamente Religioso.

2 En habiendo á las tardes acabado su devota taréa, solía llamar sus criadas, y con ellas platicaba del Monasterio de las Descalzas, y de los santos egercicios que hacian las Religiosas en aquella santa Casa. Llamaba al Oratorio á sus amigas, y alli las componia con la misma forma, y orden que assistian las Monjas en el Coro, rezaban los Salmos, y decian sus devociones, y luego tenian oracion con grande silencio, haciendo de esta suerte la Infanta la virtud amable, y gustoso el espiritu á la naturaleza, ofreciendo el aprovechamiento interior á sus criadas, envuelto en el entretenimiento exterior; porque no les causasse tanta

pe

pena la Cruz. Solía despues decir su Alteza: Yo confieso, que algunas tenian esto por donayre, y entretenimiento; pero yo en mi corazon hacialo con grandes veras, y recibia grande provecho en ello. Es particular discrecion hacer suave la virtud, y lo que no puede llevar en trage aspero la flaqueza de nuestra debilidad, ponerselo en forma agradable, porque vamos á la perfeccion con mas gusto.

3 En lo que mas cuidaba su Alteza, era en la caridad con los pobres, y necesitados: para esso habia nombrado una de las mas fervorosas de sus confidentes, que cuidasse de ser Tesorera de estas vivas imagenes de Dios. Recogia quanto podia para ellos, y dabalo á criados de confianza, para que lo repartiessen. Gustaba mucho su Alteza, quando veía rico el tesoro que habia de distribuirles, aunque raras veces podia estár rico, el que por instantes se gastaba. Sucedia no tener forma de darles socorro, por ser tan grande el cuidado de la clausura en Palacio, y no estár siempre á la mano los criados, para emplearlos en lo voluntario, por haber de acudir á lo forzoso. Entonces con ingeniosa caridad la Infanta hacia atar los panes en un cordél, y colgabanlos de una ventana, procurando, que las criadas llamassen con señas á los pobres, que viniessen al cebo de esta devota invencion. Era de admirar este cortejo soberano; y en el terrrero del Señor, arrojar su Alteza por las ventanas la limosna á Jesus, que no le obsta la clausura á la caridad, ni hay puertas cerradas al amor.

4 Otras veces, no pudiendo su perfecta impaciencia tolerar la proligidad con que dispensaba con los cordeles el pan á los pobres, hacia poner monedas en ellos, y les arrojaban en gran numero desde las ventanas. Acudian con egemplo particular de la Corte á vér las gentes esta maravilla; galantear á Dios la Infanta, y sus Damas, y arrojarle los favores en pan. Tenia tambien su Alteza grande cuidado en corresponderse con las Descalzas de Madrid, que llamaba yá sus hermanas, y escribialas muy de ordinario con amor, y ternura. En viendo qualquiera cosa á proposito para el ornamento de aquella santa Casa, luego la procuraba haber á las manos, y se la remitia con singular gusto. Envió cosas de mucha estimacion, no solo por venir de tal mano, sino por su grande valor, si debe repararse en la estimacion de materia, que es inestimable por su dueño.

CA-

CAPITULO IV.

MUERE EL PRINCIPE DON DIEGO. Y praticase casar á la Infanta Margarita con el Rey Felipe Segundo.



POco dura la felicidad humana, y breve accidente, grande fortuna deshace. Estaba Felipe Segundo en Portugál, despues de haber incorporado en su Corona aquel Reyno, por sangre heredado, y sin guerra adquirido, arrastrando tras él las riquezas que tribura el Oriente, y nuevas Regiones del Asia. Sucedian prosperamente las cosas de la Monarquía: dabase buen espediente á las del Norte; gozaba en su casa de grande felicidad, teniendo consigo á su Hermana la Emperatriz, alegre sucesion en sus Hijos, descanso en el Archiduque Alberto su Sobrino, pacificos sus Reynos, y Provincias, y suma reputacion en las armas; quando el golpe mortal de una fiebre cortó la vida al Principe Don Diego, el gozo á su Padre, y las esperanzas á su Monarquía. Era este Principe en carorce años de edad, de admirables dones naturales, hermosa disposicion, condicion Real, acciones generosas, corazon magnanimo, claro entendimiento; finalmente, las delicias, y alegria de sus Reynos. Entristeció esta nueva sumamente la Corte: y aunque el Rey (gran Maestro de ocultar con la Dignidad los afectos de hombre) disimuló el dolor en las demostraciones, sintió gravemente la herida.

2 Heredó las mayores esperanzas del mundo el Infante Felipe Tercero, y entró á la Dignidad de Principe de tanras Coronas de edad de seis años, con poca salud, y gran debilidad de complexion. ¡Notable es la variedad de las cosas humanas, y los efectos de las ordenaciones Divinas! El Principe Don Carlos yá conseguida la robustéz, y edad de hombre perfecto, muere en medio de sus dias, y en arrebatada juventud desaparece. Hace lugar al Principe Don Diego en la mayor primogenitura del Orbe, quando este Principe, esperanza de las gentes, que iba subiendo con la vida á la mayor ventura del mundo, muere en flor, y breve rayo de calor maligno le abrasa. El Principe Felipe Tercero, que se crió con tan poca salud, dando por esta razon mucha

cha pena, y cuidado á ſus Padres, y á ſus vaſallos, crece al lógro de la vida, reyna veinte años con felicidad, y deja dichoſa, y fecunda ſuceſion á ſus Coronas.

3 De la muerte del Principe Don Diego, que tanta pena causó al Rey ſu Padre, y á la Emperatriz ſu Abuela, reſultó, ſino igual dolor, mayor trabajo, y peligro á la Infanta Margarita ſu Tia; porque luego ſe juzgó por poco ſeguro el eſtado en que quedaba la ſuceſion del Rey, en la vida ſola del Principe Don Felipe; la edad en ſus años breve, y la ſalud muy corta, que aunque tenia hijas, no ſe ſuple en los Reyes la falta de los varones con las hembras, pues ſe muda la linea en la ſuſtancia, aunque ſe conſerve en el derecho. La edad del Rey, por la ſalud, y los años, apropoſito para otro caſamiento. Que era neceſario dejar aſſegurado á ſus Reynos el mayor conſuelo que tienen, de vér con fiadores la vida de ſu Rey. Hacia mas facil eſta determinacion, hallar tan cerca el medio de ponerla en efecto; pues parece que á un miſmo tiempo habia Dios abierto la puerta al Principe Don Diego, para ſalir de la vida, y trahido á la Infanta Margarita, para ofrecerle la Corona: que quando ſu Alteza eſtuviera en Alemania, ſe habia de procurar concluir eſte Tratado: y aſsi haber venido á Eſpaña á eſta ſazon, mas parecia providencia, que acaſo. Que ſe hallaria poca, ó ninguna dificultad en los impedimentos de la ſangre, ni de la afinidad, pues yá ſe habia obtenido la diſpenſacion para la Reyna de Francia Doña Iſabél ſu Hermana, quando el miſmo Rey Don Felipe Segundo quiſo caſar con ella. Concurria á hacer mas amable eſta deliberacion la Real Perſona, y admirables partes de la Infanta, Virgen de hermoſa edad, ſuave condicion, talle, y años convenientes, natural entendido, virtud, y ſantidad rariſsima.

4 Eſta prática ſe propuſo por el Conſejo de Eſtado al Rey, y deſpues de haberla conſiderado mucho, pareció á ſu Mageſtad conveniente el diſponerla, y abreviarla, pues la ſazon, y la neceſidad de las coſas daban facil diſpoſicion á la materia. Para eſto determinó de tratarlo con la Emperatriz ſu Hermana, juzgando, que prática que tan bien le eſtaba á la Infanta Margarita ſu Hija, ſería oída con grande guſto de ſu Mageſtad Ceſarea. Eſtaba ſu Alteza bien deſcuidada de la eſpiritual borraſca, que ſe iba levantando contra ſu alma, y vivia en ſus ſantos, y devotos egercicios, con un deſcuido, y ſencilléz Virginal, entretenida

mas

mas en considerar la corona que le esperaba en la Religion, que la que le estaba amenazando en el siglo.

CAPITULO V.

ESCRIBE EL REY UN PAPEL á la Emperatriz, en la platica de su casamiento, y lo que en esto pasó.


Eterminando el Rey de dár razon á la Emperatriz de la resolucion de su Consejo, en el casamiento propuesto con su Alteza; pareció á su prudencia mas conveniente escribirle un papel, que platicar á boca materia tan propia. Dijola en él lo que le habian aconsejado sus Ministros, y lo que parecia convenir á su Estado; y que pues nadie era mas interesada, fiaba de su amor, que dispondria con brevedad este negocio. Habiendolo leído la Emperatriz, estuvo con el Rey, y le ofreció, que le responderia con toda brevedad. Pero como el deseo no espera facilmente, y mas quando está solicitandolo la conveniencia, habló el Rey antes á su Hermana, con razones instantes, y graves; poniendole delante la poca salud del Principe, no quedarle otro hijo en quien asseguraſſe la sucesion; el riesgo de las Coronas en la mudanza de lineas; la facilidad de la disposicion; las utilidades que á la Emperatriz, á la Infanta, y á sus Hermanos se le seguian, en volver á estrecharse con mas apretados vinculos con su Persona.

2 Fue este uno de los casos mas graves que sucedieron á la Emperatriz, cuyo valor se veía á los ojos del mayor Rey del mundo aventurado en el riesgo de una respuesta. Entre Personas Reales no basta á quitar el embarazo de la Dignidad, el parentesco de la sangre. Si respondia al Rey, condecendiendo con la conveniencia de la platica, era empeño para la egecucion, lo mismo que era aprobacion para el Consejo. Si lo contradecia, era suponer en su persona, y parecer el acierto, que en la Sabiduria del Rey mas prudente de los Reyes, parecia mas ajustado. Entrar ofreciendo á la Infanta su Hija, sin averiguar primero muy particularmente su vocacion, era arriesgar su palabra, y poner en peligro su Autoridad. Entrar negando á su Hermano las mayores conveniencias de su Estado, y con la sucesion, la mayor segu-

ridad de ſu Corona, y eſto en ſu miſma preſencia, no le parecia decenre, ni podia no ſerle penoſo. ¿Qué renia mas que vér á ſu Hija Reyna de Eſpaña? Qué renia mas que quitarle, que eſpoſa de Dios? Lo uno, ó lo otro arrieſgaba al pronunciar ſus labios la reſpueſta.

3 Satisfizo la Emperatriz con diſcretas razones al Rey ſu Hermano, haciendo ſuma eſtimacion del favor que hacia á ſu Hija; pero que eſtas eran materias de calidad, que convenia encomendarlas á Dios; penſar en ellas, y diſponerlas con algun tiempo, y eſpacio; y que aſsi ſuplicaba á ſu Mageſtad, que ruvieſſe por bien de concederle algunos dias, para plaricar en eſto, y hacer que perſonas ſanras pidieſſen á Dios el acierto, y la luz neceſaria, para reſolver un negocio tan grande. Gran medio es el de la Religion para ſalir de congojas, y tomar eſpediente en lances tan apretados como eſte. Abrazó el Rey con ſanto zelo la reſpueſta de la Emperatriz, alabando la atencion que tenia, de poner en ran buenas manos, como en las de Dios, eſta platica, y que ſu Mageſtad por ſu parre daria orden, que ſe hicieſſen las miſmas diligencias, pues entre perſonas tan propias era bien caminar por unos miſmos medios al fin, que conſiſtia en el mayor ſervicio de Dios, y del Eſtado público.

4 Al ſanto deſcuido con que vivia la Infanta, fue deſpertando el cuidado con que ſe ſuele vivir en Palacio, en donde las menores ſeñas ſe entienden, y los mas ſecreros penſamientos ſe penetran. La platica que primero formaron los Miniſtros, y deſpues ſe depoſitó en los Principes, lentamente ſe fue difundiendo enrre todos. Con eſto trataban yá con adoracion á ſu Alteza los que antes la traraban con reſpeto; y ſiendo uno miſmo el ſujeto, reconocia diferencia en el trato. Advertia la Infanta, ſin ſaber la cauſa, mas atento el cortejo, y mas profunda la veneracion, el regálo mas aſsiſtenre, y mas enrremetida la liſonja. Oía en confuſas voces platicar la materia entre ſu gente, y con recato afectado andaban procurando, que no oyeſſe ſu Alreza lo que deſeaban que entendieſſe; con equivocos ſuaves le decian lo que con palabras claras le ocultaban. Las que antes menos aſsiſtian á la Infanra, eran yá las que mas la ſervian; y las que cenſuraban ſus ſantos egercicios, yá los celebraban por altas virtudes. Finalmente, era yá perfecta ſu Alreza, era yá ſanta. ¡O corazon humano, inconſtante embeleſo de la vida! Señal leve del vienro

que

que corre, donde ſe engendran los engaños, de donde nacen las adulaciones!

CAPITULO VI.

CONFUSION EN QUE SE HALLA LA Emperatriz Maria en el tratado del caſamiento de la Infanta ſu Hija con el Rey ſu Hermano. Y lo que reſolviò en eſte punto.


Allabaſe la Emperatriz Maria con grande confuſion en la platica del caſamiento de la Infanta, porque conocia facilmente la dificulrad que habia de rener, la que era de tanto deſabrimienro á las inclinaciones que Dios habia dado á ſu Hija. Intervenia en una reſolucion tan grave entre las perſonas que mas amaba en la vida; deſeaba no deſcontentar al Rey, y no queria dar pena á la Infanta. Sabía ſu Mageſtad Ceſarea, quan terrible habia de ſer el proponerle eſto á Hija, Virgen tan pura, tantas veces ofrecida á Dios Autor de pureza. Tratarla de caſamiento, quando ella trataba de la Religion, y quando mas fervores moſtraba de negarſe al mundo, quererla coronar por Reyna en el mundo. Haciale grande fuerza ſu vocacion, y las luces interiores con que ſiempre la habia viſto vivir: la caridad, y ſentimientos del Amor Divino, que habia reconocido en ſu alma, que es el ſello mas claro, de que la eſcogia Dios para sí. Pareciala que el inſtarle en ello le ſería mas apremio, que conſejo, por el rendimiento con que vivia á ſu Madre, que era tan grande, que con dificultad la hablaria perſuadiendo, que no fueſſe en los efectos mandando. Pues mandarle una coſa tan grave, no era tolerable á la Emperarriz, que la embarazaba á eſto el amor de Dios, y el amor de ſu Hija. ¿Quién la podia aconſejar, que dejaſſe á Dios por el hombre, aunque ſea el mayor de la tierra? Quitar una Eſpoſa á Chriſto, Rey Divino, por dar una eſpoſa al Rey humano? Entriſtecer á ſu Hija, para impedirle los bienes celeſtiales, y darle los terrenos?

2 Por otra parte, la Auroridad del Rey no dejaba de obrar poderoſamente en el ánimo de la Emperatriz, Principe Religioſo, y Prudente; y lo que mas fuerza le podia hacer, ſu Herma-

no. ¿Quién podia presumir en sí mas religion que en Felipe Segundo? Mas prudencia, que en su saber? O mas amor á la Infanta, que á coronarla por Reyna de España? Presumida parecia la contradicion que se opusiesse al intento. ¿Qué acto mas Religioso, que remediar la mas Catolica Corona del Orbe? Y dilatar en sucesion fecunda la coluna mayor de la Iglesia? Qué prudencia como ceder á esta honesta, y dichosa necesidad? Qué amor á su Alteza, como verla Reyna, y Señora de tantas Provincias? No parecia oficio de Madre, escusarle tan alta Corona. ¿Quién podia assegurar la vocacion en la Infanta; ó saber el suceso á lo venidero? Quantos fervores habian perecido á manos del tiempo, y mudado los intentos con la edad? Consideraba, que no le embarazaban las virtudes á su Hija, para ser coronada por Reyna de España. Honesto era el campo, y mas eminente para egercitarlas. El espiritu, el fervor, el amor de Dios, practicarlo podia en la grandeza, como en el retiro, y con mayor utilidad de las almas.

3 Creíble era, que Dios para egemplo del mundo la habia criado con tanta virtud; porque esposa puede ser de Jesus, la esposa del hombre. Dispensa la Iglesia en los votos, y tal vez en el Orden Sacro, por dar sucesion á los Reynos. ¿Quánto era mas conveniente guiar con prudente consejo la vocacion, que con Eclesiastica mano revocarla? Ni habia de mover menos, que el gusto del Rey, y conveniencia pública, la misma conveniencia de la Infanta, pues sería desacierto despedir esta platica, si no sucediesse entrar Religiosa. Y para que el serlo no tuviesse efecto, no era necesaria mudanza en su Alteza, bastaba no ajustarse su salud, y fuerzas con tan aspera, y penitente vida. ¿A quantas vence la necesidad? A quantas no les basta el deseo; y quedando el vigór en el alma, descaece el cuerpo? Doliale mucho haber venido de Alemania á España, para negar al Rey lo mas que le podia negar, y ponerse en sus manos, para lastimarle. ¿De quien dependia la Emperatriz? De quien la Infanta, y sus Hermanos los Archiduques? Cómo habia de esperar gustoso al Rey en sus conveniencias, quien se negaba al deseo, y conveniencias del Rey? Qué platica era esta para dudarla? Ser Reyna la Infanta, hacer gusto á un Hermano, remediar muchos Reynos, y servir á la Iglesia.

4 Todas estas razones no bastaron á obligar á la Emperatriz

triz á que se determinasse á hablar á la Infanta su Hija en la materia, pareciendole, que era cautivar á su Alteza el albedrio, solo hacerle su Magestad la proposicion. Tenia la Infanta por Confesor al Padre Fray Juan de Espinosa, de mi Serafica Religion, de la Provincia de Cartagena, varon de grande espiritu, y prudencia, que fue muchos años, y lo era entonces Confesor de la Emperatriz. Habia criado este gran Religioso á su Alteza, y estimabalo como á Padre, y creíale como á Maestro. A este Padre, y á Don Juan de Borja, Mayordomo Mayor, dió orden la Emperatriz, que propusiesse cada uno á la Infanta este negocio, no queriendo la santa, y perfecta Señora, egemplo de madres, dechado de Reynas, que pronunciassen sus labios palabras que pudiessen detener á su Hija en la carrera gloriosa que seguia á la Corona de la Religion.

CAPITULO VII.

RAZONAMIENTO QUE SU CONFESOR hace à la Infanta. Y lo que su Alteza responde.

HAbló á la Infanta el Padre Fray Juan de Espinosa su Confesor con grande espiritu, y verdad, en la materia de su casamiento. Y despues de haberle propuesto el caso, ultimamente la dijo: Señora, las misericordias que Dios ha usado con V. A. ni puede explicarlas mi lengua, ni servirlas bastantemente V. A. Hále dado la mas alta sangre de la tierra; claro entendimiento, santas inclinaciones, y deseos. Ha hecho asiento la caridad Divina en el alma de V. A. que es el mayor bien que puede hacernos en esta carne mortal. Amar V. Alteza á Dios, es amar primero Dios á V. Alteza con tantos mas caudales de amor, quanto hay diferencia del Amor Divino, al humano. Ahora le pone delante la mayor Corona del mundo, ó para que le sirva con egemplo, si la escoge, ó para que la desprecie con humildad, si la deja. Gran prueba hace Dios en V. A. de su discrecion, y no pequeña de su espiritu; dejale la eleccion de ser su esposa; y á vista de lo perfecto, la permite lo bueno. No engáñe á V. A. la Corona mayor de la tierra, que es de tierra; pero no dége tampo-

poco de examinar bien su vocacion, antes de resolverse á egecutarla. Santa Reyna puede ser V. Alteza, si esto elige; dulce esposa de Dios, si aquello abraza. Mayor parece aquello en el mundo, lo mas perfecto es estotro, porque aunque es gran cosa reynar en la tierra, mayor lo es servir en la tierra, para reynar en el Cielo.

2 Bien es verdad, que aunque buscar á Dios en la Religion, es la perfeccion mas alta; pero no á todos guia por lo mas perfecto; porque dejaria al mundo sin virtudes, si todas huviessen de salir de él á poblar los Claustros de las Religiones. Y asi, Señora, examíne bien vuestra Alteza su santo proposito; pero bien comprobado, no dége lo eterno por esto caduco, y perecedero. Breve es la vida, y sobre ser tan breve, deleznable. Vuela el tiempo, y lleva asido tras sí este aliento vital con que vivimos; siendo cada respiracion una jornada á la muerte, con cuyo golpe se desaparece todo. Si las inspiraciones divinas, si el fuego amoroso de Jesus bien infinito; si el deséo de servirle en la profesion Religiosa, á vista de esta conferencia persevera en el corazon de V. Alteza, no dége su vocacion, que mas vale servir en la Casa de Dios, que reynar en los palacios del siglo. Pero si el consejo de su Madre, la conveniencia de la causa pública, y el justo rendimiento del estado en que se halla vuestra Alteza de obedecer, reduce á efecto esta platica; egercite siendo Reyna las virtudes que habia de egercitar Religiosa: que bien cabe estár adornado de joyas preciosas el cuerpo, y demás preciosas virtudes el alma: con las unas se luce la dignidad á los ojos del mundo; con las otras la esposa á los de Dios. Reynas tiene V. Alteza para egemplo, que fueron santas con la Corona. Tal fue la Reyna Estér, y otras, que para ser santas depusieron el Reyno: tal fue aquel milagro de Reynas Isabél de Portugál, de quien V. Alteza tiene tanta sangre. En estas fue loable el santo desprecio de lo grande: en aquellas el heroyco egercicio de lo bueno. V. Alteza encomiende esto á Dios, ponga en sus manos la eleccion de materia tan grande, que es el camino unico, para assegurar el acierto.

3 Oyó su Alteza las prudentes razones de su Confesor, con verguenza purisima, estrañando aquella alma enamorada de Dios, que le propusiessen otro Esposo, que á su santo Hijo, á quien tenia entregado su corazon. Bajó los ojos yá bañados en lagrimas, diciendo: Quan notorio le era á su Confesor el inten-

to con que ſe habia criado, de entregarſe á Dios en vida Religioſa, y retirada. Los favores que habia recibido de ſu Divina mano en el egercicio de eſte ſanto propoſito. ¿Por qué cauſa Fray Juan, decia ſu Alteza, he de dejar mi vocacion, quando mas la deſeo ſeguir? He de ſer Eſpoſa de Chriſto ſi me quedo Infanta, y no lo he de ſer ſi me ofrecen ſer Reyna? Comodidades temporales no han de gobernar mi vocacion, haciendo mas Dios en llamarme, que yo en ſeguirle. No ſería correſpondencia, ni cordura, dejar á Dios por el hombre; lo eterno por lo breve, lo inmenſo por lo pequeño. No penſeis que peſa en mi corazon la Corona de Eſpaña, porque me parece muy grande en el embarazo, y corta en la eſtimacion. No hay que ſer mas en el mundo; pero eſte ſer en la vida, es como vos decís, breve, y penoſo. Otra Corona me llama, y para conſeguirla, quiero que me ayudeis con vueſtras oraciones, y conſejo; porque me dá gran pena penſar, que no me he de entregar toda á Dios, á quien mi alma adora. Primero falte mi vida, que yo á la fé, y palabra que le tengo dada.

4 Acabó con devotas lagrimas eſtas eſpirituales, y ſentidas razones, rogando á ſu Confeſor, que diſpuſieſſe de manera la materia, que ſu Madre no le mandaſſe coſa contraria á ſu vocacion. Aſsi ſe lo ofreció el diſcreto Padre, conſolandola con que eſperaſſe en Dios, que veria logrados ſus ſantos intentos. Lo que mas afligia à la Infanta era, recelar que ſu Madre la habia de hablar en tan penoſo tratado: enterneciaſe al penſar en ello, doliendoſe de que pudieſſe haber coſa en que no la dieſſe guſto. Era (como ſe ha dicho) exceſivo el amor que ſiempre tuvo á la Emperatriz, y en los diez y ſeis años de ſu vida, nunca habia faltado á las menores ſeñas de ſu guſto. Como eſta era materia tan grave, reconocia la Infanta, que no podia dejar de obrar en ella, como á quien tocaba la eleccion, pues en tales negocios, mas ſuelen obedecer, que diſcurrir las hijas. Pero Dios zeloſo, y fino amante de las almas, no tenia menos cuenta de la Emperatriz para no empeñarla, que de la Infanta para defenderla. Y aſsi todo ſe reducia á temer el peligro, habiendo mucha diſtancia haſta llegar al daño.

CA-

CAPITULO VIII.

ESPIRITUALES SENTIMIENTOS de su Alteza, con la noticia de pretenderse la mudanza de su vocacion. Y razonamiento que en la misma materia hizo Don Juan de Borja.



Ndaba la Infanta Margarita sumamente afligida, con la platica que le habia propuesto su Confesor, Enterneciase mucho, y lloraba viendo la espiritual tempestad que se habia levantado contra ella. Consideraba la grandeza de la materia, las instancias que le habian de hacer, que pocos la habian de asistir al seguir su intento, que de ellos la habian de ayudar á dejarlo. Veía yá vertida esta platica en Palacio, y hallabase sin tener con quien descansar, rodeada de las criadas que estaban tan atentas á esto, dandole á entender la materia, lastimandole con lo mismo que procuraban lisonjearla.

2 Pasaba esto su Alteza con disimulacion, y paciencia, encubriendo la pena interior con la exterior modestia de su rostro. Cuidaba de escusar estos lances, andando retirada de todas quanto le era posible: vivia desconsolada, olvidada la antigua alegria, perdído el color, y el gusto. Solía encerrarse en su Oratorio, y alli con lagrimas vivas lloraba su pena. Quejabase á Dios, pedia misericordia à su Madre santisima. Ponia delante su verdadero amor, los deseos con que vivia, los favores que habia recibido, la constante inclinacion que le habia dado de ser Religiosa. Estaba temblando de que su Madre la hablasse en la materia, y en viendose á solas con su Magestad, crecia con el recelo la congoja. No formaba palabra la Emperatriz, que no creyesse la Infanta que era en la platica que tanto temia. Vivia con esto con tantas espinas, y sobresaltos, que era lastimosa cosa el verla.

3 Habiendo entendido Don Juan de Borja Mayordomo mayor de la Emperatriz, del Padre Confesor de su Alteza, quan poco inclinada estaba á la materia, juzgandola por muy conveniente á su servicio; con el orden que tenia habló á la Infanta, diciendola quan decente era lo que se le habia propuesto, y quan jus-

justo que su Alteza se redugesse á las conveniencias del estado público, y que esta era la mas segura, y cierta devocion. No ha nacido, decia Don Juan, V. Alteza para sí sola, para bien de muchos ha nacido. Ocultar debajo de un rustico sayal las virtudes que Dios la ha dado con tan larga mano, es poner la luz debajo de la medida, y no sobre el candelero. Si de las Religiones pudieran sacarse las personas del mundo para mejorarle, fuera muy conveniente: ¿quánto mas lo será no desterrarlas del mundo á las Religiones? Grande cosa es arder á los ojos de Dios; pero mayor es lucir, que no arder, que no todos los que arden en su amor alumbran: pero todos los que alumbran, arden en su amor.

4 Es un Sol en el mundo una Reyna santa, y esclarecida; mejóra las almas con su egemplo; perficionalas con su virtud, y alegralas con su agrado. ¿Quantos pobres remedia? Quantas huerfanas casa? Quantas virgenes hace Esposas de Dios? Estas obras son de dejar por vivir en retiro? No niego, Señora, que es seguir á Dios lo mas perfecto: ¿pero quien dice, que esto es dejar á Dios? Sirvele V. Alteza, donde mas ha menester quien le sirva, y en donde es mayor fineza el servirle. Que V. Alteza sea perfecta en la Religion, apenas parece que hay que agradecerle; pero que sea Religiosa en Palacio, y egemplar del modo como han de ser santas las Reynas, vivir en el siglo sin siglo, esto es de suma virtud. Tratado es este que V. Alteza no puede escusarlo: su Madre lo desea, á su casa le conviene, el Rey lo propone, los Ministros lo aconsejan, los Reynos lo piden. En el estado que Dios tiene á V. Alteza sabe su gran discrecion, y modestia, que no le puede tocar, discurrir, ni determinar, sino obedecer á la Emperatriz su Madre, de cuya prudencia, y amor ha fiado V. Alteza hasta aqui sus aciertos.

5 Refieren, que no pudo sufrir el constante ánimo de la Infanta, que pasasse adelante Don Juan en su discurso, y que interrumpiendole, dijo: Don Juan, yá me ha hablado mi Confesor en esto, y le he respondido lo que Dios me ha dado á entender, y asi á él os remito. En lo que decís de mi Madre, creo del amor que me tiene, y de su Christiandad, que nunca me mandará cosa que no sea muy conforme á la voluntad de Dios, con la qual vive su Mageſtad tan ajustada, debo estarlo yo, y será bien que lo estemos todos. No le pareció á Don Juan de Borja hacer

mas réplica á ſu Alteza, porque en el color del roſtro leyó facilmente los penoſos efectos, que obraron eſtas razones en ſu corazon. Salióſe de la pieza, y luego la Infanta, como cierva herida que buſca el alivio en las aguas, habiendo oído que ſu Madre mandaba eſto, y coligiendo tambien, que ſin ſu orden no llegáran á hacerle tan vivas inſtancias, ſe retiró á ſu Oratorio, y con tiernas lagrimas lloró ſu dolor, diciendo con gran ſentimiento, y ternura eſtas, ó ſemejantes razones: ¿Es poſible, Dios mio, que no me quereis? Que aſsi me deſechais? Quando mi alma os buſca, Vos me deſpedís? Quando quiero ſer vueſtra Eſpoſa, Vos me repudiais? Qué os ha hecho, bien mio, eſte corazon que os adora? En qué os ha enojado eſta alma que os ama? Por qué no quereis una vida que quiere perderſe por Vos? Buſcais, Señor mio, la oveja perdída, y con tanto trabajo la traheis en los hombros, y ahora que os buſca ella á Vos, la dejais perdída? Para qué quiero yo las Coronas del Mundo, ó Rey del Cielo? No quiero mas Corona que adoraros, ni quiero mas reynar que ſerviros. Otras, Señor, ſirvan de egemplo en el ſiglo, que yo quiero ſerlo fuera de él: ſeanlo otras de haberlo ſeguido, yo deſeo ſerlo de haberlo dejado.

6 Aſsi como ſe iba ſabiendo en Palacio la platica que ſe trataba del caſamiento del Rey con la Infanta, ſe iba tambien entendiendo la contradiccion de ſu Alteza, el ſentimiento que de eſto tenia, y las muchas lagrimas que le coſtaba. Veíanla triſte, ſola, ſin aquella alegria de roſtro con que antes ſazonaba ſu quarto, apenas la veían los ojos enjutos, ni la oían ſino tiernos ſuſpiros. Eſtaban ſuſpenſas, y confuſas en Palacio, ſin ſaber en lo que eſto pararia, admirando el mundo en ſu Alteza tan eſtrañas lagrimas, llorar una Infanta el ſer Reyna.



CA-

CAPITULO IX.

LO QUE SU ALTEZA PADECIO SOBRE la platica del casamiento. Y la respuesta que en ello dió la Emperatriz.



Abiendo entendido la Emperatriz del Padre Fray Juan de Espinosa, y de Don Juan de Borja, la constante determinacion de la Infanta, y viendo tambien con sus ojos en el rostro, y afliccion con que andaba aquellos dias, la turbacion grande que á su ánimo causaba este negocio; determinó de hablar al Rey su Hermano, sino escusando del todo la conclusion, á lo menos diciendole el camino por donde Dios llevaba á su Hija, para resolverlo con mayor acuerdo. Entretanto que la Emperatriz hallaba sazon conveniente para decir esto al Rey, era lastima vér lo que padecia la Infanta. Porque con la contradiccion que se entendió que hacia á una cosa que tambien estaba á sus criadas, se levantó una persecucion domestica á esta inocente Señorá, cubierta con color de conveniencia; en que tuvo bien de que defenderla Dios. Admirabase toda su familia, y quejabase de la Infanta, de que quisiesse privarse de tan buena suerte, y se negasse á ser Reyna de España, y verse en puesto; en el qual pudiesse largamente mejorar los suyos. Como la platica estaba yá tan esparcida y pública, hablabanle en ella abiertamente persuadiendola á que se condoliesse de todos, condecendiendo en esta resolucion, y escusasse de entrar en vida tan trabajosa, como la de Descalza.

2 Tuvo la Emperatriz en su servicio muy grandes Señoras, y sumamente discretas; y con la mano que les daba su calidad, y la poca edad de su Alteza, la hacian muy apretadas instancias. Quando partimos, Señora, decian, de Alemania, y dejamos nuestros padres, y hermanos, á todo acaecimiento nos sujetamos. Corrimos los peligros de la peste, los trabajos del camino, y las tempestades del mar. Venimos á naciones estrañas, de tan larga, y dilatada correspondencia con los nuestros, que apenas sabemos nosotras de ellos, ni ellos de nosotras. El consuelo que traheń consigo estas penas, es, pasarlas á los ojos de V. Alteza, y ale-

grarnos en ellas con ſu viſta. Quiere V. Alteza dejarnos, y quiere dejarſe á sí huyendo de la mayor Corona, á la mas rigurosa, y pobre vida. Su guſto de V. Alteza ha de preferirſe á todo; pero ſu diſcrecion ha de examinar ſu guſto. ¿Quiere mas V. Alteza que ſer ſanta? Siga, é imíte las piſadas de ſu Madre: ſiga las de las ſantas Reynas Iſabél de Ungria, y Portugál. ¿A quantos beneficiaron con ſu mano, ſocorrieron con ſu liberalidad, defendieron con ſu amparo, mejoraron con ſu perfeccion? No pudieran hacer eſto deſde el rincon de una celda, ó de la reja de un Convento. Crea V. Alteza, que no ha de poder vivirſe en el mundo, ſi los buenos dejan el mundo, y falta á los que ſe quedan la luz del egemplo. Lo que á noſotras toca, Señora, poſponemos á la inclinacion de V. Alteza, pues nueſtras comodidades no han de retardar ſu vocacion.

3 Larga mano tiene la Emperatriz para nueſtro beneficio, y yá eſtamos premiadas con ſervirla. Duelenos la ſalud de V. Alteza, y ſu débil complexion, y ſujeto entregado á tan rigurosa vida. Que ſerá conſtante ſu corazon en la profeſion que emprendiere, no lo podemos dudar, como quien conoce ſu eſpiritu, y ſu valor; pero quantas veces deſampára la ſalud á los deſeos, y quedando conſtante la voluntad, vive rebentando el cuerpo. V. Alteza míre bien lo que deja, y lo que emprende, y no facilmente ſe reſuelva á deſamparar á tantos, que viven con el gozo de ſervirla, y la alegria de comunicarla, condenandonos á que eſtemos las que tanto la amamos, llorando ſu auſencia, y el rieſgo que ha de correr ſu ſalud en profeſion tan auſtera.

4 La afligida Señora viendo las contradicciones con que era combatida, no reſpondia ſino que eſtas materias no eran para diſcurrirlas, ni platicarlas con ella, y hallaba el remedio en andar deſviandoſe de todas, y eſcuſar eſtas platicas, retirarſe al Oratorio, acudir á ſu Confeſor en quien tenia todo ſu conſuelo. Tambien el Archiduque Alberto ſu Hermano le era de algun alivio en ſu pena, porque aunque deſeaba eſte negocio, ſiempre guardaba reſpeto á la vocacion, y ſolía decirle, que vivieſſe conſolada, porque ſi era de Dios, todos le ayudarian á ponerla en efecto. Las Señoras, y criadas (que tenia en ſu compañia) del ſanto concierto ſolían acompañarla en las lagrimas, ſin oſar perſuadirle uno, ni otro, no queriendo dár pena á la Infanta, ni diſguſto á la Emperatriz.

En-

5 Entendiendo ſu Mageſtad Ceſarea lo que en eſto paſaba, fue moderandolo en todo con ſu gran prudencia, dando orden que no la moleſtaſſen, hablandola en ello; y pareciendole yá tiempo de decir á ſu Hermano la dificultad que tenia eſta materia, le dijo: quan temprano habia Dios manifeſtado ſu voluntad en la Infanta ſu Hija de quererla para sí, que con eſte devoto, y ſanto deſeo habia nacido, y crecido, y en el miſmo perſeverado. Y que parecia conveniente ſuſpender el tratar de eſta materia haſta llegar á Madrid, y verſe en las Deſcalzas, pues entonces con mayor eſpeculacion podria ſu Mageſtad reſolver lo mejor. Reſpondió el Rey con la prudencia, y Religion que reynaba en ſu ánimo, admirando, y eſtimando mucho la vocacion ſanta de ſu Alteza, y que le parecia bien dilatarlo, para examinar entretanto ſi aquellos deſeos eran verdaderamente impulſos Divinos, que en eſte caſo todos habian de ayudar á egecutarlos: pero que era de examinar una reſolucion tan grande, y nueva en perſona de tan alto eſtado como ſu Sobrina, en edad tan tierna, y ſujeta á mudanzas, entrar en vida tan auſtera, y llena de trabajos, y deſconſuelos para la naturaleza. Con eſto quedando en pie la platica, y en duda el ſuceſo, ſe ſuſpendió todo haſta llegar á Madrid.

CAPITULO X.

PARTEN DE PORTUGAL EL REY, la Emperatriz, y la Infanta. Llegan á Madrid. Y devocion de ſu Alteza á una ſanta Imagen de Chriſto en el Convento Real de las Deſcalzas.

Compueſtas yá las materias de Portugál, por la prudente atencion de Felipe Segundo; encomendada la incorporacion de eſta noble parte del Imperio de Eſpaña en la Monarquía, á la conſtante lealtad de aquel Reyno, y ſu Gobierno al Archiduque Alberto; partieron de Lisboa el Rey, la Emperatriz, y la Infanta. Hicieron el viage con grande felicidad, celebrando ſu recibimiento las Ciudades, y Pueblos por donde paſaban, con demoſtraciones de gozo; llegando en ſus fieſtas, y regocijos haſ-

hasta donde bastaba su poder; y adonde no alcanzaba, pasando con el amor. Encaminóse la jornada á San Lorenzo el Real, y allí entraron admirando la Emperatriz, y su Alteza aquella rara maravilla del Orbe, donde el poder, y el arte están emulando sus fuerzas. En San Lorenzo aguardaban á su Magestad el Principe Don Felipe, y las Infantas, y con señalada fiesta fueron recibidos, el Rey de sus Hijos, la Emperatriz de sus Nietos, la Infanta de sus Primas. Detuvieronse algunos dias en este Santuario, de donde llegaron á Madrid, llenando esta Real Villa con la venida de su Rey los cora zones de sus vecinos de gozo,y los vacíos de su soledad de gente. El Rey, el Principe, y las Infantas quedaron en Palacio; la Emperatriz, y su Hija fueron derechamente á apearse á las Descalzas, donde las Religiosas las recibieron con espiritual júbilo, y grandes demostraciones de amor. De nuestra devotissima Infanta Margarita no hay quien pueda explicar el alegria con que recibió las Religiosas, y fue recibida de ellas, holgando sumamente aquellas virgines devotas, de vér cobrada yá prenda tan inestimable.

2 Hallaron hecha la Tribuna, que en el Templo de esta Real Casa cae al Altar Mayor, en donde en las Fiestas públicas oyen, y assisten los Reyes á los Oficios Divinos. Comunicabase la Tribuna con el quarto de su Alteza, y en ella hacia nido esta candidissima Paloma. Allí iba á comunicar sus desconsuelos, á hacer terrero espiritual á su Amado. Allí en sus tribulaciones buscaba el alivio, el consejo en sus dudas, el esfuerzo en sus trabajos, la constancia en sus persecuciones, y el descanso en sus penas. Cobró grandissima aficion á una Imagen de Christo Redentor nuestro Crucificado que está en el Altar Mayor, y á él enderezaba sus fervorosas oraciones, pareciendole que tenia tantas puertas abiertas para recibirla, quantas llagas mostraba para remediarla. Comunicaba con esta Imagen en la oracion quanto le passaba en el dia, registrandole hasta los mas delgados pensamientos. Hablabale en la confianza como á Esposo, y en la veneracion como á Dios. Reducia allí á su memoria las tribulaciones passadas, y no dejaba de temer las venideras. Ofreciale agradecida en holocausto su constante fé, y pedia, que la previniesse de esfuerzo para el tiempo de la necessidad. Era tan vivo el amor que cobró á esta sagrada Imagen, que en viendola cessaban sus desconsuelos: y como á la fuerza del Sol se desaparecen las nubes,

huían

huían sus penas, que hacia propicio al Retrato el amor que la Infanta tenia al Original.

CAPITULO XI.

VUELVEN A PROPONER A SU ALTEZA el casamiento. Platica de cierto Ministro, y respuesta de la Infanta.


QUando la Infanta andaba mas fervorosa en sus espirituales egercicios, y con mayor fuerza iba recibiendo su alma amorosos aumentos: quando el embarazo, y soledad de aquel santo retiro, y la perfecta compañia que le hacian las Religiosas ofrecia materia mas eficáz á su vocacion, volvió otra vez á despertarse mas viva la platica de su casamiento, y con mas instancias á renovar sus cuidados. Hacianse diferentes recuerdos al Rey de lo que convenia, que su Magestad tomasse resolucion en este tratado, por la poca salud con que se criaba el Principe, y porque materia como esta, no era bien hacerla de peor calidad, con echar mas tiempo sobre ella. Con lo qual vino á ser necesario volver á hablar á su Alteza. Fue lo mismo que manejar las llagas al herido, y volverle á repetir el dolor.

2 Hablóla con la misma discrecion el Padre Fray Juan de Espinosa su Confesór, sin desviarla de su santo proposito, señalando lo bueno, sin ocultar lo mejor; dejando obrar á la gracia, y no desanimando la vocacion. A este Padre, y á todas las demás personas, que hablaron respondió con igual constancia, diciendo: Que habia ofrecido de sacrificarse eternamente á Dios, y servirle en estado Religioso, y que no se hallaba con aliento para desamparar su deseo. La Emperatriz su Madre, aunque conocia quan bien le estaba que se efectuasse este casamiento, escusó otra vez el intervenir por su Persona, pasando antes por arriesgar quantas comodidades podian resultarle de su efecto, que hacer la menor contradiccion al proposito santo de su Hija. Conocia qual habia de ser la fuerza de su autoridad con la Infanta, y no queria oprimirla con peso tan grave. Haciendola Dios egemplar de los padres, para que aprendan á dejar en su libertad á las hijas, quando Dios les gobierna; que si al mandar Dios en las

al-

almas, le acortan la mano, ¿que acierto esperan en sus resoluciones? Contentabase la Emperatriz con dejar que á su Hija la hablassen, que este arbitrio no lo quiso negar al Rey, ni á la causa comun. Pues cerrar la puerta á plática tan grave, assi fuera sobrada severidad, como oponerse á la vocacion de la Infanta peligro. Hablóla entre otras personas cierto Ministro (que no es necesario por ahora nombrarlo) que con ser de grande juicio, y prudencia, mostró que no es facil hallar conveniente forma á la persuasion, ni vestir de ajustadas razones el afecto, quando se habla con Personas tan grandes, con quien facilmente la mas advertida lengua resvala. Habia intervenido antes en la misma platica, y á este tiempo habló á su Alteza, diciendola:

3 En diferentes ocasiones, Señora, he hablado á V. Alteza en el negocio mas importante que puede ocurrirle en la vida, y en todas ellas no han bastado mis muchas canas á persuadir los pocos años de V. Alteza. Vuelvo á tratar en esto, porque viven las mismas razones. ¿Qual infelicidad nuestra, y de la suerte comun de estos Reynos, del estado mas dichoso de V. Real Persona persuade á V. A. á resistir lo que mas le conviene? Quien ha puesto en el blanco corazon de V. A. repugnancia tan fuerte á una resolucion tan importante? Lo que aconsejan tantos varones eminentes; lo que juzga por mas conveniente el Rey mas sabio; lo que no se atreve á resistir la Emperatriz su Madre; lo que desean los Reynos; lo que solicitan todos; lo que con lagrimas pide su familia; lo que ha menester la Religion Catolica, no halla lugar en el albedrio de V. Alteza? Si se ha de tomar resolucion tan grave por noticias; ¿quien las tiene mayores? Si por voluntad, quien puede negarse á tantos deseos? Si por ruegos, quien no se rinde á tantas instancias? Si por conveniencias, quien puede cerrar los ojos á las propias, á las de su Madre, y Hermanos, á las de su Tio, y Corona, á las de su Familia misma, y Religion Christiana? Pueden juntarse mas causas para producir un efeto, ni concurso mas poderoso de razones? Aparta de la cabeza la Corona V. A. qual si fuera una vibora enroscada, y naciendo Infanta, estraña el ser Reyna? Para qué suerte nació V. Real Persona? Para ponerse un saco de sayal, y vivir en aspera, y pobre vida, sola, y triste? Quién duda, que sea lo mas perfecto el seguir á Dios? Pero quién llama dejarle, el ser Reyna en la mayor Corona de su Iglesia?

Pa-

4 Parece que condena V. A. los mas altos Estados de la vida, pues tanto horror le causan, qual si fuera delito el tenerlos. ¿No caben en una cabeza corona de oro, y de espinas? Las virtudes, y los Reynos? Penar con la grandeza, y hacer de los cargos Cruz? Faltale la experiencia á V. A. y con esso no sabe qué de penas que caben en el gozo, y que es Cruz á los hombros el cetro en la mano. Si quiere padecer V. Alteza, en esta ocupacion lo hallará, que no está lo mas alto mas esento de la comun miseria de los hombres. Finalmente V. Alteza se persuada, que ha de ser poderosa la razon; y que han de ceder sus breves años al parecer de tantos Ministros; á la voluntad del Rey su Tio; á la tolerancia de su Madre; á las lagrimas de su familia; á la aclamacion de los Reynos; á las conveniencias del estado de esta Monarquía; y asi es bien que vaya V. Alteza con la voluntad, adonde ha de ser llevada de la fuerza.

5 No pudo tolerar su Alteza, herido el corazon con la ultima palabra que formó este Ministro, que continuasse su platica: y encendida en santo zelo, le dijo estas breves razones: Engañais os, si creeis que puede haber fuerza humana que me lleve adonde no me lleváre la Divina. ¿Vos pensais que á mis pocos años habeis de assombrar con los vuestros? A todas las razones que habeis dicho, he respondido en otras ocasiones. Todas las vence la voluntad de Dios, que es Señor de sus criaturas, y escoge las que quiere para sí. Y ahora por la ultima palabra que digisteis, llevad sabido, que no habeis osar mas hablarme en esta materia. Con esto, bien corregido, se salió el Ministro de la pieza, y nunca mas se atrevió á mover la lengua en semejante platica.



CAPITULO XII.

CRECEN LAS TRIBULACIONES de la Infanta en la proposicion del casamiento. Consuelala Christo nuestro Señor con favor muy particular.



NO se puede explicar bastantemente la turbacion que causó á su Alteza el razonamiento de este Ministro, porque aunque conocia bien la suma Religion de su Tio, el valor de su Madre, y el respeto, y veneracion que habian siempre guardado á su vocacion; todavia no dejaba de darle gran pena, vér, que le hablassen tan determinadamente en materia tan grave; y temia, que no fuesse la ultima prueba de su constancia el precepto de la Emperatriz. Era esto lo que mas la afligia, porque á todos los demás hallaba inferiores á su determinacion, aunque fuessen superiores á sus años. Solo en llegando á su Madre, se hallaba en todo sin fuerza, para resistirla, y en este caso sin aliento para obedecerla. Estaba su Alteza en aquel Real Monasterio, mas bien hallada para el gusto, pero menos acompañada para el trabajo, que en Portugál: porque á la Emperatriz no se atrevia á hablar en ello, por no despertarle platica que tanto temia. Faltabale su Hermano el Archiduque Alberto, y no siempre podia hablar á su Confesor, ni habia aun estrechadose tanto con las Religiosas, que pudiesse comunicarles sus penas. Sus criadas, y las de la Emperatriz eran las mas declaradas en esta materia; y con color de su bien, las que mas la lastimaban. Con esto negada la afligida Señora, de las criaturas, iba desalada á buscar el Criador, el qual con dulce providencia le cerraba estas puertas mortales, para que hallasse solamente abierta la eterna. ¡O, Señor, quanto os debemos quando mas nos quejamos! En que todos me desampraten, consiste mi bien: y en que todos me dégen, mi remedio.

2 La Infanta, de la manera que la Esposa en los Cantares, caminaba anhelando por su Amado; requeriale con dulces quejas, y con tiernos suspiros le llamaba. Ibase á la Tribuna, y desde alli mirando aquella Imagen de Christo nuestro bien (de quien

era tan devota) un dia que mas pena le daban sus congojas, bañado el rostro en lagrimas, le dijo: ¿Quando he de acabar de hallaros, Señor mio, y me han de dejar seguiros? Y pues solas vuestras bodas apetezco, quando se han de celebrar? Aguardais á que muera con el dolor de esta suspension, Señor? En qué han de parar estas instancias? Adonde han de llegar estas porfias? Hasta quando permitireis que padezca en la mas fuerte duda, que es perderos? He de ser vuestra esposa, Señor mio?

3 Apenas dijo estas ultimas palabras la fervorosa, y Real Doncella, derramando arroyos de lagrimas, quando la santa Imagen de Christo nuestro bien bajó dos veces la cabeza, dandole prendas en la tribulacion de su descanso, y ofreciendole en arras de su espiritual matrimonio este repetido prodigio. Cesaron los afectos, y entró la suspension en el alma de la Infanta viendo con sus ojos un portento tan grande, y naciendo con él en su corazon seguridad constante de conseguir tan gran bien. Quedó con una consolacion interior de tanta suavidad, que yá parece que comenzaba á gozar con la esperanza en esta vida parte no pequeña de las glorias, que á la posesion está reservada.

4 Admirable es el amor de Dios Crucificado, que adoramos, pues no le pareció que bastaba consolar el corazon que sentia, sino consolaba los ojos, que lloraban; haciendo que los ojos viessen inclinar la cabeza en el Retrato, y el corazon conociesse inclinado su amor en el Original. Dos veces inclinó la Corona de espinas: la primera, ofrece las espinas á su Esposa; la segunda, la corona. Dos veces se le inclina, con la una la recibe, con la otra se entrega. Acredita con el segundo milagro el primero; unas mravillas assegura con otras. Dos veces afirma, una en nombre de su Madre (medianera de este concierto desde Monserrate) otra en el suyo. Dos veces á dos vidas se ofrece por esposo de su esposa, para esta mortal, penosa, y attibulada; y para la gloriosa, triunfante, y eterna. Duplica los favores, porque no sabe su amor irse á la mano en pagar deseos, y consolar afligidos. Gran credito es de su fineza el bajar la cabeza su efigie coronada en un madero, pero mayor lo es dár fuerzas á un humano corazon, que decline la cabeza de la Corona, que con tanta instancia quieren poner en sus sienes. En este suceso leo aquella misericordia; pues quien vé tal fervor en un corazon humano, creerá tal favor en una correspondencia Divina: porque mas fa-

cilmente se inclina Dios á nosotros, que declinamos nosotros la pompa del siglo. Quien conoce su bondad, no admirará que se incline á quien desprecia el mundo por él, habiendose gobernado desde el pesebre á la Cruz con estas inclinaciones. Declinó desde el Cielo hasta la tierra, para venir á enseñarnos el desprecio del mundo; ¿quánto mas facilmente se inclinará su retrato, por consolar á quien por servirle lo desprecia; aliviando con esto una alma enamorada, que con tan ligeros pasos le vá siguiendo, que no la puede alcanzar la Corona del mundo, que la viene persiguiendo?

CAPITULO XIII.

CONTINUANSE LAS INSTANCIAS con su Alteza en la platica del casamiento. Habla á su Madre, y lo que su Magestad le responde.



Quedaron grandes prendas en el corazon de la Infanta, de que no podia yà descaecer el dichoso suceso de su vocacion, prevenido con tal prodigio, como el que habian visto sus ojos: y asi enmedio de sus desconsuelos, siempre conservaba interior esperanza, de que no podia faltar lo que desde la Cruz le habia grabado su Esposo en el alma. Hallabase todavia acosada, y perseguida, y todos con exquisitas instancias le persuadian á que viniesse en lo propuesto, en que concurrian tantas conveniencias de estado, y con los brazos poderosos de las razones humanas, que no son poco eficaces en el mundo, se aplicaban contra la vocacion los esfuerzos sin miedo. Flechaba el poder, y la conveniencia saetas doradas de lisonja al corazon de la Infanta, y eran á su sentimiento heridas de muerte con lo que pretendian coronarle la vida. No sabia adonde acudir la santa Doncella; porque enmedio de tener por segura la dicha en el suceso, le lastimaba vér los medios tan contrarios al fin; y entretanto que dura la pelea, siempre se puede recelar la victoria: tanto mas á quien desea con veras del alma lo que apetece; que aun logrado el deseo en el mismo suceso, está dudando de contento el gozo.

Au-

2 Ausentabasele Dios algunas veces, para probar mas á su esposa, y yá no veía sino criaturas, la que tan asida estaba al Criador. Haciale dudosa la esperanza, poniale dificultades en la vocacion, justificaba la causa contraria, pareciendo yá mas débil la propia. Acudia en estas tribulaciones al mismo Dios, que holgaba de verla en ellas; y de la misma mano le resultaba el alivio, de cuya tolerancia le venia el trabajo. De esta suerte lleva el Señor á los suyos por el desierto de la vida interior; yá animandoles con los consuelos, yá excitandoles con las fatigas: con estas les humilla, con aquellos les socorre; con las penas obliga á que le busquen, con los consuelos alienta á que le sigan. En espirituales sentimientos, fluctuando el corazon de su Alteza, iba, y venia siempre á la Tribuna, qual suele la paloma á mitigar la sed, ir á la fuente. No pudo yá su enamorado espiritu sufrir tantas congojas, ni bastó su paciencia á oír tantas veces platica tan contraria á su deseo; y asi determinó de hablar á la Emperatriz su Madre, y parecióle egecutarlo en la misma Tribuna, al tiempo que acababa su Magestad de hacer oracion. Discreta fue la sazon que eligió la Infanta, del tiempo, y del lugar. Habla á su Madre quando acaba de hablar á Dios; y el tratado de ser esposa de Christo, lo ha platicado á vista de Christo. Donde le ofreció, que sería su esposa, lo esfuerza, porque donde le dió la palabra, la cumpla. Previenese á todo suceso: si lo concede, alli le dá las gracias á Dios, donde le hace su Madre merced: si lo niega, apela de la Emperatriz á Christo, de la criatura al Criador.

3 Llegó la Infanta Margarita los ojos bajos, con amoroso, y tierno semblante, y con virginal turbacion arrodillandose; mas parecia que dejaba decir á su afecto, que no que pronunciaba estas palabras: Señora, bien sabe V. Magestad mis intentos, y el deseo que tengo, y he tenido siempre de ser Religiosa Descalza en este santo Convento: vine de Alemania con V. Magestad con el proposito de consagrarme á Dios, á quien estoy ofrecida muchos dias há por esposa. Suplíco á V. Magestad me haga merced de que tenga esto efecto, y me vea yo con el gozo de esta buena suerte, señalando dia para que tóme el habito; y asi me dejarán tan importunas instancias, y el dolor que traviesa mi corazon, de ponerme en duda esta dicha. Enterneciose la Infanta, y comenzó á persuadir con los ojos, lo que habia propuesto

to la lengua, dando mas fuerza á ſu corazon cón eſta muda, y poderoſa eloquencia. No tiene mas esfuerzos la naturaleza, do lo que fuere dando la gracia. Eſtas tiernas razones, con pureza increíble referidas, y con tanta blandura pronunciadas, hirieron de ſuerte el ánimo de la Emperatriz, que reſuelta en lagrimas, y en el miſmo negocio convencida, componiendo primero ſu Auguſto ſemblante, yá no indiferente, ſino propicia en la cauſa, la dijo: Margarita, pedid vos á Dios, que me dé vida, que mientras yo la tenga, yo os defenderé, y ayudaré en vueſtro ſanto propoſito.

4 Raro egemplo queda eſcrito á los ſiglos en eſtas breves palabras del juſto aprecio de la voluntad de Dios, y del deſprecio de la vanidad del mundo. Yo os defenderé Margarita, dice la Emperatriz. De qué? De la muerte? Del hierro? Del trabajo? No. De la Corona, del Cetro, de ſer la Reyna mayor de la tierra. De toda eſta grandeza la juzgaba ofendida al proponerla, pues que la queria defendida al guardarla. ¡O deſeſtimacion ſuma de sí, y alta eſtimacion de Dios! Mas quiere la Emperatriz vér á ſu Hija ſierva de Dios, que verla Reyna. Mas quiere verla trabajando en la perfeccion, que reynando en la virtud. Mas quiere verla Deſcalza, que piſando las mayores Provincias del Orbe. Mas quiere verla obedeciendo padecer, que mandando gozar. De tres Hijas que pudo vér coronadas en el mundo, la tercera niega al hombre, y la dá á Dios. La Reyna de Eſpaña Doña Ana, perfecta, y valeroſa criatura, ſantamente murió en ſu Reyno coronada. La Reyna de Francia Doña Iſabél, egemplo raro de Reynas, murió yá depueſta la Corona en el retiro. Quiere la Emperatriz que vea el mundo ofrecer á Dios la tercera Hija en mas alta, y ſuperior gerarquia, y que imíte la Infanta Margarita las virtudes que egerció la Reyna Doña Ana en la Corona, y la Reyna Doña Iſabél en el retiro; porque la excelſa vida que reſplandeció en las dos Hermanas en la grandeza, con mas claros rayos reſplandecieſſe en ſu Alteza en el deſprecio.

CA-

CAPITULO XIV.

DICE LA EMPERATRIZ AL REY la determinacion de ſu Hija. Reſpueſta de ſu Mageſtad, y nueva tribulacion que ſe levanta á ſu Alteza.

BEsó la mano la Infanta Margarita á ſu Madre, por haberle ofrecido ſu amparo en la ſanta vocacion de ſer Religioſa, y el tierno amor que haſta entonces la tenia, creció con mas apretados vinculos por eſte favor. Solía repetir ſu Alteza deſpues muchas veces en el diſcurſo de ſu vida: Debole mucho á Dios, y debſle mucho á mi Madre. Ponderando, que debia á Dios haberle dado tal Madre: y debia á ſu Madre haberla hecho eſpoſa de Dios. Deſde el punto que ſe declaró la Emperatriz en defender abiertamente la ſanta vocacion de ſu Hija Margarita, ſe fueron mitigando las inſtancias.

2 Habló al Rey ſu Hermano, diciendole con quan vivas razones, por diferentes Miniſtros ſe habian propueſto á ſu Hija las conveniencias de eſte tratado, y que ſiempre eſtaba conſtante en ſu vocacion. Que pues á viſta de la vida penitente, que eſcogia, y de la Corona con que la convidaban, ſeguia con tanta perſeverancia ſu intento, ſe conocia manifieſtamente que era Dios quien gobernaba aquel corazon: y ſiendo eſto aſsi, que ni habia humano poder, ni era bien que huvieſſe humana licencia, para impedirle mas eſte ſervicio, ni á la Infanta eſta dicha. Ponderóle las lagrimas con que le habia ſuplicado, que ſeñalaſſe dia á la entrada de la Religion, y que no lo habia querido hacer, ſin dar razon primero á ſu Mageſtad. El Rey reſpondió con mucho agrado, que no permitieſſe Dios que él fueſſe impedimento á la Infanta al ſer Religioſa, antes bien era juſto que todos la ayudaſſen, y que ſe rindieſſen las razones humanas á la ordenacion Divina. Que Dios, Autor de la naturaleza, daria ſalud al Principe Don Felipe ſu Hijo, en cuya ſuceſion podia aſſegurarſe lo que habia pretendido aſſegurar con la ſuya. Decentemente errerá, no ſolo el Eſpiritual, ſino el Politico, que creyere que el haber dado Dios al Principe Don Felipe (deſpues Rey Santo, y Pacifico)

tan

tan hermosa, y fecunda sucesion, tomó sus fuerzas en dar primero su Padre á Dios su Esposa.

3 Publicóse en los dos Palacios, y luego voló por Madrid esta resolucion, que tanto tiempo habia tenido suspensa la Corte. Y quando parece que la Infanta habia de gozar de suma tranquilidad, se volvió á levantar otra borrasca, sino de igual peligro, de igual pena. Comenzóse á estrañar mucho, que yá que la Infanta no queria eligir el estado del matrimonio, quisiesse seguir la aspera vida de la Religion, persuadiendola algunas Señoras del quarto de la Emperatriz, que la servian, que viviesse retirada en el Convento, pero no Religiosa. Que á quien conocia su delicadeza, parecia temeridad quererse obligar á tan rigurosa vida, poniendose á riesgo conocido de no cumplir á Dios lo que ofrecia. Que se podia quedar con su Madre en su quarto, y despues de los felices dias de su Magestad, continuar el mismo recogimiento, gozando alli, asi de la compañia de las Religiosas de sus santos, y devotos egercicios, como de las decentes, y precisas comodidades, que ha menester el cuerpo, para llevar el peso de la vida. Que muerta la Emperatriz su Madre, quedaria su Alteza amparando toda su familia, socorriendo los Fieles con su liberalidad, y mejorando las gentes con su egemplo. Proponianle domesticos egemplares de este intento. La Princesa Doña Juana su Tia, que en el mismo Convento habia vivido, y muerto con grande perfeccion. La Reyna Doña Isabél su Hermana en Viena, y ultimamente, la Emperatriz su Madre, egemplar que podia serle precepto.

4 Respondió á estas instancias su Alteza con clara, y abierta resolucion, que habia de ser Religiosa, y seguir la vocacion con que Dios la llamaba: que lo que mas podia sentir era, no tener tanta mano para acudir á remunerar tan buenos servicios, como los de las Señoras que asisten á su Madre; pero que daria Dios vida á su Magestad, y en esse tiempo lo dispondria todo en conveniente forma: que quando quedasse algo por egecutar, su Alteza conservaba siempre la misma sangre en las venas, pues no se cortan con la profesion los vinculos que ofrece la naturaleza. Y siempre habia de hallar su intercesion en el Rey su Tio, ó en el Principe su Primo, quando felizmente reynasse, el lugar que se debia á tan estrecho parentesco. Y que estuviessen ciertas, que nunca les faltaria, con tan-

tanta mas mano, y poder, quanto se exponia á dejarlas por Dios, el qual puede remunerar mas por la mano de una pobre Religiosa Descalza, que de una Infanta coronada por Reyna. Con estas, y otras razones sosegó á sus criadas, y con tal discrecion, y fervor persuadia al consuelo, y esperanza á las que habian de quedar en el mundo, y á la perseverancia, y desprecio del siglo, á las que habian de desampararlo, que todas respondieron con lagrimas; unas por el gozo de seguirla, otras por el dolor de dejarla.

CAPITULO XV.

VUELVEN A HABLAR LA EMPERARIZ, y el Rey á la Infanta en la ultima resolucion de ser Religiosa, y las prevenciones que se hicieron antes de egecutarla.



Esuelto el Rey, y la Emperatriz á que la Infanta siguiesse su devoto intento, y el ministerio por donde Dios la llamaba, les pareció que era conveniente primero examinar muy bien su vocacion. No podia dejar de ponderarse mucho resolucion tan grave, y que tanto ruido habia de hacer en el mundo. La Infanta Margarita, Hija del Emperador Maximiliano, Hermana del Emperador Rodolfo, y de las Reynas de España, y Francia; Cuñada, y Sobrina de Felipe Segundo; Nieta de los Emperadores Carlos V. y Fernando, vestirse un pobre sayal para vivir descalza, era fuerza que volviessen las naciones los ojos á esta resolucion, para admirarla los Catolicos, para estrañarla los Hereges. Habiendo de causar grandes efectos en qualquier suceso, con la perseverancia, egemplo á los unos, respeto á los otros. Y si la salud de su Alteza no pudiesse tolerar la aspereza de la vida, en los contrarios de nuestra Religion causaria descredito, y en los nuestros censura.

2 Era resolucion raras veces vista, dejar Señora tan grande tan desasidamente el mundo. Habiase visto en otros sucesos encerrarse, conservandose en mas breve termino la misma Magestad, acortados los rayos del poder, como lo hizo su Madre, Hermana, y Tia; pero morir totalmente á todo, y dejar de ser en el puesto-

puesto mayor de la vida, para ser en él mas despreciado, era egemplo, sin egemplar. Y asi el Rey, como quien con tanta prudencia guiaba las resoluciones, y consideraba con gran peso esta materia, mandó, que se encomendasse á Dios en diferentes partes, escribiendo á muchas personas espirituales, que entonces resplandecian en España, que con oraciones, y sacrificios alcanzassen de Dios, que diesse á entender lo que convenia en la vocacion de su Alteza. Fue cosa bien notable que respondieron uniformemente de todas partes, que la Infanta siguiesse su vocacion, y llenasse el ministerio, para que Dios la llamaba, porque de esta determinacion resultaria mucha edificacion á los Fieles, gran servicio á Dios, y glorioso egemplar á su Iglesia. Prevenido esto en esta forma, determinaron el Rey, y la Emperatriz de hablar á su Alteza, proponiendole las dudas, y dificultades que podian sucederle. Llegóse el Rey á las Descalzas, y en el quarto de la Emperatriz la hablaron entrambos.

3 Fue accion notable vér una Señora de edad tan tierna, sin mas noticia de las que con luz superior, y enseñanza interior habia recibido en el alma, ser examinada, y persuadida de las dos mas graves, y entendidas personas que habia en la tierra. Finalmente, despues de haberle propuesto diferentes razones, y dificultades, le digeron, que respondiesse lisamente lo que sentia. La Infanta, enderezando la platica á su Madre, la dijo: Señora, bien sabe V. Magestad quan temprano me dió luz Dios para que le conociesse, y que apenas le conocí, quando le amé. A este amor, se han seguido los empeños de ofrecerme por su Esposa, con tan larga perseverancia seguidos, y con tan señaladas mercedes, como á V. Magestad le consta, acreditados. No dudo sino que hay dificultades, y trabajos en la vida Religiosa, pero todas las vence el amor. Y pues Dios al buscarle me dá constancia, al servirle me dará paciencia. Lo mas que puedo perder sirviendole, es la vida, y essa es la primera que le ofrezco, con tanto mayor alegria, quanto sé que acabar de vivir esta vida penosa, es comenzar á gozar de la eterna. V. Magestad, y mi Tio me dén su bendicion, y huelguen vér Esposa de Christo á su Hija, y Sobrina; pues Dignidad tan grande, asi como nadie hay que la merezca, debe profundamente venerar, quien la consigue.

4 Levantaronse los dos Hermanos enternecidos, y admirados de tan devotas, y discretas palabras, y dandola su bendicion,

la

la digeron: Que pues se veía manifiestamenre la voluntad de Dios, no solo no retardarian la conclusion de sus deseos, sino que desde luego le señalaba el dia de la entrada: y que continuasse con el mismo fervor, dando debidas gracias á su Divina Magestad, de quien tantas mercedes recibia. Con esto levantandose su Alteza de recibir la bendicion de su Madre, y del Rey su Tio, se fue con su licencia á la Tribuna á rendir en lagrimas á Dios el agradecimiento, que no bastaba à declarar la lengua.

CAPITULO XVI.

PUBLICASE EL DIA DE LA CONVERSION de San Pablo para la entrada de su Alteza.



Ispuesto quanto era necesario en la materia de una resolucion tan gloriosa, como inrroducirse la Infanta Margarita en la Religion Descalza; señalaron el Rey, y la Emperatriz, por dia precioso á la coronacion espiritual de esta Esposa de Christo, Miercoles á 25. del mes de Enero, del año de 1584. en el qual celebra la Iglesia la festividad de la Conversion de San Pablo. Cumplia el mismo dia su Alteza 17. años, en su bien lograda edad: y asi Dios con suma providencia guió este suceso, y por varios medios lo dispuso, y rodeó de manera, que naciesse la Infanta á la vida del Cielo en el mismo dia que habia nacido á la tierra, dando á entender con esto, que quiso que naciesse, para que renaciesse; pues el mismo dia que la habia concedido, la quitaba al mundo. Publicóse esta nueva por la Corte, y la novedad del caso, la reverencia de la resolucion en tan alra, y esclarecida Persona, puso á todos en grande expectacion. Salió á la plaza del mundo la determinacion de ser Religlosa su Alteza, á tiempo que estaba reciente la platica de ser Reyna, con que se dió mas misterio al suceso, y á la ponderacion mas materia.

2 Discurriase con la diferencia que sucede en casos tan grandes; unos admiran la resolucion, otros la estrañan: los Politicos volvian los ojos al dejar de ser Reyna: los Espirituales, al ser Religiosa: aquellos con censura civil lo platican, éstos con debida reverencia lo alaban. En los mismos que conocian á su Alteza

causaban diferentes efectos. Quien llora el perderla, por lo que le falta, y llorando á su Alteza, se llora. Quien al dejarla de seguir, aumenta la pena, de no poderla imitar. Finalmente, á unos enternece, á otros anima, á otros lastima la resolucion: todos á una mano discurriendo con admiracion este vivo desengaño del mundo. ¡Diez y siete años despreciar la vida! Tan hermoso sujeto arrojar la Corona! Si lo mas que hay en el siglo, es mandar las Coronas de él, ¿qué puede ser todo para gozado, quando esto que es mas que todo se pisa? Despojar la muerte de la cabeza la Corona á los Reyes, arrebatarles el Cetro de las manos, es suerte comun de los tiempos; y cada siglo nacen, viven, mueren en las engañosas tinieblas del mundo los coronados relampagos, que apenas nos deslumbran con su luz, quando yá nos asombran con su sombra. Pero dejar con gusto en la vida lo que con dolor se deja en la muerte: deponer la Corona con las manos, y mas que deponerla, no admitirla; y mas que no admitirla, despreciarla; resolucion es gloriosa para admirada; dificil para seguida.

3 Pareció conveniente, que tres Señoras de las del santo concierto, criadas de la Emperatriz, y de su Alteza, que se habian criado siempre en este santo proposito, tomassen primero que su Alteza el habito. Eran de gran calidad, y de particular espiritu, y virtud; la primera, Doña Luisa de Pernestán, hija de Uratislao de Pernestán, Gran Canciller del Reyno de Boemia, Caballero del Orden del Tusón, del Consejo secreto del Emperador. Fue su madre de esta señora Doña Maria Manrique, Dama muy valída de la Emperatriz, y española. Entró en la Religion de muy tiernos años, y despues profesó, y ha crecido con resplandores tan admirables de perfeccion, que sin poderse defender, pusieron esta luz donde mas pudiesse beneficiar el Convento, eligiendola por Prelada, ocupacion que está actualmente sirviendo con suma prudencia, y egemplo; trocó el nombre en la Religion con el de Sor Luisa de las Llagas.

4 La segunda señora que tomó el Habito, fue Doña Ana Molar, hija de Pedro Molar, Caballerizo Mayor de la Emperatriz, y muy Privado del Emperador Maximiliano. Su madre de esta Señora fue Aya de la Infanta Margarita, y de su Hermana la Infanta Leonor: y el nombre en la Religion, Sor Ana de la Cruz, que hasta en él quiso imitar á su santa Señora, á quien con tanta lealtad ha servido, y con tanta ternura hoy llora su au-

ausencia, y se goza en su gloria, que puede ser al mundo egemplo de fineza, y lealtad. La ultima de las tres, fue Doña Rafaela de Cardona, ilustre en sangre, pero mas ilustre en el desengaño glorioso de su vocacion; porque la siguió, siendo una de las mas bizarras Damas de aquel tiempo, fue hija del Conde de Villa Soris, y su madre Camarera mayor de la Emperatriz, vivió, y murió en esta Real Casa con egemplo rarissimo, comutó el nombre en la Religion, en Sor Rafaela de la Madre de Dios.

5 Tomaron el habito estas tres Señoras el Domingo antecedente al Miercoles que habia de recibirlo su Alteza: y fueron sus Madrinas las tres Infantas, MARGARITA, Isabél, y Catalina. Hizose con gran solemnidad esta recepcion: y assistia en ella su Alteza con una noble envidia, de que gozassen sus amigas antes que ella esta dicha, y quisiera mas tenerlas por Madrinas, que serlo. Tres dias de ventaja sentia con gran dolor, quien en seguir á Jesus, Amor Eterno, queria ser la primera.

6 Todos aquellos dias andaba su Alteza con desusada alegria, viendo que se le iba acercando la dicha, que con tantas penas mereció. Assistia en la Tribuna muy frequentemente, y con devotas lagrimas pedia á su Esposo, que anticipasse los dias. Al paso que padeció las tribulaciones, le volvia el Señor los regalos, adornandole el alma para el dia de las bodas. Sentia su Alteza en el corazon llamas vivas de caridad, interiores noticias en la fé, y y singulares luces en la esperanza, oliendo la fragancia de los pies de su Amado, que venia á coronarla. Finalmente, arrojaba desde la Cruz Christo enamorado al corazon de su Esposa dulces flores de gracias, previniendola con tales favores el espiritual adorno. Hizo una confesion genaral de toda su vida, causando admiracion á todos la devocion con que andaba la Infanta, tan atenta á la vista interior, que un punto no apartaba los ojos de su Esposo.



CA-

CAPITULO XVII.

REFIERESE EL ACTO VENERABLE de la recepcion del Habito de su Alteza: y la orden, y ceremonias con que esto se egecutò.





Legó finalmente el dia destinado al mas reverente acto, que han venerado los siglos: vestirse los rotos Habitos de la Orden de Santa Clara la Infanta Margarita. Dispuso el Rey, que esta fiesta se hiciesse con suma autoridad, y decencia, y con la pompa, y aparato conveniente al espiritual desposorio de una de las mayores Señoras de la tierra, con el Rey de los Reyes, y Señor de los Cielos. Vinieron de Palacio al Monasterio de las Descalzas muy temprano el Rey, el Principe, y las Infantas Isabél, y Catalina, y recibiólas en su quarto la Emperatriz Maria. Volvieron otra vez su Magestad Carolica, y Cesarea á hablar á solas á la Infanta, para vér si se hallaba con la misma resolucion. Explicóles con admirables, y devotas razones su vocacion, y se enternecieron de suerte con su respuesta, que salieron de alli con grande edificacion; y dandola otra vez su bendicion, se mandó proseguir al intento. Advirtióse mucho por los atentos, que estando publicada, y dispuesta la fiesta para hacerse en la Iglesia, y que fuesse la procesion por la calle, y entrasse por la puerta reglar del Convento: subitamente se mudó esta determinacion, mandando el Rey que se hiciesse la entrada por el quarto de la Emperatriz, la Misa se digesse en su Oratorio, y alli hiciessen las demás ceremonias. Creyóse que no quiso su Magestad aventurar la severidad Real de su semblante á los ojos del pueblo, viendo que era fuerza enternecerse en un acto tan religioso, y devoto.

2 El adorno interior que llevaba en su alma la Infanta Margarita aquel dia, ¿quien lo bastará á explicar? Digalo la pureza de su vida, y el fuego de su amor. El ornamento exterior con que entró en el Oratorio á celebrar sus desposorios, fue muy rico. Vestida de una saya entera de tela, bordada de oro, y perlas preciosissimas, con artificiosas flores, y cifras labradas al intento. Repartianse en diversos extremos de su gala, costosissimas joyas,

yas,

yas, y entre ellas pendiente en el pecho la Aguila Imperial de diamantes, que le dió á ſu Madre, el Emperador Carlos Quinto ſu Abuelo; el cabello ſuelto, y en madejas de oro, agradablemente eſparcido por las eſpaldas con grande hermoſura, y gracia: en la cabeza una guirnalda en forma de corona, de piedras de gran valor, y flores maravilloſamente labradas, que eſta corona ſe puſo la Eſpoſa coronada de virtudes, para dejarla á viſta de ſu Eſpoſo coronado de eſpinas. La Perſona, el talle, la hermoſura, la gracia, la gala, la edad, el adorno, mirado todo al lado de tan eſpiritual, y ſanta accion, enternecia ſumamente á los preſentes, viendo que daba mueſtra exterior de los dores del alma, en la gala, y hermoſura del cuerpo. Aſsi como entró en el Oratorio de ſu Madre, donde la eſtaban aguardando ſus Mageſtades, y Altezas, ſe comenzó la Miſa, la qual oyó con tan atenta devocion, que á todos componia, y admiraba. Comulgó con tiernos ſentimientos, y demoſtraciones, como quien tan del alma recibia á ſu Eſpoſo. Dijo la Miſa el Padre Confeſor de la Emperatriz, Fray Juan de Eſpinoſa, bendijo el habito con las oraciones, y ceremonias que ſe acoſtumbran, y luego ſe ſubieron deſde el quarto de la Emperatriz, por la puerta que de él ſale al Convento.

3 De alli ſacaron á la Infanta Margarita á la proceſion el Rey, y la Infanta Doña Iſabél ſu Hija, Padrinos de eſte acto: y volviendo ſu Mageſtad á ſu lugar, continuaron las dos Infantas. Acompañaban primero los Grandes de Eſpaña, y los mayores oficios de Palacio: ſeguiaſe luego el habito, y cordon de la Religion de Santa Clara, que habia de veſtir la Infanta, con muchas flores, y curioſidad compueſto: luego inmediatamente á él la Infanta Doña Margarita, y la Infanta Doña Iſabél, deſpues la Infanta Doña Caralina, á quien ſeguian el Rey, y la Emperatriz; y ultimamente, las Damas, y grandes Señoras de la Corte, y Palacio. La muſica acompañaba en ſu lugar. En eſta forma fueron haſta la puerta del Convento, donde eſtaba la clauſura regular: por la parte de adentro ſe hallaban aguardando las Religioſas á coros, con velas blancas encendidas. Hizo el Padre Confeſor las ceremonias acoſtumbradas, cantando aquella divina letra: *Aperite mihi portas juſtitiæ.* Abrieron luego las puertas las Religioſas, y comenzaron á cantar devotamente el Reſponſo: *Regnum mundi, & ornatum ſæculi contempſi propter amorem Domini Jeſu-Chriſti.* El Reyno del mundo, y el ornato del ſiglo deſprecié por amor de

mi

mi Señor Jesu-Christo, ceremonia usada en todas las Religiosas que entran en aquel santo Convento, pero nunca mas á la letra, ni con mas misterio entendida, que con la Infanta.

4 Al mismo tiempo que abrieron la puerta llegó su Alteza á ella, y recibiendola la Madre Abadesa, puso á la nueva Esposa en la mano derecha un Santo Christo de marfil, y llevandola de la izquierda, la entró en el Convento, y clausura. Al recibir la sagrada Imagen de su Esposo, la Infanta se hincó de rodillas, adorandole con egemplar devocion, besandole los pies tierna, y amorosamente. Levantóse, y con el santo Christo en la una mano, teniendo á la Abadesa con la otra, se volvió hácia la Emperatriz su Madre, el Rey su Tio, y el Principe su Sobrino, y las Infantas sus Primas, y á toda la demás Nobleza de España, que se halló alli, y con particular gracia, y decente severidad, les hizo reverencia, en señal de que se despedia de todos, y de la grandeza, y pompa del siglo. Hecho esto, vueltas las espaldas al mundo, para nunca mas volverlo á mirar; fue su Alteza con las Religiosas al Capitulo del Convento, con su Esposo en las manos, con tan alegre, y sereno rostro, que nadie podia seguirla sin lagrimas de gozo. Continuóse la Procesion en esta forma: Iba la Cruz delante, y dos Religiosas á los lados con los Ciriales; las Monjas á dos coros, con velas encendidas, y luego la Infanta Doña MARGARITA enmedio de su Prima la Infanta Doña Isabél su Madrina, y de la Abadesa, á quien inmediatamente seguian el Rey, y la Emperatriz su Hermana, las Damas, y las Señoras; ultimamente, los Grandes, y los demás Señores que se hallaron en este acto, que fueron en gran numero.



CA-

CAPITULO XVIII.

CONTINUASE LA MATERIA de la recepcion de su Alteza.



CON este orden llegó la Procesion al Capitulo de un Salón grande, y estremadamente adornado, las paredes de preciosas colgaduras, y ricas alfombras el suelo. Habia en el mismo Capitulo dos Altares, devota, y curiosamente aderezados. El principal está en el mismo Capitulo, y otro mas pequeño, que se habia hecho al intento: estaba compuesto de Relicarios, é Imagenes de inestimable precio; y sobre él se puso el habito que habia de vestir la Infanta. Pusieron cerca un banco raso, donde habia de assentarse la Abadesa, para hacer las ceremonias acostumbradas. Assi como entraron en esta hermosa pieza, suave por la fragancia de sus olores, rica por la opulencia de su adorno, devota por las Reliquias, y santa accion á que se concurria: fueron las Religiosas quedandose en pie, cantando las Antifonas, é Himnos á dos coros. El Rey, y la Emperatriz, el Principe, y las Infantas tomaron sus lugares cerca del mismo Altar donde estaba el habito. La Abadesa se sentò, y las Damas, las Señoras, y lo restante de la Corte se acomodaron con mucho silencio, y orden.

2 En este estado se hallaba el mayor concurso de la Nobleza del mundo, á breve circunferencia reducido: quando volvieron todos los circunstantes los ojos á la Infanta MARGARITA, que estaba enmedio de la pieza en pie, con la sagrada Imagen de Christo nuestro Señor en la mano, aguardando que todo se quietasse. En viendo que la Abadesa se assentó en su lugar, mirando la Infanta à una parte, y á otra con particular gracia, y haciendo reverencia al Rey, á la Emperatriz, Principe, é Infantas; partió con los mas alegres passos de su vida, à celebrar sus bodas con Jesus, Divino Esposo; llegó adonde estaba la Abadesa, arrodillóse á su presencia, y besando los pies otra vez á la Imagen de Christo nuestro Redentor, bajó los devotos ojos, y con humildad, y reverencia decentissima pidió que le diessen el Habito de la Madre Santa Clara, para poder mejor salvar su alma. La Abadesa con alegria espiritual, y razones discretas, se lo concedió: y lue-

go la Infanta comenzó á despojarse de aquellos Reales atavios.

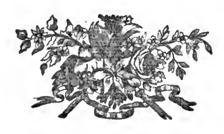
3 Quitóse la Corona de la cabeza; depuso el Abanino; apartó de sí con santo desprecio las joyas, y sortijas, como si fueran pedazos de contagio; no las dejaba, sino que las arrojaba. No pudieron escusar los circunstantes el concurrir con tiernos sentimientos á las fervorosas, y nobles acciones de esta Virgen prudente, viendola obrar con tal espiritu lo mas que hay en el mundo, que es dejarlo. Estos sentimientos llegaron á ser tan eficaces, que no pudo eximir Felipe Segundo su Real severidad. Aquel grande Monarca: aquel moderador de sus mismos afectos dentro de la grandeza Real: aquel Maestro de prudencia: aquel egemplar, y regla de Principes Sabios, no pudo reprimir los ojos al vér este espectáculo: lloró Felipe Segundo; todo lo demás es menos. La Emperatriz, el Principe, las Infantas, sin poderlo escusar, todos lloraron. No se veía en la pieza, ni se oía sino sollozos, y lagrimas enternecidos de vér arrojar de sí á pedazos el mundo, la que apenas le conoció. Quando todos estaban tan turbados, y con la reverencia de tan tierna accion divertidos, se hallaba tan atenta, y sevéra su Alteza, que habiendo mandado la Abadesa que la ayudassen quatro Religiosas á despojarle el rico adorno de su persona, ella misma las guiaba, y advertia lo que habian de hacer.

4 Despojada la Infanta MARGARITA con el calor de la Caridad Divina, de aquellas Reales vestiduras, apartadas de sí, como parte de la vanidad mundana, abrazó, y recibió con suma veneracion, y amor el habito humilde, y pobre de la Orden de Santa Clara, en la misma forma, y materia que lo trahen las demás Religiosas Descalzas. No daba menos devocion que gozo, el vér la pronta, y fervorosa priesa que se daba á vestir estas santas alhajas de la humildad Religiosa, tan ligera á seguir á Christo, como á dejar el mundo. Ciñeron con el cordon de mi Padre S. Francisco aquel cuerpo venerable: y por estos devotos pasos, con singular alborozo del alma de su Alteza, llegaron á la santa ceremonia de cortar los cabellos. Tomó la Abadesa las tigeras, para ponerlo en egecucion, y la Infanta, Cordera mansuetissima, no menos advertida, que en las demás acciones, aplicando su devota mano à aquella madeja de oro, que con admirable hermosura cubria sus espaldas, la ofreció á su Prelada, para que misticamente le cortasse en ella todos los pensamientos, y cuidados del

siglo

ſiglo. Cortaron los cabellos, que fue cortar los corazones, á las que aſidas á eſtos viſtoſos lazos de la vida los miraban.Puſieronla ſu toca, y velo blanco, como la trahen las Novicias. Y aſsi como ſe vió yá Eſpoſa de Jeſus, tomó los cabellos que la habian cortado, y juntandolos entre sí, y componiendolos con mucha gracia, ſe acercó al ſanto Chriſto de marfil, que habia trahido en la Proceſion; y deſpues de haberlo adorado, le hizo en los pies una devota lazada con ello, dejando alli pendientes aquellas amoroſas prendas de ſervidumbre, qual ſe cuelga en el Templo la mortaja. Fue eſta accion muy advertida de los circunſtantes, mirando á eſta devota Magdalena ſin pecados, atar á los pies de Chriſto Salvador, con vinculos del alma, porque no ſe le fueſſe ſu Amado, explicando con aquel amoroſo lazo haber con ſu gracia ſalido de los penoſos lazos de la vida; procuró en eſto ſu Alteza la mas dichoſa imitacion de la ſanta pecadora, ofreciendo cortados los cabellos á los pies de Chriſto, que la ſanta ofreció aſidos.

5 Confirmó en eſto lo que pocos dias antes habia platicado con la Emperatriz ſu Madre, la qual, tratando las circunſtancias en ſu entrada en la Religion, dijo: MARGARITA, luego que os corten los cabellos, me los habeis de dár, porque los tengo de enviar á Alemania á la Reyna Doña Iſabél vueſtra Hermana. Reſpondió la Infanta: Señora, vueſtra Mageſtad me perdóne, y dé licencia: los cabellos no han de ir á Alemania, todo junto ſe ha de ofrecer, nada ha de haber en mí, que no ſea para Dios. Tan advertidamente ofreció ſu Alteza á Dios la propia ſignificacion de los penſamientos temporales de la vida, y tan conſtantemente cumplió el negarſe á ellos.



CAPITULO XIX.

PROSIGUE, Y DASE FIN A LA ENTRADA de su Alteza en la Religion de Santa Clara.



Ssi como acabó de recibir su Alteza el humilde Habito de Santa Clara, con las devotas, y particulares ceremonias de aquel santo Convento, la llevó la Abadesa de la mano á que la besasse á la Emperatriz su Madre, y al Rey su Tio, é hiciesse cortesia al Principe, y á las Infantas sus Primas. Recibieron la Novicia con grande ternura estas Reales Personas; y luego volviendola al mismo lugar su Prelada, fueron llegando todas las Religiosas del Convento á abrazar á su Alteza, que es la ceremonia que se acostumbra. Y como no podia aquel venerable sayal ocultar los rayos que resplandecian en su Serenissima Persona, y mas á vista de la humildad perfecta de aquellas santas Virgenes, intentaban ellas besar la mano; pero la Infanta á todas amorosamente ofrecia, y daba los brazos.

2 Acabado esto volvió otra vez á ordenarse la Procesion, y en la misma forma que habia entrado en el Capitulo, fue saliendo derechamente al Coro, que estaba aderezado con muy grande curiosidad. Eran de vér, y de admirar las Capillas, y Claustros por donde se pasaba: la curiosidad de los Altares, el valor de los Relicarios, el arte, y primor de las pinturas. Estaba, finalmente, la casa hecha un Palacio celestial, respirando devocion, autoridad, y grandeza. Assi como entró en el Coro la Procesion, presentaron en él á la nueva Esposa de Christo MARGARITA: y arrodillados todos al Santissimo Sacramento, á quien de corazon la ofrecian, se cantó con gran devocion el *Te Deum laudamus*: y luego la Madre Abadesa dijo las oraciones que se acostumbran, con que se dió fin á esta accion; por tantos titulos digna, de que con eterna memoria se encomiende á la posteridad.

3 Disolvióse la Procesion, y á ella sucedió luego alegrar con parabienes á su Alteza, la Emperatriz su Madre, el Rey su Tio, el Principe, las Infantas, y los demás circunstantes. No se pue-

de

de baſtantemente explicar el alegria de los que ſe hallaron al vér logrado eſte dichoſo ſuceſo. Miraba la Emperatriz, yá Eſpoſa de Dios á ſu Hija MARGARITA, gozandoſe ſu alma interiormente. Miraba el Rey, yá Eſpoſa de ſu Rey, á la que creyó tener por Reyna de ſus Reynos: coronada para el Cielo, la que no quiſo ſerlo en la tierra, manifeſtando por la corteza de aquel habito humilde, los reſplandores eſpirituales de la Corona interior. Miraban las Religioſas, con gozo de ſus almas, yá compañera, á la que naturaleza crió, para Señora: y entrar á obedecer la que nació para mandar: haciendo tolerables ſus fatigas, con verla padecer entre ellas. Miraban las Damas, y Señoras diez y ſiete años de edad, tan entendidos, ſu hermoſo roſtro, y talle, y partes tan ſuperiores, tan ſantamente logradas: yá navegada aquella iluſtre hermoſura,y eſſenta de los penoſos accidentes de la vida; pues quando el tiempo deslucieſſe lo viſible, hallaba aſſegurado lo eterno. Miraban los Señores, y Grandes de Eſpaña deſengañada ſu grandeza en eſte glorioſo ſuceſo, dandoles á conocer con la luz de tan noble deſengaño, que la grandeza mayor es ſer perfectos; y que aquel es mas grande, que es mas bueno.

4 Salieron del Coro todas las perſonas Reales con eſta ſanta alegria: el Rey con ſus hijos eſtuvo toda la tarde en las Deſcalzas; la Emperatriz, y las Infantas comieron con ſu Alteza dentro del Monaſterio. Dividiólos la noche, volviendoſe el Rey con ſus hijos á Palacio: La Emperatriz ſe retiró á ſu quarto, y la Infanta fue á reconocer ſu religioſa, y pobre Celda. Quando ſu Alteza ſe vió donde pudo tender las velas á ſus eſpirituales ſentimientos, deſpues de haber mirado la breve circunferencia de aquellas angoſtas, y deſnudas paredes, adonde la habia reducido ſu amor, y reconocido una pobre, y eſtrecha cama en el ſuelo ſin otro adorno, ni aparato: no parece creíble la dilatacion grande de ſu eſpiritu; los afectos amoroſos de ſu corazon; los júbilos de ſu alma. Alegrabaſe en la poſeſion de ſus deſeos, mirabaſe veſtida de aquel ſanto ſayal, tomabalo en las manos con veneracion, y con alegria del alma lo adoraba; vertia tiernas lagrimas, dando gracias á Dios, que ſe veía veſtida de Religion, deſpojada de mundo, en trage humilde, en profeſion ſanta, en ocupacion eſpiritual, en egercicios devotos, donde cada paſo es una jornada del Cielo.

5 El primer cuidado que la Infanta tuvo aſsi como entrò en

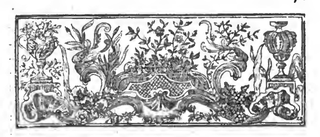
la

la celda, fue de que le tragessen el santo Christo con que habia entrado en aquel Monasterio, porque queria tener siempre consigo aquella dulce, y amable compañia, y conse var toda la vida, á quien se habia sacrificado. Tuvo siempre tan regalados sentimientos con esta santa Imagen, y hallaba tal consuelo al verla, y adorarla, que era cosa de grande edificacion. Fue este egemplo de su amor constante, y llamaba á este santo Christo el Esposo, por haber celebrado sus bodas con él: y no solo en la larga vida que Dios la dió no quiso apartarlo de sí, sino que en su muerte bienaventurada, acabó en sus brazos, dando el alma en sus postreros años, á quien la ofreció en los primeros.

6 Despues de haber tomado aliento su enamorado corazon á la vista de la Imagen de su Esposo, y con la devota compañia de las Religiosas, que con su Alteza se hallaban, dijo con mucha gracia, y alegre semblante: Quiero disponer de todas las cosas que entraron hoy conmigo en este santo Convento. Esta Imagen santissima con que tomé el habito sea para mí, que es mi Esposo, y soy su Esposa; él es mio, y yo soy suya: á su Madre gloriosa, por cuya intercesion he alcanzado esta dicha, doy el vestido, que hoy me despogé, para ponerme el habito, llevensele á la Virgen de Guadalupe: el collar, y el apretador de diamantes, y las demás joyas sean para esta santa Casa; para que se edifique una Enfermeria, de que me dicen hay necesidad, y otras piezas, las que mas conveniente pareciere. Con esto se despidieron las Religiosas, pidiendola, que diesse descanso á su fatigado cuerpo, pues no podia dejar de estarlo, habiendo sido tan largos los santos egercicios de aquel dia. Assi pasó el venturoso lógro de la mayor vocacion, que en los siglos ha conocido la tierra: la entrada de la Infanta Sor MARGARITA en la Descalza profesion de Santa Clara: el transformarse el mayor poder en la mayor humildad: la riqueza en la pobreza: el honor en el desprecio: la mas obedecida voluntad en la voluntad mas obediente: pasando su admiracion el mundo en su Alteza á diferente esfera, de lo grande á lo bueno, de lo lucido á lo santo.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LI-



LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

ESTIMACION QUE LA INFANTA Margarita hizo del Estado Religioso.



N el camino del alma, ninguna cosa igualmente aumenta la gracia, como dar buen empleo á la vocacion. Vuelá el espiritu devoto con las alas de la voluntad Divina, quando la cumple; pues dejarse llevar de los impulsos del Cielo, es navegar al puerto con dichoso viento. Quando el alma en obedecer se ajusta con Dios, vá multiplicando los merecimientos, y dando mas coronas, y triunfos á la perfeccion. La Infanta, que caminando al fin, seguia con admiracion comun la virtud yá introducida en el soberano estado de Esposa de Jesu-Christo, obraba con mas finos, y admirables grados de pureza. Vivia con sumo aprecio de su dignidad, y pareciala habér ascendido á mayor gerarquía, con haber descendido de su Alteza. Lo primero que la Emperatriz su Madre la dijo, luego que la vió vestida de aquel Serafico sayal, fueron estas palabras: Hija MARGARITA, desde hoy habeis de olvidar vuestro nacimiento, y el ser hija de vuestros Padres, y solo os habeis de preciar de serlo de San Francisco, y Santa Clara, y esto habeis de tener muy en la memoria. Derivaronse estas santas razones del corazon de Jesus al de la Emperatriz, y en la Emperatriz al de la Infanta: *Quien me quisiere seguir* (dice el Señor) *abor-*

rez-

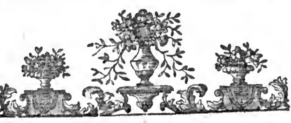
rezca á ſu padre, y á ſu madre. (a) Y aſsi convida eſta Señora á ſu Hija á aborrecerla, porque no ſe embarace al ſeguir à Dios, con amarla. Fineza fue grande de la Emperatriz el aconſejarlo, y valor de la Infanta el ſeguirlo; pues no pudo renunciar mas ſu Mageſtad, que el amor de ſu Hija, ni ſu Alteza negarſe á guſto mayor, que el amor de ſu Madre. Suele ſer la aficion de los padres el embarazo mayor que tienen los hijos para ſeguir á Dios: y aſsi aconſeja que ſantamente los degen. Mas eſta doctrina, que de los Divinos labios del Salvador ha ſido tan provechoſa á las gentes, ſi bien algunas veces la admiten los hijos, raras veces la esfuerzan los padres. ¿Quien ſabrá aconſejar contra sí? Ni cómo podrá, olvidada de ſu cauſa la naturaleza, abogar por la gracia? Soberana fuerza es meneſter para piſar eſte corazon humano, negandoſe al amor propio, y á las mas eſtimadas prendas del alma.

2 Eſcribió las diſcretas palabras de ſu Madre en ſu corazon la Infanta, pues vivió 50. años en la profeſion de mi Padre San Franciſco, con la Regla de ſu Madre Santa Clara, con ſuma eſtimacion de ſu eſtado. Quando algunas veces la hablaban de la eſclarecida proſapia de ſus aſcendientes, y de la ſangre que tenia en ſus venas de Reyes, y Emperadores; ſu ordinaria reſpueſta era: No hay que hacer caſo de eſſo, no ſoy yá ſino hija de mi Padre San Franciſco, y de mi Madre Santa Clara; aſsi me lo dijo mi Madre, y aſsi lo quiero yo ſer. De eſto eſcribirémos con mas eſpacio, quando tratemos ſu humildad, baſta por ahora haber referido el valor con que la Emperatriz apartó de ſus brazos, y puſo en los de Dios á la Infanta ſu Hija, y el guſto con que ſu Alteza, negada á la filiacion temporal, fue adoptada en la eterna. De eſta eſtimacion del eſtado en que Dios la habia colocado, le nació en ſu Noviciado, atencion grande de ſaber el cumplimiento de ſu obligacion, y entender lo práctico de ſus egercicios. Como el que elevado á grande Dignidad, averigua ſus preeminencias; para no perder de ſu eſtimacion, ſe informaba ſu Alteza de los humildes egercicios á que ſe hallaba obligada en el eſtado de Novicia, queriendo acudir fervoroſamente al punto eſpiritual, de no hacer menos que las demás al ſervir al Señor en la Religion; pues habia dejado mas que todas por buſcarlo. Eſta-

(a) *Si quis venit ad me, & non odit patrem, filium, & matrem.* Luc. 14. v. 26.

taba con grande cuidado mirando lo que hacian las compañeras, y egecutaba aquello que veía. Quando tal vez dudaba, preguntabalo á la Abadesa, ó á las demás, y deciales: *Diganme cómo hacen esto, que deseo no errarlo, y adviertanme lo que no hiciere, para que me enmiende, y venga á ser buena Religiosa.* Finalmente, puso enmedio de su corazon, el cumplimiento de su profesion, y la obligacion de su estado; y sobre este fundamento cargó todas las devociones, y egercicios santos de su vida: siendo su Alteza en la milicia interior como los Discipulos de San Juan Bautista, que preguntando en el desierto, *¿qué harian para salvarse?* Les respondió: *Que hiciessen lo que eran obligados*, (b) trayendo delante de los ojos, que la obligacion es el cimiento de la devocion, porque quien no edifica sobre él, edifica en arena. Sentia, que huír de la obligacion propia, aunque sea con color de devocion, mas es flaqueza, que espiritu: y que no hallará el alma á Dios en la misericordia, al tiempo mismo que le está faltando á la justicia; juzgando, que en su estado cada uno debe buscar la perfeccion de su estado, pues desamparar lo que es obligado, por seguir lo que á él le parece mas perfecto, es buscar á Dios por camino torcido, y buscarse á sí mismo por camino derecho. Assi entendió admirablemente este punto su Alteza: egecutandolo toda la vida con tan gran perfeccion, que llegó á ser Maestra en su Monasterio de todas las dudas que se ofrecian sobre las Constituciones, y egercicios, acudiendo á su Alteza, como al Oraculo de esta fundacion; porque instruía á las Religiosas con sus noticias, y edificaba con su egemplo.

(b) *Quid faciemus? At ille dixit ad eos: Nihil amplius, quam quod, Constitutum est vobis, faciatis.* Luc. 3. v. 12.



CAPITULO II.

HACE INSTANCIA SU ALTEZA, que el tratamiento sea, no el que se debe á su nacimiento, sino el ordinario á la Religion.



LA primera pelea espiritual que tuvo en el estado Religioso su Alteza, fue sobre el tratamiento Real que la hacian. Estaba muy creída, que entrando en la Religion, dejaba con las vestiduras Reales el tratamiento debido á su Serenissima Persona, y que yá su Prelada la habia de tratar como á súbdita, las Monjas como á hermana, y todos los del siglo como á las otras Religiosas: y assi estrañó los primeros dias que las Monjas la tratassen con la diferencia de cumplimiento que se le debia, como á Religiosa; y que la Abadesa la assentasse á su lado en el Coro, y en el Refectorio. Todavia creyó á los principios, que aquellas eran reliquias del estado del siglo, y que duraba el calor de la Dignidad Real, dispensada por la fiesta del Habito, y que brevemente sería vencida del santo menosprecio de la Religion; pero luego que vió que se iba continuando esta forma de cumplimientos de Infanta, crecieron sobremanera sus penas. Pusose en gran cuidado como habia de portarse con su Abadesa al resistirlo; porque queria defender su humildad, sin enflaquecer en parte á su obediencia: y como la Abadesa luego decia, que lo mandaba como Prelada, embarazabase en la réplica, y avergonzabase con el rendimiento. Doliale, que no recibiessen sus instancias, ni pudiesse salir al desprecio de sí, sin el desprecio de aquello á que era obligada obedecer. En esta perplegidad, apeló al Tribunal de la Emperatriz, y en él puso pleyto Sor MARGARITA de la CRUZ, á la Infanta Doña MARGARITA. Alegaba en él, que habia renunciado la pompa del siglo, y que era Esposa de Dios nuestro Señor, con que el titulo de Infanta, la Alteza, la diferencia de la sangre, y estado, por el ingreso de la Religion se habia desaparecido.

2 Pues V. Magestad, Señora, me ha mandado (decia) que no me acuerde yá que soy Hija de mis Padres, sino de San Francis-

cis-

ciſco, y Santa Clara, no permita, que me quiten con el tratamiento, lo que he conſeguido con la vocacion. Ser Hija de eſtos Santos, es imitar ſu humildad. ¿Cómo ſe compadece imitarla, con los titulos de Alteza, é Infanta? Eſtas Altezas degé al tomar eſte Habito ſanto, por otra Alteza mayor, negandome al ſer Infanta en el mundo, por ſer Eſpoſa de Dios. No es juſto que me quieran poner à pleyto mi Corona, y privarme del honor verdadero, y eterno, por eſte vano honor temporal. No ſe compadecen entre sí eſtas voces: Religioſa, é Infanta, Novicia, y Alteza. Ni quando lo déjo todo, es bien que me perſigan con lo miſmo que déjo. Parece fuera de propoſito llamar Infanta á quien trahe ſobre sí eſtos Habitos pobres, y conceder el titulo de Alteza á quien para hallarſe en perfecta humildad ſe deſcalza. Compadezcaſe V. Mageſtad, Señora, de la pena en que me hállo, y defienda lo que me ha dado. No es razon que quando V. Mageſtad me hace eſpoſa de Dios, é hija de eſtos Santos, mis hermanas con titulos de honor me vuelvan al ſiglo, que con tanto guſto degé.

3 Arrodillóſe la Infanta á los pies de ſu Madre, para ſuplicarla con mas viva inſtancia ſu intento, vertiendo lagrimas al buſcar el deſprecio, como ſuele derramarlas el ambicioſo al buſcar el honor. Abrazó la Emperatriz á ſu Hija MARGARITA, con grande ternura, y admiracion de ſu virtud, y humildad, y ofrecióle, que hablaria á la Abadeſa, y á las Religioſas, y procuraria, que mudaſſen el tratamiento, y que en todo la igualaſſen con las otras Novicias. Entretanto que eſto egecutaba, era fuerza vivir muy mortificada, porque obedecia á ſu Prelado en eſte penoſo precepto, con rendimiento indiſpenſable. Sucedia tal vez, que la Abadeſa entraba tarde en el Refectorio, y entonces la Infanta con grande alegria ſe ponia en el ultimo lugar con las Novicias. Llegaba deſpues la Abadeſa, y unas veces por mortificarla, otras por darla el lugar conveniente, la tomaba de la mano, y la llevaba á ſentar á ſu lado. Era eſto de grande corrimiento para la humildad de la Infanta, hacerla atraveſar el Refectorio, para ponerla en mejor lugar. Solia decir en eſtos ultimos tiempos, contando lo que le habia ſucedido en el Noviciado: *Recibame Dios lo que me mortificaban, con quererme diferenciar de las demás; y la afliccion que me cauſaba, quando me quitaban del lugar que me tocaba, que era el poſtrero, y me ponian en el que yo no merecia.*

cia. Atienda el corazon vano á estas palabras, pronunciadas por la Señora mas esclarecida de la tierra, y aplíque á su dolencia este remedio.

4 No pudo su Magestad Cesárea dilatar mucho tiempo lo que habia ofrecido á su Hija, porque estaba muy atenta á que no olvidasse esta pretension. Y habiendo hablado su Magestad á la Abadesa, en la forma que la ofreció, respondió: Que el modo de tratar á la Infanta MARGARITA, no caía debajo de su arbitrio, por no ser contraria á su profesion la diferencia de trato en tal persona; que este era negocio que habia de resolverlo el Rey, á cuya Sobrina, y Cuñada señaladamente en España, vasallas suyas, aunque fuessen Religiosas, no podian hacer diferente tratamiento sin su orden. Pareció con esto á su Magestad, que se diesse razon al Rey de lo que respondia la Abadesa, y pretendia la Infanta: y assi se hizo. El Rey mandó, que con acuerdo se tratasse este punto, para que en la resolucion se atendiesse al Real decóro, sin faltar al espiritu, y gusto de su Alteza. Pero consultaronle Ministros graves. Y conformóse su Magestad, en que se le hiciesse en lo exterior el tratamiento á la Infanta de la manera que lo hacia la Abadesa; y en lo demás, fuera de esto, la dejassen seguir su vocacion, pues la Dignidad Real no se pierde, antes se ilustra con la Religion. Y á la Santa Reyna Doña Isabél, que siguió la profesion de Santa Clara, tan admirable, y clara por sus obras, y milagros, nunca en la Religion, ni fuera de ella le mudaron el tratamiento exterior; porque resplandece mas á los ojos del mundo la perfeccion, quando vén, que á quien tanto veneran los del siglo, tanto se humilla por Dios. Con esto mandó á su Alteza la Emperatriz su Madre con orden del Rey, que á todos los Vasallos, y Ministros de su Magestad, sin excepcion alguna de Estados, ó grandeza, los tratasse con la misma superioridad que los trataba el Rey.



CA-

CAPITLUO III.

DEVOTO SENTIMIENTO DE SU ALTEZA, por no haber obtenido en la instancia que hizo sobre su tratamiento, y razones con que la consuela su Prelada.



Intió sumamente la Infanta el haber perdído un pleyto, en que creyó tener tanta justicia: y quando vió, que todas las puertas se habian cerrado al recurso, con mandarlo su Madre, su Tio, y su Prelada, tuvo en este trabajo intolerable dolor. Entre las mortificaciones que mas la afligieron, fue esta de las muy señaladas; y el corazon que fuere humilde, facilmente lo llegará á creer. Al paso que Dios habia dotado á esta Señora del Dón inestimable del desprecio de sí, era herirla en el alma, quando solicitaba el mundo su aprecio. Fue necesario, que la Abadesa, su Maestra espiritual, la consolasse, porque el sentimiento, y afliccion no causasse daño á su salud. ¿Piensa vuestra Alteza, Señora (la dijo) que consiste la virtud en ser llamada de Reverencia, de Alteza, de Vos? Estas todas son voces humanas, que ni hacen lo pequeño grande, ni lo grande mayor. La substancia de la virtud consiste en el amar con fervor, y en el obrar con pureza; en no salir un punto de la voluntad de Dios. ¿Que á V.Alteza la llamen Infanta, ó la llamen Novicia, qué embaraza á la perfeccion? Siga su camino, y dége, que las demás pronuncien las palabras que quisieren, pues no hiere al alma lo que hiere al oído. Tengase V. Alteza por pequeña, y no la dañará que las otras la tengan por grande. En la vida interior, cada uno se puede perder á sí mismo, que unos á otros no nos podemos perder. Yá V.Alteza ha hecho las instancias que piden su Habito, y profesion, ahora el desconsolarse, y entristecerse por esto, mas que no humildad, sería amor propio. La perfeccion verdadera, no admite propiedad en el alma, ni asimiento á cosa alguna en la vida. Humildad puede ser dejarse llamar Infanta; que la fina humildad consiste en la pronta obediencia.

2 Los que quieren á Dios Señor nuestro desasidos de todo, mas cuidan de negarse á los deseos interiores del alma, que á las im-

imperfecciones exteriores del cuerpo: pues la verdad del eſpiritu, ſe funda en que muere la voluntad propia que vive en noſotros. ¿Qué quiere V. Alteza, que no la llamen Alteza? Quiera ahora por nueſtro Señor, el no querer nada por él. Eſſe deſeo, que nació en la humildad, muera en la reſignacion. Niegueſe á todo, ſi quiere reynar con Chriſto ſobre todo; que entonces mandará abſolutamente el Señor en ſu voluntad, quando haya muerto del todo por el Señor ſu querer. Eſta grandeza en que Dios la puſo, el ſer Hija de Emperadores, y Sobrina de Reyes, no la ha grangeado V. Alteza con la propia virtud: y aſsi, ni le puede deſvanecer la eſtimacion, ni laſtimar el deſprecio. Es Dignidad preſtada para el tiempo que dura la vida, en la qual no debe de convenir; pues aſsi lo diſponen, que ſus Padres, y Deudos pierdan el derecho que tienen á ſer venerados en V. Alteza. Harto tendrá en que mortificarſe en la Religion, ſiguiendo en lo ſuſtancial los paſos de nueſtro iſtituto. Eſta diferencia exterior mas ha de ſer de Cruz, que de alivio.

3 Quietóſe el humilde ánimo de la Infanta á las eſpirituales razones de ſu Maeſtra, y Prelada, y poniendo ſobre ſus hombros la Cruz de eſtos titulos, y honores, caminó con ella toda la vida, ſacrificada ſu humildad, con el cuchillo fuerte de la ſanta Obediencia. Era grande el amor que tenia á ſu Prelada, y la puntualidad con que la obedecia. En eſto ſe ſeñaló el año del Noviciado eſtremadamente, no queriendo hacer coſa alguna que no fueſſe con ſu orden. Comunicabala ſus egercicios, y los efectos de la oracion, regiſtraba ſus mortificaciones, y reduciaſe en todo á ſu alvedrio. Llegó á fineza tan grande, que todas las noches hacia con la Abadeſa el examen de conciencia, manifeſtandola, no ſolo las acciones, ſino los penſamientos. Decia ſu Alteza, que la tenia en lugar de Angel de ſu guarda, y que aſsi la queria comunicar, lo que no podia ocultar á ſu Angel. Que cierto es que tiene la vida de Angel, quien á ſu Prelada aſsi ſe manifieſta, como pudiera á ſu Angel. Nadie anda en la preſencia del Superior con tal confianza, que no obre en ſu auſencia con mucha pureza. Aſsi como huye de la luz el que obra mal, no rehuſa el no ponerſe á la luz el que obra bien. Egemplo puede ſer á los ſubditos eſte obediente rendimiento de la Infanta, pues no ſolo tenia en lugar de Dios á ſu Prelada, en la prontitud de obedecerla, ſino en la verdad de comunicarla. Y aſsi como á Dios no le

po-

podian ſer ocultas ſus acciones, queria que no lo fueſſen á quien en ſu lugar la gobernaba.

CAPITULO IV.

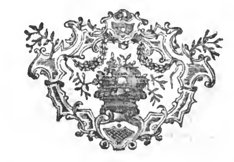
EXPERIENCIAS QUE HACE LA ABADESA del eſpiritu de ſu Alteza en los egercicios de la Religion.

LA Madre Sor Juana de la Cruz, hija de Don Juan de Borja, Duque de Gandía, Hermana de S. Franciſco de Borja, y Abadeſa de eſte Real Monaſterio, que es quien dió el habito á ſu Alteza, y de quien vamos hablando en eſta materia, fue prudentiſima Señora, de grande eſpiritu, y valor. Sin duda la tuvo Dios prevenida para Maeſtra interior de la Infanta, porque dieſſe con mayor acierto los primeros paſos en ſu vocacion. Fue grande dicha de la Abadeſa el concurrir en tiempo que recibieſſe, y criaſſe ſujeto tan egemplar, y alma tan pura. Pero no lo fue menor la de ſu Alteza en hallar tal Maeſtra, y Prelada, para los puntos mas ſuſtanciales de ſu aprovechamiento. Ganóle la voluntad facilmente á la Infanta, porque al reſpeto, y autoridad de Prelada, juntaba el acierto, ſazon de diſcreta: templando la blandura, y la ſuperioridad con grande primor.

2 Cuidaba mucho de ſu aprovechamiento; pero ſin deſperdiciar ſu ſalud, ajuſtando los egercicios con ſus fuerzas, porque no deſcaecieſſe en las primeras gradas de profeſion tan auſtera. Unas veces la humillaba con el honor, otras la probaba con el deſprecio; averiguando con la piedra del toque de la deſeſtimacion, ſi tenia propiedad en el alma. Deciala palabras de ſentimiento, y reprendiala con diſimulada ſeveridad, condenando lo que merecia alabanza. No es vueſtra Alteza para la Religion, decia, por ſer muy delicada, y para poco; todo lo echa á perder, no acierta á hacer coſa alguna, cada dia es peor. Reſpondia ſu Alteza con gran paz, y manſedumbre: *Dice bien, Maeſtra, ya yo veo qual ſoy: cierto que me peſa, y que deſeo enmendarme: tenga paciencia conmigo, por amor de Dios: bien conozco que la doy mucho en que padecer.* Hacia muchas pruebas de eſte genero, y de todas ſalia la Infanta aprovechada, y la Abadeſa admirada de vér una cria-

criatura tan perfecta, enseñada en Palacio, á ser Religiosa en el Convento. Probabala tambien en las ocupaciones humildes de la comunidad, con deseo de que lo supiesse todo; y de que en estas mortificaciones quebrasse aquella grandeza, y superioridad en que se habia criado. Mandaba que barriesse en las oficinas, que sirviesse al Refectorio, y otras cosas, como lo hacian las demás Religiosas. Y hallaba su Alteza la mayor recreacion, en lo mismo que la Abadesa la ofrecia por penalidad. No se puede encarecer las ansias que tenia de obrar estos humildes egercicios: ibasele la vida tras ellos, de suerte, que era menester mortificarla por otro lado, y quebrantar, negandoselos la voluntad, que tanto se gozaba al concedersèlos.

3 Gustaba la Emperatriz su Madre de ir á vér lavar á su Hija MARGARITA, y llenaba su alma de gozo, mirando la gracia, y gusto con que su Alteza lo hacia. Ayudabala la Abadesa, sacando del agua lo que la Infanta limpiaba. ¡O humildad perfectisima del Señor universal de lo criado! Aqui la veo, y adoro: en el desprecio de esta criatura la venero. ¿Quien, sino un Hijo de Dios, naciendo en un portal, viviendo descalzo, muriendo desnudo, pudiera quitar el desvanecimiento á los mortales, y reducirlos á estas indignidades voluntarias? A esto que tanto aborrece la naturaleza? Qué otro, sino aquel Divino egemplar, pudiera obligar á las personas Reales, que triunfen en la desestimacion, y busquen la grandeza en la vasura, venerando la pobreza, acreditando la humildad, y coronando el desprecio.



CA-

CAPITULO V.

DEVOTA ENSEÑANZA DE LA ABADESA á su Alteza: y como asistia á la Emperatriz su Madre en el Noviciado.



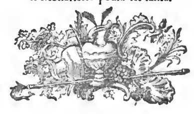
Uidaba mucho la Abadesa de que entendiesse muy bien su Alteza la forma de gobernarse en la Religion, y se acostumbrasse al modo regular, á las ceremonias, al silencio, y compostura exterior, que tanto edifica, y defiende las almas. Ibala examinando en la Oracion Mental, y dabala en la Vocal muy santas advertencias. Estaba atenta la Infanta á quanto su Maestra la enseñaba, trasladando al corazon sus consejos, en donde toda la vida los tuvo tan presentes, que en reconociendo la menor transgresion de lo que habia aprendido, luego decia: *Lo contrario me han enseñado.* Solían decirla despues las Religiosas: ¿Es posible, Señora, que de esso se acuerde V. Alteza con tanta prontitud? Respondia: *Enseñomelo mi Maestra, y no permita Dios, que me olvide de lo que aprendí quando entré á Monja. ¿No veis que tengo obligacion de saber lo que le ofrecí á Dios?* ¡Qué noble atencion! Qué decente cuidado! Dignas son estas palabras de que las escriban en su corazon las Esposas de Christo. ¿Quien hay que si se acuerda de lo que á Dios ofreció, se atreva á faltar á cumplirlo? Este dulce recuerdo, es el fiador mas seguro de los aciertos Religiosos; porque mal se cumplirá con la voluntad, la palabra ofrecida, que se ha borrado yá de la memoria.

2 Ocupabase la Infanta todo el dia en seguir los pasos de la Comunidad con gran perfeccion. Egercitaba la atencion en el Coro, el silencio en los Claustros, la modestia en las recreaciones, y en el Refectorio la abstinencia. Asistia al tiempo de la labor con las demás Novicias, cuidando de acabar la taréa que la señalaban en este egercicio; y hacia con aseo, y perfeccion qualquiera labor que tomaba entre manos, holgando de hallarlas utiles para dár mas alhajas al Culto Divino. Por las mañanas acudia siempre à besar la mano á su Madre, la qual bien temprano venía á la Tribuna á oír desde alli todas las Misas que se decian en el Altar Mayor. En habiendo recibido su bendicion, se

iba á los actos de ſu Comunidad, y no la volvia á vér haſta las dos de la tarde. A eſta hora eſtaba un poco con ſu Mageſtad, y á la de Viſperas la dejaba otra vez, y haſta las ſiete de la noche continuaba con los egercicios del Convento. Entonces iban Madre, é Hija á rezar en el Relicario, á los cuerpos de los Santos de ſu devocion, y deſde alli ſe apartaban, la una á ſu quarto, y la otra á ſu celda.

3 Era grande conſuelo para la Emperatriz vér el aprovechamiento de ſu Hija, y con quanto eſpiritu ſeguia la vida á que Dios la llamó. Preguntabala, y examinabala en ſus egercicios, y regiſtrando las mercedes que Dios la hacia, hallaba teſoros en ſu alma, y doblado el eſpiritu, deſpues que ſe habia veſtido los humildes Habitos de Santa Clara. No hay vida perfecta en el ſiglo, que no lo ſea mas en la Religion, los que en el mundo reſplandecen con mas claros rayos de virtud, en llegando á las Religiones, ſe mejoran. Es importante en eſta incierta navegacion de las almas, el laſtre de la ſanta obediencia: aſſegura el bagél del viento de las paſiones, y de las ondas peligroſas del ſiglo. No hay vaſo ſin rieſgo en el mar de eſta vida, ſi la ptopia voluntad lo gobierna.

4 Recogiaſe á ſu pobre celda la Infanta aſsi como dejaba á ſu Madre, y rezaba algunas devociones. Ayudaba á ſu Alteza una Monja, de quien guſtaba mucho, que ſe llamaba Sor Juliana de la Cruz, hija de los Condes de Oſorno. Era muy pura criatura, y muy aficionada á la leccion de libros eſpirituales. Eſcribia excelentemente, y hacia gran guſto á ſu Alteza en trasladarla algunos egercicios, y devociones, que deſpues rezaban las dos, con eſpiritu, y fervor particular. De eſta ſuerte ocupaba el dia la Infanta, no dejando inſtante ocioſo, creciendo en los deſeos, recibiendo aumento en los dones; pues la que en Palacio yá era Religioſa, ſin muchos esfuerzos, en el Monaſterio podia ſer ſanta.



CA-

CAPITULO VI.

VASE DISPONIENDO LA PROFESION de ſu Alteza. Pruebas que hace ſu Prelada de ſu perſeverancia, y eſpiritu.



Unque corria el año del noviciado con menos prieſa de la que deſeaba ſu Alteza; pero de dia en dia ſe iba acercando la Corona, y aumentando el gozo. Diſponiaſe á la profeſion con ſantos, y eſpirituales egercicios, aplicando á eſte intento las comuniones, los ayunos, y las penitencias. Era de vér la humildad con que rogaba á las Religioſas la ayudaſſen á alcanzar gracia de nueſtro Señor, para el dia de las bodas: informandoſe del modo con que ellas ſe habian diſpueſto, quando ſe conſagraron á Dios. Decia á la Abadeſa, que en eſte punto la encaminaſſe; porque queria aumentar la ganancia de ſus trabajos, y oraciones en el merito de la obediencia. Advertiala ſu Maeſtra lo que ſe le ofrecia, y por dar mas valor á las obras, le mandaba lo miſmo que hacia. Como era tan entendida eſta Prelada, nunca dejaba de recibir á prueba, y vér haſta donde llegaba ſu fervor. Deciala: Señora, míre vueſtra Alteza, que es mucho lo que deja, y mucho lo que emprende: aquello de guſtos, y eſto otro de penas: repáre bien al entrar, adonde nunca puede volver á ſalir, en condenarſe á perpetua clauſura, y echar la llave á la vida del mundo. Míre V. Alteza la aſpereza, y rigor con que ſe vive en caſa, la puntualidad con que ſe practican nueſtras Conſtituciones. Mida con las fuerzas del alma la duracion, y con las del cuerpo, el trabajo. Quando V. Alteza, yá Monja profeſa, vuelva los ojos á las puertas del guſto, y las hálle cerradas, quando tienda la viſta á los años que le quedan de vida, y ſe vea ſujeta á acabar en profeſion tan pobre, y auſtera, podrá ſer que hálle el dolor, quando no hálle el remedio. Diſcrecion es prevenir los daños, y antes de la pérdida, acudir al repáro. Si V. Alteza no ha de poder tolerar la vida que emprende, mejor es dejarla con tiempo, que vivir en ella. Muchos medios tendremos como eſto pueda hacerſe con decencia, y ſazon.

2 Era una de las mayores mortificaciones que podia reci-

bir ſu Alteza, el poner duda en ſu perſeverancia; y aſsi en eſto cargaba mucho la mano ſu Maeſtra, para vér donde llegaba la paciencia al oírlo, y la conſtancia al defenderlo. Componiaſe la Infanra MARGARITA con grande modeſtia á la voz de la Prelada, diciendo: Que no dudaba ſer mucho lo que emprendia; pero que le parecia poco lo que dejaba; que bien la daba Dios á entender lo uno, y lo otro: porque á la verdad, dejaba en la vida del ſiglo muchas penas ſin galardon: muchos males ſin conſuelo: muchos peligros, y lazos: muchos deſpeñaderos, y deſdichas. Dejaba las mayores miſerias en la mayor confuſion: daños ſin remedio: trabajos ſin fin: y que aſsi como era mucho lo que dejaba en los males, era poco lo que dejaba en los bienes; pues en eſta vida todo ſe reduce á unos guſtos breves, unas felicidades engañoſas, unas alegrias fingidas, unas eſperanzas inciertas, unas ſeguridades falſas. Dejaba una vida, que ſi ſe padece, es tormento, y ſi ſe goza, es peligro. Dejaba la mayor ſuerte, que el mas leve accidente la arraſtra: las mayores grandezas, que un breve ſoplo derriba: las riquezas, el poder, el gozo, la eſtimacion, pendientes del hilo delgado de la vida: en cortando el tiempo eſta hebra, que cada dia la vá adelgazando, todo cae en tierra, y ſe reduce á tierra. Que tambien le daba Dios nueſtro Señor á entender lo que emprendia, con ſeguir la vocacion, que deſde niña introdujo en ſu alma. Emprendia una vida Religioſa, y ſegura, en donde las penas ſon teſoros del alma, y ellas miſmas ſon alivios del cuerpo. Un deſcanſo ſin zozobra, una alegria ſin remordimiento, una felicidad ſin peligro, y un gozo ſin fin: unos deſprecios felices: unas penas alegres: unos trabajos ligeros, y unas aſperezas ſuaves: una vida, que padecida, es merito, y gozada, alegria. Que ſi penaba caminando, la aguardaba la Corona; y ſi iba deſcanſando, no tenia que recelar la fatiga. Que ſi era breve la vida, ſe acababa el trabajo; y ſi fueſſe larga, crecia con el tiempo el premio. Que emprendia una vida, que es gozo dejarla por la eterna, y dicha tenerla en la temporal. Que á aquel Monaſterio, y habito ſanto la ha trahido ſolo el Amor de Dios, y que la daria fuerzas para proſeguir, lo que le habia dado gracia para deſear. Que ſolas ſus fuerzas no baſtaban; pero ayudandola Dios, no tenia que temer.

3 No ſe puede encarecer el ánimo que tenia la Infanta MARGARITA à paſar los trabajos de la Religion, y eſto que llama el mun-

mundo asperezas, rigores, y desconsuelos. No habia egercicio, por penitente que fuesse, que no lo abrazasse; y si la prudencia de su Maestra no lo moderaba, bastaba su ánimo á lo que no bastaban sus fuerzas. Estrañaba mucho que huviesse á quien pudiesse parecer aspera la vida de la Religion, comparada con la vida del siglo, donde tantas penalidades se padecen: admirando, que se tenga por horrida la penitencia, y no los precipicios mortales por donde nos arrastran los vicios. ¿Quánto mas padece que no el pobre el avariento, para grangear el dinero, para cobrarlo, para guardarlo? Quánto mas que el humilde el ambicioso, para conseguir el devanéo, por donde vá siguiendo su ambicion? Y estas penas, trabajos, peligros, y desventuras son dulces, y las nobles fatigas de la penitencia desabridas? Los trabajos que nos llevan al daño abrazamos: y los que nos apresuran al remedio aborrecemos. Siniestro es el modo de entender los mortales: que habiendo de padecer en entrambos caminos, se elige ir rebentando al castigo, por no ir padeciendo á la gloria.

CAPITULO VII.

CONTRADICIONES QUE SE DESPERTARON, para que su Alteza no profesasse: el valor con que se opuso à ellas: y señalase dia à la profesion.



NAvegando en esta bonanza la Serenissima Infanta MARGARITA al termino deseado de la profesion, yá en los ultimos meses del año de su noviciado, á vista del puerto: levantó el enemigo comun otra espiritual borrasca. Parecia al Embajador de Alemania, y á otras personas que asistian al quarto de la Emperatriz, que sería buena resolucion de estado, que yá que la Infanta habia tomado el Habito, y perseveraba en él, no se egecutasse su profesion, sino que se quedasse con libertad de poder gozar de su renta, con facultad de salir, y entrar en el quarto de su Madre; y despues de su muerte, con todos sus derechos, y familia. Que era conveniente al Emperador conservar siempre una persona tan propia en estado, que pudiesse con su autoridad interceder con el Rey, por las conveniencias del Cesar, creyendo

do que no cabia esto con dejar el siglo, y profesar en la Religion. Proponianla, que en caso que quisiesse profesar, fuesse dispensandola en estos puntos; porque no quedasse inutil á la causa comun, y al beneficio mayor de sus Hermanos.

2 Respondió la Infanta con egemplar resolucion, afirmando, que no habia cosa en esta vida, por la qual dejasse de profesar, con la misma calidad, y circunstancias, que todas las demás Novicias: y que no gastassen tiempo, ni perdiessen diligencias en esto, porque les advertia, que estaba determinada de encerrarse, y servir á Dios para siempre en el Convento, aunque entendiesse privarse de la compañia de su Madre. Quando la Emperatriz entendió lo que su Alteza sentia esto, se interpuso, mandando, que no la hablassen mas en semejante platica, y consolandola á su Hija, la ofreció, que muy presto veria logrados sus deseos.

3 Entretanto iba continuando los santos egercicios de la Religion, platicando la loable costumbre, que en aquella Casa se tiene, de pedir las Novicias á las Religiosas, que voten por ella el dia de la aprobacion. Decia con grande humildad á las Monjas en comun, y en particular: Yá yo veo que no merezco lo que pido, ni vivir en tan buena compañia, por ser tan ruin como soy; pero esso mismo las ha de obligar á recogerme, y admitir por hermana, y compañera, para que sea buena, y sirva á Dios nuestro Señor. Obligaba esto á todas á enternecerse, y admirarse, viendola sentir tan bajamente de sí, siendo alma tan perfecta. Habiendo pasado el dia de la Conversion de San Pablo, sin que pudiesse profesar, por algunos impedimentos que á esto se interpusieron, fueron tan vivas las instancias que hizo, para que señalassen dia para ello, que la Emperatriz señaló por preciso el de la Purificacion de la Virgen á dos de Febrero, año de 1585. Alegróse mucho la Infanta de tener yá fijo el termino á su coronacion, y vivia con estas esperanzas, dando mas alas al tiempo, que lograndolo en altas meditaciones; y holgandose de que en el dia de esta Fiesta de nuestra Señora entrasse en el Templo de la Religion á sacrificar sus deseos, y purificar sus obras. Alegrabase de vér, que se introducia en este nuevo estado en dia de la Virgen Maria, y no le parecia que podia temer el suceso, quien daba el primer paso con su amparo.

4 Fuesse previniendo, de la manera que lo hacen las Religio-

sas

ſas antes de profeſar. Hizo ſu teſtamento con mucho acuerdo, y licencia, que para éllo la dió la Emperatriz; en el qual por primera clauſula ofreció á Dios ſu cuerpo, y ſu alma, haciendo en otra, ſolemne, y univerſal renunciacion de quantos derechos le podian pertenecer:como Archiduqueſa de Auſtria,é Infanta de los Reynos de Ungria, y de Bohemia. Mandó veſtir con larga mano á los pobres, ſocorrer los Monaſterios, proveer los Hoſpitales,librar los que padecian en la carcel por deudas, reſcatar cautivos, y otros devotos legados. Dió al Convento para el dia de ſu profeſion un ornamento para los Altares, y Pulpito, Caſullas, y el Terno entero, con que ſe habia de decir la Miſa, de brocado de Florencia muy rico, cenefas, y frontales bordados de perlas: que la Emperatriz Doña Iſabél ſu Abuela habia dado á ſu Madre, y no habia querido emplear en otra coſa, por reſervarlas para quando ſu Hija MARGARITA ſe ofrecieſſe á Dios. Dió tambien una alfombra bordada en el Palacio de la Emperatriz, de grande valor, con otras joyas muy precioſas, para eſte dia deſtinadas. Otorgó ſu teſtamento en 25.de Noviembre del año 1585. Eſtando preſentes Don Gaſpar de Quiroga, Arzobiſpo de Toledo, y el Padre Fray Juan de Eſpinoſa, Confeſor de la Emperatriz, ante Tomás Gracian de Antiſco, Notario Apoſtolico, y Eſcribano Real. Fueron teſtigos Juan Kevenhüller, Conde de Franqueburg, Embajador del Ceſar. El Conde de Barajas, Preſidente de Caſtilla, y de ſu Conſejo de Eſtado. Don Juan de Borja, Mayordomo mayor de la Emperatriz. Don Hernando de Borja. Y Don Garcia Sarmiento, Mayordomos de ſu Mageſtad Ceſarea. Y Hernando Mazuelo ſu Secretario. Y Pedro del Valle Villamaña, Secretario del Rey. Habló el Cardenal Quiroga á la Infanta, en la forma que lo diſpone el Santo Concilio de Trento, poniendola en ſu libertad, para que declaraſſe ſu intencion, en orden á ſer Religioſa; y eſto fue á ſolas, para que mas llanamente ſe manifeſtaſſe. Reſpondió la Infanta con tanta particular gracia, y eſpiritu, que el Arzobiſpo quedó admirado, viendo tan liberal en ſu Alteza la mano poderoſa de Dios.

CA-

CAPITULO VIII.

DILATASE EL DIA SEÑALADO à la profesion. Devotos sentimientos de su Alteza, y vence que se señále otro dia.



Estando yá prevenida la Infanta para hacer profesion el dia de la Purificacion de la Virgen nuestra Señora, y muy gozosa de vér tan cerca el fin á sus penas, y el principio á sus dichas; permitió Dios, para probar su constancia, dilatarle este bien. Habia enviado á Roma la Emperatriz, con embajada particular al Padre Fray Francisco Gonzaga, General de la Orden de nuestro Padre San Francisco, que despues fue Obispo de Mantua, á que pidiesse á su Santidad, Gregorio Decimotercio, la bendicion, y licencia, para que professasse su Alteza. Hizo relacion nuestro Padre General al Pontifice de las claras virtudes, y particular espiritu de la Infanta, del fervor con que vivia en la Religion, raro egemplo con que habia vivido en el siglo. Alegraronle estas nuevas, dando gracias á Dios, que en tiempo que él gobernaba la Iglesia, pusiesse esta Antorcha clarissima en el candelero de la Religion, para que diesse luz á los Fieles en las tinieblas de la vanidad. Escribió su Santidad á la Infanta con paternal amor, dandole copiosas bendiciones, para que professasse aquella vida dichosa, privilegiandolo con particulares gracias, y favores, como despues se dirá.

2 Este despacho tardó de manera, que no pudo ser la profesion el dia de la Conversion de San Pablo, ni el de la Purificacion, como se ha dicho: y assi huvo de alargarse este amoroso matirio. Ayudó tambien á dilatar la profesion, el estár ausente el Rey su Tio, el qual habiendo acompañado á su Hija la Infanta Doña Catalina, que iba á casar con el Duque Manuel de Saboya, le fue preciso detenerse en Monzon, á celebrar Cortes Generales á los tres Reynos de la Corona de Aragón. Detuvose en esto mas de lo que creyó su Mageftad, y porque deseaba hallarse en la profesion de su Sobrina, fue necesario suspenderla. Entretanto la Infanta padecia grande pena. Vió pasar el dia de la Purificacion, con mucho dolor, y lagrimas: y mayor sin comparacion, quan-

do

do se halló aquel dia en la profesion de Sor Ana de la Cruz, y Sor Rafaela de la Madre de Dios, dos de las Señoras que tomaron el habito poco antes que su Ateza. Sor Luisa de las Llagas no pudo profesar aquel dia, por faltarla algunos años, para cumplir con el tiempo que dispone el santo Concilio.

3 El sentimiento de su Alteza era tan grande, de estas dilaciones, que movia á mucha compasion. Hacia ponderacion de su poca dicha, temiendo el suceso hasta verle logrado. Acordabase de los medios por donde habia caminado á este fin; los embarazos, y contradiciones; los disgustos, y penalidades. Recelaba algun nuevo accidente, que le turbasse este bien. Lloraba, y deshaciase en sentimientos del alma. Iba al Coro, y allí amorosamente se quejaba á su Esposo: ¿Por qué quereis, Señor, dilatarme esta dicha? Que os holgueis de verme penar? sea en hora buena, Señor, muera yo, pero muera contenta, consagrada á Vos, entregadas con la profesion las ultimas prendas del alma. ¿Dilataisme este bien, porque no lo merezco? Pero quien, Señor, lo consigue, que lo merezca? El ser Vos quien sois nos conduce á este bien, y no nuestros meritos. Yá están mis Hermanas en la Religion, yo á las puertas llamando. ¿Quando habeis de abrir, Esposo mio á la Esposa, que con golpes del alma os despierta? No teneis de costumbre usar estas suspensiones, mas las padeceis, que las dais. Bañada de escarcha essa hermosa cabeza, os sienten las almas, aguardando á los umbrales de nuestro olvido. Trocóse la suerte, luz mia; y yo pobre, y sola, herida de amor, en la noche triste de esta suspension os estoy buscando. Bien puedo morir, pero no he de dejaros. Mas quiero que me hálle la luz de vuestro dia muerta, que no ausente.

4 Resolvió de irse desde allí á hablar á la Emperatriz su Madre, y suplicarla, que tuviesse por bien señalar el dia precioso á su profesion; y que no habia de levantarse de sus pies, sin que le hiciesse esta merced. Viendo su Magestad la viva instancia de su Hija, y su desconsuelo, la ofreció, que despacharia correo al Rey, pidiendole, que tuviesse por bien de que fuesse la profesion á veinte y cinco de Marzo, dia de la Anunciacion de la Virgen Maria. Habia llegado yá á este tiempo el Breve del Pontifice Gregorio Decimotercio, y en èl enviaba, con su bendicion Pontificia, el velo con que habia de hacer profesion, bendito tambien de su mano; y con entrañas verdaderamente de Padre, previniendo,

que esta nueva planta, que tanto fruto habia de dar en el jardin de la Iglesia, por ser tal su delicadeza, y ternura, no perdiesse las fuerzas, y la salud del cuerpo á los primeros rigores de la Observancia de la Religion, la dispensó de las asperezas de la Regla, diciendo: Que era su intencion, que no la obligasse á mas la profesion de quanto buenamente pudiesse ajustarse con sus fuerzas, y delicado sujeto.

5 Assi como entendió esto su Alteza, con espiritu, y santa determinacion, dijo: Que venerando la gracia, y favor que su Santidad la hacia, la renunciaba en quanto la dispensaba de lo sustancial de la Regla; admirandola solo en lo accidental, y que podia ser sobre sus fuerzas regulado por sus Preladas, que viene á ser lo mismo que tienen las demás Religiosas: pues en lo que no es sustancial de la Regla, qualquiera puede ser dispensada en todas las Religiones, arbitrado por los Superiores. Y para que pronunciasse estas palabras, fueron necesarias grandes intercesiones, y toda la autoridad de la Emperatriz: advirtiendola, que de otra suerte no osaria aventurarla á la Religion, que la dispensacion no es precepto, y assi podria usar de ella como le pareciesse.

6 Notese en este punto la perfeccion de su Alteza, que quando gimen tantos con el peso de las Constituciones, y Votos, no consiente que se los aligeren; sintiendo mas verse libre de los menores vinculos de la Religion, que otros de hallarse oprimidos de los mayores; usando esta Señora de las permisiones que caen en el alvedrio de los Superiores, con tan grande templanza, que para lo que bastaba la Abadesa, quiso á la Abadesa, y al Pontifice; no valiendose del Pontifice, para lo que no bastaba la Abadesa. Escribió la Emperatriz al Rey en la forma que lo ofreció: llegó respuesta, diciendo: Que pues no podia abreviar su jornada, no queria dilatar á Dios este servicio, ni á la Infanta este gozo: y assi desde alli la daba su bendicion, para que professasse el dia señalado. Esta fue la mayor merced que pudo hacer el Rey á su Sobrina, y la mas alegre nueva, que recibió en el discurso de su vida.

CA-

CAPITULO IX.

PROFESION DE SU ALTEZA, y la forma, devocion, y decencia con que esto se hizo.



Eñalado yá el dia de la santisima Encarnacion del Señor, año mil y quinientos y ochenta y cinco, por preciso á la profesion de su Alteza, se adornó el Convento, Iglesia, Claustros, y Capillas con ricas, y preciosas colgaduras. Pusieronse los Altares con todas las Reliquias, decencia, y curiosidad. Las Religiosas, que son muy advertidas en sus espirituales fiestas, en ésta que fue la mayor que ha visto aquella Casa Real, se excedieron á sí mismas. Hicieron artificiosos arcos de flores, adornaron el Coro, aderezaron el Capitulo, llenaron la Casa de velas blancas, olores suavissimos, con tanta fragancia, y aliño, que parecia todo junto un Cielo abreviado. Dispuesto lo necesario, y llegada la hora de la profesion, que fue á las diez del dia, se juntó la Comunidad capitularmente, y con universal aplauso votaron, y recibieron á la profesion á su Alteza. Fueron de alli al Coro, y puestas de rodillas por su orden las santas Religiosas, con velas encendidas, assistiendo la Emperatriz, muchos Grandes, y Señoras de la Corte, se dió principio à las ceremonias de la profesion, siguiendo en ella la loable costumbre de la Religion, y de esta santa Casa. Digeron la Letanía, y otras oraciones con grande devocion, y ternura. Y acabado esto, la Madre Abadesa se assentó junto al Altar adonde estaba el velo, y habia de hacer profesion la Infanta. Hizo á su Alteza la Prelada una breve, y devota platica, representando lo mucho á que se obligaba, y que todavia tenia tiempo, y libertad para mudar de intento, y otras cosas á este proposito, que se acostumbran decir á las Novicias en esta ocasion. Preguntóla, ¿si queria mudar de nombre, ó qué sobtenombre se queria poner? Respondió su Alteza, que su sobrenombre habia de ser conforme á la aplicacion que su alma habia tenido á la Cruz, y que como hija de la Cruz, y remediada en ella, se habia de llamar MARGARITA de la CRUZ. Edificaba vér la constancia, la devocion, modestia, y gozo espiritual con que la Infan-

ta se hallaba, la gracia con que daba las respuestas, la dulzura, y suavidad de sus palabras. Mirabanla los circunstantes con grande ternura, no pudiendo contener las lagrimas, de vér aquella Real Persona en acto de tal reverencia, y humildad, proceder con tanta edificacion. A todo estaba la Emperatriz su Madre atenta, llena de inmenso gozo el alma, viendo lo que pasaba por su Hija, sacrificandola interiormente á Dios, quando su Alteza exterior, é interiormente se sacrificaba. Habiendo llegado á este punto, se arrodilló la Infanta, y recibió la Regla de Santa Clara, y juntas las manos con la Regla, las abrazó con las suyas la Madre Abadesa, y en voz alta, y clara hizo su profesion en esta forma:

2 Yo Sor MARGARITA de la CRUZ hago voto, y prometo á Dios, y á la gloriosa Virgen Maria su Madre, y á San Francisco, y á Santa Clara, y á todos los Santos, y á tí Madre, de observar todo el tiempo de mi vida esta Regla, dada por San Francisco á Santa Clara, viviendo en obediencia, sin propio, en castidad, y clausura. La Madre Abadesa tomando el velo, que su Santidad habia enviado, y poniendolo sobre la cabeza de su Alteza, dijo estas palabras: Si V. Alteza guardáre esto que ha prometido, de parte de Dios la prometo la vida eterna. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo.

3 Cantaron las Religiosas el *Te Deum laudamus*, y prosiguiólo la Capilla Real del mismo Convento. Fueron llegando luego todas las Religiosas á su Alteza, y recibiólas con singular alegria. Llevóla la Abadesa á que besasse la mano á su Madre, y recibiesse su bendicion. Y luego las demás Religiosas fueron besando la mano á su Magestad, dandola los parabienes de la profesion de la Infanta. La Emperatriz las recibió con agradecido semblante, por ser la cosa de mayor gozo que habia tenido en esta vida. Prosiguióse luego la Misa cantada, que la dijo de Pontifical el Cardenal Arzobispo de Toledo, Don Gaspar de Quiroga, con grande musica, y solemnidad. Con la misma se dió fin á este acto, en la grandeza, ostentacion, y en el suceso de los mayores que ha visto la Christiandad. Nadie puede bastantemente explicar el gozo de la Infanta, quando se vió conseguida la corona, y fuera de riesgo el suceso. Mirabase desposada, y velada en la Religion con el Hijo de Dios, el mismo dia que Dios se desposó con nuestra naturaleza, en el talamo Virginal de Maria. Alegrabase de que en dia que celebraba la Iglesia el hacerse Dios

Hom-

Hombre, la Infanta ſe hicieſſe ſierva ſuya. Veíaſe no ſolo ſin coſa del mundo en el cuerpo, ſino en el nombre.

4 Tomó el titulo de MARGARITA de la CRUZ, por mayor deſprecio de sí miſma, y mayor aprecio de Dios; perdiendo ſu Alteza el nombre, donde perdió ſu Eſpoſo la vida. Dejó Chriſto las Coronas del mundo, por ſer coronado en la Cruz; aſsi abraza MARGARITA la Cruz, huye de la Corona, por ſer deſpreciada en el mundo: imita á Jeſus en el llevar la Cruz por el camino de la perfeccion Religioſa pobre, y obediente, en trage humilde, y con plantas deſnudas. Deſde eſte dia trocó el ſello, y las armas, y tomó las de la Cruz, como quien ſabía, que para vencerlo todo baſtan eſtas.

CAPITULO X.

PRIMEROS EGERCICIOS DE SU ALTEZA deſpues de Monja profeſa: y atencion grande al cumplimiento de ſu Regla.



Onja profeſa la Infanta, ſe dió á perficionar con las obras lo que en ſu tierna edad habia procurado con tantos deſeos; reynó en ſu alma aquel perfecto propoſito de verſe en la Religion, y ſolía decir: Que era aſſegurarſe en las tempeſtades de la vida, el navegar en eſte ſeguro bajél. El eſtado Religioſo, es una Univerſidad de virtudes, donde aſsi ſe enſeña la perfeccion, como en las eſcuelas las letras: aqui ſe aprende aquella profunda ciencia de conocerſe á sí, y á Dios: aqui ſe reduce la eſpeculacion á la práctica, y el ſaber al obrar: aqui aquel ſabe mas que menos pienſa que ſabe: aqui es el lucimiento eſconderſe, y el entenderlo todo, penſar que no entiende nada: aqui ſuele ſer mayor ciencia el olvidarla, mayor ſaber, el negarſe al ſaber, caminando pot la negacion de todo, á Dios, llenando de mas virtudes el alma, que de noticias el entendimiento. Entró en eſta eſcuela la Infanta, muy aprovechada; que el eſtudio que habia hecho en la virtud en ſu caſa, fueron curſos que le aprovechaban en la Religion. El primer acto que referia ſu Alteza, que hizo aſsi como profeſó, fue entregarſe de todo corazon á Dios, y de toda ſu alma, pidiendole, que yá de alli adelante, no mandaſſe ella en sí, ſino Dios

Dios en ella. Dió principio á su vida espiritual, por donde suelen acabar los varones muy santos; porque salen de sí, para que entre del todo Dios en ellos. ¡Qué debido cumplimiento, y qué dificulrosa cortesía: salir yo de mi casa, porque viva Dios solo en ella! No quiere la naturaleza negarse, ni desampararse del todo; elige engañadamente, antes perderse de su mano, que assegurarse con la mano de Dios.SuAlteza tomó desde luego su egercicio, de que Dios mandasse en ella. Con esto, sin voluntad vivia en Dios, por tener del todo resignada en Dios su voluntad.

2 El segundo cuidado en que se puso, fue en la perfecta observancia de su Regla, que no basta la sutileza mayor del espiritu, el mas delgado entender de las almas, sino se reduce á las obras. Son praticos los egercicios de las virtudes. Hizo una cosa muy sazonada la Infanta, en demostracion de su cuidado, y fue, que á otro dia como profesó, escribió de su mano la Regla de Santa Clara, con los votos, y declaraciones, y todo lo demás que tocaba al cumplimiento de su obligacion; formó de esto un libro, y en 50. años de Religiosa, no dejó de traherle consigo: con él vivió toda la vida al obrar: con él la hallaron tambien al morir. Leíalo muy de ordinario, diciendo: Que volvia á leer, lo que habia capitulado con Dios, porque queria en lo ofrecido estár muy atenta á saberlo, por estár con esso muy diestra al obrarlo. Egemplo es este de superior enseñanza. Si todos tragessen à la vista lo que han prometido á Dios, darian con los ojos en ello al no cumplirlo; y sería este cuidado despertador al cumplimiento, ó acusacion á la falta. Su principal desvelo consistia en estudiar bien la Regla, y caminar por esta derecha linea de la perfeccion, tomandose muy estrecha, y rigurosa cuenta de lo que se desviaba. Era en esto exactissima en quanto la permiria hacer su Prelada: y decia de ordinario, que era suave la regla, y profesion de Santa Clara, y que nunca se veía mas contenta, que quando se hallaba con sus hermanas en la comunidad, haciendo juntamente con ellas lo que hacian. Eran estas palabras propiamente palabras de la gracia; pues claro está, que á la naturaleza no podia parecer suave, lo que es tan aspero, y penoso al cuerpo. Pero como el Autor de la vida dejó dicho: *que es su yugo suave*, [a] con ser su yugo la Cruz, le era á la Infanta MARGARITA la Cruz suave.

CA-

(a) *Jugum enim meum suave est, & onus meum leve.* Matth. 11. v. 29.

CAPITULO XI.

PENITENTES EGERCICIOS DEL REAL Convento de las Descalzas de Madrid, á cuya profesion se entregó su Alteza.



Usto es poner el campo en esta Historia, donde corrió gloriosamente la Infanta MARGARITA al palio del amor que la esperaba, que fue por el egercicio de las virtudes, con la perfecta profesion de su instituto. Y el que no tuviere en el coracon alguna centella del amor Divino, tendrá por aspera proposicion, y por dura doctrina, llamar suave esta vida, como la llamó la Infanta. Los egercicios, pues, en que se ocupan estas santas, y prudentes virgenes en el MonasterioReal de las Descalzas en las veinte y quatro horas del dia, y de la noche, son las que se siguen:

2 Levantanse á Maytines á media noche, sin dispensacion alguna, porque á essa hora yá está levantada una Religiosa, que llama á las demás, en acabando el primer son de la campana. En levantandose, todas dicen juntas en su dormitorio comun, la Antifona, *Gloria in excelsis Deo*, con el verso, y oracion de la Natividad, dando gracias á Dios por el beneficio de la Encarnacion, y por su Nacimiento santisimo, que fue en esta hora bendita. Y en el tiempo de Quaresma dicen la Antifona, *Christus factus est pro nobis*: Y la Oracion, *Respice quæsumus Domine*, en memoria de la santisima Pasion de Christo Señor nuestro. Hecha esta santa, y devota ceremonia, se ván en orden al Coro, donde en tono grave, y pausado, dicen los Maytines. Acabados Maytines dicen una Antifona, Verso, y Oracion del Angel Custodio del mismo Convento, que es la que se sigue:

O Protector certantium, paupertatis militum dux, & Custos fragilium in hac præsenti familia, funde preces ad Dominum, custodi nos quotidie, hujus Monasterij curam gerens assidué.

℣. *Immittet Angelus Domini in circuitu timentium eum.*

℟. *Et eripiet eos.*

ORE-

OREMUS.

Perpetua nobis, quæsumus Domine, famulabus tuis protectionis tuæ, per Sanctum Angelum tuum, hujus Monasterij benignum Custodem, præsta custodiam, quibus & Angelica præstitisti non deesse subsidia. Per Christum Dominum nostrum.

3 Despues de esta Comemoracion, hacen otra al Angel San Rafaél, por los caminantes, especial las personas Reales, los Generales de la Orden, y otras personas devotas, y bienhechoras del Convento, que es la que se sigue:

O Beatissime Raphael Archangele: Christi, per gratiam, quam á Deo meruisti, custodi eos in hac vita ab omni adversitate, reduc eos in domum suam cum omni salute, & prosperitate; vita finita deduc eos ad regna cœlestia.

℣. *Ora pro eis beatissimè Raphael.*

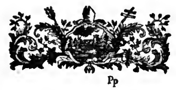
℟. *Ut digni efficiantur, &c.*

OREMUS.

Mittere dignare Domine de cœlis in adjutorium eorum S. Archangelum tuum Raphaelem, qui vias eorum dirigat, ab hoste maligno defendat, ab omni adversitate custodiat, prosperitatem conferat, augeat, informet, & doceat, Deo copulet, & conjugat, & ad gaudia sempiterna perducat. Per Christum Dominum nostrum.

4 Inmediatamente se tiene una hora de oracion, leyendo primero en algun libro devoto el punto que ha de dar materia á la meditacion. Las visperas de comunion, que son dos veces en la semana precisas, y otras que ocasionan las Festividades del año, se quedan en el Coro hasta la mañana, con licencia de la Prelada, las que quieren quedarse, y ordinariamente son todas, sino las que por su mucha edad, ó flaca salud no les es tolerable, ni permitido. A las cinco de la mañana infaliblemente se levantan otra vez á Prima, y á aquella hora antes de comenzarla, les dice Misa un Capellan. Inmediatamente se sigue Prima cantada, y Tercia rezada. Quando la segunda Misa de Tercia se canta, es quando la Misa Mayor es de Cantores. Con esto llegan con el tiempo hasta las seis y media, ó las siete. A esta hora llaman á la labor con una campana, que dicen de la Obediencia: y asisten todas hasta las nueve en la labor, ó en el ministerio que las ocupan. A las nueve las llama la campana para la Misa mayor: cantan

tan Sexta, y rezan Nona, y luego ſe canta la Miſa mayor, ſino es que ſea dia de Capilla, ó Fieſta grave, que en eſte caſo oficia la Miſa la muſica, y Capilla Real de Capellanes del Convento. Eſtanſe en el Coro haſta las once, que llaman á comer, y á eſte toque van todas al Capitulo, y alli dicen el *Miſerere*, á coros con la Oracion, *Reſpice quæſumus Domine*, y un *De profundis*, con la Oracion, *Fidelium Deus*. Ván de alli con ſilencio en Proceſion al Refectorio, y en él, dada la bendicion á la meſa, la pide para sí á la Hebdomaria la que ha de leer. En el Refectorio ſe hacen las penitencias regulares, conforme á los defectos que ſe huvieren hecho en el rezo, ó por no haber acudido á la ſanta Comunidad, á diſcrecion de la Prelada. Las Novicias todos los Viernes dicen ſus culpas, y beſan los pies á las Monjas. Las Porteras, y todas las demás que han acudido aquella ſemana á ſu miniſterio, al fin de la ſemana dicen ſus culpas en el Refectorio, pidiendo perdon de ſus defectos. Comen cubierta la mayor parte del roſtro, y con ſumo ſilencio, y compoſtura: y en acabando, dán las gracias en la forma regular, y vuelven al Coro en proceſion diciendo el *Miſerere*. Deſpues dicen una Vigilia de difuntos, y unos Salmos del Salterio que á nueſtra Señora compuſo San Buenaventura, los quales ſe reparten de manera, que al fin del mes ſe ha dicho todo el Salterio. Hecho eſto, acuden á ſu miniſterio, y á lo que cada una tiene que hacer haſta la una. De eſta hora á las tres, que tocan á Viſperas, y en todos los demás actos de comunidad, aſsi en el Coro, como en el Capitulo, y Refectorio eſtán con los velos echados ſobre el roſtro, cubierta la mayor parte de él. Dichas Viſperas, vuelven á la labor haſta las cinco. A eſta hora ván á la oracion; y á las ſeis y media á hacer colacion, y del Refectorio derechamente á Completas. En acabandolas, vá la Comunidad al dormitorio, y las Religioſas á coros dicen el Salmo: *Qui habitat*, y los Gozos de los Angeles, que es devocion antigua de eſta Caſa. Y no ſerá de pequeño gozo á quien eſto leyere, hallarlos aqui á la letra.



GOZOS DE LOS SANTOS Angeles.

Gaudete summi Spiritus
Seraphici Collegij,
Propinqui Deo penitus,
Ardentes plusquam alij.
Gaudete pleni putei,
O Cherubim scientiæ,
A quibus celsi cunei
Secreta discunt grandia.
Gaudete Throni supplices,
Judiciorum conscij,
Offensæ Dei vindices,
Ejusdem Secretarij.
Gaudete Dominantium
Cohortes admirabiles,
Regentes vulgus gentium,
Ut Consules per utiles.
Gaudete Chori validi
Vocati Principatuum,
Portantes nos, ut Præsidi
Honorem demus congruum.
Gaudete robustissimæ,
O potestates cælicæ,
A quibus turbæ pessimæ
Frenantur Diabolicæ.
Gaudete vasa luminum
Virtutesqué per sæcula,
Implentes ante Dominum
Insignia miracula.
Gaudete Duces inclyti,
Archangeli magnanimi,
Provincijs Præpositi,
Servantes pusillanimes.
Gaudete fortes Milites
Exercitus Angelici,
Custodes nostri sospites
Obsequio multiplici.
Gaudentes eia pariter
Triumphatores nobiles
Afferte nos finaliter
Ad nuptias optabiles. Amen.

5 Dicho este devoto Hymno, se reza la Conmemoracion que ofrece la Iglesia á los Angeles, con Oracion á San Antonio Abad, y á San Potiano. Y en acabando esto, vá la Vicária echando agua bendita por todo el dormitorio, y celdas. A las ocho tocan á recoger, y como dentro del dormitorio hay tantas Capillas muy devotas, y adornadas, acuden alli primero las Religiosas á pedir licencia á su Esposo para entregarse al sueño. El vestido es un habito pobre de paño grosero, y una tunica de lo mismo, porque no usan tunicas de lienzo. El tocado muy honesto, cubierta la frente, y la mayor parte del rostro: un velo grande, que cubre la cabeza, y los hombros; la cara aun entre ellas mismas recatada. Quando entran los Reyes no se descubren el rostro sino á las parientas, y personas, á quien la Abadesa dá licencia; pero siempre cubiertas delante de los hombres, á quien quando hablan, es echados los velos. Finalmente no es posible ser vistas,

ni

ni de ſu miſmo Confeſor, porque en el comulgatorio ſolo alzan el velo para recibir al Señor. Andan ceñidas con una cuerda de cañamo grueſa, ſin mas calzado que unas apargatas de cañamo, ó eſparto, ſin talon. Duermen veſtidas, en la miſma forma que andan en caſa; porque deſde el dia que ſe viſten de Novicias, nunca dejan el habito, ni en ſalud, ni en enfermedad. Y eſto es lo mas riguroſo que ſe practica con todas las Religioſas: de ſuerte, que ſu Alteza murió en ſu habito como las demas. La cama es un gergon de paja pueſto en el ſuelo, y una almohada de angeo lleno de paja, y una manta de paño.

6 Su ordinaria comida es una eſcudilla de legumbres, y deſpues la ordinaria racion de huevos, fuera de la Quareſma, y Vigilias, y algunas hierbas de la huerta. Ayunan todo el año, ſino es los Domingos, y el dia de Navidad. Tienen diſciplina: Adviento, y Quareſma, Lunes, Miercoles, y Viernes, y las viſperas de la comunion ordinaria, y extraordinaria entre año. Hacen la cocina por ſu turno, deſde la Abadeſa haſta la mas nueva, y todos los demàs oficios de la Caſa; porque ſe ſirven ellas á sí miſmas, ſin haber dentro en el Convento una ſola criada, ni la tuvo ſu Alteza en quanto vivió. Los Sabados ſe tiene Capitulo, alli lleva cada una la labor que ha hecho aquella ſemana, y la ofrece á la Madre Abadeſa. Haceles una platica eſpiritual, encomienda el eſtado de la Igleſia, y de la Corona Real, y otras neceſidades públicas, y particulares. Los dias de Comunion, los de Fieſta, y Viernes de Quareſma, es muy ordinario eſtár ſiempre en el Coro la Comunidad. El retiro, y abſtraccion de las criaturas es notable, porque no hablan con nadie, ſino en caſos graves, y forzoſos, y eſſo en preſencia de las eſcuchas. Quando ſus Mageſtades entran, y con los Reyes algunas ſeñoras de la Corte, ſe retiran las Religioſas, y ninguna ſale, ſi la Abadeſa no la envia á llamar; y entonces ha de hablar con una aſsiſtente á ello.

7 Eſtos ſon los egercicios de eſte penitente ſantuario. Por eſtos paſos buſcan eſtas eſpoſas á Jeſus, del dia á la noche, y de la noche al dia. Eſta es la rueda de la fortuna mas alta de eſta vida, que ni el valimiento temporal la encubre, ni el tiempo la deſvanece. A eſto ſe encierra la mayor nobleza de Eſpaña, y eſta vida parecia ſuave á la Infanta.

CAPITULO XII.

ALEGRIA, Y APROVECHAMIENTO *de su Alteza en los egercicios de la Religion.*



EN esta penitente vida iba creciendo en virtudes la Infanta, siendo su profesion tan perfecta, que solo siguiendola, aumentaba cada dia nuevos grados de merecimiento. Era cosa notable lo que se alegraba de seguir la Comunidad, en quanto la permitian, y erale de grande dolor el irla en esto á la mano. Tenia mucho cuidado en dar los pasos de la Religion á los ojos de Dios, cuya presencia la favorecia con dulces sentimientos del alma. Obraba quanto hacia, como si la estuviera mirando el Señor. No daba pasos el cuerpo al trabajo, que no fuessen impulsos del alma al amor, caminando á dos vidas con un mismo egercicio.

2 Como la veían las Religiosas seguir tan perfectamente la Comunidad, era cosa admirable lo que la querian: que es amable la virtud, y mucho mas en personas de tan noble sangre. No huvo quien la viesse, ni oyesse replicar á lo que la ordenaban; antes bien le parecia poco quanto hacia. Sentia que no la mandassen muchas cosas; porque ella sola quisiera llevar el peso, y trabajo de todo el Convento. Si podia aliviar á sus hermanas en alguna cosa, si las podia hacer algun gusto, era mayor el contento que se le ofrecia. A todas trataba, amaba, y honraba. Decia su Alteza: Que no veía á las criaturas, sino á Dios en ellas: y como andaba en la presencia de Dios, en todo servia, y hallaba á Dios. Con esto vivia alegre, y gustosa, sin tener quien la lastimasse en lo exterior, ni quien la diesse molestia en lo interior. Esta es la dicha mayor de la vida, que consista el gozo de la criatura en el Criador: en la pureza del alma, y no en los gustos, y regalos del cuerpo. Finalmente, se hallaba tan descansada su Alteza, dejada la grandeza, tan contenta Descalza la Infanta, que la parecia haber echado de sí el peso de un monte. Sentiase desasida de los acaecimientos de la vida, sin temer sus tristes sucessos, ni esto que llaman (ciegamente) fortuna.

Da-

3 Dabale largo campo la contemplacion en que podia egercitar ſu amor, y lograr ſu contento, ſin ahogo de los peſares del mundo, ni ſus penas, y deſabrimientos. Quando veía ſus alhajas, y que todo el caudal que tenia, era el ſayal de ſu habito, y un pobre Breviario, le era de ſuma alegria. Solía decir á las Religioſas: Que debia á Dios mucho, por lo que la habia quitado, y por lo que la habia dado. *Hame quitado lo vano*, decia, *y hame concedido lo bueno*. ¡Qué guſto, como no tener nada por Dios! Qué deſembarazo para ſeguirle! Qué ajuſtamiento para imitarle! Hacia grande ponderacion de eſta verdad; alegre ſu alma de verſe padeciendo por Dios, como padeció Dios por ella. Dabale alivio, y gozo vér los egercicios de la Religion, que ellos miſmos por ſer eſpirituales ſe aplican: ponderando mucho el merito de la obediencia, que hace guſtoſo el trabajo, ſeguro el camino. Quando conſideraba que no tenia ſu voluntad, volunrad, daba gracias á Dios de verſe ſin eſte embarazo, y de haber eſcapado de tan grande peligro. Dios manda á mi Prelada, decia, mi Prelada á mi, con obedecerla, obedezco yo á Dios. ¡Qué dichoſo eſtado! Qué noble alvedrio! Sujerar la voluntad á la razon, la razon á Dios.

CAPITULO XIII.

MORTIFICACION DE SU ALTEZA de que le fueſſen à la mano en la mortificacion, y como ſe aprovechaba en eſte egercicio.



LOS trabajos de la Religion, ſi ſe llevan por Dios, ſon cruz alegre: y ſino ſe padecen por él, ſon deſdichas grandes. La Infanta llevaba con guſto, y gozo eſpiritual las penalidades de ſu profeſion; ſolo ſentia que ſe las acortaſſen. Como era de tan delicada complexion, y tan diferenre el tratamiento, y eſtado á que ſe habia reducido, cuidaba la Abadeſa de irla á la mano al fervor, aliviandola el rrabajo, y diſpenſandola en algo el rigor de la Comunidad, como quien alegra una luz, porque alumbre mas tiempo. Eſte ſanto cuidado de la Abadeſa ſentia la Infanta con grande ternura, y ſin ſalir del debido rendimiento, amoroſamente ſe le quejaba. Rogabala, que no la eximieſſe de coſa alguna, que pues ella era mayor pecadora que todas, ſería juſto que pade-

de-

decieſſe doblado: y que no podia vér ſin confuſion trabajar ſus hermanas, y eſtar ella holgando. Fue uno de los mas penoſos meritos que tuvo, el reſervarla de padecer en algunos caſos, ſiendo tan grandes ſus anſias de penar por ſu Eſpoſo. Por faltarle tal vez la ſalud, ó por mortificarla la Abadeſa, la reſervaba de algunos egercicios; pero quando no padecia los trabajos, padecia amargamente los deſeos: y quando ſus hermanas alegremente obraban padeciendo, ella crudamente padecia llorando. Quanto es mayor el dolor en el alma que la fatiga en el cuerpo, era mayor el padecer de ſu Alteza; que es terrible egercicio el contener, y moderar los afectos, querer, y no querer, deſear, y no deſear, quebrar eſtas anſias en la reſignacion, como ſe quiebran las ondas de la mar en la tierra. Quien ſupiere que es amar con deſeo de padecer, ſabrá, que es padecer amando, el no penar padeciendo, y que eſta es paſion bien digna de compaſion.

2 Dióla Dios en eſta mortificacion por conſuelo un modo ſuperior, como pudieſſe ſuplir en ſu interior el trabajo exterior que la quitaban; porque decia, que con tres coſas reparaba, y ſuplia eſte daño (que por daño tenia del alma, que no padecieſſe el cuerpo) la primera, con reconocer humildemente ſer menor que las demás, pues no la dejaban obrar tanto como á ellas: y de aqui reſultaba la eſtimacion en que tenia á las Religioſas, y la deſeſtimacion en que ſe tenia á sí, diciendo: Mis hermanas ſon para mucho, y ſirven mucho á Dios, y á la Religion; pero yo para nada ſoy buena, ſino para embarazar. La ſegunda, una ſujecion reſignada, y una diſpoſicion interior, y exterior con que eſtaba prevenida á obrar todo quanto podia, y quando le mandaban, y permitian. Eſto era con un egercicio práctico interior, tan vivo, y fervoroſo, que apenas miraba á ſu hermana en el trabajo, quando la ayudaba yá con el deſeo, y no ſe canſaba mas la Religioſa en el egercicio en que ſe ocupaba, que la Infanra en la aplicacion, y anſia con que la aſsiſtia. Si veía limpiar algunas coſas á las Religioſas, y no la dejaban que ſe acercaſſe á hacerlo, le decia á Dios inreriormente: Señor mio, yo limpio con el corazon lo que mis hermanas con las manos; que merecen mas aquellas manos, que eſte deſgraciado corazon. Si veía que barrian ſus hermanas, y no la dejaba la Abadeſa que lo hicieſſe, ſe volvia á ſu Eſpoſo, y le decia: Jeſus mio, no merezco yo ſer inſtrumento de que eſté mas limpia vueſtra caſa, ni llegar á la dignidad de

qui-

quitar el polvo que pisan vuestras esposas. La tercera, era obrar cabal, y perfectamente en la mejor forma que podia todos los egercicios interiores, y exteriores que la dejaban que obrasse, y para esto, decia: Yá que no lo puedo hacer todo, quiero hacer todo lo que puedo, que no es bien negar lo poco, quando no se puede lo mucho. De aqui le resultaba pureza grande en las obras, y en ir en el alto egercicio de hacer la voluntad de Dios todo el dia: y en viendo que lo que iba á hacer no era agradable á sus ojos, se detenia, procurando no salir, ni del suave camino de la ley, ni de la aspera senda de la perfeccion. Finalmente, con tales reparos mejoraba su Alteza el no padecer todo lo que las Religiosas padecian, que pudiera la que mas trabajaba, trocar su merito por este santo egercicio.

CAPITULO XIV.

EN QUE FORMA ASSISTIA SU ALTEZA á la Emperatriz su Madre en el Convento.



UNO de los cuidados que dignamente ocupaban el corazon de su Alteza por hija, y por Religiosa, era assistir, y servir á la Emperatriz su Madre, en quanto no faltasse un punto á los actos de la Comunidad, y de esta atencion hacia la Infanta espiritu: y no solo no será fuera del intento, sino muy digna materia de esta Historia, el referir aqui como se gobernaban estas dos Señoras en sus egercicios, que no fue menos de admirar en la Emperatriz el grande egemplo, y virtud de vida, en la Orden Tercera que professó de mi Padre San Francisco, que la perfeccion con que seguia la Infanta el penitente instituto de la suya.

2 Estaba la Emperatriz en el quarto que los Reyes tienen en este Real Convento unido á la misma habitacion de las Religiosas. Es un Palacio en que vivió algun tiempo el Emperador Carlos Quinto su Padre, y en él dividia la clausura del Convento una puerta, en que habia dos porteras, ó guardas: una Religiosa por la parte de adentro, y una Señora de honor en la del Palacio, con que no podian salir, ni entrar mas de las personas á quien era permitido. Aqui estuvo la Emperatriz Maria veinte años, y no le parecieron largos para disponerse al transito breve de

de la muerte. Repartia las horas del dia, levantandose de mañana, venciendo con el espiritu la larga edad, y cortas fuerzas. Entraba luego en el Convento, y Oratorio, que llaman el Relicario, por estár muy adornado de reliquias. Alli se veía con su Hija, y despues de haberse saludado, se ofrecian á Dios muy de espacio. Tenian su oracion vocal, y mental juntas; y desde alli, ó desde la tribuna oían algunas Missas. En siendo hora de acudir al Coro, ó seguir la Comunidad, la dejaba la Infanta, y su Magestad tal vez iba tambien al Coro, otras se quedaba en la Tribuna: y al tiempo del comer se volvia á su quarto. Ordinariamente comia dentro de la clausura, en un aposento pequeño, que llaman el cancelillo, y entonces assistian las Señoras, y Meninas, Mayordomo, y Medicos. Otras veces comian mas adentro de la clausura, en una sala grande, y en este caso solo se hallaban las Meninas, y criadas, que eran precisamente necesarias. Está la pieza, de que vamos hablando, dentro del Convento inmediatamente al quarto de su Magestad, es de buena arquitectura, hermosa vista, con ventanas rasgadas, y rejas que caen á la huerta; adornanla pinturas de primor admirable, que las Personas Reales han traido, y enviado á la casa. Aqui siempre assistian los Reyes quando entran en el Convento; y esta sala ocupaba ordinariamente la Emperatriz, acudiendo la Infanta, y las Religiosas á hacerla compañia. Tenia alli una camilla para sus enfermedades; porque en este tiempo no queria hallarse fuera de la clausura, ni que le faltasse el consuelo de su Hija, y de las Monjas; porque decia, que con aquella buena compañia se le aliviaba el dolor de sus indisposiciones.

3 En acabando de comer se recogia con la Infanta al Relicario, y descansaba un poco; y el principal descanso era, segun referia su Alteza, tener oracion, hablar de Dios con gran devocion, y espiritu. En tocando á algun acto de comunidad, acudia la Infanta á él, y su Madre se quedaba en el Oratorio, de donde se volvia á la sala que hemos dicho. Alli acudia la Infanta, y algunas Religiosas á servirla. Como su Magestad trahia la salud tan fatigada de continuas dolencias, sucedia algunas veces, que ni podia rezar, ni leer. Tenia para este caso dos Religiosas, la una para que le rezasse en voz alta sus oraciones, y devociones; y la otra, para que le leyesse en los libros santos, y espirituales una hora cada dia. Gustaba mucho oír meditaciones de la Pasion de Chris-

Christo nuestro Señor, especialmente los Domingos, Martes, Miercoles, y Viernes, que en estos dias leían la Pasion en uno de los quatro Evangelistas. Los demás dias rezaba las quince oraciones de Santa Brigida, que tambien tratan de la Pasion de nuestro Señor, y de este santo egercicio era tambien muy devota la Infanta. Leíanla en otros libros devotos de que gustaba: y todo el tiempo que estaban leyendo hacia labor su Alteza, y las demás Religiosas. Y en acabando de leer, se ocupaban en hablar de Dios, y en tratar de aquello que habian leído á la mayor utilidad de sus almas, pero sin dejar el santo egercicio de su labor. ¡Qué perfecta oracion, dar el alma á Dios, y el cuerpo al trabajo, mereciendo con la fatiga, aprovechando con la contemplacion!

4 En siendo hora de retirarse, besaba la mano, y recibia la bendicion de su Madre: y recogiendose su Magestad á su quarto, se iba la Infanta á su comunidad. Era este egercicio de asistir á la Emperatriz, de grande ocupacion al cuerpo, aunque de sumo gusto al amor. Pues haber de acudir á su Madre con tanta puntualidad, y con mayor cuidado á su profesion, no dejaba de ser trabajoso, pero dabala Dios fuerzas para todo; porque todo lo obraba por Dios. Solía decir: Confieso, que el cumplir con tanta ocupacion me costaba trabajo, pero por la gracia de Dios, nunca me faltaba tiempo para lo que era obligada, ni fuerzas por cansada que estuviesse. Procuraba yo no dejar perdído punto alguno de tiempo, y con esso acudia á Dios, y no faltaba á mi Madre. Lo primero acudia á Dios, porque esta era mi obligacion principal, y yo tenia tan buena Madre, que se daba por mas servida en esto. Finalmente, con emplearse su Alteza en lo preciso, no le faltó tiempo para lo gustoso: y con no desperdiciar el tiempo, le sobraba; que corre despacio empleado, el que vuela al fin tan apriesa perdído.



CAPITULO XV.

MUERTE DEL ARCHIDUQUE ERNESTO, Hermano de ſu Alteza: y paſa por Madrid el Archiduque Alberto á Flandes, y lo que le ſucedió.



QUé es el tiempo, ſino un tirano oculto de la vida, que con ſecreta fuerza la lleva á la muerte? El Archiduque Erneſto, Hijo de los Emperadores Maximiliano, y María, eſperanzas de Alemania, en medio del curſo acelerado de ſu vida, murió en Flandes. Habiaſe criado en Eſpaña con Felipe Segundo ſu Tio: y habiendo conocido eſte prudenre Rey el valor, y virtud de ſu Sobrino, le envió al gobierno de aquellos Eſtados, con reſolucion de caſarle con la Infanta Doña Iſabél, como deſpues ſe egecutó con el Archiduque Alberto ſu Hermano. Cortó eſtos deſignios la intempeſtiva muerte de Erneſto, Principe digno de vida, grande prudencia, y valor, claras coſtumbres; varon no ſolo egemplar, ſino ſanto. Hablóle ſu Angel de guarda algunas veces, y vieron le ſus Gentiles-hombres de Camara rodeado de luz ſuperior. De Eſpaña, donde ſe crió, fue á Alemania en edad de 20. años, y en aquellas Provincias ayudó á la paz del Imperio con ſu conſejo, y defendió con ſu mano, aſsiſtiendo al Emperador Rodolfo ſu Hermano, con credito univerſal de las gentes. Gobernó los Archiducados de Auſtria, y Stiria, amado de los ſubditos, temido de los enemigos, haſta que vino á los Paíſes Bajos, con orden del Rey ſu Tio. No habia eſtado en ellos un año, quando le llamó Dios á mas deſcanſada vida. Murió á 20. de Febrero, en el de noventa y cinco, con grande edificacion, pronunciando al morir dulciſsimas palabras, que el corazon arrojaba á los labios.

2 Es bien de admirar la relacion que el Padre Antonio Creſpo, Religioſo de la Compañia de Jeſus, Confeſor del Archiduque, envió de ſu muerte á la Emperatriz, que ſintió eſte golpe, como tan buena Madre, y toleró como tan gran Chriſtiana, ayudandola ſu Alteza á llevar la cruz de eſta pena. Murió el Archiduque con daño univerſal del nombre Chriſtiano, por tener en ſu perſona libradas grandes eſperanzas de ſu aumento. Coronó ſu muer-

muerte, y acreditó su vida el Elogio de Clemente Octavn, que en aquel tiempo gobernaba la Silla universal de San Pedro. Quando le dieron esta nueva, con vivo sentimiento dijo: Ha faltado una gran coluna á la Iglesia, y podriamos llamar con verdad à este Principe San Ernesto, porque fue Santo. Estas palabras son del Padre Santo, por quien dispensa su espiritu el Señor á los Fieles. Todas las demás alabanzas del Archiduque Ernesto, son inferiores á esta.

3 Por su muerte fue necesario que Felipe Segundo señalasse para el Gobierno de los Estados de Flandes al Archiduque Alberto, que se hallaba en Portugál, desde el año que aquel Reyno se unió á esta Monarquía. Pasó por Madrid, templandose en la Emperatriz, con la vista de Alberto, el dolor de la muerte de Ernesto. Tal es la variedad de la vida; yá la alegran, yá la entristecen estas naturales prendas. Consolóse el Archiduque con la Infanta su Hermana; porque eran grandes amigos (que es mas apretado vinculo, que hermanos) y le habia ayudado mucho en Portugál, en los desconsuelos que padeció sobre la defensa de su vocacion.

4 Fue muy celebrado de la Infanta, el repáro que hizo el Archiduque Alberto en su persona, quando la vió en trage tan devoto, y humilde. Porque como trahia el habito roto, y remendado, la dijo: Que tuviera por bien de no andar de aquella suerte, que bastaba el habito humilde; pero roto, y remendado, era cosa que debia escusarlo su Alteza. Sonrióse la Infanta, y dijo: Que aquella era su gala, y adorno, y que asi como esso parecia mal á los ojos del mundo, agradaba á los de Dios. ¿Cree Hermano V. Alteza, le dijo, que esto que está aqui deslucido, no luce en el Cielo? Esta pobreza en la vida temporal, es riqueza en la eterna. De lo que el mundo se rie, Dios se alegra; y de lo que aqui hacen donayre los hombres, hacen fiesta los Serafines. No puede llegar mi pobreza á la de Christo; ni mi nobleza á la suya: y asi, quando tratamos de imitar su humildad, ¿hemos de hacer caso de nuestra grandeza? Mas contenta estoy rota, y remendada, que los Reyes mas poderosos, con todo el lucicimiento de sus Reales vestiduras; cubre este pobre sayal menos cuidados, y penas. Es la pobreza, Hermano, desembarazo en la vida, alegria en la muerte, descanso en el cuerpo, y gozo en el alma. En este mundo, quanto menos se tiene, mas se grangea; y quanto

mas ſe deſprecia, mas ſe eſpera; que el mayor teſoro de eſta vida es trasladar ſu teſoro á la eterna. Solía referir el Archiduque con grande edificacion las palabras que le dijo ſu Hermana, defendiendo la ſanta virtud de la pobreza, y el aprovechamiento que ſacó de ſus platicas. Y deſpues de haber eſtado algunos dias con la Emperatriz ſu Madre, y con ſu Alteza, y recibido del Rey las ordenes convenientes; partió á Bruſelas, en donde aſsiſtió haſta que volvió á Eſpaña á concluir el caſamiento con ſu Prima la Infanta Doña Iſabél.

CAPITULO XVI.

PRUEBA QUE DIOS HACE DEL AMOR de ſu Alteza, en el amor á ſu Madre, y del valor eſpiritual que moſtrò en eſte caſo.



LAS criaturas, los pueſtos, y ocupaciones de eſta vida, ſi ſe miran como fin, ſon embarazo, ſi ſe tratan como medio, provecho. Eſte deſtierro, es camino á la patria: eſte padecer, es volar á gozar. Si de la ocupacion temporal hago eſcala á lo eterno, es remedio, y ſi en ella me entretengo gozando, es peligro. A otra perſona, que no fuera tan eſpiritual como ſu Alteza, huviera ſido grande impedimento para ſeguir la perfeccion, el ſervir á ſu Madre; porque ni dejaba de ocuparla el tiempo, ni de llevarla el amor. Y como en eſtos dos Polos ſe gobierna la vida del alma, fue neceſaria la gracia, para ſalvar eſte rieſgo. Queria la Infanta á la Emperatriz como á Madre; pero tan deſaſidamente en orden á Dios, que con tenerla en el corazon, no ſe lo embarazaba. Llevabale el tiempo, pero de ſuerte, que lo que podia dar á la recreacion, lo daba á eſte juſto cuidado. Si hallaba á ſu Madre, la hablaba de Dios: y ſi la ſervia, á Dios ſervia en ſu Madre. Fue para la Emperatriz aprovechamiento eſpiritual, el tratar á ſu Hija. Porque quando miraba ſu perfeccion, eſpiritu, agrado, y ſu pureza, le era de gozo al alma, y no dejaba de ſerle de egemplo á la vida, con que venia á pagar la Infanta á ſu Madre, en aumento de eſpiritu, lo que en el miſmo genero habia recibido de ſu Mageſtad, y como tierra agradecida, rendia ciento por uno. Con eſtos fuertes vinculos ſe fue eſtrechando el amor

amor

amor de eſtas dos Señoras; amando la Emperatriz á ſu Hija, como á dos veces Hija. Veía bien lograda ſu enſeñanza, y en práctica ſu doctrina: hallaba en ella en ſus trabajos alivio, y en ſus negocios conſejo. Finalmente, era Hija al amor, compañera al trabajo, y amiga á la pena.

2 Interponiaſe Dios entre eſtas dos criaturas, y no dejaba que paſaſſe el amor de la Infanta á la Emperatriz, ſin que paſaſſe por ſu amor, para que por él quando quiſieſſe lo dejaſſe. Atento á eſta correſpondencia, como zeloſo amante, gobernaba de ſuerte el amor de ſu Eſpoſa MARGARITA, que no ſolo le dejaſſe por ſu Madre, pero ni le hicieſſe auſencia. Grande es la caridad Divina, y eſte amor es ſolo digno de eſtimar. Ama á la criatura el Criador, y como ſi le fueſſe la vida en ſer amado, procura nueſtro amor. Sin neceſitar ſu grandeza de eſte humano corazon, anda ſu miſericordia buſcando nueſtra miſeria; ſus finezas, ſufriendo nueſtros deſdenes.

3 Queriendo probar Dios la fineza de la Infanta, diſpuſo, que Felipe Segundo rogaſſe á la Emperatriz ſu Hermana, que fueſſe al Eſcurial á paſar algunos dias de Verano en ſu compañia. La Emperatriz, como le deſeaba dar guſto, vino en ello: pero no ſabía como dejar á la Infanta; porque no podia tolerar ſu auſencia. No diſimuló ſu Mageſtad Ceſarea eſta pena, y aſsi la comunicó con algunas Señoras, á quien pareció, que eſſo tenia facil remedio, pues podia llevar conſigo á ſu Alteza, ſacándo para ello Breve del Nuncio; porque la grandeza de tales Perſonas no podia hacer conſequencia con nadie; y en compañia de tal Madre, aunque ſalieſſe del Convento, no parecia ſalir de la clauſura. Vino á entender la Infanta, que hablaban en eſto, y que andaba tan valida eſta platica en Palacio, y en el Convento, que eſtaba para egecutarſe. Tuvo terrible ſentimiento de ello, y dijo á quien la habló en la materia: ¿Es poſible, que ſe atreven à proponerme tal coſa, y que crean de mí, que yo he de venir en eſto? Pues es bien que entiendan, que ni por un inſtante ſaldré del Monaſterio, aunque me cueſte el perder á mi Madre para ſiempre, y añadia con mucha humildad: Yá que en algunos rigores de la vida de Monja me ván á la mano, no permita Dios, que en aquello que puedo, y no hace daño á eſta ſalud que tanto precian, y á mi tanto embaraza, dége de hacer en todo lo mas que pudiere. Y hablandole ſu Madre en el viage, y en el guſto, y conſuelo que ten-

tendria de llevarla consigo, la respondió con gran determinacion: Señora, esso no puede ser, ni es razon, que persona que entró por aquella puerta (señalando la de la clausura) vuelva á salir por ella, Mucho sentiré verme sin vuestra Magestad; pero mucho mas verme fuera de mi Convento. Como oyó esto la Emperatriz, y era tan piadosa, y tan perfecta, aunque con pena, la dijo: Quedaos en hora buena MARGARITA, que yá veo que teneis razon, y tambien huelgo de daros gusto. Esto quiso averiguar Dios en la Infanta, que se negasse á su Madre por él; y esto quiso que obrasse la Emperatriz, que se confirmasse por él con la Infanta.

CAPITULO XVII.

EGERCITASE SU ALTEZA EN SERVIR à Dios, y à su Madre. Nuevas de la muerte de la Reyna Doña Isabèl su Hermana.



Adeció la Emperatriz Maria, por consolar al Rey su Hermano, el desconsuelo de apartarse de su Hija: si bien se hizo mas tratable la ausencia, con enviarse muy frequentemenre amorosos recados, y cartas. Despues de haber pasado algunos dias en el Escurial, se volvió á su sanro retiro; siendo recibida de la Infanra, y de todo el Convento, con sumo regocijo; porque la respet.ban como á Señora, y amaban como á Madre. Volvió su Alteza con sus santos egercicios á continuar el cortejo, y descanso de la Emperatriz, sin descuidar un punto en la profesion de Monja, ni en la obligacion de Hija. De la reverencia con que su Alteza servia á su Madre, ha quedado grande memoria en el Monasterio, assegurando muchas Religiosas que se hallaron presentes, que no solo respetaba su Real Persona, sino que traraba con grande veneracion sus alhajas. Trahia ordinariamente su Alteza en las manos las Horas, y libros de devocion, porque la asistia mas cerca, y asi la tocaba el cuidado de dar cóbro de ellos. Hacialo con tanta decencia, como si fueran Reliquias, no faltandole en esto causa á la atencion, siendo tan santa su Madre.

2 Con ser yá Monja de muchos años de Religion su Alteza, le sucedia turbarse en su presencia con muy pequeña causa, salien-

liendo al rostro la verguenza en colores, á decir el respeto del alma. Sucedió en una ocasion, que le mandó la Emperatriz su Madre le leyesse un papel escrito de su mano; porque en siendo materia de confidencia, era siempre su Alteza la Secretaria. Como su Magestad tenia yá fatigado el pulso con tan larga, y trabajada vida, faltabale la vista, y la mano para formar bastantemente las letras: á esta causa quedaba en grande obscuridad lo que escribia. Su Alteza tomó el papel, y no le fue posible tan apriesa el percibirlo, para poderlo leer; y deseando su Magestad, que acabasse, la dijo: ¿MARGARITA, en qué pensais? No haceis lo que os he dicho? Porque no decís? La Infanta, apartandose un poco, fue reconociendo la letra, y habiendola bastantemente percibido, se arrodilló, y pidió perdon á su Madre, de que no estuviesse tan advertida, y pronta al leerlo, como era razon; dandose la culpa su Alteza del defecto forzoso de su Magestad, admirando todos tal humildad, y discrecion, pues quiso ser antes culpada sin culpa, que defenderse con razon.

3 Una de las cosas que mas alivio daban á la Infanta en la fatiga forzosa con que habia de acudir á la obligacion de Monja, y de Hija, era asistir por guarda de la clausura, que miraba al quarto de la Emperatriz, Sor Leonor de la Cruz, Religiosa muy egemplar, que en el siglo fue Marquesa de Tabara, hija de los Condes de Alva de Liste, de quien se han escrito cosas muy particulares en el libro de las Fundaciones. Y como muchas veces la Infanta habia de aguardar á que se desocupasse su Madre, y esto era dentro de la clausura, donde asistia Sor Leonor, comunicabanse con grande confidencia, y espiritu. Certificaba esta Religiosa, que los ratos que tenia con la Infanta, eran de tanto provecho á su alma, que no podia bastantemente explicar la luz que recibia de oír, y vér aquel espiritu. Y que quando estaba en su presencia, atendiendo al fervor, y gracia con que hablaba, le parecia que se la habia enviado Dios para su enseñanza. Grande alabanza es esta, y aprobacion de su Alteza en una Religiosa grave, antigua, santa, y con maravillosos favores manifestada por Dios al mundo.

4 Por este tiempo vinieron á la Emperatriz nuevas de gran sentimiento de Alemania, escribiendole, que habia muerto la Reyna de Francia Doña Isabél su Hija, Lucero clarissimo, que con rayos de perfeccion alumbraba en el Norte, digna su vida, que vo-

volumen entero la celebre. En la ſangre, Hija del Ceſar: en el puesto, Reyna de Francia: en el conſejo prudente: en el valor rara, y en la ſantidad admirable. Ofreció al Rey Carlos de Francia ſu Marido viviendo, que no lograria otra compañia, y cumplió- lo con tanta conſtancia, que deſpreció la mayor Corona del mundo, pues que pudo ſer Reyna de Eſpaña; y aſpirando á otra mas alta, fundó (como ſe ha referido) en Viena un Convento de Religioſas Franciſcas, en donde ſe encerró á hacer vida humilde, y penitente. Eſcribieron á la Emperatriz el milagro, que á viſta de la Corte habia ſucedido en las honras de la Reyna ſu Hija, diciendole Miſa de cuerpo preſente: una Imagen de Chriſto nueſtro Señor de bulto, que eſtaba en la reja del Presbitero mirando al Altar, ſe volvió al ſanto cuerpo de la Reyna Doña Iſabél, manifeſtando con eſta maravilla el agradecido amante, que no quiere dár las eſpaldas á quien por ſu amor las habia vuelto á la pompa, y grandeza del ſiglo. En eſtas, y otras maravillas, que eſcribieron á ſu Mageſtad en comprobacion de la ſantidad de la Reyna ſu Hija, halló ſu conſuelo la Emperatriz, y ſu gozo la Infanta.

CAPITULO XVIII.

ESCRIBE EL PONTIFICE A SU ALTEZA, en recomendacion de ſu Nuncio, y el fervor con que ayudaba à las cauſas de la Igleſia.



POR eſte tiempo el Pontifice Gregorio Decimoquarto eſcribió á la Infanta con grande eſtimacion de ſus virtudes, encomendandole la Perſona de Dario Bucarino, Nuncio Apoſtolico, para que le honraſſe, y favorecieſſe en las materias que trahia á ſu cargo. Y me ha parecido poner á la letra eſte Breve, porque es recomendacion de la perfeccion de ſu Alteza, y ſon palabras con que el Padre univerſal de la Igleſia acredita ſu vocacion.

DI-

DILECTÆ IN CHRISTO FILIÆ Nobili Mulieri Margaritæ ab Auſtria, Moniali profeſſæ in Monaſterio Diſcalciatarum.

GREGORIUS PP. XIV.

Dilecta in Chriſto Filia Nobilis Mulier, ſalutem, & Apoſtolicam benedictionem. Mittimus ad Catholicam Majeſtatem, noſtrum, & Sedis Apoſtolicæ ſpecialem Nuntium, dilectum filium Magiſtrum Darium, Secretariumque noſtrum intimum, cujus prudentiam, & fidem, ab eo uſque tempore dum in minoribus eſſemus, exploratam habuimus. Dedimus ei in mandatis, ut Nobilitatem tuam noſtro nomine conveniat, paterné ſalutet, ac de rebus, quæ ei expedienda commiſimus, libenter doceat. Scimus te á mundo abſtractam, ea quæ mundi ſunt dereliquiſſe, & pro terrena ſorte Dominum accepiſſe, quód ſingulari laude dignum exiſtimandum eſt. Pro eo igitur Catholico charitatis zelo, quo præſtas negotia hujuſmodi, quæ ad Eccleſiæ Catholicæ propagationem, & Dei gloriam tendunt, ut adiuves, & foveas eique in omnibus Fidem adhibeas, ab ea de tua pietate requirimus. Apoſtolicam interea benedictionem tibi impertientes, pro terrenarum rerum contemptu cœleſtem tibi gloriam á Domino deprecamur. Dat. Romæ in monte Quirinali. Sub Annul. Piſcatoris, die ix. Maij 1591. Pontific. noſtri anno primo.

M. Veſtrius Barbianus.

Que traducido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO, Y NOBLE SEÑORA MARGARITA de AUSTRIA, Religioſa profeſa en el Convento de las Deſcalzas.

GREGORIO PAPA XIV.

AMada en Chriſto, hija, Noble Señora, ſalud, y Apoſtólica bendicion. Enviamos á la Catolica Mageſtad por Nuncio particular nueſtro, y de la Apoſtolica Sede, al amado hijo Maeſ-

tro Dario Bucarino, nueſtro, y de la Apoſtolica Sede Notario, y Secretario intimo, cuya prudencia, y fidelidad, aun antes que llegaſſemos al Pontificado nos fue notoria. Hemosle mandado, que en nueſtro nombre viſite, y ſalude á vueſtra Nobleza, y que los negocios á que le enviamos os declàre. Sabemos, que apartada de las coſas del mundo, todo lo que es del mundo habeis dejado, y en lugar de eſta porcion terrena, eligido á Dios; reſolucion es digna de ſingular alabanza: y aſsi por el Catolico, y fervoroſo zelo de caridad, que arde en vueſtro corazon, os ruego, y encargo, que ampareis, y ayudeis las cauſas, que ha de tratar nueſtro Nuncio, que tocan à la propagacion de la Igleſia Catolica, y gloria de la Fé. Y con eſto, concediendoos la Apoſtolica bendicion: en lugar de las felicidades terrenas que habeis deſpreciado, las celeſtiales, y eternas; por vos ſuplicamos al Señor. En Roma, en el monte Quirino, debajo del Anillo del Peſcador, á nueve de Mayo de mil quinientos y noventa y uno: Y de nueſtro Pontificado el primero.

M. Veſtrio Barbiano.

2 Bien dignas ſon de ponderacion aquellas palabras: Sabemos, que apartada de las coſas del mundo, todo lo que es del mundo habeis dejado, y en lugar de eſta porcion terrena, eligido á Dios; reſolucion digna de ſingular alabanza. Lo que en la cenſura ſuprema del Vicario de Chriſto, es digno de alabanza, en el credito de todos los Fieles debe ſer digno de veneracion. Debiale la Sede Apoſtolica á la Infanta el favor que le hacia; porque no ſe puede penſar la anſia grande con que acudia, y ayudaba á ſus cauſas. En ſiendo materia de la Religion, ó negocio de la Igleſia, ſobre el lugar que hallan en Eſpañá ſemejantes materias, como en la mas firme coluna, que ſuſtenta el edificio univerſal de la Fé; reſplandecia el zelo, y cuidado de ſu Alteza, á quien acudian los Nuncios con gran confianza, interponiendoſe con el Rey ſu Tio, con la Emperatriz ſu Madre, llamando á los Miniſtros, y haciendo quantas inſtancias ſe podian. Yo, decia, ſoy tres veces hija de la Igleſia: por la Fé, por la ſangre, y por la profeſion. Y era aſsi, pues tuvo la Fé tan ardiente, que en llegando á ſu defenſa, ſe deſpojaba de ſu natural manſedumbre, y veſtía de un zelo tan valeroſo, que parece que no cabia en los ſuaves terminos de ſu blandura. Por el nombre Auſtriaco hervia

la

la sangre en sus venas de aquellos esclarecidos Principes, que con tanto valor han sustentado, y defendido la Iglesia. Por la profesion se veía Hija de mi Padre San Francisco, y Santa Clara, cuya Religion ha dado en la tierra poderosos recuerdos de aquel primitivo rigor Evangelico de la pobreza Apostolica, de pisar el suelo con plantas desnudas, y vivir en el mundo sin mundo.

3 Reconocida de estas obligaciones la Infanta, asistia con entrañable amor á la causa de la Iglesia, con que los Pontifices la amaban como á Hija querida, y la que mas finezas habia hecho por la Religion. Conocese esto en otro Breve, que el año siguiente le envió Clemente Octavo, encomendandole la Persona de Camilo Burgesio, que venia á procurar con Felipe Segundo socorriesse poderosamente al Imperio, que se hallaba acosado con la guerra del Turco: *Futurum autem* (dice entre otras palabras) *ut quibuscumque poteris studijs, & oficijs, illa faveas, ipsumque Camillum auctoritate, & gratia tua in suscepto negotio adiuves, praclara tua, quam tanta cum laude erga pietatem, & ipsam Religionem tamdiù profiteris, voluntas nobis planè pollicetur.* Prometemos, dice el Pontifice, que favorecerá vuestra autoridad, y gracia á nuestro Nuncio Camilo, en el negocio que lleva á su cargo, por la esclarecida voluntad, con tantos sucesos acreditada, digna de toda alabanza, de ayudar todas las materias de piedad, y Religion. Y es cosa digna de ponderacion, que viviendo su Madre, habiendo tan poco que habia professado, le encargasse la Iglesia con tanta confianza, materias tan graves. De donde facilmente se conoce la estimacion que hizo siempre la Madre universal de los Fieles, de Hija, que con tantas gracias, y favores acreditaba la Mano poderosa de Dios.



CAPITULO XIX.

TRATASE DE CASAR EL PRINCIPE Don Felipe: Eligese por esposa á la Reyna Doña Margarita, por intercesion de su Alteza.



L credito de la mayor prudencia consiste en prevenirse el hombre á la muerte, y disponer de espacio las cosas antes de partir de la vida. Tal es el engaño en los mortales, que disponerse á este golpe irreparable, por tantas causas en el tiempo contingente, y en el suceso cierto, parece resolucion de grande sabiduria. Hallabase Felipe Segundo al fin de sus dias, fatigado de dolencias, y de años, y habia pedido con grande instancia á la Emperatriz su Hermana, que pues tenia tanta noticia de las hijas, y familias de los Archiduques sus Primos en Alemania, le eligiesse la Nuera que le pareciesse mas aproposito para Reyna de España. No faltaba en la fecundidad en aquellos Nobilissimos Principes, en quien poder usar la Emperatriz el alvedrio de la eleccion, ni tampoco quien diligenciasse la voluntad de su Magestad Cesarea, para diferentes Princesas, y Señoras de Europa, que por medio de sus Padres, y Hermanos aspiraban á esta gran Corona. Tenia su Alteza en el corazon de la Emperatriz el lugar que se deja vér su amor, que sobre ser tan grande la ternura con que la amaba, no era menor el credito, y estimacion con que la oía. Interpusose en esta resolucion la Infanta, pidiendo á su Madre con instancia, que no eligiesse otra Señora para casar con el Principe, sino á la Archiduquesa Margarita, Hija del Archiduque Carlos, y de la Archiduquesa Maria. Era el Archiduque Carlos (como hemos dicho) Hermano del Emperador Maximiliano, y Cuñado de la Emperatriz, y la Archiduquesa Maria su muger, Hija del Duque de Babiera, Alberto, y de la Archiduquesa Ana de Austria, Hermana del mismo Emperador Maximiliano. Fue esta Señora con quien se aconsejó la Emperatriz sobre si traheria á España, ó no á la Infanta Margarita; y respondió: que no la dejasse en Alemania, como se ha referido; y su parecer, por ser de Señora de tanta prudencia, fue la decision

de

de eſtas dudas. Quiſo pagar ſu Alteza á la Duqueſa de Babiera, ſu Tia, el beneficio que la habia hecho en ello, con procurar ahora que vinieſſe á reynar á Eſpaña ſu Nieta. Habia querido mucho el Emperador Maximiliano á la Duqueſa Ana de Babiera ſu Hermana, y era la que con mayor frequencia venía á viſitarle á ſu Corte. Criaba algunos de ſus Hijos en Palacio, y entre ellos tuvo conſigo á la Archiduqueſa Maria, y alli contrajo grande amiſtad con ſu Alteza. Como amaba tanto el Emperador á ſu Sobrina, la casó con el que mas tiernamente queria, que fue el Archiduque Carlos, el menor de todos ſus Hermanos, y á quien habia criado deſde niño con grande aficion: y eſte caſamiento lloró mucho la Infanta MARGARITA, que entonces era muy niña, por ſer una de las Señoras que deſeaba que ſiguieſſe ſu miſma vocacion.

2 Bendijo Dios eſte matrimonio con dichoſa suceſion; porque en él ha dado á la Chriſtiandad Principes, y Señoras para las mayores Coronas de Europa. Fue el primer hijo el Archiduque Ferdinando, que ſobreviviendo á ſus Primos, ha ſido eligido á la Corona Imperial, Principe Religioſiſsimo, en quien vive hoy coronado el zelo de la Fé, y de la honra de Dios, que con la oracion, y la eſpada ha defendido la Igleſia, tantas veces fatigada, y el Imperio de tantos enemigos combatido. Nunca deſenvaynando la eſpada ſin dolor, ni volviendola á envaynar ſin victoria, peleando ſolo por la honra de Dios, con que Dios tantas veces ha peleado por ſu honra. Nacieron tambien de eſte matrimonio los Archiduques Maximiliano, Leopoldo, y Carlos, y la Archiduqueſa Margarita, Reyna deſpues feliciſsima de Eſpaña; Maria, Ana, y Conſtancia, Reyna de Polonia; Criſterna, Princeſa de Tranſilvania, Maria Magdalena, Gran Duqueſa de Toſcana; Catalina, Gregoria, y Maximiliana, que murieron doncellas; y Leonor Religioſa en Tiról.

3 Rogaba, pues, la Infanta á ſu Madre, que tuvieſſe por bien, que ſe eligieſſe para Princeſa de Eſpaña á la Archiduqueſa Margarita, reduciendole á la memoria el amor grande que el Emperador Maximiliano habia tenido á la Duqueſa ſu Tia, y al Archiduque Carlos ſu Hermano; y la amiſtad de la Infanta con la Archiduqueſa Maria ſu Prima. Que era conveniente que tomaſſe aquella reſolucion la Emperatriz, que el Emperador Maximiliano eligiera, ſi huviera de dar Eſpoſa al Principe ſu Nieto.

Ha-

Haciale larga relacion de las admirables partes de la Archiduquesa Margarita, su hermosa edad, rarissima virtud, singular entendimiento, y discrecion. Finalmente fueron tan vivas las razones con que defendió la causa de la Archiduquesa Margarita su Sobrina, que consiguió, que la propusiesse la Emperatriz, y eligiesse el Rey por su Nuera. Esto mas debe España á la Infanta, haber trahido á alumbrar estos Reynos con la luz de su egemplo, y á coronarlos con su fecundidad la Reyna Margarita. Subrogando su Alteza en otra Margarita para el Principe la Corona, y sucesion que habia dejado por Dios en el Rey, no habiendo sido menos merito para sí la gallarda resolucion de dejar de ser Reyna de España, que benefició á España, en darle despues en satisfaccion de su santo desvio, tan esclarecida Reyna.

4 Habiendo dado cóbro á esta resolucion, que era la que mas pena podia dar al Rey, y los ordenes convenientes, para que se efectuase, aplicó su cuidado á salir de otra, que sino influía en causas tan universales, era de igual amor, y atencion. Determinó de casar á la Infanta Doña Isabél (Hija mas conforme á su corazon, la Señora mas entendida, y de mas altas virtudes que han venerado los siglos) con el Archiduque Alberto su Primo, Hijo de la Emperatriz, Señor de excelentes partes, y prudencia: pareciendole conveniencia de su Monarquía, poner en las manos de estos Principes el Gobierno, y Estados de Flandes; con lo qual pacificarian aquellas provincias con su prudencia, ó las quietarian con su valor. De esta suerte iba el Prudente Rey recogiendo los vasos, dejando estos mortales embarazos, estas ocupaciones desabridas, para salir con menos penas de esta vida mortal á mayor gloria.





CA-

CAPITULO XX.

MUERE FELIPE SEGUNDO. RECOGESE al quarto de la Emperatriz, Felipe Tercero, y la Infanta Doña Isabel.



Orre el tiempo con velocidad, y lleva tras sí los dias, que arrastran á su fin la vida de los mortales. Despues del largo, y dichoso Imperio de Felipe Segundo, y del mayor empleo de prudencia, en mas grave materia egercitada, que se vió en Principe humano; llegó, finalmente, el tiempo de dividirse aquellas dos desiguales porciones, reduciendose á tierra el cuerpo, volando á lograr Coronas eternas el alma. Padeció el Prudente Rey penosa dolencia, por sus accidentes, y duracion prolija; porque le quiso Dios manifestar antes de salir de la vida en su mismo cuerpo las miserias de hombres, reservandole siempre en ellos la paciencia de Rey.

2 Y fue cosa bien notable, que ni las congojas, y penalidades de la enfermedad, ni la confusion que entonces se ofrece en el ultimo trance, embarazó á que el Prudenre Rey hiciesse agradecida, y tierna memoria de la Infanta su Sobrina; mandando que le digessen, que pues tanto la habia amado en vida, se lo pagasse en oraciones despues de la muerte. Y añadió: Envien á la Emperatriz mi Hermana esta Imagen del martirio de San Lorenzo, por haberla tenido siempre en mi aposento tan cerca de mí: y diganselo de mi parte á mi Sobrina, para que se acuerde de encomendarme á Dios. Hizose assi, y su Magestad Cesarea la dió á su Alteza, que fue tan puntual en esto, que asseguraba, que no habia habido dia en que no huviesse hecho particular oracion por su Tio. Murió, finalmenre, su Magestad en el Convento Real del Escurial, á 11. de Setiembre de mil y quinientos y noventa y ocho, en el de setenta y uno de su edad. Principe en varia fortuna, de igual prudencia, y valor, que sobrevivió á grandes calamidades, y dichas, como acaece en la variedad de esta vida, al que la tiene larga.

3 Hirióle quatro veces repetido el dolor en la pérdida de la muger propia. Enterró tres Hijos primogenitos: el uno de grandes

des esperanzas para inciertos sucesos: los dos, de grandes, y seguras. Perdiò un Hermano de excelente mano Militar, en muy peligrosa sazon. Dividieronse algunas Provincias de la Corona, perdída la obediencia, y la Fé á Dios, y al Rey, con mucha sangre, y desperdicio de gente, apenas despues cobrabas. Deshizole la mar la mas hermosa armada que han sustentado las ondas sobre sí; anegando con ella ciertas esperanzas, de reducir uno de los mayores Reynos de Europa, y volverlo á la obediencia de la Iglesia. A estas desdichas acompañaron muy grandes felicidades: vida larga, sucesion dichosa, gran reputacion en las armas, y en las mayores pérdidas, arbitro siempre de la paz, y de la guerra.

4 Juntó á España la parte que solo faltaba del Reyno de Portugál, que andaba dividido en sus Reyes; y con este Reyno un Orbe entero de Oriente, con la sazon, y las delicias de la Asia. Venció la batalla mayor que ha visto el elemento del agua, quebrando con ella la soberbia al Turco, enemigo comun del nombre Christiano. Conservó siempre entre todos los Principes del mundo reputacion de Prudencia, con larga experiencia adquirida, con singular arte acreditada: Christiano, y admirable Politico, de grande primor en las materias de Estado, y en el aumento de la Fé Catolica: atento en las elecciones, en las resoluciones Prudente, y en las egecuciones Sevéro. Elevó á grande altura la Dignidad Real, apartandola de los afectos de hombre con eminencia, haciendola temida en los amagos, como en las egecuciones. Prendas naturales raras: ingenio claro, y delgado: zelo grande de la Religion, por la qual nunca reparó de aventurarlo todo.

5 Sucedió á Felipe Segundo, Felipe Tercero su Hijo, joven de gloriosas esperanzas, y Religiosas costumbres. Doró con los rayos de esta nueva sucesion diferentes sujetos en el Gobierno de España; que en el vario alvedrio de la suerte, son tinieblas para unos la muerte del Padre, y luz para otros la sucesion del Hijo. Estremecieronse las colunas de esta humana felicidad, y en el mismo teatro, en un instante se vieron diferentes sujeros en igual poder que los pasados, reconociendo nuevos hombres, á quien adora la lisonja. Asi como murió Felipe Segundo, se recogió á San Geronimo el Rey, y al quarto de las Descalzas, la Infanta Doña Isabél su Hermana, hallando consuelo en la Empe-

peratriz, y en la Infanta, aliviandose unos á otros el dolor, con comunicarlo entre sí. Fue estrechissima la amistad que hizo con la Infanta MARGARITA la Infanta Doña Isabél, Primas hermanas antes, y yá con el nuevo vinculo, Hermanas. El mayor alivio que tuvo en la tristeza de este suceso la Infanta Doña Isabél, fue el vér la suma virtud de su Prima, que la consolaba con sus palabras, y edificaba con su egemplo.

6 La nueva de la muerte de Felipe Segundo halló cerca de Milán à la Princesa Margarira, que acompañada del Archiduque Alberto, proseguia su jornada á España, para que se concluyessen á un mismo tiempo los dos casamientos. Con esto llegó yà Reyna, la que partió de Alemania Princesa, y entre las lagrimas, el luto, y las bodas huvieron de andar mezclados los afectos humanos. Venia acompañando á la Reyna la Archiduquesa Maria su Madre, y entrambas con grande felicidad llegaron á la costa de Valencia, en cuya Ciudad, el Rey, y la Infanta Doña Isabél la estaban aguardando, y en ella se celebraron las bodas de estas quatro Personas Reales, con pompa, y aparato conveniente, concurriendo todos á vér lo que tanto se suele admirar, Principes, Reyes, lucimiento, opulencia, riqueza.

CAPITULO XXI.

VIENE LA ARCHIDUQUESA MARIA desde Valencia à visitar à la Emperatriz, y à la Infanta, y lo que en esto sucediò.



DEsde que partió de Alemania la Archiduquesa Maria con su Hija, deseó llegar á Madrid, y vér á la Emperatriz su Tia, y á la Infanta. No era facil de conseguirlo, por las dificultades que ordinariamente intervienen en vistas de personas tan grandes; y assi encargó á su Alteza por cartas, que le procurasse este gusto. Proponianse algunas dificultades, por haber de ir el Rey desde Valencia con la Reyna, y su Corte á visitar el Reyno de Aragón, y Principado de Cataluña, y volver á embarcarse luego en Barcelona los Archiduques Alberto, é Isabél, para pasar por Italia á los Paises Bajos, en cuya compañia habia de volver la Archiduquesa Maria. Tomó á su cargo la Infanta el diligenciar-

lo, y escribió al Rey su Sobrino, valiendose de la autoridad de su Madre, y tuvo el Rey por bien de dár este contento á su Tia, y Abuela. Partió la Archiduquesa de Valencia para Madrid á visitar á la Emperatriz, y á la Infanta, servida con grande cortejo, y decencia, y con todos los oficios de esta casa Real. Vino sirviendola el Conde de Casarrubios, Mayordomo de la Reyna.

2 Llegó á Madrid, donde no se puede explicar bastantemente el gusto con que fue recibida de la Emperatriz, y de la Infanta. Hospedóse en las Descalzas en el quarto de su Magestad, y la hizo particulares favores, y regalos. Era grande el gozo de la Archiduquesa en visitar á su Tia, y Prima, que las amaba con mucha ternura; y porque nunca creyó volverlas á vér desde que se despidieron en Gratz. Parecióle admirablemente el Convento, la grandeza, y veneracion con que se celebra el Culto Divino, los santos egercicios de las Religiosas, su perfeccion, y penitencia. Era muy apacible, y holgaba de comer en el Refectorio con la Infanta, y con las Monjas. Fue notable la piedad, y devocion de la Archiduquesa; y los dias que estuvo en Madrid, dió grande egemplo á la Corte. Gastaba muchos ratos con la Infanta MARGARITA, porque desde muy niñas se quisieron con fineza. Asseguraba la Archiduquesa, que le habia sido de tal edificacion vèr á la Infanta, que volvió de su vista, no solo contenta, sino aprovechada. Admirabase de vér la perfeccion de su Alteza, y quan enamorada estaba de Dios, quan Religiosa, y devota, quan espiritual, y desengañada. Consideraba vestida de aquellos humildes habitos á la Hija del Emperador Maximiliano, que con tanto respeto veneró en Alemania. Veíala compañera, y en su estimacion inferior á las Religiosas, de quien por justos titulos pudiera ser Señora. Daba gracias á Dios de tal egemplo, y virtud, y la pedia con grande confianza, que encomendasse mucho á Dios á sus Hijos, y estados. La Infanta se alegraba de vér á la Archiduquesa, y haciala grandes caricias, acreditando de apacible la virtud, y de amorosa la perfeccion. Alentaba mucho á su Tia con sus santas razones, dandole luces claras de los desengaños de la vida, quan poco dura la pompa del siglo, y que solo aquello que agrada á Dios, dura. Alababa los deseos grandes que la Archiduquesa tenia de servir á Dios, y la animaba en ellos con santos avisos, comunicandole algunas devociones, de que la Archiduquesa holgaba sumamente. Llegóse un dia la Infanta

con

con un Niño Jesús en las manos, que estimaba mucho, y dijola: Tia, este Niño le doy en prendas del amor que la tengo, míre que la ruego, que lo estíme mucho, que es soberanamente lindo en la copia, y mucho mas lindo en el original. A este santo Niño le hemos de ofrecer nuestro amor, y este ha de ser el lazo de nuestras voluntades. Quando me quiera hablar, hablele á él, y en él me hallará, porque es mi tesoro, y asi tengo mi corazon en él. Enterneciase la Archiduquesa quando veía tanto fervor en aquella criatura. Finalmente, despues de haber estado algunos dias entretenida, y cortejada por la Emperatriz, por la Infanta, y Religiosas, se despidió de todas, y llegó á Barcelona, en donde halló dispuesta la embarcacion, y al Rey su Sobrino, y á la Reyna su Hija aguardandola. De alli con el Archiduque Alberto, y la Infanta Doña Isabél, travesando á Italia, pasó á Alemania, y sus Altezas á los Paises Bajos.

3 Partieron los Reyes de Barcelona, y entraron alegrando á Aragón; y en Zaragoza los Nobles de aquel Reyno, y Ciudad, manifestaron en públicos regocijos su dicha. De alli partieron á Madrid, en donde con pompa, y Real aparato fueron recibidos, como en el trono de la Monarquía. La misma tarde que llegaron, fue la Emperatriz á vér sus Nietos, y el dia siguiente los Reyes volvieron la visita á su Abuela, y vieron á la Infanta con particular gusto de la Reyna, que por tantos titulos la amaba. De esta suerte fueron continuando los Reyes su comunicacion con la Emperatriz, y su Alteza, acudiendo todas las semanas al Real Monasterio de las Descalzas, hasta que mudandose la Corte á Valladolid el año de seiscientos y uno, huvieron de carecer de este consuelo.



CAPITULO XXII.

CREDITO DE LA PERFECCION de su Alteza. Quierenla elegir Abadesa, y como en este punto se defiende.



Allabase yá su Alteza en este tiempo con catorce años de habito, y credito de singular virtud, y perfeccion, mirandola las Religiosas con veneracion, por las prendas de su santa vida. Habian puesto los ojos en su Alteza en algunas ocasiones que habia estado cerca de vacar por muerte de la Abadesa su oficio, para eligirla por Prelada; y su Alteza con grande esfuerzo rogaba, que no pusiessen en platica tal cosa. Era su humildad tan grande, que en hablandola de esto se enrristecia, temiendo asi esta señora el mandar, como teme el soberbio obedecer. Viendo su grande espiritu, valor, y prudencia, instaban las Religiosas en esto, pareciendoles que debia posponer su descanso á la utilidad del Convento. Era la herida de mayor dolor, que podian dar á su Alteza, y asi se defendia con quantos medios hallaba ajustados á su profesion. Decia á las Religiosas, y rogabalas, que no le hiciessen este pesar, pues en que les habia merecido, que la pusiessen en pena tan grande: que como querian que fuesse Abadesa, no mereciendo ella ser Monja.

2 Que no la quisiessen tan mal á su Alteza, ni al Convento. *¿Si no sé gobernarme*, decia, *cómo sabré gobernar á las otras?* No puede alumbrar una vela apagada, ni dar la nieve calor. Bien vén mi tibieza en amar á Dios, y mi imperfeccion en el obrar. No es justo ponerme en el mas alto puesto, para que tropiecen en mí las que debiera mejorar con mi egemplo. Quien no sabe obedecer, mal sabrá mandar, que es necesario haber sido Religiosa obedienre, para ser Prelada perfecta. No rehusaria yo este cargo, si fuera carga, y tormento, que aun me daria Dios ánimo para seguirle con la cruz de las penas; pero llevar cruz de culpas acuestas, con ser inutil Prelada, no lo permita el Señor. Yo no he entrado en el Convenro á mandar, sino á obedecer; y asi no hay que tratar de esto, que tengo de defender mi obediencia con quantos medios me permitiere la Regla, y Religion que pro-

fe-

fesso. Instaban todavia las Religiosas en prevenirse para hacerla Prelada, diciendo: Que ellas querian descargar su conciencia, y su Alteza hiciesse lo que fuesse servida. Con que aconsejada de su Confesor, obtuvo del Papa Clemente VIII. este Breve:

DILECTÆ IN CHRISTO FILIÆ Nobili Mulieri Margaritæ ab Austria, Moniali professæ in Monasterio Discalciatarum.

CLEMENS PP. VIII.

3 *Dilecta in Christo filia salutem, & Apostolicam benedictionem. Cum sicut nobis exponi fecisti, tu pro majori animi tui quiete, & ut commodius spiritualibus exercitijs vacare possis, á Dignitate, & munere Abbatissæ istius Monasterij animum prorsus alienum habeas; verum quia nunc moderna ejusdem Monasterij Abbatissa adversa valetudine laborat, tu dubites ne illa decedente dilectæ in Christo filiæ Moniales eiusdem Monasterij te in eorum Abbatissam, sicut pluries ipsa Abbatissa periculoso morbo laborante, facere cogitarunt, eligant, cuperes propterea super hoc tibi per Nos benigné indulgeri. Nos te ob tuam pietatem, & religionem specialibus favoribus, & gratijs prosequi volentes, & aquibusvis excommunionis, suspensionis, & interdicti, aliisque Ecclesiasticis sententijs, censuris, & pœnis á iure, vel ab homine occasione, vel causa latis, si quibus quomodolibet innodata existis, ad effectum præsentium dumtaxat consequendum, harum serie absolventes, & absolutam foré censentes. Supplicationibus tuo nomine nobis humiliter porrectis inclinati, dicti Monasterij Monialibus in virtute Sanctæ obedientiæ per præsentes præcipimus, & mandamus, ne succedente quandocumque obitu dictæ Abbatissæ, te invitam in earum Abbatissam eligere quoquomodo præsumant; & nihilominus si secus facere ausæ fuerint, huiusmodi electionem nullam, & irritam forè, teque illam libere recusare posse decernimus. Non obstantibus constitutionibus, & ordinationibus Apostolicis, ac eiusdem Monasterij, & illius Ordinis, iuramento, confirmatione Apostolica, vel quavis firmitate alia roboratis statutis, & consuetudinibus, cæterisque contrarijs quibuscumque. Datt. Romæ, apud Sanctum Petrum*

trum sub Annulo Piscatoris, die 12. Augusti 1598. Pontificatus nostri anno octavo.

M. Vestrius Barbianus.

Que traducido, dice assi:

A LA AMADA EN CHRISTO hija Margarita de Austria, Religiosa en el Convento de las Descalzas de la Villa de Madrid, Diocesis de Toledo.

CLEMENTE PP. VIII.

AMada en Christo, hija, salud, y Apostolica bendicion. Como por vuestra parte se nos haya informado, que por mayor quietud de vuestro ánimo, y para vacar mas á los espirituales egercicios en que os empleais, desea vuestra virtud, que no os ocupen en el oficio de Abadesa de esse Monasterio. Y que estando gravemente doliente la que hoy lo es, recelais, que si muriesse, las Religiosas os han de eligir en su lugar, como yá en otras ocasiones por su parte se ha intentado, y por esto nuestra benignidad os remita semejante obligacion. Deseando, que vuestra piedad, y Religion singular, con favores, y gracias muy particulares sea siempre assistida, y premiada, queremos, y decretamos: Que de qualquier descomunion, suspension, ó entredicho seais absuelta; y de otras Eclesiasticas sentencias, censuras, ó penas, assi por el Derecho, ó por los Jueces fulminadas, que por razon del intento referido fueteis ligada, ú obligada, para el qual tan solamente os absolvemos, y libramos, y estar libre, y absuelta decretamos. E inclinados á vuestra humildad de suplicacion, mandamos á las Religiosas de esse Monasterio, en virtud de santa Obediencia, que si sucediere el caso de la muerte de la dicha Abadesa, no intenten elegiros por tal: y si lo contrario osaren, desde luego anulamos esta eleccion, y declaramos, que será de ningun efecto: y que vos libremente lo podais rehusar,

sin

ſin embargo de las Conſtituciones, y Ordenaciones Apoſtolicas, y las de eſſe Monaſterio, y Orden, aunque con juramento, ó con Apoſtolica confirmacion, ó con qualquiera otro genero de firmeza, coſtumbres, ó eſtatutos á eſto contrarias eſtuvieren roboradas. Dada en Roma en San Pedro, debajo del Anillo del Peſcador, á 12. de Agoſto de 1598. De nueſtro Pontificado el año octavo.

M. Veſtrio Barbiano.

4 Aſsi defendió la Infanta ſu humildad, acudiendo al Pontifice, á que la eximieſſe de los cargos, que por tantos caminos ſe procuran; teniendo ſu Alteza por aſenſo en ſu pretenſion, el obedecer, por lo mucho que recelaba el mandar. Murió poco deſpues la Abadeſa, con fama de ſantidad, y con dolor grande de ſu Alteza, que la queria con entrañable aficion, por haberla criado en la vida interior, con tan diſcero, y eſpiritual magiſterio. Eligió el Convento por Abadeſa á Sor Juana de la Cruz, ſobrina de la difunta, y de ſu miſmo nombre, hija del Duque de Gandía, perſona de ſeñalada perfeccion, y prudencia, y á quien ſu Alteza hizo mucho favor, por conocer en ella prendas de muy ſingular virtud.

CAPITULO XXIIII.

AVISAN A LA EMPERATRIZ de Alemania nuevas de grande pena. Notable ſuceſo del Archiduque Maximiliano ſu Hijo.

POR eſte tiempo vinieron de Alemania nuevas á la Emperatriz de ſumo dolor, y que huvo meneſter bien en ellas valerſe del eſpiritu, y prudencia de que Dios la doró. Tuvo aviſo, que habia faltado de ſu caſa el Archiduque Maximiliano ſu Hijo, ſin que el Emperador, ni ſus Hermanos pudieſſen ſaber donde eſtaba: y que ſi bien corrió voz de haber ido en romeria á nueſtra Señora de Loreto; habiendo deſpachado diferentes correos, y perſonas á buſcarle, no ſolo no lo habian hallado, pero ni podido entender en muchos meſes ſi era vivo, ó muerto: Que cada dia

dia se iban haciendo nuevas diligencias, y darian avíso á su Magestad de lo que con ellas se llegasse á saber. Si el Archiduque Maximiliano fuera muerto, no con dificultad una alma tan resignada como la de la Emperatriz, quebrára su dolor en la consideracion de que venía este trabajo de la mano amorosa del Señor: porque las desdichas claras, son heridas habiertas; pues si tienen remedio, facilmente se aplica, y si no, llanamente se entiende. Pero ignorar una madre de su hijo si vive, si muere, si padece, si está arriesgada el alma, ó la vida, tener sobre sí aquella congoja, y suspension mortal, aquella incertidumbre, y sobresalto, sin duda es una de las mayores penas que caben en corazon humano.

2 La Emperatriz, assi como tuvo esta nueva, llamó á su Hija, que era todo su consuelo, y declaróle su pena. Sintió la Infanta esta desdicha; pero con alegre ánimo respondió á su Madre: Que esperasse en Dios, que guardaria á su Hermano, y que lo que mas convenia en este caso, era encomendarle á su Divina Magestad, que con esso daria buen cóbro de su persona. Hicieronse Oraciones, y ofrecieronse Sacrificios en todas partes; y en el Convento con gran fervor, procurando poner en salvo este suceso, padeciendo mortificaciones, y asperezas para aplacar al Señor. Su Alteza particularmente suplicaba á su Esposo, que tuviesse por bien de que pareciesse su Hermano, y le librasse de las desdichas á que estaba expuesto en esta vida un acaecimiento tan triste.

3 Dieron avíso de ello al Rey, que con su Corte se hallaba en Valladolid, y fue caso de grande sentimiento, por amar mucho su Magestad al Archiduque su Tio. Mandó despachar á diferentes Puertos, y Provincias cartas muy apretadas para los Virreyes, Gobernadores, y otros Ministros, que tuviessen cuidado si llegaba á aquellas partes su Alteza, ó alguna noticia de su Persona, que al punto diessen avíso á su Magestad, previniendo lo necesario en este caso. Consoló el Rey á la Emperatriz su Abuela por cartas, animandola á que tuviesse confianza, que Dios guardaria su Hijo, y diciendola el cuidado con que estaria hasta tener buenas nuevas. La Emperatriz en este caso acudia á Dios, y consolabase mucho con hablar en él á su Hija: la qual un dia, despues de haber hecho instante oracion por su Hermano, dijo á su Madre estas palabras: Señora, V M. se consuele, y esté cierta, que quando me-

menos lo espere, se le ha de entrar por sus puertas mi Hermano sano, y bueno. Oíalo esto con gusto su Magestad, y si bien le aliviaba algo el dolor, no podia apartarlo del todo; y mas quando vió con nuevos avisos de Alemania, que iba corriendo el tiempo, y perdiendose las esperanzas de parecer este Principe. Volvia la Infanta á repetir las mismas razones, alegre, y animosamente, como si viera yá sucedido aquello que prevenia, alentandolas á todas, y animandolas, sin dejar entretanto el fervor de la oracion, ni las continuas instancias con Dios.

4 Lastimó en el Imperio la triste nueva del Archiduque Maximiliano, y en toda Europa fue de grande admiracion, un Señor de tan claras esperanzas, Hermano del Emperador, desaparecerse de los ojos del mundo, sin poder atinar á qué suerte le huviesse conducido tan incierto suceso. Habiendo pasado algunos meses, con esta terrible, y penosa suspension, llegó un dia al Conde de Frankerbug, Embajador del Emperador, un estrangero Aleman, y le dijo: Que estaba aguardandole en la Puente Segoviana un Caballero de su Nacion, y le rogaba, que llegasse á verle. Fue el Conde, y halló en trage de peregrino al Archiduque Maximiliano, y algunos criados. Apeóse el Embajador, y besó la mano á su Alteza, de quien fue recibido con mucha aficion, y entró en el coche con el Conde, guiando á su casa. Despues de haber preguntado el Archiduque por la salud de la Emperatriz su Madre, y de la Infanta su Hermana; preguntó el Embajador á su Alteza, ¿qué causa le habia movido á poner en tanto cuidado, y turbacion al Emperador su Hermano, á su Madre, y á todos los Principes de su casa, desapareciendose de ella, sin dejar noticia alguna de su determinacion? Y respondióle el Archiduque: Que habia deseado mucho visitar á Santiago de Galicia, y vér de vuelta á su Madre, y á la Infanta su Hermana, que él sabía que uno, ni otro le habian de permitir si lo comunicaba: y asi resolvió de salir tan desconocido, que algunas veces servia de criado á sus criados, por escusar con esto el embarazo de los recibimientos, y honras con que no haciendolo asi, habia de ser tratado en todas partes. Con estas platicas llegaron á casa del Embajador, en donde fue hospedado, y servido con decencia, y secreto en el breve espacio que tardó á saberlo la Emperatriz.

CAPITULO XXIV.

VISITA EL ARCHIDUQUE MAXIMILIANO á la Emperatriz su Madre, y á su Alteza: y particulares circunstancias que en esto intervinieron.



Nvió el Archiduque Maximiliano al Embajador á dar aviso á la Emperatriz su Madre de haber llegado, pidiendo licencia para besarle la mano, y visitar á la Infanta su Hermana. Recibió su Magestad esta nueva con increíble gozo; y despues de haber dado gracias á Dios por tal favor, y merced, envió á llamar á la Infanta; y en llegando, refieren, que la dijo con mucha alegria: MARGARITA, necesario es tener mas cuenta con Vos, que con vuestro Hermano Maximiliano, porque adivinais los sucesos que están por venir; y si esto fuesse como santa, aun podriamos pasar por ello. Sabed que vuestro Hermano Maximiliano está yá en Madrid, como Vos lo dijisteis, y me envia á pedir licencia para verme. La Infanta muy contenta se arrodilló, y besó la mano á su Madre, diciendo: ¿Vé V. Magestad, Señora, que ha sucedido como lo dige? No hay cosa como fiar mucho en Dios, que con esso acertarémos, y nos sucederá todo lo que nos conviene. Habia de comulgar la Emperatriz el dia siguiente, y assi le dijo al Embajador: Decid á Maximiliano, que sea muy bien venido, que yo he de comulgar mañana, y me estoy ahora disponiendo, y assi no podrá verme hasta otro dia despues de la comunion; y que quiero que venga en el mismo trage de peregrino que ha hecho su romeria. Y volviendose á la Infanta, la dijo: MARGARITA, ¿no os parece que no venga vuestro Hermano hasta otro dia que yo haya comulgado, porque no me embaráce, y porque ofrezca á Dios primero este contento? Muy bien me parece Señora, respondió la Infanta, primero ha de ser Dios que todo lo que no es Dios. Con esto partió el Embajador, y huvo de aguardar el Archiduque con harta pena aquellos dias.

2 Finalmente, el dia señalado fue à besar la mano á su Madre, con el mismo trage de peregrino, que habia venido de Santiago. Aguardóle la Emperatriz en la sala que hemos dicho, que es-

está dentro de la clausura, y á una parte las Señoras, y las Damas de su Mageſtad, y á la otra la Infanta, entre algunas Religioſas del Convento. Aſsi como entró el Archiduque, besó la mano á ſu Mageſtad, y recibiólo, qual ſe deja vér, de quien tan tiernamente le amaba, y venía á hallarſe (ſin ſer hijo pródigo) perdído. Luego que le recibió, le dijo: Que vieſſe ſi conocia á ſu Hermana MARGARITA. El Archiduque reſpondió: Que por lo menos no tenia que buſcarla entre las Señoras, ni las Damas; y aſsi volviendo los ojos adonde ſe hallaban las Religioſas, la reconoció, y al punto fue á pedirla la mano, tanto por la devocion, como por la corteſia. Enternecieronſe ambos Hermanos, y los circunſtantes de vér tan particular ſuceſo. Y deſpues de haber hablado ſus Altezas, ſe acabó la audiencia, y ſe recogió la Emperatriz á ſu quarto con el Archiduque, y con las Religioſas al Monaſterio la Infanta.

3 Verdaderamente es acaecimiento eſte de ſingulares circunſtancias, y que en él ſe manifieſta el valor, y piedad grande que pone Dios en los corazones de los Principes, y Señores de la caſa de Auſtria. Partir el Archiduque, ni acompañado, ni conocido, y muchas veces á pie, y ſirviendo de criado á uno de ſus criados, expueſto á tantos peligros; traveſar tanta parte de Europa por viſitar á Santiago, y cumplir con un acto tan religioſo, como el de eſta romeria. Ni es menos digno de ponderacion, que deſeando tanto la Emperatriz vér á ſu Hijo, pudieſſe ſufrir, teniendolo en Madrid, dos dias enteros, el peſo que habia de cauſar á ſu corazon la anſia de verle, por no defraudar un punto al recogimiento, ſoſiego, y reverencia con que debe ſer recibido el Señor en el inefable Sacramento de la Eucariſtía.

4 Aprendan con eſte egemplo los que tan aprieſa reciben al Señor, que los redimió tan de eſpacio, tumultuariamente hoſpedando en ſu pecho al Rey de la mayor Mageſtad, y ſin prevencion decente, al que no hay prevencion baſtante para recibir, los que con menos reverencia, y corteſia admiten á Dios nueſtro Señor en ſu alma, que al amigo en ſu caſa; y ſin probarſe de eſpacio, prueban eſte Divino Manjar tan aprieſa. Miren ſi á una Señora tan ſanta embaraza el gozo de vér á ſu Hijo, por tantos titulos digno de amor, recelando, que no le inquiete eſte gozo, porque no hálle otro en aquel dia el corazon devoto, que el de recibir á Jeſus: ¿cómo no embarazan en el alma de los deſaten-

tos á este importante recato, tantas aficiones vanas, tantas superfluidades nocivas, tantos pensamientos ambiciosos, tantos entretenimientos relajados, tantas propiedades peligrosas, tantos engaños, y dictamenes errados? que todo esto puede caber con recibir muchas veces, y apriesa al Señor, los que no hicieren debido aprecio de este sacrosanto Misterio. Tambien es digna ponderacion en este suceso la confianza grande que tuvo en Dios la Infanta; aquella fé, y seguridad que habia de parecer el Archiduque su Hermano, animar, y consolar á la Emperatriz su Madre con tan grande alegria, y quando todos estaban tristes, estar su Alteza tan contenta: todo esto, dice espiritu, y devocion admirable, y tener puesta enteramente su voluntad en Dios.

5 Detuvose algunos dias el Archiduque con la Emperatriz su Madre, entretanto que venía licencia del Rey para irle á visitar á Valladolid. Tenia en este tiempo grandes platicas con la Infanta su Hermana, y comunicóles los designios con que se hallaba de ser Cartujo. Su Alteza lo animaba mucho al desprecio del mundo, y al aprecio de Dios; y decia el Archiduque, que era increible el aprovechamiento que su alma sentia con las platicas fervorosas de la Infanta. Ultimamente, despues de haber visitado al Rey en Valladolid, en donde fue recibido, y cortejado con la grandeza, y ostentacion conveniente; volvió á Madrid, y recibida licencia, y bendicion de la Emperatriz, y despedido de la Infanta, partió á Alemania, en donde fue recibido con grande gozo del Emperador, y de sus Hermanos, y Tios: turbandole el intento que tenia de retirarse, las novedades, y guerras que en aquellos tiempos acaecieron en el Imperio, á cuya defensa huvo de salir el Archiduque, reservado (como despues dirémos) por la Divina Providencia, á grande variedad de sucesos.



CA-

CAPITULO XXV.

VA LLEGANDO A SU FIN LA EMPERATRIZ, y previenese à la muerte: y lo que en esto su Alteza le ayudò.



L golpe de la muerte, ni hay vida reservada, ni grandeza esenta. La Emperatriz Maria llena de años, y de graves dolencias rendida, iba caminando á su fin. Reconocia aquella Augusta Persona, que deseaecia apriesa el calor de la vida, acercandose con la misma velocidad á la Corona. Quien vió la muerte de su Marido, de sus Hermanos, Hijos, Nietos, ¿qué tenia que esperar de su vida, sabiendo que no la habian dejado, sino precedido? Conocia esta desengañada Señora, que en esta vida mortal, es breve la carrera, y siempre corta, solo al padecer prolija. Este desengaño la trajo de Alemania: esta verdad la redujo á la perfeccion suma de aquel seguro retiro. Tuvo siempre presente la muerte, con esto no estrañò dejar con la muerte la vida, que esta agradecida memoria rinde su fruto en el trance de mayor peligro. Fue cosa de admiracion vér quan dispuesta estaba á este inescusable suceso, tan muerta en el sentirlo, como resignada al padecerlo.

2 Gran prueba es del vivir, el morir. Indicio de la pureza del alma en la vida, rendirse facilmente el cuerpo á la muerte: y asi como es dificultoso á la naturaleza, es donde mas manifiesta la gracia. Veinte años vivió retirada, por no morir engañada. Con tan prolijos dias, se dispuso á este acelerado instante, á este peligro, nunca bastantemente conocido, pues siendo el suceso un punto, pide una vida entera de disposicion, y apenas basta. Asi como sintió su Magestad que le iban faltando las fuerzas, y creciendo la calentura, dispuso las materias de su hacienda, mudando algunas cosas en su testamento, de las que tenia resueltas, mostrando en su disposicion el valor, la prudencia, y la piedad, que reynaron siempre en su Persona.

3 En esto no embarazamos esta Historia, remitiendolo al libro de las Fundaciones del Convento Real de las Descalzas, que con religiosa pluma escribió el Padre Fray Juan Carrillo, Confe-

for

ſor de ſu Alteza. Fueron quantioſas las mandas que hizo á lugares pios. Dejó largamente ſocorridos ſus criados, y con muy eficaces palabras encomendados al Rey ſu Nieto. Manifeſtó quan prendado tenia ſu corazon con el amor de la Infanta ſu Hija, en la clauſula con que la encomendó, dejando eſcrito de ſu mano: Y aunque mi Hija MARGARITA ha meneſter poco, por el buen eſtado que tiene, ſuplíco al Rey, que pues faltandole yo queda ſola, y deſamparada, ſe duela de ella, y la ampáre, y haga tanta merced, como podemos confiar de la bondad del Rey, y de las cauſas que hay para ello.

4 En otra, la encomendó al Archiduque Alberto ſu Hijo, que dice: A mi Hija MARGARITA le encomiendo con todo el encarecimiento que puedo, que no ſolo como Hermano la ampáre; pero como en la coſa que mas placer me puede hacer, mirando por ſu conſuelo, y deſcanſo, procurandoſelo en todo; porque por haberla trahido de Alemania, míre con mas cuidado de ella. Y lo que del teſtamento que hizo, quando ſu profeſion, no eſtuviere cumplido; mando que ſe cumpla, ni mas, ni menos que eſte mio, con el qual quedará aquel, ó ſu traslado con firma mia.

5 Debia á la Infanta la Emperatriz eſte amor, porque como ſe ha viſto en el diſcurſo de eſta Hiſtoria, pudo ſer egemplo de hijas ſu Alteza: y en eſta ultima enfermedad, no ſe puede explicar el cuidado, la atencion, el deſvelo, el amor con que la ſervia, no faltandole un punto, ni dejando de pedir con gran fervor á ſu Divino Eſpoſo: Que no le llevaſſe á ſu Madre. Hacianſe en el Monaſterio continuas oraciones, y penitencias, viendo quan aprieſa caminaba la enfermedad, y que ſe iba manifeſtando de ſuerte, que preſto ſe dió á conocer, que era aquel el ultimo mal de la vida. Eſtaba la ſanta Emperatriz ſin afliccion alguna, antes con mucha ſerenidad, y ſoſiego; con agrabarſe ſu indiſpoſicion, la paſaba en pie, por no privarſe del guſto de eſtar con ſu Alteza, y con las Religioſas. Llevabanla al Relicario con grande trabajo, tolerado con guſto, por el conſuelo eſpiritual que tenia de eſtar en aquel ſanto retiro. De eſta ſuerte padecia larga enfermedad, con valor increible, venciendo con el ánimo las débiles fuerzas del cuerpo.

CA-

CAPITULO XXVI.

FATIGA A LA EMPERATRIZ la ultima dolencia de ſu vida: Sentimiento ſanto de ſu Alteza: y fineza que por Dios obrò en eſta ocaſion.



Allabaſe tan conſolada la Emperatriz con las Religioſas, que llegó muy adelante ſu indiſpoſicion, ſin determinarſe á ſalir de la clauſura, ſino quando podia eſcuſarlo á dar alguna audiencia. Fueſe apreſurando ſu mal, con accidente tan riguroſo de calentura maligna, y aprieto grande al pecho, que apenas la dejaba reſpirar. Quando la apretó eſte accidente, fue fuerza ſalir de la clauſura á ſu quarto, á un apoſento contiguo á la ſala del Convento. Como ſe vió ſin fuerza para entrar en él, y que ni la Infanta, ni las Religioſas podian ſalir á viſitarla, y ſervirla, hallóſe con grande pena; porque el mayor alivio que tenia, no ſolo en la enfermedad, ſino en ſu muerte, era acabar en brazos de ſu Hija, y á viſta de aquellas ſantas virgines.

2 Comunicó con ſu Confeſor, y las demas perſonas, qué ſe podria hacer para que no murieſſe ſin eſte conſuelo; dando á reconocer los Breves que tenia de ſu Santidad á perſonas muy graves, y doctas. Eſto trataban en el quarto de la Emperatriz, al tiempo que la Infanta en el Monaſterio no ceſaba de encomendar á Dios á ſu Madre, pidiendole con muchas lagrimas ſu vida. No faltaba de aſsiſtir en el Coro, para encomendarla á Dios, ó en la puerta de la clauſura para ſervirla, recibiendo por inſtantes nuevas de ſu ſalud, dando orden á todo con ſuma vigilancia, y amor. Llamaba las Religioſas; y al cuidado que tenian de encomendar á Dios á ſu Madre, les hacia nuevos recuerdos, rogandoles con grande ternura, que no olvidaſſen un punto eſta debida atencion. Enviaba á todos los Monaſterios de Madrid, y á las perſonas devotas de la Corte, encargandoles con inſtancia eſte cuidado. Era coſa de grande devocion, y dolor, vér aquella Real Señora ir, y venir afligida de la tribuna á la puerta de la clauſura, de Dios á ſu Madre, de ſu Madre á Dios. Apartabala de la oracion el anſia de ſaber de ſu Madre; y en ſabiendo de ella, acudia al punto á la oracion.

Re-

3 Reconoció la Infanra con gran claridad, que era cierto el dichoso rransito de la Emperatriz su Madre, porque se hallaba con espiritu para encomendarla á Dios, y sin alienro para esperar su salud. Que suele el Señor quitar el vigor al alma, al pedirle lo que conoce que conviene negarle. Trahia cubierto el corazon con un velo morral, y sin aquel esfuerzo con que anres se hallaba en los rrabajos; padeciendo sin consuelo en su inrerior, terrible, y penoso desamparo. Sabe Dios ausenrarse, para que padezcan las almas; porque si siempre les diesse aquella alegria, que vá envuelta con el amor Divino, no hallaria el amigo de Dios cosa penosa en la vida. En apartandose un poco el Auror de la gracia, queda rendida la naturaleza: ausentase aquella luz superior, que lo alumbra todo, aquel auxilio inrerior que lo puede todo.

4 Asi andaba la Infanta, desamparada, y rriste, teniendose á las ramas del arbol de la vida, porque no se la llevasse el raudal de su pena. Acudia á Dios sin mas fuerzas, que para ponerse en su presencia; cesando aquellos nobles senrimientos de la parte racional, y obrando los penosos de la sensitiva. Deseaba vér á su Madre, y le era de morral desconsuelo que le huviesse dado este postrer accidenre fuera de la clausura, condoliendose de que habiendo vivido toda la vida sirviendola, solo le faltasse en la muerre. En esta sazon llegaron á decirle: Que se habian reconocido los Breves, y consulrado con hombres doctos, y graves, y eran de parecer, que estaba dispensada llanamenre por ellos, para acompañar á su Madre en la enfermedad, y salir á este fin de la clausura.

5 Quanto mas seguro está Dios en el corazon humano en las rribulaciones, que no en las felicidades, nos lo dice en esta ocasion la Infanta; pues siendo su mayor deseo vér á la Emperatriz vertiendo rantas lagrimas por esto: oyó con dolor esta platica, y respondió á quien se la propuso: ¿Yo salir de la clausura que he profesado una vez? Yo volver á poner mis pies en el mundo? Yo sacarlos de la Religion? Yo dejar de cumplir la Fé que he ofrecido á Dios? Anres moriré, que tal haga. Primero es Dios, que mi Madre. Todos saben lo que yo la quiero, pero el verdadero amor es cumplir con Dios. Aunque haya Breve en que me dispensen, no he admirido yo esta dispensacion, ni la admito, que es en lo sustancial de mi Regla; y no he de salir de la clau-

claufura, aunque muera mi Madre fin verla, que es el mayor dolor que pudo tener en efta vida; pero efto quiero ofrecer á Dios, y padecer por fu amor.

6 ¡Qué bien que fe defiende el Señor en el corazon que le ama, por arribulado que lo tenga! ¿Quien creyera, que no habia de arraftrar á efta perfecta atencion de fu Alteza, el defeo de vér á fu Madre? Quien imagináre, que envuelto en aquel dolor natural, eftaba efte amor divino? Quatro pafos no quiere dar la Infanta fuera de fu claufura, por no aufentarfe effos de fu Efpofo, aun quando eftá fu Efpofo (al parecer) aufente de ella, obrando atribulada, lo que pudiera obrar la mas devota? Aprendan los Religiofos en efte egemplar, á hacer alta eftimacion de lo que á Dios ofrecen, pues tantos afectos como concurrian á llevar con la violencia de accidente tan fuerte, á un egercicio tan decente, y tan fanto, como fervir á fu Madre; no baftaron á que difpenfaffe efta Señora tan breve diftancia en tal fazon, al importante voto de la claufura.

7 Difcurrióſe en qué forma podrian ajuftarfe el defeo, y confuelo de la Emperatriz, y el fanto zelo de la Infanta. Y pareciólcs, que era buen medio, pues eftaba tan cerca el apofento de fu Mageftad, incluirlo en la claufura. En efto vino fu Alteza; y afsi, habiendo defpejado quantos criados, y criadas afsiftian á fu Mageftad, dejando folamente algunos, y los Medicos, y el Embajador, y fu Confefor, tabicaron las puertas que de aquel apofento falian al quarto de fu Mageftad, mandandofe por el Monafterio, como las demas Religiofas. Hecho efto, pidieron á fu Alteza, que entraffe, y era tan delgado el camino por donde Dios la llevaba en el cumplimiento de fu Regla, que al pafar al apofento de fu Madre por la puerta que antes terminaba la claufura, fe detuvo, diciendo: Que entraffen primero la Abadefa, y las demas Religiofas, porque ella queria fer la ultima en efta accion. Quien tratáre el amor de Dios, no eftrañára efta delgadeza de efpiritu; porque fiendo para fufrir las almas tan inmenfo el Señor, fuele fer muy menudo al gobernarlas. Deja que un pecador le ofenda infinitas veces á vifta de fu jufticia, y no confiente á una alma favorecida, la propiedad de un cabello á vifta de fu amor; porque al uno trata como padre, al otro como amante.

CAPITULO XXVII.

ASSISTE LA INFANTA EN LA ULTIMA enfermedad de ſu Madre: el valor, y gracia con que lo egecutò.



Nrraron la Abadeſa, y las Religioſas, y deſpues la Infanta en el apoſento de la Emperatriz, y arrodillandoſe ſu Alteza, besó la mano á ſu Madre. Fue de grande alivio eſta viſira para enrrambas. Dió principio ſu Alteza á hacerle oficio de Angel de Guarda, con arencion á la ſalud del cuerpo, y del alma. Deſde aquel punto, haſta que la dió la Emperatriz al Señor, no le faltó un inſtante ſu Hija. Y fue coſa rara, y efecto propiamenre de Dios: que eſtando ſu Alreza tan afligida, y triſte en ſu auſencia, ſe hallaba con grande aliento, y corazon en ſu preſencia, moſtrando en eſta ocaſion el Dón de fortaleza de que Dios la doró. Veíanſe todos poſtrados de dolor, de que corrieſſe tan aprieſa á la muerte la vida de la Emperatriz, y ſu Alteza tan igual, que admiraba. Servia á ſu Mageſtad, y conſolaba á las criadas, previniendo, y diſponiendolo todo con ánimo devoto, ſemblante entero, y corazon reſignado.

2 Poderoſo, y Sabio es el Señor. ¿Quien entenderá ſus ſecretos? Repreſentado el dolor, dá pena, y mirandolo, alivio. Duele á ſu Alteza la enfermedad de ſu Madre conſiderada, y puede tolerarla mirada. ¿Quien alienta eſte corazon á viſta del trabajo fatigado en la auſencia? Quien teme mas el peligro, que el daño? Todos eſtos ſon efectos de la mano eterna, que ocultamente gobierna las almas, pagando de contado el valor que tuvo la Infanta al defender ſu clauſura, con darlo para aſsiſtir á ſu Madre, premiando aquella fortaleza con eſta: compadeciendoſe tambien de la flaqueza de nueſtra naturaleza, pues afligida la Infanta, ¿cómo habia de conſolar á ſu Madre? Dejala alli penar, porque merezca, y aqui la conſuela, porque ſirva.

3 Eſtaba muy arenta ſu Alteza á todo lo que eran remedios del alma. Cuidando ſiempre con ſu Confeſor, y con los demas, que le acudieſſen con tiempo con los ſocorros de la Igleſia. Hacia actos de conrricion, y amor de Dios con ſu Mageſtad: y la de-

devota Emperatriz con ſuma alegria obedecia á ſu Hija, como ſi le hablára un Angel, holgando de oír tan ſantos recuerdos, reſtituyendole en eſta hora los documentos, con que la habia criado. Advertia tambien á los Medicos, y las criadas, que en lo temporal no faltaſſe coſa á ſu Madre, regiſtrandolo todo ſus ojos, beneficiandolo todo ſus manos; pagando la deuda de hija en el punto de mayor importancia. Quando veían las que aſsiſtian á la Emperatriz, que ni de dia, ni de noche deſcanſaba ſu Alteza, la ſuplicaban, que ſoſegaſſe un poco, y durmieſſe, porque no le dieſſe alguna enfermedad, y con ella mas fatigaſſe á ſu Madre. Reſpondia: No me puede hacer daño el ſervirla, ni cauſarme trabajo, porque Dios me dá fuerzas para que le ſea agradecida, no ſolo como á Madre, y eſpiritual Maeſtra, ſino como á ſanta, en quien ſiempre he reconocido tan heroycas virtudes. Aſsiſtian con ſu Alteza las Monjas, porque aſsi lo habia pedido la Emperatriz, queriendo tener eſte ultimo alivio en la vida, de hallarſe tambien acompañada en la muerte. Rezaban las Oraciones que acoſtumbran, y los Salmos en voz alta, y conſolabaſe mucho en oirlos.

4 Luego que ſe ſupo en la Villa el peligro en que eſtaba la vida de la Emperatriz, fue general el ſentimiento; porque habia veinte años que con liberal mano ſocorria eſta tierra, y como caudaloſo rio, ſu renta fecundaba las gentes. Quando el trabajo comun aumenta la pérdida particular, es el golpe mas fuerte, y el dolor mas ſenſible; porque ſe juntan el agradecimiento, y la neceſidad á llorar ſu deſdicha. Conſiderabanſe los Monaſterios ſin ſocorro, los Hoſpitales ſin remedio, las huerfanas ſin amparo, ſin recurſo los pobres: cada uno ſentia ſu pena, y todos juntos ſe lloraban. Hicieronſe muchas proceſiones, y todas las Comunidades una muy ſolemne, ſacando á la Virgen de Atocha en ella, acompañada del Clero, y las Religiones, con infinito concurſo de gente. Venian muchos deciplinandoſe, pidiendo á Dios, que aplacaſſe ſu ira.

5 Llegaron con la proceſion á la Igleſia Real de las Deſcalzas, con ánimo de que ſubieſſen la milagroſa Imagen al apoſento de la Emperatriz. Dieron aviſo de eſte intento á ſu Mageſtad, y que nueſtra Señora eſtaba en la Igleſia, y querian llevarla á ſu preſencia, para que con ſu viſta, ó ceſaſſe la dolencia en la vida, ó aſſeguraſſe la Corona en la muerte. Reſpondió la Emperatriz

con ſingular devocion: No ſoy yo digna que la Madre de mi Señor entre en eſta pobre morada, en mi corazon la recibo, y deſde él la adóro, y eſpero en ſu ſanta intercesion, que he de ir preſto á gozarla en la gloria. Eſto ruego yo que le pidan todos. Tal fue la reverencia que la Emperatriz tuvo á la Virgen, que juntando ſu fé con ſu eſperanza, ſiguió tan de cerca los humildes paſos del ſanto Centurion. Volvieron á la Sereniſsima Reyna de los Angeles á ſu caſa, propicia, ſino á lo que la pedian, á aquello que mas convenia: que en las reſoluciones de Dios, no es tan grande dicha conſeguir lo que ſe pide, como hallarſe reſignados en lo que ſe deſea.

CAPITULO XXVIII.

DICHOSO TRANSITO DE LA EMPERATRIZ Maria, y valor con que le aſsiſte la Infanta.



Recia la enfermedad de la Emperatriz, y al miſmo paſo ſe iba debilitando el ſujeto. Eſtuvo muy entera en ſus potencias, y ſentidos, y con grande paz, y ſerenidad haſta el ultimo punto de la vida, la que en tan largos años ſe habia ido diſponiendo á la muerte: en aquel ultimo trance no dejaba inſtante perdído. Egercitabaſe en actos de amor de Dios, y de dolor de ſus culpas, avivando la Fé, y abrazandoſe con la Eſperanza.

2 La Infanta á ſu cabecera alentandola en aquel punto, de que pende la ſuma de las coſas, momento que mira á una eternidad, y dá termino á la vida temporal, paſo á la eterna. Habia recibido en aquella enfermedad al Señor algunas veces por devocion; y el dia antes que murieſſe, lo recibió por Viatico, llevando por compañero en la jornada al que habia de tener por Juez en la cuenta. Pedia muy inſtantemente á las Religioſas, que la encomendaſſen á Dios, y le pagaſſen en oraciones ſu amor. Obedecianla con ternura, no pudiendo detener las lagrimas al vèr acabarſe vida tan provechoſa al mundo. Quando los Medicos conocieron que yá tenia pocas horas de vida, aviſaron à ſu Alteza, y diſpuſo trageſſen el ultimo Sacramento. Vinieron las Religioſas con él en proceſion con velas encendidas, y recibiólo la Em-

Emperatriz con alegria, ungiendo ſu cuerpo para que cobraſſe fuerzas el alma, y entraſſe armada en las poſtreras batallas contra el comun enemigo. Las Religioſas entretanto eſtaban cantando á coros los Salmos, y las devociones que acoſtumbran, con mucho conſuelo de ſu Mageſtad.

3 En habiendo recibido la ſanta Uncion, y ſoſegado un poco, dijo á la Infanta: Margarita, trahedme el Crucifijo con que vos profeſaſteis, que le tengo mucha devocion, y quiero morir con quien Vos habeis de vivir, para que con eſto tengais ſiempre memoria de encomendarme a Dios. Fue la Infanta à ſu celda, y recibiendo à ſu Eſpoſo, lo llevò, y puſo en las manos de ſu Madre. Refieren los que ſe hallaron preſentes, que con gran devocion, y eſpiritu la dijo: Señora, eſte Padre de miſericordias entrego á vueſtra Mageſtad, para que vueſtra Mageſtad ſe entregue à él. Reciba con mucha confianza al que la redimió con tanto amor: mas deſea él que ſe ſalve vueſtra Mageſtad, que vueſtra Mageſtad lo deſea, y aſsi vivimos en fé, que el que tanto nos ama en la vida, no nos deſampara en la muerte. Los trabajos que vueſtra Mageſtad ha padecido por él, juntelos con los que padeció por vueſtra Mageſtad, pues los que ſolos no baſtan, mezclados con aquella ſangre aprovechan. ¿Quánto mas hizo en redimirnos, que hará ſu Piedad en ſalvarnos? Yá la ſangre eſtá derramada, las penas padecidas, ſolo reſta ſalvarnos por ellas. Vueſtra Mageſtad, que ha ſido tan devota de la Paſion, eſpére que con ella ha de lavar ſus culpas, y premiar ſus trabajos, y que eſta muerte es fin al padecer, y principio al gozar. Atendia la Emperatriz á eſtas ſantas palabras, edificandoſe todos de vér tal eſpiritu, diſcrecion, y valor. Abrazó el Santo Chriſto la enferma, y con ternura repetia muchas veces con el corazon, y labios lo que habia oído á ſu Hija.

4 Pasóſe aquel dia penoſamente al trabajo, y dichoſamente al merito. La enfermedad caminaba aprieſa, la vida volando, y los pulſos à buſcar ſu fin. A las tres de la mañana ſe ſintió ſu Mageſtad muy agravada, y pidió que le leyeſſen la Paſion de nueſtro Señor, que eſcribió San Juan, y otras oraciones á eſte intento. Oíalas con grande atencion, introduciendo en el alma aquellas ſagradas razones, para hallarſe con mayor esfuerzo al dejar eſte cuerpo; indicio claro de ſu predeſtinacion, morir con tales meditaciones, y dàr el alma à ſu Criador, envuelta en memorias tan

ſan-

ſantas. Hizoſe la recomendacion que manda la Igleſia, llamando à los Angeles, convocando á los Santos, que vinieſſen á hacer compañia á aquel eſpiritu dichoſo. Eſta rezaron las Religioſas, con las ceremonias miſmas que quando muere alguna de ellas. De alli apoco la dijo la Infanta: Señora, ¿quiere vueſtra Mageſtad que digamos el Credo las dos? Si por cierto Hija, reſpondió la Emperatriz; y levantando los ojos al Cielo, lo digeron con mucha devocion. Puſo la Infanta con eſto á ſu Madre el Crucifijo en las manos, de ſuerte, que lo tuvieſſe abrazado, y aſiendo la Emperatriz las manos de ſu Hija, y abrazando con ellas la ſanta Imagen de Chriſto, le entregó el eſpiritu bienaventurado, y durmió en el Señor á las quatro de la mañana á 26. de Febrero, del año 1603. Quedó el roſtro con ſemblante riſueño, y apacible, dejandolo el alma aſsi. Murió los ojos pueſtos en el Cielo, donde habia tenido el corazon: y quedaron abiertos, haſta que una de las Señoras que alli aſsiſtian, fue con piadoſo afecto á cerrarlos: y al dár aquellos penoſos paſos, para tocar el cuerpo difunto de la Emperatriz Maria, que tantos años habia venerado viviendo, herida de la reverencia, ó del dolor, cayó deſmayada en tierra. La Infanta entonces dijo: Dejad eſſo para mí, que Dios quiere que yo haga eſſe ultimo oficio con mi Madre. Llegóſe con gran valor, y le compuſo los ojos, y el roſtro. ¡Qué aſsiſtido eſtá de Dios el corazon, que aſsi ſe porta en las penas!

CAPITULO XXIX.

PARTICULARES SEÑALES CON QUE manifeſtò Dios la ſanta vida de la Emperatriz Maria.



A La hora miſma que eſtaba dando á ſu Criador el alma la Emperatriz, ſe vió ſobre el apoſento, y quarto en que moria, un globo maravilloſo de luz, tan reſplandeciente, y hermoſo, que deſcubria á las tres de la noche el techo, y gran parte de aquella circunferencia, con la miſma claridad que el Sol. Fue tan notorio eſto, y por tantos reconocido, que predicó aſsi en ſus honras el Padre Fray Placido de To-Santos, Obiſpo de Zamora. Quiſo Dios manifeſtar con eſta luz la virtud de ſu ſierva, pagandole

le aſsi la luz de ſu egemplo, honrando con eſte prodigio al fin de ſu ſanta vida á quien le habia ſervido en ella con tal perfeccion. Aſsi como la Infanta vió difunta á ſu Madre, con devocion, piedad, y ternura, aunque con ſereno roſtro, y ſemblante, rezó con las demàs Religioſas el Reſponſo que acoſtumbra el Convento en ſemejantes ocaſiones: La Oracion dijo el Confeſor de ſu Mageſtad, que era el Obiſpo de Ceuta. Y en acabando con eſta ceremonia, ſu Alteza ſe arrodilló delante del cuerpo de ſu Mageſtad, y la besó la mano, y dijo á las criadas: que tuvieſſen paciencia en eſte caſo, pues tenian mas ſegura á ſu Madre en la gloria, y les ofrecia en ſu nombre de acudir à ſu remedio, y conſuelo, como lo diria la experiencia. Arrodillandoſe todas, y con muchas lagrimas, beſaron la mano á ſu Alteza, con lo qual, habiendo ido primero al Relicario, á preſentar el alma de la Emperatriz á ſu Eſpoſo, ſe retiró á ſu celda á dar lugar á eſte natural ſentimiento, y á ofrecerlo á Dios en la oracion. Las Religioſas viſtieron á la Emperatriz el habito de Santa Clara, como lo habia mandado, en la forma que le trahen las Deſcalzas.

2 Luego la entraron en el Convento, donde eſtuvo tres dias ſin enterrarle haſta que vino orden del Rey, que eſtaba en Valladolid, de lo que ſe habia de hacer en el entierro. Salió la nueva á Madrid, de haber acabado la Emperatriz Maria, y llenó de dolor los corazones. No hay quien pueda baſtantemente explicar el ſentimiento de los mas principales, de vér acabado el amparo de la nobleza: la ternura de las perſonas devotas, difunto el egemplo de la virtud: las lagrimas de los neceſitados, de vér ſin remedio tantos miſerables: el deſconſuelo de las Religiones, de vér ſin ſocorro tantos Conventos. Todos aquellos dias hicieron los Monaſterios, y Comunidades de Madrid, con gran devocion, y concurſo, pagandole en oraciones la deuda que habian contrahido en ſocorros. A medio dia ſalió la Infanta de ſu celda, á uſar los oficios de la Comunidad, con la miſma compoſtura, y eſpiritu que los habia egercitado haſta entonces. Aſsiſtia quanto le era poſible al cuerpo de ſu Madre, ayudandola con oraciones, ſin faltar á dar orden en todo, ſiendo admirable la fortaleza que moſtraba, en llevar con tanta reſignacion un golpe tan fuerte. No ſe le vió deſigual movimiento, tanto que obligó á que la digeſſe una perſona muy grave: Señora, ¿cómo es poſible, que eſta pena la pueda llevar vueſtra Alteza con tanto valor, que á todos ad-

admira? Estoy, dijo, ran obligada, y reconocida á Dios, por el singular beneficio que me hizo, de sacarme del mundo, y traherme á su casa, recibiendome por su Esposa; que quando considero, que de la misma mano que recibo este beneficio, he recibido el golpe, hallo gran motivo de sufrirlo con paciencia, y con amor: y assi no os cause admiracion una cosa ran debida. Esta es la ciencia de mayor sabiduria, recibir los rrabajos como premio, adorando las penas como Cruz, y mirando á la mano que castiga, y no al dolor de la herida.

3 Habia ordenado la Emperarriz en su restamenro, que la enterrassen en el Monasterio donde habia vivido, con esta devota clausula. Ordeno, y mando, conformandome con el primer testamento, que llevandome nuestro Señor de esta presenre vida á la ererna, que espero alcanzar por su sola misericordia, que se junren mis restamenrarios aqui, y en mi ulrimo restamento nombrados, y dén orden como me enrierren en este Monasterio de la Madre de Dios de la Consolacion (assi se llama el de las Descalzas) fundado por mi Hermana: y ruego al Rey mi Niero, estando en parte que lo pueda hacer; y pido, y encomiendo á la Abadesa, y Monjas de él, no solo no lo contradigan, mas lo faciliten, y quiten qualesquiera dificulrades que quisieren poner, de manera, que se haga como digo. Mi deseo sería al pie del Altar del Orarorio del huerro del Claustro bajo, y con sola una piedra llana encima; pero en habiendo en esto alguna dificulrad, ordenen mis restamenrarios, juntamenre con la Abadesa, lo que mejor les pareciere, como sea conformandose con mi deseo, que es estar enrerrada dentro de la clausura, y sin ninguna ceremonia, sino llanamenre.

4 Aprenda la vanidad mundana en esta humildad, á no desear vér venerados sus huesos; ni señalar con Mausoleos, y cimbrias embarazosas, un poco de pudricion, y gusanos. La Emperarriz Maria, Hija, Madre, y Hermana de tanros Emperadores, y Reyes, se conrenta con que la cubra una pobre losa: ¿y tú gusano mortal, embarazo de las gentes, quieres adornar el asco de tu cuerpo, con las piramides de Egipro, que señalen con el humo de tu vanidad?

5 Llegó orden del Rey, que se egecutasse rodo lo dispuesto por la Emperarriz; y enrerraronla en el Claustro bajo, donde está el entierro de las Religiosas. Y fue cosa digna de adverten-

cia,

cia, que pusieron, sin reparar en ello, la humilde sepultura de la Emperatriz, junto á la pobre celda de la Infanta, hallandose en tan breve distancia estos dos egemplos venerables al mundo, de humildad á los vivos, y á los muertos. Esto fue de gran consuelo á su Alteza: y todas las mañanas, y las tardes iba á encomendar á Dios á su Madre, diciendo á sus compañeras: Vamos á saludar á mi Madre, y recibir su bendicion. Aqui estuvo hasta que se hizo traslacion á otra parte como se dirá despues. Mandó el Rey, que á la muerte de su Abuela se hiciessen grandes demostraciones en sus Reynos, y las honras, lutos, funerales, y sufragios, que en semejantes casos se hacen á las mismas Personas de los Reyes. Dejó la Emperatriz dichosa sucesion de su Persona: y de los Hijos que se han referido en el capitulo primero del Libro primero, vivian el Emperador Rodolfo, los Archiduques Matias, Alberto, Maximiliano. Alcanzó Viznietos de la linea de la Reyna Doña Ana su Hija, por haber yá nacido la Infanta Doña Ana, hoy Reyna Christianissima de Francia. Assi pasó el dicho transito de la Emperatriz Maria, Señora de gloriosas virtudes: en la prudencia admirable, rara en el valor, y santa en la perfeccion. Ajustó con admiracion comun á la diferencia de estados de su vida, las perfecciones de que Dios la dotó, hermoseandola con ornamento egemplar. Fue Emperatriz de grande consejo para las resoluciones, de suma autoridad para los subditos, Madre de discreta educacion para sus Hijos; y en el retiro que escogió en los ultimos años de su vida, de pocas veces vista igual perfeccion. Calificó su vida, y coronó su muerte el Oraculo de dos Sumos Pontifices. Pio V. Sol espiritual de estos tiempos decia muchas veces: Cierto que hállo bastante materia para canonizar á la Emperatriz, si la alcanzo de dias. Gregorio XIII. quando partió de Alemania su Magestad, pronunció estas palabras: Temo no venga á essos Reynos algun trabajo, faltandole una Persona tan santa, y una coluna de la Fé tan fuerte. Con tal aprobacion debe cesar en sus alabanzas la pluma, y substituir en su culto el silencio, y la veneracion.





LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

TRATASE DE PONER CASA á la Infanta, muerta la Emperatriz, y razones que para esto se ofrecieron.



AS fue lo que la Infanta Sor MARGARITA padeció, para defenderse de la grandeza, que lo que el ambicioso padece para conseguirla; porque nació en tan alto estado de su Real Persona, que bajando tantos grados de humildad, como hay de Infanta á Religiosa Descalza, no pudo hallarse en lugar donde no la venerassen. Fue maravilloso el camino por donde Dios la llevó, haciendole linea delgada en que corriesse su humildad á la corona de la perfeccion, entre la grandeza de la sangre, respeto de los Principes, y suma veneracion de todos. Dejarlo todo de una vez, yá se ha visto, y en el oculto desprecio vivir encerrada el alma, como en clausura, de donde no pueda salir á la vanidad. Assi sucedió á aquellos primeros amadores del desierto, que hicieron cielo las soledades de Egipto, Palacio de Reales virtudes la habitacion de las fieras. Santa Paula deja á Roma, y se vá huyendo á Belén, no pudiendo tolerar la grandeza de aquella opulenta Ciudad, busca la humildad del pesebre del Señor; pero que diligenciando la Infanta tanto, que la despreciassen, llamando con lagrimas á la desestimacion, se oponga el mundo al intento, y la conserve en el punto

to debido á ſu grandeza : y que de eſto miſmo haga la humildad Palacio, donde con admiracion, y egemplo viva á la perfeccion; no cabe en nueſtra naturaleza, ſin que le dé mas fuerzas la gracia.

2 Aſsi como murió la Emperatriz, envió á viſitar, y conſolar á ſu Alteza el Rey Felipe III. con demoſtraciones de grande amor : y mandó, que el Conſejo de Eſtado vieſſe qué forma de caſa ſe le habia de poner á ſu Tia. No habia quien dudaſſe, que fueſſe neceſario, que ſu Alteza tuvieſſe cerca de sí criadas, que con particular obligacion, y amor acudieſſen á ſu regalo, y ſalud; y para lo miſmo era bien ſeñalar criados, que ſiguieſſen ſu orden en todo, porque no faltaſſe á tal Perſona el decóro, y reverencia conveniente. Ni á eſto parece que ſe oponia el ſer Religioſa Deſcalza; pues una coſa era el cuidado que ſu Alteza profeſaba, y otra, el que el Rey debia tener, de que fueſſe bien ſervida. Que en eſta Señora ſe habian de conſiderar dos Dignidades, una eſpiritual de Religioſa, y otra temporal de Infanta. A la primera ſatisfacia ſu Alteza con la perfeccion de ſu vida, y egercicios admirables de ſu Religion; de la ſegunda habia de dar cóbro el Rey, conſiderando el eſtrecho parenteſco, que por tantas lineas tenia con ſu Tia. Que era Hermana del Emperador, encomendada de ſu Abuela à ſu Mageſtad, con tan tierna clauſula en ſu teſtamento, habiendo dejado la caſa de ſus Padres, por venir á buſcar á Dios en Eſpaña, con tan noble confianza. Que en el concurſo de eſtas dos Dignidades, no ſe embarazaba la una á la otra, para uſar de entrambas á la mayor perfeccion: pues ſiendo aſsi, que ſu Alteza ſeguia la humildad de ſu inſtituto, con particular obſervancia, y que los Pontifices favoreciendo con gracias ſu vocacion, habian diſpenſado quanto fueſſe neceſario para eſte exterior tratamiento; bien cabia el ſer pobre, y reſpetada: vivir en ſoledad, y aſsiſtida, ſer deſpreciada de sí miſma, como Religioſa, y venerada de todos, como Infanta. Con eſto ſe conſultó á ſu Mageſtad por el Conſejo de Eſtado, que convenia que ſu Alteza conſervaſſe en las Deſcalzas la miſma caſa de la Emperatriz, y que los criados que ſirvieron á ſu Mageſtad Ceſarea, ſirvieſſen á ſu Alteza; con que ſe acudia al juſto cumplimiento de una obligacion tan debida, como tenerla con decente caſa, y al remedio de los criados de la Emperatriz, que por tantas cauſas merecian el amparo del Rey. Tambien pareció ſe-

señalar alguna cantidad, no solo para sustentar su familia, sino para que socorriesse con largas limosnas los pobres; pues en esto, como en todo lo demás, habia dispensacion de su Santidad, y era muy conforme á razon, que beneficiasse con su mano á los que tanto mejoraba con su egemplo. Advirtióse tambien, que era conveniente que su Alteza diesse audiencias: y porque esto no podia ser por la rejuela, y rallo, por donde hablan las demas Religiosas, se diesse forma, como guardando su clausura, pudiesse tener efecto. Conformóse el Rey con esta consulta, y mandó, que se lo digesse el Conde de Frankerburg, Embajador del Cesar, para que suplicasse á su Alteza, que se ajustasse á este intento.

CAPITULO II.

DICE EL EMBAJADOR A SU ALTEZA la resolucion de ponerle casa: Valor, y espiritu de la Infanta en contradecirlo.



CON el orden que tuvo del Rey el Conde de Frankerburg, fue á besar la mano á su Alteza, y despues de haberle ponderado la justa estimacion que debia hacerse, por parte de la casa del Emperador, al amor, y fineza con que se acudia á su Serenissima Persona, por el Rey, y Ministros, la dijo: Como habia resuelto su Magestad, que su Alteza tuviesse en su servicio algunas criadas de su Madre, y que la sirviessen los mismos criados por cuenta del Rey, señalandole para dar limosnas cierta cantidad cada año; y que se tomasse forma como diesse Audiencia su Alteza á los Embajadores, y Personas públicas, y particulares, de la manera que mas conviniesse, abriendo alguna ventana, por donde mejor pareciesse. Que no era necesario decirla quanto convenia esto á su servicio; pues constaba á su prudencia, que ni en la Dignidad en que Dios la habia puesto, haciendola Hija, Tia, y Hermana de las mayores personas del mundo, ni en la conveniencia particular de la familia de su Madre, por tantas causas digna de amparo, podia haberse tomado mas util resolucion, ni mas ajustada al Real corazon, y grandeza del Rey. Que pues su Alteza se hallaba dispensada, tuviesse por bien de escri-

cribir á su Mageftad como el Conde la habia hablado en esta conformidad, y que se egecutaria todo como le habia ordenado.

2 Refieren, que estuvo la Infanta oyendo al Embajador con grande atencion, y que en acabando su platica, le respondió: Que se admiraba mucho que le propusiesse cosa semejante, y le persuadiesse á que habiendo dejado de ser Infanta en el siglo por ser Religiosa, ahora, ni pareciesse Religiosa, ni Infanta. Que no era materia para ponerse en platica, que tuviesse criadas consigo, para que la sirviessen, habiendo entrado en la Religion, para servir; ni que tratassen de su regalo, habiendo entrado á padecer. Que costandole tantas lagrimas el huir de estos embarazos, no era justo persuadirle que volviesse á ellos. Que aquellos habitos humildes no se habian de vér rodeados de vestidos profanos, y seglares, ni dentro de aquellas paredes otras alhajas, sino las que estuviessen manifestando aquel pobre, y humilde instituto. Que á buen suceso habria encaminadose su vocacion, y buen egemplo daria á aquellas siervas de Dios, introduciendoles dentro del Convento la vanidad, echando por tierra las murallas de su santa clausura, para que entrasse el mundo á vencerlas. Que si el Rey por su autoridad, y por los favores que la hacia, instasse en esto, no podria dejar su Alteza, aunque con mucha estimacion, de defender su instituto; porque era justo, que asi como el Rey miraba por su Dignidad, mirasse su Alteza por la suya. Que si su Mageftad la queria asistida de criados, por ser su Tia, Dios la queria que no los tuviesse, por ser su Esposa: y si queria el Rey que todos la respetassen por ser Infanta, Dios queria que viviesse pobremente, por ser Religiosa. Que mas justo era, que cediesse el Rey á Dios, que Dios al Rey, y se quebrasse por lo temporal, que no por lo eterno. Que las criadas de su Madre, y sus criadas habian de hallar el remedio sin su relajacion. Que su Mageftad podia socorrerlas por otro camino; y aunque era verdad, que el Papa la habia dispensado; pero que no tenia acertada la dispensacion en cosa alguna, que tocasse á lo sustancial de su Regla: y en lo demás bastaban las Preladas, aunque estimaba, como debia, esta gracia.

3 Quanto á la limosna que la señalaban cada año, para que repartiesse, dijo: Que aunque no podia negar quan aficionada habia sido á esta virtud; tambien la volvia á las manos de su

Ma-

Mageſtad, que ſiendo tan Chriſtiano, y generoſo, la emplearia con el miſmo cuidado. Grande virtud, refieren que le dijo ſu Alteza, es la limoſna; pero mejor es pedirla por Dios, que darla. Bueno es ſocorrer á los pobres; pero mas es ſerlo por Dios. Eſto le tengo dado tambien, el no tener que dar, por haberlo dejado todo por él. De una vez le dí quanto tenia: y aſsi mi cuidado no ha de ſer yá de darle, pues no tengo coſa, que no ſea ſuya, ſino de ſervirle, y de no volverle á quitar lo que tengo dado. Socorro con oraciones á los que antes ſocorria con dinero; y contentome de dar lo que tengo, y no tener coſa alguna que dar. Quanto á las Audiencias, ſeguiré la forma que las demas Religioſas, pues lo ſoy; y en eſta parte puedo diſpenſar menos que en otra, pues toca en el punto ſuſtancial de la clauſura, habiendo de abrir ventana por donde me hayan de vér. Oyó el Embajador la reſpueſta de ſu Alteza, admirando deſprecio tan grande, en lo que el mundo tanto ſuele eſtimar. Y queriendo hacer réplica à algunas razones de las referidas, ſe levantó ſu Alteza, y le dijo, que acudieſſe á ſu Confeſor, porque no era neceſario por entonces hablar mas en aquella materia: y con eſto ſe acabó la Audiencia.

CAPITULO III.

HACE INSTANCIA SOBRE LA MATERIA el Embajador con el Confeſor de ſu Alteza, y lo que reſuelven.



HAbiendo el Embajador oído la reſolucion de ſu Alteza, le pareció que no tenia remedio alguno, ſino ſe apelaba al Padre Fray Juan de los Angeles, ſu Confeſor, à cuyo tribunal ſolo podia tener recurſo eſta cauſa. Dijole el Conde las obligaciones que ſu Alteza tenia de recibir los favores, y caricias que los Reyes ſus Sobrinos la hacian, ſiendo tan decente, y debido á ſu Perſona. Lo que en Alemania ſentiria el Emperador ſu Hermano, que ſe tratafe con tanta auſteridad, que no quiſieſſe tener cerca de sí quien miraſſe por ſu ſalud, ni fuera del Convento quien acudieſſe á ſu ſervicio. El daño que ſe cauſaba en eſto á los criados de la Emperatriz, cuya familia quedaba expueſta á grandes trabajos, ſi los dejaban en eſte deſamparo. Las obligaciones que ſu

Alteza tenia à las criadas de su Madre, habiendolas trahido de Alemania, y visto por sus ojos, que habian dejado el regalo de sus casas, su patria, sus deudos, por venirla sirviendo. Lo que la Emperatriz le habia encomendado que mirasse por ellas; y que no dejaria de censurar el pueblo, que tan presto olvidasse su Alteza un cuidado tan debido. Que no sabía en qué fundaba el escrupulo, estando dispensada del Pontifice, para quanto fuesse conveniente á su Persona, siendolo esto tanto à su salud, y á su autoridad, que son las dos cosas á que mas se atiende en esta vida. Que volviesse los ojos á diferentes Conventos muy reformados, y hallaria quantas Religiosas tenian consigo criadas, porque no todas las necesidades particulares puede suplir la Comunidad; y asi los Prelados se compadecen de la flaqueza, y miserias de nuestra naturaleza, que no siempre puede caminar con la rígida Observancia con que comienza. Este cuerpo es mortal, yá pierde la salud, yà las fuerzas, con que necesita de repararse, y mas para seguir la perfeccion, que es camino aspero, y estrecho.

2 Que el dejar de dar algunas limosnas su Alteza, aunque á su luz, podia parecer perfeccion, por la rigurosa Observancia de pobreza; pero á los ojos de los flacos podia causar nota en su opinion, una Hermana del Emperador, Tia del Rey, no acudir á las publicas, y particulares necesidades. ¿Por ventura podria defenderse de los que viniessen á pedirle, de los criados, de los conocidos, de los pobres? Què habia de responderles? Santa cosa sería encomendarlos à Dios, como su Alteza decia; pero esse es socorro de las almas, el dinero, y limosnas es de los cuerpos: y no puede siempre vivirse especulativamente, es necesario acudir á este práctico egercicio, y tocar el dinero para darlo, y manejar la pena de verlo, por llegar á la santa accion de repetirlo. No es menos noble virtud, antes mas benigna la caridad, que la pobreza. Que esta cantidad era considerable, á la qual parece que tenia adquirido derecho la limosna; volverla ahora al Rey, y negarla á los pobres, bien podia ser que lo fuesse, pero no parecia perfeccion.

3 Muchas razones halla la naturaleza para defender su razon, todo lo tuerce, y lo dora á los visos de su intento. El Padre Confesor respondió al Embajador, que no debia estrañar el santo zelo de la Infanta, antes bien era tanto mas digno de admira-

racion, quanto mas razones se le podrian ofrecer para estrañarlo. Porque todas las que acababa de ponderar, aunque tenian algun color, eran razones de nuestra naturaleza, y de esta humana providencia, y saber; las quales no llegaban á la superioridad de espiritu, por donde Dios guiaba á la Infanta. ¿Qué pesan los criados, (decia este Padre) la familia, las limosnas, los pobres, la autoridad, la grandeza, los hermanos, los tios al lado de la estimacion que hace una alma de Dios? Todo lo arrastra el seguirle; por donde, y quando nos llama. Puesta la mano al arado, y los ojos en el Señor que vá adelante, no vuelve la cara atrás. Llamen los criados, lloren los pobres, suspiren los padres, contradigan los deudos, mormuren los hombres, pierdase la autoridad, la grandeza, el poder; todo es poco para quien lo busca todo. Por esta razon á la Infanta le es molesta esta platica, pues con ella, á su parecer, quieren retardarla, y detenerla al volar á aquella alta perfeccion á que aspira. Pero todavia será bien platicar con su Alteza en la materia, y vér en qué forma se puede ajustar, de suerte, que guarde su instituto; y siguiendo su espiritu, se acuda al reparo de tantas personas, como de esta resolucion dependen, cuyo remedio pesa tambien mucho á los ojos de Dios. Con esto el Padre Confesor ofreció de hablar á su Alteza, y dar cuenta al Embajador de su resolucion, para decirlo á su Magestad.

CAPITULO IV.

RAZONES CON QUE INSTABAN con su Alteza, para que permitiesse que se le pusiesse casa: y lo que se resolvió en la materia.



NO dejaba de parecer cosa grave, que su Alteza desechasse con tal resolucion lo que con tanto acuerdo se ofrecia por parte del Rey; y assi pareció á su Confesor, y otras personas doctas con quien se comunicó, que considerada la grandeza en que Dios la habia puesto, era necesario que templasse el rígido zelo con que estaba de defender su pobreza. Porque no de balde los Pontifices habian dispensado á su Alteza la observancia de su santo instituto, reconociendo, que por mucho que se ajuste su es-

espiritu, y fervor á la profesion que habia escogido, era imposible que pudiesse vivir en ella, sin algunas gracias, y preeminencias debidas por muchas causas á su Real Persona, tanto mas siendo de tan delicada complexion; que la Iglesia trata siempre á los Fieles como á los hijos, y para esso tiene gracias, y dispensaciones con que premia, y aníma á la virtud, y asi lo habia hecho en esta ocasion, dispensando tan benignamente con su Alteza. Que pesaba tambien mucho el perjuicio que se seguia á los criados, de que tan severamente excluyesse su Alteza los medios que se proponian, siendo obligacion natural asistirlos, y mayor habiendoselos encomendado tan tiernamente su Madre. Que se hallaba su Alteza en la cabeza de la Monarquía, a la vista del mundo, como el blanco á la saeta; y habian de concurrir á su veneracion, y á procurar su audiencia las Naciones de todo el Orbe, los Legados de los Pontifices, los Embajadores de los Reyes, los Principes, los Vasallos; y asi era fuerza, que personas destinadas assistiessen á su servicio, porque no causasse desprecio en el mundo, lo que eligia por devocion. Que era conveniente compadecerse los fuertes, de los flacos, y vivir los justos de suerte, que no tropezassen en ellos: y aunque los criados, y familia no fuessen necesarios para su Alteza, lo eran para el Rey, cuya causa, y grandeza por consistir en la de su Tia, era la que se trataba. Que si su Alteza no necesita de los criados, ellos necesitaban de su Alteza, y convenia dejarse llevar de la necesidad de los suyos. Que el tener renta para sí, no era bien aconsejarlo, ni este era el intento del Rey; pero que por su orden se distribuyessen algunas limosnas, no parecia inconveniente, sino muy conforme á su estado; pues no tener persona tan grande forma de socorrer á los necesitados, era pobreza desapacible, y aspera, y fuera del uso comun de los Principes.

2 Estas razones ponderó á su Alteza su Confesor delante de la Abadesa, á quien la Infanta estimaba, y cuyo consejo seguia. Y despues de haber platicado largamente en esta materia, y pasado grandes debates sobre ella; finalmente, no la pudieron reducir á que introdugesse en la clausura criada alguna en su servicio, diciendo: que si la querian para su autoridad, yá la habia dejado en el siglo, si para su regalo, habia entrado á padecer, si para su uso, no la habia menester, profesando pobreza, si para su salud, fiaba de las Religiosas, que la asistirian con la caridad

que á las demás, que es lo que baſta; pues ſu Alteza conocia muy bien el cuidado que en eſto ponian. Quanto á los criados: que pues ſu Mageſtad les hacia merced; ſe conſervaſſen en la miſma forma, que ſi vivieſſe ſu Madre, haſta acomodarlos, y que para eſſo no era neceſario que la ſirvieſſen; pero que ſu Alteza cuidaria de ellos, y de ſu amparo, como ſi la eſtuvieran ſirviendo. Y aſsi todos vivieron agradecidos á eſte favor, y ſe nombraban criados de ſu Alteza, como quien lo habia ſido de la Emperatriz ſu Madre, y ſe honraban tanto con ſerlo de ſu Hija.

3 Las criadas, pues, yá muchas de ellas eſtaban caſadas, y acomodadas, otras tenian renta de por vida, y á otras recibiria ſu Mageſtad en ſu ſervicio, no era neceſario tomar nueva reſolucion. Que ſu Alteza ſiempre las ayudaria, como lo habia hecho haſta alli. En la limoſna que ſe ſeñaló deſpues de grandes inſtancias, ſe redujo, que pues ſu Mageſtad queria que corrieſſe por ſu mano aquel ſocorro á los pobres, lo admitia; pero advirtiendo, que de eſto, y de lo que ſu Madre le habia dejado en ſu teſtamento, que eran ducientos ducados al mes, para limoſnas, no tenia otra eleccion, ni propiedad, que el diſpenſarlo al mayor ſervicio de Dios nueſtro Señor, ni habia de entrar coſa alguna en ſu poder, ſino en el de la perſona, que ſu Mageſtad fueſſe ſervido de nombrar para eſto. Y fue en eſte punto tan auſtera, que no quiſo ſu Alteza nombrar la perſona, que habia de acudir á la diſtribucion de eſte dinero. Y aſsi huvo de ſeñalar ſu Mageſtad á Don Rodrigo del Aguila, Mayordomo de la Emperatriz, y ſu Teſtamentario, para que acudieſſe á eſſo; y deſpues de él, á Don Luis de Avalos, que tambien ſirvió en la miſma ocupacion á ſu Mageſtad Ceſarea; y ultimamente, ſucediendoſe unos á otros, al Conde de Villaflor, y Marqueſes de Auñón, y de Malagón; los quales diſponian de todo como les parecia, y de que ſe ſocorrieſſe, y pagaſſe à los criados de ſu Madre, ſin que ſu Alteza entraſſe, ni ſalieſſe en coſa alguna. Y en las limoſnas que ſe ofrecieron ſecretas, y ſocorros de criados, y de muchos Conventos pobres, que todos dependian de ſu mano, y caridad, ſe valía de Luis de Alarcón, teſtamentario que fue de la Emperatriz, y Contador de cuentas de ſu Mageſtad, y de ſu Conſejo de Hacienda, que con la fineza de buen criado, y reconocido, la ſirvió ſiempre; á cuyo poder envió en ſu vida el Archiduque Alberto, y deſpues la Infanta Doña Iſabél algunas cantidades, para que con mas lar-

gue-

gueza mostrasse su caridad, socorriendo necesidades. Y por sola la relacion de sus Mayordomos, que al cabo del año le hacian, sin tomar nunca orra cuenta, pasaba esta fiel dispensadora del tesoro de Dios. Quanro á las Audiencias, que era en lo que se instaba mucho por el Rey, las daria por el Comulgatorio, que es una ventanica corta en quadro, trayendo dispensacion del General. Esto se resolvió á grandes ruegos, y se dijo al Embajador, y á su Magestad, á quien su Alteza respondió con grande estimacion, del favor que le hacia de acudir ran liberalmente á su amparo.

CAPITULO V.

QUEJASE CON DEVOTOS SENTIMIENTOS la Infanta á Dios, de lo que la persiguen las honras del mundo.



CON ser asi, que vino su Alreza en los medios que le aconsejaban, por no volver las espaldas á tanras razones como se han referido, fue con tan viva repugnancia, que siempre andaba llorando este trabajo. Era su Alteza naruralmenre generosa, y la inclinacion que Dios la habia dado quando era Seglar al dar, se le habia trocado en la Religion al no tener: que no es necesaria menos nobleza, y valor para vivir pobres de volunrad, que liberales de condicion. Dá el liberal el dón, pero quedase con el beneficio; el pobre de espiriru ni dá, ni recibe. Anda siempre en vacío el alma, sin el dulce comercio de la liberalidad; y con esso queda mas desasida de lo criado, y mas desembarazada para el Criador. Quejabase la Infanra muchas veces de esta pena; y teniendo en ella ranro merito, lloraba, pareciendole á su amor poco el merecer, sino padecia mas. Volviase á Dios con tiernos senrimientos; y refieren, que se quejaba de las criaturas, con estas, ó semejanres razones; porque á fuerza de ruegos, no le dejaban seguir el vuelo espiritual de su amor.

2 ¿Quándo he de seguiros, Señor, decia, como Vos mereceis ser serguido? Quándo Criador mio me han de dejar las criaturas? Si huviera nacido en essos campos pobre, y sola, viviera al alro estado de adoraros, sin embarazos al serviros. ¿Qué es dig-

nidad para vueſtra Dignidad? Qué es grandeza para vueſtra Grandeza? Qué es la ſangre Real, que buſca la corrupcion, comparada á aquella Sangre que ſe derramó por mí? Los Reyes mas altos no ſon polvo venerado? Por eſtraño camino me llevais Dios mio; terrible cruz me ofreceis. Quereis que os ſiga pobre, ofrecenme las riquezas. Quereis que ſea humilde, buſcame la vanidad. Quereis que ſea deſcalza, viſtenme de honras; quereis que viva en ſoledad, y ſacanme del retiro. Quiero yo vivir con Vos, quieren que viva con todos. Yo audiencias? yo autoridades? yo grandeza? Qué es la grandeza, audiencias, y autoridades? Cadenas en la muerte, con que ſe halla el alma aſida á la vida. ¿Si el ſer Deſcalza no baſta para hallaros, qué tengo de hacer Dios mio? Si el veſtir pobre ſayal no baſta, para que el mundo me deſconozca, qué he de hacer Eſpoſo Eterno? ſino llorar con Vos mi deſconſuelo, ofreceros eſtas penas.

3 Eran eſtos ſentimientos muy ordinarios en ſu Alteza, aplicando tan viva fuerza á que le quitaſſen la familia de criados de ſu Madre (ſiendo aſsi, que eſtando encerradas, ni tenian en que aſsiſtirla, ni en que ſervirla) que no cesó haſta haberlos acomodado á todos. De ſuerte, que por hallarſe tan ſola, dió orden el Rey, que uno de ſus Mayordomos acudieſſe á lo que tocaſſe á ſu ſervicio; y con tanta contradicion de ſu Alteza, que á eſte titulo, y por el tratamiento Real que la hacian, decia con lagrimas: ¡Ay de mi, que ni me dejan ſer Religioſa, ni Infanta! que nada de eſtas coſas creía ſer á ſu propio conocimiento, la que á los ojos de Dios lo era todo. Y á las Monjas decia: Lo que os envidio, Hermanas, el veros tan fuera del mundo, que yo habiendole dejado, me han vuelto por fuerza á él. Y á mí, como á ſu Confeſor, deſcanſando de las fatigas del alma, decia: Láſtima es, Padre Confeſor, que por agenas autoridades no me hayan dejado ſeguir, como yo entendia, mi propoſito; que aunque confieſo, que no tengo eſcrupulo de ello, pues como ha viſto el Padre Confeſor: por ſus Breves, los Pontifices me han hecho caridad de diſpenſar de ſu voluntad, y mis Confeſores me lo han mandado, y otras perſonas doctas, y graves aconſejado; pero ninguna coſa he ſentido tanto, ni la hay para mi de igual dolor.

4 Són los egemplos de las perſonas ſantas, fuentes puriſsimas de perfeccion, á donde han de ir las almas á beber la doctrina, para lograr ſentimientos grandes, y deſpreciar comodidades,

des, que no admitió la mayor Señora de la tierra, por levantarse sobre sí á lo mas perfecto, y desembarazar el Estado Religioso de toda vanidad. La Infanta, Hija, y Hermana de tantos Emperadores, y Reyes, dispensada del Papa, rogada de sus deudos, aconsejada de sus Confesores, tolerada de sus Prelados, no consiente tener una criada dentro del Convento, y habiendole recrecido tan graves accidentes, y llegado con ellos en sus ultimos dias, á estár del todo ciega, se contenta con la caridad que le hacian por amor de Dios las Religiosas. Quanto mas ciega estará la Religiosa en la vista del alma, que con este egemplo no se reformáre. Aprendamos todos tambien á amar la santa pobreza, que tan encomendada nos dejó nuestro Padre San Francisco, y con mayores prendas el Señor, naciendo en el pesebre, muriendo en la Cruz; pues dispensada su Alteza, y rogada, persuadida, y aconsejada con razones tan fuertes, para una cosa tan santa, como dar limosna á los pobres, como si estuviesse apestado el dinero, lo pone en agena cabeza, y de alli lo reparte à los necesitados, y siempre con licencia, y consejo de la Abadesa, mas señalandoles donde hallarian su remedio, que dandoselo. Y despues de esto llora, y gime de que no la dejan guardar su pobreza. Llora el poder dar limosna, el poder socorrer á los pobres, no el socorrerlos, sino el poderlos socorrer; aquel arbitrio de obrar contra la pobreza, aunque obre en favor de la caridad. Y holgandose tanto de socorrer necesidades, de remediar miserias, de casar huerfanas, de acudir á los Hospitales, gime; y alabando á Dios en lo que hace, llora lo que puede hacer; quisiera quitarse la facultad, y acudir al remedio; remediar los pobres, sin poderlo; obrar el efecto, sin tener el arbitrio. Grande es la fuerza del amor divino; pues siendo tan perfecta la sustancia, hace que se llóre el modo; y donde le ofrece el merito, le motiva la pena. Llora, que la llamen Infanta, y Alteza: los agasajos en agenos labios, llora, como si fueran propios delitos: defiende su humildad, y pobreza con lagrimas, pues no le es permitido defender con la fuerza.

CA-

CAPITULO VI.

HACE INSTANCIA EL EMPERADOR Rodolfo, para llevar á Alemania á ſu Alteza: y la reſolucion que ſe tomò en eſte punto.



Intióſe en el Imperio la muerte de la Emperatriz, y como llegaron á Alemania nuevas de tanto dolor, todos con públicas demoſtraciones explicaron ſu pena. Era tan eſtimada ſu auroridad, y el credito de ſu prudencia, que deſde Eſpaña beneficiaba con ſus cartas, y conſejos á Alemania. Aſsi como murió puſieron los ojos el Emperador, y ſus Hermanos, y Principes de la Caſa de Auſtria, en la Infanta ſu Hermana, conſiderando la ſoledad en que ſe hallaria, ſi á ellos miſmos hacia falta ſu vida, con eſtár tan lejos de donde vivió ſu Auguſta Perſona: ¡Quál quedaria la Infanta, que de tan cerca perdió el calor de ſu amparo!

2 Reſolvieron de eſcribirla muy apretadamenre, que tuvieſſe por bien de volverſe á Alemania, en donde en igual perfeccion de vida, ſeriá mucho mayor ſu conſuelo. Que podria ſeguir ſu profeſion en el Monaſterio de la Reyna Doña Iſabél ſu Hermana, pues era de un miſmo Inſtituto; porque quando vivia ſu Madre, podia ſer tolerable ſu auſencia, pero yá con ſu muerte, era lo natural reducirſe á ſu parria, y hermanos. Ofrecia el Emperador obtendria Breve del Pontifice, y licencia del Rey, y que uno de los Archiduques vendria por ſu Alteza, dando deſde luego orden al Embajador, para que en eſte negocio hicieſſe muy vivas inſtancias con ſu Mageſtad.

3 Habló el Embajador al Rey en la materia, diligenciandola con quantos medios le fueron poſibles. Y reſpondió ſu Mageſtad con gran determinacion: Que no vendria en que la Infanta ſu Tia le dejaſſe, ſiendo ſu Real, y Religioſa Perſona el reſoro mayor, y mas precioſo de ſus Reynos. La Reyna Margarira ſintió mucho que lo propuſieſſen, y dijo al Embajador: Se admiraba de que el Emperador ſu Primo eſcribieſſe en ello, y que le aſſeguraba, que ſus Mageſtades no vendrian en eſto, pues por tantas cauſas ſe hallaban obligados á defender que ſu Alreza no

to-

tomasse tal resolucion. Viendo el Embajador las dificultades que tenia este tratado, acudió á su Alteza á suplicarla, que tuviesse por bien de facilitarlo, con declarar en él su voluntad, y favorecer el intento del Cesar, y Archiduques, correspondiendo á su amor. No dejó de ser penosa esta platica á la Infanta, que deseaba mucho tenerlos contentos á todos, y veía que era fuerza haber de dejar con pena á los unos, ó á los otros. Y aunque nunca llegó à dudar en la materia, holgára mucho que se huviera escusado la proposicion, por no ser motivo de pena á los que tanto deseaba serlo de gozo. Finalmente, á las instancias del Embajador, despues de haberlo encomendado á Dios, respondió: Yo me he resuelto á no hacer mudanza, porque Dios me ha trahido desde Alemania á tomar el habito en este santo Conveto, y no es decente salir en ningun tiempo de donde Dios me puso una vez. Debo mucho á Dios en estas Provincias; y donde he recibido las mercedes, es donde le he de servir. Quiero acabar en donde se halla el cuerpo difunto de mi Madre, pues no es bien que la que tanto le debió en la vida, la desampare despues de la muerte. Ni veo razon para corresponder con tan poco agradecimiento á los Reyes mis Sobrinos, dejandolos, quando me hállo tan agasajada, y assistida; en cuyo amparo reconozco Padre, Madre, Hermanos, y patria. A tan sustanciales razones, no tuvo réplica el Embajador: y escribiendo todos de conformidad al Cesar, y á sus Hermanos, se huvieron de rendir en este intento. Assi renovó su Alteza con repetido triunfo su santa profesion; negandose otra vez á sus Hermanos, deudos, casa, y naturaleza, por seguir con santa perseverancia su vocacion.



CA-

CAPITULO VII.

LA EDAD DE SU ALTEZA QUANDO murió la Emperatriz su Madre: y particulares noticias del camino por donde Dios la llevò.



Allabase la Infanta MARGARITA, quando murió la Emperatriz su Madre, en treinta y ocho años de edad, y cerca de veinte de Habito. El continuo trabajo de la Religion la habia debilitado el sujeto, y con el fervor del espiritu, le iban faltando las fuerzas. Es grave el peso del Estado Regular, y mudamente vá adelgazando la vida, viniendole los achaques al cuerpo, al paso que llegan las Coronas al alma. ¡O padecer dichoso, que á un mismo tiempo se huye lo transitorio, y busca la eternidad! Bienaventuradas fatigas, que quanto en ellas se ofrece el cuerpo á padecer, tanto se acerca el alma al gozar! Diole á su Alteza entre otros achaques, el de una destilacion al pecho tan penosa, que la siguió toda la vida, hasta llegar con ella á la muerte. A esta causa era fuerza irle á la mano, en que egecutasse con tanto rigor los egercicios de la Comunidad, procurando todos, que se guardasse aquella vida dichosa, para egemplo del mundo. Dabanla orden los Medicos que no fuesse todas las noches á Maytines, y su Prelada se lo mandaba, quando la veía agravada de este accidente: su Alteza se rendia á la obediencia, pero haciendo mas maravillosa la vida al reservarla, que la hacen muchas almas perfectas al seguirla.

2 Yá desde aqui irémos diciendo en este libro, y los siguientes las devociones, y virtudes de su Alteza, desembarazados de las exteriores contiendas que la trageron tanto tiempo acosada. Provó su espiritu el Señor á los ojos del mundo; porque á los que cria para luz de la Iglesia, egemplo á los Fieles, alivio á los flacos, les dá nobles egercicios; donde á vista de todos, en espirituales batallas acrediten su causa. Asi sucedió á la Infanta hasta aqui, amorosamente perseguida de sus Deudos, y Hermanos, Familia, Subditos, y Ministros. Yá le ofrecen la Corona, yá las riquezas, el poder, la grandeza, el regalo, la veneracion: unos la quieren en Alemania, otros en España.

Gran-

3 Grande perſecucion es el camino del alma al de la felicidad, mayor ſin comparacion, que no la de las deſdichas. Mas quiere el alma que buſca á Dios, que la perſigan para laſtimarla, que no que la ſigan para detenerla. Las tribulaciones humillan, las felicidades deſvanecen, los trabajos fatigan el cuerpo, las dichas entibian el alma, las penas laſtíman la naturaleza, los guſtos ſe atreven á pelear con la gracia: en aquellos halla aprovechamiento; pero en eſtos peligros. Con los gozos del mundo ſe vá el alma al mundo, con las aflicciones buſca el alma á Dios. El amor del ſiglo, ¡qué poco aprovecha, que de ello nos daña! En eſto fue ſin duda muy ſingular el camino por donde Dios llevó á ſu Alteza, haciendola, que llevaſſe las honras, como las tribulaciones: que penaſſe donde tantos gozan, y padecieſſe lo que tantos deſean. La Cruz del Monte Calvario, trasladó al Tabór; pues en medio de las glorias, la ofrecia las penas. Eſto en breve materia hemos referido en lo paſado, como quien corre aprieſa por llegar á mas dulces diſcurſos, y referir la ſuavidad del eſpiritu devoto de ſu Alteza. Porque haſta aqui ſe han eſcrito las peleas que tuvo por Dios con el mundo, ahora ſe ha de decir el trato que tuvo en el mundo con Dios; haſta aqui como ſe portó con las criaturas, para ſeguir á Dios, de aqui adelante, como deſembarazada de las criaturas le ſiguió

4 Verdaderamente que habian de ſer Santos los que eſcriben las vidas de los Santos, como ſucedió en los primeros tiempos de la Igleſia; por no deſperdiciar con la relacion las ſentidas razones del eſpiritu. ¿Qué ſon la vida, y hechos de los ſiervos de Dios, ſino inſpiraciones que el Señor comunica á las almas? Laſtima es, que eſto ſe explique por manos menos puras que aquellos en quien ſe ponen. Por eſto, Santos bien aconſejados, han eſcrito ellos miſmos ſus vidas, vaciando el alma en lo eſcrito, para mejorar las almas. Saltan del papel al corazon las razones que eſcribe con eſpiritu la pluma; y aſsi como ſe eſcribieron con amor de Dios al dictarlas, obra Dios por ſu amor al leerlas. Por eſta razon, los eſcritos de los Santos cauſan tan grande utilidad á los Fieles, porque el agua de gracia, que con pureza bebieron, con pureza la ofrecen. Si la Infanta, como nos dejó con el egemplo impreſa ſu vida, nos las dejára eſcrita á los ojos, ¡qué dulces noticias, con qué ſuave modo ſe introdugera en las almas!

Escribir yo su vida, es quitar el alma á su vida; pues habré de explicar afectos tan vivos, con razones tan muertas.

CAPITULO VIII.

DE QUE MANERA OCUPABA EL TIEMPO su Alteza, despues de muerta la Emperatriz su Madre.



NA parte del tiempo, dice el Filosofo, se le pasa al hombre, ocupado en la iniquidad, otra en la vanidad, y otra divertido en la ociosidad. (a) Tal es el cóbro que dán los mortales de este precioso tesoro, que con tanta velocidad se les acaba. Los siervos de Dios por esta causa hacen tanto aprecio del tiempo, ocupandole en opuesto empleo al de los malos. Una parte en el conocimiento propio, otra en el de Dios, y otra en la utilidad de los progimos; que á estos tres puntos se reduce la ocupacion mas pura de la vida interior. Aunque su Alteza solia decir, que la compañia de la Emperatriz nunca le fue de embarazo para seguir á Dios, porque en su asistencia se empleaba en egercicios espirituales, y santos; con todo esso era fuerza que huviesse de seguir con fatiga la ocupacion con la Comunidad, y con su Madre, acudiendo á las dos con tanto cuidado. Luego que murió, lo dispuso de suerte, que no dejaba sin ocupacion parte alguna, como quien conocia quan estrecha cuenta se ha de dár de este comun beneficio. Como le habian recrecido tanto las indisposiciones, señaladamente la destilacion del pecho, ordenaban algunas veces los Medicos, y Prelada, que se recogiesse al anochecer á su celda, y hacialo con grande humildad; porque no se puede bastantemente encarecer la blandura con que obedecia, aunque le fuessen á la mano en su fervor.

2 Al punto que se retiraba, hacia egercicio particular de oracion, con algunas consideraciones de aquella hora, y tiempo, y muy delgado examen de conciencia. Solia decir que de la misma manera se tomaba cuenta, como si luego huviera de morir, preparandose à dormir cada noche, como para el ultimo fue-

(a) Senec. Epist. 1.

sueño de la vida. Decia con santa sinceridad: Yo quando comulgo, ó quando me acuesto, lo hago, como si huviera de ser aquella vez la postrera; porque bien puede ser que lo sea, y en estas cosas es lo mas seguro, prevenirse á lo que puede ser. Assistianla algunas Religiosas con santa conversacion un breve rato, y despues con alegre semblante las decia: Ahora, hermanas, vamonos á recoger con nuestro Esposo Jesus, yo me voy á mi casica: este era su comun modo de decir, quando despedia á las Religiosas. Su casica era la Llaga del costado, á cuya dulce herida retiraba el alma á descansar con sueño espiritual.

3 Las noches que la enfermedad no la permitia ir á Maytines, se despertaba con las demas Religiosas á las doce con deseo de acompañarlas en las alabanzas que daban á Dios. Estaba su estrecha celda debajo del paso que del dormitorio vá al Coro, de suerte, que era fuerza, que toda la Comunidad pasasse sobre ella. Y esto que otros tendrian por penalidad, tenia la Infanta por consuelo. Y habiendole suplicado muchas veces, que tomasse otra celda, nunca la quiso acetar, diciendo: Yá que no puedo acompañar á mis hermanas, por lo menos me despiertan, y passan sobre mí, que es bien que me pisen, pues no soy para tanto como ellas. Bien sabe Dios la envidia, y sentimiento con que me quedo; pero yá que no puedo ir con el cuerpo, voy con la consideracion; y desde mi celda alabo á Dios en el Coro con ellas. Referia su Alteza, que desde su tierna edad la habia habituado el Señor, á que todas las veces que despertasse, se refiriesse, y ofreciesse á Dios de corazon, poniendo en él su voluntad con algunas oraciones jaculatorias, sentimientos espirituales, y anagogicos, actos de amor ternissimos, pidiendo luz, y gracia para su mayor gloria, y servicio. De esta suerte lo pasaba hasta tanto que volvia á dormir, que aun aquel breve tiempo aprovechaba, siendo tan grande el habito que tenia hecho á este genero de oracion, que ordinariamente antes de despertar del todo, se hallaba con algunas santas palabras en la boca; llamas que la Caridad Divina desde el corazon enamorado arrojaba á los labios.

CAPITULO IX.

LOS CONCIERTOS ESPIRITUALES que tenia con ſu Angel de Guarda, para que la deſpertaſſe de noche a la oracion: y como ſiguiò eſte ſanto egercicio.



EL Chriſtiano que quiſiere vivir con aprovechamiento, ha de hacer cuenta que vive à dos vidas, una inrerior al Criador, otra exterior á las criaturas. Eſte egercicio ſiguió la Infanta maravilloſamente, dando mas paſos con ſu ſanta vida á lo eterno, que daba á lo temporal. Tenia ſus conciertos, y amiſtades hechas con los Santos, ſu comunicacion, ſus eſpirituales negocios, y trato, á la manera que en el mundo le tenemos unas perſonas con otras. Comunicaba con tierno amor á ſu Angel de Guarda, de quien era devotiſsima. Teniale encomendado, que la deſpertaſſe á las tres de la mañana, las noches que por ſu enfermedad no la dejaban ir á Maytines, y aſsi le ſucedia de ordinario. De eſto holgaba mucho ſu Alteza, y decia: Eſta hora para mi es muy precioſa, y de gran conſuelo, porque me hállo en mayor ſoledad, para hacer algo en ſervicio de Dios. Ayudame mucho el ſilencio, y quietud, para emplear bien el tiempo, aunque yo lo deſperdicio, y gaſto harto mal.

2. En aquella hora ſe recogia, y ponia en Oracion Mental, quando ſe lo permitia la Religioſa que la aſsiſtia. Otras veces ſe levantaba de la cama, y ſe ponia de rodillas á orar: y quando no le conſentian eſto, en el miſmo lugar, compueſtas las manos con temor, y reverencia grande, tenia oracion. Algunas veces, por crecer tanto ſus indiſpoſiciones, no la dejaban las Religioſas que la aſsiſtian que ſe arrodillaſſe; y con humildad les decia: Dejadme arrodillar, que eſtoy en la preſencia de Dios, y es digno de toda reverencia. La compañera, que era muy entendida, y eſpiritual, no queria paſar por ello, antes bien le decia: Señora, eſto ha de ſer, eſtéſe quieta, y recogida vueſtra Alteza. La Infanta ſe ſujetaba á ella con tan grande humildad, y rendimiento, que confieſa eſta Religioſa, que ſe hallaba confuſa, y aprovechada de vér tal manſedumbre. Deciala ſu Alteza, con mucha ſe-

severidad: Pues no me dejais estar de rodillas, dejadme hacer lo que pudiere de mi parte. Sentabase, é incorporada en la cama, cruzaba sus brazos, y con grande decencia, y recogimiento tenia oracion.

3 En otras ocasiones, que por sus enfermedades, ni la dejaban ir á Maytines, ni que se levantasse á orar; en despertando á las tres de la mañana, miraba con grande atencion si estaba durmiendo la Religiosa que la asistia: y en caso que lo estuviesse, poniase de rodillas sobre el mismo lecho, tendidos los brazos en cruz, levantando el rostro al Cielo, todo lo que podian sufrir sus fuerzas. Si su compañera la hallaba en este devoto egercicio, y la reñia, decia su Alteza: Yà que no puedo otra cosa dejadme si quiera hacer esto poco, en señal de lo mucho que debo á Dios. Volvianle á replicar, que hacia contra su vida, y salud, y que no podian sufrirse aquellas cosas. Reciba estas palabras con singular paciencia, y humildad, diciendoles: Yá bendito sea el Señor, me quedaré con algo que ofrecerle, pues por lo menos esta reprehension, sirve de mortificarme.

4 Si alguna noche se dormia, y faltaba á sus horas determinadas, era tan vivo su sentimiento, y el santo enojo que consigo tenia, que en todo el dia podia alegrarse. Dabase golpes en los pechos, hacia postraciones, suspiraba tierna, y sentidamente, como si le huviera sucedido algun grave mal. Deciales à sus compañeras luego que despertaba: Hermanas, digo mi culpa: sabed que soy una perdída, y desconocida á Dios, y descortés á mi Angel de Guarda, tened entendido que me he dormido esta noche, y que merezco una gran penitencia. ¡Qué consuelo tendria en que alguna de vosotras me la diesse, ó á lo menos licencia, para hacer debida satisfaccion de mi culpa! Procuraba su Alteza aquel dia hacer alguna penitencia, ó mortificacion: y quando no la dejaban, mandaba decir Missa á las almas, y dár algunas limosnas á este intento. En este caso solia usar para su castigo de una mortificacion espiritual, y santa; que todo el rato que habia dormido, lo quitaba á la recreacion de hablar con las Religiosas. Y si á alguna persona de quien gustaba, habia de dár Audiencia, se la negaba, ocupando este tiempo en irse al Religario à tener oracion, pagandole á Dios de dia, lo que habia dejado de servirle de noche, privandose por él del tiempo mas gustoso, diciendo con muy buena gracia á sus compañeras: Mirad, yo me

voy

voy al Relicario á eſtar con Dios, guardad que no entren allá, decid, que eſtoy dormida: bien lo podeis decir con verdad, que me voy á dormir por Dios, velando aquello que eſta noche degé de orar, durmiendo.

CAPITULO X.

EN QUE SE OCUPABA SU ALTEZA por la mañana, y la devocion con que oia Miſa.



Tocaſe á Prima en el Convento de las Deſcalzas á las cinco de la mañana, y á eſta hora ſe levantaba ſu Alteza, quando no ſe hallaba muy agravada de ſus enfermedades. Un poco antes de levantarſe, hacia la Proteſtacion de la Fé, que el Emperador Carlos Quinto ſu Abuelo rezaba, que la pondrémos en ſu lugar, por ſer muy digna de referirſe. Eſta devocion habia conſervado deſde edad muy tierna; ſabiala muy bien de memoria, en ella ſe ofrecia, y entregaba á Dios, dedicando las obras de aquel dia al Eterno Padre, las palabras al Hijo, los penſamientos, y deſeos al Eſpiritu Santo. Por eſtos miſmos puntos ſe tomaba cuenta á la noche de quanto habia obrado en el dia. Levantabaſe con las demás Religioſas; y deſpues de haber rezado las Horas mayores, decia ſus devociones, que eran muchas, ſeñaladamente el Oficio de la Cruz, los Salmos del nombre de Jeſus, y los del nombre de Maria. Eſtaba en el Coro muchas veces haſta la Miſa Mayor, oyendo las que ſe decian. Quedaba tambien á la Mayor, y á todo el Oficio, con las demas Religioſas, con las quales aſsiſtia á la labor, y á los demas egercicios. Pero quando ſe hallaba agravada del pecho, ó con otra indiſpoſicion, por la qual le mandaſſe la Abadeſa que no fueſſe al Coro, (que eſto era de ſuma mortificacion para ſu Alteza) ſe iba al Relicario, pueſto de gran devocion, y hallaba alli el conſuelo de no dejarla ſeguir la Comunidad. Oía Miſa, tenia oracion, leccion eſpiritual, y egercicios, hacia labor, y paſaba la mayor parte del dia. Oía todos los dias por lo menos dos, ó tres Miſas, y la reverencia, y atencion con que en ellas aſsiſtia, fue de las mas egemplares que ſe ha conocido en perſona eſpiritual de eſtos tiempos.

La

La compostura exterior, el silencio, el fervor grande de su corazon; confiesan todas las personas que la vieron, que componia, y causaba devocion. Tenia su Alteza siempre muy presente el favor que Dios la habia hecho en sus tiernos años, de mostrarle tantas veces su Sangre. Y con aquellas prendas habia entregado del todo su alma á este suavissimo misterio. Al oírla, no permitia, que nadie la diesse recado, ni la hablasse, ni que huviesse rumor alguno entre los presentes; tan delgado andaba el Señor, y con tan sutil atencion le buscaba su Esposa. Solo el vér oír Misa á su Alteza, y recibir á Dios, era del mayor egemplo, y edificacion, que á los ojos humanos se puede ofrecer. Depongo como testigo de vista, y certifico, que todas las veces que la dige Misa, y la comulgué, hallaba en mí tanta novedad, y mudanza de la sequedad grande de mi espiritu, que volvia mas recogido, consolado, y atento, y confuso de vér que aquella sierva de Dios me estaba reprehendiendo con sus obras. Pregunté á su Alteza algunas veces, cómo se disponia para oír Misa, y con qué consideracion la oía, y á mas de las comunes, que las tenia muy bien entendidas, respondia: Yo, Padre, sé muy poco, y assi me acomodo con lo que alcanzo. Quando oygo Misa, en quanto puedo, deseo concurrir á lo que el Sacerdote hace con union de todos los Sacerdotes de la Iglesia; y tambien me conformo con el intento que Christo nuestro bien tuvo en su istitucion: y en esta consideracion me ocupo de suerte, que no puedo atender á otra cosa. Confieso, que siento sumamente, que en esta ocasion me diviertan con algun negocio, por grave que sea; pues ninguno lo es tanto, como el oír Misa con gran reverencia.

3 Quien puede oír estas palabras sin dolor de la indevocion con que suelen oír Misa los distrahidos: ni oyen ellos Misa, ni la dejan oír. Donde habian de hallar su provecho, movian su perdicion; solicitando justicia contra sí en el Tribunal de la Misericordia, é introduciendo nuevas guerras al alma, donde Dios hace habitacion de paz. No es bien manchar el papel con la Real accion de semejantes excesos; pero assi como lo blanco ofrece á la vista lo negro, la devocion de su Alteza, nos pone delante la falta grande de ella, en los divertidos. Atendemos á lo que nos daña, solo olvidados de lo que aprovecha. Volvemos los ojos á las tinieblas en los gustos, apartandolos de la luz en los Sacramen-

mentos. Ay de nosotros, si somos como el convidado, que halló Dios en el banquete, pues por verle sin vestidura nupcial, le envió maniatado al terrible lugar del crugir de los dientes. (a)

CAPITULO XI.

DE QUE SUERTE CONTINUABA su egercicio, y comida; y de las recreaciones espirituales de su Alteza.



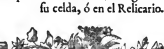
Despues de haber oído Misa su Alteza, su egercicio ordinario era hacer labor, para servicio del Altar; y esta ocupacion santa siguió toda la vida, con singular perseverancia hasta la muerte. El tiempo restante hasta la hora de comer, ocupaba en leer libros devotos, y en tener oracion, asegurando con esto no tener en todo el dia instanre, que no le ocupasse en el servicio de Dios, ni accion á quien faltassen los motivos debidos al estado de la perfeccion que profesaba. Quando se hallaba con salud, comia en el Refectorio con la comunidad; mas quando por sus dolencias la obligaban los Medicos á comer carne, como no podia esto ser en el Refectorio, por ser materia indispensable, la daban á comer á su Alteza en pieza diferente, en una mesa pequeña, ministrandosela la Religiosa que la acompañaba. Tomaba su refeccion con grande templanza, conforme su necesidad, con utiles meditaciones, dando mas alimento al espiritu en lo que dejaba, que al cuerpo en lo que comia. En acabando, daba gracias con gran devocion, y pedia, que la tragessen un Niño Jesus, y poniale sobre la mesa. Otras veces le tenia toda la comida, y decia: que era su convidado, ofreciendole lo que comia, y agradeciendo con grande espiritu la mano liberal con que acudia á su sustento. Besabale los pies, decia muchas ternuras; y asi en presencia del Niño Divino se quedaba un rato sobre mesa. Venian algunas Religiosas á entretenerla, y apacible, y amorosamenre las hablaba, recibiendo, y dandolas aquella espiritual recreacion.

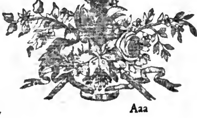
2 Era en sus conversaciones muy medida; y consideraba muy

(a) Matth. 22. v. 12. 11. & 13.

muy bien, antes de despedir las palabras, ajustandolas á la materia con gran discrecion. No la oyeron razon, que fuesse en ofensa de nadie; porque à los presentes consolaba, y á los ausentes defendia. Solia divertir las conversaciones en que habia este peligro, diciendo: Ahora bien, hablemos de Dios, ú de nosotras mismas, no nos metamos con los ausentes, que á ellos, y á los difuntos les tengo yo mucha lástima, porque no pueden responder por sí, y de ordinario les cargan bien la mano los progimos. Lo cierto es, que donde me hallare tengo de ser su defensora. ¡Qué noble condicion! Qué santo cuidado! Si aprendiessemos de esta doctrina, á no censurar en ausencia, á los que de ordinario no osaramos reprehender en presencia. Finalmente, las santas palabras de la Infanta eran palabras de vida, sus razones de espiritu, sus conversaciones de edificacion: y assi las Religiosas, de esta honesta recreacion salian entretenidas, y edificadas, porque Dios habia dado á su Alteza este dón con los demás, de que nadie volviesse de comunicarla, sin conocido aprovechamiento. Gastaba muy tasado tiempo en estas recreaciones, el que bastaba solo para renovar la caridad con sus hermanas, y hacer amable la virtud; dando al tiempo, y á la naturaleza lo que les concede la gracia, con tal templanza, y medida, que en todo hallaba la porcion superior mejorados sus fueros, y la perfeccion nuevos aumentos.

3 Desde alli se iba al Coro, ó al Relicario, á donde la llevaban el Niño Jesus, y decia: Ahora dégenme sola, que con este Señor no quiero otra compañia. Rezaba algunas oraciones vocales, y luego se recogia un rato en oracion mental. Si sobraba tiempo, hacia alguna obra de manos hasta las tres, y assistia en las Visperas con las demás; ó si se hallaba enferma, las rezaba aquella mesma hora, con gran devocion, en su celda, ó en el Relicario.





CAPITULO XII.

LAS AUDIENCIAS QUE SU ALTEZA daba: y como resplandecia en ellas su espiritu: y en què ocupaba la noche.



Quien llegáre á gustar la suavidad del Criador, no dejará de sentir gran diferencia en el trato de las criaturas. Por esso los Varones contemplativos buscan con tanta ansia la soledad, y aun en ella sienten el embarazo que se hacen á sí mismos; de la manera que es prision el cuerpo del alma, este mundo es carcel del cuerpo. El que sale del mundo á la soledad, sale de una carcel; pero se queda en otra: solo el alma, que dejando el cuerpo, vuela á su Criador, halla entera libertad. Imposible es en esta vida vivir sin criaturas, y asi se ha de padecer la penosa cruz de tratarlas, viviendo crucificados en el mundo. El alivio de esta forzosa cruz, es considerar á Dios en sus criaturas, porque está tan repartido en ellas, que no se podrá considerar alguna en quien no se hallen reliquias de Dios que venerar; pero están las perfecciones de esta flor Divina, entre tantas espinas de nuestras imperfecciones, que el mesmo riesgo solicita el recelo, y vá á buscar á Dios en sí mismo, abstrahido de las criaturas. Ninguna mortificacion era para su Alteza tan penosa como la de dár audiencia, y llamabala la hora de la mortificacion. Levantaba los ojos, y el corazon á Dios, quando iba á darla, y decia: Ea, Señor, vamos, pues que Vos lo quereis, á hablar con las criaturas; buena pension me habeis dejado, en hacerme Hija de mis Padres, si me dejassen ser Monja Descalza, y encerrada.

2 A las quatro ordinariamente daba la audiencia en la ventana del Relicario: y era cosa estraña, que con ser tan particular su contradicion al trato de las criaturas; en hallandose en aquel puesto, se le vestia una caridad, y afecto tan grande de ayudarles, que parecia en su agrado, y blandura un Serafin. Recibia á todos con alegria, consolandolos con benignidad, y ofreciendoles su amparo. Dióle particular gracia el Señor, en que nadie saliesse de su presencia sin consuelo; porque á los que no podia con las obras, aliviaba con muy dulces palabras, siendo refugio uni-

universal de afligidos. Era cosa admirable, oírla responder, y satisfacer à los sentimientos de los que la hablaban, especialmente á los Embajadores, á quien con grande caridad, y prudencia encargaba, que escribiessen bien á sus Reynos, y Provincias, porque con sus relaciones se conserva la paz. Y en este punto discurria con razones muy eficaces, coronando el servicio de Dios, con la pública conveniencia: como quien sabía, que no podia haber conveniencia pública, sin servicio de Dios. A esta misma hora solia hablar algun rato con su Confesor, ó con personas espirituales, de quien tenia satisfaccion, comunicando materias de espiritu, y oracion, con singular humildad; dando siempre á entender, que no entendia de aquella materia, pero que deseaba saberla. Y con ser assi que hablaba con eminencia, como tan egercitada, quando daba cuenta de algun punto de su espiritu, era con tan rara desnudéz, y desapropiacion, que causaba confusion á quien lo oía; y quedaban enseñados, los que parecia habian de ser Maestros.

3 A las cinco de la tarde, que toca la campana de la Comunidad á la Oracion, dejaba la audiencia, diciendo: Esta es la voz de Dios, y la hemos de obedecer. Tenia oracion á aquella hora en el Coro con las Religiosas, ó en el Relicario, quando estaba indispuesta, y alargaba aquel tiempo del trato con Dios, quanto le era posible; de suerte, que muchas veces lo continuaba con la hora de recogerse en su celda. Entonces se arrodillaba, y con profunda humildad, recibia la bendicion del Santissimo Sacramento. Saludaba al irse con grande ternura, y muy espirituales sentimientos á la Virgen, y á los Santos, que estaban en el Relicario, y en el Coro. Recogida á su celda, hacia el examen de conciencia, que hemos referido; rezaba algunas oraciones, y poniendo su corazon con Dios, se quedaba descansando en su presencia con afectos de amor, hasta que la llamaban á cenar. Era ordinario entonces assistirla algunas Religiosas, por el consuelo que tenian de vér, y oír á su Alteza, que como hoy confiesan, salian entretenidas, y con nuevos alientos de perfeccion. Quando veía, que era hora de recogerse, decia: Recojamonos con nuestro Esposo Jesus, Hermanas, yo me voy á mi casita, que como hemos dicho, la Llaga del costado fue el tálamo espiritual de su Alteza.

CAPITULO XIII.

ORACIONES JACULATORIAS DE SU ALTEZA en los egercicios ordinarios del dia.



A oracion dá calor á la voluntad, y luz al entendimiento: de donde nace, que las perſonas que tratan en eſte provechoſo egercicio, ſe hallan facilmente armadas en las peleas inreriores. Son armas de eſta eſpiritual guerra, diſcurſos breves que ofrece el Señor, para convencernos á que abracemos ſus inſpiraciones, y no nos apartemos de ſu Ley. La armería, de donde ordinariamente viſte el Señor al Chriſtiano contra la carne, y la ſangre, y los Principes de las tinieblas, es la Eſcritura ſagrada en donde nos dejó quanto hemos meneſter para nueſtro remedio, y defenſa. En eſte punro fue muy iluſtrada ſu Alteza, por haberla ofrecido el eſpiritu á la mano, quanto huvo meneſter para defenderſe, y ofender al enemigo. Caminaba todo el dia por los paſos naturales al fin ſobrenatural, ofreciendo á Dios con palabras del Texto Sagrado quanto hacia. No faltaron perſonas curioſas, que le fueron norando eſte egercicio, y ſu Alteza tambien las tenia eſcritas en un libro de mano, con otras devociones; y hame parecido ponerlas aqui, y traducirlas, porque mas facilmente puedan aprovecharſe las almas.

2 Quando entraba en ſu celda, ó ſe tecogia, decia con el Real Profeta: *Aperite mihi portas iuſtitiæ, & ingreſſus in eas, confitebor Domino*: (a) *hæc requies mea*: : *hic habitabo quoniam elegi eam.* (b) Abrid, Señor, las puertas de vueſtra juſticia, entraré por ellas á alabaros: eſte es mi deſcanſo, y eſta he eſcogido por habitacion. Luego que deſpertaba, fomentaba el eſpiritu con que ſe habia comenzado á dormir, con eſtas ſantas palabras del Apoſtol: *Surge, qui dormis, & illuminabit te Chriſtus*, (c) *quia promiſsit coronam vigilantibus, & non dormientibus.* (d) Levantate el que duermes, te alumbrará Chriſto, que ofreció ſu corona á los que velan, y no á los que duermen. Quando recibia de nueſtro Señor al-

(a) Pſalm. 117. v. 19. (b) Pſalm. 131. v. 14. (c) Ad Epheſ. 5. v. 14.
(d) Eccef. in invitat. Quadrag.

algun beneficio interior, ó exterior, volviendose á su alma, la decia: *Benedic anima mea Domino, & noli oblivisci omnes retributiones eius.* (e) *Gratias agimus tibi pro universis beneficijs tuis. Qui vivis, & regnas in sæcula sæculorum. Amen.* Alaba, alma mia, al Señor, no quieras olvidarte de sus liberalidades. Gracias te hacemos por todos tus beneficios, á tí, que vives, y reynas por todos los siglos de los siglos. Amen.

3 Quando tocaban á Maytines, ó qualquier otra hora del Coro, ú Oficio Divino, como si oyera la misma voz de Dios, manifestandole su corazon, decia: *Hoc signum magni Regis est; eamus, & offeramus ei aurum, thus, & mirrham.* Esta es la señal del gran Rey, vamos, y presentemosle oro, incienso, y mirra; que es decir, amor, oracion, y mortificacion. Y en entrando en el Coro, volviendose al Señor, le decia: *Introibo in domum tuam, in holocaustis reddam tibi vota mea, quæ distinxerunt labia mea.* (f) Entraré en tu casa sacrificando, y pagaré con el corazon la ofrenda, que tengo ofrecida con los labios. Quando tomaba el Breviario para rezar, ó algun libro espiritual para leer, como el Musico que templa el instrumento para tocarlo, templaba su alma, diciendo á Dios con David: *Da mihi intellectum, & discam mandata tua:* (g) *declaratio sermonum tuorum illuminat, & intellectum dat parvulis.* (h) Dame luz para que aprenda tus preceptos, la declaracion de tu palabra alumbra, y dá entendimiento á los pequeños.

4 En acabando de leer, decia, cerrando el libro: *Beatus vir, qui fecerit ea, quæ scripta sunt in libro legis Dei.* (i) Bienaventurado el que hiciere lo que está escrito en el libro de la Ley de Dios. Quando la obediencia le ofrecia algun egercicio penoso, al qual iba la naturaleza con desabrimiento; esforzandose, decia con San Pedro: *In nomine Jesu Nazareni surge, & ambula:* (j) *quoniam melior est obedientia, quàm victimæ.* (k) Y luego se esforzaba con las palabras de San Pablo: *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem.* (l) En el nombre de Jesus Nazareno, levantate, y camina, que mejor es la obediencia, que el sacrificio: Christo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz.

Al

(e) Psalm. 102. v. 2. (f) Psalm. 65. v. 14. (g) Psalm. 118. v. 73.
(h) Ibid. v. 130. (i) Ex Apocal. 1. v. 3. & 21. v. 7. (j) Actor. 3. v. 6.
(k) Reg. 15. v. 22. (l) Ex Epist. ad Philipp. 2. v. 8.

5 Al ſubir las eſcaleras, acordandoſe del aſcenſo eſpiritual del alma, decia: *Quis aſcendet in montem Domini, aut quis ſtabit in loco ſancto eius? Innocens manibus, & mundo corde:* (m) *aſcendat oratio noſtra in conſpectu tuo Domine, & deſcendat ſuper nos miſericordia tua.* ¿Quién ſubirá al monte del Señor? O quien eſtará en ſu ſanto monte? el que tuviere limpias las manos, y puro el corazon. Suba, Señor, nueſtra oracion á vueſtra preſencia, y báge ſobre noſotros vueſtra Miſericordia. Al bajar las eſcaleras, acordandoſe de lo que dijo Jeſus al Publicano, decia: *Zachae feſtinans deſcende, quia in domo tua oportet me manere.* (n) Y luego añadia: *Filius Dei deſcendit de cœlo, & incarnatus eſt de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, & homo factus eſt.* Zaquéo, baja preſto que conviene, que hoy me hoſpéde en tu caſa: el Hijo de Dios bajó del Cielo, encarnó por obra del Eſpiritu Santo, y de Maria Virgen ſe hizo Hombre.

6 Quando viſitaba alguna enferma, ó hacia otra obra de piedad, acordandoſe de ſu Eſpoſo, y aplicandole la obra, decia: *Infirmus fui, & viſitaſtis me: : eſurivi, & dediſtis mihi manducare. Amen dico vobis, quód uni ex iſtis minimis feciſtis, mihi feciſtis.* (o) Enfermo eſtuve, y me viſitaſte; hambre tuve, y diſteme de comer: digoos verdad, que lo que hiciſteis con qualquiera de eſtos pequeñuelos, conmigo lo hiciſteis. En ſus tribulaciones, y trabajos, ſe conſolaba con Job, diciendo: *Si bona ſuſcepimus de manu Dei, mala quare non ſuſtinemus?* (p) *Fidelis eſt Deus, qui non patitur tentare ultra id quod poteſtis, ſed facit cum tentatione proventum.* (q) Si los bienes recibimos de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de tolerar los males? Fiel es Dios, y no conſentirá que ſeais tentados ſobre vueſtras fuerzas, antes en la tentacion fundarà vueſtro provecho.

7 Si algunas veces llamaba á ſus puertas la impaciencia, y queria pelear con ſu blandura, decia: *Da pacem, & patientiam Domine, ſervo tuo, ne perdam coronam gloriæ, quia tu dixiſti; in patientia veſtra poſſidebitis animas veſtras.* (r) Dá paz, y conciencia, Señor, á tu eſclavo, no pierda la corona de gloria, pues digiſte: En vueſtra paciencia poſſeereis vueſtras almas. Para ſacudir el temor en las adverſidades, decia: *Eſto nobis Domine turris fortitu-*

di-

(m) Pſalm. 23. v. 3. & 4. (n) Luc. 19. v. 5. (o) Ex Matth. 25. v. 35. 36. & 40. (p) Ex Job 2. v. 10. (q) Ex 1. ad Corinth. 10. v. 13. (r) Luc. 21. v. 19.

dinis á facie inimici: (ſ) *nihil proficiat inimicus in nobis, & filius iniquitatis, non apponat nocere nobis. Dominus defenſor vitæ meæ á quo trepidabo?*(t) Seais,Señor, torre de nueſtra fortaleza, conrra la cara del enemigo, el qual no pueda en noſotros, ni el hijo de la maldad ſe atreva á dañarnos. Señor,¿ſi defendeis mi vida, á quien temeré?

8 Si alguna vez la ſoſpecha, ó juicios temerarios querian mancillar ſu ſanta ſinceridad, ſe defendia con el Profeta, diciendo: *Cor mundum crea in me Deus, & ſpiritum rectum innova in viſceribus meis.* (u) Y luego añadia con el Apoſtol: *¿Quis es tu, qui iudicas alienum ſervum? Domino ſuo ſtat, aut cadit.* (x) Cria, Señor, mi corazon en pureza, y eſpiritu derecho renueva en mis entrañas. ¿Quien eres tú, que juzgas el ſiervo ageno? Para ſu amo cae, ſi cae, ſu amo le ſuſtenta, ſino cae. Quando en el propio conocimiento, queria faltarle la confianza, volviaſe á Dios, y le decia: *Tu es, Domine, ſpes mea á iuventute mea: de ventre matris meæ tu es protector meus.* (y) *Qui ſperant in Domino, habebunt fortitudinem, aſſument pennas ut aquilæ, volabunt, & non deficient.* (z) Tú eres, Señor, mi eſperanza deſde mi juventud, y deſde que nací mi Protector. Los que eſperan en el Señor tendrán fortaleza, veſtiranſe de alas, volarán como aguilas, ſin conocer fatiga. Contra la pureza eſpiritual, y repugnancia de la naturaleza, á los egercicios devotos reprehendiendoſe, decia: *Vadé ad formicam, ó piger, & conſidera vias eius, & diſce ſapientiam: quæ cùm non habeat ducem, aut præceptorem, aut Principem, parat in æſtate cibum ſibi, & congregat in meſſe quod commedat*: (a) *Maledictus homo, qui facit opus Dei negligenter.*(b) Buſca á la hormiga perezoſo, conſidera ſus caminos, aprende ſu ſabiduria, no tiene guia, Maeſtro, ni Principe, previeneſe en el Verano de trigo, para que coma en el Invierno. Maldito el hombre, que hace las coſas de Dios con negligencia. De eſta ſuerte, no daba paſo en eſta vida ſu Alteza, ſin acercarſe á la eterna.

(ſ) Pſ.60.v.3. (t) Ex Pſalm. 26.v.1. (u) Pſalm.50. v. 12. (x) Ad Roman. 14. v.4.
(y) Pſalm.70. v.5. & 6. (z) Ex Iſai. 40. v.31. (a) Ex Prov. 6. v. 7. & 8.
(b) Jerem.48. v.10. Ex verſ. antiq. ap. Sabatier. & ita legit D.Cyprian. lib.3. Teſtimon. pag.315. cap.30. Pariſ.1726.

CAPITULO XIV.

CASOS PARTICULARES DE AQVEL tiempo. Y eſtrecha comunicacion de ſu Alteza, con la Reyna Doña Margarita ſu Sobrina.

Recia ſu Alteza á la perfeccion, y paſaba el tiempo á la vida. La corte habia vuelto de Valladolid en el año de 1606. y alegrado á Madrid los pios Reyes, Felipe, y Margarita, con dichoſas prendas de ſuceſion. Nació en Valladolid la Infanta Doña Ana, á veinte y dos de Septiembre de mil y ſeiſcientos y uno. Y en el miſmo lugar el Principe Don Felipe, á ocho de Abril de mil y ſeiſcientos y cinco. A diez y ocho de Agoſto de mil y ſeiſcientos y ſeis nació en el Convento Real de San Lorenzo la Infanta Doña Maria; aquel egemplo de virtudes que eſtá mejorando el mundo. Y fueron muy notables las palabras con que el Rey Felipe Tercero explicó eſte contento á la Infanta, diciendo: Doyle el parabien á vueſtra Alteza de otra Sobrina; y para que ſea mas guſtoſo, la hago ſaber, que es un retrato de mi Abuela, Madre de V. Alteza; y fio de Dios, que lo ha de ſer en todo ſemejante. Quien vé hoy reſplandecer en el mundo las admirables perfecciones de la Sereniſsima Reyna de Ungria, y Bohemia, y la Corona del Imperio, que eſtá yá aſpirando á merecer á ſu tiempo, la dicha de ſervir de ornamento à ſus ſienes, como lo fue la Emperatriz Maria, facilmente conocerá, que fueron gobernadas aquellas razones por impulſo mas ſobrenatural, que humano.

2 El año de ſiete, á quince de Septiembre, nació el Infante Don Carlos, y el gozo de eſte nacimiento templó à la Reyna la muerte de la Archiduqueſa Maria ſu Madre, que acabó ſu ſanta vida en la Ciudad de Gratz, á 19. de Abril de 1608. Sintió ſu falta con debido dolor ſu Alteza, por ſer la mas querida de ſus Primas, y haberſe criado juntas en el Palacio del Emperador Maximiliano ſu Padre. El año ſiguiente, á 16. de Mayo en el Eſcurial nació el Infante Don Fernando: y en Lerma, á 25. de Mayo de 1610. la Infanta Doña Margarita, con que ſe fue esforzando el contento en la Reyna, y deſpojando el dolor que le habia cau-

ſa-

ſado la muerte de la Archiduqueſa ſu Madre. Tal es la variedad de los humanos acaecimientos; yá cubren el corazon de luto, yá le alegran, mudando los afectos, con los caſos.

3 Era todo el conſuelo de la Reyna, la Infanta ſu Tia, y Prima, à quien comunicaba ſus guſtos, y con quien aliviaba ſus penas. Deſde que vino ſu Mageſtad de Alemania fueron eſtrechiſsimas amigas, y le conſtaba de los buenos oficios que ſu Tia habia hecho, para que la eligieſſen por Reyna, en competencia de las mayores Señoras del mundo. Concurria con eſto, que como al principio no ſabía la lengua Eſpañola, hablaba en Aleman con ſu Alteza, y le era de mucho deſcanſo. Viſitabala todas las ſemanas, y quando el Rey iba á caza por la mañana, ſe quedaba en las Deſcalzas todo el dia. Llevabale ſus hijos, para que los bendigeſſe; y recibialos ſu Alteza con grande ternura, haciendoles muchas caricias, y enſeñandoles devociones, y ſantos documentos. Querianla los niños con tan particular amor, que no habia apartarlos de ſu Alteza: y el dia que habian de ir á vèr á ſu Tia, era el mas guſtoſo para ellos. De eſta ſuerte, unas miſmas prendas eran de igual gozo á las dos Margaritas, de cuyas virtudes formaban ſu enſeñanza. Raras perſonas ha habido en el mundo, que en profeſiones tan diferentes, ſiguieſſen á un miſmo tiempo con tan igual perfeccion la virtud; porque la Reyna era egemplo de Reynas, y de Religioſas la Infanta. Ayudabanſe con ſanta emulacion, miniſtrando la Reyna á la Infanta ſu amparo, para que egercitaſſe la caridad con ſantas intercesiones con el Rey, y la Infanta á la Reyna ſu fervor, y conſejos, para que enmedio del ſiglo hallaſſe á Dios. Era en eſto notable ſu Alteza; y en la gracia con que en las converſaciones, y diſcurſos mezclaba muy ſaludables recuerdos. Refieren, que ſolia ponderar lo que debia á Dios la Reyna, en haberla eſcogido entre tantas Señoras, para tan grande Corona, y en verſe tan eſtimada, y amada del Rey, tan venerada de ſus vaſallos, y con tan dichoſa ſuceſion. Pediala que no dejaſſe de agradecer á Dios eſtas mercedes, y continuaſſe los devotos egercicios de ſu vida. Acordabala quan poco duran las felicidades, qué breves ſon los contentos de la vida; animandola, que tuvieſſe ſu teſoro en el Cielo, pues tan preſto acaban los del mundo. Era notable el guſto que ſu Mageſtad tenia de oír eſtas coſas á ſu Tia, y el aprovechamiento, y conſuelo con que las recibia. Deciala: Lo que me huelgo, Señora, de oír eſto

á V. A. que aunque ello es en sí mismo tan cierto; pero quedaseme mas en el corazon quando V. A. me lo dice. Era tan grande el gozo que sentia el alma de la Reyna, quando le estaba hablando de Dios, que muchas veces sin poderlo escusar, vertia devotas lagrimas, y otras en ausencia de su Alteza la hallaban enternecida; y preguntando: ¿Señora, qué tiene V. Magestad? Respondia: Es tan grande el efecto que hacen en mí las palabras de mi Tia, que os asseguro, que no puedo dejar de enternecerme, quando me acuerdo de ellas.

4 No habia cosa que la Reyna no comunicasse á su Alteza, assi de sus egercicios interiores, y devociones, como de los negocios que la tocaban, hallando en todos á un tiempo consejo, y consuelo. Y como veía lo que el Rey estimaba á su Tia, y el gozo de comunicarse que tenian aquellas dos almas; crecia con esto mas la confianza, y se estrechaba la correspondencia. Era la Reyna muy liberal, y amiga de los pobres, y hacianse por su orden muy largos socorros. Nunca venía à vér á su Alteza, sin traherla alguna cosa de gusto, devocion, ó limosna. Un dia le trajo en un lienzo mil escudos de oro, y dijola: Tia, yo quiero que reparta esto entre los pobres, en nombre de entrambas, que V. Alteza conoce mejor las necesidades de la Corte, por haber mas tiempo que está en ella. Dijo su Alteza, que con mucho gusto sería su limosnera; y alli mismo fueron discurriendo en las personas á quien se podia socorrer, remediando aquella tarde en breve tiempo muy largas necesidades. Otra vez la presentó un Niño Jesus adornado de joyas muy ricas, con que su Alteza guarneció los Relicarios del Convento, y benefició la Sacristia. En otra ocasion la llevó una salva, y un jarro de oro de grande precio, y la dijo: Tia, el oro es para Dios, y mejor será que muchos pobres se sirvan de este jarro, y de esta salva, haciendolo vender para esto, que no que me sirva á mí. Todo esto su Alteza con mucha ternura, y devocion lo aplicaba á los pobres, dando orden á Luis de Alarcón, por cuya mano corria este genero de socorros, que luego lo hiciesse reducir á moneda, para que se acudiesse á muchas necesidades de la Corte. De esta suerte su Alteza repartia á la Reyna el tesoro de sus santos consejos; y la Reyna por mano de su Alteza, remediando los pobres, hacia en la Gloria su tesoro.

CA-

CAPITULO XV.

MUERTE DE LA REYNA MARGARITA, y lo que su Alteza cuidaba de los Infantes sus Sobrinos.



Unca se sobrevive, sino á las calamidades, porque los gozos vuelan, y solo las penas duran. El vivir es contingente, el morir cierto, el vér infelicidades infalible, ó acabar antes de verlas. De aqui resulta, que aquel que vive mas, á mas heridas se expone; pues ha de padecer el morir, ó vér morir á los suyos. La estrecha amistad de las dos Margaritas, tuvo su fin en la vida, hasta volverla á cobrar en la eterna con la muerte. Nació en el Escurial á veinte y dos de Septiembre, de mil seiscientos y once, el Infante Don Alonso; y apenas habia tomado posesion el gozo de la Corte, con la debida alegria de haber nacido su Alteza, quando la sobresaltó la pena de la enfermedad de la Reyna, que en breves dias acabó su vida á tres de Octubre del mismo año, siguiendola poco despues el recien nacido Infante, que solo parece que vino al mundo á llevarla; y assi justamente le llamaron el Caro. Mortificó Dios á España con el terrible golpe de quitarle una de las Reynas mas perfecta, que hasta entonces habian conocido los siglos. A breve volumen redujo su santa vida Don Diego de Guzman, su Capellan Mayor, que despues conocimos Cardenal, y Arzobispo de Sevilla; y puedese admirar en lo que escribió, haber podido acabar. Fue Reyna de vasallos, y virtudes; el natural admirable, el ánimo piadoso, la condicion apacible, el ingenio vivo, liberal, y generosa la mano, en la intencion benigna, y en las resoluciones prudente, increible el zelo de la Religion, grande el fervor del espiritu, adornado con el dón de lagrimas; con que hizo propicio á Dios con sus Reynos. Cortó enmedio del curso de su vida esta flor su Criador, trasladandola al jardin de la bienaventuranza.

2 Fue el sentimiento natural de su Alteza muy grande, y huvo de asirse á la gracia, para poderlo llevar. Veía al Principe y los Infantes niños, que quando empezaban á gozar de su Madre, la perdian: al Rey lastimado de este golpe: una compañia

para tan largos años destinada, pedída en tan breves dias. Oía las voces de los vasallos, el clamor de los pobres, el llanto de los Reynos: acudia á Dios, pidiendo fuerzas para el Rey, para sus Hijos amparo, y para sus Reynos remedio. Escribió á su Magestad un papel al Escurial, luego que murió la Reyna, en el qual con muy vivas razones le ofrecia las que podian ser de consuelo: Quanto mas de agradecer era el tiempo que Dios se la habia concedido, que de sentir el habersela quitado; pues le dió el que bastó para dejarle tan hermosa sucesion: volviesse los ojos á sus Hijos, y en ellos mirasse, no el dolor de verlos sin Madre, sino el beneficio de tenerlos, eligiendo siempre la parte mas segura en la ponderacion de este suceso. Que yá la Reyna habia vivido para todos, dejando prendas al Rey, y á sus Reynos: y asi holgar debia, que viviesse para sí, coronada en Reyno eterno. Tanto mas ampararia desde el Cielo á sus Hijos, de lo que poda valerles en la tierra, quanto mas cerca se hallaba del verdadero remedio, que es Dios. Que reconociesse la merced que recibia de su Divina mano; pues fiaba de él, que sabria llevar un golpe tan grande, y le concedia el merito de esta pena.

3 Consolaron al Rey las discretas razones de su Alteza; y en acabando las honras, fue con el Principe, y la Infanta Doña Ana á las Descalzas; porque los Infantes Carlos, Fernando, y Maria estaban antes con su Alteza. Asi como la vió su Magestad, la dijo: Señora, aqui trahigo á vuestra Alteza otros dos Hijos mas; recibalos como tales, críelos con los demás, y hagales oficios de Madre, pues tan presto ha sido Dios servido de llevarles la propia. Enterneciósse mucho la Infanta al vér aquellos Angeles, considerando, qué Madre habian perdído, y la justa pena de su Padre. Alli se volvió á renovar el dolor, y su Alteza, con espiritu, y discrecion, á darles nuevos motivos de consuelo. Desde aquel dia, el Principe, y sus Altezas miraban como á Madre á su Tia; y el Rey, con la misma confianza se los solía dejar. Era cosa notable lo que la Infanta los acariciaba, y servia; el gozo, y cuidado que tenia en su educacion, y regálo.

4 Querianla sus Altezas con grande ternura, señaladamente el Principe, á quien viviendo su Madre, habia tenido muchas veces consigo. Siempre que el Rey salia de la Corte, enviaba á sus Altezas á las Descalzas, y alli hallaban la Madre que habian per-

perdído en Palacio. El gozo de su Alteza en tenerlos consigo, era grande, sí bien tal vez no faltaban sobresaltos al criarlos en edad tan sujeta á tantos accidentes de pena. Era muy pequeño el Infante Fernando, y á esta causa con su Persona se tenia mas cuidado. Sucedió en una ocasion, que lo llevaba paseando su Azafata hácia el Refectorio á la hora de colacion, y como se acababa el dia, estaba escuro el puesto, y divirtiendose un poco á hablar la Azafata con otra persona, dió el niño con el carreton en que iba en una esquina, y cayó, dando tan fuerte golpe en el suelo, que perdió la habla, y pensaron que se habia muerto. La Azafata asi como cayó su Alteza, lo tomó afligida en brazos, y llevólo á la Infanta, diciendo: ¡Ay Señora que traigo muerto al Infante! Su Alteza, aunque herida de dolor, la consoló, y la dijo: No tengais pena, que no será nada, dadmelo en los brazos, y yo le pondré en los de Dios, y nos sacará de este trabajo. Hizo que le pusiessen un remedio, que una Señora que alli se halló trahia contra caídas, y de alli á un poco volvió el Infante en sí. Llevaronlo á su aposento, y su Alteza toda aquella noche estuvo con grande instancia rogando á Dios por la salud del niño. Fue cosa bien notable, que á la mañana vinieron á decirla, que toda la noche habia dormido muy bien, y que habia amanecido bueno, y sin señal de golpe. De esta suerte la Infanta assistia á sus Sobrinos, mezclando el gozo con el cuidado; y el socorro natural con el Divino.

CAPITULO XVI.

MUERTE DEL EMPERADOR RODOLFO, Hermano de su Alteza. Y translacion del cuerpo de la Emperatriz su Madre.



Penas el tiempo habia templado en su Alteza el dolor de haber perdído la Reyna, quando se le renovó con las nuevas que vinieron de Alemania de la muerte del Emperador Rodolfo su Hermano, que murió en Praga á 22. de Enero de 1612. Fue Principe de excelente natural, el semblante Augusto, la condicion amable, ingenio delgado, y claro. Gobernó el Imperio en sus primeros años, con general aprobacion, hasta que negandose

se á los negocios públicos, se fue dividiendo de ellos, y entregando al retito, y sutil averiguacion de las causas naturales, Matematicas, y otros egercicios á que se aplicó con exceso. Tuvo grandes diferencias, y discordias con sus mismos Hermanos, señaladamente con el Archiduque Matias, que le sucedió en el Imperio, compuestos yá entre sí; perdonandole con gran generosidad algunos dias antes que muriesse. Socorrió con oraciones, y sufragios el alma de su Hermano la Infanta, haciendole decir muchas Missas, y dando largas limosnas.

2 Este año de doce se capituló el Principe de las Españas Don Felipe Quarto, con la Serenissima Señora Doña Isabél de Borbón, Hija del Christianissimo Rey de Francia Enrique Quarto, y de la Reyna Maria su muger. Y al mismo tiempo se hicieron tambien las Capitulaciones del Rey de Francia Ludovico Decimotercio, con la Serenissima Infanta Doña Ana, Hija de los Reyes Felipe Tercero, y Margarita, interviniendo en tan grande acuerdo la Santidad de Paulo Quinto, Padre universal de la Iglesia. Para concluir el casamiento del Principe, envió el Rey con sus poderes por Embajador á Francia á Ruygomez de Silva, y Mendoza, Duque de Pastrana, que cumplió en París con la grandeza, y ostentacion que pedia la Magestad de su Rey. Concertó en aquella Ciudad el casamiento del Principe en veinte y cinco de Agosto, dia dedicado á la santa memoria de San Luis Rey de Francia. El matrimonio de la Infanta Doña Ana, con el Rey de Francia, capituló en Madrid, Miercoles á veinte y dos de Agosto del mismo año, con poder de su Rey, Enrique de Guisa y Lorena, Duque de Humena, y de Eguillon. De estas Capitulaciones resultaron las felices entregas, y jornada del año de quince; saliendo el Rey con sus Hijos de Madrid hasta Burgos á acompañar á la Reyna de Francia su Hija, y á recibir en aquella Ciudad á la Serenissima Princesa Doña Isabél su Nuera. Las fiestas, circunstancias, y solemnidad de las entregas, y jornada escribirán otros en mas propio estilo, y materia; bastame á mi decir el gozo grande que tuvo su Alteza, quando habiendo llegado la Reyna nuestra Señora (entonces Princesa de España) vió en sus admirables perfecciones, substituidas las virtudes de la Reyna Margarita, dando debidas gracias á Dios de vér casado al Principe su Sobrino con inestimables prendas de felicidad; favoreciendo la Serenissima Paincesa á su Tia, con tan grandes demostra-

traciones, que la obligaba á decir muchas veces á las Religiosas: Os prometo, que me hállo tan consolada de vér á la Princesa, y los grandes dones de que Dios la ha dotado, que veo lleno el vacío que causaba en tal puesto, la muerte de la Reyna Margarita. Esta estrecha, y amorosa correspondencia fue creciendo en estas dos Reales Personas con la comunicacion; que en lo perfecto, el amor cobra mas empeños, quanto mas se conoce.

3 Por estos dias puso Dios en el corazon al Rey Felipe Tercero, trasladar el venerable Cuerpo de la Emperatriz Maria su Abuela, á lugar conveniente. Porque al paso que crecia la fama de su santidad, aquellos Imperiales huesos desde la sepulrura pedian veneracion. No hay virtudes enterradas, ni fama de perfeccion que se acabe. Deseaba lo mismo la Infanta, como quien conocia el lugar que se debia al tesoro de la Persona Augusta de su Madre. Habiase cumplido con el humilde afecto que tuvo en la muerte, de que la enterrassen sin pompa, pues habia estado sin ella tantos años, y parecia justo trasladarla á memoria mas clara. Señalóse dia para la traslacion, Miercoles once de Marzo de mil y seiscientos y quince, y egecutóse con Real aparato. Adornaronse los Claustros, y el Coro del Convento con riqueza, y curiosidad: Asistió el Rey, el Principe, y sus Altezas, y quantos Señores, y grandes Señoras habia en la Corte: Descubrieron el Nobilissimo Cuerpo de la Emperatriz, y habiendo tantos años que estaba enterrado, lo hallaron entero: Que mas allá de la vida, lo reservó Dios de las comunes injurias de la muerte. Mudaronla el habito, y pusieronle otro, con la facilidad que si estuviera viva.

4 Hallóse á todo presente la Infanta viendo en el Cuerpo de su Madre aquellas nobles señas de la bienaventuranza que goza el alma. Pidió á la Abadesa licencia para besarla la mano, y diosela, y arrodillandose su Alteza, se la besó, vertiendo lagrimas de verla tan favorecida de Dios. Pusieron el Cuerpo en su feretro, ricamente guarnecido, y seis Mayordomos del Rey lo llevaron en hombros al Coro. Alli estuvo hasta que se dijo la Misa, que celebró Don Bernardo de Rojas, Cardenal, y Arzobispo de Toledo, con grande musica, y solemnidad. En acabando, se colocó el Cuerpo en un nicho de jaspe, que á este fin se habia hecho en el frontispicio del Coro, al lado de la silla de su Alteza, que aun alli quiso Dios se hiciessen compañia estas dos Reales Personas.

nas. Como la Emperatriz habia deseado tanto que no la sacassen del Real Convento de las Descalzas, pareció á la Infanta buena ocasion, para pedir al Rey, que tuviesse por bien de dár este orden, de suerte que no se pudiesse egecutar lo contrario; pues assi en su testamento con tan apretadas razones, como á su Alteza de palabra lo habia pedido. El Rey se lo ofreció, y mandó que desde luego se hiciesse una urna de jaspe hermosissima, y se dispusiesse aquel venerable lugar, de suerte, que no se trasladasse el Cuerpo Real otra vez. Comenzóse esta obra en tiempo de Felipe III. y egecutóse en el de Felipe IV. como se dirá en su lugar.

5 Poco despues volvió á lastimar el corazon del Rey la pérdida de su Hija Margarita, á quien tiernamente amaba, y en breves años fue á gozar corona eterna. Sintió mucho su Alteza la muerte de este Angel, porque la queria con grande ternura, y era de admirables partes en tan tierna edad. Sabía el Oficio de Nuestra Señora de memoria, y se hizo cantar el *Nunc dimittis* al morir. Escribió al Rey su Alteza, consolandole en este trabajo: á quien respondió su Magestad con tal discrecion, y espiritu, que me ha parecido poner aqui á la letra su respuesta, para que se vea quien gobernaba la mano al formar tan advertidas razones.

SEÑORA.

6 PUes Dios ha sido servido de llevarse para sí á Margarita, despues de pedirle con tantas oraciones su vida, es lo mas que nos debe de convenir á todos; y assi yo le he dado muchas gracias, por haber cumplido en mí su Divina Voluntad; y considerando esto, y en quan poco tiempo ha alcanzado ella, lo que tanto deseamos, y nos conviene, estoy muy consolado, y contento de tener en el Cielo tal prenda. Béso las manos de V. Alteza, por lo que me dice á este proposito en su papel, y por el sentimiento que ha tenido de este suceso, que es justo que V. Alteza temple con las consideraciones que sabrá hacer, como quien tan hecha está á ellas. Y tambien con vér que tiene una Sobrina mas ante el acatamiento de Dios, que le estará pidiendo, é intercediendo por V. Alteza. A todas dé V. Alteza mis encomiendas, por el cuidado que tienen de encomendarme á Dios. El guarde á vuestra Alteza como deseo. De Palacio, hoy Domingo 1617. *Buen Sobrino, y Primo de V. A.*

YO EL REY.

CA-

CAPITULO XVII.

MUERTE DEL ARCHIDUQUE Maximiliano, y los Emperadores Matias, y Ana, Hermanos de ſu Alteza.



LArga vida, grandes trabajos ofrece. El tiempo que todo lo conſume, iba deſapareciendo á la Infanta los Deudos, y los Hermanos. En eſte año de diez y ocho murió en Viena, en retiro eſpiritual, y pacifico, el Archiduque Maximiliano ſu Hermano, Señor de grande talento, y virtud, y que muchos años en varios ſuceſos ſe gobernó con igual valor, y prudencia. Defendió el Imperio contra el Turco, en las guerras que en ſu tiempo ſe ofrecieron, con esfuerzo increíble, llegando á pelear por ſu Perſona con tan maravilloſa conſtancia, que deſamparado de los ſuyos, renovó la batalla con ſu egemplo, y la venció con ſu ſangre. Llamado de la Nobleza de Polonia, para eligirle por Rey, por la muerte de Eſtefano, reconociendo en ſu Perſona todas las partes de Principe eſclarecido: gobernó eſta empreſa con mayor esfuerzo, que felicidad. Peleó con Sigiſmundo ſu contrario, con adverſa ſuerte; y deſpues de haberla tentado varias veces, cedió á la Voluntad Divina, que en mas ſegura vida, quiſo llevarle á la eterna. Vivió con claros deſengaños en Viena, los poſtreros años de ſu vida, vacando á los negocios públicos, entregado á la contemplacion de los eternos, ſino quando el bien comun le llamaba. Fue egemplar la devocion de eſte Principe: y de ſus egercicios compuſo un liibro de grande edificacion ſu Capellan mayor.

2 De los ſuceſos que mas mortificaron á ſu Alteza, fue la muerte de Maximiliano ſu Hermano, por el ſingular amor que le tenia. Pero eſte dolor no fue ſolo, pues el correo ſiguiente, llegó aviſo de haber muerto la Emperatriz Doña Ana ſu Prima, y poco deſpues el Emperador Matias ſu Hermano en la Ciudad de Viena: en el año de diez y ocho la Emperatriz, y el de diez y nueve el Emperador. Padecieron mas que gozaron eſtos Catolicos Principes el Imperio, y Provincias que Dios les encomendó, por haber ſido tan encendidas las guerras, y diſcordias, y el furor, y veneno Luterano, y Calviniſta ſobre manera inſolente, en

Bohemia, y en los demás eſtados. Succedió en todos los derechos, y en la defenſa de la cauſa Catolica, el Pio, y Valeroſo Emperador Ferdinando, paſando á la linea de Carlos Tio de ſu Alteza, la Corona Imperial que tantos años ſe conſervó en la de Maximiliano ſu Padre, de cuyos Hijos ſolo vivia Alberto, ſin tenerlos. Por eſto la caſa de Auſtria de conformidad puſo los ojos, y las eſperanzas en Ferdinando, Principe admirable en valor, eſpiritu, y zelo de la Religion, yá con hijos, y ſuceſion ſegura. Habia deſterrado á los hereges de todos ſus eſtados con esfuerzo, y corazon determinado, poſponiendolo todo por el ſervicio de Dios, y el rieſgo de una guerra muy cruda, por la exaltacion de ſu Fé.

3 Entrò en el Imperio con grandes contradiciones, levantando el Principe de las tinieblas á los hijos del ſiglo, contra eſte fuerte eſcudo de la Igleſia: ¿Mas quien puede contra Dios, que en eſtos tiempos quiſo con eſta coluna ſuſtentar la Fé? Làſtima es que no haya pluma Catolica, que eſcriba las proezas de Ferdinando Ceſar, y que tantos años, y tan claros ſuceſos ſe paſen ſin particular memoria, habiendo de ſer tan utiles á la poſteridad, y mereciendo tanto la fama. En todas eſtas muertes, y acaecimientos moſtraba ſu Alteza ſu eſpiritu, y corazon generoſo, acudiendo á la oracion, á encomendar las almas de ſus Hermanos, y la Religion Chriſtiana. Era de grande edificacion vér el valor de eſta Señora, el fervor, y paciencia con que padecia eſtos golpes, gobernando la parte natural del ſentimiento, con la reſignacion del eſpiritu. Tenia muy particular cuidado de encomendarlos á Dios, diciendo: que no habia coſa mas inutil, que demoſtraciones de dolor en los vivos, que no eran de provecho à los muertos. ¿Qué importa, decia, que llorémos por los muertos, ſino lloramos delante de Dios? Eſſo es llorar nueſtra pena, y no ſocorrerlos á ellos. Quien entró en la Religion, yá ſe murió; ſolo vive para ayudar con oraciones, y ſufragios á los ſuyos. Dios no me quita mis Hermanos, que ha muchos años que ſe los tengo dados, ſolo me priva el conſuelo de tratarlos, y eſto ofrezco yo con guſto à ſu Voluntad Divina.

CA-

CAPITULO XVIII.

TRATA SU ALTEZA DE TRAHER á las Descalzas à la señora Doña Catalina de Este, Nieta de la Infanta Doña Catalina, y del Duque de Saboya: parte aquella señora de Italia, y llega à España.



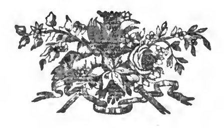
LOS desengaños que su Alteza tenia de la vanidad del mundo, y quantas penas escusan los que buscan á Dios por el seguro camino de la Religion, le hacia desear que huviesse personas de su sangre que siguiessen este santo instituto; ofreciósle á este deseo muy buena sazon el Principe Filiberto su Sobrino, Valido grandemente de su Alteza, por su prudencia, y vida egemplar. Dijo el Principe á su Tia, que la Princesa de Modena su Hermana le habia pedido tratasse con su Alteza, que tuviesse por bien de admitir en su compañia á la Religion una de sus dos Hijas. Era la Princesa de Modena, Hija del Duque de Saboya, y de la Infanta Doña Catalina, Princesa valerosa, y celebrada en Europa, por una de las mas perfectas, y prudentes de sus tiempos. No llegó á heredar su casa, por haber muerto el Principe su Marido antes que el Duque su Suegro. Y como era tan devota Señora, se correspondia muy estrechamente con su Alteza; escribianse todos los correos, y la Infanta la amaba tiernamente, assi por ser Hija de tal Madre, como por sus grandes virtudes. Recibió muy bien esta platica su Alteza, que el consagrar á Dios mas prendas suyas, era muy conforme á su corazon. Trataronlo con el Rey, pidiendole licencia para ello, y su Magestad, en quien reynaba igual zelo, y piedad, hizo facilmente este gusto á su Tia. Fue grande la alegria del Principe Filiberto, de llevar tan buenas nuevas à la Princesa su Hermana, y de dár á su Sobrina tal Maestra como su Alteza, cuya Religiosa Persona era seminario de tantas virtudes, tesoro de tantas gracias. Quando la Princesa supo, que su Hija estaba recibida en las Descalzas, dió muchas gracias á Dios; y en reconocimiento de este favor, ofreció á Doña Catalina Este, la mayor de las dos Hermanas, de edad de siete años.

2 Dispusose la jornada con la grandeza conveniente á su

Perſona. Tenia en Genova prevenidas las galeras el Principe Filiberto ſu Tio, para que paſaſſe á Eſpaña. Embarcóſe en ellas, y llegó con felicidad á Vinaroz. Era Virrey de Valencia el Marqués de Tabara, Señor de gran punto, cortesía, y liberalidad; y hallabaſe con orden de ſu Mageſtad, para que quando llegaſſe la Señora Doña Caralina á aquel puerto, la recibieſſe con el debido reſpeto. Cumplió puntualmente el orden que tenia el Marqués, y hoſpedó á eſta Señora en el Real de Valencia, y á todos ſus criados, y familia, que era muy lucida, con grandeza, regálo, y oſtentacion. Deſcansó en aquella Ciudad algunos dias, y en ſu amenidad, y freſcura halló facilmenre el alivio de tan larga navegacion. Dió aviſo el Virrey á ſu Mageſtad de haber llegado yá á Valencia ſu Sobrina, y alegróſe, porque deſeaba verla, y hacerle al tomar el habito grandes demoſtraciones de favor. Dió orden que continuaſſe ſu viage deſde Valencia á Madrid, y ſu Alteza la eſcribió muy amoroſamente, diciendole el alborozo con que la eſtaba aguardando. Partió de Valencia, y la acompañó la Virreyna al ſalir, y algunas Señoras, y el Virrey con toda la Nobleza de aqella Ciudad; previniendo, que por el camino tuvieſſe muy decente hoſpedage.

3 Caminaba con eſta bonanza, quando á las puertas de Madrid, á viſta del lógro de ſu jornada, nuevo accidente mudó el eſtado univerſal de las coſas, y ſuſpendió el llegar al fin deſeado; recibiendo orden de que con toda ſu caſa aguardaſſe en Colmenar de Oreja, á ſeis leguas de Madrid, adonde la Marqueſa de Eſte, con orden del Rey fue á aſsiſtirla, y ſervirla, cumpliendoſe largamente con todo lo neceſario á ſu regálo, y ſervicio.

Y en eſte lugar quedará, haſta que ſuceſo de mayores dependencias deſembaraze ſu entrada.



CAPITULO XIX.

MUERTE DE FELIPE TERCERO: Piadoso sentimiento de su Alteza, y lo que le sucedió en este caso.



EVE soplo es la humana felicidad, apenas nos alumbra con su luz, quando nos desengaña con su sombra. Tal fue en Felipe III. noble egemplo de esta deleznable vida, enmedio de su curso revocada. Lo que en este punto sucedió á su Magestad con la Infanta, es digno de escribirse, y admirarse, y que acreditan personas que hoy viven, como testigos de vista. Tuvieron estas dos almas entre sí estrecha correspondencia, porque anhelaban á un mismo fin, que es Dios. Habiase encargado su Alteza de manera con su Divina Magestad de los buenos sucesos del Rey, que dia, y noche instantemenre estaba orando por él. Llegó el año de diez y nueve, en que pareció conveniente, que hiciesse jornada al Reyno de Portugál; y la Infanta con el ansia de que todo se acertasse, acudió á la oracion con mucho fervor, pidiendo á Dios dicha, y acierto en resolucion tan grave. Dieronle á entender con luz superior á su Alteza, que serian tristes los efectos de la jornada, y con la llaneza que hablaba á su Magestad, le comunicó su sentimiento; suplicandole, que tuviesse por bien de dilatarla. El Rey respondió, que convenia al bien comun egecutarse, y que así no se podia escusar.

2 Volvió su Alteza á comunicar con Dios su cuidado, y hacerlo propicio con lagrimas, y oraciones; siempre le daban á entender lo mismo, y que de esta jornada resultaria perder el Rey la salud, y la vida. Dieronle tambien á entender, que digesse al Rey ciertos puntos convenientes al servicio de Dios. Su Alteza se los dijo: y que tuviesse por bien de andar siempre en esta jornada, con la santa intencion que vivia, de la mayor gloria de Dios; porque sin duda alguna, su Divina Magestad queria abreviar sus dias. Estas palabras le dijo en el Relicario, de donde se despidió el Rey á Portugál. Acabóse aquella penosa jornada; y á la vuelta, llegando á Casarrubios, yá indispuesto, le fue afligiendo el accidente, de suerte, que su Alteza, y todos recelaron,

que

que allí diera fin su vida. La Infanta con esta triste nueva, se puso á los pies de su Esposo, y con lagrimas le pedia, que dilatasse el plazo á la egecucion de este golpe.

3 Hirió los corazones de sus vasallos la enfermedad del Rey; y con las mayores demostraciones que se han visto, manifestaron en lagrimas, y publicos gemidos su dolor. Acudieron las Religiones con sufragios, con clamores el pueblo, en confusas, y lastimosas voces, pidiendo á Dios misericordia; llevando el sentimiento de Madrid á Casarrubios, llorando, y penando por essos montes, y caminos. Fue servido nuestro Señor de oír las oraciones del Pueblo; y mejorando de salud, llegó á Madrid, convaleció, y luego fue á visitar á la Infanta. Recibió á su Magestad con entrañable amor, viendole libre de tan conocido riesgo. Continuó el Rey las ocupaciones del gobierno de su Monarquía; y su Alteza los egercicios santos de su vida. Nunca se llegaba á la oracion, que no le pusiessen delante la muerte del Rey, y con tan claras luces, que no podia defenderse de conocimiento tan vivo. Hacianla fuerza interior que lo digesse al Rey, y su Alteza con grande fervor volvia á encomendarlo á Dios, y repetianle las mismas noticias; y asi sin poderlo escusar, huvo de rendirse al impulso.

4 Vino el Rey á visitarla, y su Alteza con mucha discrecion le fue llevando á la platica de los desengaños de la vida, riesgos, y prevenciones de la muerte. El piadoso Rey se holgaba con estas platicas; que su devota inclinacion, y costumbres, nunca las pudieron estrañar; y como veía que hablaba con cuidado, era mayor su atencion. Preguntóla si tenia alguna cosa que advertirle, que pues sabía quan estrecha correspondencia habian conservado tantos años, no habia para que recatarle ningun aviso. La Infanta le dijo quan claramente le representaban, que se acababan sus dias, y que asi se fuesse previniendo, y disponiendo. Oyó sin turbacion su Magestad las palabras de su Alteza. Y despues de haber hablado en otras cosas, al despedirse en el Relicario, estando en pie la dijo: Al fin, Señora, me he de morir presto? Y respondió la Infanta: dentro de este año; vuestra Magestad se disponga.

5 Pasaron algunos meses, y luego fue descaeciendo la salud del Rey, y brevemente á dar indicios mortales su enfermedad. Envió á decir á la Infanta con el Padre Fray Baltasar de los An-

ge-

geles, que fue Provincial de la Provincia de San Joseph, y su Confesor, que pues le habia avisado de su muerte, le ayudasse en ella, y despues á su alma con oraciones, y sufragios. Pero no necesitaba de este recuerdo el cuidado de su Alteza, que no se apartaba un punto del Coro, pidiendo á Dios por el Rey. Al fin llegó el plazo determinado á sus dias, y murió en su Real Palacio á treinta y uno de Marzo de mil y seiscientos y veinte y uno, con llanto universal de sus Reynos, por ser Principe de santas costumbres, claro entendimiento, corazon Real, intencion recta, condicion benigna. Gobernó sus Reynos mas de veinte años con pacifica mano, manteniendo en justicia á sus vasallos, moderando los poderosos, y socorriendo á los pobres. Libró á España del domestico recelo en que la tenian los convertidos de Africa, limpiandola felizmente de esta infame sangre con su expulsion. Ganó algunas fuerzas en Berberia; y en Italia sus Armas pelearon con valor, vencieron con benignidad, dando con largueza lo que habian adquirido con sangre. Dichoso en la sucesion de quatro Hijos, Felipe, Carlos, Fernando, y Alonso, y tres Hijas, Ana, Maria, y Margarita. Vió los cinco crecer à claras, y felices esperanzas, y á sus dos Hijos mayores, dichosamente enlazados con el vinculo del matrimonio. Fue magnanimo en las acciones de Rey, y pio en las de Christiano; egercitando en heroyco grado las virtudes, zelo ardiente en la Fé, pureza en la castidad, vigor en la justicia, amor á la penitencia, y el temor á Dios, en medio del corazon. Decia comunmente, que no le parecia, que habia Christiano, que osasse dar los ojos al sueño hallandose en conciencia de pecado mortal. Lejos estaria de hacer, lo que otros no creía que obraban.

6 Por muerte del Rey, sucedió de diez y seis años de edad en la herencia de un Mundo, compuesto de muchos Reynos, Felipe Quarto su Hijo, á imitar las virtudes de su Padre, y á dar en mas belicoso tiempo materia tan noble, que por no bastar á explicarla la pluma, es bien que la refiera el silencio, y la veneracion.

CA-

CAPITULO XX.

BREVE CON QUE EL PONTIFICE *explica à su Alteza el sentimiento de la muerte de Felipe Tercero. Y otras cincunstancias de este caso.*



UE la muerte del Rey de grande mortificacion para su Alteza; porque le faltó en su espiritual correspondencia uno de los mayores consuelos que tuvo en su vida. Hizo util este sentimiento al alma del difunto con sufragios, y fervorosas oraciones; castigando rigurosamente su cuerpo, á intento de que Dios tuviesse en su gloria al Rey, y abreviasse el termino á las penas, que suelen dilatar el gozo eterno. Nadie por santo que sea dége de temer purgar en la otra vida los defectos que ha cometido en ésta; que es delgada, y rigurosa la cuenta, donde los pensamientos se registran, y el leve mirar censura, tanto mas á los Reyes poderosos, que quanto mas les dieron, mas les piden. Asi como murió Felipe III. se recogieron al quarto de la Emperatriz en las Descalzas la Reyna nuestra Señora, y la Infanta D. Maria, y hallaron en su Alteza el mayor alivio que pudieron tener en tal pena. Fue el sentimiento de la muerte del Rey universal en toda la Christiandad, Principe Pacifico, y por tantas causas digno de vida. Explica bien el grave dolor de esta pérdida el Pontifice Gregorio Decimoquinto, en el Breve, que en esta ocasion envió á su Alteza con el Arzobispo de Tebas, Nuncio extraordinario, en que con paternales lagrimas llora su muerte, y ensalza su vida.



DI-

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali.

GREGORIUS PAPA XV.

2 *Dilecta in Christo Filia, Nobilis mulier. Salutem, & Apostolicam benedictionem. Negare sané non possumus, quin nobis adeò acerbus acciderit obitus, Charissimi in Christo filij nostri Philipi III. Hispaniarum Regis, ut ex oculis nostris uberes lachrymas elicuerit. Non enim cor nostrum lapideum, neque fortitudo ænea fortitudo nostra. ¿Quis enim contendere audeat nobis maximam doloris causam obiectam non esse eo Principe moriente, quem Christianæ pietatis exemplar, Pontificiæ auctoritatis præsidium, atque Italicæ pacis munimentum fuisse consentiens, omnium populorum vox semper testabitur? Sed profectò non est, cur ipsius causa magnopere doleamus, qui consolationes, è cælo usque petitas usurpare Christiani homines possumus. Is enim emori desijt ea die, qua mortem oppetijt; nam eam cum vivens continenter timuerit, tunc fæliciter vicisse credendus est, cùm è vita demigravit: quid ni? Cum Princeps tot veteris, novique Orbis Provincijs imperitans, cujus Imperio Sol nunquam occidit, tum demùm triumphare sibi videretur, cum Christi, per quem Reges regnant, pasionem proprio animo, circumferens, á mortali corpore pœnas humanæ fragilitatis pia sævitia repeteret. Hæc dum commemoramus, in eius præsentem fælicitatem oculos lacrymis suffusos adijcimus, atque inde dolori nostro non modicum profectó solatium quærimus. Iam verò gaudemus ei sucessorem obtigisse, non minus paternæ pietatis, quàm Imperij hæredem: cuius potentiam spes est, ut absque dubio maximum totius Europæ decus, ita præcipuum Catholicæ Religionis præsidium fo-*

re. Hunc ei paterni animi nostri sensum non ita pridem Apostolicis litteris significavimus: tamen cum decère visum fuerit ob id istuc Apostolicum Nuntium legare, selegimus venerabilem Fratrem Josephum, Archiepiscopum Thebanum, Præsulem genere nobilem, virtutibus insignem, Austriacæ domui, non solum subiectum, sed etiam spontè addictissimum. Ab eo literas has nostras accipies, qui tibi nostro nomine Apostolicam benedictionem impartiens, paternam charitatem, qua te Regia nobilitate in terris clarissimam, Christiana verò pietate cælo maximé gratam in visceribus Jesu-Christi peramanter complectimur, significabit. Ei ergo, per inde ac nobis ipsis, credes, cui si authoritate, qua polles, ubi usus venerit, suffragaberis, Sedi Apostolicæ pietatem, observantiamque tuam eo officij genere luculentissimè declarabis. Dat. Rom. apud Sanctam Mariam Maiorem, sub Annullo Piscatoris, die 27. Octobris 1621. Pontificatus nostri anno primo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido, dice assi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Margarita de la Cruz, Religiosa.

GREGORIO PP. XV.

1 Amada en Christo hija, Noble Señora. Salud, y Apostolica bendicion. No podemos negar, que nos ha sido tan grave el dolor de la muerte de nuestro Carissimo Hijo Felipe Tercero, Rey de las Españas, que con tiernas lagrimas le habemos llorado. No es nuestro corazon de piedra, ni de bronce nuestra fortaleza, para poder facilmente resistir tal pena. ¿Quièn puede dejar de sentir la muerte de un Principe reconocido, con aclamacion universal de las gentes, por

por vivo egemplar de la piedad Christiana? Por noble presidio de la Sede Apostolica? Por fundamento firme de la paz de Italia? Y no lloramos por su causa, que mayores consolaciones podemos conseguir del Cielo, que nos podia dar en la tierra. Poderosa es, y fuerte su mano, pues podemos creer que hoy vive, y reyna difunto, por haber dejado de morir en el mismo dia que acabó de vivir; que quien tan presente tuvo la muerte viviendo, decirse puede, que triunfó de la muerte. O rara virtud! Un Principe de tantas Provincias en el antiguo, y nuevo Orbe, cuyo Imperio vá rodeando el Planeta mayor de la luz, hallarse tan desocupado á las cosas del alma, que continuamente meditasse en la Pasion de Christo, por quien reynan los Reyes, y los defectos de la humana fragilidad, con penitente, y santo rigor, en su mismo cuerpo castigasse! Quando nos acordamos, y delante de los ojos, de llorar cansados, ponemos la felicidad de que goza, templamos en parte la pena. Y tambien nos holgamos que haya sucedido en su Real Trono Felipe Quarto su Hijo, no solo al Gobierno universal de tantos Reynos, sino á la imitacion santa de tantas virtudes, esperando de su valor, que no solo ha de ser ornamento de Europa, sino de la Religion Christiana, valerosa defensa. Esta cierta, y segura confianza, por nuestras Apostolicas Letras le habemos significado, entretanto, que con nuestro Nuncio Apostolico, el Venerable Hermano Joseph, Arzobispo de Tebas, le enviabamos con vivas razones á explicar nuestra pena. A esso solo parte de esta Corte este Prelado, varon en linage Noble, en las virtudes Insigne, de la Casa de Austria, no solo por su naturaleza vasallo, sino por su inclinacion, de cuyas manos recibirà vuestra Nobleza este Breve, y dandole en nuestro nombre la Apostolica bendicion, la declarará la caridad paternal con que la abrazamos, por tantas causas venerada en la tierra, y por tantas amparada del Cielo. Tambien la rogamos, que en quanto de nuestra parte le comunicáre, de credito, como á nuestra misma Persona, y los negocios que tratáre con el Rey Catolico, hallen en vuestra benignidad el amparo que acostumbran siempre los de la santa Sede. Dada en Roma, en Santa

ta Maria la Mayor, debajo del Anillo del Pescador, á veinte y siete de Octubre de mil y seiscientos y veinte y uno, de nuestro Pontificado año primero.

Juan Ciampolo.

4 Visitó á su Alteza el Arzobispo de Tebas, de parte de su Santidad, dandole un recado muy cumplido, en conformidad del Breve, y comunicandole todos los negocios que trahia á su cargo, suplicandola, que tuviesse por bien de favorecerle con su intercesion, assi con el Rey, como con los demás Ministros. Esto hacia su Alteza con particular gusto, por el amor grande que tenia á la Sede Apostolica, como hija tan amada de la Iglesia.

5 Por este tiempo sucedió á su Alteza otro motivo de no menor desconsuelo, que el de la muerte de Felipe III, habiendo acabado su dichosa vida en Bruselas el Archiduque Alberto su Hermano, año de 1621. consumido de la gota, que muchos años le habia trahido afligido. Fue Principe de grandes virtudes, y que se gobernó en todas edades, y puestos con igual prudencia. Crióse en España en la escuela del gran Felipe II. y de pocos años, le encomendó el Gobierno de Portugál. Vacó el Arzobispado de Toledo, y fue presentado en él, vistiendo tambien su Persona Serenissima la Purpura de la Iglesia, en la Dignidad de Cardenal: resplandeció con largas limosnas, admirables elecciones, dictamenes verdaderamente Eclesiasticos, y de grande perfeccion. Por muerte del Archiduque Ernesto su Hermano, fue á gobernar los Paises Bajos, de donde volvió otra vez á España, acompañando á la Reyna Margarita, para celebrar sus bodas con la Infanta Doña Isabél, en cuya compañia gobernó aquellos Estados con prudencia, y defendió con valor, llegando por su Persona á pelear con los rebeldes, hasta defender la Fé, con la sangre de sus venas, en la infelíz batalla de las Dunnas. Tuvo en gran reputacion las armas, gran zelo á la Religion, el corazon Catolico, y la vida egemplar. Sintió su Alteza la muerte de su Hermano con igual resignacion; antes tanto mayor, quanto mas tiernamente le amaba, no siendole de menor sentimiento la soledad en que quedaba la Infanta Doña Isabél su Prima. De esta suerte iba su Alteza en larga vida sobreviviendo á los suyos, ofreciendole el tiempo con tantas muertes, motivos de pena, y merito.

CA-

CAPITULO XXI.

CONTINUASE LA ENTRADA de la Señora Doña Catalina de Efte, en el Convento Real de las Defcalzas, donde tomó el habito de Santa Clara.



Ofegado yá efte inquieto mar de felicidad humana, á tantas borrafcas fujeto, en la nueva fucefion de los Reyes, habiendo dado forma el Serenifsimo Felipe IV. en el defpacho univerfal de todo lo ocurrente á fu Imperio; le pidió fu Alteza, que tuvieffe por bien de que fe egecutaffe la entrada de la feñora Doña Catalina, que fe habia fufpendido algunos mefes, por la muerte de Felipe III. y ocupaciones forzofas del Rey, habiendo eftado entretanto aquella feñora decentemente afsiftida, y fervida en Colmenar de Oreja. Condefcendió facilmente fu Mageftad en la intercefion de fu Tia: dió orden, que los Marquefes de Efte, con acompañamiento muy lucido de Grandes, y Señores, la tragef-fen á las Defcalzas. Apeófe en el quarto de la Emperatriz, y alli la recibieron, y honraron mucho la Reyna nueftra Señora, y la Infanta Doña Maria, donde fe hallaban tambien el Rey, y los Infantes, que habian venido de San Geronimo á efto; sí bien el Señor Infante Don Fernando fe hallaba en el quarto de las Defcalzas con fu Hermana.

2 Eftaba prevenido todo lo necefario, para que aquella mifma tarde fe le dieffe el habito; y afsi como llegaron fus Mageftades, y Altezas, la entraron en el Monafterio, y la prefentaron á la Infanta fu Tia, que la recibió con entrañas de verdadera Madre. Lunes Santo del año de 1622. recibió el humilde habito de Santa Clara, con feñalado efpiritu, y fervor, tomando por nombre, Sor Catalina Maria. Defde efte punto fe deftinó fu Alteza por Maeftra efpiritual de efta feñora, que en ocho años de edad habia anticipado fu dicha, confagrandofe á Dios. Fue de grande gufto á fu Alteza el criar efpiritualmente efta alma, y comunicarle fu fervor con nobles documentos, iluftrando aquella voluntad, y entendimiento en las primeras, y fuftanciales noticias. Enfeñabala fu Alteza á referirfe á Dios, y á entregar de todo cora-

zon

zon el alma á quien habia consagrado el cuerpo; y que ordenasse á este fin todas las acciones de esta vida. Este es el consejo mas importante, y el negocio que mas debemos imprimir en nosotros: buscar el Reyno de Dios, todo lo demas es menos. Enseñabala tambien, que se egercitasse en la oracion vocal, y otras oraciones que la niña aprendia, y observaba con grande aprovechamiento. Era Sor Catalina de ingenio vivo, de condicion agradable, facil á aprender, constante en conservar aquello que la enseñaban. Con brevedad supo la lengua Española, y la Latina, y escribia excelentemente; siendo el cuidado de su Alteza estremado, en que no huviesse cosa que no la enseñassen con gran perfeccion. Aficionóse sumamente á estar siempre con su Tia, y esta parte fue de las mas importantes para su aprovechamiento. Deciala algunas veces la Infanta: Niña, vete á entretener con las otras niñas de tu edad; y respondia con mucha viveza, y grandes demostraciones de amor: Señora, mis entretenimientos son estar con vuestra Alteza, y esta es mi mayor fiesta, y holgaria yo harto que lo entendiesse vuestra Alteza asi. Como la Infanta era tan sierva de Dios, y veía aquel amor, y blandura, y quan apriesa crecia á la Religion esta espiritual planta, no puede explicarse bastantemente su contento.

3 Con los santos documentos de su Alteza, fue señalandose en la virtud, y perfeccion Sor Catalina, de suerte, que todos concibieron seguras esperanzas de que habia de ser en la Religion Christiana Lucero clarisimo, que alumbrasse con claros desengaños al mundo. Fue cosa maravillosa el gusto con que se aplicaba á los egercicios de la Religion; tan contenta, y alegre, tan hallada, y gustosa, que solía decir: que no habia cosa, porque en esta vida quisiesse trocar su suerte. Algunos años despues que tomó el habito, llegó á Madrid el Arzobispo de Tarantasia, Embajador del Duque de Saboya, con orden del Duque, y de los de Modena, de saber cómo lo pasaba en la Religion, y que les llevasse de esto muy particulares noticias. Habló el Arzobispo á solas á Sor Catalina Maria algunas veces; y preguntóle con notable instancia, ¿si necesitaba de algun consuelo? Si deseaba vér á su Madre, y su Patria, ó se hallaba triste con su ausencia? Referia el Arzobispo con admiracion los particulares dones con que Dios tenia adornada aquella alma, y las vivas, y entendidas razones con que le respondió en la materia de su vocacion, quan

gus-

gustosa se hallaba en las Descalzas, quan agradecida á nuestro Señor de que la huviesse llamado á tan santo instituto, el gozo que tenia de estár en compañia de su Alteza. Quiso probar el Arzobispo, que tanto amor tenia á la Religion; y preguntòle, que supuesto que no habia profesado, en caso que muriesse su Alteza antes de profesar, ¿si volveria á Modena, ó á Turin? Respondió Sor Catalina, que estaba tan resuelta á vivir, y morir en la profesion que Dios la habia puesto, en compañia de aquellas santas Religiosas, que quando pudiesse ser el irse su Alteza á vivir á otra parte, con amarla tan tiernamente, como si fuera su Madre; no dejaria el Convento, quanto menos en caso que Dios se la llevasse, pues entonces se hallaba con mas obligacion de imitarla; no desamparando en la muerte, à quien tanto la favorecia en la vida. Que de veces sucede lo que miramos en esta resolucion, tomar Dios por medio para su amor el de las criaturas, y despues hacer que se nieguen á ellas por su amor. Por este tiempo Gregorio Decimoquinto escribió á su Alteza, en recomendacion de su Nuncio, un Breve muy favorecido, y devoto, y en que se deja facilmente conocer la justa estimacion que hizo de sus claras virtudes el Padre universal de la Iglesia.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ à Cruce Sanctimoniali.

GREGORIUS PAPA XV.

4 *Dilecta in Christo Filia, Nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Quæ divitijs paupertatem, & Regijs ædibus Religiosas cellas Crucis vexillum secuta prætulisti, non videris esse pluribus admonenda quò Dei causam ijs, quibus potes, armis tuearis. Decent enim Nobilitatem tuam illa Isaiæ verba:* Posuit me Dominus sicut sagittam electam, in pharetra sua abscondit me. *Sagittis enim non ornatur miles, sed armatur, easque depromit, ut amicos defendat, atque hostes ulciscatur. Ita existi-*

man-

mandum est, te in istud sanctimoniæ diversorium á Deo esse secretam, ut pietas tua Ecclesiæ salutaris, atque iniquitati formidolosa sit. Id autem contingit, si religiosis supplicationibus æternum mundi Arbitrum istis Regnis conciliaverit Nobilitas tua, omnemque, qua apud Catholicum Regem pollet, authoritatem ad Apostolicæ ditionis fines proferendos cotulerit, de illorum sententijs triumphans, qui inania meditantes Divini cultus incrementum á Regnorum fœlicitate seiungunt. Ad quam gloriam te hortamur in præsentia, in eius te possessionem iampridem versari comperimus. Quare in paternis his admonitionibus laudes suas agnoscere poterit Nobilitas tua. Quanti autem te faciamus, qui has litteras deferet, idem tibi luculenter testabitur venerabilis frater Innocentius Episcopus Britonoriensis, Prælatus noster domesticus, & Assistens. Istuc enim proficiscitur, ut nostrum, & Apostolicæ Sedis Nuntium Ordinarium agat, cùm venerabilem fratrem Alexandrum Patriarcham Alexandrinum Romam redire cupiamus, alios ex eius præsentia fructus percepturi. Apostolicam Nobilitati tuæ benedictionem deferet Episcopus Britonoriensis, cui Pontificia negocia obeunti fidem perinde, ac Nobis habere poteris, eaque, qua flores, authoritate suffragaberis Præsulem genere nobilem, ingenio præcipuum, diuturno rerum usu fidei, ac prudentiæ laudem adeptum egregiæ Nobis artes commendarunt, quæ illi haud difficultèr favorem conciliaturæ sunt Nobilitatis tuæ. Certè in Catholicam Religionem ea beneficia conferentur, quibus Nuntium hunc Austriaco nomini addictum, Nobisque gratissimum affeceris: ille enim suæ nobilitatis gloriam in Apostolicæ ditionis iuribus tuendis, & Divini cultus amplificatione constituit. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Maiorem sub Annullo Piscatoris, die vigesima quarta Junij, millesimo sexcentesimo vigesimo secundo. Pontificatus nostri anno secundo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al sentido, dice assi:

A

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Religioſa, Tia del Rey Catolico.

GREGORIO PP. XV.

5 AMada en Chriſto, hija, y Noble Señora. Habiendo vueſtro Real corazon preferido la pobreza, á las riquezas, y la celda Religioſa, á los Auguſtos Alcazares, para ſeguir la vandera de la Cruz, no neceſito de encargaros, que ayudeis la cauſa del Señor con las armas que ſervìs. Aplicanſe bien á vueſtra Nobleza las palabras de Eſaias: Puſome el Señor como ſaeta eſcogida, y en ſu aljaba me eſcondió. Las ſaetas arman mas, que adornan al ſoldado, ſacalas á ſu tiempo del aljaba, para defender al amigo, y para herir al contrario. Aſsi es de creér, que os ha retirado Dios en eſte ſanto Convento, para que vueſtra piedad ſea muy ſaludable à la Igleſia, y á ſus enemigos eſpantoſa. Eſto ſucederá, ſi procuraredes con vueſtras fervoroſas oraciones aplacar al Eterno Arbitro, para que mire benignamente ſus Reynos, egercitando aſsimiſmo vueſtra noble intercesion, y Autoridad con el Catolico Rey, diſponiendole, á que dilate los terminos de la Sede Apoſtolica, haciendola triunfar de los que con penſamientos, y conſejos vanos, ſeparan del culto divino la temporal felicidad. A la gloria de eſta accion os exhortamos, pues nos conſta de lo que vueſtra Nobleza ha hecho en ocaſiones como eſta. La ſatisfaccion que de eſto tenemos, conocereis en las paternales razones que os eſcribimos, y las dignas alabanzas con que las mezclamos: quanto eſtimamos vueſtra Perſona, os dirá el Venerable Hermano Inocencio, Obiſpo Britonoricenſe, Prelado, y Aſsiſtente nueſtro, que lleva eſtas lerras: parte de aqui, para que ſea nueſtro, y de la Silla Apoſtolica Nuncio ordinario, por-

que deseamos, que el Venerable Hermano Alejandro, Patriarca Alejandrino, vuelva à Roma con igual fruto de su caudal, del que en essa Corte nos ha dado. El os lleva nuestra Apostolica bendicion, à quien quando tratare de los negocios de la santa Sede, podeis dar el credito que á nuestra misma persona, y con la grande Autoridad que tiene vuestra Nobleza, le ayudareis, que es Prelado en el linage noble, en el ingenio singular, en el uso de las cosas egercitado, y de tal prudencia, y fidelidad, que ha merecido por ella las alabanzas y recomendacion, que trahen consigo partes tan aventajadas; las quales facilmente le grangearán vuestra gracia, por ser este Nuncio tan observante de la Casa de Austria (y si ahora os lo pareciere, mas grato nos serà.) Y porque toda la gloria de su nobleza libra en defender los derechos de la Apostolica Sede, y la propagacion del culto Divino; quantos favores se le hicieren, será como si los recibiesse la Religion Catolica. Dado en Roma en Santa Maria la Mayor, debajo del Anillo del Pescador, à 29. de Junio de 1622. de nuestro Pontificado año segundo.

Juan Ciampolo.

6 Por este tiempo llegó á esta Corte el Archiduque Carlos, Hermano del invicto Emperador Ferdinando, Tio del Rey nuestro Señor; y quando mas alborozados estaban en ella con su Persona, lastimó universalmente el dolor de su temprana muerte. Dióle una grave enfermedad, que acabó su vida, y las esperanzas de que con su prudencia, y valor habia de beneficiar este Principe las Provincias que el Rey nuestro Señor le encargasse. Fue de grande pena á su Alteza la muerte de su Primo Hermano, siendo circunstancia agravante el haberle faltado el consuelo de poderle hablar; porque la enfermedad arrebató tan presto al Archiduque, que aun no habia tenido tiempo de verse con su Alteza. Tal es la instabilidad de esta vida, el peligro con que se conserva, y la facilidad con que se pierde.

CA-

CAPITULO XXII.

TRATA SU ALTEZA DE TRAHER à su compañia, y profesion á la Marquesa de Austria su Sobrina, Hija del Emperador Rodolfo, y parte de Alemania.

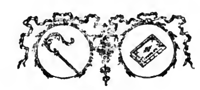


EL amor que su Alteza tenia á la Religion, y el deseo de consagrar á Dios personas de su sangre, le hacia mirar á todas partes con mucho cuidado, para traherlas á este seguro, y santo estado. Dejó el Emperador Rodolfo su Hermano una Hija criada en su Palacio, su nombre Doña Dorotéa, Marquesa de Austria, quedó de muy tierna edad, y el Emperador Matias, que le sucedió, y la Emperatriz Doña Ana su muger, Señora de raras virtudes, como se hallaban sin Hijos, se movieron con particular amor á criar esta niña. Trageronla á Palacio, y en la confirmacion le pusieron el nombre de Ana, para que sirviesse de nueva prenda de su aficion. Criabanla como á Señora, por tantos titulos digna de su amparo, descubriendo con la edad admirables gracias naturales; en el rostro la Magestad, y en las inclinaciones la gracia. Queriala la Emperatriz mas que si fuera su Hija; y habia propuesto de formar una Princesa, en todas sus cincunstancias perfecta. Asi iba corriendo el tiempo, y la dicha de la Marquesa de Austria; quando la voluntad de Dios, que con secreta providencia la encaminaba á no imaginados sucesos, turbó su felicidad, para ocasionarsela mayor. Dió la ultima enfermedad á la Emperatriz Doña Ana; y quando vió que crecia su accidente, envió á la Marquesa, que entonces tenia siete años, á un ilustre Monasterio, que hay en Viena de Monjas Reglares de S. Agustin, titulo de *Porta-Cœli.* Llevóse Dios á su Magestad Cesarea, y poco despues al Emperador Matias, y á los Archiduques Maximiliano, y Alberto; con que volvió otra vez la Marquesa á hallarse en mayor desamparo.

2 Sucedieron por este tiempo los movimientos, y guerras de Alemania; y con esta ocasion trató su Alteza con el Rey Felipe III. que tuviesse por bien de disponer, que su Sobrina viniesse á las Descalzas, en donde en qualquiera suceso estaria mas de-

centemente asistida. Admiriólo el Rey, pero murió antes de poderlo egecutar, y asi se continuó esta platica con el Rey nuestro Señor (Dios le guarde) que con mucho gusto dió su beneplaciro. Pidió su Alteza al Emperador Ferdinando su Primo, que mandasse sacar del Monasterio á su Sobrina, y llevarla á Palacio, para que alli se dispusiesse mejor su jornada. El Emperador lo puso en egecucion, dando orden que en todo se cumpliessen las que su Prima diesse, y recibió á la Marquesa en su casa con mucho agrado, y amor. Platicóse en España, y Alemania, particularmente con su Alteza en qué forma se habia de hacer la jornada, por estar la guerra viva en el Norte, y poco segura Italia. Pareció lo mas conveniente, considerada su tierna edad, y la ocurrencia de los tiempos; que viniesse desconocida hasta España, acompañada de criados de confianza, y con el numero bastante para su regalo, y servicio.

3 Partió de Viena, viniendo por el camino, ocultando las demostraciones que podian manifestar su grandeza. Avisó á la Infanta el Cesar, que habia partido su Sobrina; y su Alteza, con el ansia que tenia de que llegasse, y verla Esposa de Christo, comenzó para este efecto à disponer las verdaderas diligencias, haciendo decir gran numero de Misas, y que personas muy santas lo encomendassen á nuestro Señor, no dejando instante sin pedirle, que la tragesse con bien. Hallabase con interior sentimiento de los peligros que habia de padecer la Marquesa: y enmedio de esta pena, con firme esperanza, que la libraria Dios de ellos. Pasó por Alemania, é Italia con felicidad; y embarcóse en Genova, en donde habia orden del Rey, para que le tuviessen prevenido acomodado, y seguro pasage, y la sirviessen como convenia á Persona de tal grandeza, y sangre.



CA-

CAPITULO XXIII.

EMBARCASE LA MARQUESA DE AUSTRIA en Genova. Y lo que padeció hasta desembarcar en Barcelona.



Mbarcóse en Genova la Marquesa de Austria en tres galeras, con toda su familia, y con ellas navegó la costa de Italia, y Francia, y el Golfo con felicidad. Llegó á reconocer á España, creyendo todos haber salvado el peligro, con verse fuera de aquel breve pielago de tantos naufragios. Mas en este punto le salteó cuidado mayor, reconociendo una esquadra de galeras de Turcos, que tomandoles la vuelta de la tierra, enderezaban las proas á la presa, que se les iba viniendo á las manos. Eran las galeras de Biserta, que infestan aquellas costas, y tienen hecho assiento de andar en corso, librando su ganancia en la agena pérdida, y servidumbre. Reconocieron nuestras galeras el riesgo, pocas combatidas de muchas, sin tiempo, ni distancia para salvarse; con desiguales fuerzas para resistirse. Daban caza apriesa los Turcos, cañoneando tan de cerca à los nuestros, que apenas perdian tiro.

2 Era sin duda miserable cosa oír las voces, y afliccion de los navegantes, viendose tan cerca de servidumbre tan dura. Pedian á Dios, que les ayudasse, y con entrañables deseos se ofrecian á votos, y peregrinaciones. La Marquesa Dorotéa, y toda su familia temia tan conocido peligro, considerandose yá en manos, no solo de enemigos, sino infieles, y barbaros, despues de tan largo viage, á vista del puerto de España. El Cabo de las galeras era hombre de valor, y animaba á los soldados, y pasageros, que muriessen en la defensa, antes de verse en tan miserable cautiverio. Habianle descubierto quien era la Persona Real que llevaba, quando embarcó en Genova, porque con mayor cuidado acudiesse á su servicio: y como hombre de mar, y mas militar, que politico, viendo que aquella Niña habia de ser despojo de los barbaros, se resolvió de echarla á la mar, pareciendole menor inconveniente, que aquel Angel acabasse en las ondas, que reservarla à tan indigno suceso. Estaban yá tan cerca los Turcos de nuesf-

nueſtra galera, que ſe reconocian los roſtros, defendiendoſe los Chriſtianos, con mayor esfuerzo, que eſperanza.

3 En eſte tiempo Dios (que ſin duda oía las oraciones de ſu Alteza en las Deſcalzas, y de los navegantes en el mar) en un inſtante, con aquella providencia, á nueſtra naturaleza impoſible, y facil á ſu poder, los libró de eſte peligro con otro; porque antes que los enemigos pudieſſen abordar nueſtras galeras, y rendirlas del todo, fue refreſcando el tiempo, y los vientos con tanta furia embraveciendo las ondas, que yá el enemigo cuidaba mas del propio remedio, que del daño ageno. Envió Dios tempeſtad tan deshecha, que ni eran utiles los remos, ni podian gobernarſe las velas; con que ſe fueron dividiendo unas galeras de otras, ſin poder hacer mas que defenderſe del tiempo. Fue increíble el gozo de los Chriſtianos, quando ſe vieron con tan impenſado remedio, libres de tan evidente peligro, teniendo por mas piadoſo al mar, que al enemigo. Creció la tempeſtad, y los vientos, de ſuerte, que deſaparejaron la galera en que venía la Marqueſa, y rompieron el arbol mayor, llevando las ondas aquel deſdichado leño de una parte á otra, ſin poder ſer gobernado. Abrieron los golpes de la mar los coſtados de ſuerte, que hacia mas agua de la que podia vaciar la diligencia humana, con que ſe iba apique ſin remedio. Llevóles la furia de los vientos hácia la coſta de Barcelona, con tan grande violencia, que llegaban á temer mas la tierra, que el mar. Era de grande láſtima verſe tan cerca de la coſta, temiendola, y á viſta de Eſpaña, guardarſe de Eſpaña, quien de tan lejos la venía á buſcar. Los golpes del mar entraban yá francamente en la galera, y habianſe llevado algunos navegantes las ondas: otros creyendo ſalvar el peligro nadando, perecieron en el miſmo remedio que buſcaban.

4 Lloraba la deſconſolada Princeſa amargamente, y decia: Si mi Tia la Infanta MARGARITA ſupiera que yo habia de morir tan miſerablemente, no me huviera ſacado de la Corte de Viena; pero pues Dios lo ha querido aſsi, cumplaſe ſu voluntad. Reconocieron deſde la coſta los Catalanes, que era galera del Rey la que ſe hallaba en aquel naufragio; y aſsi ſalieron barcos de peſcadores, y otra gente á la mar, para vér ſi podian darles cabo, y ſocorrerlos. La mar andaba tan alta, que no dejaba acercarſe á la galera, porque las ondas hacian intratables los remos. Mirabanſe unos á otros; y en confuſas voces ſe pedian remedio,

ayu-

ayudandose con los deseos, zozobrando entretanto la galera. En este punto tuvo suerte un barco de poderse acercar tanto, que un criado que habia servido mucho tiempo al Emperador Rodolfo, llevando consigo á la Marquesa, se arrojó de la galera al barco, con bien dichoso riesgo de la vida. Siguieronle algunos de la familia del Cesar, que escaparon por aquel camino; pues apenas habian pisado la tierra, quando á sus mismos ojos se fue apique la galera, pereciendo quantos quedaron en ella, sino es los que tuvieron suerte de favorecerse de otros barcos, que en gran numero habian salido á socorrerlos.

CAPITULO XXIV.

LLEGA LA MARQUESA DE AUSTRIA à Madrid con grande contento de su Tia, y toma el habito en el Real Monasterio de las Descalzas.

COmo la Marquesa era tan niña, y se habia visto en tal peligro, y morir ahogados dentro de la galera, antes de salir de ella mas de treinta personas; salió con tan gran desaliento, que huvo menester repararse algunos dias en la Ciudad de Barcelona. Halló mucho acogimiento, y regálo en Don Juan Sentis, Obispo de aquella Ciudad, que hacia oficio de Virrey del Principado. Tenia yá orden de su Magestad, de que si llegaba á aquel puerto esta Señora, la asistiesse, y sirviesse, como era razon, y cumplióla con larga, y liberal mano. Perdiose con la galera toda la recamara de la Marquesa, la ropa de su familia, muchas jojas que le habian dado los Emperadores sus Tios, y muy ricos, y preciosos relicarios, que enviaban á su Alteza. Por esto tuvo bastante materia, en que poderse egercitar la buena voluntad del Obispo, y despues de haber servido algunos dias, y regaladola con gran decencia, y abundancia, partió de Barcelona á Zaragoza.

2 Era Virrey de Aragon Don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa; y como se hallaba prevenido del Rey, y de su Alteza, como quien tanto se preciaba de su criado, por hijo de Don Juan de Borja, Mayordomo mayor de la Emperatriz,

triz, hospedó en su casa con grandes demostraciones á la Marquesa. Partió despues de haber descansado algunos dias; y parecióle al Virrey que era decente fuesse acompañada con ministro Español de satisfaccion hasta Madrid, porque en el camino se asseguraſſe su regálo, y servicio. Para esto nombró á Diego Geronimo de Vera, del Consejo patrimonial de aquel Reyno, Tesorero del Rey, Caballero de muy buenas partes, que acudió á esta obligacion con mucha discrecion, y cuidado. Quando llegó á Alcalá la Marquesa, habia enviado su Alteza á recibirla, y hospedarla, con Don Gabriél de Alarcón, Caballero de la Orden de Santiago, Contador del Tribunal de la Contaduria mayor de Cuentas, hijo de Luis de Alarcón, que con igual fineza, y acierto continuaba el servicio de su Alteza en los ministerios que su padre. Llevó Don Gabriél orden de regalar, y servir á la Marquesa, y carta de su Tia, en que la decia la alegria con que la estaba aguardando. Fue tambien á Alcalá á visitarla el Conde de Frankemburg, Embajador del Emperador, Sobrino del Conde Juan Chevenhiller, de quien se ha hecho mencion en esta Historia. Otro dia acompañada de la Condesa de Frankemburg, y el Conde su marido, partió de Alcalá, y llegó á Barajas, en donde en el Monasterio de Descalzos de nuestro Padre San Francisco, comió publicamente, servida con el decóro conveniente, descubierto yá el secreto con que habia venido desconocida hasta alli. De Barajas, vino á la huerta del Condestable, en donde la tenia hecho el aposento con grandeza, y ostentacion conveniente la Condesa de Olivares, cuya discrecion, y agrado hizo mas sazonado el hospedaje. Acompañabanla las Marquesas del Carpio, y Alcañices, hermanas del Conde Duque. Desde alli fue otro dia la Marquesa de Austria, acompañada de las Condesas de Barajas, y de Frankemburg, en secreto, y sin ostentacion, á visitar á su Tia á las Descalzas, con quien se alegró su Alteza, como con una prenda tan estimada, y que la habia reservado el Cielo, para calificarla mas en la tierra.

3 Luego el siguiente dia se dispuso la entrada pública en el Convento, que fue muy solemne, con la presencia de los Reyes, y de los Señores Infantes, Carlos, Ferdinando, y Maria, el Conde Duque, y otros Grandes, y Ministros de la Corte, y presentaronla á su Tia, que la recibió con particular gusto, por dar á Dios esta ofrenda en sacrificio. Recibió el habito algunos dias despues,

pues, en la Dominica Infra Octava de la Epifania, dia en que se celebra la Fiesta del Niño perdído, año mil y seiscientos y veinte y quatro. Continuó hasta tener cumplida la edad del Concilio, los que le faltaban, con singular egemplo, y perfeccion. Y el de veinte y ocho á 18. de Septiembre, dia en que este Real Convento celebra el soberano nombre de Maria, hizo su profesion, con grande solemnidad, assistiendo los Reyes, y la Nobleza de España: y profesa sigue tan de cerca las altas virtudes de la Serenissima Infanta su Tia, y crece, y en ellas resplandece con tan notables rayos de perfeccion, que por no dar pena á su modestia, deja de dilatarse en sus alabanzas la pluma. Por este tiempo la Santidad de Urbano VIII. envió por su Nuncio Apostolico al Obispo de Gravina, con quien remitió á su Alteza este Breve, aprobacion digna de sus claras virtudes.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ, Nobili Mulieri, Margaritæ à Cruce Sanctimoniali, Regis Catholici Amitæ.

URBANUS PAPA VIII.

4 *Dilecta in Christo filia, Nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Quæ sceptrum gerere, & notationibus imperitare poterat Nobilitas tua, Christo famulari, & à Cruce cognomen sumere maluisti. Eiusmodi consilium, quòd de humanis cupiditatibus triumphavit, faventis cœli gaudio, & admirantium terrarum plausu comprobatur. Non tibi tamen uni omninò consulere debes publicæ salutis oblita. Quàm Catholici Reges authoritate, & armis ditionem Religionis propagant, eam propugnare potes precibus, & consilio. Existimat proindè non leve, sibi præsidium fore in tua pietate Venerabilis Frater Julius, Episcopus Gravinensis, Prælatus noster domesticus, & Assistens, quem genere clarum, & virtute præcipuum istuc Nuntium Apos-*

Apostolicam allegamus. Decretum enim ei est unam Divini nominis gloriam, & Provintiarum istarum fœlicitatem in consilium adhibere. Utraque autem cum Austriacorum Principum votum sit, facile iisdem artibus benevolentiam vestram quæret, quibus voluntatem nostram demeruit, & Pontificiæ authoritatis iura tuebitur. Ea ne spès illum fallat curari, cupimus á te, cui ille benedictionem nostram deferet, & benevolenciam testabitur. Ei autem perindè, ac nobis ipsis, credere poterit Nobilitas tua, quam non solum Sacerdotij cultricem, sed etiam propugnatricem in istis Regnis nuncupari Romana Ecclesia Exoptat. Datum Romæ, apud Sanctum Petrum, sub Annullo Piscatoris, die 23. Januarij, 1624. Pontificatus nostri anno primo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido, dice asi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, Noble Señora, Margarita de la Cruz, Religiosa, Tia del Rey Catolico.

URBANO PP. VIII.

5 AMada en Christo hija, Noble Señora. Salud, y Apostolica bendicion. Pudo vuestra Nobleza mandar las Naciones, y gobernarlas, y trocó el Cetro en Cruz, y la ocupacion de mandar lo mayor del mundo, en la gloria de obedecer en los estrechos Claustros de un Convento. Y aunque la resolucion de triunfar de la vanidad humana ha sido aprobada del Cielo, con gozo, y de la tierra, con aplauso; pero no es conveniente, que atendiendo solo á vuestra salud, olvideis el público repáro, y conservacion: porque las Provincias que el Catolico Rey con sus armas, y autoridad con-

fer-

ferva en la Iglefia; bien es que fean mas felices con vueftras oraciones, y confejo. A efta caufa cree el Venerable Hermano Julio, Obifpo Gravinenfe, Prelado, nueftro domeftico, y afsiftente, que ha de hallar en vueftra Nobleza fingular amparo. Es Varon en el linage claro, en la virtud noble. Enviamosle de nueftra Corte à effa por nueftro Nuncio Apoftolico. No es otro fu defignio, ni el nueftro, que juntar los Reynos á la defenfa comun del nombre Chriftiano; y como éfte haya fido fiempre el de la Cafa de Auftria, facilmente creemos, que fe lograràn fus defeos, y los nueftros en efta ocafion. Efto fe affegura con vueftro favor, y en prendas de la confianza con que de ello quedamos, os dará nueftra Pontificia bendicion, como fiel teftigo de nueftra benevolencia. A él, como á nueftra mifma perfona, podrá creer vueftra Nobleza; de quien efperamos, que afsi como la reconocemos devota, la hemos de experimentar defenfora de la Santa Sede. Dada en Roma, en San Pedro, debajo del Anillo del Pefcador, á veinte y tres de Enero, de mil y feifcientos y veinte y quatro. De nueftro Pontificado año primero.

Juan Ciampolo.

Inferior es qualquiera ponderacion á las palabras con que el Padre univerfal de la Iglefia enfalza la vocacion, y perefeccion de fu Alteza.



CAPITULO XXV.

PRUEBA QUE DIOS HIZO DE LA VIRTUD de su Alteza, con un accidente grave á los ojos.

LOS años, y los trabajos, y el ir su Alteza por el camino universal del padecer, á la suerte comun del morir, fueron debilitando mucho su salud. Eran grandes, y muy ordinarios los accidentes de enfermedad, que la afligian, solo menores que su disimulacion, quejandose en ellos, y ocultandolos con tal destreza, que quantos despues sabian lo que habia padecido, admiraban que lo huviesse podido tolerar. La Religiosa que la assistìa andaba siempre zelando estas cosas, suplicandola, que tuviesse por bien de manifestar sus achaques, pues veìa el daño que el dissimularlos causaba, y algunas veces con amorosa impaciencia, la decia: Ea, Señora, mire V.Alteza que yá esto es demasiado sufrir, y pasa de la regla de la razon. ¿Quiere dejarse morir? Respondia con mansedumbre, y humildad: Valgame Dios,hermana,todo lo que pasa se ha de saber?No veis que el Señor, por silicios, y asperezas me ha señalado estos achaques, y es justo abrazar esta mortificacion con el amor que se debe á la mano que la envia. Estas enfermedades, hermana, son tesoros, y ninguno pone su tesoro en la calle, ni luego lo dá á entender, porque se lo robarán. Por este tiempo fue creciendo en su Alteza un accidente, que muchos dias lo tenia previsto con la luz espiritual que la alumbraba.

2 Fue naturalmente muy curiosa, y aliñada, y holgaba que todo estuviesse con la gracia,y aséo que convenia, señaladamente el Culto Divino, ornamentos, y aderezos de la Iglesia. Esto procuraba que fuesse muy decente, y devoto; y quando se los mostraban, ocupaba con grande gusto la vista en mirarlo, y reconocerlo. Dár sazon à los vestidos, y galas del Niño Jesus, y de la Virgen,era su mayor recreacion. Usaba la gracia de la naturaleza, y alegrabase la naturaleza con la gracia; porque à la curiosidad natural se ajustaba el espiritu,que holgaba de vér adornado lo mismo que amaba.

Quién

3 ¿Quién creerá, que en el camino interior tiene aquí que reparar la censura, y que una recreacion tan devota pudiera zelarla Dios? Veía su Alteza con luz superior, que aunque estas cosas eran santas y honestas, cebaba en ellas aquel noble sentido, y por él podia entrar algun afecto de propiedad al alma. De aqui le resultaba en el contento mismo, el descontento; y apenas se gozaba en lo que miraba, quando interiormente le ponian delante el gozo de lo que veìa, para que se enristeciesse en la alegría, y se purificasse en la pena. Salía de estas cosas desabrida, entrando en ellas contenta; y reprehendíase mucho el no tener mortificado aquel sentido. Proponia enmendarse, y cerrar los ojos al gusto; pero en viendo el objeto delante, descaecía el proposito, y vencía la naturaleza. Sentía esto notablemente su Alteza; ibase á Dios, y acusabase delante de él, deciale: Que estaba perdída, que tuviesse por bien de remediarla, aunque fuesse quitandole la vista. ¿Para qué quiero yo los ojos, decia? Sobrame la vista del cuerpo, con la luz que me dais en el alma? Que guste yo de vér otra cosa que á Vos, y no baste á encerrar esta vista en la clausura de la mortificacion? Cerrad Vos, Señor, las ventanas, que yo no sè cerrar, porque no entre por ellas al corazon que os adora, otro gusto que el vuestro. Prendedme este ladron, que quiere robarme el tesoro de vuestro amor, intentando, que áme lo que miro, y olvide lo que ámo. Era muy fervorosa la oracion que sobre esto hacìa, y lo que instaba con Dios, para que tuviesse por bien de mortificarla este sentido. Hacía penitentes devociones, limosnas, mandaba decir Misas a estò intento, que como tan egercitada en el camino espiritual, conocia quánto importa la perfecta abnegacion de los sentidos, y á qué leves aficiones suele asirse el alma, por no irle á la mano en los principios.

4 Duróle esta lucha interior muchos años, y en todos ellos vivia atormentada con sus ojos, dandole pena mortal, lo que holgaba de vér las devotas alhajas que la ponian delante; hasta que Dios, que miraba con vista amorosa la vista de su Alteza, fue poco á poco privandola de ella, para que viesse mejor. Desde el año de 21. le vinieron grandes corrimientos á los ojos, sin saber los Medicos hallar el origen del mal. Iba cada dia creciendo, y la fuerza del humor turbandolos de suerte, que no podia sufrir delante la luz, siendole enojosa la claridad, que antes le era

me-

medio para la alegria. Huía de lo que primero buſcaba,y no podia uſar de la viſta ſin mucho dolor. De eſta ſuerte, denrro de poco tiempo ſe fue hallando en penoſo eſtado, abrazando el trabajo con interior contento, por reconocer en él la poderoſa mano de ſu Eſpoſo.

CAPITULO XXVI.

TRATAN DE CURAR A SU ALTEZA del mal de los ojos: rindeſe à eſto por la ſanta obediencia, y què efecto tuvo la cura.


LA enfermedad que á ſu Alteza cauſaba mayor merito que pena, era intolerable á los Reyes, que tan tiernamente la amaban; porque como ſe iba aprieſa agravando el accidente, y perdiendo la viſta del todo, deſeaban intentar, ſi podia ſer detenido el curſo del mal. Lo miſmo la ſuplicaban las Religioſas, con grandiſsima inſtancia, perſuadiendola, que ſe curaſſe, y que dejaſſe aplicar remedios á una enfermedad tan penoſa. Su Alteza que ſabía, que el origen de ſu mal dependia del origen de todo ſu bien, y fuente de miſericordia, y que por aquel camino queria Dios aſſegurar ſu perfeccion y coronar ſu virtud, reſiſtia el ponerſe en cura. Y á las vivas, y apretadas inſtancias que la hacian, reſpondia: Mirad que sé, que me quiere Dios de eſta ſuerte, pues no he acabado de perder la viſta; dejadme en eſta pena, que mas quiero vér con ella poco, que ſin ella lo que no me conviene. Creedme, que las medicinas no han de ſer de provecho; y que antes bien me han de quitar la poca viſta que me queda. Ultimamenre, ſus Prelados la ordenaron por obediencia, que ſe dejaſſe curar. Y ſu Alteza dijo: Pues me lo manda la obediencia, ſea en hora buena; pero yo sé, que el remedio ha de parar en padecer mas, y vér menos. Dios me dará fuerzas, y paciencia; prevengolos á todos, no ſe eſcandalicen, ſi me vieren poco ſufrida, tomando en cuenta mi grande flaqueza.

2 Dióſe con eſto principio á la rigoroſa cura de unos aceytes muy fuertes, y corroſivos, que le ponian en los ojos, y como en partes tan ſenſibles, la cauſaban un dolor tan inrenſo, que decia muchas veces: Cierto, hermanas, que quien paſſa por eſte do-

dolor que yo fiento, puede pafar por qualquiera martirio, con el ayuda de Dios; él lo reciba, y lo ponga con los de fu Santa Pafion, dandome paciencia, para que no defperdicie tan gran bien, como fu Divina Mageftad me eftá haciendo. Padeció en efta cura terribles dolores, de fuerte, que la hacian temblar todo el cuerpo, y algunas veces la vinieron á privar del fentido. Pedia con mucho amor, y ternura á las Religiofas, que le pidieffen á Dios la dieffe paciencia, y recibieffe aquel dolor; y fiendo mayor de lo que puede ponderarfe, no huvo quien la oyeffe quejar, ni decir palabra menos devota de las que fe han referido.

3 Profiguióſe efta rigurofa cura veinte dias, defpues de los quales, abriendo los ojos una mañana, y no viendo luz alguna, creyendo que las ventanas eftaban cerradas, pidió á una de las Religiofas, que fe las abrieffe. Refpondióle: Señora, abiertas eftan, y entra mucha luz por ellas: Dijo fu Alteza con grande paciencia, y manfedumbre: Pues fi effo es afsi, yá yo eftoy ciega del todo, porque no veo la luz; y con gran conformidad, dijo: Sea Dios bendito, que afsi lo quiere, yo me conformo con fu fanta voluntad. Turbaronfe las Religiofas que fe hallaron prefentes, y fu Alteza las dijo con mucha ferenidad: No os dé cuidado, que Dios que me dá efte pequeño trabajo, fabe muy bien que me conviene, y muchos dias ha que le he fuplicado pufieffe la mano de manera en mis ojos, que los abrieffe á la verdad.

4 Paffados algunos dias mejoró algo efte penofo, y grave accidente, y volvió á reconocer la luz; pero Dios, que no levanta la mano de fu obra, permitió, que le fobrevinieffe otro corrimiento, con que fe apoftemaron los ojos, y fe renovó el trabajo. En efta ocafion, renovando la refignacion, fe ofreció á padecer aquel penofo egercicio todo el tiempo de fu vida, y olvidada de fu dolor, fe compadecia de la Religiofa que la curaba, diciendo: Perdonadme, Hermana, por amor de Dios, lo mucho que os doy en que entender, á fé, que teneis bien en que egercitar la caridad conmigo.

5 Padeció afsi muchos mefes; y fiendo, como era, terrible y de grande dolor, nunca en todo efte tiempo la oyeron dar á entender el pefo de fu Cruz, pafando los dias y las noches, fiempre con aquella blandura, y difimulando con femblante alegre y guftofo, la fuerza del mal. Admirabanfe todas las Religiofas y preguntabanla: ¿Cómo es pofible, Señora, que vueftra Alteza ten-

tenga tanta paciencia, con tan penosos trabajos? Y respondia con mucha alegria: ¿Os parece que estoy paciente? Pues cierto que no me lo parece á mí, antes creo, que si qualquiera de vosotras lo tuviera, lo pasara mejor, y diera mas buen egemplo: porque yo soy muy delicada, y mal sufrida. Tan bajamente sentia de sí, tan altamente sentia de Dios su sierva, que lo que admiraban las Religiosas, como rara virtud, miraba su Alteza como imperfeccion.

CAPITULO XXVII.

CRECE LA ENFERMEDAD DE SU ALTEZA, y corrimiento à los ojos: la paciencia con que toleraba este mal.



NO hay medicina bastante, si el Medico de las almas, Jesus Señor nuestro, no aplica su virtud á los remedios. Como era tan grande el amor que todas las Religiosas tenian á su Alteza, ninguna habia que no se ofreciesse al cuidado de encomendarla á Dios, y con finezas devotissimas procurasse grangearle la salud. Sucedió, que viendola padecer tanto, cierta Religiosa deseando hacer algo para su remedio, le pidió á su Alteza la dejasse, que hiciesse en su nombre una novena á unos Santos, á quien tenia devocion, cuyas reliquias están en el Convento, y que le iria poniendo en los ojos el agua de aquellas Reliquias. Su Alteza, como era tan apacible, y agradecida, vino en ello, aunque le era de mucho dolor el ponerle en los ojos cosa alguna, por tenerlos tan heridos, y tiernos. Prosiguiò con su novena, y antes de acabarse, le volvió el corrimiento con mas fuerza.

2 Afligióse mucho la piadosa Religiosa de vér que sus diligencias no obrassen; y en lugar de consolar ella á su Alteza, la Infanta la consolaba, diciendo: No tengais pena, hermana, que yo os asseguro, que esto es lo mejor; sino que nosotras no lo entendemos. Muchas veces consiste nuestro remedio en no hallarlo quando lo buscamos. ¿Que sabeis si veo mas quando veo menos? (Con tan egemplar paciencia llevaba sus trabajos) Decianla las Religiosas, como la amaban, y estimaban tanto, compadeciendose de su Alteza: ¡Ay, Señora, y lo que V. Alteza padece! si nuestro Señor fuesse servido (decia cada una) de que tuviesse yo

esse

esse mal, y se le quitasse à V. Alteza. Y respondia con mucho agradecimiento: No digais esso, por amor de Dios; quanto mejor es que yo lo tenga, que no sirvo nada á nuestro Señor, ni hago cosa alguna por él. Cierto, amigas, que estoy muy agradecida de que conociendo el Señor mi flaqueza, no dege en mi voluntad el mortificarme, dandome por su mano con mucha misericordia el castigo, que se debe á mis culpas de justicia. Y creed, que aunque paso algo en este corrimiento, no debe de ser tanto, como yo lo doy á entender. ¿Quantos habrá con mayores males, y dolores, y lo llevarán con paciencia, y sin el regalo, y la ayuda de costa que yo tengo? A quantos enfermos, no solo les falta el regàlo, pero aun lo necesario? Y á mi me sobra todo. El mal de aquellos pobres es mal, que éste, yo lo tengo por bien; mas como son tan buenos, les fia Dios mas que á mi, que soy pobre de virtud, como ellos de riquezas.

3 Era tan penoso el corrimiento, y tanto el humor que acudia á los ojos, que era necesario labarselos, y refrescarselos muy amenudo. Y si la Religiosa que la asistia no cuidaba de hacer este remedio, su Alteza apenas lo pedia, sufriendo por amor de Dios este trabajo; y quando de su voluntad la Religiosa la daba este refresco, la decia con mucho agradecimiento: Dios os lo pague, que me habeïs consolado mucho, parece que adivinabais mi necesidad. Decia la Religiosa: ¿Señora, pues porque no nos lo acuerda, quando se halla afligida? Respondia, por padecer algo por amor de Dios, y por no desacomodaros tantas veces. Lo que os ruego es, que tengais paciencia conmigo, y hagais cuenta que soy una pobre de essa calle, que yá Dios me ha puesto en la misma necesidad, y yo estoy muy contenta, y lo bendigo. Procuraba quanto podia encubrir los dolores, por padecerlos à solas; y porque las Monjas no padeciessen, ni la aliviassen en el sumo cuidado que tenian de asistirla. Y lastimabase mucho de lo que las lastimaba con su enfermedad. Solia decir: Verdaderamente, que es menester mas paciencia para sufrir el sentimiento que hacen mis hermanas de mis males, y la compasion que de mi tienen, que para la misma enfermedad, y accidente que padezco. Si se acabassen de persuadir, que soy humana como las demás, y que tengo de pasar por las enfermedades, y trabajos que pasan ellas, con esto podria ser que me dejassen merecer.

4 Fue pasando su Cruz algunos años, en los quales le hicieron

ron diferentes curas, sin conocer mejoria, antes siempre se iba empeorando. Y como los Reyes la estimaban, y querian tan tiernamente, deseaban por todos caminos su bien, y verla libre de aquel penoso accidente. Las Religiosas procuraban lo mismo, y sus Prelados vivian con este deseo. Su Alteza sola repugnaba, y contradecia el ponerse en cura, y batirse las cataratas, que se le habian hecho en los ojos, por el sentimiento interior que de nuestro Señor tenia para no curarse: disimulabalo, guardando para sí estos avisos, y alegando otras exteriores y humanas causas, siempre con interior conocimiento, de que nuestro Señor se daba por servido de que estuviesse ciega. Y assi decia constantemente: No se cansen, ni me martiricen mas, porque no ha de ser de provecho la cura, como lo verán. Atribuianlo á su humildad, y proseguian con las medicinas, con poco remedio, y con mucho trabajo.

CAPITULO XXVIII.

CONSULTANSE ALGUNAS PERSONAS espirituales, sobre la enfermedad de su Alteza: batenle las cataratas, y queda del todo ciega.



Tienen ciertos privilegios en esta vida los amigos de Dios, que en todos los tiempos los han reconocido los Fieles; y no es el menor el dón de consejo. Las personas espirituales obran menos con los afectos humanos; reciben, y conservan con mayor pureza las influencias divinas. De aqui les nace la luz al aconsejar, y el acierto al resolver. Antiguamente los Principes raras cosas determinaban, sin tomar primero parecer de los Varones señalados en espiritu, y aunque no tuviessen platica de las materias en que eran preguntados, recibian con grande veneracion sus avisos. De esto hay grandes egemplos en la Historia sagrada: y del Grande Teodosio se refiere, que nunca salió á pelear con sus enemigos, que no enviasse primero á saber la voluntad de Dios, de aquellos santos moradores de Egipto; y ordinariamente, lo que ellos le aconsejaban, resolvia, y egecutaba con grande felicidad. (a) Como habian de vér tantos por los ojos de su Alteza, y padecian todos su dolor, antes de ponerla en cura, y de batirle las cataratas,

(a) Spond. in Epit. Bar. tom. 1. ad an. Christ. 388. pag. 51.

tas, que con el continuo humor se le habian puesto en ellos, pareció pedir parecer á algunas almas devotas señaladamente á dos, que en estos tiempos tienen opinion de ser muy favorecidas, é ilustradas. Estaban en distintas partes, y siendo consultadas, si sería bien ponerse en cura; fueron de parecer, que no se curasse, porque les habia dado Dios á entender (segun me lo afirmaron sus Confesores) que nuestro Señor no queria que la curassen, y que la zelaba de las criaturas; porque su Magestad queria labrarla á su modo: que si se ponia en cura, padereria mucho, y quedaria ciega.

2 Certificóme el Confesor de una de estas personas, que nuestro Señor se la habia mostrado defendiendo á la Infanta de las criaturas, qual suele el ave defender del milano á sus pollue-los. La otra dijo á su Confesor: Padre, no quiere nuestro Señor que la Infanta se cure, ni se ponga en manos de los hombres, sino en las de Dios, porque ha de quedar ciega del todo. Y añadió: Y si esto es falso, y la Infanta se pone en cura y queda sana, todo quanto en mi hay, en materia de espiritu debe de ser mentira; porque de la manera que nuestro Señor me ha mostrado otras cosas, que á mi parecer ha sido verdad, me ha dado á entender esta, ha de quedar ciega la Infanta, si se cura, ó yo lo estoy en mi camino: y asi vuestra Paternidad lo advierta, para que me ponga en verdad, si esto saliere falso.

3 Sin estos avisos, contradecia siempre su Alteza, porque interiormente le daban los mismos, y decia: Rendida estoy á lo que ordenáre la obediencia; pero yo me puedo engañar, ó quedaré ciega, si me curan. El año de veinte y cinco se tomó resolucion de hacer la cura, y batirle las cataratas, con parecer, y consejo de los Medicos de su Magestad; y para este efecto se buscaron los hombres de mayor opinion de España, y se hicieron grandissimas diligencias, como por orden de Rey tan poderoso, y tan pio, y que tanta estimacion hacia de su Alteza. Hallóse uno de los hombres mas habiles, y de mayor experiencia en la materia, que se podia imaginar. Prometieronle grande premio si salia bien con la cura, y daba sana á su Alteza. Pusose en esto mucho cuidado: y como su Alteza deseaba sobre todo ajustarse á la voluntad de Dios, pidió, que se hiciessen oraciones, se digessen Misas, y se diessen limosnas, para que nuestro Señor declarasse su Divina Voluntad. Egecutóse asi, no solo en esta Corte, pero

en toda la comarca, y en otras partes, previniendose para el dia señalado, que fue el de San Lucas, del año de veinte y cinco.

4 Dispuesto yá todo lo determinado, llegado el dia, y la hora, se puso en egecucion la cura, y su Alteza dando egemplo de paciencia, y rendimiento á todos, habló con grande blandura á los Medicos, diciendoles: De muy buena gana me pongo en vuestras manos, y me rindo á lo que quisieredes hacer, para la cura que intentais; estad ciertos, que hará Dios lo mejor, y lo que mas convenga. Aplicaronle los remedios, y con una aguja muy sutil la estuvieron lastimando en tan sensible parte, como en las niñas de los ojos, llevando este trabajo, y dolor con admirable paciencia. El efecto ordinario de ésta cura es, que en batiendo las cataratas, vé con claridad quien padece este mal; y para esta ocasion tenia su Alteza prevenida una Imagen de N. Señora del Populo, con el Niño Jesus en los brazos, porque decia: Lo primero que he de vér en esta vida, quiero que sea el Niño Jesus, y su Madre, y si quedáre ciega, lo remito para la otra vida; porque espero en su Bondad, que lo primero que he de vér allá, ha de ser á Jesus mi Esposo, y á su Madre bendita. Llegó la hora, pusieronle la Imagen de nuestra Señora delante de los ojos, y su Alteza de ninguna manera la vió, porque estaba totalmente ciega; y dijo con gran paz, y sosiego, y con semblante igual, y alegre las palabras del Santo Job: *Sit nomen Domini benedictum.*(b)

5 Quando se halló ciega del todo, hizo gracias á Dios, con grande resignacion, y alegria, y procuraba consolarlas á todas, y animarlas, porque se hallaban sumamente afligidas, siendo mas lo que padecia en la tristeza de las Religiosas, que en su enfermedad. Decialas: Mirad, donde hay Voluntad Divina, poco valen las diligencias humanas. Por lo menos he sacado de esta cura dos cosas de gran provecho. La primera, el padecer por la obediencia, y la segunda, el conocimiento de la Voluntad de Dios, que me quiere ciega. Afligianse, y entristecianse todas de vèr, que la medicina no habia surtido el efecto deseado: y deciales con paz, y con semblante risueño: Callad, que no lo entendeis, que esto es haber salido con el intento, y conseguido el fin. ¿No deseabamos saber la voluntad de Dios? Pues veisla aqui declarada; demosle todos gracias. Parece que quiso Dios darla por premio este trabajo; y á entender en él, quan agradables le eran sus ser- vi-

(b) Job 1. v. 21.

vicios; como se lo dijo el Angel á Tobias, diciendo: Porque eres acepto delante de Dios, y agradables tus limosnas, quiso probarte;(c) y asi decia su Alteza: El sentido que mas me fatigaba, y con el que mas se alegraba el cuerpo, era el de la vista, y ha hecho muy bien nuestro Señor en poner la mano en lo mejor, y adonde yo tenia puesta la inclinacion. De muy buena gana se lo ofrezco todo, venga por los demàs sentidos, que mas me quiero sin ellos con él, que sin él con ellos.

6 Estuvo tan constante en estos propositos, que nunca hasta la muerte le faltaron. Y afirmaba, quando hablaba de su espiritu, en lugar adonde no puede faltar la verdad: Padre, por la Bondad de Dios, desde que fue servido, que perdiesse la vista, nunca me ha pesado de lo que padezco, antes quando se me acuerda, le doy muchas gracias, porque me ha dado á conocer, haber sido uno de los grandes beneficios el cegarme, porque de esta suerte vea mejor. Y añadia con afecto, y devocion gravissima: Padre, pidale á Dios, que pues ha puesto la mano en esta obra, que no la levante, hasta perficionarla: y quando esté en la oracion, y diciendo Missa, digale á su Magestad de mi parte, pues lo sabrá hacer mejor que yo, que aqui quedan los demás sentidos, y todo lo que yo soy, que de todo le hago voluntario sacrificio. Lo mismo le digo quando comulgo, y en la oracion; y esto hago de todo mi corazon, y mi alma. Solo quisiera, si su Magestad no se diera por ofendido, que me hiciesse merced de reservarme dos cosas: el entendimiento, para conocerle, y la voluntad, para amarle; pero si todo lo quiere, hagase en todo su santa Voluntad; y esta luz estimo mas, que la del dia.

(c) Tob. 12. v. 13.



CA-

CAPITULO XXIX.

RESIGNACION DE SU ALTEZA en el trabajo con que Dios la probó, de hallarse sin la vista; y como se aprovechò de esta mortificacion.



LA prueba que Dios hizo de la paciencia, y virtud de su Alteza, fue en los trabajos mayores, que suelen suceder á los hombres, privandola de la luz natural, de quien depende el uso comun de la vida. ¡Grande penalidad! Vivir entre las criaturas, y no verlas, hallarse encerrado el cuerpo en carcel de tinieblas, siempre dependiente de ageno alvedrio, para el egercicio de las acciones humanas. Logróse esta prueba con maravillosos efectos; porque no se puede explicar bastantemente la paciencia de su Alteza, la fineza de su resignacion, el gozo de su pena. Como cada uno en la ceguedad de su Alteza, veía quan terrible era esta mortificacion, preguntabanla muchos, ¿si sentia la falta de la vista? Si deseaba vér? Y respondia con mucha blandura: No por cierto, y que bien sabía nuestro Señor lo que en esto pasaba: que para qué queria la vista, sino queria Dios que viesse. Que mas hacia en recibir su vista, que su Alteza en darsela: que le veía solo en Fé, sin embarazo, y que antes todo lo que veía, la detenia al verle; porque quanto mas se vé de lo humano, tanto menos se suele vér de lo Divino.

2 Decia muchas veces á las Religiosas, tratando de su enfermedad: Que las certificaba, que se hallaba muy contenta con estar ciega, y siempre con materia á la mano para su aprovechamiento; y con una cosa sola que Dios la habia quitado, la habia dado muchas que ofrecerle, ¿que quándo habia merecido padecer el mismo mal que N. P. San Francisco, aunque con bien diferente paciencia? Porque si bien no llegó á estar ciego, padeció mucho en los ojos. ¿Pareceos, decia otras veces, que es poco hacerme á mi merced de que padezca lo que Santos tan grandes padecieron, para que como les parezco en la pena, siendo él servido, les parezca en el merito? Si supiesseis qué beneficio es no vér, que vacío se siente en el alma de propiedades, y amarguras, que

que entraban por estas peligrosas ventanas, nadie que míre á esta luz, dejará de estar contento. Os confieso, que despues que me hállo privada de la luz del cuerpo, estoy mas aprovechada, y atenta en la del alma. En esse punto se manifestaba mas con sus Confesores, y les decia: Puedo assegurar, que desde que Dios me ha quitado la vista, me rodea tanto con luz superior, y me hállo en una presencia intelectual, tan clara, y suave, que si los hombres supiessen la diferencia grande que và del gozo de esta luz á la humana, vendrian facilmente en perder la vista por Dios.

3 Vino á visitarla un dia el Cardenal Pamfilio, en aquella ocasion Nuncio en España, y dijole, ¿que cómo le iba con su trabajo? Y su Alteza, con grande fervor, respondió tan maravillosas razones de consuelo, y resignacion, y del gozo que su alma sentia de verse padeciendo por Dios, que quedó admirado de tal mansedumbre, en tan terrible golpe. Quando algunas veces le preguntaban sus Confesores. ¿Señora, cómo le vá á V. Alteza con su trabajo? Muy en puridad decia: Puedo certificar con verdad, que para mi no es trabajo, sino gozo, porque aunque no veo las cosas, veo la Voluntad de Dios, y esta es la vista que mas me conviene: confiesso, que algunas veces quando vienen los Reyes mis Sobrinos, como los he criado, y los ámo tan tiernamente, me viene algun deseo de verlos; pero luego en mi interior me pongo de parte de Dios, y digo: ¿qué quieres naturaleza? Esse gusto queriais ahora? Quanto mejor te está hacer la Voluntad Divina, que la tuya? En lo que mas me mortifico, decia en estos ultimos años, es, no poder vér al Principe mi Sobrino, que como me cuentan tantas cosas de su hermosura, y gracia, vienenme muchos deseos de verle; pero siempre los reprimo, y no llégo á consentirlos.

4 No solo estaba la Infanta resignada, padeciendo su trabajo, sino tan de parte de la gracia, que llegaba á hacer donayre de la naturaleza: y como habia sido tan curiosa, y holgado de que los ornamentos de la Iglesia, Relicarios, y otras alhajas del Culto Divino, estuviessen muy bien adornadas, y entregado la vista á esta devota atencion, era notable la gracia que tenia, quando le trahian alguna cosa curiosa estando ciega: porque no solo no se entristecia de que estuviesse tan patente el objeto sin poderlo mirar, sino que se decia á sí misma interiormente: Mira esto que no vés que lindo está; huelgare mucho en mirarlo, ahora

pa-

pagarás lo que has visto, con lo que no puedes vèr, y á tu pesar serás buena. Otras veces decia con mucho donayre, tocando las cosas curiosas que le ponian delante: Tocadlas, y no las veais, pues no lo permite Dios.

5 Envió estos años ultimos la señora Infanta Doña Isabél su Prima á su Alteza, para el Templo del Real Monasterio de las Descalzas, una rica tapiceria, de los Triunfos de la Iglesia, de valiente dibujo, y en la estofa, y en el arte, de las mas señaladas de España, llevaron algunos paños á la pieza donde estaba su Alteza, y dandole noticia de como era, llegó á entristecerse de no poderla vèr; y volviendose á Dios, dijo con grande amor: ¿Quándo os pagaré, Señor mio, el haberme dado que ofreceros? Si la viera, Vos me la dabades, como no la veo, yo os la doy. Digeron las Religiosas, como vieron una cosa tan digna de verse, y que no podia verla la Infanta: ¿Señora, hase mortificado vuestra Alteza mucho? Respondió con alegria: Mucho no, pero poco sí: MARGARITA lo ha sentido, yo no: la naturaleza siempre hace de las suyas, pero no prevalece contra la gracia. Replicaronla: Gran premio ha de tener vuestra Alteza. Bastame por premio, dijo, hacerse en mí la Voluntad de Dios. Aunque yo lo paso de suerte, y me hállo tan contenta, que creo que merezco bien poco en ello. A esta aniquilacion quiso Dios reducir á su sierva, que negada del todo á sí, sólo en sí quisiesse á Dios.

FIN DEL LIBRO QUARTO.



LI-



LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

AFICION GRANDE QUE SU ALTEZA tuvo al egercicio ſanto de las Virtudes.

L egercicio de las virtudes, es el camino Real de la perfeccion, con dificultad hallará la verdad, quien no la buſca de virtud en virtud. Dios, Eterna Sabiduria, acreditó ſu doctrina con ſu vida, y á la malicia de los Fariſeos convence, diciendo: Si no creeis mis palabras, creed á mis obras. [a] Son las virtudes la práctica de la ſantidad, la verdadera indicacion del eſpiritu, por donde ſe ha de conocer ſu verdad, y peſar ſu ſuſtancia. ¿Quieres ſaber quan eſpiritual es el mas perfecto? Mira haſta donde llega con las virtudes; porque ſin eſto, lo que parece aprovechamiento, es engaño. Vuele por eſſos ayres extatico, el que anhela con anſia á la perfeccion, revéle lo venidero, tenga admirados con prodigios los hombres; ſi deſcaece en la humildad, en la obediencia, en la mortificacion, y en las demás virtudes, vano, y ſin fundamento es ſu edificio. Ellas ſon el medio neceſario para nueſtra ſalvacion, los mas nobles efectos de la gracia, la imitacion mas verdadera de la vida de Chriſto nueſtro Señor, que bajó del Cielo á la Tierra por redimir las almas con ſu Sangre, y por enſeñar las virtudes con ſu egemplo.

2 En eſte ſanto egercicio fue admirable ſu Alteza, y tan aſ-

(a) Joan. 10. v. 37. & 38.

sistida de Dios, que quien miráre con atencion la carrera larga de su vida, facilmente percibirá en su fragrancia las altas virtudes, por donde buscó la Esposa á su Esposo. Estaba tan aficionada, y atenta á este modo práctico de obrar, que no queria discurrir en algunas cosas muy sobrenaturales, que le habian sucedido, diciendo: No me lleva Dios á mi por camino tan alto, y sutil, yo voy por el ordinario, y llano; mas mercedes me hace con sufrirme de las que merezco. Bien sabe á quien fia cosas tan maravillosas, como se refieren de otras almas: yo me contentaria con que la mia le amasse, y le sirviesse por el camino universal de su Iglesia: déme en caridad interior quanto les dá á otros en la gracia exterior de milagros. Linda cosa es vivir en Fé, y egercitar las obras quanto mas perfectamente se pudiere á la Voluntad de Dios. Este milagro querria que me sucediesse, y con él viviria toda mi vida contenta. Todo su cuidado ponia en obrar, y ajustar la vida con la ley, y las acciones con la perfeccion; haciendo de las virtudes escala, para conseguir la corona de la Eternidad.

3 La virtud de las almas se colige de las palabras, y se manifiesta en las obras; y en estas dos cosas darémos á conocer el grande espiritu, y fervor de su Alteza. Suelen los flacos, quando leen las vidas de las personas devotas, en llegando á sus virtudes, pasar por ellas con vista breve, y ligera, como no tiene alli tanto en que cebarse el entendimiento humano, como en su vida, y hechos. Dejan por el astío, lo que habian de seguir por el aprovechamiento. Pero en la relacion que haré de las virtudes de su Alteza, referiré tanta parte de su vida, que aprovechandose la voluntad, se entretenga el entendimiento, y pueda ser su modo de sentir, de decir, y de obrar, aliento á los que empiezan, luz á los que aprovechan, y consuelo á los que se hallan en lo alto del monte sagrado de la perfeccion.



CA-

CAPITULO II.

FE, Y ZELO DE LA RELIGION CATOLICA en su Alteza.



ES la Fé credito de lo que no vemos, y sustancia de lo que esperamos, puerta de la salvacion, fundamento de la perfeccion. En esta virtud favoreció Dios mucho á su Alteza. Yá se ha referido como en sus primeros años defendia las causas de la Fé, con razones, contra algunas hijas de Principes Luteranos, que venian á visitarla, y con lagrimas, quando la decian las pérdidas, y sucesos infelices de los Catolicos. Creció su Alteza en la perfeccion, y creció en esta virtud; porque cobra fuerzas la Fé con los actos de la Religion. Era cosa admirable oirla hablar en esta materia, saliendo de su corazon á los labios, afectos ardentissimos de Fé. Quando oía, que habian padecido por ella algunas personas en las Provincias donde ha sido la Iglesia perseguida en estos tiempos, prorrumpia con ternissimos suspiros, diciendo: ¡O bienaventurados cuerpos, que tal corona grangearon á sus almas! Bienaventurados dolores, á quien ha sucedido tanto gozo! Quien fuera uno de los que han padecido por Dios! Con que gusto diera yo mi vida por él! Decianle en donayre algunas Religiosas, para probar sus finezas: ¿Para qué es esso, Señora? Bien está acá V. Alteza? A fé que al vér el fuego, y el hierro, que no sé si essos deseos serían tan vivos. Y respondia con grande humildad: ¿Vos, Hermana, pensais que los Martires pelean con sus fuerzas? O que su esfuerzo basta á vencer sus tormentos? No se hace sino con la de Dios, y con ella espero, que habia de dár mi vida en la ocasion, y derramar mi sangre con mucha alegria. Pluguiera á nuestro Señor me viesse en esso, que yo espero en su Bondad, que daria fuerza á mi flaqueza, y esfuerzo á mi corazon.

2 Tenia grandissima devocion á los Martires, y á aquellas personas que habian padecido por Dios; y no habia cosa á que no se ofreciesse por ellas. De esta interior gracia que Dios le habia dado en esta virtud, le nacia la constancia en las tribulaciones y trabajos, que consideradas las muertes de su Madre, y tantos Hermanos, Tios, Sobrinos, y Primos, á quienes sobrevivió, no pudieron dejar de ser graves á la naturaleza, aunque ayudaba en

ellos la gracia; porque decia su Alteza: Que desde aqui habia assentado en su corazon, que Dios nuestro Señor con suma providencia, y bondad gobierna las cosas: no hallaba suceso que la pudiesse lastimar, sino aquel en que su Divina Magestad fuesse ofendido. Solía decir, que quien habia de esperar de la Bondad Dios, que no hiciesse lo que nos convenia, ó quien podia aconsejar á su Eterna Sabiduria. Y asi, que no le quedaba al Christiano en los trabajos, sino la resignacion. Que pues quando nos mandan nuestros Padres una cosa, aunque no venga tan á nuestro proposito, nos conformamos, no nos ha de pesar de lo que hace Dios. Porque si miramos á su amor, mas nos quiere que nuestros Padres; si á su Poder, mas remido ha de ser que ellos; si á su saber, no puede errar como ellos. Que no hay barro que pueda quejarse con razon de quien le forma; porque no quiere que dure mas riempo. Debele gracias de lo que le dá, pero no quejas de lo que le quita. Que para su Alteza no habia gusto como vér obrar á Dios, sea en lo que se fuere; porque aunque los sucesos no viniessen tan á cuento, aunque su flaqueza, y los afectos naturales repugnassen, miraba la mano que los enviaba, y se consolaba con esso.

3 En las muertes de sus hermanos consideraba, quien los llamaba, con que no la lastimaba el perderlos; porque no moria Ernesto, ni Alberro, sino el cuerpo de Ernesto, y Alberto, que es la parte mas penosa, y menos noble. Que hiciesse Dios lo que quisiesse, como lo hiciesse su Divina Magestad; porque de su mano nada podia venir, que no fuesse digno de toda veneracion. Era cosa de grande edificacion oirla discurrir tan maravillosamente, y con tal Fè, teniendo en medio de su corazon verdades tan assentadas. Amaba tanto la Fé, que se negaba à todo aquello que podia desviarla de este camino seguro; haciendo fineza del creer sin vér, cerrando los ojos á todo lo demás. Y asi solia decir: Yo confieso, que ostoy muy contenta en mi interior con los desamparos, y sequedades; porque camino mas en Fé, y obscuridad, y siento en estas tinieblas mucha luz. Nunca permitia, que en su presencia se levantassen questiones, ni disputas de la Fé, ni platicas, en que se intentassen averiguar sus Sacrosantos misterios. Esso (decia) para los Teologos en las Escuelas, y para los que con la pluma defienden la Fé: à nosotras nos toca el creer, no el disputar: las cosas de Dios son para creìdas, mucho mas que no pa-

para averiguadas; ¿porque quién puede enterarſe en ſus miſterios, ni hallar principio á ſu sér? Y aſsi es bien que ſe expliquen con veneracion ſus atributos, y con amor ſus grandezas. Los Teologos, diſputen lo que mas convenga á nueſtra Santa Fé, para que vean los infieles, quanta razon hay en ella. Noſotras creamos aquello que ellos defienden. De eſta ſuerte manifeſtaba ſu luz en las razones, y la daba en ſus conſejos.

4 Al Santo intento de recibir nuevas gracias, y dones en la Fé, aplicaba ſu Alteza el rezar cada dia la proteſtacion, que el invicto Emperador Carlos Quinto ſu Abuelo decia: y por ſer tan devota, y nacida del dictamen de eſte valeroſo Principe, que tan glorioſamente defendió lo miſmo que proteſtaba, me ha perecido ponerla á la letra.

PROTESTACION DE LA FE DEL EMPERADOR Carlos Quinto.

5 MI Bendito Dios, y Señor, yo creo de corazon, y confieſſo todo aquello que la ſanta Igleſia Romana nueſtra Madre cree y enſeña, y lo que un buen Chriſtiano es obligado á creer. Proteſto, que quiero vivir, y morir en eſta ſanta Fé. Reconozcoos por mi Dios, Criador, y Redentor de todo el mundo, y á mi por vueſtra criatura, ſujeto, y ſiervo. Yo os doy la Fé y homenage de mi cuerpo y de mi alma, que tengo encomendado de Vos. Miſericordioſo, y Soberano Señor mio, tambien os ofrezco todos los demás bienes eſpirituales, naturales, y temporales, que tengo, tuve y eſpero tener en eſte mundo, y en el otro, y por ellos, de todo mi corazon os alábo, y doy gracias; y en ſeñal de reconocimiento, os ofrezco por tributo á la mañana, y á la tarde el adoraros, y confeſaros con Fé viva, Eſperanza cierta, y Caridad ardiente. Suplicoos, Señor mio tres coſas. La primera, que hayais miſericordia de mí, perdonando los muchos, y graves pecados que contra V. Mageſtad he cometido. La ſegunda, que me deis gracia con que yo os pueda ſervir, y cumplir vueſtros mandamientos, ſin incurrir, ni caer en pecado alguno. La tercera, que en mi muerte querais ſocorrerme, para que pueda acordarme de vueſtra bendita Paſion, y tener contricion de mis pecados, muriendo en vueſtra ſanta Fé en eſta vida, gozando de Vos en la eterna. Dios mio, y Criador mio yo os pido

do misericordia, y perdon de todas mis culpas, que con el pensamiento, palabra, y obra he cometido, y dado ocasion á que otros incurriessen desde el punto en que supe ofenderos, hasta la hora presente. De los quales me arrepiento por vuestro amor; y me pesa de haberos ofendido, y protesto en esta hora, que con vuestro favor, y gracia me apartaré de pecar, suplicandoos, me querais guardar, y confirmar en este firme proposito. Dios mio, Glorificador, y Señor mio, yo prometo de confesarme lo mejor que yo pudiere, segun vuestros Mandamientos, y de la Santa Iglesia. Suplicoos, en reverencia de vuestra dolorosa Pasion, y bendita muerte, y por los ruegos de la gloriosa Virgen Maria vuestra Madre, que querais perdonar todos mis pecados, y defenderme del enemigo á la hora postrera de mi vida, y llevarme á la gloria eterna. Amen.

CAPITULO III.

AMOR QUE SU ALTEZA TENIA à los Predicadores: y lo que ayudaba à la propagacion de la Fè.



EL amparo, y respeto que tenia á los Sacerdotes, aunque era evidencia de su Fé, parece que se puede atribuir á su caridad; pero el que tenia á los Predicadores, aunque eran efectos de su caridad, parece que debe mas atribuirse á su Fé. Era notable la estimacion que hacia de los que predican la palabra de Dios, lo que los honraba con sus razones, y socorria con sus limosnas. Siempre que los hablaba, era haciendoles tanto favor, y mezclando con él tan fervorosas exhortaciones, para que hiciessen fruto en las almas, que salian de su audiencia animados, y aprovechados en su vocacion. A dos generos de Predicadores estimaba sumamente: à los que predicaban con mayor desengaño, y á los que por decir la palabra de Dios iban entre Hereges. Decia de los primeros: No creereis quan bien me parece predicar con espiritu, que aunque todos lo deben hacer, reparte á unos Dios mas gracia que á otros; los que predican con fervor, predican á Dios, los que predican sin él, se predican á sí. El que dice la palabra de Dios con espiritu, la imprime en el corazon, el que la dice sin él, la llega solo al oído. Era modestissima en hablar de los Predi-

di-

dicadores: y si tal vez oìa alguno, que no le pareciesse que predicaba con el fervor, y espiritu debido, no lo censuraba; pero en la tristeza del rostro podiase leer su desconsuelo. Y assi tuvo estremada eleccion, quando tomaba la mano en señalarlos, escogiendo los mas devotos, diciendo: Mas se hace en un Sermon de provecho, que ciento de gusto; porque aquellos me rinden la voluntad, y estos me entretienen el entendimiento.

2 A los Predicadores Apostolicos, que de estas Provincias parten á algunas de Inglaterra, é Irlanda, á socorrer los Catolicos secretos, que viven en ellas, favorecia mucho, erale de grande alivio, quando le pedian audiencia. Hablabales muy de espacio, y con grandes caricias, señaladamente á los estrangeros, que en diferentes Seminarios de España está sustentando el zelo, y piedad del Rey nuestro Señor, ninguno partia sin que visitasse primero á su Alteza, y le diesse cuenta del designio que llevaba en sus missiones. Haciales muchas preguntas, y con grande llaneza pediales por su patria, padres, deudos, edad, exercicios, y si llevaban mucho deseo de padecer por Dios, quantos años habia que seguian aquel santo camino. Ayudabalos con largas limosnas para su viage; y mandaba, que les solicitassen, las que dá el Rey por su Consejo de Hacienda, y los demás despachos necesarios. Finalmente, sobre darles muy santos consejos, y muy largos socorros, les hacia dár muchos Rosarios, y medallas de Indulgencias, para que repartiessen á los Catolicos perseguidos de aquellas Naciones. Y solía decir á las Religiosas: Estos son soldados de Christo, que ván á hacer guerra al Demonio, y assi conviene ayudarles, y socorrerles; son ovejas, que ván entre los lobos á padecer, y por la palabra de Dios arriesgan sus vidas. Yá tienen algo de Martires, porque si el principio de todas las cosas son los deseos, bien se vé que estos no llevan otros, sino hacer á Dios sacrificio de sus vidas por la Fé. ¿Qué les aguardan entre aquellos hereges, y enemigos del nombre de Catolico, sino persecuciones, y trabajos? Ni quién sino Dios obligará à buscar aquellos peligros, desde esta seguridad? Quién sino su espiritu hiciera á estos santos Varones, anteponer voluntariamente á su vida, su Ley? Y pudiendo con menos penas ser Santos Confesores, escoger padeciendo ser Martires. Daba grande fervor el oír á su Alteza en este punto, porque lo decia con un calor espiritual, y tales llamas de fuego de amor le salian al rostro, que ponian deseos de seguir aquel san-
to

to camino. Ninguno de eſtos Varones de Dios ſe deſpachó de eſta Corte, que no llevaſſe en el corazon las palabras de ſu Alteza, cartas de grande recomendacion á la Sereniſsima Infanta Doña Iſabél, para que los amparaſſe, como lo ſolia hacer ſu grande valor, y heroyca virtud.

3 Pero no ſolo á los que eſpiritualmente defendian la Fé, ſino á los ſoldados, que la defendian corporalmenre, favorecia mucho, y hacia de ellos grande eſtimacion, ayudandolos con ſocorros, é interceſiones en la remuneracion de ſus ſervicios. Y aſsi decia: Los ſoldados ſon á quien debemos la ſeguridad en que vivimos. No pudieramos vivir con quietud, y deſcanſo noſotros, ſi ellos no vivieran con trabajo, y fatiga, pues con ſus vidas guardan las nueſtras, y con ſu ſangre defienden la Fé. Juſto es correſponderles con mucho agradecimiento Era tan grande el que ſu Alteza les tenia, que nunca ſe embarazaba de hablar por ſu perſona á los Reyes, ni de enviar á llamar los Miniſtros, pidiendo el deſpacho de los ſoldados, que venian á valerſe de ſu amparo. Finalmente, no ſe egercitaba en acto de caridad, que no eſtuvieſſe manifeſtando ſu Fé.

CAPITULO IV.

LO QUE SENTIA LAS PERSECUCIONES de la Igleſia. Y heroyco hecho de ſu Alteza en eſta virtud.



L zelo de la Fé, en ninguna coſa ſe ſignifica mejor, que en ſu defenſa, y en el vivo ſentimiento de las perſecuciones que padece la Igleſia. Era exceſivo el dolor que ſentia, quando el furor de los enemigos de Dios llegaba á ſus oídos; y movianſe ſus entrañas á gran conmiſeracion. Afligiaſe como ſi viera preſentes padeciendo á los Catolicos, y á los Hereges pecando: lloraba con igual caridad la pérdida eterna de los unos, y el daño temporal de los otros. Quando oſa ſemejantes ſuceſos, ſolia volverſe á Dios, y derramando devotas lagrimas, decia: Señor mio, á quien oye eſto, ſolo el morir de ſentimiento le falta. ¡Quién acabaſſe la vida en eſta pena! ¿Vos ofendido, y perſeguido, Señor? Volviaſe á las Religioſas, que ſe hallaban preſentes, y deciales: Satisfagamos

en

en amor, y reverencia á Dios las ofenſas que los Hereges cen ſu aborrecimienro le hacen. Tenga adonde deſcanſar de aquellas penas. Roguemos, hermanas, por aquellos que le perſiguen, que es el mayor ſervicio que podemos hacer á ſu amor. Pidamos, que les abra los ojos, para que vean la ley verdadera. Habiaſele pueſto en el corazon eſte cuidado de ſatisfacer á Dios en obra de piedad, lo que con obras ſacrilegas era ofendido de ſus enemigos; y tanto deſeaba hacer en ſu ſervicio, quanro ellos procuraban en ſu ofenſa. De eſto ſucedieron caſos muy parriculares, en los quales mezclados con ſu amor, manifeſtó con heroycos actos ſu Fé.

2 Engañó el Demonio á un hombre miſerable los años paſados, y ofreció de entregarle ſu cuerpo, y ſu alma, firmando una cedula de ello de ſu mano. Averiguó eſte caſo el Sanro Tribunal de la Inquiſicion; y á tan grande ſacrilegio, dió el caſtigo convenienre, mezclando, como lo hace en ſu egecucion, con la juſticia, la miſericordia. Quando ſu Alteza enrendió un caſo tan atróz, y que huvo Chriſtiano tan deſatinado, que tal delito huvieſſe cometido conrra Dios, y ſu Fé, herido ſu piadoſo, y catolico corazon de dolor, ſe fue á una Capilla donde eſtaba la Imagen de Chriſto nueſtro Señor crucificado, y llorando con grande amargura, refieren que le decia: ¿Chriſtiano hay, Señor mio, que os niega? Chriſtiano hay, que á otro ſe entrega, que á vueſtra Bondad? Alma, que deja á ſu Redentor, y ſe fia á ſu enemigo? Aſsi ſe pagan, Señor, las penas que padeciſteis? La ſangre que derramaſteis? La vida que perdiſteis en la Cruz, enrregado á vueſtros enemigos? Y hay quien ſe entrega al Demonio? No os baſtan vueſtras afrentas en habernos redimido, ſino que os duplicamos las injurias, y aumenramos los agravios? Eſcoger al Demonio, y dejaros á Vos, qué alma puede tolerarlo? Dejar vueſtra hermoſura por ſu fiereza, vueſtra blandura por ſu riranía, vueſtro amor por ſu aborrecimiento, vueſtros premios por ſus amenazas, vueſtras glorias por ſus rormentos? Quién antepone todo ſu daño á ſu bien? Quando no mirára á vueſtra razon, mirára ſu utilidad. Quando no á Vos, mirára á sí. Son mis pecados los que obligan á tan grandes deſarinos? qué ſarisfacion daré yo á vueſtra Benignidad? Con qué propiciaré vueſtra Juſticia? Con ſangre de mi pecho eſcribiré mi ſenrimiento, ſi con tinra eſcribió el engañado ſu error. Pues vueſtra Sangre me redimió, mi ſangre,

gre, Señor, os confiesse. Arrebatada de la fuerza del amor, se fue de la Capilla á su aposento, y rompiendo con un cuchillo su pecho virginal, con su misma sangre, escribió á su Esposo Jesu-Christo esta cedula: Yo Sor MARGARITA de la CRUZ, de toda mi voluntad ofrezco á Dios mi cuerpo y alma, y ratifico los votos que le tengo hechos, estando en todo sujeta á su Voluntad. En fé de lo qual lo firmo de mi nombre. *Sor Margarita de la Cruz.*

3 ¡Sin duda ninguna debe enternecer á qualquier Christiano tan valerosa fineza! Romper dos veces su pecho esta Señora: en Monserrate, por la Caridad, en su Convento, por la Fé: en Monserrate, para conseguir la vocacion, y para ratificarla en el Convento! Tomó el devoto conocimiento que habia hecho su Alteza, y fuesse á la Imagen de Christo nuestro Señor, y lo puso junto á sus pies con gran secreto, y disimulacion. Y contando este caso, me solía decir con mucha humildad: ¿Qué le parece, Padre, si se enojó Dios de esto, si excedí de lo que manda su Ley? Mi voluntad buena fue, querria que lo huviesse sido la obra. Consolabala yo, y con muchos egemplos le referia acciones semejantes, que están escritas en la Iglesia; mas para que las admíre nuestra devocion, que para que nuestra imitacion las siga. Pero Señora, le decia: Quando no se arriesga la vida, ni se puede ir á la mano al impulso, permite Dios estas finezas, para alentar á los flacos, y humillar á los que se tienen por fuertes. Quietabase su Alteza con esto, dejandome su humildad confundido de vér, que en el suceso que otras almas tuvieran tanto que defenderse de la vanidad, fuesse necesario dár esfuerzo, y aliento á su santo temor.



CA-

CAPITULO V.

DEVOCION DE SU ALTEZA en desagravios á nuestro Señor, de las ofensas que le hacian contra su Santa Fé.



Elebre ha sido este año pasado de treinta y dos, y memorable quedará para todos los tiempos venideros la misericordia que manifestó en el leño sagrado una Imagen de Christo Señor nuestro, que con sacrilega mano, despues de haberla azotado, entregaron los Hebréos al fuego. No es bien manchar el papel con todas las circustancias del delito; pero bien será acreditarle con la gloria que de estos agravios resultó al Señor. Herian con Hebraica rabia el Venerable Vulto;y con voces clementes les decia: ¿Por qué me maltratais, no veis que soy vuestro Dios? Muchas veces le oyeron repetir estas razones aquellos corazones ingratos; y de donde habia de tomar motivo su conversion, cobraba mas fuerza el sacrilegio. El santo Tribunal de la Inquisicion averiguó esta iniquidad, y sustanciada la causa con la entereza, y justificacion que acostumbra, sacó los delinquentes al Auto. En él su misma confesion declaró en la grandeza del delito, la grandeza de Dios, confesando los delinquentes, que oyeron muchas veces hablar la santa Imagen, y reprehender con amor la maldad que con tanto aborrecimiento egecutaban.

2 Llegó á los oídos de su Alteza la atrocidad del delito, y la piedad del milagro, y movióse su corazon á grande ternura. Significaba su dolor con sentidissimos suspiros, y devotas lagrimas, llorando, como era razon, los oprobios, y afrentas de Christo nuestro Redentor. Pedia afectuosamente á su Magestad, que le diesse luz, y enseñasse el camino, para procurar sus desagravios, y dar algun consuelo á su corazon afligido. Dios, que nunca falta á las justas peticiones de los suyos, puso en el de su Alteza, y de todas las Religiosas de su Convento, un pensamiento espiritual, y devoto, que reducido á practica, ha sido de grande egemplo, y consuelo á los fieles. Luego como se averiguó la maldad de aquellos ingratos, y el Santo Tribunal de la Inquisicion los entregó al castigo, dió principio la Infanta, y su Convento, á los des-

desagravios de Christo, con grande espiritu, y devocion, solemnidad, y grandeza: adornaron su Real Capilla, como se hace en semejantes actos, y en esta ocasion con mayor lucimiento. Colocaron sobre un Magestuoso Altar una devota Imagen de Christo crucificado, consagrando á sus desagravios ocho dias siguientes, volviendole en alabanzas los oprobios. Predicaron en aquella Octava los mayores Predicadores de la Corte; siendo el àdorno del Altar, las luces, los olores, la musica como de las Descalzas de Madrid. Acabóse la Octava con una solemnissima procesion, á que assistieron sus Magestades, y toda la Nobleza de España.

3 Este soberano arbitrio de aplacar la ira Divina, trasladó Dios del corazon de su Alteza al de nuestros Catolicos Reyes, que mandaron hacer en su Palacio, y Real Capilla la Fiesta de los Desagravios. Celebróse con suma devocion, y grandeza, y en la procesion se hallaron las Reales Personas, enriqueciendo primero con quatro Altares, los quatro ángulos de los corredores, reduciendo á esta veneracion en tan cortos terminos, quantos tesoros la America, y la Asia han tributado á esta Monarquía. Terció luego el Real Convento de la Encarnacion, haciendo tambien solemnissima Octava; y despues con santa emulacion, y christiano espiritu se han ido, y ván continuando en esta Corte, y en otras partes del mundo los desagravios de Christo, con admirable fervor. A todas estas honras, y troféos dió principio la Infanta MARGARITA; y despues de su muerte dejó esta Fiesta, y memoria situada, porque aun mas allá de la vida estén á Dios alabando sus obras.

4 Referianle las fiestas, que en la Corte se hacian á este santo intento; los Sermones que se predicaban á las alabanzas, y glorias de Christo; el fervor, y devocion con que los Fieles acudian à estas Catolicas demostraciones. Enterneciase su Alteza con esta relacion, y el gozo interior manifestaba, diciendo: ¡Qué suave materia es esta para que yo óre! ayudame mucho para hallarme muy recogida, y agradecida á nuestro Señor, y para alabarle con mayor afecto, vér que su Bondad, y Sabiduria saque gloria de la afrenta; de los oprobios, troféos; de los pecados, virtudes. En estas, y semejantes ocasiones, en que con pecados públicos era ofendido el Señor, se lastimaba mucho, y no podia encubrir su dolor, dandolo á entender á todos; y en tales casos pedia licencia á la Abadesa, y al Confesor, para hacer alguna mortificacion,
en

en reverencia de las Imagenes que habian maltratado. Y quando eſtaba muy enferma, yá que no la dejaban hacer obras mas rigurosas, hacia genuflexiones, y arrojandoſe en la tierra, poniendo el roſtro, y la boca en ella, decia algunas veces el Salmo del *Miſerere*; y otras en cruz, para ſatisfacer en la forma que podia á aquellas injurias. Tambien hacia decir Miſas, y que ſe hicieſſen oraciones por la exaltacion de la Fé, y reverencia de las ſantas Imagenes. Y ſi ſabía, que en alguna parte las habian maltratado, procuraba con mucha diligencia que ſe colocaſſen, y puſieſſen muy decentemente. Y las que pudo alcanzar, las hizo adornar, y poner con toda veneracion, de las quales hay algunas en ſu ſanto Convento.

CAPITULO VI.

DE LO QUE DIOS FAVORECIÓ A SU ALTEZA en la virtud de la Eſperanza.


ES la Eſperanza áncora del alma en las tempeſtades de la vida; medicina de nueſtras deſconfianzas; vinculo fuerte de la gracia, y prenda ineſtimable de la gloria. Tuvo en heroyco grado eſta virtud ſu Alteza, y ſe egercitaba notablemente en ella, repitiendo con San Buenaventura aquellas admirables palabras: ¡O eſperanza del Cielo, que quanto eſperas, tanto alcanzas! En todos ſus acaecimientos, y mas en aquellos, cuyos efectos habia de deſcubrir el tiempo, levantando el corazon á Dios, decia con ſentidiſsimo afecto las palabras del Santo Rey: *In te Domine ſperavi, non confundar in æternum.* (a) Y eſto con tan deſeoſo ſentimiento, que comunicaba ſu eſperanza á los que la oían. Quando le comunicaban algun negocio grave, y dudoſo, animaba mucho á las perſonas que la hablaban, diciendoles: Que eſperaſſen en Dios, que encaminaria los medios al deſeado fin. Y ſi era perſona á quien podia manifeſtar ſu corazon, decia: Eſperémos en Dios, y conſeguirèmos lo que eſperamos, creyendo, que tanto tendrémos de buen ſuceſo, quanto tuvieremos de eſperanza en Dios. Yo me he hallado muy bien con eſta virtud, porque en to-

(a) Pſalm. 30. v. 2.

todos mis trabajos, y dudas me he ido à Dios, y llanamente ſe los he comunicado, y pueſto en ſus manos; y con eſto he conſeguido muy felices ſuceſos. Que de contradiciones, y dudas ſe ofrecieron para que yo vinieſſe de Alemania: para que dejaſſe á mis Hermanos: para que deſpues ſe deſviaſſe la materia del caſamiento que ſe propuſo, y ultimamente, para que me dejaſſen entrar Religioſa.

2 Digoos verdad, que algunas veces veía tan dificultoſo el remedio, y tan obſcuro, y dudoſo el fin, que qualquiera naturalmenre tuviera por impoſible el conſeguir mi intento. Pero en todas eſtas tribulaciones, y tinieblas me quedaba interiormente un rayo de luz, y eſperanza, que era como un hilo delgado, á que me aſsia, para ſalir de aquel eſpiritual laberinto. De eſta eſperanza interior, que mi alma tenia, me nació la reſolucion, y firmeza con que defendia mi vocacion; de ſuerte, que á viſta de muchas razones con que me perſuadieron, y diligencias que ſe hicieron para retirarme de mi propoſito; ſin fatigarme en dár muchas reſpueſtas, apartando los ojos de las criaturas, poniendolos en el Criador, nunca llegué á deſconfiar, habia de conſeguir la dicha en que me hállo de ſer Eſpoſa ſuya.

3 En la ocaſion que ſu Hermano el Archiduque Maximiliano hizo aquella peregrinacion, que ſe ha referido, dando tanto cuidado á la Emperatriz ſu Madre, y á todos los Principes de ſu caſa, moſtró ſu Alteza notablemente las prendas que tenia de eſta virtud. Porque quando todos eſtaban ſumamente deſconfiados de que parecieſſe el Archiduque, por las triſtes nuevas que venian de ſu perſona; ſu Alteza (como ſe ha referido en el libro tercero) nunca dejó de eſperar firmemente en Dios, que le habia de guardar, y traher con bien á la preſencia de ſu Madre; y en eſte punto admiró á todos el ſuceſo, ajuſtandolo con lo que ſu Alteza habia dicho; porque pareció, no ſolo eſperanza, ſino noticia de lo venidero, aſſeveracion tan ſegura, en caſo tan contingente.

4 Tambien en la ocaſion que vino la Marqueſa de Auſtria, Sor Dorotéa, ſu Sobrina, reſplandeció mucho en ſu Alteza la Eſperanza; porque ſiendo de los ſuceſos, que mas deſeó en ſu vida, verla en el perfecto eſtado de Eſpoſa de Chriſto, habiendo intervenido en el acuerdo, y reſolucion de jornada tan grave, y tan larga, muchas dificultades, nunca ſu corazon ſe apartó de aquel he-

heroyco grado de eſperar en Dios, que él habia de allanar quantos embarazos pudieſſen ofrecerſe al intento. Y á algunas perſonas graves, que proponiendola las dificultades de la materia, la decian: Que tuvieſſe por cierto, que no ſe podria conſeguir aquel ſanto intento, reſpondia con mucha reſolucion: No lo entiendo yo aſsi, antes eſtoy muy cierta, y muy ſegura de que la Niña ha de venir à Eſpaña, y ſer Monja, y primero que Dios me lleve la he de vér profeſa: y aſsi ſe cumplió. Era notable el fervor con que animaba à todos á que eſperaſſen en Dios, con las palabras del Salmo: *Iacta ſuper Dominun curam tuam, & ipſe te enutriet.*(b) Fiaos de Dios (decia) y vereis que buen fin que tienen vueſtros deſeos, que por eſſo no los conſeguis, porque no os fiais. El que fia en Dios, eſpera en quien todo lo puede, y en quien todo lo ſabe, y en quien todo aquello quiere, que mas nos conviene. ¿Pues por qué apartais la eſperanza de Señor tan Poderoſo, tan Sabio, y tan Bueno? Otras veces decia: Cierto, que me hacen láſtima algunas perſonas, que fian de sì, y no ſe acuerdan de fiar en Dios. ¡En qué mala parte ponen ſu eſperanza! bien ſe les debe lucir en ſus negocios.

CAPITULO VII.

LA VIVA ESPERANZA QUE TUVO en negocios muy graves: y cómo correſpondieron los efectos.



Otorio ha ſido en el mundo el grave acuerdo con que ſe trató el caſamiento de la Sereniſsima Infanta Maria, aſpirando á eſta dicha los mas poderoſos Principes de Europa. La Infanta MARGARITA, por muchos titulos deſeaba vér el Imperio enriquecido con joya tan ineſtimable, y al Sereniſsimo Rey de Ungría, ſu Sobrino, con el lógro de una felicidad, por tan nobles circunſtancias deſtinada á ſu Real Perſona. Ofrecieronſe grandes dificultades en eſta reſolucion, dandole diverſos colores el eſtado univerſal de los Reynos. Con eſto ſe vió muy dudoſa la ſuerte, y la eſperanza de los Principes, entre el temor, y el deſeo comba-

ti-

(b) Pſalm. 54. v. 23.

tida. Nueſtra Sereniſsima Infanta en eſte tiempo, ſin dejar de hacer en lo natural las diligencias convenientes, ſe valia de aquella fuerza ſobrenatural, que prevalece contra toda humana contradicion. Quando eſtaba la reſolucion mas dudoſa, ſolia decir con las prendas que le daban en la oracion: No tengais miedo en eſte ſuceſo, que yo sé que mi Sobrina ſe ha de vér en el empleo, para que Dios la ha guardado, que es, para que vean en Alemania otra Emperatriz Maria, tan dichoſa, y bien querida como mi Madre. Otras veces decia, quando veía muy adelante otras platicas: Mi eſperanza adelgaza, pero no quiebra. Si huviera de mirar eſtas coſas en lo natural, yo confieſo, que eſtaria con grande deſconſuelo; pero no fio yo ſino en ſolo Dios, y él ha de deſaparecer quantas aparentes conveniencias ſe ofrecen, y hacer que venza lo que es, á lo que parece. A la Sereniſsima Infanta Maria ſu Sobrina, decia muchas veces con grande aſſeveracion, el buen lógro que ſe le eſperaba, y que ſe habia de vér mandando las Provincias que la Emperatriz Maria ſu Viſabuela.

2 Queria con grandiſsima ternura á eſta Señora, porque ſobre ſer ſus virtudes tan eſclarecidas habia gozado de la ſuavidad de ſu agrado, y comunicacion, y era tan parecida à la Emperatriz ſu Madre, que no podia hallar mayor guſto ſu Alteza, que mirarla, y hablarla. Por eſto fue uno de los grandes contentos que tuvo en ſu vida, los felices caſamientos, y jornada de eſta Sereniſsima Reyna; y ſiempre eſtaba en la oracion pidiendo que la bendigeſſe con dichoſo fruto de ſuceſion. Con eſta ultima felicidad quiſo tambien Dios premiar ſu eſperanza; porque pocos meſes antes, que murieſſe le llegaron nuevas de las buenas ſoſpechas de la Reyna. Al punto dijo á las Religioſas: Hermanas, yo quiero hacer los primeros paños que ſe ha de veſtir el Principe; y luego mandó hacer dos habitos, uno de la Puriſsima Concepcion de nueſtra Señora, y otro de mi Serafico Padre San Franciſco. Decian las Religioſas: Míre V. Alteza, Señora, que es temprano; porque no hay aun certeza del ſuceſo. Y reſpondia con grande confianza: Eſſa certeza que falta al ſuceſo, la tengo yo en Dios, y él me la ha dado, de que ha de tener la Reyna un Principe muy lindo, voſotras lo vereis, que yo no sé lo que ſea de mí; y por eſto me anticipo á hacer eſto, por ſi me huviere llevado antes de verlo. Hizo bendecir los habitos, y que ſe digeſſen muchas Miſas por eſte ſuceſo, y tuvo todas eſtas coſas ſobre un Altar de N.

Se-

Señora nueve dias, y con mucho tiempo las remitió á la Serenisſima Reyna de Ungría ſu Sobrina, eſcribiendole las buenas eſperanzas que podia tener de la merced que Dios nueſtro Señor la queria hacer. Y quando daba prieſa à eſte deſpacho, era diciendo: Enviemos eſto luego, antes que me muera; y aſsi ſucedió, que antes que nacieſſe el Principe de Ungría, y Bohemia, yá habia ſu Alteza muerto.

3 En el cumplimiento del teſtamento de la Emperatriz ſu Madre, en que trabajó ſumamente, y ſe ofrecian grandes pleytos, y dificultades, ſiempre ſe defendia con la eſperanza, diciendo: Voſotras vereis, que ſiendo Dios ſervido, ſe han de componer todas eſtas coſas, y que he de vér en perfeccion eſta fundacion, y egecutada la voluntad de mi Madre, y trasladado ſu cuerpo, y pueſto en ſu nicho. Premió Dios ſu eſperanza, habiendo ſobrevivido á todo eſto, tan ajuſtadamente, que muy pocos meſes antes que murieſſe ſu Alteza, ſe hizo la translacion de la Sereniſsima Emperatriz, como en ſu lugar dirémos. En lo que mas reſplandecia la eſperanza en ſu Alteza, era en la materia de ſu ſalvacion, como lo mas importante, y de la que habia ſolamente tratado toda ſu vida. De eſta tenia muy ſobrenaturales prendas, diciendo á las Religioſas, que hoy lo tienen muy preſente: Hermanas, yo eſpero en Dios, que me he de ſalvar; yo os aſſeguro, que trahigo en mi corazon tan viva eſta eſperanza, que no atrevo á poner duda en ello; porque ſus meritos borran mis pecados, y ſu miſericordia mi malicia. Bien me parece á mi, que iré al ſanto Purgatorio, y alli purgaré mis tibiezas; pero dejar de vér á Dios, ſiendo tan bueno, y miſericordioſo, no puedo perſuadirmelo. Decia eſto con una paz interior, tan grande, y un ánimo tan humilde, y devoto, que en él ſe manifeſtaba con quan ſanto corazon ſervia al Señor, y que ſe lo habia enriquecido con el teſoro de eſta ſanta virtud.



CAPITULO VIII.

LA CARIDAD QUE ARDIA EN EL CORAZON de ſu Alteza, y que ſiempre conſervó la gracia del Bautiſmo.



A Caridad, objeto nobiliſsimo de las virtudes chriſtianas, medio, y fin de la vida eſpiritual, en lo que principalmente reſplandece, es en conſervar al alma en gracia; porque aſsi como no puede ſubſiſtir la gracia ſin caridad, vá la caridad cada dia dando aumento á la gracia. Eſta heroyca virtud echó hondas raìces en el corazon de ſu Alteza; porque deſde niña la ſelló Dios el alma con ellas, y la ſirvió de muralla á los combates, que los tres enemigos la dieron todo el tiempo que vivió en eſta carne mortal. En eſte punto á mi entender, y al de muchas perſonas muy graves, llegó ſu Alteza á un eſtado de grande perfeccion, y que raras perſonas lo conſiguen, que es haber conſervado la gracia del Bautiſmo, ſin perder aquella blanca veſtidura con que adorna el Eſpoſo á la Eſpoſa: eſte es un dón tan grande, y en la flaqueza de nueſtra naturaleza tan ſingular, y á tan pocas perſonas concedido, que no he querido darlo á la Hiſtoria, ſin hacer quantas diligencias moralmente ſe pueden, para llegar á entender eſta verdad. No puede haber evidencia en tal averiguacion, por ſer tan deleznable nueſtra voluntad, tanta la variedad de los caſos, y tan ſujetas á falible entender las noticias que ſe cobran en el conocimiento interior. Y aſsi dice el Eſpiritu Santo, que nadie ſabe ſi es digno de odio, ó amor. (a) Y el Real Profeta pide, que le libre Dios de los pecados ocultos. (b) Pero en medio de eſtos zelos, y ſantos temores, nos ha dado Dios un genero de luz y noticia moral baſtanre, para que conozcamos, y entendamos como mejor ſe puede, las coſas eſpirituales en las tinieblas de eſta vida mortal, y con humildad, y rendimiento devoto las juzguemos, y cenſuremos; porque no quiſo dejar Dios à eſcuras el recto dictamen de la razon, ni en perplegidad tan penoſa, el medio con que ſe gobiernan las almas.

El

(a) Eccle. 9. v. 1. (b) Pſal. 18. v. 13.

2 El primer fundamento que tengo para creer, que su Alteza no perdió la gracia en su vida, es el que han tenido todos los hombres graves para entender lo mismo en este punto de quantas almas han tratado; porque habiendome manifestado su conciencia, y con delgada censura, y examen averiguado, quanto por ella ha pasado, no hallé cosa alguna que fuesse materia de pecado grave, ni que le huviesse privado de aquella Bautismal hermosura. Esto, no solamente lo advertí en la actual manifestacion de todos los acaecimientos interiores, y exteriores de su vida, declarados con aquel cuidado, atencion, y lisura con que lo declaran las almas temerosas de Dios á sus Confesores, sino en la igual práctica de sus santas costumbres, en su sincero, y llano modo de obrar, en la candidéz de sus pensamientos, y palabras, en la rectitud y bondad de sus intenciones, en la virtud, y perfeccion de sus egercicios, en el temor filial, y reverencial con que vivia amando, y temiendo á Dios como á Padre, y Señor. Referianos muchas veces cosas, que no solo no eran pecado grave, sino que era menester muy sevéra censura para determinarlas por leves, con tan sencillo, y verdadero amor, y humildad, que decia: Padre, parecele si en esto se ha podido enojar N.Señor conmigo, que me pesaria muchisimo, porque yo no lo dige cierto, creyendo que le enojaba, que de ninguna manera tal digéra, si pensára enojarle.

3 Esto mismo que yo asseguro, como testigo interior de la santa vida de su Alteza, asseguran tambien sus Confesores, personas de tan grande perfeccion, y doctrina, que se hallan esentos de toda censura. El Padre Fray Francisco de Ocaña, que despues de haber sido Lector de Teología, y Provincial de esta Provincia de Castilla, y gobernado con grande aprobacion diferentes puestos de la Religion, y entre ellos el de Confesor de su Alteza, fue elegido por Confesor de la Reyna nuestra Señora; cuya ocupacion, y la de Comisario general de Indias está hoy sirviendo con tan clara opinion: y el Padre Don Fray Miguél de Avellan, Lector jubilado, de la Provincia de Granada, Predicador de su Magestad, y Obispo de Syria. Estos dos venerables Sujetos asseguran, que habiendo hecho muy particularmente memoria, y mirado con cuidado, y atencion la vida de su Alteza, y manifestadose con ellos como con sus Confesores, y registrado hasta los pensamientos mas delgados, y hecho diversas confesiones generales, no ha-

llaron materia grave en que pudiessen determinar haber perdído la gracia, que recibió en el Bautismo, y que assi lo asseguran, como testigos, en qualquiera Tribunal, y averiguacion.

4 Estas noticias, que por tantas razones deben quietar al juicio, y censura mas escrupulosa, se ayudan, y dán la mano, con lo que uniformemente assientan, y publican quantas personas conocieron á su Alteza, y desde muy niña estuvieron á vista de sus acciones; assegurando, que no vieron jamás en aquella perfecta criatura cosa que desdigesse de la Ley de Dios, ni en que pudiesse incurrir la nota de los que le miraban, y oìan, y que obraba con tal advertencia, y edificacion, que se conocia que andaba siempre con vista espiritual sobre lo mismo que hacia, atendiendo á no desviarse de lo permitido, y á buscar con cuidado lo perfecto: y con ser assi, que era muy apacible, y gustosa en sus recreaciones, fue tan grande su edificacion, y el espiritual aprovechamiento, que á otras resultaba de ellas, que podian ser perfeccion en otra persona, las que su Alteza tenia por alivio á la naturaleza. Mesurabase, y componiase de manera, en viendo que la conversacion, ó la recreacion declinaba de aquel perfecto obrar Religioso, con que viven las personas espirituales, y santas, que parece que tenia hecha muralla entre lo bueno, y lo no permitido. De esta virtud interior, y edificacion exterior, salió al mundo la fama que siempre tuvo, y los altos titulos con que viviendo hacian venerable su nombre; porque universalmente todos la llamaban la santa Infanta Doña MARGARITA: la santa Señora, y otros renombres que están manifestando su perfeccion, y santidad: y esto no solo en España, por estár de cerca atendiendo, y admirando á su Alteza, sino en toda Europa, como se vé de los Breves, que se refieren en esta Historia, en que los Pontifices no acaban de engrandecer su virtud; y de muchas cartas, que diversas personas espirituales le escribian, comunicando con su Alteza las materias del alma con grande estimacion, y credito de su espiritu.



CA-

CAPITULO IX.

SENTIMIENTOS DE AMOR DIVINO con que favoreció Dios à ſu Alteza.



ASſentó Dios en el corazon de ſu Alteza deſde ſus tiernos años un dón tan amoroſo deCaridad Divina, con tan delgados, y ſuaves ſentimientos, que pocas veces ſe hallaba ſin eſte afecto ſobrenatural. Para conſervarlo, tomó por devocion el decir todos los dias ſiete veces el Pater noſter, y Ave Maria, en memoria de las que derramó Chriſto nueſtro Bien ſu Sangre bendiriſsima por el Linage humano. Y decia : Treinta años há que rézo eſta devocion, ſin haber faltado dia alguno, Dios ſea bendito : y os aſſeguro, que me hállo muy bien con eſto. Exhortabalas á todas, que amaſſen mucho á Dios, porque el camino del amor, era el mas breve, y de mayor merecimienro, y el que facilita mas el ſanto egercicio de las virrudes. Mirad, decia : todos trabajan para amar ; amemos noſotras para trabajar, y padecer con mas aliento por Dios. Las mortificaciones, penitencias, y penalidades, ſe ordenan al amor, ſi noſorros amamos, conſeguido el fin, mas facilmenre egercitarémos los medios. Al amor todo es muy ſuave, ſin amor todo es dificultoſo. La caridad es pacienre, benigna, y amoroſa, ablanda lo aſpero, y hace facil lo dificultoſo. El ordinario egercicio de ſu Alteza, era hacer muchos actos de amor de Dios, ofreciendole ſu corazon, y ſu alma, potencias, faculrades, y ſentidos, deſeando en qualquiera palabra y accion, darle todo lo criado : y aſsi no daba paſo, aun en las ocupaciones exteriores, que no fueſſe ofreciendo á N. Señor con grande amor, y ternura, como ſe ha viſto en las jaculatorias, en que todo el tiempo de ſu vida ſe egercitó.

2 De eſte ſanto egercicio (que es utiliſsimo para las almas) le reſultaron dos gracias muy particulares: la una, el conſervar tan perſeverantemente el fuego de la caridad ; porque inrerior, ó xteriormenre, ſiempre ſe hallaba en eſte modo anagogico de reducirſe á Dios, y reſignarſe en ſus manos, y comunicarſe con ſu Divina Mageſtad: con que al miſmo paſo la iba aumenrando el amor, é introduciendola el dón de la caridad, en grado heroyco,

con

con otras muchas gracias, que dependen de este dón generoso. Consiguió tambien aquella inocencia, y sinceridad admirable con que vivió muchos años de pensar santamente de los progimos. No llegaba á creer, que habia en el mundo Christiano que pecasse mortalmente, teniendo un ingenio muy vivo, y naturalmente advertido, y discreto: podia tanto la pureza de su caridad, que no llegó á enturbiar el pensamiento con estas noticias, pareciendole que era imposible haber quien ofendiesse á un Señor tan bueno, y digno de amor. Y despues que el platicar las materias de esta vida la obligó á tener claras noticias de nuestros desconciertos, lo creía, y referia con tan gran compasion, que edificaba sumamente à quien la oía, diciendo: Muchos años he estado sin creer que huviesse Christiano que ofendiesse mortalmenre á nuestro Señor; y yá yo voy creyendo que hay algunos, y siento infinito esto. Por vuestra vida, que le pidamos á su Divina Mageстad que los encamine, y alumbre, que es lástima que tal cosa se haga contra un Dios tan sumamente perfecto, y bueno.

De este inestimable dón le nacia aquella luz superior con que siempre miraba sus acciones, dividiendolas de la naturaleza con la gracia; de suerte, que conocia facilmente en lo bueno lo imperfecto; y purificaba sus obras, y encaminaba á gran perfeccion. Vivia siempre sobre sí misma en continuo desvelo, atendiendo á las licencias, é inclinaciones del cuerpo, conservando el espiritu dentro de los terminos de la razon. Solia decir: Hermanas, que mala vecindad nos hace el cuerpo; quien pudiera ponerle en razon, y hacerle que assi se sujetasse al alma, como el alma desea sugetarse á Dios. Y no solo reducia esto á especulacion, sino á tan perfecta, y provechosa practica, que apenas miraba en su alma el mas leve contacto de imperfeccion, quando sin poderlo tolerar lo iba á labar con la penitencia Sacramental. Y aunque fuessen horas extraordinarias, con santo desassosiego, no reposaba, hasta que le llamaban al Confesor, y le decia su pena, y preguntaba si se habria enojado Dios de aquello. Y como lo que su Alteza ponderaba tanto, apenas podia calificarse por bastante materia para la absolucion, era fuerza decirselo; y su Alteza respondia con humildad: Perdoneme el Padre Confesor, que para que yo le lláme, y me confiese, basta el poder ser pecado lo que digo, aunque no lo haya sido, que como soy tal, tengo muy bien que temer. Con esto he cumplido, y quedo quieta, perdoneme

por

por amor de Dios. Y algunas veces llamaba á ſu compañera, y la decia: Hermana, no os eſpanteis de lo que hago, yo quiero que ſepais la cauſa que tuve para llamar al Confeſor: fue eſta (refiriendole llanamente ſu defecto.) Eſto os digo, porque penſais que ſoy buena, pues entended que ſoy mala, y acabad de deſengañaros, y encomendarme á Dios, pues veis mi neceſidad. Con eſto dejaba edificadas, y confundidas á ſus compañeras, reconociendo la pureza con que vivia, y quanto procuraba conſervarſe en la verdadera caridad.

4 Egercitabaſe en una conſideracion devotiſsima, que la ayudaba mucho á la atencion de obrar ſiempre con ajuſtamiento, y rectitud de conciencia. Afirmaba, que tenia hecho ſu apoſento en la Voluntad de Dios, y que en ella guardaba clauſura rigurosa, y que era contra ſu profeſion ſalir de las paredes de eſte divino retiro: repugnaba á la naturaleza, quando la pretendia perſuadir que ſe deſviaſſe en algo del beneplacito divino, uſando de eſta comparacion: Hago cuenta que voy embarcada al Cielo en la Voluntad de Dios, como el navegante que vá á las Indias, el qual ſi quiere ſalir del navío, es fuerza que ſe anegue, y por eſto guarda tanta clauſura en él, que haſta llegar al puerto no ſe atreve á ſalir de ella, por no dár en las ondas. Bien puede paſearſe dentro del navío, y en aquel moderado eſpacio uſar de lo permitido, y llegarſe á bordo, mirar las aguas, como quien reconoce el peligro; pero no ſe arroja á la mar, porque eſtá mirando en ella ſu muerte. Aſsi yo, que voy embarcada á las Indias Celeſtiales en el navìo de la Voluntad de Dios, no es bien que ſalga de él, que ſería tomarme con mis manos la muerte. Baſta dentro de lo permitido paſearme por ſu clauſura, y tal vez recrearme en ella; pero ſi Dios es ſervido, no he de deſembarcar haſta el puerto. Otras veces decia: Aſſeguroos, que en algunas ocaſiones eſtá el mar tan bravo, y la mala naturaleza tan rebelde, que parece que por fuerza nos lleva á bordo del navío, y nos quiere arrojar; pero la gracia vence, conforta, y anima, y le digo al Demonio: Primero he de morir mil veces, que yo ſalga de la Voluntad de Dios, no tienes que canſarte. Con eſtas ſantas conſideraciones conſervaba ſu Alteza la pureza del alma, efectos todos de la Caridad Divina.

CA-

CAPITULO X.

EL AMOR QUE SU ALTEZA TUVO á los progimos.



A que hemos referido brevemente la caridad que tenia en orden á Dios, ſerá bien decir la que tuvo en orden á los progimos; porque como eſta admirable virtud es tan liberal, y benéfica, ſe difunde en todos, y comunica de Dios á las criaturas, y de las criaturas á Dios. En eſte ſanto egercicio fue admirable, porque concurrian para él ſu inclinacion natural, que era ſumamente benigna, y el amor ſobrenatural la hacia mas ſuave, y fervoroſa. Amaba, y eſtimaba á los progimos ſobre manera, y en ſu corazon miraba á cada uno como ſi fuera ſu Superior, reconociendo en él algunas ventajas. Si era mayor, la edad: ſi era menor, la humildad: ſi era niño, la inocencia: ſi era grande, la autoridad: ſi era Prelado, la Dignidad, tomando motivos de mejorarſe en quanto miraba. Han obſervado las perſonas que aſsiſtieron á ſu Alteza en todo el diſcurſo de ſu vida, que nunca la vieron hacer donayre de perſona alguna; antes ſi ſe ofrecia ocaſion de poderlo hacer, la encubria, y diſimulaba con ſanta diſcrecion; de ſuerte, que daba á entender, que no habia advertido el defecto; y ſi las perſonas que ſe hallaban preſentes reparaban en ello, y ſe reían, procuraba contenerlas con grande advertencia, declinando la platica, ó cortandola; porque no podia tolerar, que ſu progimo padecieſſe á viſta de ſu caridad.

2 Eſto advertian los que yá conocian ſu condicion, y decianla: Yá entendemos, Señora, á V. Alteza, y ſabemos por qué muda platica. Reſpondia con mucho agrado: Si lo entendeis, por qué no lo eſcuſais, pues es una miſma obligacion de cubrir las faltas de nueſtros hermanos. Procuraba quanto podia, que no turbaſſen á la perſona que habia dado la ocaſion al donayre: porque decia, que la cauſaba mucha láſtima, que puſieſſen á una perſona en confuſion. No es poſible, decia, ſino que ſe verá afligida en tales ocaſiones en lo natural, y en lo eſpiritual, pues que ſe pone á rieſgo de tener impaciencia; y aſsi no es bien que á nueſtros hermanos los pongamos en tan grande trabajo, por tan le-

leve gusto. Y si la persona estaba ausente, hacia las mismas diligencias, volviendo por ella, y escusandola, repitiendo su comun proverbio, dejad los ausentes por vuestra vida, que no están aqui para defenderse.

3 Sucedió, que cierta persona en una ocasion quiso entretener à su Alteza, refiriendola un caso de donayre, que con otra le habia sucedido. Al proponer el suceso, diciendo el defecto del progimo, no solo no se alegró con el cuento, pero dió muestras contrarias, componiendo el semblante, y mesurandose; entonces dijo la persona que habia referido el caso: Bueno es Señora, que venga yo á entretener á V. Alteza con tan buena intencion, y que dé muestras de tristeza. Respondió: No me puedo alegrar, ni entretener con semejantes cosas, que al fin toca en murmuracion, y en descubrir faltas agenas, las quales querria yo cubrir con las alas de mi corazon, porque no padeciessen mis progimos.

4 Quando la curaron, sucedió que el Cirujano que la batió las cataratas, viendo que no surtió la cura, se entristeció grandemente, assi por el empeño que habia hecho, como por las albricias que habia perdido en este suceso. Reparando en esto su Alteza, luego que conoció que quedaba ciega del todo, dijo con mucha lástima al Cirujano: Cierto, Espinosa, que me pesa mas del suceso por vos, que por mí, y siento mas lo que vos dejais de ganar, que lo que yo pierdo en no poder vér. Y con todo esso mandó que le diessen muy cumplida satisfaccion. Otro caso la sucedió semejante á este, que en cierta enfermedad, sangrandola el oficial, hirió dos veces el brazo, y no atinando con la vena, no salió sangre: cesó por entonces la sangria, y las Religiosas, y los Medicos que la assistian fueron de parecer, que se llamasse otro sangrador. Respondió: No ha de ser, ni yo lo tengo de consentir: no quiera Dios que por mi le venga mal á este hombre, que està bien acreditado; él no pudo mas, puede ser que yo tenga la culpa, él me ha de sangrar, que Dios le dará gracia. Volvió el mismo á hacer la sangría, y salió muy acertada; y entonces dijo á todos, ¿qué os parece? ¡Como sabe Dios volver por los inocentes! lo cierto es, que yo tendria la culpa de que èl no me sangrasse bien.

5 Trageron en una ocasion á su Alteza una pobre muger, á quien habian levantado un testimonio por la justicia: y despues

de haber padecido grande trabajo, salió libre de la prision, luego la hizo vestir, y contandole los trabajos, y testimonios, que la habian levantado, y lo que habia padecido, fue tanta la compasion y ternura de la Infanta, y lloró de manera, que la vino á dár una congoja, con tales demostraciones de dolor interior, que no bastan á explicarse. El dormitorio comun de las Religiosas hizo sentimiento de ruína, y temieron que se hundia, con riesgo de la vida de todas. Digeronselo á su Alteza, y luego que lo entendió, dijo: Lleven mi cama al dormitorio, que quiero correr el mismo peligro que mis hermanas, que no es bien, que quando ellas están en tal riesgo, esté yo libre y segura: mis hermanas son, y con ellas tengo de vivir y morir.

6 Encendiendose fuego los años pasados cerca del Convento, se remió, y aun se tuvo por cierto, que el Convento mismo se quemaba, porque la vecindad de las llamas, y confusion de la gente lo daba á entender. Vinieron con orden de su Magestad personas graves, y entre ellas el Embajador de Alemania á sacar á su Alteza, y librarla del peligro, queriendo poner cóbro á la prenda mas importante. Dieron á su Alteza este recado, diciendole la resolucion que se habia tomado; á la qual respondió con egemplar valor: ¿Cómo es posible salir yo sin mis hermanas? No se persuada nadie à esso; si ellas murieren abrasadas, yo las tengo de seguir en la muerte, como las sigo en la vida, y he de morir con ellas; no permita Dios que en ningun trabajo las desampáre; persuadanse todas á que esso no ha de ser, ni verse mis hermanas en peligro, y yo vivir fuera de él.

7 Amaba con increíble ternura á las Religiosas, como á personas en quien conocia tanta virtud, y de quien recibia tan buenos servicios. Decia, no sabe nadie, ni yo podré decir las razones que tengo para querer á mis hermanas; débolas mucho, que siendo como soy, me recibieron en su compañia, me sufren, y hacen mucha caridad. Doliase grandemente de ellas: quando las veía enfermas visitabalas en la enfermeria el tiempo que pudo, con tanta afabilidad, y llaneza, con tan grandes muestras de amor, que parece que iba repartiendo su corazon, y salud en las enfermas. Preguntabalas con rostro apacible, ¿cómo lo pasaban? Si se les ofrecia alguna cosa? consolandolas en su indisposicion, y aliviandolas mucho con santas palabras. Quando estaba alguna de cuidado, sino la dejaban irla á vér, la enviaba á visitar, y que la

la digessen si habia alguna cosa en que su Alteza la pudiesse socorrer, y qué numero de Misas queria que la hiciesse decir, en caso que Dios la llevasse.

8 Quando yá estaba en su ultima edad, y por su persona no podia visitar las enfermas tantas veces como antes, las enviaba á visitar con una de las Religiosas que la asistian dos veces cada dia, ó mas, conforme á la necesidad, y que supiessen de las enfermas si gustaban de alguna cosa, y se lo digessen; y con grande puntualidad y amor hacia buscar lo que pedian, poniendo mas cuidado, que si fuera para sí, y mandando que quando saliessen los Medicos de la enfermeria, la viniessen á dár cuenta de cómo quedaban las enfermas.

9 Quando sabía que alguna Religiosa tenia natural sentimiento por muerte de padre, ó hermanos, luego la hacia llamar, y con dulces palabras la consolaba, aconsejandola lo que debia hacer en aquel caso. Mirad, decia, que recibais esto de la mano del Señor, que por algun bien particular, y vuestro lo ha permitido: encomendemos á Dios el suceso, y hagamos decir algunas Misas: creed, que solo lo que nosotras hacemos debe darnos cuidado, que lo que Dios hace, siempre nos conviene, si nosotras nos sabemos aprovechar de ello. Tenia mucho cuidado con las personas que fuera del Convento la asistian, procurando, que sirviessen á Dios, y viviessen ajustadamente, mandando si estaban enfermos, que los visitassen, especialmente si eran pobres. Cuidaba de que no les faltasse cosa alguna en su enfermedad, y esto con tan gran desvelo, como si fueran sus padres, ó hermanos, aunque no fuessen sus criados, procurando que les diessen Medicos, medicinas, y otras cosas. De esto dán testimonio con lagrimas los que con la muerte de su Alteza perdieron el bien que recibian de su liberal mano.



CAPITULO XI.

COMO EGERCITÒ SU ALTEZA LA CARIDAD con los pobres, ſin perjudicar à ſu pobreza.



UE providencia particular de Dios, para ſocorro, y alivio de tantos pobres, haber ordenado, que ſu Alteza ſe rindieſſe á la viva iſtancia que la hicieron, para que en virtud de los Breves de los Pontifices, tomaſſe á ſu cargo la diſtribucion de los largos ſocorros que cada año le tuvieron ſituados: eſtos fueron en muy conſiderables cantidades, porque la Emperatriz ſu Madre la dejó para eſte efecto docientos ducados de plata cada mes en ſu teſtamento. Los Reyes con la largueza que ofrecen el dinero á tan piadoſas obras, mandaron librar puntualiſsimamente á ſu Tia ſeis mil ducados cada año. El Archiduque Alberto, otros docientos ducados de plata cada mes, ſin otras grueſas cantidades, que los Principes de la Caſa de Auſtria le remitian, para que en nombre de eſta Santiſsima Familia los repartieſſe á los pobres.

2 Mandó ſu Alteza, como hemos dicho, que ſe hicieſſe puntual relacion al Pontifice de las cantidades, y de los efectos en que ſe habian de convenir, aſsi de pagar los criados de la Emperatriz, como de las obras pias, y limoſnas que pareciesſe á ſu Alteza, y para el repáro de las propias neceſsidades. Y ſu Santidad tomó en sì la propiedad, y dominio de toda eſta limoſna, y con toda la plenitud de gracia, y poder le concedió la diſtribucion, de la manera que ſe la propuſieron, y como mas cumplieſſe al conſuelo eſpiritual de ſu Alteza, dandola para eſto ſu ſanta bendicion, y aſſegurandola en ſu conciencia; y aſsi venía á ſer ſu mano por donde comunicaban ſu caridad los mayores Principes del mundo. El Vicario de Chriſto, por tener reſervada la propiedad; el Rey, y los Hermanos de ſu Alteza, porque le ofrecian para eſto los ſocorros; pero no ſe quietó con eſto ſu ſanto, y riguroſo zelo, ni con el parecer de varones muy graves, que le aconſejaron quan conveniente era, ſegun la grandeza de eſtado en que Dios la habia pueſto, y el bien que reſultaba á tantos pobres, uſar de los Breves, y Diſpenſaciones referidas; ſino que deſ-

pues

pues de haberse obtenido, los hizo comunicar con los mayores Teologos de España, pidiendoles,que la diessen por escrito su parecer: y asi lo hicieron, asegurandola con grandes fundamentos el camino por donde Dios la llevaba. Y todos estos papeles,y Breves los daba á los Confesores, asi como comenzaban á egercitar su ministerio, y doy fé, que á mi me los dió con tan graves palabras, que me puso en grande admiracion, porque al entregarme aquellos papeles, me dijo: Padre Confesor, estos Breves,y papeles le entrégo, en los quales he librado la seguridad de mi conciencia; porque hombres muy doctos me han dicho, que voy bien, y que agrádo á nuestro Señor con que se dén estas limosnas por mi orden. Vealos, Padre Confesor, y digame libremente lo que tengo de hacer, que con todo rendimiento obraré quanto me digere, aunque fuera necesario perder la vida por ello, porque solo deseo agradar á nuestro Señor, y acertar con el santo camino de la perfeccion que profeso: y vuelvole á decir, que me diga lo que debo hacer para esto, y míre que deseo lo mejor, y que si no lo hago no tendré yo la culpa, pues de todo corazon estoy rendida á hacer lo que me aconsejáre; y si no me habláre con claridad, y me desengañáre y advirtiére lo que debo hacer, dará cuenta por mi en la otra vida.

3 Supliquéla que me diesse tiempo para verlos de espacio, y comunicarlos con diferentes personas doctas y graves, y habiendolo hecho, lo restituí á su Alteza, con la aprobacion misma que la habian dado hasta alli; asegurandola lo que servia á Dios en egercitar la caridad con los pobres, y conformarse para esto con los Breves, y Voluntad Divina. Esto he querido volver á repetir aqui, asi para que se vea el aprecio que hacia esta perfecta Señora de su profesion, como porque al lado de su caridad resplandezca mas el zelo y amor á la santa pobreza, que tantas lagrimas la hizo derramar de pena, quando podia verterlas de gózo.



CA-

CAPITULO XII.

LARGUEZA CON QUE SU ALTEZA socorrió á los pobres.



REsuelta su Alteza á tomar sobre sí la agradable carga de beneficiar los pobres con los socorros, y limosnas, que para este efecto tenia á su orden: no puede bastantemente explicarse la caridad, discrecion, y fervor con que en este ministerio sirvió á nuestro Señor. Decia comunmente á las personas, de cuya mano se servia en esto: ¿No es así, que todo esto que me dán es para limosnas? Pues egercítese, y gástese en limosnas, para que se conforme el nombre con los hechos. Y pues Dios me ha dejado en el mundo con la carga de tener que dár; cumplamos con esta vocacion, que este egercicio por una parte me es muy suave, y por otra no me deja de ser un poco penoso, pues yá yo habia ofrecido tambien á mi Señor, y Esposo el no tener que dár; pero pues ha querido volverme á este estado, yo procuraré ser fiel dispensadora de sus Tesoros.

2 Notorio es en la Corte, y en todos los Reynos de España, con quan larga mano su Alteza cumplió con este ministerio, pues lo dicen á voces Monasterios, Hospitales, Carceles, personas principales necesitadas, huerfanos, y pupilos, y todo genero de pobres, que con lagtimas están publicando el bien que recibieron en su vida, y el que perdieron en su muerte. Hoy viven en Madrid Ministros, de cuya mano usaba en este santo y devoto ministerio, que refieren cosas particulares de su caridad, que sería el contarlas, exceder del justo volumen de Historia. El Marqués de Malagón, Mayordomo del Rey, que lo era de su Alteza, y le sirvió con la satisfaccion, que se deja entender de su sangre: Don Gabriél de Alarcón, Secretario del Consejo de Indias; el qual, y Luis de Alarcón su padre, por sus buenos servicios, tuvieron tanta parte en la gracia de su Alteza, como hemos referido: El Licenciado Don Juan Aparicio, Capellan de su Alteza, persona de gran virtud, que hacia oficio de su limosnero: Juan Usbaldo, Secretario de su Magestad, que todos asistian á este ministerio, con sumo acierto, y en el credito, y en la autoridad

tan

tan abonados; como ſe deja entender. Eſtos Miniſtros no acaban de publicar la largueza, y caridad de ſu Alteza; ſu zelo, cuidado, y fervor; el anſia con que cuidaba de los pobres, repartiendo con cada ſocorro ſu corazon, con tan devotas, y fervoroſas demoſtraciones, que los admiraba.

3 Quando algunas Religioſas la veían tan caritativa, y alababan el dón que Dios la comunicaba en eſta parte, reſpondia: Mirad, amigas, los bienes temporales los ha dado Dios para ſocorrer á los pobres, y es juſto, que no faltemos á ſu intento; porque ſe enojará de que de otra manera ſe gaſten: ſi tuvieſſeis un Mayordomo, que la cantidad que le entregaſſeis para un efecto la conſumieſſe en otro, ¿no os diſguſtariais con él? Pues de aqui podeis colegir lo que Dios ſentiria, que lo que ſu liberalidad dá para nueſtro remedio, lo deſperdiciemos en nueſtro daño, y en comodidades nueſtras, lo que formó para ſocorros, y limoſnas de neceſitados. Tenia no ſolo cuidado, ſino curioſidad en la forma de la diſtribucion; porque habia hecho una memoria de todas las perſonas principales, que padecian neceſidad, y de los Hoſpitales de eſta Villa, de los recogimientos, y ſeminarios de huerfanos, de los Conventos mas neceſitados, de las Carceles, y de algunos ciegos, ó viejos impedidos, doncellas recogidas, y otras perſonas, para ir por ſu orden ſocorriendo, y fecundando eſte noble campo de merecimientos; aplicando á la mayor neceſidad, mayor ſocorro, y anticipandole á la mas urgente.

4 Tenia liſta de pobres, á quien habia ſituado renta todos los meſes y años, haſta que murieſſen, y entre ellos algunas Religioſas de otros Conventos muy neceſitadas, con las quales tenia mayor cuidado; porque decia, que eran encerradas Eſpoſas de Chriſto, y ſiervas de ſu Madre bendita. Habia otros pobres, á quien por ſu calidad, y circuſtancias, reſervaba el dár por ſu mano el ſocorro, por mayor ſecreto, y recato, cuidando, no ſolo de ſu ſuſtento, ſino de ſu credito: y quando los hablaba, era animandolos con tales palabras, que iban igualmente aliviados, y ſocorridos. En eſte numero entraban los ſeñores Sacerdotes, á quien honró ſumamente, y nunca quiſo que fueſſe por agena mano el hacerles merced. Con los que ſe ſeñaló notablemente, como yà hemos tocado, era con los que iban á predicar á los Herejes de Inglaterra, Alemania, y Francia, y otras Naciones, á los qua-

quales llamaba los privilegiados, porque eran antepueſtos á todos, por el alto miniſterio de ſu vocacion: dabales, no ſolo para el viaje, y cartas muy favorables, ſino alhajas, y cajas de plata, para que llevaſſen el Santiſsimo Sacramento con decencia, y recato entre los Catolicos ſecretos de aquellas Provincias; y de la largueza, y caridad con que á eſto acudia, puedo yo ſer teſtigo, por haber corrido por mi mano en muchas ocaſiones eſta ſanta diſtribucion, y cuidado.

CAPITULO XIII.

PARTICULARES CASOS QUE SUCEDIERON á la Infanta, egercitando ſu caridad con limoſnas.



SUcedieron á ſu Alteza muy raros caſos en el ſanto miniſterio de ſu caridad, porque ſu piedad llamaba, y animaba á los pobres á que vinieſſen á buſcar ſu remedio. Cierta Señora de eſtos Reynos la llegó á manifeſtar el eſtado, y neceſidad á que Dios la habia trahido; y no hallandoſe entonces con que poderla ſocorrer, porque á ſu largueza eran cortos tan quantioſos ſocorros, la dió una cadena de criſtal de particular arte y labor, que tenia deſtinada para una Imagen de N. Señora, á quien tenia mucha devocion. Y con ſer eſto aſsi, y haberle dejado aquella cadena la Emperatriz ſu Madre, y uſadola ſu Mageſtad, no pudo ſufrir ſu encendido corazon á viſta de una neceſidad tan digna de remedio, dejar de ſocorrerla por eſte camino, y al darſela la dijo: Perdonad, que no me hállo con otra coſa con que poderos valer; fiad mucho en Dios, que él os ayudarà, y yo tambien lo haré en quanto pudiere.

2 Manifeſtóle una ſeñora conocida ſuya, que tenia ſus niños recogidos, y encerrados en ſu caſa, por eſtár ſin remedio humano para poderlos veſtir. Hallóſe atajada ſu Alteza, y herido ſu devoto, y Real corazon con eſte ſentimiento, no hallandoſe con que poderla remediar por entonces, tomó algunos veſtidos precioſos de las Imagenes del Niño Jeſus que tenia, para que con ellos, y de ſu valor hicieſſe veſtidos á ſus hijos, y decia con grande ternura, y devocion, mirando al Niño Jeſus: Niño mio,

mio, no habeis Vos de tener tantos vestidos, y tan ricos, y los pobrecitos andar desnudos, y sin tener que vestirse; en verdad, Señor, que habeis de partir con ellos, que yá yo conozco vuestra condicion, y que gustais de quedaros pobre, y desnudo por vestir á nuestra naturaleza.

3 Como sabian que habian de hallar remedio en su Alteza, acudian con todo genero de necesidad, y asi ponian á la puerta de la Iglesia de su Convento niños expositos. Mandaba que los recogiessen, y que si no estaban bautizados, los bautizassen, dandoles larga limosna, y remitiendolos al Hospital. Otras veces se quedaba con algunos, y los daba á criar á personas que cuidassen de ellos, y que en teniendo edad les enseñassen la Doctrina Christiana, y el temor de Dios: y si algunas de estas criaturas se inclinaban á entrar en Religion, les valía, y socorria en todo lo necesario: á las doncellas dandoles su dote, á los mancebos lo que habian menester para conseguir su habito y profesion. Y tambien casaba las huerfanas, que se inclinaban al santo Matrimonio, no solo dandoles con que tomassen estado, sino para su sustento. Habia tambien muchas Religiosas à quien socorria largamente, y hoy viven algunas, que las tenia situado lo que les habia de dár cada año, cuidando de ellas con grande amor, y puntualidad.

4 Gustaba mucho de vestir niños pobres, porque decia: En estos se me representa el Niño Jesus, en su edad, y en su pobreza; socorriendo tambien á las mugeres pobres, por devocion de la Virgen Santissima, como queda yá referido. El Domingo de Ramos hacia dár de comer, y limosna á trece pobres, en memoria de Christo nuestro bien, y de sus doce Apostoles. Deseaba mucho servirlos, y ministrarles la comida; pero como no le era posible, decia á uno de los criados que á su Alteza asistian: Hacedme caridad de tomar por vuestro cuidado el regalo de los trece pobres, mirad que representan á Christo nuestro Señor, y á su santo Colegio; habeislos de llevar á vuestra casa, y servirlos vuestra muger, y vos con muy grande reverencia y amor: en esto recibiré gran placer, que sabe Dios que quisiera yo hacerlo por mi mano. Esto mismo hacia algunos dias de nuestra Señora, como yá se dijo en otra parte.

5 Tenia mucha devocion con el santo Nacimiento, y por la ternura con que amaba al Niño Jesus, llamaba à esta su Pascua; y en memoria, y representacion de la pobreza de la Virgen nues-

tra Señora, y de San Joseph en el Portal, ordenaba que se repartiesse mucha cantidad de dinero, con el secreto posible, mandando á Don Gabriél de Alarcón, ó á su padre, que lo emplease en las mas conocidas, y pias necesidades, y que esto se hiciesse con mucho secreto. Porque decia, que lo que importaba era dár gloria á Dios, y remediar al necesitado, y esso se conseguiria mejor, quanto mas ocultamente se hiciesse. Gustaba en estos dias de dár algunas limosnas por su mano, especialmente á personas honradas, y que no se atrevian á recibirlo de otra. Y para que esto fuesse con mayor secreto, y que nadie lo entendiesse, ni las mismas Religiosas del Convento, ni las que la servian en quanto era posible, mandaba á su Mayordomo, que en su casa pusiesse en unos papeles diversas cantidades de dinero, y que se los tragesse con secreto, y se los fuesse dando quando estuviesse sola en la ventanica. Ponialos en una caja, que tenia para este proposito, y quando venian estas personas, les daba conforme á la necesidad, y calidad, y les decia con mucha llaneza, y amor: Tomad esta miseria, y perdonadme por amor de Dios, que yo no doy como Infanta, sino como Monja pobre, y si le respondian agradecidos, les replicaba: Callad, no digais esso, que no es nada lo que hago; bien es verdad, que deseo hacer mucho por el Niño Jesus, y por mi Señora la Virgen, á ellos se lo podeis agradecer; mirad que no lo ha sabido nadie, ni vos lo digais.

6 Entre año egercitaba esto mismo con algunas personas, y pobres, á quien la verguenza hacia mayor su necesidad, y lo que mas estimaban todos, era la limosna espiritual, consolandolos en sus trabajos, y animandolos, diciendo: Mirad que os ruego, que tengais paciencia, y que con todo sufrimiento lleveis lo que Dios os envia: Yo os prometo de rogar á Dios por vos, y acordaos de mi en vuestras oraciones. En la misma Pascua de Navidad hacia vestir tres pobres, y un hombre, una muger, y un niño, en memoria, y devocion del Niño Jesus, de Santa Maria su Madre, y de San Joseph; procurando, que fuessen personas virtuosas, y necesitadas.

7 Quando entraban á hacer en el Convento alguna obra, si sucedia entrar con los oficiales algun hombre pobre, con vestidos rotos, decian á su Alteza: ¡Señora, si V. Alteza viera un pobre hombre de estos de la obra, y qué lastimosamente está vestido! Causabale esto mucha compasion, y mandaba, que le vistiesf-

tiessen, y remediassen. El pobre, agradecido á este bien, deseaba besar la mano á su Alteza, pero como pobre no se atrevia á intentarlo. Llegabalo á saber su Alteza, y como nunca desdeñó á los pobres y humildes, mandabalo llamar, y recibialo con aquella caridad y agrado, que á todos. Preguntabale con mucha llaneza: ¿Decidme, oís Misa? Mirad que la oygais todos los dias que pudieredes. ¿Rezais el Rosario de N. Señora? Si no le teneis, yo os le mandaré dár: mirad que lo receis, y encomendadme á Dios. Sabía tal vez, que algunos de estos oficiales tenian sus mugeres enfermas, y con necesidad, compadeciase mucho de ellas, y procuraba que de su mesa se llevasse cada dia alguna cosa de regalo, y con mucha caridad deseaba saber cómo lo pasaban, y si la necesidad, y enfermedad apretaban, las socorria con Medico y botica.

8 Compadeciase mucho de los niños Acolitos, que sirven en la Iglesia Real de las Descalzas: son seis, ú ocho; procurase que sean pequeños, por mayor ornamento y decencia del Altar, enseñanles con gran primor las ceremonias, y modo de servir, y es cosa muy advertida en esta Corte, y de gran devocion y egemplo, porque se cuida mucho en esta Real Casa de la correspondencia, é igualdad en las cosas del Culto Divino. El tiempo que sirven estos niños en el ministerio de Acolitos, están bien acomodados; porque tienen sus gajes, y Maestros que los enseñan virtud, y la lengua Latina; pero despues que se hacen grandes, por la desigualdad, es forzoso salir de este ministerio. Compadeciase su Alteza de su descomodidad, hablabales con grande llaneza, consolabalos, y animabalos, procurando saber de ellos à qué se inclinaban. Algunos decian que querian ser Religiosos; alegrabase de esto, diciendo: Pues yo os ayudaré en todo, porque consigais vuestros deseos: huelgome que hayais hecho tan buena eleccion: mirad bien en ello, y hacedlo con bendicion de vuestros padres: haciales, que lo encomendassen á Dios, y que la viniessen á dár cuenta. Examinaba su vocacion, y quando conocia que era verdadera, les ayudaba: sabìa la Religion á qué se inclinaban, negociabalo con los Prelados, y concurria á todo quanto habian menester: y á los que se inclinaban á oficios, ó á servir algunos Prelados de la Iglesia, procuraba acomodarlos, interponiendose con mucho afecto, y caridad.

9 Quando la daban cuenta de que morian algunas personas

pobres ſin tener con que enterrarſe, mandaba que eſto ſe hicieſſe por ſu cuenta, y que ſe digeſſen Miſas; eſto era muy ordinario, como tambien ſacar algunos pobres de la Carcel, que eſtaban en ella por deudas, pagabalas, y ponialos en libertad. Si tenia alguna alhaja devota de ſu guſto, ſin la qual podia paſar, luego la hacia vender, y que la dieſſen á los pobres. Y nunca hizo coſa de ſu guſto en materia de devocion, como era veſtir las Imagenes, que luego no dieſſe alguna limoſna, diciendo: Eſta limoſna doy, porque Dios me admita el guſto que tengo de vér bien veſtido á mi Niño Jeſus, y á ſu Madre Santiſsima.

CAPITULO XIV.

LIMOSNAS CON QUE SOCORRIÓ á las almas del Purgatorio.



DE todo genero de pobres, como ſe ha viſto, era muy compaſiva; pero con ventaja exceſiva de los difuntos, y almas de Purgatorio. Eſtos pobres (decia) me hacen gran compaſion, porque ſon amigos de Dios, y no pueden por ſí, ni por diligencias propias procurar ſu remedio. Otras veces decia: Deſeo hacer mucho por las almas de Purgatorio; porque aquella ha de ſer mi forzoſa poſada, y aſsi holgára tener aliviados á ſus moradores, para que me reciban, quando por mi buena dicha les vaya á hacer compañia, que yo por pecadora, y mal mortificada habré de ir al ſanto Purgatorio. Era tan particular ſu cuidado, afecto, y devocion á las benditas almas, que ningun dia dejaba de ſocorrerlas con ſufragios, y egercicios penales, Comuniones, y oraciones de Indulgencias, y Miſas, y eſto con notable perſeverancia: (eſpecialmente dedicaba los Lunes para las almas) aplicando quanto le era poſible á eſte intento; y en eſte dia procuraba obrar mucho, rogando á todos, que les hicieſſen bien, y ſe compadecieſſen de ellas. Pedia á los Pontifices le concedieſſen Indulgencias; eſpecialmente intercedia por la confirmacion de las que ſe concedieron á ſu Madre la Emperatriz Maria, que como ſaben todos, eran de muy grandes bendiciones, y gracias. Aplicabalas á eſte fin, y las Cruces, Medallas, Roſarios, procurando repartirlas en gran cantidad. Fue en eſto admirable, preciandoſe ſiem-

pre

pre de solicitadora, y procuradora general de las benditas almas, y no satisfacia estas ansias con comunes diligencias, porque desde su Convento encerrada, procuraba promover las remotas Provincias, haciendo contrato, y comercio con las Naciones, para que acudiessen á esta piadosa obra.

2 Remitia á las Indias, y á las demas partes del mundo mucho numero de Rosarios, Medallas, Cruces benditas, con Indulgencias, para que las ganassen por las almas. Encomendaba á los Predicadores, que alentassen á los fieles á esta santa devocion, diciendoles: Yo os ruego que tomeis esto por vuestro cuidado, y si lo haceis assi, os asseguro en todo muy buenos succesos, y especialmente en el acierto de vuestro ministerio; porque yo sé que son buenas amigas las almas, y espéro en Dios, que por lo mucho que yo las quiero, me ha de perdonar nuestro Señor mis pecados, y hacer merced en muchas cosas, que aun en esta vida las tengo experimentadas. Y es cierto, que su Alteza recibió grandes misericordias de Dios por medio de esta devocion, y que por sus diligencias, y oraciones libró muchas almas del Purgatorio, y aquellas mismas vinieron à agradecerle el beneficio; y aunque se referirán en otra parte, serán en corto numero, por el cuidado con que escribimos de escusar la materia de revelaciones, en que su Alteza vivió tan recatada.

3 Tenia por cosa assentada hacer algun bien á todos los difuntos, cuya muerte llegaba á su noticia, y acrecentaba los sufragios, conforme á la obligacion del conocimiento, ó la necesidad. En esto ultimo hacia mas fuerza: como en si habia vivido destrahido, ó muerto acelerada, ó desdichadamente; y en semejante caso, su ordinario sufragio era á cada difunto mandarle decir cinco Missas, y tomarle una Bula, y por sí propia hacia alguna devocion, y lo menos era rezar oraciones, y ganarles Indulgencias: y á otros mas conocidos, y de mas obligaciones, les hacia decir mucho numero de Missas, y oraciones. En oyendo que clamoreaban por algun difunto, enviaba luego al torno, que supiessen quien era, y de qué calidad, para saber el numero de Missas que se le habian de mandar decir, é inmediatamente hacia que se comenzassen á decir, si era hora para poderlo hacer, y si no quanto antes se podia.

CA-

CAPITULO XV.

CARIDAD DE SU ALTEZA EN ORDEN al bien, y alivio de las almas, y lo que Dios le multiplicaba la limosna.



Ejóle el Archiduque Alberto su Hermano docientos ducados de plata cada mes, y dijo en la clausula del testamento, que los dejaba para su regalo. Su Alteza los aplicó para las almas de los difuntos, y otras necesidades que ocurrian demás de las que corrian por cuenta de los Mayordomos, y Contadores, que á su Alteza asistieron. Y solìa decir: Yo he de cumplir la clausula del testamento de mi Hermano, á la letra, en la distribucion de esta limosna; porque dijo que fuesse para mi regalo, y mi verdadero regalo, y mayor consuelo, es el remedio de las almas del Purgatorio, y de los pobres, y assi quiero que se gaste en esto. Tenia ordenado que á los principios de cada mes pusiessen en el torno esta limosna, para que desde alli se fuesse gastando en piadosas obras, por cuenta de las porteras, que lo tenian siempre aparte; y llamabanle el Tesoro de los pobres. De aqui se sacaba el numero de Missas, de Bulas para difuntos, y para vivos, y otras limosnas particulares. Corria por cuenta del Contador Luis de Alarcon, y de Don Gabriél de Alarcon su hijo, el cuidar de esta limosna todos los meses. Y se ha observado en este Convento, como cosa conocidamente milagrosa, lo mucho que de este santo deposito se sacaba cada dia para inumerables Missas, y necesidades que se ofrecian; y nunca parece lo veían acabado, antes parecia que maravillosamente nuestro Señor lo aumentaba. Y confiesan las porteras, que hoy viven, que les parece que no podia suceder aquello sin maravilla, y particular providencia, para dár á entender quanto se agradaba á Dios de esta buena obra, y quan gustoso era para su Magestad este piadoso cuidado.

2 Sucedia muchos meses que sobraba de esta limosna, y dabanle cuenta de ello á su Alteza, la qual con mucho alborozo respondia: ¿Qué me decís que ha sobrado? pues en verdad que lo habemos de gastar muy bien. Pensaremos lo que se ha de hacer de ello, que sea mas agradable á nuestro Señor, y mas provecho-

so

ſo para las benditas animas. Y es de advertir, que ſi de eſta limoſna ſe daba á algun pobre, toda era por las almas del Purgatorio, y de aqui tambien ſe deſtribuía para enterrar á los que no tenian para eſto, ó para habito, ó mortaja, ú otro genero de alhajas de piedad.

3 Quando ſabìa, que habian de hacer juſticia de algun delinquente, gaſtaba todo el dia pidiendo á Dios que le ayudaſſe, y dieſſe verdadera contricion; y tenia pueſtas perſonas en paradas, para que en acabando de morir ſe lo vinieſſen á decir con ſuma velocidad, y yá eſtaban prevenidos, y veſtidos los Sacerdotes, para que al punto ſalieſſen á decir Miſas por aquella alma, y ſu Alteza las oía, pidiendo con grande inſtancia por ella; y eſto miſmo rogaba á las Religioſas, y á ſu Confeſor, y á todas las perſonas que la hablaban.

4 Encomendaba á Dios, y hacia mucho por los bienhechores del Convento, vivos, y difuntos, y decia con mucha apacibilidad: Debemosles mucho á los que nos hacen bien, y nos ſuſtentan con ſus limoſnas, como á pobres. Tenia por coſtumbre, quando por algun accidente no ſe hallaba en la comunidad, ni en la bendicion de la meſa, y hacimiento de gracias, rezar por los difuntos lo miſmo que en el Refectorio, y eſpecialmente por los bienhechores, ajuſtandoſe en todo con la ſanta comunidad. Finalmente, le ſelló Dios en el corazon la devocion de las benditas almas, con que ſiempre ſe halló muy bien, por ſer eſte un linage de pobres poderoſos, y agradecidos.

CAPITULO XVI.

OBEDIENCIA DE SU ALTEZA, Y LO QUE ſe aventajó en eſta virtud.



LA obediencia, madre de la profeſion Religioſa, tomó poſeſion del corazon de ſu Alteza en los primeros años, como ſe ha referido en el primer libro. Porque ſu blandura, y docilidad nunca halló reſiſtencia al precepto de ſus Superiores, cuya voz oía como ſi la viera pronunciada por los labios del Salvador, diciendo, que en ſus Prelados eſtaba ſiempre advirtiendo, que lo repreſentan. Era tan puntual en el obedecer, y tan delgada en eſte ſan-

to

to egercicio, que á quien no consideraba sus acciones á la luz del espiritu, parecian afectaciones, las que eran finezas. Decia algunas veces: Agradezco mucho á Dios la merced que me ha hecho en darme Prelados, porque en la obediencia halla mi alma gran descanso, y comodidad: por mi cuenta corre obedecer, por la suya el mandar: la parte mas facil me toca, y de menos peligro. Asi como al Pontifice, Vicario universal de Christo, se debe la mas rendida obediencia, se esmeraba mas su Alteza en esta debida atencion. Nadie puede con bastantes palabras declarar el amor y veneracion que les tuvo. Quando hablaba de su Beatitud, era con tan grande humildad, que admiraba, y edificaba á los que la oían.

2 El Pontifice, decia su Alteza, es despues de Dios, y en la tierra el que le representa, y tiene sus veces, la Cabeza espiritual de la Iglesia, la voz del Señor, y por donde se comunica el Espiritu Santo, y asi le tengo yo interior, y exterior reverencia, deseando que todos estemos á sus santos pies rendidos, y obedientes. Quando los Pontifices la escribian, no se puede explicar la estimacion que hacia de las letras Apostolicas, y el desvelo que ponia en egecutar lo que por ellas le pedian. Intercedia con los Reyes con apretada instancia en los negocios de la Iglesia. Hablaba á los Ministros, esforzaba la causa que la habian encomendado con caridad y fervor devotissimo. Quando venian los Legados, ó Nuncios de su Santidad, los recibia con gran devocion, y respeto; porque decia, que hacian oficio de Angeles, pues eran enviados del Vicario de Christo, para el beneficio universal de su Iglesia. Testigos son todos los que hoy viven, y no solo testigos, sino pregoneros de la estimacion, y agrado con que los trataba. Los Breves de su Santidad recibia inclinada con profunda reverencia, ponialos sobre su cabeza, y luego los cercaba al pecho; abrialos, y leíalos con gran devocion, y atencion, y despues los guardaba con cuidado, limpieza, y aséo, en parte dividida de los demás papeles; porque decia, que las letras Apostolicas, se podian llamar divinas, pues las escribia el sucesor de San Pedro, y Vicario de Christo. A esta devota atencion de su Alteza correspondieron los Pontifices con singulares gracias y favores, llamandola hija querida de la Iglesia, y otros elogios, que se pueden vér en los Breves que se han inserto en el discurso de esta Historia.

A

3 A los Prelados rrataba con gran decóro, y respeto, y sentia mucho que todos no les tratassen con la veneracion debida. Si veía que en esto faltaban personas á quien lo podia advertir, hacia gran sentimiento, dandolo á entender vivamente, y con zelo y valor muy notable, diciendo: Por nuestra cuenta corre el reverenciar, y obedecer á los Prelados; y pues esto quiere Dios que se haga con ellos, hagamos nosotros lo que nos toca, y con esso habrémos cumplido. A los de la Orden, principalmente al General, Abadesa, y Vicária, los obedecia con tanta puntualidad, y devocion, que era egemplar para todos los súbditos, y decia: Mis Prelados, y mi Confesor son las guias que Dios me ha señalado en esta vida para que no me pierda en el camino de mi salvacion, y asi con obedecerles, asseguro el viage.

4 Quando habia de pedir alguna cosa á sus Superiores, tenia muy grande cuidado de que fuesse con tales palabras, que los dejasse en su libertad, y ocultaba para esto su inclinacion, ó su gusto, diciendo: Hacenme todos tanta caridad, que no querria ponerlos en obligacion de hacer lo que les pido, porque mayor la recibo, que hagan lo que les pareciere mas conveniente. Y por esto los tenia prevenidos, diciendoles, que estuviessen advertidos, que no podia negarse á las personas que venian á pedirle que intercediesse con ellos, porque su compasion siempre la inclinaba á hacer buenos oficios por todos; pero que estas peticiones no las tuviessen mas que por sencillas proposiciones, y que hiciessen despues lo que mas conviniesse al servicio de nuestro Señor, y que con esta limitacion se habian de entender siempre sus intercesiones. Estaba en esto tan advertida, que quando enviaba alguna Religiosa con recado de esta calidad á la Abadesa, la decia: Por vuestra vida que no lo digais con mas palabras de las que os digo: dejadla que obre con su libertad, que lo que mas conviene siempre, es lo que hacen los Superiores, y basta proponerles las cosas, sin que sea necesario hacer mas instancias. Pediale á la Abadesa licencia para hacer algunas cosas, y negabasela por mortificarla, diciendo: Señora, esso es gusto, y no necesidad, V. Alteza se mortifique. Respondia la obediente Señora: Qué bien que dice la Madre Abadesa, no lo haré, pues asi me lo manda, yo lo agradezco mucho. Otras veces le suplicaba la Abadesa, que significasse su gusto, y diesse á entender lo que queria en algunas cosas. Respondia: Esso no haré yo de ninguna manera: mi gusto

es lo que la obediencia me mandáre: quien entra á obedecer en la Religion, no entra à tener gusto.

5 Como estaba tan asida á la santa obediencia, y decia á sus Preladas el gusto que tenia en obedecerlas, le dijo un dia una de ellas: Ahora, pues, Señora, V. Alteza se esfuerce, y ajustese á lo que yo la ordenáre, porque la tengo de mortificar en aquello que no fuere contra su vida, ó salud. Hincóse de rodillas, y respondió con mucha alegria, y gozo espiritual: Madre, yo le agradezco quanto puedo la caridad que me hace, pues quiere ayudarme en la cosa que mas en esta vida me importa: ahora conozco que es verdadera la volunrad que me tiene, hagalo asi como lo ofrece, que yo la obedeceré, siendo Dios servido muy puntualmente. Entrambas cumplieron lo que ofrecian, pues la Prelada con grande espiritu, fue egercitando á su Alteza todo el tiempo que vivió, con mucho aprovechamiento de su alma; y la Infanta obedeciendola con tal resignacion, que llegaba, como se ha referido, á hacer el examen de conciencia con su Abadesa, sin ocultarle las acciones, y mas delgados pensamientos.

CAPITULO XVII.

PARTICULAR ATENCION DE SU ALTEZA en el santo egercicio de la obediencia à sus Preladas.

EN este santo Monasterio es loable costumbre pedir las Religiosas licencia á la Abadesa, y al Confesor, para hacer algunas penitencias, fuera de las que comunmente dispone la Religion. Fue en esto tan puntual la Infanta, que nunca se atrevió á faltar á este santo, y conveniente establecimiento, y solía decir, que era la parre principal de la penitencia, aquella verguenza que se padecia, llegar á la Prelada á pedirsela. Yo hállo dos cosas, decia, muy buenas en este trabajo: la primera ser de mas merito, y mas seguro; la segunda, que sé yá quanto puedo hacer, sin exceder á las fuerzas, ni ofender á la comunidad, cuya soy; porque con la licencia de la misma Religion, para mortificarme, no corre por mi cuenta el riesgo de mi persona. Esta provechosa doctrina practicaba la Infanta, como verdadera obedienre; porque creen al-

algunas Religiosas, que en esta materia pueden lo que quieren, siendo engaño conocido; porque habiendose dado, y ofrecido á la Religion, no es propia su vida, y su salud, sino del Convento, ni pueden gastarla por su antojo, aunque sea con buena intencion; porque quedan, no solo de ningun provecho para servir à la Orden, sino de peso, y embarazo, y de costa en curarlas. Es bien estar atentos á esto, que el enemigo suele herir por este lado á los penitentes, causando mucho daño en las personas, y tal vez en la comunidad. De todo esto se escusa el que con la licencia, y direccion de su Superior, ó Confesor, como lo hacia la Infanta, usa el importante, y necesario medio de la mortificacion.

2 Sucedia algunas veces llegar á pedir estas licencias, y respondiala la Abadesa: Señora, essa penitencia yo se la quiero dár de mi mano, para que la sienta mas, que es muy misericordiosa consigo misma. Respondia su Alteza: Muy en hora buena Madre, hagase como dice, que por lo menos llevarè una cosa buena, que será menos de mi voluntad, y mas de la de Dios, registrada de mi Prelada. Otras veces, pidiendo estas licencias, se las negaban, y quedaba con grande igualdad, y levantando el corazon á Dios, decia: Señor, bien sabeis Vos mi voluntad en esta parte; yo os ofrezco este acto de obediencia, que es mejor, y valdrà mas. De la misma manera se portaba con sus Confesores, dandoles puntual cuenta de todo con admirable sujecion, y rendimiento. Decia su Alteza á sus compañeras: Las palabras del Confesor, quando las pronuncia en su ministerio, no las oygo como palabras suyas, sino como palabras de Dios; y assi las abraza mi corazon, y mi alma con grandissimo consuelo, y siempre me dejan en paz, y serenidad, aunque algunas veces mortificada, esso hállo que es para mi lo mejor.

3 Tenia muy gran cuidado en no resolver cosa, aunque fuesse en materia muy propia sin dár primero parte de ello á la Abadesa, y al Confesor, y decia: Quiero gozar del bien que Dios me ha hecho de acertar todas las cosas por la obediencia. Como vivia con tantos achaques, pareciales á algunas personas, que era bien que se curasse, ó que hiciesse para su salud alguna diligencia. Respondia su Alteza: Esso no haré yo hasta que la obediencia me lo mande, pues tengo puesta en su mano mi vida, y mi salud; ni es bien que cosa tan penosa como el curarse (que lo siento siem-

ſiempre mucho) ſe haga ſino es por la ſanta obediencia; y en mandandoſelo la Prelada, decia: Ahora holgaré de hacerlo, que vá por cuenta de Dios. Erale de gran ſentimiento, que la Prelada dejaſſe algo en ſus manos, como quando por corteſía la decia: Vueſtra Alteza haga en eſſo lo que guſtáre; y reſpondia con pena: Madre, eſſo es no tratarme como á Monja, y cierto que deſeo ſerlo, y parecerlo, digame lo que debo hacer, ſi quiere conſolarme. Quando conſultaba á ſus Confeſores, era con gran reſignacion, aguardando en ſu reſpueſta lo que queria Dios que hicieſſe: encargabales apretadamente, que cuidaſſen de ſu alma, y que en todo le dijeſſen la verdad, y lo que la convenia, ſin mirar mas que á Dios: y que advirtieſſen que les habia de pedir cuenta de ella, que la gobernaſſen con mucho cuidado, pues en quanto era de ſu parte, ſe rendia á ſu direccion, y conſejo. Quando ſe hace eleccion de Abadeſa, ván todas las Religioſas á beſar la mano, y á darle la obediencia, era la primera la ſereniſsima Infanta, dando á entender claramente el rendimiento interior con que aquello hacia.

4 Es coſtumbre en eſta ſanta caſa, que quando muere la Prelada en ſu oficio, la ponen en el Coro para haberla de enterrar, y antes de ſacarla de alli, ván las Religioſas de dos en dos á tomarle la ultima bendicion, como ſi eſtuviera viva, y á beſarle la mano de rodillas, y con grande humildad. Eſto hacia la Infanta con ſingular devocion, y era tan puntual en la obſervancia de eſta loable coſtumbre, que eſtando yá ciega, murió la Abadeſa, y aſsiſtiendo en el Coro muchos grandes Señores, que con licencia del Nuncio habian entrado al entierro; ſalió por medio de todos con ſu bordon en la mano, y con la otra guiada de una Religioſa, y fue á hacer ſu ceremonia con tan gran humildad, que á todos dejó edificados. Finalmente, procuraba eſtár muy rendida, y conforme con la Voluntad de Dios, y la de los Prelados, y aſsi ſiempre conſervaba el util egercicio de la reſignacion; y á eſte fin compuſo un Roſario repartido en el diſcurſo del dia, y de la noche, para que no huvieſſe hora en que no eſtuvieſſe ajuſtandoſe á la Voluntad Divina. Rezabalo en modo de oraciones jaculatorias, y decia de eſta manera: *Fiat Domine voluntas tua, ſicut in cœlo, & in terra, ſicut vis, ſicut ſcis mihi neceſſarium eſſe in tempore, & æternitate. Amen.* Viendola las Religioſas tan reſignada, ſolian decir que la tenian envidia de la perfeccion con

que

que se egercitaba en aquella virtud. Respondia: ¿Qué hay aqui que envidiar? No es Dios dueño de todos, y à quien habemos de obedecer? Yo le tengo entregada mi voluntad, y siendo asi, cómo no he de tener gusto de que haga de ello lo que fuere servido? Era proverbio suyo ordinario: Hermanas, queramos lo que Dios quiere, y no se hálle en nosotras otro querer, y vereis qué bien queremos.

CAPITULO XVIII.

SINGULAR PUREZA DE SU ALTEZA, y lo que resplandecia en esta virtud.



Riatura de mayor pureza, de las que no tiene aun canonizadas la Iglesia, que la Infanta Doña MARGARITA, dudo que la haya habido en el mundo; porque no solo consagró su cuerpo á la corona de la virginidad, sino que en premio de esta fineza, la reservó su Esposo bendito de que el enemigo le hiciesse guerra en este linage de penalidades. Es cosa rarissima el estremo á que llegó en esta candidissima virtud, hallandose tan estraña (á lo que suele permitir Dios que padezcan almas muy perfectas, para que se egerciten) que se manifestaba bien, que solo la mano poderosa del Señor habia podido previlegiar tanto un cuerpo mortal. Quien leyere con atencion esta Historia, habrá visto lo que se defendió de las mayores coronas, y comodidades del mundo, por seguir al Cordero en el Coro celestial de las Virgenes, manifestando la pureza interior, con las acciones exteriores: viviendo siempre tan compuesta, recatada, y modesta, que no solo componia á todos quantos á su Alteza miraban, sino que parece que comunicaba el dón admirable de que Dios la habia dotado. Tenia ternissima aficion á las Virgines, y deseaba mucho aumentar el numero de las que professan tan celestial estado, habiendosele introducido en el alma esta inclinacion desde su tierna edad; de suerte, que asi lloraba las amigas que se le casaban, como las que se le morian.

2 A las que miraba en el mundo con mayor cuidado del decóro, y custodia de este dòn admirable, comunicaba con mayor llaneza, y confidencia. Referia en la Religion, que una de las

las cosas que agradecia mucho á N. Señor, era vivir en casa de Virgenes, y esposas suyas, en donde solo el nombre del Celestial Esposo se nombra. Mucho debemos á Dios, decia, que ha querido darnos una corona de tanta estimacion en la tierra, y de tanta gloria en el Cielo; ¿con qué le pagarémos esta merced, y le servirémos esta Dignidad? Esta es la virtud de virtudes, la que honró la Madre, la que enseñó con egemplo, y palabras el Hijo, la que bendice el Espiritu Santo, y premia el Eterno Padre. Cierto, Hermanas, que quiero mucho á los Angeles, por la pureza en que Dios los ha criado, y entiendo, que como son tan puros, es esta virtud la que mas les contenta. ¿Pensais vosotras, que puede igualar al premio que se nos aguarda, el trabajo que en la Religion se padece? Yo estoy muy lejos de pensar tal cosa, porque antes me parece que esta fineza la comienza Dios á premiar en la tierra, y la acaba de coronar en el Cielo. ¡ Qué quietud que gozamos! Qué paz interior! Qué alegria exterior! Buscad en el mundo semejante contento! Este es propio premio de Virgines, vivir en esta vida con mas gozo, y tener en la otra mas gloria.

3 En su presencia no solo no se habia de hablar de conversaciones menos decentes de lo que era razon, que esso á su Serenissima Persona se le debia; pero ni aun de aquello que parece necesario para la enmienda de los progimos, como es el contar sus desconciertos; porque en llegando á platica, que pudiesse enturbiar sus puras, y celestiales noticias, se sonroseaba, y mesuraba de suerte, que era fuerza dejarlo; sí bien tal vez sin discurrir en esto, sino solo tomando ocasion por mayor de lo que se ofendia Dios, daba tales reprehensiones á algunas personas de la Corte, con un zelo tan santo, y virginal, que refieren ellas mismas que las componia, y moderaba mas que muchos Sermones, y Platicas de Varones perfectos.

4 A las santas Virgenes amaba ternissimamente, llevada de este santo afecto, y hacia grandissima fiesta, y mas á aquellas que habian padecido, guardando este celestial Tesoro, como á Santa Barbara, y á Santa Inés; y decia, que estas Virgenes gloriosas habian con su sangre acreditado esta suave, y santa vocacion, y assi las debian mucho todas las almas que caminan por ella. De este virginal afecto le nació el ansia que tenia de consagrar esposas á Dios, y la egecutó con larga, y poderosa mano, dotando muchas huerfanas, y otras doncellas, que con su socor-

to hallaron su remedio. Solia decir, que si fuera necesario venderse para dotar una Virgen, y consagrarla á Dios, lo hiciera solo porque creciesse este dichoso Coro. Por esso holgó tanto, y encaminó con tan grande fervor traher á su Monasterio á la felicidad de tan alto estado, á sus dos Sobrinas Sor Catalina, y Sor Dorotéa; de las quales Sor Catalina con breve trabajo ha conseguido eterna Corona, y Sor Dorotéa está hoy caminando por las pisadas de su Religiosa Tia, al monte del Eterno Cordero.

CAPITULO XIX.

INCLINACION QUE SU ALTEZA TUVO á la santa pobreza.



Costó á su Alteza muchas lagrimas el amor de la santa pobreza, por los contrarios que tuvo para egercitarla. Y si para medir con la justa ponderacion el egercicio de una virtud, es bien considerar sus dos estremos, de donde parte, y hasta donde llega; con ella facilmente reconocerá, que su Alteza fue verdaderamente pobre, quien considerare, que partió de ser Infanta, y llegó á ser Descalza: del ser Hija de Emperadores, á ser professa en la estrecha Religion de Santa Clara: de la Corona de España que la ofrecieron, al humilde, y sagrado velo de la Religion: de tener á sus pies tantos Reynos, y Provincias, á pisar con plantas humildes los ladrillos de un Convento: de los Alcazares, y Palacios mayores de la tierra, al mas angosto, y pobre aposento de los Monasterios: de los atavíos, y vestiduras Reales, al sayal humilde, y roto: del ser servida de las mayores personas de la tierra, al vivir sin persona alguna que la sirviesse en su Monasterio: de tener las mas opulentas, y ricas alhajas, á las pobres de su celda.

2 Preguntó un mozo á Christo, segun refiere el Santo Evangelio: (a) ¿Señor, cumplido he los Mandamientos de la Ley, qué mas haré para salvarme? Vé, dijo el Redentor, y vende quanto tienes, dálo á los pobres, y sigueme. Fuesse triste, y dejanos con pocas esperanzas el Evangelista, que partiesse á obrar lo que Chris-to

(a) Marc. 10. v. 17. & seq.

to nueſtro bien le aconſejo. Entonces hizo el Salvador aquella ponderacion temeroſa de la dificultad con que el rico entrará en el Reyno de los Cielos, mayor que la que tiene el camello en paſar por el ojo de una aguja. Eſto que tan dificultoſo pareció á aquel temeroſo mancebo, á viſta del Hijo de Dios, viviendo en eſta carne mortal, ¿quién lo egercitó con mayor fineza que la Infanta? Quién dejó mas grandezas, comodidades, riquezas para abrazar mayor pobreza, y mas aſpero inſtituto? Decia mi Padre San Franciſco, poniendo los ojos en Fray Bernardo, uno de ſus primeros compañeros: Eſte ha fundado mi Orden, porque es pobre, habiendo ſido rico en el ſiglo; que el que llega de aquel eſtremo á éſte, acredita eſta virtud. (b) Con razon podemos decir, que ſi Fray Bernardo eſtableció la pobreza en la Orden de mi Padre San Franciſco, la Infanta la acreditó en la de nueſtra Madre Santa Clara, pues dejó mas Reynos, y Provincias que tenia Fray Bernardo alhajas, ſiguiendo inſtituto de mayor clauſura, y de no menos riguroſa pobreza.

3 Infundió el Señor eſta ſanta virtud en el corazon de ſu Alteza deſde ſus tiernos años, y no ſe quietó haſta haber conſeguido en ella la profeſion mas eſtrecha de la Religion Chriſtiana, viendoſe una Señora de tan alta ſangre, y criada en la opulencia mayor de la tierra, envuelta en un poco de paño baſto, con un habito eſtrecho, y recoleto, una tunica inrerior del miſmo paño, un manto reformado de lo miſmo, ceñida con una grueſa cuerda de cañamo, y unas pobres alpargatas, que tal vez eran de eſparto, las tocas llanas, y humildes, y el ſanto velo que trahen las Religioſas. Buſque ahora con devotos ojos el Chriſtiano entre eſtas pobres alhajas á la Infanta Doña MARGARITA, Hija de los Emperadores Maximiliano, y Maria, Nieta de los Emperadores Carlos Quinto, y Ferdinando Primero, Hermana de los Emperadores Rodolfo, y Matias, Sobrina, y Cuñada de Felipe Segundo, Prima, y Tia de los Felipes Tercero, y Quarto, Hermana de las Reynas de Eſpaña, y Francia Ana, é Iſabél, Tia de las Reynas de Francia, y Ungría, Bohemia, y Polonia. ¿Puede Señora tan grande llegar á mayor pobreza? Ni perſona por tantas circunſtancias la primera del mundo, á mas auſtéro eſtado de profeſion? Mireſe por todos lados, y á todas luces, y ſe hallará, que

(b) Vid. Ubad. ad an. Chriſt. 1209.

que ni en las edades pasadas ha habido mayor persona, ni en el estado presente vida mas rigurosa, que la que aqui se profesa.

4 Dice el Serafico Doctor San Buenaventura, hablando de la pobreza: Que hay en esta vida ricos ricos, pobres pobres, ricos pobres, pobres ricos.(c) Ricos ricos son aquellos, que poseyendo muchas riquezas con el uso, las desean mayores con el corazon. Ricos pobres, los que teniendo con que pasar en la vida, tienen el corazon vacío de estos deseos, con que si son ricos en la posesion, son pobres en el alma. Pobres ricos, los que teniendo grande pobreza se hallan con deseos de riquezas, teniendo la pobreza por fuerza, y de voluntad la codicia. Pobres pobres, aquellos que habiendo dejado las riquezas del mundo por Dios, no solo renunciaron su uso, sino su deseo, amando la pobreza voluntariamente, con noble, y generoso corazon.

5 ¿Quién puede dudar que fuesse de estos ultimos pobres su Alteza? pues habiendo dejado tantas riquezas para el cuerpo, abrazó tanta pobreza para el alma; y siempre estaba apeteciendo mas pobreza, y adonde no podia llegar con la accion, llegaba con el deseo. Quando me pongo á considerar las lagrimas con que lloraba la facultad que los Pontifices la habian dado de poder dispensar las limosnas que su Madre, el Rey, y sus Hermanos la dejaron, me parece que veo uno de los heroycos egemplos de pobreza en la Iglesia Catolica; porque sin duda es cosa admirable, que no bastasse á obrar tan largamente en favor de la caridad, para que no estuviesse llorando la pobreza: que lo que no era escrupulo para su conciencia, fuesse martirio para su perfeccion, que consolasse á tantos con su pena. Con que no solo fue pobre de riquezas, sino de gozos; y à un mismo tiempo mereció en la caridad con el uso, y con la pobreza en el deseo, y en las dos virtudes con la mortificacion. ¡Qué diligencia no hizo para escusar esta santa dispensacion de limosnas! No le bastó que los Reyes se lo rogassen, sus Confesores lo aconsejassen, los Pontifices lo dispensassen, los Teologos la assegurassen, para dejar de llorar con sus hermanas la pobreza, como si no la tuviera; siendo en cierto modo tanto mas pobre, quanto menos podia serlo, si quisiera, pues se repartian por su orden tan largos socorros. La causa de este sentimiento era, que las almas que aman á Dios,

(c) Ex D. Bonav. tom. 3. pag. 336. per tot. & tom. 7. pag. 593. per tot. edit. Mog. 1609.

con la fineza que la Infanta, no lloran ſolo el ofenderle levemente, quando de la regla de la razon ſe deſvian, lloran las finezas que dejan de hacer; y obrando lo bueno, lloran lo que falta haſta lo mejor. Eſto hacia que ſu Alteza merecieſſe con las obras en la caridad, y con las lagrimas en la pobreza, y por eſte camino vino á conſeguir tan altas coronas de merecimiento.

CAPITULO XX.

POBREZA DE LA CELDA DE SU ALTEZA, y ſus alhajas.



ERA la celda un pequeño apoſento debajo de una eſcalera, de ſiete varas de largo, quarto de ancho, tres de alto, ſin alcoba, ni repartimiento alguno. A un rincon tenia pueſta ſu humilde, y religioſa cama, y no permitió en muchos años que ſe la levantaſſen del ſuelo, haſta que los Medicos, y ſus Prelados viendola yá ciega, á fuerza de obediencia, pudieron conſeguir que la alzaſſen un poco; pero ſiempre tan pobre, y humilde, que podia ſer reformacion á las Religioſas, y egemplo á las ſeglares. Las paredes de eſte eſtrecho apoſento deſnudas, ſolo habia algunas pinturas de ſu devocion, con guarniciones pobres: ni tenia eſcritorios para el adorno, ni los habia meneſter para el uſo: dos meſitas de nogal, un veladorcillo de madera, un candelero de azofar, un vaſo de la miſma materia para el agua bendita, una ſilla pequeña, un banquillo humilde: eſtas eran ſus alhajas. Quando entraban con ſu Mageſtad las Señoras holgaban de ir á viſitar la celda de ſu Alteza, y á vér abreviada en aquella pequeña concavidad la Perſona mayor de la tierra, miraban aquella pobreza, y conſideraban la grandeza de quien la profeſaba, y lo que dejó por abrazar eſte humilde inſtituto.

2 Habia perſonas, que heridas de ſanto, y devoto ſentimiento, decian admiradas, y confundidas: ¡Es poſible que nos haya pueſto Dios eſte egemplo para nueſtro deſengaño, y que humildad, y pobreza tan grande eſté reprehendiendo nueſtra ſuperfluidad! ¡Que baſten tan pocas alhajas á eſta Señora, y que á noſotras no nos ſacien quantas tenemos! La Infanta MARGARITA en una eſtrecha celda, debajo de una eſcalera, y á noſo-

tras

tras nos parecen angostas nuestras salas de estrado, galerias, aposentos, y camarines! Finalmente, no habia quien no se edificasse, y aprovechasse de la pobreza de su Alteza, pues era tal, que no solo las personas seglares, que en mayor permision les es lícito, y tal vez necesario el uso de la ostentacion, y grandeza; sino los Religiosos, á quien su profesion les obliga al mismo culto, á vista de tan raro egemplar, se reconocian reprehensibles en su perfecta observancia.

3 Yá hemos dicho, que desde el dia que tomó el habito de Santa Clara, no quiso tener criada alguna, que es otro genero de molestia que reciben algunos Monasterios de Religiosas, y sería muy conveniente escusar. Asistianla una, ó dos Religiosas con grande caridad; pero no con pequeña mortificacion de su Alteza, por lo que sentia quando estaba ciega, no poder escusar el valerse de ellas, y darles alguna fatiga. Esto era con tan grande cuidado de que fuesse tan solamente en lo forzoso, que en quanto podia hacer por su Persona, nunca se valió de las Religiosas, y quando la necesidad le obligaba, era con tanta humildad, y dolor, que siempre les estaba pidiendo perdon, y diciendo: Perdonadme por amor de nuestro Señor, que á mi me pesa ser tan flaca, y embarazosa: yo holgaria pasar la vida sin dár pesadumbre á nadie: creed que soy miserable, y que me pesa mucho del trabajo, y cuidado en que os pongo: por vuestra vida que tengais paciencia conmigo, pues ganais en sufrirme, que Dios os pagará lo que yo no puedo. Quando la Abadesa daba de vestir á las Religiosas, daba tambien á su Alteza un habito, diciendole: Tóme V. Alteza su habito de limosna, que se lo dá la santa Comunidad. Era tan grande el gozo que recibia en esto, que no puede ponderarse. Respondia á la Prelada: Dios se lo pague, Madre, que me ha hecho mucha caridad, esta es limosna que yo recibo con mi corazon, y estimo mas este santo habito, por ser de limosna y dado por Dios. Y llegaba á usar el habito de suerte, que venía tal vez á estar roto, por professar la pobreza con todo estremo. Yá se ha referido en el Libro tercero las santas palabras con que defendió esta virtud, quando el Archiduque Alberto su Hermano vió remendado el habito que trahía, y quanto se edificó con ellas.

4 Tienen en el Convento una pieza, que llaman la roperia, en donde cada una de las Religiosas guarda con mucho aseo

y limpieza las pobres alhajas que les son concedidas, con titulo, que dice de quien son: alli tenia la Infanta su alhacena, y la ropa de que usaba, y quando entraban algunas personas, decian por donayte: Vamos á vér la tecamara, y guardaropa de su Alteza, y hallaban en un breve apartado, abierto como los demás, cubierto con un lienzo, el habito humilde, y ordinario, la tunica, y el manto que acostumbran usar las Religiosas Descalzas.

5 El devoto entretenimiento con que descansan las Religiosas de este Real Convento, es conservando algunas Capillas, Imagenes, y Relicarios con mucha decencia, y curiosidad; y porque con la devocion, el fervor, y la caridad fue creciendo tanto el aliño, que á la Prelada le pareció, que se tocaba algo en la contravencion de la rigurosa y santa pobreza; hizo visitar todos los Oratorios, y Capillas, y quanto le pareció superfluo para el intento aplicó á la Sacristía: otra parte envió á diferentes Iglesias, y Monasterios pobres. Quando su Alteza entendió esto, pidió que la visitassen tambien su Oratorio, y diciendo la Abadesa, que á su Alteza no comprehendia este orden, por los Breves, y dispensaciones que tenia del Papa; respondió con gran zelo, y valor: Yo soy Religiosa como las demás, y debo conformarme con ellas, y hacer lo mismo que hacen; mi Oratorio se ha de visitar, y quitese luego quanto en él pareciere superfluo. Pusose en egecucion, y llevaron muchas cosas, que contentaban á su Alteza, quedando sumamente alegre de vér que se huviesse ofrecido aquella ocasion, de hacer sacrificio de su gusto á la pobreza.



CA-

CAPITULO XXI.

EL ZELO CON QUE DEFENDIA ſu profeſion en orden à la ſanta pobreza, y algunos ſuceſos particulares.



Omo los Sumos Pontifices habian diſpenſado tan liberalmente con ſu Alteza, por la intervencion de los Emperadores, y Reyes ſus Padres, Hermanos, y Tios, y por otra parte profeſaba quan rigurosamente podia la pobreza; la ſolian decir algunas Religioſas: Valgame Dios, Señora, no ſea V. Alteza eſcrupuloſa, que no tiene de qué, pues no eſtá obligada á tanta pobreza como noſotras; que por eſſo los Reyes le tienen allá fuera perſonas que la aſsiſtan, y le dén largas limoſnas para todo. Eſta era la herida de mayor ſentimiento para ſu Alteza, y con grande congoja, y dolor, y algunas veces con lagrimas reſpondia: Es verdad, Hermanas, que á los Reyes, Dios les guarde, les ha parecido diſponerlo aſsi, por las cauſas que ellos ſaben, y deben de tener por convenientes; pero la limoſna, y los criados, y todo lo demás es ſuyo, y corre por ſu cuenta; por la mia el ſer pobre Religioſa, y Deſcalza, y que no me dén de eſto, ſino ſolamente lo neceſario para paſar la vida, conforme á mi neceſidad, no conforme al guſto de la naturaleza; y aſsi, no he de conſentir, que por mi cauſa entre en el Monaſterio coſa que no ſea muy religioſa, ó neceſaria; y dad gracias á Dios, que os dejan ſeguir vueſtra vocacion; pero cierto, que aunque me excedeis en la virtud, puede ſer que no me hagais ventaja en los deſeos.

2 Por muerte de la Emperatriz ſu Madre quedaron en ſu Oratorio muchas coſas precioſas, que la llevaron luego á la celda. Su Alteza mandó ſacarlas al punto de ella, y que las llevaſſen al Relicario, y Sacriſtía, las que eran apropoſito para ello; y que ſe vendieſſen las demás, y ſu valor ſe dieſſe á los pobres del Hoſpital, diciendo, que alli parecian mejor, que adornando las paredes de ſu apoſento. Dejó la Emperatriz algunos Relicarios que ſu Mageſtad trahia conſigo, y deſeó mucho que ſu Alteza hiciera lo miſmo, aſsi por afecto de amor, como porque las reliquias eran de tan grandes Santos, que podian con ſu interce-

ſion

ſion ocaſionar á ſu Alteza muchos aumentos de gracia, y ſalud; y como eſtaban precioſamente adornadas, no pudo tolerar tenerlas ſiempre conſigo. Y deſpues de haberlas rrahido algun tiempo por la obediencia, quiſo dar cóbro á la pobreza, y la mas precioſa dió al Rey N. Señor, quando partió á la jornada de Barcelona, y las otras repartió en los ſeñores Infantes ſus Hermanos; porque no le parecia devocion, la que por qualquiera lado que fueſſe la deſviaba de ſu pobre y ſanto inſtituto. De las que quedaron, hizo que quitaſſen la guarnicion, y ſe dieſſen á los pobres, y las reliquias que eran ineſtimables, por ſer de Chriſto, y ſu Madre, de los Santos Apoſtoles, y Patriarcas, y dos Eſpinas de la Corona, y parte del Santo Sudario, y del Lignum-Crucis, y parte de la Coluna; hizo guarnecer en un Relicario pequeño de acero pobre, para que ſin eſcrupulo pudieſſe traherlo conſigo: y en lugar de cadena de oro, ó cordon de ſeda, mandó que le puſieſſen una cuerda de vihuela grueſa, con que lo trahia pendiente al cuello; y de tales adornos como eſte hacia mas gala, y eſtimacion que de todas las riquezas del mundo.

3 Era muy devota del Santo Angel de ſu guarda, y de Santa Barbara, y deſeaba tener juntas en un Relicario eſtas dos Imagenes. Eſcribió à la ſeñora Infanta Doña Iſabél, advirtiendola que no las guarnecieſſe ricamente, porque no las podia traher conſigo, por ſer contra la ſanta pobreza. La Sereniſsima Infanta Doña Iſabél, que conocia muy bien el corazon de ſu Prima, la envió eſte Relicario pobre, y curioſamente guarnecido, con eſtas diſcretas palabras: *Ahi envio á V. Alteza la Imagen del Santo Angel de la Guarda, y de Santa Barbara, adornadas lo peor que ſe ha podido, que yá yo sé el guſto que le doy en eſto.*

4 Como el frio de Madrid ſuele ſer muy riguroſo, y la edad de ſu Alteza, y ſus indiſpoſiciones eran tantas, uſaba traher una piedra caliente en las manos, y advirtiendolo la Sereniſsima Infanta Maria, hoy Reyna de Ungria, y pareciendole, que de aquella manera ſu Alteza no daba buen cóbro á ſu frio, mandó hacer dos bolas de plata, y dijola: Señora, V. Alteza me ha de hacer merced de uſar de eſtas dos bolas que la doy, y míre que lo ha de hacer aſsi. Su Alteza las recibió con agradecimiento, por el grande amor que tenia á la Reyna, y en habiendoſe ido, dijo á ſu compañera: Mirad, eſtas bolas he recibido, por eſtimacion de quien me las dió, y por dar guſto à mi Sobrina uſaré de una de

ellas,

ellas, hagamos vender la otra, para que se abrigue con esso algun pobre,y yo traheré ésta envuelta en un lienzo, por no tocar la plata, ni dar mal egemplo. En esta forma usaba de ella con licencia de la Prelada, y expresa orden del Medico, por su necesidad: tan delgada como esto andaba en la profesion de la santa pobreza. Con distribuirse tantas limosnas por su orden, era tan moderado lo que aplicaba para su uso, en virtud de los Breves, que algunas veces le llegó á faltar lo preciso para poder passar, y quando se veía con esta necesidad, se hallaba tan gozosa, y agradecida á nuestro Señor, que decia: Bendito seais, Señor mio, que me haceis merced de que experimente en algo, la pobreza de que gozan los necesitados. Practicaba en esto aquel heroyco grado de esta virtud, que los Santos tanto encomiendan, de gloriarse en la falta de lo necesario á la vida humana.

CAPITULO XXII.

LO QUE RESPLANDECIÓ EN LA humildad.

LA humildad, fundamento de la perfeccion Christiana, fue la virtud mas amada de su Alteza, como verá facilmente quien considerare quan de corazon se fue egercitando en ella, desde los primeros pasos de su vida, hasta el ultimo punto de su muerte. Para explicar lo que resplandeció en esta virtud, se podia hacer la misma ponderacion que en la pobreza, mirando la grandeza de su estado en el siglo, y el que escogió de Religion; pues aquel es mas humilde, que se niega á mayor poder, soberanía, y grandeza. El plebeyo, que dejando su Aldea, ó el pastor, que desde su pobre cabaña, se incorpora en la profesion Religiosa, aunque se mejora en la vida, parece que crece en la estimacion; pero la Persona Real, que posponiendo aquello que mas arrebata los ojos del mundo, desde los Alcazares mayores, se encierra en la celda mas breve por un pobre sayal, despojandose de las vestiduras Reales, tanto es mas humilde, quanto mas pasos dió para humillarse. Mas dejando esta ponderacion, porque ella misma facilmente se viene á los ojos,y por ser esta virtud de calidad que en las mismas finezas se puede perder, y quando mas se encubra, mas

mas peligra, motivandose en el desprecio la presuncion, y la estimacion de lo que hace, en la desestimacion de lo que deja; discurriré brevemente, por acciones particulares de su Alteza, que solas explicarán del todo su humildad; pues para conocer las virtudes del alma, es necesario mirarlas en las obras exteriores del cuerpo.

2 Uno de los penosos egercicios, que padecia siendo Monja, y lo que mas veces la sacaba los colores al rostro, era el repetirle la alteza de su sangre, y la grandeza de su Real Persona. Quejabase á Dios amorosamente, y á algunas personas, á quien tuvo por confidentes, diciendo: ¿Es posible que cada dia me han de atormentar con esto? Que no me han de dejar Religiosa, y me han de volver al siglo? No hay sangre, ni grandeza, sino la de la virtud, todo lo demás, aunque parece luz al mundo, no es sino humo á la verdad.

3 Era penosissima mortificacion para la humilde señora, verse tratar como Infanta, y costóle tantas lagrimas el defenderse de este debido respeto, como se vió en el libro segundo. Y quando se hincaban de rodillas, y la besaban la mano, hacia interiormente mas actos de humillacion á Dios, que el que hablaba á su Alteza. Hallabase algunas veces turbada, habiendo de componer su semblante en el exterior, con tan grande repugnancia del alma, que tal vez no podian dejar los ojos de manifestar con lagrimas su pena. Luego que salia de aquella espiritual borrasca, buscaba lugar donde satisfacer sus humildes deseos, y en viendose sola, se postraba en tierra, y puesto el rostro, y la boca en ella con afecto amoroso, prorrumpia en humildes sentimientos. ¿Quien soy yo, Señor mio, solia decir, para que me venéren? Un cuerpo que corre á la corrupcion, un breve engaño, un aliento que sustenta el milagro de vuestra Misericordia. A Vos, eterna grandeza, se debe la adoracion: á Vos mi alma venera mas profundamente, que me veneran á mí: polvo, y ceniza soy en vuestra presencia, haced que á todos parezca lo que soy: perdonadlos, Señor, si aquello que á Vos os deben, lo dán á las criaturas, que es mundo, que dejando la sustancia, sigue siempre la apariencia.

4 Quando la decian que habia hecho mucho en tomar aquel santo habito, y que con su Persona, y egemplo honraba la sagrada Religion de mi Padre San Francisco: respondia turbada

con

con un ſanto zelo, y humildad: Que no permitiria que ſe digeſſe tal coſa, que la Religion era la que honraba á ſu Alteza, y tomando con la mano el habito, y el velo, decia con afecto ardentiſsimo: Mas me ha dado la Religion en eſte pobre habito, y en eſte ſanto velo, que quanto he dejado, y pudiera dejar. ¿Decidme, qué degé yo ſino trabajos, miſerias, y deſventuras, habiendo eſcogido paz, guſto, y tranquilidad; pues á mas de haberme hecho mas habil para conſeguir los bienes eſpirituales, me ha ido dilatando la vida, que en el mundo es tan amable? No veis como ſe han muerto todos mis Hermanos, robuſtos, y regalados en la mayor oſtentacion, y grandeza, y Yo la mas flaca de ellos en eſta pobreza, y abſtraccion he ſobrevivido á todos?

5 Decianle algunas perſonas, qué buena ſuerte han tenido eſtas ſeñoras en tener á V. Alteza en ſu compañia; y reſpondia: Eſſo no, la ſuerte ha ſido mia, porque á la verdad no merecia tenerla tan buena. Os prometo, que hicieron mucho en admitirme, porque no les ſirvo de nada; y les ſoy de embarazo, y cuidado, y aſsi nunca déjo de agradecerles el bien que me hicieron en darme los votos en mi profeſion, Dios ſe lo pague, pues que Yo no puedo. Eſto ſolia decir con tan gran devocion, que confundia, y edificaba á los que la oían. No ſe le oyó en todo el tiempo que vivió en el Convento palabra que olieſſe á ſuperioridad al pedir alguna coſa, ni con alguna de las Religioſas que eſtuvieron dedicadas á ſu aſsiſtencia. Siempre les decia, hacedme caridad de hacer eſto, y en habiendo hecho lo que les habia rogado, lo agradecia, diciendo; Dios os lo pague, ſea por amor de Dios, mucha caridad me habeis hecho, ú otra razon ſemejante. A los criados de ſu Madre, y á los que mandaba el Rey que la aſsiſtieſſen, quando les habia de dàr algun orden, era rogandoſelo. Afligianſe los criados con la ſuma modeſtia, y humildad de ſu Alteza, y decianla: Señora, míre V. Alteza que ſomos ſus criados, ſuplicamosla que no nos trâte aſsi. Reſpondia ſu Alteza, eſto ha de ſer. ¿Quién penſais voſotros que ſoy Yo? Una pobre Monja deſcalza, quanto ſe hace por mi es caridad, y limoſna, Dios os lo pague. Deciales eſto con tal fervor, y humildad, que enternecia á los criados, y les hacia verter lagrimas de confuſion, y devocion; y ſolian ſalir de ſu audiencia, diciendo: Verdaderamente eſta Señora es ſanta, pues tal fuerza pone Dios en ſus palabras.

quien se comunicaba, y decíala: Señora, mire vuestra Alteza, que es la mas dichosa Persona del mundo, y la que mas debe á Dios, por las muchas mercedes que le ha hecho; y si no es la mas santa, pues es la mas beneficiada, y favorecida, no cumple vuestra Alteza con lo que debe. Respondia la humilde Señora: Ay amiga, que bien me decís, y que caridad me haceis en advertirme lo que debo á Dios, y quan obligada estoy á serle agradecida: por vuestra vida que me digais mucho de esso, que me conviene, y me aprovecha: enseñadme á ser agradecida á Dios, que lo deseo sumamente. Decialo esto en el modo, y en el espiritu, con un conocimiento tan sustancial, que confiesa la Religiosa, que volvia confundida, y aprovechada de vér quan hondas raíces tenia echadas en el alma de su Alteza esta santa virtud.

3 No solo con sus amigas, y confidentes, sino con los mismos criados, y personas que la assistian se portaba con esta suavidad, y blandura; y assi en advirtiendole alguna cosa, por muy inferior que fuesse la persona, respondia: Dios os lo pague, mucho placer me habeis hecho en advertirme esto, hacedlo assi de aqui adelante, que me conviene mucho, que haya quien me enseñe lo que debo hacer. Finalmente, solos sus Confesores podemos saber la humildad que en su Alteza vivió, y los quilates que Dios la concedió en esta virtud; porque al confesarse, y referir las materias de su alma, y los favores que recibia de la mano del Señor, era tangrande su humildad, sus lagrimas, su propio conocimiento, que venía á ser su confesion, mi confusion, y el decir sus culpas, mi aprovechamiento: viendola llorar, lo que mirado á otra luz, podia ser digno de alabanza, y dar tantos gemidos en lo bueno, por no haber obrado lo mejor: que las almas que andan en verdad, y viven en amor, mas sienten en sus acciones lo que les falta desde la virtud, hasta la perfeccion, que las que no han llegado à esta dicha, lo que les falta de lo malo, á lo bueno.



CAPITULO XXIV.

ACCIONES EGEMPLARES DE SU ALTEZA en la ſanta humildad.



EN eſtos ultimos tiempos, eſtando ſu Alteza ciega, le envió á decir la Condeſa de Olivares, Aya del Principe nueſtro Señor, que eſtaba ſu Alteza algo indiſpueſto, y todos en Palacio con la pena que ſe deja conſiderar, de faltar la ſalud con que tantos viven, y aſsi,que ſuplicaba á ſu Alteza le encomendaſſe á Dios, y pidieſſe lo miſmo á las Religioſas. La Infanta que queria tiernamente al Principe, llamó á una de ſus compañeras, y dijola: Mirad, no hay mejor camino para alcanzar de Dios lo que ſe pide, que ſuplicarſelo con humildad. Yo quiero pedir eſta limoſna de oraciones como pobre, y con quanta humildad pudiere, para que nos haga Dios merced de dár ſalud al Principe; y aguardó que eſtuvieſſen todas las Religioſas en el Refectorio, y quando yà eſtaban aſſentadas, llevando en la una una mano ſu bordón, y en la otra á la Religioſa que la guiaba, entró por él con humilde ſemblante. Aſsi como la vieron las Religioſas, ſe puſieron en pie, y ſu Alteza les pidió que ſe aſſentaſſen, porque venia como pobre á pedir limoſna, y era bien que en todo lo pareciеſſe: aſſentaronſe, y fue por toda la meſa, llegandoſe á cada Religioſa, y con grande humildad la decia: Hermana, hacedme limoſna de ſuplicar á Dios, y á ſu Santiſsima Madre, ſe ſirvia de dár ſalud, y guardar al Principe. Confieſan todas, que hizo eſto con acciones, y palabras tan devotas, que les causó gran ternura, viendo aquella Maeſtra de humildad, que las enſeñaba con tanto aprovechamiento, y egemplo. Ofrecieron la limoſna á ſu Alteza, y ſu Alteza á Dios, y ſanó con brevedad el Principe.

2 Era muy atenta en no hacer embarazo conſigo, y paſar la vida en ſilencio de acciones, que es una virtud que manifieſta claramente la humildad, y aſsi, quando ſe ofrecia haber de llegar ſu Alteza adonde eſtaban las Religioſas ſentadas para oír Sermon, decia á una de las que la ſervian: Hacedme caridad de reconocer ſi habrá lugar para mí, de manera que no dé moleſtia á mis hermanas. Deciala ſu compañera, ea Señora, venga vueſ-

tra

tra Alteza, que yá ſabe que no puede faltarle lugar, pues es la primera. Reſpondia: No digais eſſo por vueſtra vida, que no porque me hagan la caridad que me hacen, las rengo de deſacomodar. Quando enrraba en ſemejantes ocaſiones, decia con mucha blandura, con voz baja, y humilde: Hermanas, ninguna ſe levanre, haganme caridad de eſtarſe en ſus lugares, que para mi qualquiera baſta. Eſto lo egecutaba con ran grande devocion, y egemplo, que las mas humildes en ſu comparacion, ſe renian por vanas. Solia decirle una de ſus compañeras, de quien guſtaba mucho, por ſer perſona de buen eſpiritu, y diſcrecion: Señora, ¿quiere humillarſe V. Alteza un poco, y ayudarme á doblar eſta ropa? Si por cierto, reſpondia muy alegre, haceiſme mucha caridad en ocuparme en eſto, pues para orra coſa no ſoy buena, deſpues que oſtoy ciega. Ayudabala con mucho aséo, y guſto, pidiendola ſiempre que no paſaſſe ocaſion en que pudieſſe ayudarla, pues veía el guſto que la daba en ello.

3 Entendia muy bien la lengua Latina, porque la habia eſtudiado, y el curſo miſmo del tiempo, y devociones la habian ido facilitando mas cada dia, y quando venía alguna Religioſa á que la declaraſſe algunas palabras del Breviario, reſpondia con mucha humildad: No vengais á mi con eſſo, porque no sé cierto ſi lo ſabré entender; pero direos mi pobre ſentir con que no os fieis de lo que os digere: preguntareislo deſpues á quien lo ſepa mejor. En las recreaciones de la comunidad, que es propiamente colacion de las almas, y egercicio, que tanro eſtimaron los Padres antiguos, obſervaba grande ſilencio, y con ſer tan maeſtra de eſpiritu, oía con mucha atencion, y devocion á las demás Religioſas, y quando le llegaba la rueda, le pedian que para egemplo de las demás les digeſſe ſu parecer en aquel punto. Reſpondia: Yo, hermana, ſoy muy ſimple, promeroos, que no sé, ni alcanzo coſas ran ſuperiores: mi oracion es de las que poco ſaben, y mucho pecan, y aſsi no os ſabré dar razon de lo que ſe me pide: hacedme caridad de enſeñarme, que eſſo es lo que yo he meneſter.

4 En recogiendoſe las Monjas, y quedando con alguna de ſus compañeras, una de ellas, á quien hemos dicho que hacia mucha merced, la decia: Valgame Dios, Señora, ¿por qué es V. Alteza tan eſtraña? Cómo no reſponde, y dice lo que ſiente, pues eſtá mas adelanre que todas, y ſabe tanto las materias de eſpiri-

tu

tu, ¿no vé que creerán que no lo entiende? Respondia: Esso es hermana, lo que yo quiero que todos entiendan, que no entiendo nada, y hagoos saber, que es esta muy provechosa mortificacion, y una lima sorda, que aprieta á la presuncion del espiritu, y del entendimiento; porque se siente mucho callar, quando se cree que se sabe hablar. Quando mis hermanas me enseñan hablando, yo aprendo callando, y á un mismo tiempo me aprovecho, y me mortifico. Este aspero silicio de callar, no solo para disimular lo bueno, sino para ocultarlo mejor, es una penitencia, que aprovecha al alma, y no daña al cuerpo; seguidla en quanto pudiereis, y vereis que bien os hallais con ella. Finalmente, su Alteza para ser humilde salió del mundo á la Religion, y siguiendola en la misma Religion halló camino para ser mas humilde, pues en ella no quiso ser Prelada, ni tener voz pasiva, ni activa, condenandole su perfeccion á la pena, que los Prelados señalan á los mas imperfectos.

CAPITULO XXV.

MORTIFICACION DE SU ALTEZA, y lo que se señalò en esta virtud.

LA mortificacion es espada de la gracia contra la naturaleza. Fue virtud muy amada de su Alteza, porque como tan gran maestra de espiritu, sabía que por la negacion de todo lo criado, nos llegamos mas al Criador, y que no puede la parte superior vencer, si no tiene sujeta á la inferior. Padeció en este punto sumamente al mortificarse con la naturaleza, por ser tan delicada, y con los deseos, por ser tan fervorosos. Andaba siempre con mucha atencion sobre sus inclinaciones, y alli acudia con la contradicion adonde ellos caminaban con el impulso. De esta suerte con la parte espiritual, domesticaba la animal, fiera que tanto nos arrastra á lo malo, de la continua batalla, que tanto ponderaba el pacientissimo Job, (a) en que siempre viven las personas espirituales, y le nacian aquellas santas palabras, que muy ordinariamente formaban sus labios: ¡Valgame Dios, y que mala compa-

(a) Job 7. v. 10.

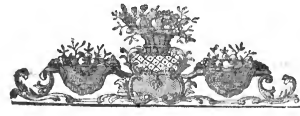
pañia nos hace este cuerpo! Donde quiera que estoy lo hállo; de dia, y de noche no me deja reposar: ¡mas si llegasse el tiempo de ponerlo en eterna servidumbre! Como las ansias de padecer arrebataban á suAlteza á mayores egercicios de lo que le bastaban sus fuerzas, y sus ayunos, silicios, y disciplinas, eran tan frequentes, y rigurosas, la decian las que lo llegaban á entender: Señora, mire vuestra Alteza su poca salud, y su delicadeza, el ánimo la engaña, vayase á la mano, y temple el rigor. Respondia con las palabras de San Pablo: *Omnia possum in eo, qui me confortat*:(b) Hermanas, no he menester yo que me vayan á la mano, sino que me la dén para animarme. A quien fia en Dios, él le ayúda: sobrada fuerza tiene el cuerpo para padecer, sino descaece el espiritu. Creed, que muy pocos mueren por hacer penitencia, y muchos se pierden por no hacerla.

2 Sobre los egercicios del Convento, que son tan asperos como se han referido, y su Alteza todo el tiempo que tuvo salud los seguia indispensablemente; tenia otras particulares devociones de mortificacion, que no eran menos penosas, y lo que mas usaba ordinariamente, era ponerse en cruz, quanto tiempo le era posible, sustentando los brazos en el ayre, y rezando vocalmente algunos Salmos, y Oraciones, y algunas veces se quedaba assi mucho rato en contemplacion. El Viernes Santo, y otros dias, en que se representa la Pasion de nuestro Señor, se ponia publicamente en el Coro en cruz, sin embarazarse en ello, porque decia, que tales dias ninguno podia, ni debia estrañar que los Fieles usassen este santo egercicio. Quando por sus grandes enfermedades no podia sustentar los brazos en cruz en pie, se postraba en tierra, y puesta en la misma forma, estaba contemplando, y padeciendo por Dios. Decia á algunas personas, que sabian el santo egercicio. Yo soy muy aficionada á la Cruz, tengola en el nombre, querria padecerla en el cuerpo, y que no me faltasse en el alma; antes verme crucificada, por quien fue crucificado por mi. En la Cruz lo hállo todo, porque en ella está mi Señor. Alli contemplo la humildad padeciendo, la Alma santissima amando, la Divinidad permitiendo. En la Cruz me sa van, en la Cruz me convidan, y en la Cruz me perdonan. En la Cruz el Hijo llamó al Padre, en la Cruz encomendó á la Madre, y en la

(b) Ad Phil. 4. v. 13.

la Cruz pidió perdon por quien le pusó el ella. Por la misma devocion de la Cruz veneraba mucho los Viernes, procurando en ellos que fuesse mas rigurosa la mortificacion.

3 Rogaba á la Religiosa que la asistia, que aquellos dias le limitasse la comida; atendiendo que en el que nuestro Señor habia padecido tanto, no era bien que holgasse la naturaleza. Hermana, decia, en estos santos dias no hay que tener cuidado con la comida, sino con la abstinencia, basta comer ceniza, y beber lagrimas en memoria de lo que padeció por redimirnos Dios, y bien nuestro. Lo mismo observaba las Vigilias de nuestra Señora. Quando la curaban las cataratas, mostró bien la devocion grande que tenia al Viernes, porque con ser asi que una de las diligencias que preceden á esta penosa cura, es tener al enfermo vendados los ojos algunos dias, para que no los abrá hasta su tiempo, porque no los hiera la luz; quando llegó el dia señalado para que le batiessen las cataratas, y le quitassen las ligaduras de la vista, que tantos dias la habian tenido afligida, advirtiendo, que era Viernes, dijo al quererlas quitar: Esso no ha de ser hoy, yo no he de descansar de una cosa tan penosa, en dia que tanto padeció nuestro Señor por mí: hoy es Viernes, passemos padeciendo, y quedese para mañana, que es dia de mi Señora la Virgen Maria. Asi procuraba imitar á Jesus bien nuestro, con los mismos afectos, que mi Serafico Padre San Francisco, el qual apartaba de sí á Fray Leon su compañero, quando el Viernes se acercaba á curarle las llagas, por no querer recibir esse alivio en un dia que Dios padeció por los hombres.



CA-

CAPITULO XXVI.

EGERCICIOS PENITENTES DE SU ALTEZA, y quan altamente sentia de esta virtud.



AS postraciones, y genuflexiones, fue uno de los egercicios mas frequentes en su Alteza, y en la primiriva Iglesia, muy seguido de los Fieles, como quien en él dá á Dios con el cuerpo quanta reverencia puede ofrecerle en el alma. Este santo egercicio, que á los principios no le era tan penoso, despues con la mucha edad, y continuas enfermedades, llegó á serle muy grave, y pesado; sin duda mereció grandemente en hacerlo con tanta frequencia, tanto mas quando llegó á estar ciega, assi porque las tinieblas, y el obrar á tiento hacia mas dificultosa la accion, como por la congoja que tenia de no conocer si la miraban. Quando hallaba á su Alteza postrada, y en cruz alguna de sus compañeras, con santa libertad, mirando por su salud, la reñia, diciendo: Valgame Dios, Señora, ¿qué quiere V. Alteza matarse? No puede tenerse en pie, y osa emprender estas penitencias? Respondia su Alteza con gran suavidad: Dios os lo pague, que cierto que me ayudais á la mortificacion; y aun porque no puedo tenerme en pie, no será mucho estar postrada: creed que no me hacen daño mis males, sino mi maldad, porque mas que mis enfermedades me lastíman mis culpas. Como sus enfermedades eran tan graves, y no la dejaba su compañera que estuviesse mucho tiempo de rodillas, se assentaba artificiosamente sobre los pies, con que venìa à padecer mucho mas, y deciale á Dios: Yá que no me dejan estar con la reverencia que os debo, quiero, Señor, padecer lo que puedo.

2 Quando sucedia la muerte de alguno de sus deudos, á quien tuviesse particular amor, y obligaciones, cargaba la mano en las penitencias, por satisfacer por sus penas, y aliviarle las del Purgatorio, como lo hizo en la muerte de la Emperatriz su Madre: y en la de Felipe Tercero tomó quince diciplinas muy rigurosas, en los quince dias despues de su muerte; y á estas, y otras penalidades juntaba muchos sufragios, oraciones, Missas, y limosnas. Por qualquiera persona que juzgasse necessitada, no repa-

taba en exponerse à egercicios de penitencia, con que á un mismo tiempo manifestaba su caridad en el deseo, y su mortificacion en la obra. Quando sucedian tales ocasiones en estos tiempos ultimos, instabanla mucho que no hiciesse estas penitencias, que dejasse los silicios, y diciplinas, pues en sus enfermedades se habia sustituído aquel santo rigor. Respondia fervorosamente: Que la dejassen padecer de todas maneras, pues todo lo merecian sus culpas. Y por tener algun derecho á la mortificacion, entró en concierto con la Prelada, y los Medicos los dias que la habian de dejar ayunar, y continuar sus santos egercicios, pareciendo siempre poco á su amor quanto la concedian. Trató con su compañera, teniendo secreta licencia para esto de su Confesor, de hacer algunas penitencias, ayunos, y mortificaciones, y esto lo trazaba con grande atencion, disponiendolo de manera la que la asistia, que parecia que lo que la daba á comer era carne, y solo comia hiervas, ó huevos: y á la noche, diciendo que la podia hacer daño el cenar, tomaba una cosa ligera, con que venía á reducir á colacion la cena, y pasaba con alegria, diciendole à su compañera: Dios os lo pague, que por amor de vos, y vuestra buena industria, he podido hacer este pequeño servicio á nuestro Señor.

3 Era una de las mayores penitencias para su Alteza el no permitirle que la hiciesse, y haber de contener sus deseos, quando le parecia que cabia en sus fuerzas lo que proponia. Y como deseaban todos su salud, y la veían ciega, y llena de achaques, padecia grande persecucion espiritual, y solia decir á su Confesor: ¡Valgame Dios, y qué de ellos ayudan á la naturaleza! ¿Quando nos hemos de hacer de parte de la gracia? Todo ha de ser procurar que no padezca este cuerpo, y entre tanto que padezca el alma? Por esto fue mayor el cuidado que tuvo en encubrirse, que el que tenia en mortificarse, por escusar las amorosas contiendas con que la afligian de que no perdiesse la salud. Pero por donde no pudo ocultar las graves mortificaciones con que se afligia, fue con la santa costumbre que se observa en aquel Real Monasterio, que ninguna Religiosa puede hacer mas penitencia de la que le permiten sus Constituciones, sin licencia de la Madre Abadesa. Esto lo egecutaba su Alteza con grande puntualidad, y aunque se ocultasse à sus mismas compañeras, siempre á la Abadesa manifestó lo que hacia, y con su tolerancia lo obra-

ba.

ba. Solia decir à ſu Confeſor: Gran parte de penitencia es haber de ir á deſcubrir ſu poco eſpiritu á la Prelada; y no ſolo es mortificacion por eſta parte, ſino por el recelo con que ſe vá, de que niegue la licencia que ſe pide, que aunque ſe aprovecha el eſpiritu, ſe huelga de que ſe la nieguen el cuerpo, y aun eſte guſto le querria quitar. Aſsi trataba ſu Alteza lo que tanto regalan los mortales en ſu engaño.

CAPITULO XXVII.

RENDIMIENTO CON QUE SU ALTEZA por mortificarſe, ſe ſujetaba à las criaturas.



SIN duda alguna ſon las criaturas las que mas unas á otras ſe mortifican en eſta vida, tan llena de miſerias, que nadie puede vivir ſin paciencia. El Rey ha de padecer los deſconciertos de ſus Reynos, las faltas de ſus criados, la remiſion de ſus Miniſtros, las quejas de los Subditos: eſtos las ordenes, las egecuciones, la mano de los Reyes. El neceſitado, la ſoberbia del poderoſo; el poderoſo, la importunacion del neceſitado. Los Padres, las traveſuras, y relajaciones de los hijos; los hijos, la correccion, y diſciplina de los Padres. Y como eſte natural apetito, codicia tanto obrar con independencia, nos embarazamos unos á otros, porque todos deſeamos lo miſmo. Por eſto el Superior que con paciencia gobernáre á ſus ſubditos, los ſubditos que con rendimiento obedecieren á ſu Superior, el Miniſtro que ſufre á los pretendientes, el pretendiente que ſufre á los Miniſtros; ſi por Dios lo toleran, ſerán unos á otros ocaſion de merito, y de otra ſuerte lo ſerán de peligro.

2 Su Alteza eſtaba muy bien con eſta doctrina; y con deſeo de mortificarſe en todo, y tener menos voluntad propia, ſe ſujetó á la de ſu compañera, que era perſona de mucho valor, diſcrecion, y eſpiritu. Rogóla que tomaſſe á ſu mano el mortificarla, y que la rindieſſe, no ſolo la perſona, ſino la voluntad, para que del todo ſe rindieſſe á la razon. La Religioſa no hizo ſin cuidado, ni ſin deſpégo eſte oficio, porque aunque amaba tiernamente á ſu Alteza, ſabía quanto merito ſe eſcondia en él; y aſsi con grande ſuperioridad, y diſcrecion la probaba, y la ſuje-

taba, estando rendida su Alteza con suma resignacion. En viendo que gustaba de hacer alguna cosa, la ordenaba que la dejasse, si era de mortificacion, porque no perdiesse la salud; si de descanso, porque no dejasse la mortificacion; si indiferente, porque no hiciesse cosa en que pudiesse tener voluntad. Pasaba con gran rendimiento, y á la noche la daba las gracias, diciendo: Dios os pague, hermana, lo que os debo, que habeis tenido este dia cuenta de mi alma, y esto es lo que mas me conviene.

3 Ponia á su Alteza algun silencio, ó la dejaba en cruz, ó postrada, ó en otra forma penosa, y deciale: Señora, vuestra Alteza se esté assi hasta que venga. La Religiosa se iba, y divertida con otras ocupaciones, ó porque naturalmente se le olvidaba, volvia diciendo: ¡Ay Señora, que se me habia olvidado, que V. Alteza quedaba de esta suerte, lo que habrá padecido con esto! Respondia: Dios os lo pague: sabed que es orden de Dios, y no olvído vuestro: su Magestad sabe muy bien, que yo lo habia menester: vayase esto por lo que otras veces me quitais de la penitencia, aunque tarde se descontará lo que se me debe, del sobrado cuidado que se tiene de mí. Si le trahian alguna fruta, ú otro regalo á la hora de comer, ó cenar, no llegaba á él hasta que venía su compañera, para vér si le daba licencia; diciendole las que alli estaban que lo probasse, decia: No puedo hasta que me dé licencia mi compañera; y algunas veces añadia: Y vos vereis que no querrá darmela. Venía, y tal vez decia: No ha menester ahora V. Alteza comer de esto, mejor es para los pobres, ó para las enfermas. Su Alteza se alegraba muchissimo, y decia á las circunstantes con mucho gusto: ¿No os decia yo, que no querria darme licencia? Veis como fue bueno el no adelantarme? Mas vale el merito, que el gusto.

4 Algunas veces deseaba saber lo que habia sucedido en Madrid del servicio de Dios, ó de la causa publica, que tan en el corazon tenia. Su compañera solia decir por mortificarla: ¡O Señora, qué notable caso ha sucedido en la Corte, y qué egemplar para que muchos se salven! Su Alteza la decia que se lo contasse, y replicaba la compañera: no ha menester saberlo V. Alteza, bastará que lo sepa de aqui á quince dias, entonces se lo diré. Y su Alteza con mucha mansedumbre, y gracia, la decia: ¿Quince dias han de pasar? bendito sea Dios, y qué tarde me llegará essa nueva; ¿y cómo me assegurais, que vivirémos entrambas quince dias?

Con

Con estas, y otras diligencias que hizo para mortificarse, llegó á estár tan adelante en esta virtud, y á tener con la gracia tan rendida la naturaleza, que muchas veces se tomaba cuenta, y averiguaba dentro de su corazon, si habia en él alguna propiedad, y en sintiendo afecto desordenado en qualquier materia, no solo indiferente, sino buena, procuraba templarlo. Y tal vez, por sentir aficion á las alhajas de su Oratorio, se iba á la Abadesa, y la decia: Madre, yo parece que tengo aficion á tal cosa, llevesela á la Sacristía, ó vendase para los pobres. Y observaba en todo, lo que ordenaba su Prelada, la qual unas veces lo aplicaba á la Sacristia, otras lo dejaba á su Alteza por obediencia. Tanto cuidado tenia de vaciar de propiedades el alma.

CAPITULO XXVIII.

PACIENCIA, Y MANSEDUMBRE DE SU Alteza.



LA paciencia es resignacion en orden á las criaturas y la resignacion es paciencia en orden á Dios. Uno y otro es de gran merito, y en este miserable mundo necesario. En toda esta Historia se ha visto con claridad la resignacion de su Alteza, en las tribulaciones con que Dios la probó, que no fueron pequeñas. La muerte de sus Padres, de seis Hermanos, de los Reyes Felipe Segundo, y Tercero, las continuas enfermedades con que fue afligida, hasta llegar con ellas á perder la vista, el sentido mas amado, y que mas lastima perdído; nunca estos trabajos la turbaron, con paciencia los oía, y con resignacion los toleraba, siempre con las palabras del Salvador en la boca, *Fiat voluntas tua*: repitiendo algunas veces las del paciente Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum.* (a) Para padecer con ánimo resignado, decia: que no habia tal medio como el amor de Dios, y la negacion de sí misma. Si yo amáre mas á Dios, decia, que á todo lo que no es Dios, aunque todo se pierda hallaré el consuelo en Dios. Pero si yo tuviere mi corazon en aquello que se pierde, el perderlo será herir el corazon.

De-

(a) Job 1. v. 21.

2 Decianle las Religiosas, valgame Dios, Señora, y que igualmente lleva los trabajos, ¿cómo hace para conformarse tan presto en ellos? Respondia: Con estár yá conforme al trabajo, antes que llegue el suceso; porque antes que se mueran mis hermanos, se los tengo yo ofrecidos à Dios, con esso no halla que quitarme. Mirad, añadia, hemos de vivir con gran atencion de negarnos á las aficiones naturales, porque con ellas nos lastíman los sucesos, y sin ellas nos mejoran. Quien se entró en la Religion, yá murió al mundo; quanto sucede en él, no le puede lastimar. La mayor fineza que hacemos al entrarnos Religosas, es negarnos á todo, y como las penas exceden en numero á los gustos, quando en el mundo están llorando miserias las criaturas, estamos en el Convento cantando alabanzas al Criador. Creedme que entonces entenderemos que estamos aprovechadas en la Religion, quando oygamos los acaecimientos, y trabajos de nuestros deudos, con igualdad de ánimo; porque es señal, que se vá acabando el hombre viejo, y crece el espiritual. Llorar mucho la Religiosa la muerte de sus Padres, ó hermanos, es ser muy hermana, y muy hija, pero no tan Religiosa; pues tiene el corazon en el Padre, y en la Madre, que habia de tener solo en Dios. Solianle replicar, esso señora es muy justo, pero no muy facil. Pues por esso, respondia, se dice que el Reyno de Dios padece fuerza, y que los violentos lo alcanzan. Lo que es dificultoso, é imposible á la naturaleza, le es muy facil á la gracia, que todo nuestro poder es flaqueza, pero todo lo podemos en virtud de Dios, á quien servimos.

3 Era cosa maravillosa oírla discurrir de estas materias, y mucho mas verla obrar en ellas, con tan grande igualdad, y resignacion, que enseñaba con egemplo, y con palabras á padecer á las que fuessen menos resignadas. Bien se deja conocer, que en cinquenta años de Religion, tratando con criaturas, aunque Religiosas, y perfectas, no dejaria de padecer algo con ellas, y con las personas del siglo, que era fuerza haber de comunicar. Nuestra naturaleza es tal, que no deja grandeza reservada de esta comun injuria, ni puede pasarse la vida sin estas penalidades. En todo este tiempo no se le oyó palabra desigual, ni se le vió el rostro turbado, antes diciendole algunas personas sus confidentes; ¿Señora, por qué no muestra vuestra Alteza esso que padece? diga su sentimiento, no tanto para el castigo, como

pa-

para el remedio; respondia: Si porque lo siento lo he de decir, ¿qué vendrá á ser lo que padezco por Dios? El dejar de sentir las cosas no está en nuestra mano, pero lo está el no gobernarnos por nuestros sentimientos. Si entramos á padecer, y de padecer nos defendemos, obramos lo contrario de aquello que professamos, y venimos à ser delante de Dios hipocritas, en la profesion mortificadas, y en las obras impacientes. Su estílo era defender á las personas que la mortificaban, y nunca dejaba de hallarles escusa, y quando no podia mas, decia: Por lo menos la intencion yo sé que es sana. ¿Pues quien habrá que se enoje con quien hace las cosas con buena intencion? Mas debo yo á los que me mortifican, que á los que me alaban; los unos me aprovechan, los otros me desvanecen. Finalmente, en este punto sería hacer prolija la Historia, si huviessemos de referir las razones, y discursos de su Alteza, que en su vida claramente manifiestan los sucesos.

CAPITULO XXIX.

LA PACIENCIA CON QUE SU ALTEZA llevó la muerte de Sor Catalina su Sobrina.



UNO de los golpes en que mas manifestó su paciencia, y resignacion, fue en la enfermedad, y muerte de Sor Catalina su Sobrina. Criabala con grande cuidado, y habiale puesto en el corazon mas estrechas prendas de amor el vér su virtud admirable, y quan bien se aplicaba á los santos egercicios de la Religion. Por esto decia su Alteza: Sor Catalina ha de ser muy grande Religiosa, é iré yo muy contenta á la otra vida, de dejar en su persona quien alábe á Dios en mi nombre. Estaba la niña tan contenta, y hallada, que era de sumo gózo verla, y oírla tratando de su profesion, y deseando acelerar el tiempo para que llegasse el dia. Solia decir muchas veces: Quando yo me vea professa, y jurada esposa de Dios, he de comenzar á servirle, que ahora todo es hacer por prueba lo que entonces haré por obligacion. De esta suerte la santa niña, obrando con raro egemplo, y desestimacion de lo mismo que obraba, se disponia, y egercitaba tan perfecta en sus principios, que pudieran almas muy aprovechadas imitarla en el fin. Quando su Alteza con mayor gózo

te-

tenia puesta su inclinacion en esta señora, le envió Dios unas rigurosas tercianas, tan malignas, y ardientes, que en breves dias le postraron el sujeto, y cortó las esperanzas á la vida. Apoderóse el accidente de la cabeza, y padeció muchos dias, sin sentirlo la enferma; pero no sin sentirlo su Alteza, á quien habia trasladado Dios el dolor de esta penosa dolencia. Sin duda alguna quiso el Señor probar la paciencia de su sierva en este trabajo, porque lo sentia como quien perdia una joya, no solo de gusto para su alma, sino de utilidad para la Iglesia. Y siempre que la causa de Dios dá mas motivo á las penas, las almas perfectas suelen dár mas velas al sentimiento.

2 San Ambrosio lloraba sin consuelo la muerte de los buenos Sacerdotes; (a) porque decia, que á pérdida de tan grande daño se debia dolor de tal sentimiento. Iba su Alteza á visitar á su Sobrina, y quando la hallaba tan gravemente enferma, y sin el alivio de comunicarla, se volvia á Dios, diciendo: Señor mio, mis pecados matan esta niña, y no su enfermedad: y añadia sin recatar que lo oyessen los presentes: ¿Pues Señor, si yo soy la mala, cómo es esta niña la castigada? Debeis de querer, premiandola á ella corregirme á mí. Fue cosa notable los remedios que aplicaron á la enfermedad, y el cuidado con que en esto se acudió por orden del Rey, sobre el sumo desvelo de su Alteza. No huvo diligencia humana que no se hiciesse, ni divina que no se procurasse: oraciones, Missas, y limosnas, y en medio de esto la ordenacion divina egecutaba los decretos indispensables de su Providencia. Quando yá su Alteza sentia que se acababa la vida á su Sobrina, decia con grande resignacion las palabras del Rey paciente: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum*: (b) Señor, Vos me la habeis dado, Vos me la llevais, sea vuestro Nombre bendito. Y añadia: para Vos queria yo esta criatura, y si antes que se logren aqui mis deseos, le anticipais la Corona, sea en hora buena Señor, que vuestro es todo, y como Señor del jardin tomais la fruta, quando la juzgais sazonada.

3 Como su Alteza sentia quan penosamente llevaba la naturaleza el rigor de este golpe, decia, haciendose de parte de la gracia: Lo que me huelgo, Señor, que no padece solo esta niña, sino que tambien padece esta mi naturaleza, con quien no

me

(a) Ex Div. Ambr. tom. 2. Ep. 22. B. pag. 864. edit. Paris. 1690. (b) Job 1. v. 21.

me puedo averiguar. Y volviendose á su cuerpo, decia : Ahora pagarás el contenro que tenias en la buena compañia que te hacia esta criatura, y compensarás aquel alivio con esta pena: acaba de conocer, que no hay gózo, sino en Dios, ni gusto que dure, sino el suyo: porque pusiste tantos empeños en amarla, sientes tanras congojas al perderla, aprende á no entregarte, sino á quien te debes. De esta suerte sacaba provecho en la pena, oprimiendo á la naturaleza con la consideracion, yá fatigada con el trabajo. Finalmenre, murió Sor Caralina de Esté, Nieta de la Infanta Doña Caralina, y del Duque de Saboya á 23. de Enero de 1628. dia de San Ildefonso, que aquel glorioso Parron de las Virgenes, quiso presentar en su dia esta Virgen, que con tanto egemplo habia en su Metropoli profesado pureza. Hallabase entonces el Rey en el Pardo, y dió orden al Cardenal Trejo, Presidenre de Castilla, que asistiesse al entierro, y á las honras en su nombre; y que el Nuncio digesse la Misa, y el Parriarca de las Indias, su Capellan mayor, lo dispusiesse todo con la solemnidad que se debia á tan Real Persona. Hizose como su Magestad lo mandó, dejando lastimadas de dolor, no solo á su Alteza, y á las Religiosas que amaban tan tiernamente á Sor Catalina, sino á quantos llegaron à vér perdídas las esperanzas, con que iba creciendo en sus claras virtudes. Su Alteza dió al mundo un egemplo mas de paciencia; pues victoriosa de sí misma con igual semblante, y demostraciones, en habiendo espirado la niña, poniendo en Dios la voluntad, y la inclinacion, que por su amor habia dado aquella criatura, quedó con el gózo, paz, y serenidad, que trahe siempre consigo la resignacion.



CAPITULO XXX.

AMÒ SU ALTEZA EL SILENCIO, Y EL OBRAR de manos.



L ſilencio es horno del amor divino, porque crece tendiendo ſu fuego ocultas las llamas. Era muy aficionada á eſta virtud, y muy obſervante en ſu egercicio. En el tiempo de ſilencio regular, y á donde ſe debe guardar, no habia que tratar con ſu Alteza, porque cerraba de ſuerte los labios, que no hallaba cauſa para poderlos abrir. Tenia horas ſeñaladas de ſilencio ſobre las que obſerva la comunidad, y por no fiar de la lengua el callar, ponia una pedrecita en la boca. Entre las mortificaciones con que ſe prevenia á los dias de grande feſtividad, era con guardar ſus vigilias ſilencio, y en eſto decia que ſe hallaba conocido ſu aprovechamiento. Solia decir á las Religioſas quando la hablaban de eſta virtud, que el ſilencio ſe alaba muy bien callando, y que es la muralla contra las imperfecciones. ¿Quereis, decia, que vivamos en ſoledad? callando la hallarémos en el ſilencio. Mirad que cerca tenemos una joya tan precioſa, y que muy de lejos ſe ſuele buſcar. El ſilencio mejor, y el primero, es la abſtraccion de todas las coſas, y eſte puede tenerſe hablando; pero aunque eſte ſilencio es el mas importante, ayuda mucho el exterior á guardar con pureza el interior. De aqui le nacia en las recreaciones eſpirituales, el eſtar atenta al oído, y muda á la lengua, como ſe ha dicho; porque decia, que el ſilencio tiene propiedades muy agradables; y entre otras la de ſer humilde, cortés, recogido, devoto, y mortificado. ¿Què mayor humildad, decia, que callar, quando otros hablan? Qué mayor cortesía, que oír, quando otros diſcurren? Qué mayor recogimiento, que vivir dentro de sí, con cerrar la puerta á la lengua? Qué mayor devocion, que tener el interior reſignado, y el exterior compueſto? Qué mayor mortificacion, que tener atado en la boca eſte inquieto animal, que llaman lengua? Con tales razones alentaba á las Religioſas á la obſervancia del ſanto ſilencio, y lo que es mas, las confirmaba con ſu egemplo.

2 Al ſilencio ſucede bien el egercicio de las manos, que quien las tuviere ocupadas, tendrá en mayor ſilencio la lengua.

En

En esta virtud fue observantissima, venerandola como tan conveniente, y Religiosa, amada de Christo, de los Apostoles egercitada, de los Santos sumamente encomendada á los Fieles. Desde niña se crió en el Palacio de su Madre, obrando de manos como quien en tan admirable educacion seguia tan santos, y seguros documentos. Despues en la Religion abrazó el mismo egercicio; de manera, que con la comunidad trabajaba muchas horas del dia, registrando la Madre Abadesa la labor, y aplicandola al Culto Divino. Quando estaba ciega, por no perder esta santa virtud, ordinariamente obraba de manos cordones, y otras cosas, que con aquel accidente podia egercitar, y todo para el Culto Divino, ó para los pobres. Solianle decir, Señora, míre V. Alteza, que se cansa, y le puede hacer daño. Y respondia: Nunca el obrar de manos hace daño á las Religiosas, mas daño puede hacerles la ociosidad. ¿Lo que hizo la Virgen, y su Hijo Santissimo, que se dignó de trabajar para comer, siendo Autor de la naturaleza, quereis quitarme? El obrar de manos á todos conviene, pero mucho mas á los que siguen el camino de la Religion; porque quanto mas comieren de su sudor, seràn menos molestos á los ricos, y menos gravosos á los pobres.

3 Decianla algunas personas, para dar motivo á sus santos consejos: ¿No tenemos, Señora, harto que hacer en seguir los egercicios de la comunidad? Bueno es pasar en contemplacion el tiempo que nos queda. Y Respondia: Entre los egercicios de la santa comunidad, es el obrar de manos, y el no menos util, y necesario; y á la Religion que esto faltáre, le falta una constitucion muy importante. ¿Y quién os dice, que esta ocupacion embaraza la contemplacion? No pueden estár trabajando las manos, y el corazon amando? No habeis oído decir, que no pudiendo San Antonio Abad tolerar la guerra de los pensamientos, salió de su celda, y en altas voces dijo: ¿Que haré, Señor, que no puedo averiguarme conmigo, ni llevar el peso de esta soledad? Y apareciendosele un Angel, por la mano lo llevó á la huerta, y en su presencia tomó una hazada, cabó un rato, y luego con grande compostura se puso á contemplar, despues volvió á su trabajo, y desapareció: dandole á entender, que contra los pensamientos, era buen remedio el egercicio de manos, y la oracion, y que esta virtud remedia lo malo, y perficiona lo bueno.(a) A mi, de-

(a) Ap. Vit. Patr. tom. 1. lib. 7. de Penit. seu fortitud. fol. 444. b.

decia, con ella me han criado, y con ella tengo de morir. Necessario era que su Alteza acreditasse esta honestissima, y despreciada virtud, en siglo que tan poco trabajan los nobles por la calidad; los ricos por la comodidad; los pobres por la ociosidad, habiendo su lugar ocupado la relajacion, con todas sus alhajas, visitas superfluas, conversaciones vanas, y murmuraciones peligrosas.

CAPITULO XXXI.

ENVIA SU SANTIDAD A ESPAÑA el Cardenal Barberino su Sobrino, por su Legado, y los Breves, que á su Alteza escribió.



Ubiendo de virtud en virtud al alto monte de la perfeccion, la Serenissima Infanta, habia llegado con la fama de sus claras costumbres á merecer la veneracion de todos. Quando el año de 26. el Padre Universal de la Iglesia Urbano VIII. envió al Cardenal Francisco Barberino su Sobrino á esta Corte por su Legado á Latere, á tratar diferentes negocios de la Sede Apostolica, y comun utilidad del nombre Christiano. Como á su Santidad fue siempre notorio el espiritu, autoridad, y mano con que su Alteza acudia á las causas de la Iglesia; la escribió este Breve, que puede ser aprobacion, y testimonio de todas las virtudes que se han referido.



DI-

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ, Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ à Cruce Sanctimoniali, Amitæ Regis.

URBANUS PAPA VIII.

2 *Dilecta in Christo filia, Nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Sacra ista Christianarum virtutum Regia, in qua de voluptate, & superbia gloriose triumphans, identidem in se convertit oculos Pontificia charitatis, spectaculum enim isthic cælo, hominibusque jucundum præbetur, ubi potentissimi Regis amita sacro gaudens Crucis cognomento, illius mundi blanditias, ac thesauros despicit, in quo consanguineos suos videt cultos innumerabilium Provinciarum tributis. Nunc autem quo studio consiliis tuis plaudat Pontifex, & Ecclesia, intelliges ex Francisco Cardinali Barberino, Legato Apostolico, & Nepote nostro, qui tibi nostram benedictionem impartietur, & exiguum Pontificia charitatis munus deferet, cui tamen pretium facit cælestis Indulgentia thesaurus, quo illud locupletavimus. Sperat te conveniens fore, ut ex ore tuo sententias audiat dignas acclamationibus cæli, & memoria sæculorum. In eo autem animum agnosces, qui omnibus aurifodinis pretiosiorem existimat eam pietatem, ubi reperire potest profliganda vanitatis exempla. Caterum publica saluti famulabitur pietas tua, si piis illius conatibus omni, qua potes, ope suffragaberis, atque si orationibus à Deo, & hortationibus à Rege impetrabis, ut expetita huic legationi gloriam addat concordia Christianitatis. Datum Roma, apud Sanctum Petrum, sub annulo Piscatoris, die xxx. Januarii. M.DC.XXVI. Pontificatus nostri anno tertio.*

Joannes Ciampolus.

Que traducido al sentido, dice assi: A

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, y Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Tia del Rey Catolico.

URBANO PAPA VIII.

3 AMada en Chrifto hija, y Noble Señora, falud, y Apoftolica bendicion. Con gózo particular lleva los ojos de la caridad Pontificia effe Real Palacio de virtudes, en que vueftra nobleza triunfa de la vanidad, y pompa del figlo. Vemos un efpectáculo á todos los figlos memorable, á los hombres alegre, à los Cielos gozofo. Una Tia de Rey tan poderofo, abrazada con la fagrada infignia de la Cruz; defeftimando los mundanos deleytes, las profanas riquezas, y el mifmo mundo, en que inumerables Provincias eftàn tributando á fus deudos. Con quanto amor favorece la Iglefia vueftras claras virtudes, y con quanto aplaufo las oyga el Vicario de Chrifto, lo entenderà de Francifco, Cardenal Barberino, Legado Apoftolico, y nueftro Sobrino, que la darà nueftra bendicion Apoftolica, y un Relicario, de nueftra aficion indicio pequeño, no tanto por el precio eftimable, quanto por las celeftiales indulgencias con que vá enriquecido. De vueftros labios efpera oír palabras dignas de tal efpiritu, y de la aprobacion univerfal de la Iglefia; y conocerá vueftra nobleza en nueftro Legado, un varon que defprecia lo terreno, y bufca lo celeftial, y que las minas de oro que mas eftima, fon los egemplos con que fe pifa la vanidad mundana. Ayudará á la caufa pública vueftra autoridad, fi à los defignios con que de efta Corte le enviamos favoreciere, y fi con el amparo de fu intercefion al Rey Catolico inclina, que la gloria de efta Legacìa, haga mayor con la concordia de la Chriftiandad. Dada en Roma en San Pedro, debajo del Anillo del Pef-

Pescador, á treinta de Enero de mil y seiscientos y veinte y seis, de nuestro Pontificado año tercero.

Juan Ciampolo.

4 Envió el Papa á su Alteza con el Cardenal su Sobrino, entre otras cosas, un Relicario hermosissimo, á modo de urna de cristal muy rica, y artificiosamente guarnecido, con grandes indulgencias, que eran para la piedad de su Alteza los dones de mayor estimacion. Fue grande el consuelo que recibió el Legado quando visitó á su Alteza, y halló tan grande tesoro de virtudes en su espiritual Persona, la qual en todos sus negocios se interpuso con singular esfuerzo á la mayor conveniencia de la causa comun de la Iglesia. Pocos meses despues su Santidad le envió otro Breve con el Patriarca de Antiochia, que venía á España por su Nuncio Apostolico, en el qual explica el admirable concepto que tenia de su santa vida.

DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali, Amitæ Regis.

URBANUS PP. VIII.

5 *Dilecta in Christo filia, nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Crucis trophæum, quæ dominantium sceptris antefers, dùm Regia progenies delitescis in cella, principatum tibi paras in cœlo.* Nec *solum tibi uni consulis à mundi contagione secreta, sed ex isto sanctimoniæ domicilio asportari etiam dicuntur in Regiam consilia, quæ cum habeantur mandata Divinitatis, fiunt etiam propugnacula Sacerdotii. In iis plurimam spem Magistratus sui bene gerendi constituit Venerabilis Frater Joannes*

nes Baptiſta, Patriarcha Antiochenus, Prælatus noſter domeſticus, & Aſsiſtens, quem Nuntium Apoſtolicum in Hiſpanis Regnis excubare iuſsimus. Nota eſt Chriſtianitati pietas Auſtriacorum Principum, qui vaſtiſsima utriuſque Orbis imperia, non minus patrocinio cœli ſtudent armare, quàm robore legionum. Si qua tamen in re illi quærens Regnum Dei egebit ſuffragatione authoritatis tuæ, ſperamus fore, ut declaratura ſis luculenter tuam pietatem in Principem Apoſtolorum. Cæterùm ille genere clarus, ingenio præcipuus, & rerum uſu excultus, quibus artibus pietatis, & prudentiæ ſacros Magiſtratus petiit, iiſdem facile promerebitur benevolentiam tuam. Quæ tamen beneficia ille tibi debebit, ea teſtamur fore ſolatia ſollicitudinum noſtrarum. Porrò autem Præſulem nobis gratiſsimum, qui tibi Apoſtolicam benidictionem deferet, dùm charitatis noſtræ magnitudinem teſtabitur, & Catholicæ Ecclæſiæ negotia differet, eadem, qua nos ipſos, fide cupimus audiri. Datum Romæ, apud Sanctam Mariam Maiorem, ſub annulo Piſcatoris, die xxx. Maii. M.DC.XXVI. Pontificatus noſtri anno tertio.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi:

A LA AMADA EN CHRISTO Hija, y Noble Señora, Sor Margarita de la Cruz, Religioſa, Tia del Rey Catolico.

URBANO PP. VIII.

Amada en Chriſto hija, y Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion. Prefiere vueſtra virtud el Troféo de la Santa Cruz, al cetro que deſeſtimó por ſeguirla; y quanto mas ſe eſconde en ſu pobre celda, tanto mas alta ſi-

silla se le erige en el Cielo. No solo aprovecha à vuestra Real Persona el vivir dividida del contagio del mundo, sino que desde essa morada de celestiales virtudes, nos dicen, que se envian al Catolico Palacio tan santos consejos, que por mirarlos como Inspiraciones Divinas, ilustran y asseguran las resoluciones humanas. En la autoridad de vuestra Persona, libra el acierto de su legacia, nuestro V. Hermano Juan Bautista, Patriarca Antiocheno, Prelado, nuestro domestico, y Asistente, que enviamos por Nuncio Apostolico á essos Reynos. Notoria es al mundo la piedad christiana de los Principes de la Casa de Austria, que entrambos Orbes defienden, assistidos, no menos del amparo del Cielo, que de los Egercitos de la tierra. En quanto en servicio de Dios necesitáre de vuestra autoridad, le hemos dicho, que muy confiadamente se valga de ella, como de quien tanta experiencia tenemos del amor con que acude á todas las causas de la Sede Apostolica. Es varon en el linage claro, en el ingenio grande, en las noticias experimentado, y con estas partes ha merecido los puestos que ocupa, y con ellas espera conseguir la riqueza de vuestra benevolencia. Quanto favor le hiciередes, serà alivio de nuestras ocupaciones, y al daros nuestra bendicion, é informaros de nuestro amor Paternal, y al tratar de las causas de la Iglesia, podrà vuestra nobleza creer, como á nuestra Persona. Dada en Roma, en Santa Maria la Mayor, debajo del Anillo del Pescador, á treinta de Mayo de mil y seiscientos y veinte y seis. de nuestro Pontificado, año tercero.

Joan Ciampolo.

Callar debe la ponderacion, y venerar el silencio, las aprobaciones que la Santa Sede hace de las perfecciones de su Alteza.

FIN DEL LIBRO QUINTO.





LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS EGERCICIOS SANCTOS, y devociones admirables de ſu Alteza.



O que los Fieles llaman comunmente devociones, ſon actos de Religion, que el corazon Chriſtiano practíca para agradar, amar, alabar, ó deſenojar á Dios; y tanto quanto fuego huviere de caridad en el interior, tanto mas crecerá eſte exterior. Eſtas dos diferentes ſubſtancias de que eſtá compueſto el hombre en eſta vida, eſtán pidiendo ſiempre alimento; el cuerpo guſto, el alma amor; el cuerpo empleo en las coſas temporales, el alma devotas memorias de las ſobrenaturales; y ſi el cuerpo prevalece, arraſtra al alma; y ſi el alma como legitima ſeñora manda, tiene ſujeto, y tendido al cuerpo. Aſsi todo el cuidado del Chriſtiano debe conſiſtir en tener bien tratada, y alimentada ſu alma, y al cuerpo convenientemente corregido; porque como negar el ſuſtento natural al cuerpo, por el qual tan vivamente nos eſtá egecutando, ſería quitarle las fuerzas, y hacerlo inutil para el uſo comun de la vida; negar al alma el alimento que pide de las coſas celeſtiales, ſin el qual ninguna puede vivir, ni medrar, es tanto mayor crueldad, quanto ſe falta á lo mas importante.

2 Debemos conſiderar con el Apoſtol, que eſtamos com-
pueſ-

puestos de hombre exterior, é interior. El exterior, corruptible, flaco, deleznable, propenso á lo malo, y haberso á lo bueno: el interior, noble, generoso, incorruptible, inmortal, de claras condiciones, y deseos. Pues para ponderar el cuidado que debemos tener, hallandonos vestidos de tan miserable materia, puede considerarse si un hombre virtuoso, y perfecto se viesse fuertemente atado á otro vicioso, y abominable, sin poder escusar el estar á vista de sus costumbres, y participar de tan infame vecindad; ¿con qué congoja, y pesadumbre viviria? Con qué atencion, y desvelo de mejorar, y persuadir el bueno al malo, á la debida regla de virtud? Solian los Tiranos atar vivos á los Santos Martires con los cuerpos difuntos, para que con la corrupcion agena, hiciessen mas intolerable la propia. Assi despues de la culpa primera, han quedado estos dos desiguales compañeros, yá enemigos, ligados necessariamente con la vida, hasta la muerte. ¿Porque, qué otra cosa es el alma, sino un hombre vivo enterrado en la caja inmunda del cuerpo? Hombre con salud, envuelto con un apestado. Por esto debe tanto mas atentamente aplicarse el remedio, quanto mas claramente se conoce el peligro, no habiendo otro modo como defendernos del pernicioso contagio del cuerpo, sino con los devotos afectos del alma. Conveniente es vivir en desvelo, y con la caridad defendernos de la corrupcion; desvaneciendo con la memoria de las cosas celestiales estas nubes de vanidad temporal, que se interponen entre Dios, y nosotros.

3 De este cuidado nacieron en su Alteza los devotos egercicios en que ocupó su vida enriquecida de meditaciones divinas, con sumo recogimiento recibidas, y con grande pureza conservadas. Fue en este punto una de las mas particulares almas que se han conocido, porque en larga vida subió siempre con nuevos aumentos de caridad, y con iguales pasos de perseverancia. La Fé nos dá tal vez los actos de la devocion, y para que busquemos, y egercitemos la caridad: como quando no estando el alma tan aprovechada en el habito santo del Amor Divino, toma por medio para procurarlo meditaciones devotas. Otras veces, yá el corazon encendido como verdadero amante, con el fuego del amor, inquieto anda haciendo finezas, por agradar al amado; y alli vá con la devocion, adonde el impulso Divino le guia. En este esta-

do ultimo se hallaba su Alteza, porque con los vivos sentimientos de la caridad, no podia escusar el andar en prácticos egercicios ocupada, manifestando fervorosamente con las acciones los afectos. Era notable la facilidad, y gracia con que introducia, y componia meditaciones, y devociones utilissimas, ayudada de su enamorada, y devota voluntad, y de su vivo, y claro entendimiento. Esta materia irémos prosiguiendo con mucho aprovechamiento, y gusto del que con piadosos ojos leyere esta Historia, porque hallarà alivio en el modo de obrar, y aprovechamiento en la substancia.

CAPITULO II.

EL AMOR, Y DEVOCION QUE TUVO al Niño Jesus.



ENtre los misterios que mas alegran las almas en la humildad de Christo nuestro Señor, es el de su dulcissima infancia, por estar llena de ternura esta santa meditacion. ¿A quien no enternecerá vér á Dios, no solo Hombre, sino Niño? No solo Niño, sino en un pesebre? No solo en un pesebre, sino desnudo? No solo desnudo, sino llorando? Alienta las almas á servirle, socorrerle, y amarle: á servirle por su edad, á amarle por su humildad, á socorrerle por su necesidad. La carne animal, que no percibe la fragancia de estos espirituales sentimientos, tienelos por niñeria, sin considerar que aquel Niño á quien el alma adora, es Niño Dios: que aquel Niño gobierna lo criado desde el pesebre, y desde aquellas pajas mueve essos Cielos: que aquellos ojos que lloran, dán luz á los Planetas: que aquellas manos tiernas sustentan al mundo: que aquel cuerpo desnudo viste el Universo.

2 Como la pureza de su Alteza era tan grande, inclinóse desde muy pequeña á este santo misterio, en el qual no se puede explicar bastantemente la felicidad à que llegó. Hallaba su alma ocupada en él, con tanta suavidad, y con tan vivos sentimientos de amor, que no podia contener dentro de sí estos interiores favores, por mucho cuidado que ponia en ocultarlos. La primera joya que la dió su Madre, y que mas estimó, fue un Niño Jesus,

que

que tuvo consigo hasta la muerte; llamabale el Primogenito, porque fue la primera de estas sagradas Imagenes. Comunicaba, y trataba con este Señor sus cuidados con viva fé, y encendida caridad, que el que bien quiere al original, facilmente se aplica al tetrato. A este Niño acudia como á Compañero, Maestro, y Consejero en sus necesidades, y tribulaciones: en él hallaba luz en sus dudas, remedio á sus males, y alivio en sus penas. Decia, que sus mas alegres meditaciones en la humildad de Christo, bien sumo, eran de su Encarnacion, de su Nacimiento, de su huída á Egipto, del perderse quando fue al Templo, como lo crió la Virgen con su trabajo, y el glorioso San Joseph con su sudor; y sobre esto hacia piadosissimas consideraciones.

3 Contémplo, decia, á Dios encarnado en las puras Entrañas de aquella Sacrosanta Doncella; encerrado mirandolo todo; tan pequeño sabiendolo todo; tan necesitado gobernandolo todo. Mírolo en un pesebre derramando lagrimas por las almas, entre dos animales al Señor de los Angeles, entre pajas al Criador de los Cielos, en un pobre portal al que no le comprehende lo criado, llorando al Autor de todo consuelo, padeciendo al alivio de toda tribulacion. Consídero al Señor de la vida acompañado de su Madre, y de San Joseph, huyendo á Egipto, porque no le matassen. Consídero, qué padecerian aquellos tres amorosos Peregrinos, Jesus, Maria, Joseph, por aquellas soledades de Egipto, pobres, y perseguidos. Quando esto decia á las Religiosas, era con tan grande ternura, que no podia contener las lagrimas, deseando con su amor socorrer al que veía padecer.

4 Habia penetrado tanto sus entrañas la devocion de Jesus Niño, que en viendo niños pequeños se enternecia, acordandose del Niño Jesus. Imitaba en esto á mi Seraphico Padre San Francisco, como buena hija, que no podia sufrir que delante de él matassen corderos, acordandose del Cordero de Dios; [a] y assi como San Francisco mi Padre amaba al Cordero mistico en los corderos naturales, amaba su Alteza al Niño Jesus en los niños. Tenia mas aficion á los pobrecitos, porque estos, decia, que parecian mas al Niño Jesus. Como sabia el gusto que en esto tenia, trahianle algunos niños, y les hacia muchas caricias, y mandaba que los vistiessen; sentia mucho que los hiciessen llorar,

y,

(a) Ubad. tom. 2. ad an. Christ. 1222. pag. 43.

y algunas veces, por vér lo que hacia, obligaban á los niños que lloraſſen, y quando lo oía, era tan grande ſu compaſion, que lloraba tambien, y decia: Valgame Dios, ¿por qué hacen llorar á eſſe angelico? Aſsi lloraria el Niño Jeſus en el peſebre, mas qué fuera verle derramar tan tiernas, y ſentidas lagrimas por mis pecados.

5 Quando los Principes, y los Infantes, ſiendo muy niños, eſtuvieron en el Convento, y ſu Alteza los aſsiſtia, era coſa notable las caricias que les hacia, en orden á los eſpirituales ſentimientos que tenia de la memoria del Niño Jeſus. Decianla algunas Religioſas: Señora, míre vueſtra Alteza que ſe deja llevar mucho de eſtas criaturas, guarde que ſon idolillos que llevan el corazon, y dejan ſeca el alma. Reſpondia: No temais eſſo, que por la gracia de Dios, ſucede muy al contrario: hagoos ſaber, que con ſu hermoſura, y ſu gracia, me ayudan à la memoria del Niño Jeſus, y cada uno de ellos me parece que lo repreſenta, que ſon Imagenes vivas ſuyas, y como á tales les ſirvo. ¿No veis la pureza, y ſinceridad de eſtas almas? En eſtas razones ſe conoce, que en eſtando el eſpiritu del todo entregado á Dios, no hace propiedad de las criaturas; antes le ſon materia para mejorarſe, las que en el corazon diſtrahido, lo ſon para divertirſe.

CAPITULO III.

COMO CELEBRABA LAS FIESTAS del Nacimiento del Niño Jeſus.



EN donde daba mas largamente las velas á los ſentimientos, era en la fieſta del Nacimiento de N. Señor: preparabaſe deſde el dia de Todos-Santos, con muy piadoſos, y devotos egercicios, porque deſde eſte dia acoſtumbran en eſte ſanto Convento hacer ſu diſpoſicion á la venida del Salvador. Hacia ſu Alteza un eſpiritual peſebre, y portalillo en ſu corazon al Hijo de Dios, para que nacieſſe en él, adornabalo de virtudes, procurando todo eſte tiempo mortificar ſus ſentidos, diſponiendoſe con penitencias, y limoſnas, actos de amor de Dios, oraciones jaculatorias muy tiernas al Niño Jeſus, y á ſu Madre. Era coſa de grande edificacion verla tan enamorada, eſperando con dulces memo-

morias la venida de su Esposo. Prorrumpia en ardientes suspiros, sin poderlo escusar; y viendola en una ocasion la Religiosa que la asistia, tan arrebatada de aquellos amorosos sentimientos, se acercó á su Alteza, y la dijo: Bueno vá esso, Señora, bebidoha V. Alteza en la bodega del amor. Respondió como avergonzada: Hacedme caridad de callar, que no puede ser menos, es fuerte la ocasion, y yo muy flaca.

2 La noche del Nacimiento, en dando las doce, y oyendo la campana de Maytines, pedia que la tragessen al Niño Jesus, quando por su enfermedad no podia ir à buscarle por su Persona. Hincabase de rodillas con grande humildad, adornabale, y deciale muchos requiebros; entonaba la Antifona *Gloria in excelsis Deo*, con su verso, y oracion, derramando muchas lagrimas. Desde esta hora, decia, me he de estar con el Niño Jesus en el portalico, y alli he de servir de criada á mi Señora, que asi llamaba á la Virgen Maria. Preguntabala una Religiosa su confidente: ¿Señora, no me dirá V. Alteza la consideracion con que se recoge con el Niño Jesus, y con su Madre en el portal? Pobre de mí, respondia, á quién preguntais esso? De todo sé muy poco, y menos en aquello que mas me conviene: lo que yo hago es, tibia como estoy, irme al portal como una esclavilla, que el amor que tengo al Niño me lleva donde está. Alli me estoy aguardando á vér lo que me mandan, y deseando que mi Señora me entregue el Niño algun rato. Replicabale la Religiosa: ¿Pues dále á V. Alteza alguna vez nuestra Señora el Niño? Respondia risueña: ¡Valgame Dios, tan simple pareceis como yo! No es esso, sino con la consideracion, que os prometo, que ni aun esso sé hacer. Tal era su humildad, y el ansia de encubrir el fuego de amor con que ardia. Por mucho que trabajaba en encubrirse, no siempre lo podia conseguir, porque muchas veces se le oían dulcisimas razones, que el corazon dictaba à la lengua: otras la veìan verter muchas lagrimas, teniendo al Niño Jesus en los brazos: otras tan suspensa en esta consideracion, que apenas quedaba util para los egercicios exteriores.

3 Doy fé, en confirmacion de lo que aqui se ha dicho, que un dia del Nacimiento por la mañana, poco antes de las diez, la llegué á dar las Pascuas por la ventanica, despues de haberla comulgado, como es costumbre, habiendo oído su Alteza las tres Missas; y que la hallé recogida en hacimiento de gracias amoroso,

ſo, con oracion intima, y ſobrenatural, y á mi parecer elevada ſobre sí miſma. Porque la ſuſpenſion en que la ví era coſa notable; y aunque deſpues que la hablé, y ſaludé, percibió con el ſentido del oír mis palabras, ſalió el gózo interior al roſtro, con una eſpiritual alegria, hablando del Niño Jeſus tan fervoroſamente, que yo quedé confuſo de haber llegado en ſemejante ſazon. Las palabras con que prorrumpió ſu Alteza fueron: Padre Confeſor, ſi ſupiera qué lindo, y hermoſo que eſtá el Niño Jeſus, tengole muy bien guardado, y en verdad que lo ha de vér. Y diciendo eſto, ſacó del pecho la Imagen del Niño Jeſus pequeñito, que trahia ſiempre conſigo, á quien llamaba el Eſpoſo, y el Regalado, y luego comenzó á adorarle, y á abrazarle, con tan grande ternura, y con tantas lagrimas, y el roſtro tan encendido, que decia muy bien la ocupacion en que el alma ſe hallaba. Yo entre la devocion, y confuſion, confieſo, que no ſabía que decir, viendo aquella eſpiritual novedad en ſu Alteza, que de ſuyo era tan circunſpecta. Volvíle á hablar en las Paſcuas; y recogió ſu Niño, y puſolo en el pecho, y cruzando los brazos ſobre él continuaba en decirle terniſsimas jaculatorias, ſin reſponder á lo que yo hablaba; haſta que poco á poco fue volviendo, y luego que reparó en lo que habia paſado, me dijo con ſanta, y devota advertencia: Padre Confeſor, no ſe eſpante, que con el Niño de Belén, y en eſte dia, no haya juicio cabal: digame, he dicho algunos deſatinos, perdoneme por amor del Niño. Reſpondíle lo que entonces ſe me ofreció, quedando tan reprehendido, como edificado, de vér en aquel fervor mi tibieza.



CA-

CAPITULO IV.

LA VENERACION QUE SE DEBE, y la que la Infanta tenia à las Imagenes del Niño Jesus.



Ormó Dios en su Alteza un espiritu pio, y seguro, que siguió siempre la comun de los Santos, y como el amor que tenia á su Esposo era tan tierno, veneraba sus Imagenes con grande fervor. Bueno es amar á Dios por las Imagenes, pero mas santo á las Imagenes por Dios. Aquello se compadece mas con nuestra flaca naturaleza, que no puede ir á lo invisible sin asirse á lo visible; esto se compadece mas con la gracia, porque en amando á Dios, todo lo amamos por él, y mucho mas aquello que le parece. Entre los Oratorios que hay en las Descalzas, habia uno señalado para su Alteza, y en él muy lindas Imagenes del Niño Jesus. Era su mayor recreacion el vestirlos, adornarlos, y asistirlos con veneracion, y decencia. Todo el tiempo que tuvo vista, ella misma los vestía, diciendoles entretanto el júbilo de S. Bernardo,[a] y otros Himnos, por no dar menos adorno al original, que le iba poniendo al retráto. Teniales puestos diferentes nombres, con algun motivo particular de espiritu. A uno llamaba el Primogenito, por ser el primero que le habian dado, y primogenito de todas las criaturas: á otro el Mayorazgo, por ser Autor de todo poder, y riquezas: á otro el Alemán, porque lo parecia en el cabello, y le habia encomendado todas aquellas Provincias: á otro el Hermoso, por su hermosura: á otro el de la muerte, por tenerle encomendada aquella hora: á otro el Hermanico, por tenernos por hermanos, é hijos de su Padre: à otro el Grave, por su Poder: á otro el Pobrecito, por su necesidad: á otro el Niño perdído, por el misterio, y buscarnos perdídos: á otro el del Nacimiento, al qual llamaba el Considerado, como el que en el pesebre consideraba los pecados que habia venido á redimir, y los trabajos que para esto comenzaba á padecer: á otro el Peregrino, porque vino á serlo por nosotros desde el Cielo à la tierrra; y era cosa devota verla estar hablando con cada uno negocios particulares, con

(a) Did. Bern. volum. 2. tom. 5. col. 897.

tal dulzura, y ſuavidad, con afectos tan vivos, que muchas veces ſe reſolvia en lagrimas.

2 Trahia conſigo un Niño Jeſus muy pequeño, y á éſte llamaba el Regalo, por otro nombre el Eſpoſo: éſte, ú orro ponia en qualquiera parte donde ſe hallaba, como hemos dicho, que lo hacia comiendo. Dejaba algunas veces la converſacion, y llevada del vivo ſentimiento de la caridad, ponia ſu roſtro á los pies del Niño Jeſus, y alli ſe quedaba haciendo actos de amor; tan ſuſpenſa, que no percibia lo que en ſu preſencia hablaban, antes preguntandola las Religioſas: ¿Qué le parece à V. Alteza de eſto? Reſpondia: ¿No es muy lindo mi Niño? Miradle muy de eſpacio, y decidme, que os parece? Otras veces decia: O quien amaſſe á eſte Niño! Si le hicieſſemos algun guſto! Si nunca le tuvieſſemos enojado! Si ſiempre le tuvieſſemos ſervido! De eſta ſuerte iba Dios pagando el amor de ſu Alteza en amor, aumentando al recibirlo el que ofrecia. A los pies del Niño Jeſus, que llamaba el Peregrino, debajo de una hoja de lata, ſe halló un papel de mano de ſu Alreza, que decia: *Velut iumentum factus ſum, apud te, & ego ſemper tecum* (a) *Domine Jeſu, pone me iuxta te, doce me facere voluntatem tuam*, (b) *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam propter nomen tuum.* (c) *Offero tibi Domine animam meam, & corpus meum, omnes actiones meas, & omnia interiora mea. In te Domine ſperavi, non confundar in æternum, in iuſtitia tua libera me, & eripe me.* (d) Y luego firma: *Ancilla tua, & ſanctiſsimæ Matris tuæ, & Dominatricis meæ Virginis Mariæ.* Soror Margarira á Cruce.

3 Que traducido en Caſtellano al ſentido, para que rodas las almas gocen de eſtos eſpirituales ſentimienros, dice aſsi: Pobre, é ignorante ſoy delante de tí, y yo ſiempre contigo. Mi Jeſus, ponme muy cerca de Tí, y enſeñame á hacer tu Voluntad, y tu Santo eſpiriru me guiará, y ſacará á la tierra de la rectitud por tu Nombre Santiſsimo. Ofrezco á tí mi alma, y mi cuerpo, todas mis acciones, mi interior, y exterior. En tí, Señor, eſpéro, que no ſeré eternamente confundida, con tus merecimientos me libra, y me defiende. Tu eſclava, y de la Virgen Maria tu Santiſſima Madre, y mi Señora. *Sor Margarita de la Cruz.*

4 Como ſu Alteza vivia en tan grande deſnudéz de eſpiriru, formó eſcrupulo de tener tantas Imagenes en ſu Oratorio, y comu-

(a) Pſal. 72. v. 23. (b) Pſal. 142. v. 10. (c) Id. v. 11. (d) Pſal. 30. v. 1.

municó á una perſona grave en la materia, manifeſtandole quan deſaſido tenia el corazon á todo lo que no es Dios, y que aſsi le digeſſe libremenre lo que le parecia, porque lo egecutaria con puntualidad. Que habia oído decir, que algunas perſonas eſpirituales procuraban, que las almas eſcuſaſſen el tener quadros de Imagenes, porque mereciesſen mas viviendo en fé. Era perſona docta, y eſpiritual á quien eſto comunicó ſu Alteza; y reconociendo la pureza de ſu ánimo, y quan lejos eſtaba de embarazarſe en tan ſantos medios, para conſeguir el fin, la dijo:

5 En una relacion, Señora, que hizo Santa Tereſa á ſu Confeſor, comunicandole algunas coſas particulares, dejó eſcrito entre ſus obras, que habiendo querido ſacar de ſu apoſento una pinrura devora de muy buena mano, y traher otra de papel, por parecerle mas perfeccion, y pobreza, y leídolo aſsi en un libro; le dió á entender ChriſtoN. Señor, que no era buena mortificacion, ¿pues qual era mejor la pobreza, ó la caridad? Y que aquello que deſpierta á amar, ſe ha de ſeguir, que el libro no decia que ſe eſcuſaſſe ſino las molduras, y coſas curioſas; pero no la Imagen: que lo que el Demonio hacia con los Luteranos, era quitarles los medios para mas deſperrar, y aſsi iban perdídos: *Mis fieles, hija, han de hacer mas ahora que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.* (e) Proſiguió eſta perſona: Con gran riento, Señora, deben diſcurrir los eſpirituales, por delgados que ſean, en el punto de las Imagenes, para aconſejar que ſe eſcuſen con qualquier motivo que lo intenten; pues no ſolo no embarazan, ſino que ayudan mucho á ſeguir la perfeccion á que aſpiran de unirſe con Dios. ¿Qué impide al amor el que yo tenga Imagenes en quien ame, á quien amo? El tener conmigo memorias de aquello que adóro? A quien detiene el retraro, que no áme al original? Antes bien convida que le áme. ¿Qué madte echa de caſa la imagen de ſu hijo, porque la deſayuda en la volunrad, quando ſe lo eſtá poniendo delanre en la memoria? Si las Imagenes nos embarazan en eſta perfecta union, aparremos del mundo las almas, y criaturas, que ſon Imagenes vivas de Dios. El poder de los Reyes, que eſtá repreſenrando ſu Poder. La variedad de los caſos, que eſtá retratando ſu Providencia. La amenidad de las plantas,

(e) En los papeles originales que pone el Maeſt. F. Luís de Leon deſpues de la vida de la Santa, impreſa en Madrid año de 1661. pag. 113. y en el tom. 1. de las obras de la miſma Santa, impreſas aſsimiſmo en Madrid el año 1752. n. 5.

donde estamos mirando su Hermosura. La diversidad de las formas, y figuras, que hace admirable su Sabiduría. ¿Esta Iglesia Militante, y temporal, no es imagen de la Triunfante, y Eterna? Si esto no embaraza, antes ayuda á amar á Dios, ¿cómo pueden embarazar las figuras de su Hijo, y de su Humanidad Santisima? No se puede interponer entre mi alma, y entre Dios la Imagen, sino la propiedad de la Imagen, y no de la Imagen, sino del bulto, y de la mano, porque el amar yo á Dios en la Imagen, me tiene en Dios; el amarme á mi en la Imagen, me detiene en mí. Si yo quiero aquella figura por su valor, por su precio, ó por el gusto material que tengo en ella, aunque es lícito en la Ley de Dios, pero á los ojos de la perfeccion, y desnudéz de espiritu, debe enmendarse; porque á mi me ámo, y no á la Imagen, ó mas á mi que á ella; mas si ámo á la Imagen, porque ámo al original, como la buena casada, que se alegra con vér el retrato, ó carta de su marido; sigo el espiritu de los Santos, y los documentos de la Iglesia, y quando quiera Dios que dége la Imagen, la dejaré por él, pues por él la tengo. No es Señora desnudéz de espiritu, desnudar las paredes de lo que recuerda nuestra devocion, y despierta nuestro olvído, sino desnudar el corazon del afecto de las cosas terrenas, y de esta voluntad propia, que como en un espejo, en todo quiere mirarse. No tráto aqui, Señora, del santo cuidado que tienen las Religiones, y los que Dios lleva por esse camino, de escusar que no llenen de quadros preciosos sus celdas, porque esto tiene diferente motivo, pues no prohiben la Imagen, sino el adorno, ni la veneracion, sino el precio, la propiedad, y comercio de darlas, y recibirlas. Y estos mismos tienen en sus Iglesias, como V. Alteza en esse Oratorio, lo que no quieren tener en sus celdas. Solo digo, que no se ha de retraher á los Christianos, por espirituales que sean, de estos devotos sentimientos de venerar, y tener las Imagenes: y que si el alma espiritual se consuela con alguna Imagen, es bien dejarla con ella, que quando en aquello se mezcle alguna propiedad, Dios que es mas zeloso de su amor que nosotros, y quiere mas tiernamente aquella alma, la irá desnudando de este leve afecto, y entonces hará el Señor con blandura, lo que persuadimos nosotros con peligro. Conviene venerar las memorias que nos llevan á Dios, y á sus Santos. Estos dulces recuerdos de nuestra tibieza, con tanta sangre de Martires acreditados, por tan graves Concilios aprobados, con la misma

de-

devocion, y egemplo de los Santos, eſcrito en la Igleſia. Y aſsi V. Alteza continúe ſus devotos afectos, porque conviene que tengan los fieles egemplares de tan debida veneracion, en que tanto muerden los Hereges de eſtos poſtreros ſiglos, deſpertando el error de los paſados. Con eſto quietó ſu Alteza ſu corazon, y ſiguió con mucho aprovechamiento ſus eſpirituales, y ſantos ſentimientos.

CAPITULO V.

DEVOCION DE SU ALTEZA A LAS LLAGAS de Chriſto nueſtro Señor.



EN la vida eſpiritual no ſe embarazan unos afectos á otros, quando todos como á ultimo fin ſe enderezan á Dios. Quien quiſiere bien al Niño Jeſus, morirá de dolor por Chriſto crucificado, pues la alma que llora de verle con frio en el peſebre, mejor llorará de verle clavado en la Cruz. De eſto fue egemplo al mundo mi Padre San Franciſco,[a] que habiendo ſido tan devoto del Santo Nacimiento, que ſegun refieren, fue el primero que introdujo en Italia el celebrarlo materialmente, poniendo ſu Imagen en la repreſentacion de eſte ſoberano Miſterio en peſebres, tanto que ſolia poner vivos la mula, y el buey, como lo eſtuvieron en el portal; fue el miſmo Santo tan devoto de Chriſto crucificado, que mereció el favor de imprimirle ſus llagas. Eſto ſucedió á la Infanta, que ſiendo muy devota del Niño Jeſus, no lo era menos del miſmo Señor en la Cruz; y aſsi ſe puſo en la Religion por ſobrenombre la Cruz, ſe abrazó con ella en la vida, y murió con ella en la muerte. Holgaba de meditar en la Paſion de Chriſto nueſtro Señor, y en aquel mar de ſangre divina, donde nadie que por él navega ſe pierde. Particularmente ſe aplicaba á beber de las fuentes del Salvador, y ſiempre andaba en eſta ſabroſa contemplacion de bautizar ſu alma con el agua del Coſtado. A eſta Santa Llaga ſe retiraba, y como paloma eſpiritual hacia en ella ſu nido. Fueron particulares los favores que recibió en eſta ſanta meditacion, las anſias de amar, los deſeos de padecer, la compaſion de las penas de Chriſto bien infinito, el dolor de nueſtros pecados, la gracia de lagrimas, y otros dones, que no pue-

(a) Vid. Ubad. tom. 2. pag. 73. ad an. Chriſt. 1223. & tom. 1. pag. 239. ad an. Chriſ. 1215.

pueden bastantemente explicarse. Con el cuidado que tenia de entender en esta meditacion, se le ofreció á las manos el egercicio del Cruciforme del devoto Eschio: abrazóle su corazon como cosa tan àproposito de su intento, y egercitabalo de esta manera.

2 Consideraba á su alma en habito, y profesion peregrina, y las cinco Llagas, y Corona de espinas, como á seis Hermitas, ó Santuarios en donde iba á buscar á Dios, y pedirle virtudes. El Santuario, ó Hermita principal, era la Llaga del Costado, de alli salia à visitar sus hermitas en esta forma. Partia su alma del Costado á las Llagas de los pies, y estaba en ellas algun rato en dulce meditacion, pidiendo afectuosamente las quatro virtudes, que se hallan en estas dos piadosas heridas: la Humildad, Obediencia, Paciencia, y Silencio. Hacia algunos actos de estas virtudes, y con profunda reverencia se despedia, y partia al Santuario de la Corona de espinas: en llegando á esta dolorosa Hermita, repetia el mismo egercicio, clavando aquellas espinas en su corazon, con tierno dolor de lo que Christo padeció con ellas. Pedia las virtudes que se conceden en este Santuario: la Sabiduria, el temor filial de Dios, la Discrecion, y santa Simplicidad. Hacia algunos actos de estas virtudes, y con esto pasaba adelante en su espiritual romeria. Llegaba al brazo derecho, adoraba aquella santa Llaga, y en ella se entraba con la misma consideracion, pidiendo que le comunicasse el Señor las virtudes de aquel santo brazo: Justicia, Misericordia, Verdad, y Agradecimiento. Hacia reverencia, y despediase; llegaba al brazo izquierdo, que era la quinta Hermita, pedia las virtudes que alli se conceden: Fortaleza, Castidad, Templanza, y Pobreza.

3 Desde aqui yá rica de virtudes la devota peregrina, volvia á su casa, y propia morada, à la Llaga del Costado, y las reverencias, y salutaciones que su alma hacia al entrar en ella, era de gran devocion, porque á la puerta pedia las virtudes, que pettenecen al Costado; la Fé, Esperanza, Caridad, y Perseverancia, y conseguida licencia para entrar en aquella espiritual, y santa morada se quedaba en ella, negada á las cosas del mundo, y toda entregada á Dios. Este egercicio asi hacia quando hallaba su espiritu desocupado, que muchas veces la detenia Dios en él, de manera, que no podia pasar facilmente de unos Santuarios á otros; y en aquel caso obedecia con grande resignacion á la Volun-

luntad Divina, deteniendose, y recibiendo lo que le comunicaba, y en dejandola libre, continuaba su romeria hasta acabarla. Preguntabala alguna vez su Confesor, ¿cómo le vá á V. Alteza? en qué se ocupa? Respondia con mucha humildad: Por mis Hermitas ando, aunque tibiamente; pero contenta: si algo se hace, N. Señor lo hace todo, ¿que yo què puedo hacer siendo tan miserable? Si estaba su Confesor ausente, y la decia, que le escribiesse cómo la iba en la oracion, solia escribirle: Encomiendeme á Dios el Padre Confesor, para que cumpla bien con el egercicio de mis Hermitas, que aunque ruin no lo déjo, ni lo dejaré. Si por el camino que peregrinaba la Infanta, caminassemos todos en esta vida mortal, qué cierto es que nos hallariamos con su Alteza en la Eterna.

CAPITULO VI.

DEVOCION QUE TENIA AL SANTISSIMO Sacramento, y de sus comuniones espirituales.



Concurrieron en la Persona de su Alteza muy particulares circunstancias, para que fuesse tan señalada su devocion al Santissimo Sacramento, y las principales fueron su sangre, su profesion, y su inclinacion. Notoria es al mundo la devocion, que la Casa de Austria, entre todas las de los Principes Christianos, tiene á este santo Misterio, desde que Rodolfo, Conde de Aspurg, dió el caballo al Sacerdote, que llevaba de un lugar á otro al Señor, y fue acompañandolo á pie hasta dejarlo en su Templo. Fineza liberalmente pagada de la mano de Dios en este Principe, y sus sucesores, que le hizo Emperador, y les ha dado mas Provincias que tenia entonces vasallos el Conde, con ser Señor poderoso en Alemánia. Y si quien tiene mas sangre de la Casa de Austria, vive con mas obligaciones de continuar esta devota atencion; la Infanta, que por quantas lineas se pueden considerar, apenas tenia gota que no fuesse de esta Serenissima prosapia, en mayor empeño se hallaba. Por su profesion tambien era obligada á este santo cuidado, pues sobre ser la Orden Serafica tan devota de este misterio, se hallaba su Alteza hija de Santa Clara, Virgen valerosa, que con este Señor en las manos defendió su Monaste-

rio,

rio, y Religiosas del furor de los Barbaros. Ni debió menos mostrarse fina en esto por su Madre natural, que por su Madre espiritual, porque la devocion de la Emperatriz al Santissimo Sacramento de la Eucaristía, fue muy celebrada en el mundo. Refieren, que habiendo ido á holgarse los Archiduques sus Hijos en Alemánia á un lugar cerca de la Corte, donde la mayor parte eran Hereges, se rravó una pendencia con los Catolicos que iban acompañando el Santissimo Sacramento: levantóse todo el pueblo contra ellos, y con armas, y piedras intentaron matar el Sacerdote, y atropellar el acompañamiento en oprobio de la Fé. Sacaron las espadas los Archiduques, y con grande valor, no solo defendieron al Señor, y al Sacerdote, sino que hicieron volver las espadas á los Hereges, hiriendo, y lastimando á muchos. Digeron á la Emperatriz, que se hallaba en Viena, que diesse gracias á Dios que no habian muerto á sus Hijos, y respondió estas devotas palabras: Dierafelas yo con grande alegria si me trageran nuevas de que los habian muerto defendiendo al Santissimo Sacramento; y daresfelas yo á ellos en llegando, de que hicieron lo que debian para defenderle. A todas estas obligaciones satisfizo su Alteza con grande cuidado.

2 Yá hemos referido en el libro primero, el favor que Dios la hizo quando la mostró su Sangre sobre el Caliz, y que tan señalada merced manifiesta la devocion de su Alteza, pues raras veces hace el Señor tan singulares favores, sino á quien se los procura servir. La profunda veneracion de esta Señora fue norable en las postraciones de que usó toda la vida pasando por delante de la Custodia, yá fuesse en el Coro, en la Iglesia, ó en qualquiera otra parte, sin reparar en la censura, y novedad que algunas veces causaba á quien no sabía su santa costumbre. Passaba muchas en compañia de los Reyes, y como en sus ultimos años se hallaba tan impedida, assi por ciega, como por su larga edad, era fuerza que se detuviesse al hacer las postraciones: decianla algunas Religiosas, que lo escusasse, que aunque los Reyes aguardaban con mucho gusto, no era conveniente detenerlos. Respondia: Como es tolerable que me vea en la presencia de este Divino Señor, sin hacer toda la reverencia posible de alma, y cuerpo: su Divina Magestad sabe lo que yo deseo hacer en esto, ya por la reverencia que me causa, yá por el amor que en él reconozco; y que por su caridad, y por mi bien está alli Sacramen-

ra-

tado: decidme, ¿cómo puedo yo irme á la mano teniendo tan presente esta verdad? Procuraba tener oracion delante del Santissimo Sacramento, porque aquella infalibilidad de estar alli Christo N. Señor, la ayudaba mucho á recogerle, y componer su interior. Es gran cosa, decia, para el alma estar tan cerca de Dios, que la humilla, y enamora. Y assi antes que estuviesse ciega ordinariamente assistia en el Coro, y despues se hacia llevar al Relicario, que cae muy cerca de la Custodia del Santissimo Sacramento, y alli estaba con su Divina Magestad la mayor parte del tiempo, sin salir sino solamente á los actos de comunidad.

3 Vivió siempre con espiritual ansia de recibir al Señor, y con secreta mortificacion la disimulaba, porque su profunda humildad, y el sentir bajamente de sì, nunca la dejaba con parte alguna de satisfaccion de que estuviesse bastantemente dispuesta, y por evitar la singularidad, se contenia, no queriendo la que era tan singular en la virtud, parecerlo en los egercicios; y assi aunque algunas veces le daba priesa el amor, y le venian ansias de recibir á su Esposo, disimulaba aquella sabrosa pena, y quando mucho, la daba à entender à su Confesor con muy humildes palabras. Si querian dispensarle que fuera de la comunidad comulgasse algunas veces, decia: Padezcamos esta ansia, Padre, que no querria apartarme en cosa alguna de mi santa comunidad, pues lo que ella hace es lo mejor. Yo me quiero ajustar á esto, quanto me es posible, y mas en este santo Convento, en donde con tanta conformidad se acude á todo, que parece desigualdad digna de nota, comulgar unas sin otras. Pero como era tan grande la hambre espiritual con que vivia, solo menor que su humildad, entreteniala con las comuniones espirituales que hacia en todas las Missas, con Fé viva, y Caridad perfecta.

4 Hallaba grande aprovechamiento en este santo egercicio, y prendabase con él á la atencion, y suspension con que assistia en la Missa. Al tiempo que el Sacerdote llegaba á la fraccion, y division de la Hostia, estaba muy atenta al oírla partir, quando por su falta de vista no la podia vér, y decia interiormente á su alma: Ea alma mia, yá parten el pan para todos, llega, y pide tu parte, pues que te la ofrecen por la Bondad del Señor. Quando llegaba el Sacerdote à consumir, se acercaba espiritualmente y comulgaba con tiernas, y devotas meditaciones. Preguntabalo algunas veces, ¿en qué forma hacia esto? Y respondia; Yo, Pa-

dre, llégo á aquella Mesa Divina como pobre, á que me dén limosna, y digole á N. Señor: Esposo mio, bien sabeis mi necesidad, y que no puedo pasar sin Vos; vuestra Bondad me llama, mi indignidad me detiene, yo me acerco á Vos. Prepárome con esto lo mejor que puedo, y llégo á recibirle en Fé, y deseo vivo, de que entre en mi corazon á hacer su voluntad. De esta suerte entretenia su amor en las ansias de recibir á su Esposo Sacramentado, por no diferenciarse en el Convento de las demás Religiosas, aun en una cosa tan permitida, y tan santa.

CAPITULO VII.

COMO SE PREPARABA PARA COMULGAR Sacramentalmente.



PARA comulgar Sacramentalmente, era muy exacta la preparacion que hacia, porque á los egercicios de las Religiosas añadia algunos muy particulares, y devotos. El dia antes de la Comunion acostumbran á gastar mucho tiempo en oracion, y recogimiento, y á la noche en comunidad se hace la diciplina en acabando los Maytines: lo comun es quedarse en el Coro, ó en las Capillas las mas, aguardando despiertas al Esposo, como prudentes Virgenes. Despues de haberle recibido, se recogen al mismo Coro, en donde asisten casi todo el dia con singular fervor. Esto es lo ordinario, sin los egercicios particulares de cada Religiosa, que son de grande espiritu. A estos añadió su Alteza muchas mortificaciones, y devociones, como socorrer á los pobres, egercitarse en obras penosas, negandose á toda recreacion, oír Misas, en las quales comulgaba espiritualmente, porque referia, que se ensayaba con esto para la Comunion Sacramental. Es, decia, caldear el horno, y preparar el alma para cocer, y digerir este Pan de vida. Con esta disposicion llegaba á comulgar, con tan admirable devocion, y reverencia, que al mas indevoto, y tibio aprovechaba. Puedo asegurar, que los dias que yo la comulgaba, decia la Misa con mayor atencion, y devocion que otras veces. En el que su Alteza recibia al Señor, hacia tres limosnas, en memoria de las tres cosas que se hallan en la Hostia consagrada, el Cuerpo, el Alma, y la Divinidad de Christo nuestro Señor.

Ha-

Hacia tambien tres mortificaciones, en aquello que mas se oponia á su propia voluntad, y otras obras de piedad, como era escribir algunos papeles por presos, y oprimidos, ó interceder con su Magestad en alguna causa pia, ó interponerse con sus Ministros para aliviar á algun afligido.

2 Como su alma enamorada estaba tan rendida á esta devota pasion, no habia tesoro que le pareciesse bastante, ni le saciasse, para procurar con él, que estuviesse con mayor decencia adornado el Santisimo Sacramento, y asi quanto le daba la Emperatriz su Madre, y despues le dieron los Emperadores sus Hermanos, y los Reyes, todo lo aplicaba para su servicio, y veneracion. Preguntaba á sus compañeras, en recibiendo alguna cosa de este genero, ¿en qué forma os parece que podrá servir esto al Santisimo Sacramento? y platicaban en ello hasta hallar como se pudiesse acomodar, y quando no podia conseguirlo, lo trocaba á otra alhaja que pudiesse servir al intento. El Emperador Matias su Hermano, y su Alteza fueron los que mas se quisieron, y asi la enviaba el Cesar muy preciosos regalos, y presentes de devocion, Imagenes excelentes, y Relicarios de grande estimacion, y riqueza. En una ocasion le envió una Imagen de Christo nuestro Señor del Lignum-Crucis, guarnecido de hermosos diamantes, y dos Aguilas, que le adornaban, de muy grande precio. Esta reliquia trahia siempre el Emperador consigo en sus empresas: enviosela diciendola: Que la remitia aquella joya, por ser tal, y haberla trahido tantas veces en el pecho tan cerca del corazon.

3 Luego que se vió á la muerte el Emperador Matias, mandó que todo el adorno, y joyas de su Camara, se remitiessen á la Infanta Margarita su Hermana; lo qual puso en egecucion el Emperador Ferdinando, y entre las cosas que le remitió, fue una Cruz de diamantes de grande valor, y otras joyas de este genero, que servian de guarnicion, y adorno á las Reliquias. En recibiendo esto, lo ofrecia al Señor, y dedicaba al servicio del Santisimo Sacramento. Dió en esta ocasion los Relicarios á la Sacristía, y de los diamantes, y otras joyas hizo un frontal, y gradas de plata, y sobre ellas un trono de lo mismo, sobre el qual se sustenta la Custodia, obra de grande precio, y primor. En dandole aviso de que en alguna Iglesia, ó Convento pobre estaba el Santisimo Sacramento con poca decencia, procuraba con mucha brevedad, que aquello se reparasse, y enviaba Relicarios de plata, en que es-

estuviesse conservado, y Sagrarios dorados muy buenos, con todo quanto era necesario para su servicio. Este genero de limosnas, no solo experimentaron las Iglesias, y Conventos pobres de esta Corte, sino qualesquier lugares, por lejos que estuviessen; porque en llegando á tener su Alteza noticia de la necesidad, luego se hallaba presente á su remedio. En el Jueves Santo era muy larga en la limosna para cera, pebetes, pastillas, y otras confecciones de olor, en los Monasterios, é Iglesias mas pobres, porque estuviessen respirando fragancia en su nombre delante del Señor. Otras veces daba orden que se socorriessen semejantes necesidades con dinero; pero pedia, y encargabales mucho que no dejassen de emplearlo en servicio del Santisimo Sacramento, y que le assistiessen con mucha devocion, y acudiessen á pedirle lo que fuesse necesario para su mayor decencia.

CAPITULO VIII.

DEVOCION A LA VIRGEN MARIA N. Señora.

DE la manera que dijo el Señor, que nadie puede entrar al padre, sino por el hijo,[a] parece que se podria decir, que nadie puede entrar al hijo, sino por la madre. ¿Y si la Iglesia llama Puerta del Cielo á la Virgen Maria, quien no entráre por esta puerta, cómo podrá entrar en el Cielo? A la Infanta inspiró Dios esta verdad desde muy niña; porque como hemos dicho, desde aquel tiempo comenzó á consagrarse á la Virgen con admirables demostraciones. Facilmente conocerá esto el que huviere leído el favor que recibió de N. Señora en Monserrate; porque siendo tan agradecida la Reyna del Cielo, favorecer tanto á la Infanta, era la mayor prueba de su devocion. Llegaba á estremo tan grande que no podia hablar de la Virgen sin lagrimas, y esto en qualquiera de sus santos Misterios. Era cosa notable, que siendo Señora de grande severidad en su aspecto, y de tanto valor como se ha visto, en las materias que se han referido de su vocacion, y otras que corrieron por su mano; en llegando á hablar de la Virgen, y del Niño Jesus, se rendia á los sentimientos del alma, sin poderlo escusar, de manera, que parecia persona sincerissima, y sin

(a) *Nemo venit ad Patrem, nisi per me.* Joan. 14. v. 6.

ſin refleja alguna. Deciala muchas veces una Religioſa que la aſſiſtia, viendola llorar hablando de la Virgen Maria : ¿Qué es eſto Señora, ahora flaqueamos? No vé V. Alteza que eſſa es dulzura de principiantes? Reſpondia : Cierto que teneis razon, pero dejadme, que en hablando de mi Señora, no puedo mas. En eſta devocion meditaba dia y noche, eſtando ſiempre hablando con la Virgen, ó con las palabras, ó con los afectos.

2 Todo ſu cuidado era en las devociones á nueſtra Señora, Rezaba cada dia el Roſario, y el Domingo la Corona de devocion, tan antigua en la Orden Serafica: llamaba la Corona de flores, y repartiala en eſta forma por la ſemana. El Domingo un Pater noſter, y diez Ave Marias, al gózo que tuvo la Virgen en la Encarnacion. Eſte dia ſuplicaba que le dieſſe eſpiritu de humildad. El Lunes decia diez veces la *Magnificat* á la Viſitacion de Santa Iſabél, pidiendo la virtud de la Caridad. El Martes diez veces la Salve al Nacimiento de N. Señor, pidiendo la Caſtidad, El Miercoles diez veces el Himno de *Ave maris ſtella*, á la Adoracion de los Reyes, pidiendo la exaltacion de la Fé, paz, y felicidad de los Principes Chriſtianos. El Jueves rezaba otras diez veces el Himno *Quem terra pontus, æthera*, al gózo de la Virgen quando halló al Niño Jeſus en el Templo : pediale gracia, y luz para hallarle ; y perſeverancia para no perderle. El Viernes, por no apartarſe de la coſtumbre de la Religion, rezaba la Antifona *Regina cæli letare*, al gózo de la Reſureccion, pidiendo la virtud de la Fé. El Sabado rezaba diez veces el Himno *O glorioſa Domina*, á la Aſumpcion de N. Señora la Virgen Maria, pidiendola ſocorros, y auxilios para la hora de la muerte : y eſte miſmo dia, repetia tres veces el Himno *Memento ſalutis Auctor*, á la coronacion de N. Señora, ſuplicandola que la llevaſſe al Cielo, para que en ſu compañia alabaſſe á ſu Hijo eternamente, y con eſto cerraba la devota Corona, para la Virgen de flores, y para la Infanta de merecimientos.

3 Todos los dias deſde que entró en la Religion, á ciertas horas, pedia á la Virgen tres principales favores. El primero, que el Demonio no la tentaſſe, ni tuvieſſe poder para ello. El ſegundo, que á la hora de la muerte le dieſſe el dón de la Fortaleza, y la libraſſe de la turbacion, y congojas de aquel ultimo punto, de manera, que murieſſe en paz interior, y exterior. El tercero, que para aquella hora le dieſſe conformidad, hallandoſe en ella con

gran-

grande resignacion. Trahia siempre el Rosario en las manos, y ni de dia, ni de noche se hallaba sin este consuelo, y quando hablaba á alguna persona de afuera, lo escondia debajo del habito, diciendo que no queria parecer hipocrita. Decianla algunas Religiosas: ¿Señora, es posible que siempre ha de tener V. Alteza el Rosario en las manos? Y respondia: No sabeis, que despues de la Cruz, son estas mis armas, y que con ellas me defiendo, y ofendo al enemigo comun, y al fin son prendas de mi Señora. El traher el Rosario, dijo á su Confesor, que era para no perder de su memoria en todo tiempo á la Virgen Maria, y estar siempre dandole su corazon; y assi le hizo N. Señora gracia de que muriesse con el Rosario en la mano, en señal de haber admitido aquel devoto deseo. Si alguna noche despertaba, y no se hallaba con el Rosario, se desassosegaba hasta que le hallaba, porque quando bien no rezasse, le era de grande consuelo tenerlo en la mano.

4 Estando enferma, y ciega la sucedió en este punto un caso particular: despertó una noche, y siguiendo su costumbre quiso rezar en su Rosario; sintió que se lo habian quitado de la mano, puso diligencia en buscarlo, y como no lo hallaba, y estaba con aquel sentimiento, llamó á su compañera, y la dijo con grande humildad, que la perdonasse por amor de Dios, que como era ciega no podia levantarse, que la hacia saber, que el Rosario se le habia perdído, y que no podia sosegar sin él. La compañera se levantó, encendió luz, buscó el Rosario; mirando debajo de la cama, y en ella, y dentro de la pieza de ninguna manera pareció. Viendo que no tenia remedio, dijo su Alteza con el rostro alegre: Pues no me tengo de turbar, mediante la gracia de Dios, ni por esta tentacion tengo de dejar de rezar, hacerme placer de darme vuestro Rosario. Esto ha hecho el enemigo por inquietarme, y porque yo no réce, ni cumpla mi devocion; pues no ha de salir con lo uno, ni con lo otro, antes lo tengo de atormentar, rezando en esta ocasion mas que en otras. Conocióse facilmente al otro dia haber sido tentacion, y entédo del enemigo; porque al hacer la cama pareció el Rosario en medio de los colchones, entre ellos, siendo cosa imposible haberle puesto alli persona humana, porque la sabana estaba prendida al rededor de los segundos colchones; y viendo que habia parecido, dijo muy alegre, y apacible: No es la primera burla que me hace

el

el enemigo, pero él queda burlado, porque no sale con lo que emprende. Nadie sabe lo que debo á mi Señora la Virgen Maria. Qué facil es con la gracia de Dios burlar á este enemigo, que por mucho que ostente su poder, si nosotros no le ayudamos, no puede morder, sino ladrar.

CAPITULO IX.

PROCURABA QUE TODOS FUESSEN devotos de N. Señora.


L amor que tenia á la Virgen la hacia desear que todos adoleciessen de esta amorosa, y santa pasion, y assi á quantos trataba con alguna familiaridad, les persuadia que le fuessen muy devotos. Quando hablaba á los pobres, preguntaba si tenian Rosarios, y si no los tenian, se los daba, rogandoles con mucha blandura, que lo rezassen todos los dias. Si entraban obreros, y oficiales en el Convento á hacer algun repáro, procuraba saber quantos eran, y hacia traher otros tantos Rosarios; mandabalos llamar, y por su misma mano se los daba, diciendo: Amigos, hacedme caridad de ser muy devotos de la Virgen, mirad que receis su Rosario, que para esso lo doy, con ellos quisiera daros el espiritu, y la devocion con que se debe rezar. Fueron inumerables los Rosarios que dió en diferentes partes del mundo, repartiendo con larga mano este espiritual socorro. La mano de que usaba principalmente, era de los Embajadores, y Predicadores que iban á las Provincias de Inglaterra, Escocia, é Irlanda, dandoles Rosarios que supliessen los que habia quitado el rigor de la persecucion, y estaba su Alteza con pena que viniessen con tal desconsuelo.

2 Como era tan entendida, y espiritual, compuso algunas alabanzas á la Virgen, en forma de Letanía de ciertas oraciones jaculatorias, con que todos los dias saludaba con grande reverencia à las Imagenes de nuestra Señora, que estaban en los claustros, y Capillas del Convento. Aplicaba á cada una particulares versos de la Iglesia: á la Virgen de la Concepcion: *Tota pulchra est Maria, & macula originalis non est in te.* A la de Guadalupe: *O quam suaves est in delitijs tuis Sancta Dei genitrix.* A la de los Do-

Dolores: *Eja Mater fortis dilectionis.* A la del Milagro: *Eja ergo, advocata nostra.* A la de la Encarnacion: *Ave Maria gratia plena.* En esta forma iba saludando las demas con diferentes Himnos, versos, y alabanzas, especialmente hacia esto con singular devocion el dia de la Natividad del Señor, en el qual tomaba por egercicio visitar todas las Capillas, Altares, y quadros particulares de nuestra Señora. Hallanse dentro del Convento, habiendose contado á este proposito, mas de trecientas Imagenes, y á cada una decia la parte de la Letanía, y oracion que le tocaba. Como crecieron tanto sus enfermedades, y se hallaba yá ciega, venía á serle imposible este egercicio, y en este caso, la obediencia la señalaba las que habia de visitar, y sintiendo que no pudiesse llegar con su salud adonde llegaba su deseo, hacia que le fuesse diciendo una Religiosa las que le faltaban, y las iba saludando desde el ultimo lugar donde la habia mandado parar su Prelada.

3 Las Visperas, y Vigilias de nuestra Señora, procuraba prevenirse con espirituales egercicios, para recibir á la Virgen, no queria comer cosa que le fuesse de gusto, ni admitia recreacion; huía de las criaturas, todo era hacer actos de amor de la Virgen. Encomendaba á alguna persona de su confidencia, que diesse de comer aquel dia á cierto numero de mugeres pobres que señalaba, y llamando á la muger de este confidente, la decia: Mirad que habeis de servir á las pobres con mucha caridad, y devocion en mi nombre, y encargoos mucho, que las regaleis, recibais, y tengais con grande llaneza, y agrado; y todo esto habeis de hacer en reverencia de mi Señora la Virgen, y me habeis de dár cuenta de cómo ha sucedido. Y estaba despues aguardando con grande alborozo á que viniessen á hacerla relacion de esta fiesta, y banquete, y holgaba mucho que le tocassen todas sus circustancias, si regalaron mucho á las pobres, si fueron contentas, de qué platicaron en la mesa, finalmente movia à devocion, vér la atencion con que oía estas cosas, y el gózo con que las preguntaba, y celebraba. Esta fiesta de dár de comer á los pobres en el dia de la Virgen, dejó dotada para siempre, con los Breves que para ello tuvo de su Santidad.

4 El tiempo que vacaba el espiritu á la contemplacion, ó que no estaba precisamente ocupada, lo empleaba en hablar con la Virgen; y assi era cosa notable lo que rezaba; porque decia

cia al año once mil veces el Pater noster, y otras tantas el Ave Maria, á contemplacion de las once mil Virgenes, devocion antigua de esta Real Casa, y que las señoras Religiosas rezan con puntualidad, aplicandolo á que Dios les dé buena muerte. A este mismo intento rezaba tambien cada año treinta y tres veces la Pasion de nuestro Señor, por todos los quatro Evangelistas, y el Salterio de Santa Gertrudes, con todos sus versos, y circunstancias, y todo lo ofrecia á la Virgen Maria, para que de su mano lo presentasse á su Hijo bendito. Aprenda de este egemplo espiritual el que se halláre tentado de dejar las devociones de la Virgen, y de los Santos, con color de darse con mas desembarazo á la contemplacion; y entienda, que el espiritu universal de la Iglesia no lleva á las almas por esse camino, pues estan escritos en la antiguedad tantos egemplos de claros, y admirables Varones, que sin embarazarse con la contemplacion, rezaban cada dia, no una, sino algunas veces todo el Salterio. Y las Religiones, Maestras de la perfeccion, generalmente cursan en el santo egercicio de cantar alabanzas á Dios. Lo contrario es singular espiritu, que aunque cabe en la variedad hermosa de la Iglesia, es bien que se examine con cuidado.

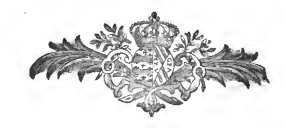
CAPITULO X.

CASA ESPIRITUAL QUE FORMÓ à la Virgen nuestra Señora.



FUE apacible, y gustoso el natural de su Alteza, porque la pureza del alma la tenia siempre de alegre semblante. De aqui le nacia maravillosa sazon para las recreaciones, gobernado su gusto de un entendimiento muy claro, de una condicion muy suave, y de un espiritu fervoroso. Inventó algunas recreaciones de mucha edificacion, trasladando á la vida espiritual los divertimientos del siglo, que mejor le parecian. Esto han hecho muchas veces los Santos, para engañar la naturaleza, y hacerla que siga mas gustosa á la gracia. En Palacio acostumbran las Damas en esta Corte, y en la del Emperador, por la Pascua de la Epifa-

nia, para dar recreacion á tan festivo tiempo, elegir por suerte una de ellas por Reyna. Ponenla casa, señalanfele oficios de Camarera mayor, Dueñas de Honor, Damas, Meninas, egercitando cada una el que le toca, con mucho gusto, y sazon; con que hacen apacible el tiempo que dura este decente entretenimiento. A esta imitacion introdujo su Alteza otra fiesta á la Virgen Maria el dia de su Santa Natividad, poniendole casa, y renovando su culto, y veneracion. Elegiala por su Reyna, y repartia los oficios de este espiritual Palacio por suertes, para que egercitassen las Religiosas el que á cada una tocaba. Admitianlos con grande gusto, preciandose cada una de su oficio, ocupandose todo el año en tan devoto Misterio. Los oficios son todos los que hay en la casa de la Reyna, ajustados por la Infanta con grande espiritu al aprovechamiento del alma. No es bien pasar en silencio este santo entretenimiento, particularmente habiendose celebrado tanto en España, y fuera de ella, y enviado muchas copias, señaladamente á la Serenissima Infanta Doña Isabél, tesoro de toda virtud, y espiritu, que lo pidió con instancia. Por esto pongo aqui todos los oficios, de la manera que los formó su Alteza, pareciendome, que no solo no le será proligidad, sino lisonja, á quien leyere este libro. La Reyna á quien se pone este espiritual Palacio, como se ha dicho, es la Reyna de los Angeles Maria, y su Oficio yá se sabe, que es dar gracia á las almas, esfuerzo á los cuerpos, consuelo á los afligidos, amparo á los desamparados, luz á los perdidos, perseverancia à los buenos, socorro à los malos.



OFI-

OFICIOS ESPIRITUALES DE LA REYNA DEL CIELO, segun su Alteza los tenia escritos.

I. CAMARERA MAYOR DE N. S.

2 A La Camarera mayor de la Reyna, le pertenecen dos cosas. La primera, asistir siempre á su Mageſtad : la ſegunda, dar orden, y mandar todo lo que ſe ha de hacer en ſu ſervicio. De la miſma manera à quien le cabe eſta buena ſuerte de ſer Camarera en la caſa de nueſtra Señora, ha de procurar andar ſiempre delante de ſu glorioſa preſencia, y en la de ſu Hijo Santiſsimo, para que pueda decir con verdad : *Oculi mei ſemper ad Dominum.* (a) Lo ſegundo, ha de tener cuidado de que no haya falta en el ſervicio de la Reyna del Cielo, y lo que la Camarera mayor de los Palacios de las Reynas del mundo hace, gobernando, y mandando, haga la Camarera mayor de mi Señora, amoneſtando con ſu egemplo, y palabras, á quantas pudiere, para que ſean diligentes en ſervirla.

II. DUEñA DE HONOR.

3 LAS ſeñoras Dueñas de Honor tienen un ſolo oficio, que es aſsiſtir, y acompañar á la Reyna; no tienen los embarazos que otras en Palacio, y aſsi pueden vivir pacificamente. La que tuviere eſte oficio en caſa de la Reyna del Cielo, puede uſar muy bien de él, tomando el prudente conſejo del proverbio comun, que dice: *Si vis vivere in pace; audi, vide, & tace.* Procure no meterſe en porfias con las demas, ni en coſa alguna, que puede perturbarla. En todo dé bueno, y honeſto egemplo, guardeſe de palabras ocioſas, y de murmurar de nadie, que como mas deſembarazada tendrá mucho tiempo para poderlo hacer. Acuerdeſe, que no ha de haber palabra de la qual no dé cuenta al Hijo de la Reyna del Cielo; y ſi de eſto ſe acuerda, hablará poco, y obrará mucho en ſu ſervicio.

(a) Pſalm. 24. v. 15.



III. DAMAS.

4 LAS Damas de la Reyna tienen por oficio acompañarla, servirla, y obedecerla en todo lo que les manda. La que entre todas las Damas mas se señala en ser puntual en su servicio, debe merecer mas su favor. Asimismo, la que sirve á la Reyna del Cielo en su casa, debe con santa envidia, y espiritual emulacion señalarse entre todas en servirla, y merecer la corona de su gracia, que si con pura vida corriere, la alcanzará: *Sic currite, ut comprehendatis.* (b) Y asi no hay sino con buen ánimo servir mucho á la Virgen Maria, merecerle su amparo, y hacer continuamente aquello que entienda que mas le ha de agradar.

IV. MENINAS.

5 LAS Meninas en casa de los Reyes comienzan á servir de poca edad, para que alli se crien, y salgan buenas Damas, y en los principios suele consistir el acierto de los medios, y los fines. Asi la que es Menina de nuestra Señora, comience con buenos deseos de servir á su Ama, viva con mucho cuidado de aprender las virtudes que viere egercitar á las otras, que con esto irá adelantando cada dia en el servicio, y amor de la Madre de Dios. Aproveche bien el tiempo, no ande vanamente ociosa, ni divertida, sus pensamientos, y palabras sean siempre en cosas que toquen al servicio de su Señora, que con esto será buena Menina, y mejor Dama.

V. GUARDA MAYOR.

6 LA Señora Guarda mayor tiene por oficio en Palacio el zelar, y prevenir en el quarto de su Magestad los desórdenes que puede haber, desvelandose en procurar que se proceda siempre con todo recato, y modestia. Pero la que fuere Guarda mayor de la Virgen Maria, á quien mas ha de guardar, es à sí misma, zelando sus acciones, y averiguando sus intenciones; de suerte, que no haya desorden en sus obras, ni palabras, y tenga con grande reverencia, y recato guardado el Palacio espiritual de su alma, para la Virgen, y Reyna su Señora.

(b) Ep. 1. ad Corint. 9. v. 24.

VI. SECRETARIA.

7 EL oficio de Secretária es de los muy allegados á los Reyes en Palacio, y de grande confianza; y así no es bien que esté la casa de la Reyna del Cielo sin él. A quien huviere cabido esta suerte de ser Secretária de la Virgen, será bien que se disponga á servir este oficio con todas las circustancias que debe. Halo de servir con mucho secreto, y puntualidad, guardando en el alma con la llave del silencio, las mercedes que Dios la hiciere: *Secretum meum mihi.* (c) Ha de procurar hallarse muy desembarazada de las cosas de la tierra, y escribir en su corazon solamente las de Dios. Con esto, quando la llamáre la Reyna su Señora á comunicar sus secretos, no tendrá cosa que le dé pena, y la seguirá á la soledad interior: *Ducam eam in solitudinem, & loquar ad cor ejus.* (d) Por estos pasos se irá mejorando en las acciones, y perficionando en la contemplacion.

VII. AZAFATA.

8 EL oficio del Azafata es muy allegado á la Reyna, y de grande confianza; porque la sirve mucho, y guarda todas sus alhajas, y cosas de gusto. Tiene la Azafata mano para poder dar, y remediar necesidades. Quien sirviere á la Reyna del Cielo de Azafata, no pierda tiempo, sino sirva á su Ama con cuidado, y amor: esto es, que sea muy frequente en su devocion, y asistencia, y en hacer por su reverencia, y respeto todo quanto hiciere, y en procurar muchos devotos á la Virgen, y en acudir á las necesidades de los progimos en quanto pudiere; egercitandose en obras de caridad, y perfeccion, teniendo muy en la memoria estas palabras: *Dum tempus habemus, operemur bonum.* (e) Que esto es propiamente servir con puntualidad, y repartir bien las alhajas de la Reyna del Cielo.

VIII. GUARDA.

9 EL oficio de Guarda en Palacio es de mayor embarazo, que gusto, porque ni lo dá, ni lo recibe, con haber de andar siempre observando puntualidades, y reparando desórdenes en el servicio de la Reyna; y como hay mucha diferencia de humores, y condiciones en los Palacios, nunca le falta que su-

(c) Isai. 24. v. 16. (d) Osee. 2. v. 14. (e) Ad Galat. 6. v. 10.

ſufrir, y diſimular á la Guarda. La que tuviere eſte oficio en la caſa de nueſtra Señora, procure con modeſtia, y verguenza atajar quanto viere que es contra el ſervicio de Dios, y de ſu Madre; y ſi fuere neceſario padecer, y ſufrir por ſu honra, hagalo con guſto, y acuerdeſe, que dijo el Señor: *Beati qui perſecutionem patiuntur propter juſtitiam, quoniam ipſorum eſt Regnum cœlorum;* (f) y breve perſecucion ſe puede padecer, por gozar de eterna recreacion.

IX. DE LA CAMARA.

10 LAS que ſon de la Cámara de la Reyna tienen por oficio ſervirla cerca de ſu Perſona, pero no en lo público, ſino en lo retirado; velanla tambien de noche, y cuidan de ſu Cámara, cada una procurando avenrajar á las compañeras en ſervir á ſu Ama, de ſuerte que le merezca ſu gracia. Aſsimiſmo, la que tuviere eſte oficio en la caſa de la Virgen ha de procurar ſer muy puntual en ſervirla de dia, y de noche, pues eſte oficio, aunque es ocupado en obras de vida activa, tambien tiene muy buenos ratos de retiro, con que podia meditar en aquellas importantes palabras que dijo el Salvador á Santa Marta: *Unum eſt neceſſarium:* (g) Que entre tantas coſas como hay en la vida ſuperfluas, ſolo una es neceſaria, que es ſervir á Dios.

X. DEL RETRETE.

11 EL oficio de la del Retrete es humilde, pero no por eſſo deja de hablar algunas veces con la Reyna. La que tuviere eſte oficio en la caſa de nueſtra Señora, ſerá muy dichoſa ſi la imitáre en ſer humilde: *Quia reſpexit humilitatem ancillæ ſuæ.* (h) Si procuráre con veras eſta virtud, aunque ſea inferior á otras en el oficio, no lo ſerá en la perfeccion.

XI. CANTORA.

12 EN el Palacio de los Reyes hay Cantoras, para que los entretengan con muſica. Lo miſmo ha de haber en la caſa de la Madre de Dios, donde ſiempre ſe eſtán cantando las divinas alabanzas. Procure la que conſiguiere eſta buena ſuerte cantar con el corazon á la Virgen dulces afectos de amor: *Aſcenſiones in corde ſuo.* (i) Que eſtos ſon los mas regalados paſos del eſpi-

(f) Matth. 5. v. 10. (g) Luc. 10. v. 42. (h) Id. 1. v. 48. (i) Pſal. 83. v. 6.

piritu. Ha de estar atentissima en el Coro, dandole con el alma interiormente tantos loores, como le dá con los labios. Siempre esté delante de la Virgen cantando aquella voz regalada que entonaron los Angeles, *Alleluya*; dandole la en hora buena á la Reyna su Señora, de tanta hermosura, y gracia como Dios la dotó.

XII. CONSERVERA.

13 EL hacer las conservas siempre se encomiendan en Palacio á personas de muy buen gusto, y habilidad. En la casa de la Madre de Dios podrá regalar á la Madre, y al Hijo si procuráre conficionar una conserva muy regalada de la presencia de Dios, y le ha de dar el punto con verdadero, y afectuoso deseo de hacer siempre su voluntad por amor. Digale la Conservera á nuestra Señora mil dulzuras con su corazon, y á su Hijo bendito muy tiernos requiebros, y por lo menos rres veces al dia estas palabras: *Jesu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia, sed super mel, & omnia ejus dulcis præsentia.* (i)

XIII. LABRANDERA.

14 LAS Reynas suelen tener Labranderas en sus casas, porque tal vez gustan de labores, y curiosidades de este genero. Tambien la Reyna del Cielo ha de rener Labrandera en su Palacio, la qual procure hacer muy linda labor de virtudes, como son Obediencia, Paz, Silencio, y acuerdese, que la Virgen quando se criaba en el Templo, no solo hacia labor material con que lo adornaba, sino otra labor celestial de virtudes, con la qual enriquecia la Iglesia. De esta manera la Labrandera de la Reyna de los Angeles no ha de ofrecer menos afectos á la Caridad, que puntos á la labor.

XIV. JARDINERA.

15 EN lo que se ha de ocupar la Jardinera, es, en cuidar mucho de presentar á la Reyna flores muy olorosas, y fruta muy sazonada. Assimismo la Jardinera de la Reyna del Cielo se ha de ocupar en servir á su Magestad Santissima, con flores de buenos deseos, y fruta de buenas obras. Cada dia le ha de presentar un canastico, que es una renovacion fervorosa de

eger-

(i) Div. Bern. ub. supr. pag. 513.

egercicios, y ſantos propoſitos de caminar adelante en la perfeccion; de ſuerte, que el canaſtico ſea el corazon, y el adorno ha de ſer de eſtas flores, y frutos, que ſon los de mayor fragancia, y ſazon para la Reyna del Cielo.

XV. DESPENSERA.

16 EL oficio de Deſpenſera es de grande fidelidad, porque ha de comprar, y conſervar con cuidado la hacienda de ſu Ama. En la caſa de la Reyna del Cielo, la que tuviere eſte oficio, no tiene que comprar, porque yá Chriſto con ſu Sangre nos ha comprado los bienes eternos. En lo que ha de poner mucho cuidado, es en que por ſu culpa no ſe deſperdicie eſte ineſtimable precio, y pues tiene encomendado el talento de ſus potencias, facultades, y ſentidos, no lo eſconda en la tierra como el mal ſiervo, uſando de ellos vanamente en las coſas temporales, ſino grangee con ellos en las celeſtiales, y eternas, para oír las palabras del Señor: *Euge ſerve bone, & fidelis, quia in pauca fuiſti fidelis, ſupra multa te conſtituam, intra in gaudium Domini tui.* (k)

XVI. PANADERA.

17 LAS Panaderas tienen por oficio el ſuſtentar á ſus Amos de eſte neceſario alimento, y porque los mas ſuſtanciales bocados ſon de pan, la que fuere Panadera de la Reyna del Cielo, ha de advertir, que para ſer bueno el pan neceſita de dos coſas; que eſté bien amaſado, y ſea blanco. Lo primero ſe alcanza con la mortificacion, comiendo pan de dolor, y de lagrimas: *Et manducabo panem doloris.* Lo blanco ſe alcanza con la pureza de conciencia, que reſulta del amor divino, y el ajuſtarſe en obras, penſamientos, y palabras con la Voluntad de Dios, que es el pan de que mas guſta, que por eſſo dejó eſcrito: *Meus cibus eſt, facere voluntatem Patris mei.* (l)

XVII. ENANA.

18 EN los Palacios ſuelen tener las Reynas Enanas para entretenerſe con ellas. La que fuere Enana de la Madre de Dios, todo ſu cuidado ha de poner en entretenerla con eſpirituales ſentimientos de humildad; haſe de tener por Enana en la vir-

(k) Ex Matth. 25. v. 21. & 23. (l) Ex Joan. 4. v. 34

virtud, en comparacion de todas las criaturas; pues quanto mas fuere humillada del propio conocimiento, tanto mas será ensalzada de la gracia.

XVIII. LAVANDERA.

19 LAS Lavanderas han menester dos cosas: la primera muy buena agua para lavar, la segunda saber lavar muy bien: con esto tendrá limpia la ropa á la Reyna. En la misma forma la Lavandera de nuestra Señora ha de procurar hallarse con agua de lagrimas de sus pecados, con que lavará sus culpas. *Lavabo per singulas noctes lectum meum, lachrimis meis stratum meum rigabo.* (m) Despues de haber lavado con esta agua de dolor, pida á Jesus que le dé otro lavatorio con su Sangre Santissima. *Cujus pretioso sanguine redemisti.* Esto ultimo es saber lavar bien, valiendose de esta Sangre purissima; y el llorar es tener buena agua, de manera, que lo primero es disposicion, y lo segundo remedio.

XIX. COCINERA.

20 ES muy ocupado el oficio de Cocinera, y de grande trabajo, pero todo lo dá por bien empleado si acierta en sus guisados con el gusto de la Reyna. A quien huviere cabido esta buena suerte, guise cada dia á nuestra Señora tres platos muy sabrosos, que son actos interiores, y exteriores de Fé, Esperanza, y Caridad, diga con la Iglesia: *Da nobis Fidei, Spei, & Charitatis augmentum, & ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod præcipis.* (n)

XX. BARRENDERA.

21 EL oficio de Barrendera en los Palacios de las Reynas de la tierra es muy humilde; pero en los de la del Cielo es grande estimacion: porque en la casa de la Virgen el servir es reynar. *Servire Deo regnare est.* (o) La que tuviere este oficio, no solo ha de barrer exteriormente la Capilla de la Virgen, sino que

(m) Psalm.6. v.7. (n) Breviar. Rom. in orat. Dom. 13, post. Pentec.
(o) D. Ambr. tom. 5. lib. 6. Ep. 84. ad Demetriad. col. 1162. Pag. 1186.

con interior efcoba ha de facar las inmundicias del alma. *Scopebam fpiritum meum.* (p) Y de efta fuerte confeguirá que la Virgen la conferve en la alta dignidad de efte oficio. Efta cafa formó fu Alteza á la Reyna de los Angeles, y aunque el haberla acomodado tan efpiritualmente eftá manifeftando con claridad el gran caudal de efpiritu, y talento, con que Dios la habia enriquecido; lo explicaba mucho mas el fervor con que encaminaba que efto fe egecutaffe en el Convento, difponiendo, que con admirable confonancia fe fueffen egercitando las altas virtudes de eftos oficios, y minifterios, para mayor fervicio de la Virgen.

CAPITULO XI.

DEVOCION QUE TUVO A LA CONCEPCION Inmaculada, y lo que ayudò à fu caufa.



Veneró con gran devocion la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria, cuya declaracion ayudó con fu autoridad, é inftancias con fingular fervor. Tocabale efta emprefa, como la del Santifsimo Sacramento, por fu Sangre, por fu Religion, y por fu Perfona; pues la Cafa de Auftria, y la Religion de San Francifco mi Padre, y la fanta devocion de fu Alteza concurrian á efte intento. En efte Real Monafterio, á la feftividad de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, hay fundada una fiefta célebre con fu octava, á que afsiften los Reyes, por fer fundacion de fus Mageftades, adonde tienen fu Capilla, y Capellanes, y una Imagen de la Concepcion hermofifsima, con preciofo, y Real adorno. En eftas ocafiones fe moftraba fumamente devota, y alegre, viendo con tantas alabanzas celebrar á la Virgen. Al gafto de la fundacion, añadia con larga mano de las limofnas que eftaban á fu orden, procurando que llegaffe la folemnidad hafta donde fe eftiende el humano poder. Eftaba muy advertida de que vinieffen los mayores Predicadores de la Corte á decir alabanzas á la Virgen en efte fanto Mifterio, y tenia buena mano en efcogerlos, porque elegia los que mas aprovecaban las almas.

En

(p) Pfalm. 76. v. 7.

2 En lo que trabajó mucho, fue en diligenciar el negocio de la Concepcion Inmaculada, interponiendose con los Pontifices, con los Reyes, con los Cardenales, con los Prelados de la Iglesia, y de su Religion, con los Legados de su Santidad, y Embajadores de España, y con quantas personas pudieron ayudar al intento. Escribió á los Pontifices, y Cardenales muy apretadas cartas en esta materia, pidiendoles humilde, y devotamente favoreciessen causa tan solicitada de la Christiandad. Habló muchas veces con grande eficacia al Rey nuestro Señor Felipe Tercero, y Quarto, suplicandoles que tuviessen por bien de ayudar con su autoridad, y mano á este santo deseo. Halló facil correspondencia en el Real ánimo, y santo zelo de estos esclarecidos Monarcas, con cuyo calor, y autoridad se han conseguido tan favorables decretos. Con ocasion de los recuerdos de su Alteza, y el zelo, y piedad que viven en su corazon, dió el Rey nuestro Señor muy apretados ordenes al Conde de Monte-Rey, para que hiciesse vivas instancias á su Santidad, sobre la declaracion de este punto, y consiguióse con ellas el decreto de Gregorio XV; por el qual manda, que no se pudiesse defender en público la opinion contraria, ni predicar al pueblo, con otras clausulas favorables. Su Santidad avisó luego de esto á su Alteza como á principal Protectora de los que siguen esta piadosa opinion, con el Breve siguiente,



DILECTÆ IN CHRISTO Filiæ Nobili Mulieri, Sorori Margaritæ á Cruce, Sanctimoniali, Regis Catolici Amitæ.

GREGORIUS PP. XV.

3 *Dilecta in Christo filia, nobilis mulier, salutem, & Apostolicam benedictionem. Angelicis choris interesse, & Beatorum gaudia in terris antecapere videntur illæ animæ, quæ à mortalium rerum contagione secretæ, se ipsas Beatissimæ Virgini devoverunt. Ejusmodi fœlicitatis compotem esse speramus Nobilitatem tuam, quæ in Religiosis Claustris delitescens, animo quotidie in cœlestem patriam demigrare studet. Cognovimus enim ex litteris tuis, & ex sermone dilecti filii nobilis viri, Comitis Montis-Regij, quanto studio Deiparæ laudibus inservias. Ita enim scribis, ut tibi gloriæ principatum adipisci videreris, si dissentientes Theologorum, Populorumque disputationes in unam aliquando Purissimæ Concepcionis sententiam convenirent. Verùm cum ipsi Beatissimæ Mariæ obedientia gratior sit, quam sacrificium ij tum demum eam piè, ac sapienter colunt, qui Apostolicæ authoritatis legibus se ipsos, suasque opinationes subijciunt. Spiritus Sanctus accuratissimis precibus exoratus, nondum tanti mysterii arcanum Ecclesiæ suæ patefacit. Nos autem non nisi eo præeunte, æternitatis volumen in Christianæ sapientiæ Cathedra legere debemus. Quare in tan gravi deliberatione á Pontificum Maximorum, qui Nos antecesserunt, sententia recedendum non esse hoc tempore arbitramur. Obviam quidem eundem censemus pervicaci quidam ingeniorum licentiæ, assiduisque Theologorum altercationibus, ne discordiarum pater, simulatione pietatis animas decipiens, in nimiis istis disputationibus aliquando trium-*

triumphet. Pontificio decreto ejuſmodi periculum propellimus: ex eo cognoſcet Majeſtas tua, quàm propenſa tibi voluntate gratificemur. Te enim paterna charitate proſequimur, quæ è regnatrice domo in ſacrum iſtum ſodalitium Chriſtianarum virtutum exempla tranſtuliſti, ut Religioſas Virgines Nobilitatis tuæ imitatione ad currendas Divinorum mandatorum ſemitas acrius incitares; iis omnibus, tibique cœleſtium conſolationum ubertatem precamur, atque Apoſtolicam benedictionem per amanter impartimur. Datum Romæ, apud Sanctam Mariam Majorem, ſub Annulo Piſcatoris, die iv. Junii, M.DC.XXII. Pontificatus noſtri anno ſecundo.

Joannes Ciampolus.

Que traducido al ſentido, dice aſsi:

AMADA EN CHRISTO, HIJA, y Noble Señora, ſalud, y Apoſtolica bendicion.

GREGORIO PAPA XV.

4 ENtre los Coros de los Angeles, gozando de la bienaventuranza, parece que ſe hallan yà aquellas almas, que apartadas del contagio de las coſas temporales, aſpiran á las eternas, habiendoſe dedicado á la Virgen Maria. En eſta felicidad conſideramos á V. Nobleza, pues en los Clauſtros de la Religion eſcondida, ſolo anhela, y ſuſpira por la Patria del Cielo. Hemos reconocido en las cartas, que V. Nobleza nos ha eſcrito, y lo que de vueſtra parte nos ha dicho al amado hijo Noble Conde de Monte-Rey, con quanta devocion vueſtro eſpiritu ſe ocupa en las alabanzas de la Madre de Dios. Verdaderamente con tanto fervor nos eſcribe V. Nobleza, que ſi el punto de la Puriſsima Concepcion determinaſſemos, tendria la gloria principal de eſta victoria, en-

entre todas las Perſonas, y Naciones del mundo, que ſolicitan ſu cauſa. Pero porque á la Virgen Maria le contenta mas la obediencia, que no el ſacrificio, aquellas almas piadoſa, y ſabiamente la veneran, que rinden ſu deſeo, y opinion á los decretos de la Autoridad, y Silla Apoſtolica. El Eſpiritu Santo con oraciones fervoroſas invocado, no ha tenido por bien haſta ahora de declarar á ſu Igleſia el ſecreto de eſte ſanto Miſterio. Y noſotros, ſi él no nos inſpira, no podemos declarar el libro de la Eternidad, en la Catedra de la Chriſtiana Sabiduria en que hoy preſidimos. Por eſſo hemos juzgado, que en tan grave reſolucion no conviene por ahora apartarnos del camino que ſiguieron en eſta cauſa los Pontifices nueſtros predeceſores; pero bien nos ha parecido conveniente ir á la mano á algunos ingenios libres, que con alteraciones licencioſas, dán ocaſion al padre de las diſcordias, para que por la piedad y zelo indiſcreto, triunfe de las almas Chriſtianas. Con nueſtro decreto Pontificio hemos eſcuſado eſtos peligros, por él podrá vér V. Nobleza, con quan propenſo amor le eſtamos reconocidos; pues á V. Perſona paternalmente debemos abrazar, por haber con ſanto egemplar dejado ſu Real Familia, y linage, eſcogido por la Divina Providencia, para el gobierno de inumerables Reynos. Ha transferido V. Nobleza las perfecciones de ſus paſados, à la eſpiritual empreſa de ſervir á Dios en la clauſura, iluſtrando à eſſas ſagradas Virgenes con ſu compañia, y ofreciendoles motivos de ſeguir con mayor fervor las veredas de la perfeccion con ſu egemplo. Por eſto deſeamos, que la mano del Señor liberalmente llene vueſtro corazon de conſolaciones celeſtiales, y Noſotros en ſu nombre, deſde eſta Silla, Apoſtolica bendicion le concedemos. Dada en Roma en Santa Maria la Mayor, debajo del Anillo del Peſcador, à quatro de Junio de mil y ſeiſcientos y veinte y dos. De Nueſtro Pontificado año ſegundo.

Juan Ciampolo.

To-

5 Todo este Breve es digno de grande ponderacion, en orden á la estimacion, que este gran Pontifice hacia de su Alteza. Pero quanto á lo que pesó su autoridad,para inclinarle á dár tan favorable decreto en el punto de la Inmaculada Concepcion, debe considerarse, que despues de haber dicho la determinacion que su Santidad habia tomado, añade, que por esta determinacion conoceria su Alteza lo que la estimaba el Pontifice, dando claramente á entender, que pesaba tanto en el juicio del Padre Universal de la Christiandad, el asistir à esta causa la Infanta, por el gran credito de su virtud, que habia sido esso mucha parte para favorecer la que su Alteza defendia.

6 No se contentó con haber llegado con su diligencia á tan favorables declaraciones en la opinion piadosa, antes bien, sin dejar de la mano estas instancias, con grande fervor daba calor, y autoridad á esta causa. Y estos ultimos dias, habiendo entendido, que el Padre F. Juan Bautista Campaña, Secretario General de la Orden de nuestro Padre San Francisco, por su gran sabiduria, talento, y espiritu, era singularmente devoto de la Inmaculada Concepcion de la Virgen, hallandose en esta Corte, lo llamó, y le dijo, que se holgaria mucho, que pues era tan devoto, y Dios le habia dado tanta sabiduria, la empleasse en la defensa de esta santa opinion, y escribiesse en su favor una alegacion, persuadiendo, y suplicando á su Santidad, que tuviesse por bien de difinir este punto. Obedeció escribiendo un erudito, y elegante tratado, de que quedó muy agradecida, y reconocida, haciendole por esta causa despues muy particulares favores. Y este año pasado de 1633. habiendole elegido toda la Orden por su General, luego que fue á visitar á su Alteza le dijo estas palabras: En buena ocasion ha puesto Dios á vuestra Paternidad, que asi llamaba à los Generales por ser sus Prelados, para poder ayudar al intento que siempre hemos tenido de que su Santidad dé glorioso fin al negocio de la Concepcion. Ahora lo hemos de ayudar con mucha fuerza, sepa vuestra Paternidad, qué camino se puede tomar, para que se haga mucho en esto. Platicaron un rato en ello, y su Alteza quedó encargada de interceder con el Rey, como lo hizo, para hacer al Padre General Comisario de su Magestad, para que con su autoridad solicitasse en Roma este negocio. Asi lo hizo su Magestad por la intercesion de su Tia, dandole cartas muy apretadas, y favorables, para su Santidad, y los

Se,

Señores Cardenales, diciendo como para solicitar este punto, lo habia nombrado por su Comisario. Y hoy lo está solicitando en Roma, no sin esperanzas de que Dios tendrá por bien de inspirar á su Santidad la declaracion de este punto. Como todos conocian las demostraciones con que favorecia esta Señora la opinion de la Concepcion Inmaculada, de quantas fiestas celebres se hicieron en España, le daban avisos los Reynos, las Naciones, las Iglesias, y los oía con grande alborozo, respondiendo muy favorable, y benignamente á todos, animandolos á que fuessen muy devotos de nuestra Señora.

CAPITULO XII.

FUE MUY DEVOTA DEL ANGEL de su Guarda.



Solo el Angel de Guarda es verdadero amigo en esta vida; porque no hay interés en su amistad, ni embarazo en su compañia, ni recelo en sus consejos, ni engaño en sus avisos; es amigo util para la vida, y mejor para la muerte, solo sus finezas en este mundo aprovechan, y en el otro duran. Fue devotissima de su Angel, y hacia de él siempre muy agradecidas memorias. Desde muy niña tuvo costumbre de comunicarle sus penas, y consultar sus dudas, y assi fueron tan acertadas sus resoluciones. En lo que principalmente le preguntaba, era en el egercicio de las virtudes, diciendole con mucho amor: ¿Angel mio, agrádo á Dios en egercitarme en esto? Disponed Vos mi voluntad, y ofreced mis obras. Pasaronle en este punto casos muy particulares, que la suma humildad de su Alteza selló con silencio. En una ocasion, quando estaba ciega, hallandose retirada en el Relicario, creyendo que estaba sola, sintió la presencia de su Angel, y con enamorado afecto comenzó à decirle, pareciendo que le respondia: Ea Angel mio, hagamos lo que aconsejais, amemos à Dios: ¿cómo no le ámo, pues es tan digno de ser amado, y no hay amor que pague à su amor?

2 Reconoció una de las Religiosas, que estaba dentro del Relicario, que su Alteza hablaba con su Angel de Guarda; y volvió los ojos á verla, con tan notable veneracion, y respeto, y cau-

san-

ſando tan devota novedad á ſu alma, que deſde aquel dia miraba á ſu Alteza, como á quien Dios hacia favores tan particulares. Eſtaba otra vez ſola, y entrando una de las Religioſas, la halló en alto grado de oracion ſuſpenſa, y luego comenzó ſu Alteza á decirla: Amiga ſi huvierades viſto mi Angel que lindo es, no os lo ſabré yo decir. Eſto decia riſueña, y enternecida, y al parecer ſin hacer reflexion en lo que hablaba, deſpidiendo las palabras con la fuerza interior del eſpiritu. Preguntandola la Religioſa; digame V. Alteza, Señora, ¿cómo es ſu Angel? Reſpondió: Es de roſtro hermoſo, las facciones admirables, el cabello rubio, y las puntas creſpas, y todo él con gracioſos lazos, pendientes ſobre las eſpaldas. A eſto replicó la Religioſa: Señora, ſegun eſſo, V. Alteza lo ha viſto, no tiene para que negarlo. Reſpondió con gran turbacion, y como quien repara en lo que habia obligado á decir la verdad del ſuceſo, cuidando de encubrirlo: Ay amiga, no hagais caſo de lo que os digo, que serán imaginaciones mias, creed, que ſoy una pecadora, y aſsi no merezco tales favores; por vueſtra vida que ni lo creais, ni lo digais, quedando ſu Alteza con grande verguenza de haberle manifeſtado. Eſtaba tan enamorada de ſu Angel de Guarda, que le oía decir muchas veces la Religioſa que la aſsiſtia, quando eſtaba en oracion: Angel mio, qué lindo ſois, quedandoſe luego en quietud, y ſilencio, volviendo deſpues á prorrumpir con las miſmas palabras. En todas las horas, y ocaſiones ſiempre interiormente ſe hallaba recogida, y con amoroſo afecto en preſencia de ſu Angel de Guarda, de quien fiaba todos ſus recuerdos, y devociones. En ſiendo obra de caridad, le pedia, que ſe la acordaſſe, ſi habia de madrugar á la oracion, ó Maytines, que la deſpertaſſe, ſi habia de ir de una parte á otra, le rogaba, que la encaminaſſe, y á las Religioſas las exhortaba mucho á eſta devocion, ponderando lo que debemos á ſu cuidado, lo que nos defiende ſu poder, y alumbra ſu luz.



CAPITULO XIII.

NATURAL ADMIRABLE DE SU ALTEZA para la contemplacion, y como la fue Dios introduciendo en ella.



O deſtruye Dios la naturaleza con la gracia, ſino que la perficiona; porque como tan grande Maeſtro de eſpiritu, y Autor de la Sabiduria, encamina admirablemente los medios á los fines, ordenando los fines con los medios. Al que naturalmente es colerico, le da el eſpiritu de Elías, el de Geremias al triſte. San Pablo Anacoreta de natural retirado, hace de una cueva la primera hermita, San Aguſtin, y San Geronimo de grande entendimiento y caudal, enmedio de la Igleſia la defienden, y aun en eſte miſmo camino cada uno ſigue ſu ſenda. San Aguſtin es amoroſo, San Geronimo ſevéro, San Aguſtin tiene los dictámenes ſuaves, San Geronimo rígidos; el uno en las controverſias mueſtra el amor con la clemencia, el otro el zelo con la juſticia. De eſta ſuerte ſe goza Dios en ſus criaturas con todos ſus atributos.

2 Era ſu Alteza de ſuaviſsima condicion, el ingenio claro, la memoria firme, y la voluntad amoroſa; eſtas partes hacian un compueſto admirable para ſeguir la perfeccion, porque la claridad del entendimiento, recibia lindamente las luces que le enviaba el Señor, para conocer la vanidad de lo temporal, y la ſuſtancia de lo eterno. La memoria conſerva los debidos recuerdos de las miſericordias de Dios, y de los eſcarmientos de la vida, y voluntad ſe hallaba libre, deſaſida, é inclinada al Criador. Y aſsi deſde que Dios le fue dando con las luces naturales, los ſobrenaturales conocimientos en ſu niñéz,fue entregandoſe á la ſuma verdad de las coſas, y con aplicacion tan entrañable, á lo eſpiritual,y eterno, al amor divino, y á la contemplacion de aquello que no ſe vé,á la averſion de eſtos naturales engaños, y miſerias, que fue haciendo otra interior naturaleza, y criandoſe un alma deſengañada,en un cuerpo falible; un hombre perfecto, en un ſujeto flaco; una joya admirable, en un engaſte corruptible.

De-

3 De ſu oracion vocal hemos hablado haſta aqui, y en ella ſe eſtá manifeſtando la mental, porque no pronunciaban los labios las alabanzas, ſin que el corazon las eſtuvieſſe ofreciendo. Antes bien todas aquellas devociones exteriores eran efectos de los afectos interiores; porque ſin duda me aparto de los que con exceſo quieren hacer tan eſpirituales las almas, que con ocaſion de que vivan en Fé, les niegan eſtas devociones ſantas, viſibles documentos del eſpiritu univerſal de la Igleſia, Madre de toda la perfeccion, y acierto. Enſeñan eſtos, que por la contemplacion, es perfeccion dejar de cantar, el rezar, y decir á Dios las alabanzas que tuvieron los Santos por tan gran perfeccion. Quitan con eſto tan nobles recuerdos de lo eterno, y quando dán á ſu parecer deſahogo al eſpiritu, no es ſino deſcanſo, y alivio de la naturaleza, que como ſiente el peſo del rezo, deſea aliviarſe de aquella penoſa fatiga; y aſsi, ni por la oracion ſe han de dejar las devociones, pues conducen á ella, ni por ſeguir las devociones dejar la contemplacion, que es donde ſe cobran fuerzas, para ſeguirlas con perſeverancia. Una de las mercedes que debió á Dios ſu Alteza fue el ir tan cubierta por ſu eſpiritual camino, con el ſoberano manto de la ſanta humildad, porque quando la tenia en la cumbre de la perfeccion, con lo que otras almas tuvieran que luchar contra eſta naturaleza,(que de todo quiere hacer cimientos á ſu perdicion) eſtaba ſu Alteza tan humilde, que era neceſario alentarla, para que manifeſtaſſe las obras de Dios.

4 Solia decir con muy buena gracia: Dios me lleva en el camino del alma muy à lo Chriſtiano viejo, llanamente, ſin aquellas ſendas altas por donde caminan otras almas. Y aſsi referia con grande embarazo lo que le paſaba con Dios, manifeſtandolo mas con ſus obras, que con ſus palabras; ſu ordinaria fraſſe era: Mi ſecreto para mí: diciendo, que la Eſpoſa ha de guardar con ſecreto los favores del Eſpoſo. De eſta ſuerte iba cubierta ſu Alteza ſeguramente por el camino interior, haciendo inviſible ſenda, negada á la vanidad, entregada á la verdad del eſpiritu. Concedióle Dios tambien otro favor muy particular, que le fue muy util á los principios, y era darle lo intimo, y puro de la oracion, aquello eſpiritual inviſible, ſin los accidentes de eſto viſible, y exterior. Dabale los deſengaños con la humildad, el dolor ſin lagrimas, la ternura ſin los ſuſpiros, el amor ſin los

ſentimientos. Con eſto en ſus principios, y quando menor fuerza tenia para ſuſtentar el peſo de los favores Divinos, pasó con grande ſeguridad, haſta que con la eſpiritual coſtumbre, y con ir labrando, y fortaleciendo aquella alma la Caridad Divina la introdujo al Señor en tan alto eſtado de perfeccion, que le dejó correr las velas al eſpiritu, y que obraſſe con ſanta liberalidad.

CAPITULO XIV.

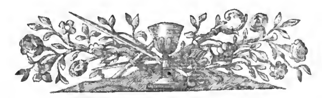
LO QUE PADECIÓ EN LOS PRINCIPIOS en la oracion, y admirable práctica con que ſe ayudaba.


O dejó de padecer grandes tribulaciones en ſus principios, para ſeguir el trato interior con Dios, porque de eſtas no eſcuſa á las almas mas favorecidas. Decia con mucha humildad á ſu Confeſor: Sabe Dios lo que yo padecí para perſeverar en la oracion, las ſequedades, y deſamparos, y los devanéos de mi penſamiento, que andaba tan deſatinado, que no habia reducirlo á razon. Muchas veces el enemigo intentaba perſuadirme que la dejaſſe, y que era impoſible que pudieſſe continuar tan grande trabajo. Yo en medio de la tribulacion hallabame muy confortada, y trahiame el Señor aquellas palabras á la memoria: *Regnum cœlorum vim patitur, & violenti rapiunt illud.* (a) Y aſsi le decia á Dios: Señor, la fuerza la habeis de dar Vos á mi voluntad, y yo mi voluntad á Vos, para que le deis las fuerzas. Algunas veces ſe me repreſentaba dentro de mi una guerra tan grande entre mis ſentidos, y mi alma, ellos ſobre que no les obligaſſe á vivir en eſte egercicio, y ella ſobre que habian de obedecer, ſervir, y callar, que tenia bien que padecer en eſte conflito. Tal vez, ſin dejar la oracion, mudaba el egercicio, y me valia de oraciones vocales, y jaculatorias, otras viendome rendida, y que no habia remedio de ajuſtar la atencion con el deſeo, me volvia á Dios, y como quien ſe arroja á ſus pies, le decia llorando: Señor, para quien ſoy yo, baſtame eſtar aqui en vueſtra preſencia padeciendo; harto es que eſto me permitais, ſiendo tan ruin. De

(a) Matth. 11. v. 12.

De esta suerte vencia con la perseverancia, y hallaba la atencion con la paciencia. Valióse en estos primeros tiempos mucho de la mortificacion para la oracion; porque decia, que le enseñaban, que la oracion, y la mortificacion son Marta, y Maria, y que para orar con Maria es menester trabajar con Marta. Y á este proposito decia: A los principios trabajamos para orar, despues oramos para trabajar. A los principios la mortificacion nos lleva á la oracion, despues la oracion nos lleva á la mortificacion; de suerte, que á los principios porque me mortifico, ámo; despues porque ámo, me mortifico.

2 Entró su Alteza al Palacio de la contemplacion por la puerta segura de la meditacion, y siempre comenzaba su santo egercicio desde el propio conocimiento, con sentidos afectos de penitencia, ascendiendo de alli à lo que debia á quien con su Sangre le habia hecho meritorios aquellos deseos. Y en la Humanidad santisima se enternecia con lo amoroso, y se condolia con lo lastimoso, usando de aquellos sagrados misterios para el provecho interior, é imitacion exterior, imprimiendo en su alma con la meditacion el deseo de amar, servir, y agradar á aquel Señor que vino al mundo para Maestro, y guia de las almas. De la Humanidad santisima le pasaba el Esposo muchas veces á los Alcazares inefables de la Divinidad, y con la grandeza de sus atributos, con la compañia de los bienaventurados, se hallaba como en pielago de misericordias negada, volviendo despues á este caduco, y miserable destierro, con tan claras luces de lo eterno, que decia: Cierto que despues de haber estado entre aquellos gloriosos espiritus en la contemplacion de las grandezas de Dios; que es de mayor merito conformarse en esta vida con vivir; porque quando la miramos con engaño, puede ser tolerable, pero quando la miramos como engaño, viene á ser insufrible.



CA-

CAPITULO XV.

EL AMOR QUE TENIA A LA contemplacion, y deſeos de la ſoledad.



ASſi como el agua, para que ſe imprima la imagen del que en ella ſe mira, es neceſario que eſté clara, y quieta; el alma en quien ſe mira, como en ſu eſpejo el Señor, ha de eſtar con pureza, y pacifica. Eſtos dones le dió Dios á la Infanta, pureza notable, y paz increíble. De ſu pureza habemos dicho mucho, y á quanta ſinceridad la trajo la fuerza eſpiritual del amor; ſu paz eſtaba manifeſtando ſu vida. ¿Porque qué otra coſa, es paz interior, que un vacío de sí? Qué otra coſa, que negacion á lo temporal por lo eterno? Averſion al mundo por Dios? Eſta bien ſe deja vér en quan heroyco grado la poſeyó el deſengañado eſpiritu de ſu Alteza: de la qual le nació hallarſe mas diſpueſta para recibir las mercedes que le hacia Dios en la oracion. Porque de la manera que en el criſtal del agua ſe miran los Cielos, y regiſtran ſu pluma las aves, el alma en la quietud, y pureza de eſpiritu ſe mira á sí miſma, y contempla á Dios con mayor perfeccion. De aqui le nacia hallarſe con grande facilidad en la oracion, y con una quietud, y recogimiento amoroſo, con una ſuavidad tan dulce, que era meneſter mucho para poder cubrir aquella ſanta ſuſpenſion en que ſe hallaba.

2 No ſe puede decir, referia ſu Alteza á ſu Confeſor, quan breve parece el tiempo en eſtas ocaſiones, y lo que regala Dios al alma; no halla puerta para ſalir de aquel amoroſo trato. Huelgueſe quien quiſiere en el mundo, no me dé Dios otro guſto. De aqui ſale una alma con deſeos de ſoledad, y como el polluelo que hallando un bocado huye de ſus hermanillos, porque no ſe lo quiten, huye ella de las criaturas, para buſcar ſu verdadero ſuſtento en el Criador. ¡Pero hay Padre, que poco nos dejan ſeguir lo que nos conviene! Siempre aſiendonos unos á otros para detenernos, quando habiamos de caminar mas ligeros á lo mas importante! El deſeo que tenia de la ſoledad era grandiſsimo, y nacia del trato de Dios; que la ſoledad es deſapacible á la naturaleza, al paſo que ſiempre amable á la gracia. Quejabaſe muy amo-

amorofamente á nueftro Señor, diciendo: ¿Es pofible Bien mio, que no bafta el bufcaros para hallaros? y que en el camino nos entretenemos, y detenemos? Y afsi me decia muchas veces: Padre Confefor á mi me dà grande contento el filencio de la noche, y aquella religiofa, y fanta quietud; alli halla defcanfo mi alma, porque fin criatura que la embarace, goza del Criador á quien ama. Eftas cofas me referia, confundiendome con fu humildad; porque defpues de haber hablado altifsimamente de la contemplacion, decia: Padre Confefor, míre como no lo entiendo, no me explico; el Padre Confefor lo entiende: ¿digame de veras fi voy bien por efte camino? Refpondiale, que profiguieffe, y caminaffe en paz: y decia fu Alteza: ¿Padre Confefor, dicelo por confolarme? Advierta, que mas me confolaré con la verdad, aunque fea contra mi.

CAPITULO XVI.

DEVOTOS SENTIMIENTOS DE SU ALTEZA en la oracion.

AUnque las virtudes, y perfecciones dependen de la Divina gracia, y como el todo fe deftribuye en las partes, fe reparte el Señor en las almas; pero la oracion, que es propiamente la Audiencia de Dios, como accion mas dirigida á fu prefencia, es de lo mas refervado. De aqui refulta fer efte camino tan admirable, y que tantas veces pafa los terminos del humano difcurfo, en que tantos hombres ignorantes fe han aprovechado, y tan graves Maeftros fe han perdído; pero aunque por efta caufa el aprovechamiento de la oracion no fe puede comprehender con reglas infalibles, pues vemos en breve tiempo crecer cedros, que parece tocan al Cielo, defde el monte de la perfeccion, y otros arboles de admirable altura, caer con miferable ruina; pero no hay duda, que muchos años de Religion, y oracion acaudalan grandes talentos, y gracias. Porque mayor merito, mayor corona grangea; y mas largos fervicios, mayores meritos caufan. Su Alteza con mas de cinquenta años de oracion continua, y fervorofa, de egercicio de perfectas virtudes, de aprecio de lo eterno, y defprecio de lo corruptible; ¿quien puede dudar que habia de ubir á gran perfeccion? Ef-

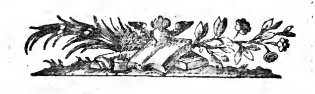
2 Esto se conoce facilmente en la relacion que hacia del camino por donde Dios la llevaba; porque diciendole yo: ¿Cómo le vá á V. Alteza, Señora? Me solia responder: Confundida me hállo, mas que aprovechada Padre Confesor, de vér tantas mercedes como Dios pone en este vaso fragil de miserias. Veome tan reprehendida con las misericordias de Dios, que viene á ser Cruz la suavidad de su trato, y pena su gózo. Examinabala mas en el punto de la oracion, y deciame: Cierto Padre Confesor, que yo no sé explicar lo que pasa por mí, porque me veo algunas veces en tan gran suspension, que ni mi entendimiento discurre, ni mi memoria se acuerda, solo sé que mi volunrad en medio de su amor descansa, y goza de una suavidad tan grande, y tan interior, tan dulce, y sabrosa, que me parece se experimenta la paz de San Pablo, que dice, *que excede á todo sentido*; (a) y es cosa notable, que en medio de este gozo me nace un deseo de negarme á él, y con ansias tan vivas de parecer imposible, que quien tanto se alegra con Dios gozando, pueda desear vivir padeciendo. Nacenme tambien de esta oracion ardentissimos deseos de aprovechar á los progimos, y que todos amen mucho á Dios, y grande alegria de que haya almas que le adoren por mí, y de todas me valgo, y con todas parto mi amor. De esta suerte manifestaba en sus palabras su aprovechamiento; porque nadie puede hablar tan sentidamente, sin que preceda al efecto la causa.

3 Una de las admirables, y mas utiles partes de la oracion que resplandeció en su Alteza, fue la desnudéz que tenia en el trato con Dios, sirviendole con toda fineza, y verdad, sin mezcla de interés, solo à su mayor honra, y gloria. Quando sentia que el Señor la queria hacer algun favor, le decia: Señor, no aqui, que son las horas breves, y las penas debidas, bastame por premio el serviros, y por gloria el amaros; todo lo gustoso para Vos, lo desabrido, y amargo para mí; la gloria, y la honra para Vos, el trabajo, y la pena para mí. Como su Sangre, y la condicion era tan generosa, tenia estremado cuidado en desapropiarse de todo, y volver los mismos favores, y consolaciones al Autor del favor, y consolacion. Y assi, aunque le sucedieron cosas muy maravillosas, las encubria con una sinceridad tan santa, que no apro-

(a) *Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum.* Ad Philip. 4. v. 8.

aprovechaba menos con esto que pudiera aprovechar con aquellas. Y siendo tan espiritual, preguntaba con suma humildad las mismas materias que tenia tambien entendidas, y platicadas, y holgaba de hacer por consejo ageno lo mismo que sabía por sus propias noticias.

4 Preguntóme en una ocasion: ¿Padre, cómo he de hacer quando nuestro Señor concede á mi alma en la oracion los favores que yo no le sirvo, para quedar agradecida, y no vana? Respondíle, que hiciesse lo que el Sacerdote que vá á la Sacristía, y se viste de los sagrados ornamentos para el Sacrificio de la Missa: dicela, vuelve, y reconociendo que aquello fue prestado, se despoja de ellos, y quedase en su pobre, y humilde habito. Assi V. Alteza quando vea su alma con tantos favores, sirva su ministerio con humildad, y agradecimiento en holocausto, y sacrificio amoroso; pero despues quedandose en su pobreza, y propio conocimiento, vuelvale al Señor el ornamento con que la adornó, y quedese en su pobreza, y aniquilacion. Contentóle mucho esta comparacion, y en viendome su Alteza tratando de la oracion, decia: Padre, hoy nuestro Señor ha sido servido de vestirme de los sagrados ornamentos de su misericordia; pero despues con su gracia se los he vuelto, y me he quedado en mi nada, reconociendo que en mi no hay otra cosa que sea mia, sino vacío de lo bueno, é inclinacion à lo malo. Otras veces dando razon de la oracion, decia: Muy galan ha andado hoy conmigo nuestro Señor, y mucha merced me ha hecho, ayudeme Padre á darle gracias. Esto lo referia tan enternecida, y humilde, que se veía como por un cristal manifestar los dones con que Dios tenia enriquecida su alma.



CAPITULO XVII.

QUANTO FAVORECIÒ DIOS EL ALMA de su Alteza en la oracion.



POR recatada que andaba, fue imposible en vida tan larga, con tantos testigos, siendo tan grandes las mercedes que de Dios recibia, poder tener ocultos los rayos de la luz superior con que alumbraba su entendimiento, y abrasaba su voluntad; y como no siempre podia negar la respuesta á las personas que le preguntaban en la vida espiritual, se colegia facilmente de ellas, quan adelante habia pasado en caminar con perfeccion á la eterna. Preguntóla una Religiosa su confidente: Señora, digame V. Alteza, ¿con qué consideracion se recoge mejor, con la del temor, ó la del amor? Y respondióla: Cierto amiga, que me parece que temo á nuestro Señor, porque por todo el mundo no quisiera tenerle enojado, y perderé mi vida por escusarle el menor disgusto; pero os confieso, que la consideracion del amor, es la que mas me lleva á Dios, y aunque vá siempre envuelto en respeto, y temor, pero como el amor funda su confianza en el amado, se introduce mas facilmente, y con sus alas buela con mayor ligereza á su fin. El amor me hace buscar á Dios, el amor me hace hallarle, y el amor me hace estarme con él. Algunas veces dejandome llevar del amor, entrome en Dios, y en él le ámo, y le adóro; en él me gózo de su gózo, me alegro con su grandeza, y me consuelo con su hermosura. Hállome entonces como engolfada en el Occeano de sus Atributos, y con sumo contento de verle alabado de los Coros, y Bienaventurados. Lo que mas á mi me consuela, es la gloria de mi Señora la Virgen Maria, y esto enriquece á mi alma de soberanos tesoros, de suerte, que os asseguro, que quando vuelvo á este vaso inmundo del cuerpo, es menester aprovecharme de lo que alli me dieron, para sufrir lo que aqui se padece.

2 Bien se deja conocer en estas palabras quanto remontaba Dios esta alma, pues de tales sentimientos volvia vestida, y con tan vivas razones se explicaba. Tambien del modo de decir se colige manifiestamente quan interior era su trato con los espi-

ti-

ritus Bienaventurados; porque preguntandola sus Confesores, y yo como uno de ellos, muchas veces en el punto de la oracion, que como el mas importante, es el que no debe dejarse de vista, solia decir: Cierto, Padre, que son buenos amigos los Santos, y que estan encerrados en el trato de Dios muy grandes tesoros, y á quien diere á conocer algo de la vida eterna, no hace poca fineza de pasar alegremente la mortal; porque despues de vér aquellos Cortesanos Divinos, y mirar con gozo su gloria, volver al trato de las criaturas, y lo que es mas penoso, volver á tratar yo conmigo, es menester que ayude el Señor al alma en su desconsuelo, y al cuerpo en su trabajo. El oírla hablar de Dios, era una de las grandes evidencias de su amor, y hay muchos testigos, que pueden deponer, que hablaba tan cordial, y delgadamente en las materias mas altas, y le salia al rostro tan vivo, y encendido el color con el fuego que dentro ardia, que todos quantos la comunicaban, admiraban tan devota mudanza, y salian de su platica sumamente edificados, y aprovechados. En medio de decir lo que sentia con grande propiedad, y claridad, era con tal desapropiacion, y tan humilde, y santo conocimiento, que siempre acababa sus razones diciendo: Yo no entiendo bien esto, y como soy tal, aun no creo que me sé explicar, porque estas son cosas, que los que las obran las perciben, y las explican. Finalmente, daba los indicios de su aprovechamiento de suerte, que no perdiesse al decir, lo que habia conseguido al obrar.

CAPITULO XVIII.

FAVORES SOBRENATURALES CON QUE Dios manifestò su virtud.



Uantos midieren las obras de Dios con el vaso congojoso, y pequeño del corazon humano, le hacen conocido agravio; porque el Señor con la grandeza de su Bondad, obra finezas que el hombre con la miseria de su condicion, está muy lejos de reconocer, y de este corto ánimo nuestro nace muchas veces el dar menos credito del que debemos á las maravillas que Dios obra en las almas: porque como nosotros tenemos tan limitados los caudales del bien, no acabamos de percibir los caudales de

aquella eterna, é infinita Misericordia, que sin cesar està beneficiando á sus criaturas. Nace tambien esta imperfecta desconfianza, con que ordinariamenre vivimos, de la poca aplicacion, y noticia de las cosas del Cielo; porque con un mundo de vanidad, y deseos remporales, que tenemos en el corazon, y que interponemos entre Dios, y nosotros, venimos á hacer imperceptibles los efectos de lo celestial, no de otra manera, que si con una muralla de bronce en medio, quisieramos oler la fragancia, que en la otra parte están respirando las flores. De aqui es, que las personas devotas mas facilmente creen las mercedes que hace Dios á las almas, que los que entregados al mundo con deseos de carne, no perciben las inspiraciones del espiritu; porque como aquellos conservan viva la Fé, firme la Esperanza, encendida la Caridad, y continuas memorias de lo eterno, reciben del Señor otros favores semejantes á aquellos que oyen, y no solo no los estrañan, pero comprueban los agenos con los propios.

2 No niego, que es muy justo el creer con fuerza reservada en las marerias que exceden al curso ordinario del espiritu; porque el creer pronto, dice la Eterna Sabiduria, que es de corazon leve, y menguado: *Qui credit citò, levis corde est, & minorabitur.*[a] Pero dijo admirablemente, *citò*, presto, para dar á entender, que solo consiste la liviandad en el creer sin averiguacion; pero que en averiguando, el creer es debido á la verdad, y recta inteligencia de las cosas; porque assi como el que presto cree es liviano, el que nunca cree es pertináz.

3 En esta Historia hemos ido con grande cuidado de dejar de decir muchas cosas sobrenaturales, que han sucedido á su Alteza, siguiendo con la pluma en el modo de escribir, el buelo que su Alteza seguia al obrar, por haberse negado tan determinadamente á la alta, y peligrosa senda de las visiones, y rebelaciones; pero quando la vida acredita la muerte, y la muerte está coronando, y alabando la vida, injuria sería el dejar de decir lo que nadie de quantos lo entendieron al tiempo del suceso ha llegado á dudar. Con todo esso doy de mano á muchas cosas particulares, aguardando que Dios con nuevas maravillas manifieste á su sierva, como fue la que assegura uno de los Prelados mas doctos, y graves de España, que una alma de mucho credito para este

Pre-

(a) Eccli. 19. v. 4.

Prelado, y muy enriquecida de favores divinos, á quien gobernaba, le dijo: Que ſe le habia Chriſto nueſtro Señor moſtrado indignado con los pecados de ſus fieles, y que el alma de la Infanta Margarita, y las de otras virgenes, que con ſu Alteza ſervian al Señor en ſu Convento, detenian la eſpada de ſu indignacion. Otra perſona muy eſpiritual tambien dijo à un Padre muy grave: Que la tarde que ſu Alteza murió vió en proceſion ir un hermoſiſsimo Coro de Angeles con diferentes inſtrumentos de muſica hácia las Deſcalzas, y que de alli á un rato, oyendo clamorear por ſu Alteza, le dieron á entender, que aquella ſoberana compañia iba por ſu alma bienaventurada.

4 Confieſo que eſtas materias tienen en sí tantas falencias, y eſtán tan ſujetas á iluſiones, que es neceſario aſirſe á las verdaderas virtudes, y á aquel práctico, y noble egercicio de obrar, y careando lo uno con lo otro, examinarlo todo, como quien deſcubre la intencion con la accion. Y el que eſto conſideráre, y viere la virtud de ſu Alteza, podrá ſer que eſtrañe menos lo que ſe ha referido. Otros lo graduen, y califiquen; noſotros paſamos con pluma ligera por eſtas materias, ſolo aquello que tiene innegable la comprobacion, no podemos dejar de decir.

5 Apareció una noche á ſu Alteza una ſeñora, que habia ſido Dama de ſu Madre, que eſtaba en ſus lugares con ſu caſa, llamabaſe la Condeſa de Fuenti-Dueña, Doña Juana de Mendoza, y con roſtro triſte, y voz compaſiva, ſaludó á la Infanta, y ſu Alteza la dijo: ¿Juana què quieres? Ofreceſete algo? Reſpondió: Vengo, Señora, á rogaros, que encomendeis á Dios mi alma, como haceis con las otras del Purgatorio. Dijole ſu Alteza, que aſsi lo haria, y deſapareció. A la mañana con mucha ſencilléz dijo á ſus compañeras: La Condeſa de Fuenti-Dueña ha muerto, encomendemosla á Dios. Admiraronſe mucho, porque la tenian por viva, y ſu Alteza les contó lo que habia paſado, y dentro de dos dias vino nueva, que la noche miſma en que ſe apareció á ſu Alteza habia paſado de eſta vida á la otra. Viviendo la Emperatriz ſu Madre ſe le apareció una noche ſu Padre el Emperador Maximiliano, y la dijo: Margarita, decid á vueſtra Madre, ¿que por qué ha dejado la devocion de las Miſas que me hacia decir cada mes? y encomendadme á Dios en vueſtras oraciones. Su Alteza á la mañana lo dijo á ſu Madre, la qual con mucho dolor de haber omitido tan devoto oficio, hizo decir las

Mi-

Missas por el Emperador su Marido, alegre de que estuviesse en camino seguro de salvacion. Y despues volvió otra vez á aparecerse á la Infanta el Emperador, y dandole las gracias, le dijo: Vuelvoos á rogar, que me encomendeis á Dios.

6 Estando á la muerte un Señor de estos Reynos, cuya muger era muy favorecida de su Alteza, se fue muy afligida á rogarla que tuviesse por bien de encomendar á Dios á su marido. Hizolo con grandissimo afecto; y quando yá estaba aguardando la ultima respiracion del enfermo, le envió á decir, que estuviesse cierta, que no moriria, y que assi diesse de ello muchas gracias à Dios. Al punto mejoró, y muy brevemente cobró la salud. Fuese un criado de su Alteza à cierta Provincia, y tratandole de su jornada, en la qual habian intervenido algunas dificultades, habiendo partido sano, y de buena salud, dijo: De lo que me pesa mas es, que no ha de llegar á su oficio, porque ha de morir en el camino. Assi sucedió, y llegó luego aviso de este suceso. Podian contarse muchos de esta calidad, pero deja de hacerse, porque á lo que aspiramos es, á dejar retratada á su Alteza en sus claras virtudes, como en su causa, no en estos sobrenaturales favores, que son los efectos.

CAPITULO XIX.

PERSEVERANCIA DE SU ALTEZA EN LOS santos egercicios de su vida.



LA virtud de la perseverancia corona la perfeccion, y es el repáro de nuestra instabilidad; y quien considerare quan leves son estas inclinaciones naturales con que vivimos, y los mas fuertes propositos que hacemos, hará la estimacion que debe de esta virtud. ¿Pues qué importará llegar al culmen mayor de la perfeccion Christiana, si cada instante es un despeñadero para el hombre, si la perseverancia no le dà constancia en los medios, y corona en el fin? Esta es la virtud que se hace admirable con el tiempo; pues quanto campo tiene el hombre para poderse perder, es de mayor admiracion no perderse. Quanto adornasse Dios á su Esposa con el dón de la perseverancia, se está manifestando claramente en 50. años de Religion, 66. de vida, con-

conſervando ſiempre con pureza aquella hermoſa veſtidura que recibió en el bautiſmo; perſeverar con tanto valor en ſu vocacion, con deſprecio del mundo, con tal aprecio de Dios; ſeguir ſus ſantos egercicios, ſiendo tan graves á la naturaleza, tan conſtantemente, que nunca la vieron deſcaecer un dia de lo que hizo el otro, antes aumentando con el trabajo el merito con nuevos egercicios, y virtudes. Zelaba de manera ſus devociones, que no habia de haber cauſa alguna que ſe las pudieſſe eſtorvar, previniendo las ocupaciones con anticipar el cuidado.

2 Quando habian de venir los Reyes á viſitarla, aunque eſtuvieſſe gravemente impedida con ſus indiſpoſiciones, y el ultimo accidente de haber perdído la viſta, quitaba del ſueño lo que habia meneſter para tener muy de mañana ſu oracion enteramente; rezaba el Oficio Divino, y todas ſus devociones; recibia al Señor, ſi era dia de comunion, previniendoſe en ſu interior, para quedar mas util á la ocupacion exterior. Decia con grande eſpiritu: Hermanas, cumplamos con el Criador, para poder cumplir con las criaturas; ſea la mayor obligacion la primera, no demos mas paſos para eſta vida temporal, que damos para la eterna; antes bien, ningunos demos en eſta, que no ſea para aquella. Cumplia puntualiſsimamente con todos ſus egercicios, y teníalos muy fervoroſos de encomendar á Dios á los Reyes. Eſto hacia con tan grande fervor, y eſpiritu, y ſolicitaba de manera á las Religioſas, ſeñaladamente en ocaſion de auſencias, ó enfermedades, que le ſolian decir: Señora, muy juſto es, que la obedezcamos; pero míre V. Alteza, que eſtá muy llevada de eſtas criaturas, temple eſſe amor, y cuidado, que podria ahogar el eſpiritu: reſpondia con gran manſedumbre ſu Alteza: Cierto hermanas, que yo os agradezco eſſe ſanto conſejo, y ſoy tal, que facilmente me aſiré a todo lo de eſta vida. Pero para vueſtro conſuelo, y el mio, os aſſeguro, que me tiene el Señor tan de ſu mano, y me guarda de ſuerte, que no deja que entre aficion en mi alma, ſin que la regiſtre primero ſu amor. Amar á las criaturas ſin amarlas en el Criador, es peligro; pero amar á Dios en ſus criaturas, es merecimiento. A los Reyes, y á mis Sobrinos los quiero, y encomiendo á Dios, por cauſas univerſales, y particulares. Porque los pueſtos que ocupan, la grandeza en que eſtán, las ocupaciones que tienen, y la obligacion de la ſangre, dá mayores prendas á mi cuidado. Pero eſto no ſolo no me quita de lo

que

que debo á Dios, ſino que me lleva á él, pues ſiendo juſto el hacerlo, en ninguna parte hallamos tan preſto á Dios, como en lo que ſomos obligados. Continuaba eſtos devotos egercicios, y cuidado, y en eſta parte, y en la de no faltar á las devociones que tenia determinadas al dia, fue puntualiſsima, y quando eſtaba indiſpueſta de grave dolor, hacia que delante de ella rezaſſen lo que habia de rezar. Otras veces iba pronunciando con el corazon, lo que no podian los labios. De eſta manera continuó quantas devociones hemos referido, proſiguiendolas con ſuma perſeverancia en la vida, haſta ſellarlas con la muerte.

CAPITULO XX.

DIFERENTES SUCESOS QUE PRECEDIERON à la ultima enfermedad de ſu Alteza.



BUela el tiempo, y conſume eſte aliento vital á los mortales, apagando la luz de la vida en ellos, con que tanto reſplandecen: los unos llaman à los otros con ſu muerte, y eſtoy eſperando en mi lo que veo egecutado en mi vecino. Por eſſo larga edad á mayores deſengaños ſobrevive, y á la variedad de ſuceſos que dependen de eſta humana inſtabilidad. Peregrinamos mucho en corto campo, prolija nos parece la diſtancia en que ſe interpone poca tierra á nueſtros ojos. ¿Pues qué es la vida? Qué es el mundo, ſi ſe mide á la luz de la verdad, comparado con la infinita maquina que le comprehende, con el eſpacio eterno que antecede, y que le ſigue, ſino un punto indiviſible, que la codicia humana en tantas partes divide? Eſte globo, eſta vida en que tanto trabajamos: eſto que el corazon del hombre mira como tan inmenſo, cuya menor parte le arraſtra, le detiene, y embaraza; ſoplo es breve, tierra es poca, é inſtable para eſtimada; para piſada ſegura: leve empleo, claro engaño, ſuſtancia con apariencia, y ſin ſuſtancia. A eſta luz miraba ſu Alteza el mundo, y la vida, con la variedad de los ſuceſos, y deſengaños que el eſpiritu le introdujo en el alma.

2 Habia partido á ſer alegria de Alemania, y caſar con Ferdinando Tercero, Rey de Ungria, y de Bohemia, la Sereniſsima Infanta Maria ſu Sobrina, el año de 29. y vencidas las dificultades

des de la peste, de la guerra, del tiempo, celebrado sus bodas en Viena con suma felicidad el año de treinta y uno, á mayor ausencia partió algunos meses despues la Serenissima Reyna Constancia de Polonia, Prima-hermana de su Alteza, Hermana de la Reyna Margarita, y Tia de nuestro Rey, que murió en aquella Corte. Siguióla dentro de breves dias su Hermana la Archiduquesa Magdalena, Gran Duquesa de Toscana, Señora digna de vida, egemplo, y veneracion de toda Italia. Al Archiduque Leopoldo, algunos dias despues, igual suerte llamó que á sus Hermanas, Principe de valor, Politico, y Militar, que habia varias veces defendido, no sin felicidad, contra los enemigos del nombre, y Religion Catolica, las Provincias que estaban á su mano, de la Casa de Austria. El año de 32. salió de Palacio, y de su Silla el Serenissimo Infante Ferdinando, Cardenal, y Arzobispo de Toledo, á hacer mas roja la purpura sagrada con la sangre de los enemigos de la Iglesia, en las calamidades, y discordias de estos tiempos. En el mismo año á 30. de Julio, á las dos de la mañana, en mal lograda juventud, murió el Serenissimo Infante Don Carlos, Hermano de nuestro Rey, Principe digno de vida, gallarda disposicion, hermoso talle, el natural apacible, claro entendimiento, larga mano, condicion Real. Acabaron con su muerte las esperanzas que habian comenzado con su vida, desapareciendo en mortal, y acelerada dolencia al Rey un Hermano, á su Sangre un Principe, al Reyno un fiador, á la juventud un aviso, al pueblo un aplauso, al mundo un desengaño. Sintió su Alteza con debido dolor la muerte del Infante Don Carlos, haciendole mayor esta pena, el desconsuelo que con ella tuvo el Rey, porque como á hermano lo estimaba, y como á amigo lo queria. Estos despertadores iban dando mas advertencia á la atencion de su Alteza, reconociendo, que aun en el desengaño mayor de la vida, ha menester muchos recuerdos la memoria de la muerte.

3 Habia mandado el Rey Felipe III. que se labrasse en lo alto del frontispicio del Coro de este Real Monastetio de las Descalzas, con grande sumptuosidad, la patte que habia de ocupar la urna de jaspe, donde se determinó la colocacion del venerable cuerpo de la Emperatriz, fue obra de grande primor, y de labor prolija, y habiendose comenzado en tiempo de Felipe III. se acabó en el del Rey. Daba su Alteza mucha prisa, pareciendole que eran los ultimos oficios, que le quedaban que hacer por su Ma-

dre. Habianse puesto en toda perfeccion las fundaciones, cumplido con las mandas, acomodado los criados: deseaba con esto antes de morir dejar en debido lugar aquellos Augustos, y Religiosos huesos. Venció su instancia, y señalóse dia à la translacion, y por haberse hecho la primera con la solemnidad debida, y esta no ser sino egecucion de las ordenes dadas, pareció que se hiciesse secretamente, interviniendo solo yo, su Confesor, las Religiosas, y los que fueron precisos para la colocacion. Sacamos el cuerpo de su Magestad Cesarea de la Capilla del Niño Jesus, donde lo tenian depositado, y acompañado en procesion de las Religiosas, y de su Alteza, con velas encendidas, lo llevamos al Coro, y rezando devotamente, se abrió la caja, hallando el cuerpo entero, como lo estaba el año de 18. quando se reconoció, y trasladó por Felipe III. Besó la mano su Alteza á su Madre, dijose Vigilia, Responsos, y Oracion, y colocaronla en la urna que está en el nicho, que se habia fabricado á este intento. Alli quedó encomendado al tiempo aquel devoto cuerpo, hasta que con la resureccion vuelva á ser alegria, y ornamento del alma.

CAPITULO XXI.

QUAN PRESENTE TUVO LA MUERTE todo el tiempo de su vida.



AUnque la mas segura memoria de la muerte es la perfecta, y Religiosa vida, y parece que no tiene necesidad de recuerdos para prevenirse á morir christianamente, quien está yá dispuesta con el vivir santamente, quien está yá dispuesta con el vivir santamente; es tal esta naturaleza engañada, que ni los Santos, que mas encendidos viven de la Caridad Divina, dejan de atemorizar la naturaleza, con ponerle muchas veces delante su fin. Facilmente se olvida lo que se desama; y tristes, y desapacibles memorias con grande dificultad se conservan: y asi tanto mayor debe ser el cuidado, quanto mas natural suele ser el descuido. Vivió su Alteza con notable atencion de tratar de la muerte en la vida, para dejarla facilmente. Para esto, sobre tener continuas meditaciones en la oracion, y particular egercicio, hizo que le pintassen en uno de los registros del Breviario los

No-

Nobles huesos, y cabezas de sus Padres, y Hermanos, y de los Principes de su Casa, á quien sobrevivió, y en cada uno el año, y dia que fueron trasladados de esta vida á la otra, con la inscripcion siguiente: *Miren los ojos mortales, con esta inspiracion, estas mortales reliquias, yá polvo, y ceniza, reducida la grandeza, y veneracion de las Naciones. Estos son los que mandaron el mundo, de quien postrados los hombres recibieron las leyes, á quien amaban los subditos, y temblaban los enemigos. Cuya presencia era amable, el poder terrible, la ira formidable. Esta blanca, y despreciable materia, cubierta con una piel delgada, y mucho mas corruptible, es la muralla del humano poder, que en tan fragil vaso conserva sus glorias el hombre.* Quando mostraba este registro, solia decir: Este registro es el que mas estimo, porque claramente me dice quien soy; en él me registro, porque en él veo que no puedo aguardar otra suerte, que la de mis Padres, Hermanos, y deudos. ¿Si ellos están yá de là otra parte de la vida, cómo yo no he de estar esperando la muerte, siendo una pobre Monja Descalza?

2 Tenia en su celda, y en el Coro, antes de haber perdído la vista, secretas señales, que la estuvieran acordando su fin, y en viendolas, levantando el corazon al Señor, decia: Venid, Señor, venid, que esta esclava os aguarda. Aqui está la vida, bien podeis quando quisiereis, enviar por ella á la muerte. No quiero vivir mas de lo que Vos quisiereis; y tanto menos quiero vivir, quanto menos os acierto á servir. Otras veces en utiles meditaciones dilataba el tiempo, haciendo cuenta, que enfermaba, que se agravaba la enfermedad, que la desahuciaban, que moria, que la enterraban, que los gusanos comian su cuerpo, y en volviendo decia al Señor: ¡Aun no está acabado este cuerpo, Dios mio! No despojada de pasiones el alma! Aun vivo en carne mortal! En el destierro de no poderos vér, con el peligro de poderos perder! Sacad, Señor, de esta carcel el alma. Referia, que en estos ultimos años, quando yá estaba ciega, eran tan vivas las especies que le habian quedado en la imaginacion, de las señales que tenia puestas en la celda, y en el Coro, y otras partes, para acordarse de la muerte, que no se hallaba cerca de aquel lugar, sin que al instante muy vivamente se le representassen.

3 A las Religiosas decia lo que oyó ponderar á un discreto Predicador de estos tiempos: Hermanas, la muerte es un bocado tan grande á la vida, que todo de una vez es muy dificulto-

ſo de tragar, y ſuele ahogarſe con él. Hagamosle piezas, y con meditaciones continuas de la muerte, mas tratable. Prevengamonos para lo que no deja amarſe, ni puede eſcuſarſe, y no tiene repáro el errarſe: lo que ſola una vez ſe hace, y para ſiempre ſe yerra, ó ſe acierta, mucho cuidado es razon que nos dé: quando no fuera de conveniencia, era juſto prevenirnos por comodidad; pues quanto mas tratemos de lo que nos amenaza, mas tolerable ſerá quando nos egecute. Como en ſu Alteza eran tan frequentes las platicas de la muerte, la decian algunas Religioſas, que la querian tiernamente: ¿Valgame Dios, Señora, ſiempre ha de eſtar vueſtra Alteza hablando de la muerte? Y reſpondia con ſeñalado eſpiritu: ¿Qué mucho que eſté hablando de lo que eſtoy ſiempre haciendo? No es aſsi que nos eſtamos muriendo, y que cada reſpiracion es un paſo á la muerte? Dejaremos de morir por dejar de hablar en ello? Forzoſo es de qualquiera ſuerte, y mucho mas tratable, meditado. Si nos coge en olvido, nos parecerá, que viene de improviſo; pero no, ſi cada dia la eſtamos mirando venir. A la otra vida hemos de ir, como á tierra de amigos, voluntaria, y animoſamente, no arraſtrados, como llevan á los cautivos los vencedores. De eſta ſuerte, diſcurriendo en la muerte ſu Alteza, hacia mas perfecta la vida.

CAPITULO XXII.

QUAN PREVENIDA HALLÓ A SU ALTEZA la ultima enfermedad.



CON ſer toda ſu vida preparacion á la muerte, como ſe manifieſta en eſta Hiſtoria, todavia le ayudaron mucho las meditaciones que uſaba, los egercicios que tenia, las devociones con que ſe diſponia, y las platicas con que ſe preparaba. En eſtos ultimos meſes fue claramente diſponiendoſe, como ſi eſtuviera mirando ſu dichoſo fin; porque muy poco tiempo antes que murieſſe me dijo: Padre Confeſor, yo entiendo que mi muerte ha de ſer muy preſto, y pues le ha pueſto Dios por mi guia en eſta peregrinacion, deſeo que me ayude en la coſa mas importante, que es ajuſtar las cuentas del alma con Dios. El Padre Confeſor ha de tener paciencia, y oírme de eſpacio, porque quie-

quiero hacer una confesion general, y en ella decirle los caminos por donde Dios me ha llevado, las mercedes que he recibido, los desperdicios que he hecho de sus Misericordias, y el olvido de sus Beneficios. Yo siento interior fuerza, que me obliga á esta prevencion, y que parece que está avisando mi fin, y quando no tuviera otro que el de la misma razon, y consejos que nos dejó escritos nuestro Redentor, *de que aguardemos al Esposo velando las virgenes*, (a) es obligacion no estar dormidas en cuidado tan importante. Yo la respondí, quan rendido estaba á su servicio, y que esto me parecia muy bien, pero que pues se hallaba con salud, era conveniente tomarlo con algun espacio, y prevenirse para la confesion, encomendando á Dios el acierto de tan gran negocio. Su Alteza se conformó conmigo, y á este intento hizo decir muchas Misas, pidiendo á personas espirituales, que encomendassen á Dios cierto negocio muy importante, que trahia entre manos: y en la oracion, con lagrimas, y gemidos, no cesaba de instar con su Divina Magestad, que tuviesse por bien de darle luz, y recibir con misericordia las cuentas, que á darle se disponia. Estos fueron los motivos de su oracion todos aquellos dias, y à este fin encaminaba quanto hacia.

2 Dió principio á esta prevencion santa en los ultimos de Octubre, del año de 1632. ocho meses antes que muriesse. Y despues de haber observado, y hecho memoria de los defectos de su larga, y religiosa vida, hizo conmigo la confesion general, con tanta humildad, devocion, y lagrimas, que me confundió, sin que (como queda dicho) hallasse materia grave, ni conciencia de pecado mortal, que es buen indicio de perfeccion, en sesenta y seis años de tan varios, y graves negocios, como corrieron por su mano. Digela, que para su consuelo hiciesse memoria de las cosas que le daban mas cuidado, y en las que podia tener mayor escrupulo. Hizolo, y verdaderamente que fue como correr la ultima cortina al conocimiento de su gran virtud. Porque era cosa admirable el verla ponderar cosas muy leves, y llorarlas con tales lagrimas quales podiamos nosotros desear llorar las mas graves; preguntando con sinceridad de ánimo: ¿Digame el Padre Confesor, qué siente de esto? Parecele, que estas palabras fueron pecado? No tráte tanto de mi consuelo, como

de

(a) *Vigilate itaque quia nescitis diem, neque horam.* Matth. 25. v. 13.

de mi remedio. Yo la huve de responder lo que estaba obligado en conciencia, conforme al dictamen de buena razon, y sana Teología, que estuviesse consolada, que nada de aquello era culpa grave, y diesse muchas gracias á Dios, pues sola su mano piadosa basta á hacer con un alma tales misericordias. Fue dando cuenta despues de su vocacion desde sus primeros años, con tan grande humildad, juzgandose por tan indigna de la dignidad de Religiosa Descalza, que decia: Ayudeme el Padre Confesor á dár muchas gracias á nuestro Señor de haberme puesto en estado que fuesse su Esposa, y mereciendolo tanto mas mis hermanas, yo, que era la mas ruin, haber sido escogida de su mano, porque resplandeciesse mas su Grandeza, y Poder.

3 Con estos actos de humildad, y de fervor, fue disponiendo, y refiriendo los sucesos de su santa vida, repitiendo muchas veces: Padre Confesor, no es la menor de las misericordias que Dios ha usado conmigo, el darme tantos recuerdos, de que esté muy cerca mi fin, y que me vaya disponiendo á él. Porque asi como no basta obrar sin perseverar, no bastaria estár velando toda la vida, si nos hallasse durmiendo la muerte. El Padre Confesor me ayude á dár gracias á nuestro Señor de esta merced, que yá voy sintiendo en mi corazon, se vá acabando tan penoso destierro. Hizo esta confesion con gran secreto, deciame, no es menester que lo entiendan mis hermanas, que luego se dàn á entender, que me quiere Dios llevar, ó que hago algo, entiendalo Dios, por quien se hace.

CAPITULO XXIII.

ADMIRABLES CONOCIMIENTOS DE LAS misericordias que habia obrado Dios con su Alteza.



Olia decir hablando de la brevedad con que caminaba á su fin, y contando algunas misericordias que Dios le habia hecho: Yá no es tiempo de encubrir cosa alguna, aunque ha sido esse mi principal cuidado, quiero decirlo todo, como yo lo alcanzo, y Dios me lo ha dado á entender. Veo, que lo que Dios ha hecho conmigo, es mucho; pero lo que yo he hecho en su ser-

ſervicio, poco, y lleno de imperfecciones: ſi el Padre Confeſor entendiere que digo algo que ſe puede eſcuſar, aviſemelo, que lo agradeceré; porque ſiento mucho decir de mi coſa que tenga raſtro de bien, porque ſoy miſerable. Siempre que referia algunas mercedes del Señor, hacia una ſalva humilde, deshaciendoſe, y aniquilandoſe, y engrandeciendo á Dios. Por eſte camino permitió ſu providencia, que yo tuvieſſe entera noticia, y conocimiento de muchas coſas de ſu alma, que haſta entonces eſtuvieron ocultas, y con eſſo he podido eſcribir las que ſe han referido, ſino como ſe debia á ſu relacion, de la manera que yo las he alcanzado á explicar. Duró eſte examen mucho tiempo, y gaſtaba en él muchas horas. Todo ſu trato, y converſacion en eſtos tiempos, era de ſu alma, y de ſu muerte, ſin dár treguas á eſte egercicio, haſta que murió. Decia con terniſsimo afecto, que pues ſu vida ſe abreviaba, habiendola empleado tan deſperdiciadamente, deſeaba mucho hacer algo para morir, haciendoſele poco á ſu amor, quanto habia hecho, y padecido por Dios.

2 Pedia con mucha humildad, que le dieſſe licencia para hacer algunas mortificaciones en ſatisfaccion de ſus pecados, y en reconocimiento de los beneficios que de Dios habia recibido, y en eſto hacia inſtancia con razones tan eficaces, que diciendole: Señora, no vé vueſtra Alteza ſus achaques, y poca ſalud, y flaqueza, y que la tiene Dios impoſibilitada de poder hacer mas, que ſufrir la mortificacion en que ſe halla: replicaba: Crea el Padre Confeſor, que puedo mas de lo que pienſa, y aunque ſea poco, por lo menos haré algo por amor de Dios, á quien debo tanto.

3 Quando la daba permiſion para que hicieſſe alguna penitencia, ó mortificacion en eſtos ultimos meſes, era tan grande el gozo de ſu alma, que ſin poder reſponder de contento, con mucha alegria celebraba aquella licencia, y otras veces decia: Mucha caridad me ha hecho, Padre Confeſor, encomiendeme á nueſtro Señor, para que acierte á ſervirle, y pidale, que ſea de manera, que mis hermanas no ſientan lo que hago, porque con el cuidado que tienen de mi ſalud, no me dejan ſalir con coſa alguna. Lo que hacia, era lo poſible á ſus pocas fuerzas, quitando del ſueño lo neceſario, y de la comida, ſin abrazar coſa alguna de guſto en las acciones humanas. Poniaſe en cruz muchos ratos, poſtrabaſe en tierra, tenia modos de mortificarſe notables,

y

y muy ſenſibles, y uſaba de todos. Y quando daba cuenta de ſu egercicio, era con tanta humildad, y rendimiento, que cauſaba devocion, y deſeo de padecer por Dios. Decia: Yo, como en todo ſoy para poco, nada sé hacer; pero conſuelame haber hecho lo poſible. Y es coſa cierta, que ſiempre hacia, y obraba ſobre ſus fuerzas. En los ultimos dias ſolia decir: Pues ſe acaba el tiempo de obrar, y ſe llega el de morir, bien es no perder ocaſion en quanto ſe pueda. Y repetia muchas veces: Quando tenemos luz, obremos con luz, quando tenemos vida, empleemos la vida, que deſpues de la muerte, adonde cayere el leño, alli ſe queda. [a] Y aſsi en eſtos tiempos ultimos, como tenia el alma ocupada en interior egercicio, deſeaba la ſoledad, y procuraba quanto le era poſible, retirarſe, y que la dejaſſen, y la mayor parte del dia lo paſaba en el Relicario, que era ſu frequente Oratorio, y alli ſe eſtaba ſazonando, y diſponiendo para morir, gaſtando el tiempo en obrar, ó platicar las coſas de ſu alma, y medios de que podia uſar para eſte intento, rogando á nueſtro Señor la llevaſſe de eſta vida en ſerenidad, y paz.

CAPITULO XXIV.

AVISOS QUE PRECEDIERON A SU MUERTE, y quan advertida eſtaba en todos ellos.



Uando trataba de ſu muerte en eſtos ultimos dias, era con tanto gozo, y alegria, que parecia prevenirſe para una gran fieſta, eſpecialmente quando hablaba con ſu Confeſor en la materia. Es meneſter, decia, recatarnos mucho de mis hermanas; porque como ellas ſon tan piadoſas, y á mi me hacen tanta caridad, dales mucha pena oírme hablar en mi muerte. Pareceles que puedo hacer falta, y no lo entienden, que antes quitaré un grande embarazo del mundo. Sucedia eſtar ſu Alteza muy ocupada en eſta ſanta converſacion, y diſcurriendo cómo deſpues de la muerte habia de vér á Dios, que era el ultimo fin de ſus deſeos, y á eſta ſazon llegaban algunas Religioſas, y con grande di-

(a) *Si ceciderit lignum ad Auſtrum, aut ad Aquilonem, in quocumque loco ceciderit ibi erit.* Eccle. 11. v. 3.

disimulacion mudaba la platica, y hablaba de otra cosa, hasta que las despedia, y volvia á decir: Lo que deseo que se acabe este destierro, porque dura mucho la peregrinacion, y es yà tiempo de llegar á la patria. ¡Si fuese Dios servido de abreviar los terminos de mi vida, y que yo lo viesse, y gozasse! Este es mi deseo; pero hagase en mi su santa Voluntad. Esto decia con tan grande afecto, que se conocia bien que era el espiritu de Dios el que daba á su corazon tales ansias, y palabras.

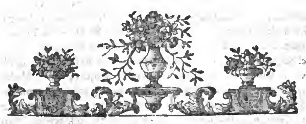
2 Deciala yo algunas veces: Señora, por cuenta de Dios corre el enviar la muerte, por la de V. Alteza el beneficiar la salud, y conservar la vida, que es muy necesaria en el mundo, y en la Iglesia, para muchas cosas. A esto respondia con santo desprecio: Bien está que se mire por la vida, y la salud; ¡pero es posible que tambien el Padre Confesor diga, que mi vida es de importancia! Yo no sé para que puedo ser buena en este mundo, sino para dar que padecer á las Religiosas con mis achaques, y falta de vista, porque soy importuna, y cansada. Bien sabe el Padre Confesor lo poco que yo he hecho en toda mi vida en servicio de Dios, y en bien de las almas, y ahora estoy para menos, y há muchos dias que no puedo seguir la vida comun, ni acudir á los egercicios que acuden las otras: soy inutil abeja en la colmena del Señor, quando estas Religiosas están de noche, y de dia labrando dulces panales, yá en el Coro, yá en la enfermeria, yá en la labor, y en los demas ministerios de la comunidad. ¿Yo qué hago, sino gozar de la honra que todos me hacen? de las ceremonias con que me tratan, y del regálo, y cuidado de mis hermanas, sin ser para cosa alguna de provecho? Prometole al Padre Confesor, que quando pienso en estas verdades, y las pondero, me causa tristeza verme impedida para todo bien; y como no me aprovecho del tiempo, ni de la vida, vengo á despreciarla, y á desear, que nuestro Señor me saque de ella, si es servido, ajustandome siempre con el Divino beneplacito, y no queriendo mas de lo que él ordenáre. Otras veces decia: Padre Confesor, en tan larga vida he tenido largas experiencias, que no es buena para otra cosa, sino para servirle, y como me veo yá tan cansada de las cosas de esta vida, y tan poco aprovechada, deseo desembarazar á las criaturas, y verme con mi Criador. ¿Quién puede llevar sin congoja el peso del cuerpo? Quién puede dejar de sentir sin dolor los yerros del alma.

3 Permirió Dios por ſu Piedad dar à entender la muerte de ſu ſierva antes que ſucedieſſe; porque como cierta Religioſa, que la amaba tiernamente, hicieſſe novenas, y otros egercicios por ſu ſalud à un Sanro Chriſto, que eſtá en eſte Convento, á quien la Infanta renia particular devocion, ſuplicóle alargaſſe los dias bien logrados de ſu Alteza, y le dieſſe vida, para que con ella fueſſe mas adorado ſu Nombre. En eſta oracion ſe le repreſentó á eſta Religioſa con mucha claridad, que ſu Alteza viviria poco, y ſe abreviarian muy apriſa ſus dias. Afligióſe con lo que entendió, diciendolo á algunas Religioſas, que la amaban afectuoſamente: y aunque en eſtas materias ſobrenatutales procedian con el recato neceſario, todavia conociendo lo que importaba la ſalud de ſu Alteza, y lo que ſe ganaba de todas maneras en rogar á Dios por ſu ſalud, ſe puſieron en cuidado de hacer por eſta intencion muchas penitencias, y mortificaciones; y huvo alguna, que prometió á nueſtro Señor por eſte miſmo intento una riguroſa, y prolija diſciplina todos los dias por un año, como lo cumplió, aunque murió antes ſu Alteza, y aplicó deſpues por ſu alma lo que padeció. Algunos dias antes de ſu muerte llamó ſu Alteza á la Madre Abadeſa, y con novedad, aſsi en la hora como en la platica, comenzó á hablarle, haciendo ſalva, y como quien pide licencia á ſu Prelada para morir. Sabed, dijo, que me tengo de morir muy preſto, yo reconozco, que nueſtro Señor me quiere llevar, y me ha parecido dár cuenta de ello, para que nos prevengamos las dos, la una á morir, y la otra á llevar con igualdad eſte golpe. La Madre Abadeſa la reſpondió: Señora no diga eſſo, que ſolo oírlo laſtíma el corazon. Parecióle á la Abadeſa hacerlo converſacion, y dijola: ¿Vueſtra Alteza dice eſto, por ſi acaſo ſucediere, para que la rengamos por Profeta, y por Perſona que tiene aviſos de la muerte? Reſpondió: Con profecias, ni revelaciones no me entiendo; pero tengo por ſin duda, que he de morirme preſto, ello ſe verá.

4 Deſde aquel punto quedó la Abadeſa mas atenta, y diſpueſta al trabajo que Dios queria enviar á ſu Convento, y aunque tuvo eſto ſiempre guardado con cuidado prudente, preſto lo manifeſtó el ſuceſo. En eſtos miſmos dias eſtando con ſu Alreza cierta Religioſa anciana, á quien amaba mucho, dijo: Señora, yá vé quan adelanre eſtán mis años, y mis achaques, yo me moriré muy preſto hagame caridad V. Alteza de ſacarme muy apriſa de

el

el Purgatorio, que pues hace esto con los estraños, y por los que no conoce, ¿qué mucho es que lo haga por mi, que la he deseado siempre servir, y la quiero tanto, y encomiendo á Dios? Míre, Señora, que tengo mucha confianza en las oraciones de vuestra Alteza, y que con ellas, y las Misas me ha de sacar del Purgatorio, para que vaya á vér á Dios, y gozarle. Respondióle con alegria espiritual: Hermana, esso os pido yo que hagais por mí, porque os hago saber, que he de ser la primera que ha de morir en casa. No está yá mi corazon para vér morir a otra Religiosa, vos vereis como es esto cierto, y assi entonces acordaos de mí. Tan presente trahia la muerte, y tan dispuesta á ella se hallaba en la vida. Quando se colocó en la ultima translacion el cuerpo de su Madre, como quedó vacío el lugar, que antes ocupaba, dijo á las circunstantes con rostro alegre: Yá mi Madre me ha hecho lugar, vosotras vereis que presto que se acaban mis dias. Algunos dias antes que le diesse la ultima enfermedad, estando en el Relicario con cierta Religiosa cantaba la Capilla, y Musica del Convento un Oficio de difuntos, con la solemnidad que se acostumbra en este Real Templo; la Religiosa la dijo: ¿Señora, no le parece á vuestra Alteza que cantan muy bien? cierto que me suena á mi mejor esta musica de difuntos, que otra alguna, y que oygo estos Oficios de *Requiem* con mucho gusto. Respondióle su Alteza: ¿Assi qué gustais de essa musica? pues callad, que presto os satisfaré yo en esso que gustais, porque Dios me llevará con tanta brevedad, que tendreis muy buenos dias de *Requiem*. De esta calidad sucedieron muchas cosas, que por evitar prolijidad, y ser de un mismo genero, se escusan.



CAPITULO XXV.

SEÑALES QUE PRECEDIERON A LA muerte de ſu Alteza, y el ſanto deſengaño con que hablaba en ellas.



Reviene Dios algunas veces á los mortales, en las calamidades de la vida, con raros preſagios, como quien envia delante los menſageros de ſu indignacion. De aqui reſulta en muchas ocaſiones, que á las muertes de grandesPrincipes,óPerſonas ſeñaladas en la tierra, ſe vén tan admirables ſeñales en el Cielo, como quien manifieſta á los hombres, que no el acaſo gobierna las coſas, ſino aquella Providencia, y Juſticia, á cuyo ſaber nada puede ocultarſe, ni á ſu Poder defenderſe. La vida de ſu Alteza era egemplo del mundo, y no ſerìa eſtraño, que precedieſſe á ſu muerte ſeñal temeroſa, por lo que el mundo perdia en faltarle la luz de ſu ſanto, y religioſo egemplo. Notorio fue el eclipſe que dos meſes antes eſcureció la luz á los mortales, que aunque eſte natural efecto procede de cauſa tambien natural, ſuelen ſeguir á él en perſonas ſeñaladas efectos, aunque naturales, que influyen univerſalmente en los hombres. No faltaron perſonas curioſas, que lo advirtieron á ſu Alteza, y el cuidado que podia dár á quien veía quan poco mejoramos las vidas, y lo que deſaprovechamos en ellas los buenos, y claros egemplos, dandole á entender, que podiamos temer el caſtigo de quitarnos el de ſu Alteza. Reſpondia en tales ocaſiones á las Religioſas con eſpiritu, y ſingular prudencia. Amigas, eſtas coſas no nos han de hacer ſuperſticioſos, ſino aviſados, que no ſería malo, ſi con eſto en el engaño de la vida, nos acordaſſemos de que ſomos mortales. Yo, hermana, mas cerca tengo los aviſos, porque el eclipſe que hacen el Sol, y la Luna, tienen hecho mis ojos, con haber perdído la viſta. Vivo ciega, impedida, llena de achaques, y penalidades; quanto mas camino en la vida, tanto mas me acerco á la muerte. Seſenta y ſeis años de vida en la tierra no han meneſter eclipſe en el Cielo, ni buſcar las ſeñales en los Planetas, que tengo dentro de mí. Harto trabajo tendriamos, hermanas, ſi ſolo nos huvieſſemos de acordar de la muerte en ocaſiones tan ſeñaladas, y ra-

ras,

ras, disponiendonos con tanto espacio á lo que ha de suceder tan aprisa. ¿Qué eclipse pensais vosotras que me causa mas memoria de la muerte? El vér morir á otras criaturas; y este eclipse cada dia sucede, este infalible, el que no admite duda, eclipse en que se entristece el sol de la vida con la escuridad de la muerte, eclipse en que se pone entre la vida, y el mundo la tierra con que cubren al cuerpo. Para acordarnos de la muerte no es menester mas que advertir en la vida, cada aliento, hermanas, es un cometa, que señala nuestro fin. Era cosa devota oírla el desengaño con que discurria en este punto, y quan prevenida se hallaba para el golpe formidable de la muerte, siendo tan natural en la fragilidad humana el temerla.

2 Observaron otras personas curiosas, y de grande credito, que pocos dias antes de la muerte de su Alteza vieron una Estrella sobre el Convento de rara diferencia à las otras; porque dicen que era mayor que un lucero, y aunque de menor luz que la Luna, pero despedia muy claros sus rayos con fuerza, pero con mas suavidad que no el Sol, porque se dejaba percibir facilmente, pareciendo siempre de admirable hermosura: rodeabala una nubecilla con un cerco, que parece que intentaba escurecer la luz de la Estrella. Y fue cosa notable, que algunos dias antes de su muerte se desapareció, y volvió á parecer tres dias antes que muriesse sobre su mismo Oratorio, con mucha mayor claridad. Y habiendo estado Sabado, Domingo, y Lunes á la noche, desapareció el Martes despues del transito dichoso de su Alteza. Digeronle luego que pareció la Estrella, que á estas señales sucedia siempre la muerte de grandes Personas, dandole á entender lo que podia suceder en la suya. Y dijome un dia su Alteza, hablando de esto: Padre Confesor, bien sabe quanto mas cerca tengo yo la Estrella que me guia á mi fin, pues ha tantos dias que me están previniendo. Pero quando esto no fuera asi, yo nunca hago caso de estas cosas, porque para que nos hemos de ir á las Estrellas á buscar las señas de nuestra mortalidad, que tenemos en nuestras venas. Cada accidente de enfermedad es una Estrella mas clara que el Sol, que nos está señalando la muerte. La Estrella no es indicio de muerte de quien ha vivido tan mal como yo: y asi por essa parte, aunque amára la vida, no me diera pena la muerte. Con este desprecio discurria su Alteza en lo que tanto suelen mirar y admirar los mortales.

CA-

CAPITULO XXVI.

ULTIMA ENFERMEDAD DE SU ALTEZA, principio, y circunstancias de ella.



O hay vida larga, ni meritos sin corona. Llegó el tiempo en que Dios quiso trasladar á su sierva del camino á la patria, y el dia de San Juan Bautista á 24. de Junio de 1633. reconoció tal mudanza en la salud, que fue necesario llamar al Doctor Negrete su Medico. Tomó el pulso á su Alteza, y conoció que era calentura maliciosa, y el cuidado que podia dár, y asi se avisó al Doctor Santa-Cruz, Abad de Covarrubias, y al Doctor Muñoz, entrambos Medicos de Cámara del Rey, que en tales ocasiones concurrian á curarla. Pasó el dia, y la noche con calentura; pero con grande sufrimiento, sin dar á entender el mal que sentia, porque á la mañana quiso levantarse para ir al lugar de su consuelo, que es el Relicario donde oía Misa, y tenia oracion. Pero como reconocieron la mala noche que habia pasado, y que se estaba con su calentura, no permitieron que se levantasse, que quando á esto se llegaba era sentencia muy rigurosa, porque la cosa de mayor mortificacion que tuvo en esta vida fue, que la obligassen á estár en la cama, llamandola el lugar de su martirio. Solia decir: Es grande mortificacion para mi el tenerme en la cama; porque demás del consuelo espiritual de que me privan, no es pequeño trabajo estár atada, sin poderme negar à nadie, y mis hermanas con el amor que me tienen, y caridad que me hacen, no dejan de egercitarme, yà con el cuidado, y solicitud que ponen en mi regalo, y comodidad, quando no la merezco; yá porque el tiempo que queria para Dios lo gásto en responder á las criaturas, y dár cuenta á todas de una cosa de tan poca sustancia como mi salud. Finalmente la cama es para mi el tormento mayor. Con lo que mas padecia su Alteza, por la natural blandura, y piedad que tenia, era con mostrarse con igual amor, y agradecimiento con todas; porque aunque fuessen quarenta Religiosas las que la visitassen al dia, á todas recibia, y enviaba consoladas, y esto fuerza era, que fuesse á costa de su salud, y descanso.

2 Visitaronla los Medicos aquella mañana, y hallandola con ca-

calentura, confirmaron la ſentencia de que ſe eſtuvieſſe en la cama. Fueron proſiguiendo con ſus remedios, y medicinas; dióſe luego aviſo á ſus Mageſtades del achaque de ſu Alteza, y puſieronſe en él cuidado mas facil de entender, que de explicar, por el ſumo amor que á ſu Tia tenian. Luego que entendieron la enfermedad, vinieron á viſitarla: eſtuvieron ſus Mageſtades aquella tarde en la celda de ſu Alteza con demoſtraciones grandes del amor que la tenian. Aſsi como enfermó mandó ſu Mageſtad, y la Reyna nueſtra Señora, que el Abad de Covarrubias á qualquiera hora entraſſe á darles cuenta de ſu indiſpoſicion, encargando á los Medicos de Cámara que cuidaſſen ſumamente de ſu ſalud, como quien la eſtimaba por tantas razones.

3 Corria ſu enfermedad, y el tiempo, ſin perderlo ſu Alteza; antes bien con particular atencion de darle ſanto empleo en ocaſion tan peligroſa. Ofreció deſde luego á Dios quanto padecia, y habia de padecer, nunca faltando en la preſencia intelectual de ſu Mageſtad Divina, y aplicandole amoroſamente el alma. Y aſsi fue coſa maravilloſa la alegria que moſtraba en el ſemblante, y palabras: nadie le veía, ni hablaba, que no le cauſaſſe conſuelo. A todos los que la preguntaban: ¿Señora, cómo lo paſa V. Alteza? Reſpondia con ſingular agrado: Bien, ſea Dios bendito, es muy poco mi mal; lo que mas ſiento es, el trabajo, y cuidado que doy á las que me aſsiſten, que como ſon tan buenas, aunque lo hacen por amor de Dios, trabajan mucho, y con eſſo padecemos todos. Una de las coſas que mas pena daban á ſu Alteza, era vér el deſconſuelo de la Señora Sor Dorotéa, á la qual queria tiernamente, como á Hija de ſu Hermano el Emperador Rodolfo, que la habia trahido al dichoſo eſtado de Eſpoſa de Chriſto. Reconocia el deſconſuelo con que la habia de dejar, faltandole el calor de ſu amparo, y el aprovechamiento de ſu doctrina, y aſsi la tenia algunos dias antes prevenida, diciendola: Dorotéa, mira que me he de morir preſto, advierte, que ſeas tan ſanta como yo eſpero de tus buenas inclinaciones, y de lo que debes á Dios, mira que eſtoy encargada de ti en eſta vida, y en la otra; porque habiendote trahido á tal eſtado, debo dar de ti cuenta: procura poner en Dios tu eſperanza, para que te dé cada dia nuevos grados de perfeccion, que en ſu Divina Mageſtad confio, que ſea uno de los mayores ſervicios que le he hecho el haberte trahido á eſte ſanto Convento.

Cor-

4 Correspondia con igual amor á su Tia la Señora Sor Dorotéa, sintiendo con increíble pena que estuviesse indispuesta, y asi le era de grave mortificacion el tratarle su Alteza de su muerte; y solia responder: Primero me muera yo, señora, que tal vea. La Infanta con resolucion santa, y determinada, le decia: No tienes que cansarte Dorotéa, esto ha de ser, yo me he de morir presto, tu lo verás. Quando dentro de tan pocos dias vió la enfermedad de su Alteza, bien se deja entender qual sería su sentimiento: sin duda fue tal, que obrando con tal fuerza en la naturaleza, fue bien menester para llevarlo la gracia. Asistia siempre á los pies de su cama con agradecidas lagrimas, llorando dolor tan intolerable, pues perdia en su Alteza, Tia á la sangre, y Madre al espiritu.

5 Como su Alteza estaba en la cama, era fuerza entrar yo en el Convento á decirle Misa, y á darle la Sagrada Comunion, por Breve particular, que para ello tenia. Hallabala siempre tan gustosa, tan conforme, alegre, y devota, que me causaba admiracion: estaba en la cama en la misma forma, y compostura Religiosa, que en la ventanica, quando daba audiencia: tenia puesto su habito, prendidas sus tocas, y su velo, pendiente del cuello una mantellina del mismo paño, y color del habito, de que usaba siempre, ceñida su cuerda, y su Rosario en la mano. Con esta modestia egemplar nos estaba enseñando lo que en tales ocasiones debemos hacer los Religiosos. Puedo certificar sin encarecimiento, que no habia quien la viesse en esta forma, que no se le representasse un Angel con habito de peregrino caminando á su Patria. Preguntabale, ¿cómo se siente vuestra Alteza? Y respondia con alegria: Muy bien, sea Dios bendito, pues se está haciendo en mí su santa Voluntad. Dige: ¿Tiene vuestra Alteza algo que reconciliar? Gracias á Dios, decia, que no siento cosa, ni me acusa la conciencia; pero si al Padre Confesor le parece que me confiesse, acudiremos á lo ordinario, que es la vida pasada.

6 Hablaba un poco de las cosas de su alma, y modo de sus egercicios, y meditaciones en su enfermedad, y despues de haber tomado aquella espiritual refeccion, se disponia para las demás, que era oír Misa, y comulgar Sacramentalmente, y quando no, por lo menos espiritualmente, lo qual hacia con tan gran atencion, reverencia, y devocion, que creo sin duda alguna que re-

recibia de la liberal mano de Dios en aquellas comuniones grandes mercedes, como su Alteza me lo dió á entender. Hacia de ordinario esta espiritual comunion en la meditacion de su mistica Casa, y Altar de la santa Llaga del Costado, recibiendo aquella Sangre amorosa, desde el Corazon piadoso de nuestro Señor, Oía Misa, y comulgaba con admirable egemplo, dandolo á todos, y solicitando al corazon mas elado, á nuevos fervores de espiritu. Despues de haber oído Misa, y comulgado, se recogia al centro del alma, con atenta, y profunda consideracion de lo que habia recibido, y con hacimiento de gracias intimo, que le encendia el fuego santo del amor divino, procuraba conservarlo, y aumentarlo todo el dia, y la noche, yá por introversion á este santo retiro, quando la dejaban, yá por extraversion al trato caritativo, y apacible de los progimos, caminando de esta manera su alma por espirituales egercicios, y su vida por los terminos de su enfermedad.

7 Estaba para profesar en este Convento el dia de la Visitacion de nuestra Señora, á dos de Julio, Sor Juana del Espiritu Santo, hija del Duque de Villahermosa, á quien su Alteza queria mucho, por hija de sus padres, nieta de su abuela la Duquesa Doña Juana de Perneстan, que sirvió à su Alteza con raro amor desde sus tiernos años. Deseaba el consuelo de esta niña, la qual con grande ansia esperaba el dichoso velo de su profesion. Embarazaba la enfermedad de su Alteza, porque como habia de ser con toda solemnidad, y hallarse presentes sus Magestades, y la Nobleza de la Corte, que en tales ocasiones entran en el Convento, y no estando su Alteza con salud, no parecia que podia haber fiesta espiritual, ni contento, y se podia temer, que el concurso de la gente, y continuacion de las visitas le agravasse mas el accidente; y asi habia orden de su Magestad, para que si su Alteza no estaba buena, se dilatasse la profesion. Pero nuestro Señor, que ni en lo poco quiere defraudar los deseos de sus siervos, quiso cumplirle á su Alteza el que tenia de vér á esta niña professa antes de su muerte. Y assi el Viernes, primero de Julio, mejoró tanto, que los Medicos creyeron, que habia dado fin la enfermedad. Dieron cuenta á sus Magestades de la mejoría, de que se alegraron sumamente, como quien con tan grande ternura la amaban. Con esto se dispuso la fiesta, y profesion para el Sabado dia de la Visitacion, Celebróse muy solemnemente, con

la Real presencia de sus Magestades, y estabase en la cama su Alteza en su celda, adonde la visitaron, é hicieron compañia los Reyes, alegres de verla con tanta mejoria. Entretuvose aquella tarde, porque le fue de mucho alivio, por las circunstancias de gozo de vér cumplido su deseo, y el de la recien professa. Despidieronse de su Alteza á la noche sus Magestades, y volvieron á Palacio, gozosos de la mejoría con que su Tia quedaba.

8 Entré en su celda luego que salieron, y le pregunté ¿cómo lo habia pasado? Respondió: De todo me ha ido muy bien: hállome muy agradecida á nuestro Señor, por los beneficios que de su mano he recibido: he gozado de la merced que sus Magestades me han hecho, y alegrado de verlos buenos, Dios los guarde, y no poco de que esta niña se halle yá professa, y consolada: todas son misericordias de Dios, quisiera saberlas agradecer, y servir. Pero sepa el Padre Confesor, que la mayor, y que me importa mas, es el cuidado que conservo en mi corazon de no perder de vista la muerte. Tan poco divertian á su Alteza las cosas de la vida, en el importante cuidado de lo eterno.

CAPITULO XXVII.

AGRAVASE LA ENFERMEDAD DE SU Alteza, y cuidado que puso á todos.



DOmingo siguiente, tres de Julio, entré á decir Misa á su Alteza, y á comulgarla: hizolo con gran devocion, y espiritu. Aquel dia pareció mas hinchado el brazo; pero con poca calentura, y buen aliento, y aunque creían los Medicos, que estaba libre de la enfermedad, y lo pasó mas descansada; pero siempre con advertencia, de que la muerte estaba muy cerca. La noche siguiente corrió el humor, siendo tan grande la fluxion al brazo, que ahogó su calor natural, y vino á causar una enfermedad, que los Medicos llaman *Estiomenon*, que es total mortificacion de la parte. Lunes por la mañana, hallando los Medicos este nuevo accidente, desconfiaron de la salud de su Alteza, y ordenaron, que con el Doctor Andosilla, Cirujano de Cámara de su Magestad, se juntasse el Licenciado Blás Rodriguez, que tambien sirve con el mismo honor. Acudieron al remedio, pero no se minoraba el pe-

peligro. Dióse otra vez aviso á sus Mageſtades del nuevo accidente, que lo ſintieron con grande eſtremo; y con ſingulares demoſtraciones de amor, y caricias mandaron á los Medicos, que cuidaſſen como de la ſalud de los Reyes de la de ſu Alteza. No ſolo enviaban muy ordinariamente recados, para informarſe puntualmente del eſtado de enfermedad, ſobre la noticia que les daba de ella el Abad de Covarrubias; ſino que mandó ſu Mageſtad al Marqués de Torres, ſu Mayordomo (Caballero de ſingulares partes, zelo, y acierto en quanto corre por ſu mano) que aſsiſtieſſe en ſu nombre en las Deſcalzas á lo que conviniеſſe al ſervicio, y regalo de ſu Alteza. Como entendí el rieſgo en que ſu Alteza ſe hallaba, entré al Monaſterio, por cumplir con lo que debia, y me habia mandado de que no la faltaſſe en el ultimo punto. Luego que llegué á ſu celda, dió mueſtras de eſpiritual regocijo, diciendo:

2 O que bien ha hecho el Padre Confeſor en entrar, que ſupueſto que el brazo no les parece bien á los Medicos, á mi me parece mejor prepararme para todo ſuceſo; y aunque no ſiento coſa particular de que confeſarme, por gozar de eſte Santo Sacramento de la Penitencia, me reconciliaré. Yo le dige: Pareceme bien Señora, y que vueſtra Alteza ſe confieſe, como ſi eſta huvieſſe de ſer la ultima confeſion, que podria ſer que lo fueſſe. Reſpondió ſu Alteza con mucha paz, y ſoſiego: Gracias á nueſtro Señor, que ſiempre me he confeſado con eſta conſideracion, como ſi huviera de ſer la ultima. Pero ſi al Padre Confeſor le parece, que añada ahora otra coſa, digame lo que debo hacer, que yá ſabe, que deſeo cumplir con todo, eſpecialmente con eſto. Yo como ſabía por tantas confeſiones el eſtado de ſu alma, aſſeguréla en aquel particular, y que ſolo ſe reconciliaſſe, haciendo de ſu parte lo poſible. Hizo eſto con admirable eſpiritu, y fervor: abſolvila, y quedó ſu alma muy conſolada; porque como ſiempre tuvo aquel ſanto rendimiento, y fé con ſus Confeſores, ajuſtabaſe con facilidad á lo que la decian, diciendo: Si le parece aſsi al Padre Confeſor, ſea muy en hora buena, que aſsi lo entiendo yo. Eſte era ſiempre ſu modo de obedecer.

3 Deſpues de haberſe reconciliado me preguntó: ¿Parecele al Padre Confeſor, que eſtoy bien confeſada? Debo hacer mas de lo que ha viſto en la confeſion general, y en las demás que he hecho? Heme reconciliado bien? Digame lo que le parece, que

aqui estoy con deseo de cumplir con lo que debo á Christiana. Digele lo que sentia, y que se hallaba obligada á Dios, con gran deuda, pues la habia conservado en gracia hasta aquel punto. Levantó el corazon á Dios diciendo: A Vos, Señor mio, se debe todo, y á Vos me doy toda. Dijome: ¿No es asi, que me muero? Digame, qué hay en esto? Respondíla, que asi lo entendia; porque el mal, y el parecer de los Medicos lo daban á entender: y que diesse gracias á nuestro Señor, que yá se llegaba el termino ultimo de la vida, á que se habia de seguir el vér, y gozar de Dios. Oyó esto con atencion, y comenzó el esterior á dar muestras del gozo espiritual que sentia, y con alegria increíble dió gracias á Dios por tan buena nueva. Creció este alborozo santo de manera, que una Religiosa, que se habia quedado cerça, y el amor grande que tenia á su Alteza no la habia permitido desviarse mucho, y esto mismo le hacia estar atenta á vér si se ofrecia en que poderla servir, oyò lo que pasaba, y pareciósle que era mucho gusto en semejante ocasion. Llegóse á la cama con lagrimas, y dolor, y dijola: ¿Qué es esto, Señora, pues ahora està con essa risa, quando todas estamos muriendo de dolor, y sentimiento? Acercóla à sí su Alteza, y tomandola la mano, la dijo con mucho agrado consolandola. ¿Mi amiga, no quereis que esté alegre, pues tengo yá pronosticos ciertos de que se acaba mi peregrinacion, y destierro, y que he de vér presto á mi Esposo Jesus? Dijole la Religiosa: Muy bien está; pero hay antes mucho que temer, y que pasar, porque está primero la muerte, y la cuenta.

4 Asi lo entiendo, y lo creo, dijo la Infanta: y aunque es verdad, que yo tengo mas que temer, por ser la peor de todas, pero ha puesto Dios en mi alma una esperanza tan segura, y un amor tan grande á su Magestad, que sin comparacion es mayor que el temor, que pueden causar mis pecados, la muerte, y el juicio; y siendo esto asi, ¿por qué no quereis que yo esté gozosa, y alegre? Enterneciósе la Religiosa, respondiendo con lagrimas á estas santas palabras: y su Alteza con mucha blandura, y caricias, la consolaba, diciendola: Callad mi amiga, ¿por qué llorais? sentís mi buena dicha? Yo estoy muy contenta, y vos debeis estarlo si bien me quereis. Estuve atento á este coloquio, y conocí en las palabras de su Alteza el afecto, y fervor con que las decia, y que la mano del Señor andaba de por medio, y la

go-

gobernaba. Hiceme de su parte de que mostró grande gusto, y dijo á la Religiosa: ¿Veis como tengo razon? mirad lo que el Padre Confesor dice.

CAPITULO XXVIII.

RECIBE AL SEÑOR POR VIATICO.



Omo su Alteza reconocia la fuerza del mal, parecióle que era bien assegurar en todo su alma, haciendo lo debido para esto; porque ni pensaba, ni hablaba en otra cosa. Dijome despues de haberse reconciliado: Lo que falta ahora es, recibir el Santissimo Sacramento: sino huviere inconveniente, holgaria mucho recibir este consuelo, y assegurar cosa que tanto importa. Estando vuestra Alteza tan agravada, respondí, no hay inconveniente, antes me parece muy bien, y muy conforme á su obligacion. Dijo su Alteza: Pues por amor de Dios, que se disponga luego, y goce mi alma de tan soberano Señor. Tocóse la campana, juntóse la Comunidad con bien poco trabajo; porque el amor, caridad, y pena con que se hallaban con este accidente, las tenia yá juntas. Previnose lo necesario, dispusose todo conforme á la loable costumbre, y santas ceremonias que usan en tales ocasiones en este Santuario. Fuimos en procesion al Relicario, donde estaba el Santissimo Sacramento, y entretanto quedó su Alteza preparandose para celebrar estas ultimas bodas, con afectuosos actos de Fé, de Esperanza, y de Amor, con tan espirituales demostraciones, que dicen las Religiosas, que la quedaron assistiendo, que verla, y oirla en aquella ocasion, era cosa admirable; porque decia con grande ternura: Bendito seais Vos Señor, y bendita vuestra gran Caridad, que no sabeis negaros á nadie, que con amor os busca en qualquier tiempo, y á qualquiera hora, estando manifiesto para todos. Bendita sea vuestra Bondad, y vuestro Amor suavissimo. ¿Quién me digera, que á esta hora habia de recibir tal bien? Venid, venid, Señor mio, que os espera mi alma para entregarse á Vos para siempre.

2 En esta santa ocupacion estuvo el espacio que el Santissimo Sacramento llegaba. Habia quedado de acuerdo su Alteza de hacer esta comunion dentro de su morada, en la santa Llaga del Cos-

Costado, y que despues de haber recibido á su Magestad le habia de enrregar las llaves de su libertad, pidiendole la encerrasse en donde habia vivido tantos años, porque deseaba morir, y ser sepultada su alma en aquel santo lugar. En estas consideraciones, y afectos se hallaba, quando enrraba la procesion acompañando al Señor en su celda á visitar, y recrear á su Esposa. Estaba aquel estrecho, y pobre lugar hecho otro Portal de Belén: parecia un Cielo abreviado con la Real presencia del Señor de los Cielos, acompañado de aquel Coro de virgenes, todas con sus velas encendidas, y puestas de rodillas, diciendo devotamente los Salmos, y Oraciones que ordena el Ceremonial para semejanres actos, y los que en esta santa Casa se acostumbran. Hallabase su Alteza con la compostura Monastica, y Religiosa, puesto su habito, tocas, y velo, con tan gran reverencia, y devocion en lo corporal, y espiritual, con tan tiernos, y amorosos sentimientos que á todos los comunicaba, dando una certeza moral de la santidad, y gracia en que se hallaba su alma. Incorporóse en la cama, y con profunda veneracion, la mas humilde, y reverente que pudo, recibió á su Magestad Divina, y luego se recogió á hacer las postreras enttegas de su alma, y á pedir al Señor, que tomasse la possion eterna, como de cosa tan suya. Luego volvió á hablar á la Comunidad, para cumplir con la santa ceremonia de la Religion, de pedit perdon á las Religiosas, y que la encomienden á Dios. Y á la Madre Abadesa rogó, que la diesse un habito de limosna para enterrarse.

3 Tal es la pobreza Evangelica, que á los mas poderosos reduce á esta necesidad, y á esta dicha de hallarse en aquel ultimo trance sin el embarazo que suelen causar los bienes temporales, que no dejan morir en paz á los que siempre vivieron con ellos en guerra. Hermanas, dijo, á todas pido con el encarecimienro que puedo, que me perdonen por amor de Dios, el mal egemplo que las he dado con mi vida desperdiciada: y asimismo el trabajo que han tenido con mi importuna condicion, y flaqueza: y pues han visto qual he sido, esso mismo las obligue á encomendarme á Dios, por haberlo tanto menester. A la Madre Abadesa, y al Padre Confesor pido me hagan caridad de darme á su tiempo el ulrimo Sacramenro. Despues de haber acabado con este acto, se volvió á recoger en su interior:y desde aquella hora hasta la de la muerte quedó con grande alegria, y un

ros-

roſtro tan riſueño, y agradable, que cauſaba admiracion. Deſde entonces eſcuſaba mucho hablar, y aſsi lo dió á entender; ſolo reſpondia, y ſatisfacia á lo que la preguntaban. Eſtaba muchos ratos en unas ſuſpenſiones interiores,con que daba demoſtracion de la ocupacion en que ſe hallaba. Decianla: Señora, yá V. Alteza ſabe que eſta es muy buena ocaſion para negociar con Dios, precioſo tiempo es eſte, V. Alteza lo aproveche: reſpondia con humildad, y alegria: Yá yo lo procuro, y cierto que no puedo mas: en mi caſica me eſtoy, alli me entrego á Dios, ſi algo ſe hace, ſu Mageſtad lo obra, que yo ſoy una pobrecita: muy bien hallada eſtoy en la Llaga de ſu Santo Coſtado. Pregunróme con reſignacion: ¿Padre Confeſor, parecele que eſtoy bien confeſada, y que he cumplido con mi obligacion? Tengo mas que hacer? Digamelo, que aqui eſtoy con deſeo de dar guſto á mi Dios. Señora, la decia: lo que hay que hacer ahora es repetir, y continuar los actos que eſtá haciendo de reſignacion, de Fé, de Eſperanza, y Caridad, afinandolos quanto la fuere poſible. Yo lo haré como ſupiere, y repetia diciendo: Señor mio vueſtra ſoy, para Vos nací, en Vos eſpero, y á Vos adóro, hagaſe en todo vueſtra ſanta Voluntad.

CAPITULO XXIX.

PACIENCIA EGEMPLAR DE SU ALTEZA en eſtos ultimos dias.


E la ocupacion interior, y de la aſsiſtencia amoroſa que nueſtro Señor la hacia, reſulraba aquella admirable paciencia, y egemplar alegria, paz, y ſilencio con que paſaba ſus penas, ſin quejarſe, ni dar á ſentir ſu mal. Admiraba á las que la aſsiſtian, y ſervian, diciendola: ¿Señora, cómo le vá? Qué ſiente? Reſpondia con alegria, y agradecido ſemblante: Muy bien me vá: no ſiento coſa, ſolo el peſo de eſte brazo es grande; pero no me duele, que como nueſtro Señor conoce mi flaqueza, no me aprieta mucho. Padecia en toda la enfermedad grande ſed, cauſada de la continua calentura. Decianla algunas Religioſas: ¿Tiene ſed V. Alteza? Reſpondia: Mucha tengo: ſi me quieren dar un poco de agua, lo agradeceré, y ſi no todo ſerá padecer un poco mas por

por amor de Dios. Causaba admiracion su sufrimiento, y tolerancia; porque siendo el mal del brazo tan grave, y penoso, y de tantas congojas, especialmente en aquellos dias ultimos, lo disimulaba, sin dar á entender lo que padecia, sin quejarse, ni moverse. Observamos por cosa rara, que desde el Lunes por la mañana, que le curaron el brazo, hasta que murió, no se mudó, ni movió de aquel lugar, ni fue necesario componer su santo cuerpo, ni llegar á su Alteza, estandose queda, sin quejarse, como si el mal fuera muy leve. Dijola la Abadesa: ¿Señora, cómo se siente V. Alteza? Y estando harto acongojada, respondió: Algo mejor. Otra vez dijo: Esta noche he de estár mal acondicionada, tengan paciencia conmigo, y no se escandalicen, si me quejáre, que me aprietan mucho las congojas del corazon. Esto fue lo mas que dijo, y en toda la noche no se le oyó quejar mas que si no tuviera dolor, ni congoja. Finalmente excedia su invencible paciencia, y mansedumbre en aquella ultima noche, al terrible dolor con que se hallaba á las fatigas, la sed, las ansias, cansancio, y desvelo, estando tan constante, que si alguna vez suspiraba, decia: Hermanas, perdonenme por amor de Dios, que estoy un poco congojada.

2 Aquella noche entre las nueve, y las diez, estando enmedio de su mal, con gran quietud, llamó á la Madre Abadesa, diciendo, que se llegasse á la cama: Hablemos, dijo, un rato, que no sé si tendrémos otro, y tambien me servirá de alivio. Era grande el amor que se tenian desde sus tiernos años, y la lealtad con que la Madre Abadesa la habia asistido, y servido desde su primero uso de razon. Habló gran rato en lo mas importante: encomendóle mucho la observancia regular de su Convento; y que procurasse siempre el buen egemplo con que habia vivido desde su fundacion: que trabajasse en que se guardassen las santas, y loables costumbres, que las ancianas habian establecido: que assistiessen mucho á la Señora Sor Dorotéa, su Sobrina, como prenda tan de su corazon. Yo fio, dijo, de la virtud de Dorotéa, que sabrá merecer la caridad que la hicieren: nuestro Señor mirará por ella, y su Magedad creo que la hará mucha merced. La Madre Abadesa la satisfizo à todo con grande prudencia, encargandose en quanto sus fuerzas alcanzassen de lo que la ordenaba. Pasó la noche con mayor mal, y trabajo, que demostracion, guardandolo todo para sí, sin dar parte á las que la asistian.

Lle-

3 Llegaban algunas Religiosas amorosamente á consolar á su Alteza, y una de ellas la dijo: Señora, fie V. Alteza del Señor que ha recibido, y tiene en su alma, que la ha de dar salud, y vida por el consuelo de tantas criaturas. Respondióle: Ahora estamos en esso, es verdad, que mis pecados merecen muy bien que me alargue el Señor mi destierro, castigandome con mas vida, y mas trabajos; pero fio de su Bondad, que de esta vez se ha de servir de llevarme á que yo le vea, y le góce. Dijo la Madre Vicária del Convento: V. Alteza se consuele mucho con lo que Dios hace, y conformese con su voluntad. Respondió risueña, y alegre: Tanto lo estuvierades vos, y las demás en mi muerte, como yo estoy en recibirla: tomad esse consejo para vos. Deciale una de sus compañeras: Señora, míre que haga muchos actos de amor, y todo lo que ha sabido hacer en la vida, no lo olvide en la muerte. Respondia con afabilidad: Dios os pague el aviso; esso mismo estoy haciendo, aunque con menos fervor del que quisiera.

CAPITULO XXX.

LO QUE SU ALTEZA PREVINO ANTES de morir.



Artes por la mañana entré en el Convento para assistir á su Alteza, halléme en la primera junta de los Medicos, y eran todos de la Cámara, y siempre hallaban menos esperanzas de su vida. Su Alteza muy contenta, y conforme, ardiendo á un mismo tiempo en su pecho el amor de Dios, y de los progimos, porque murió con el cuidado que toda la vida vivió; hablando de las cosas de su alma, me dijo: Solo una cosa me dà pena, y deseo en ella hacer lo que se pudiere de mi parte, y despues haga Dios lo que fuere servido. El Padre Confesor me ha de hacer gusto de sacarme de este cuidado. ¿Essa buena gente, queda desacomodado alguno? quisiera poder mucho en su remedio: no tengo que dejarles otra cosa, sino la merced que su Magestad les quisiere hacer: deseo valerles en esto: háme de hacer caridad el Padre Confesor de ir á besar la mano á su Magestad de mi parte, y decirle el estado en que nuestro Señor me tiene, y que estoy cierta de que la mucha merced que me ha hecho en la vida, la con-

tinuará en la muerte: que le suplíco ampare mucho la Orden de N. P. San Francisco, en donde he vivido tantos años: que se acuerde del amor que he tenido á este Convento, y lo que debo á estas Religiosas: y que bien sabe su Magestad lo mucho que he querido á Dorotéa, que me haga merced de recibirla debajo de su Real amparo, y favorecerla, como yo lo confio. Y que pues sabe, que muero como Monja pobre, y que no tengo que dejar á esta buena gente que me ha acudido por su mandado, que su Magestad los socorra, y ocupe en su servicio, y entretanto mande alargarles los salarios que tenian, que será para mi de grande consuelo: y lo mismo diga al Conde Duque de mi parte, que sé que acudirá á todo, y dispondrá, que el Padre Confesor bese la mano á su Magestad. Y si no, bastará que el Conde lo entienda, que estoy cierta dará orden à todo, y lo pondrá en egecucion. En medio de sus fatigas, y congojas mortales estaba tan atenta á no faltar á la caridad, quanto se puede conocer por estas palabras. Mandóme, que fuesse presto, porque corria apriesa su vida, y se sentia agravada.

2 Fuí con este orden á Palacio, hablé al Conde Duque, díle el recado de su Alteza, que recibió con singular estimacion, y sentimiento, de que el mal la apretasse tanto, y se hallasse en tal estado su salud. Respondió: Que en quanto fuesse de su parte pondrian en egecucion todo lo que su Alteza mandaba, y dióme orden su Excelencia, que entrasse á besar la mano al Rey, y darle cuenta de todo. Yo le supliqué me diesse licencia, para volverme, porque su Alteza quedaba de peligro, y deseaba no faltarle en tal ocasion. Asi como el Conde Duque entendió esto, vino bien en ello, diciendome, que asseguraſſe á su Alteza, que luego al punto tomaria resolucion su Magestad. Degéle el memorial del numero, y oficios de los criados, y lo que pretendian, y volvime á asistir á su Alteza que la hallé con paz, alegria, y serenidad admirable. No parecia que tenia mal, aunque le habia dado una congoja poco antes, de que yá se hallaba libre: díle cuenta de todo: holgóse sumamente, y agradeciólo, y la brevedad de la vuelta, como si aquello no fuera debido.

3 Este dia, y los antecedentes, se hacian en la Corte, y fuera de ella muchas oraciones, se decian Misas, repartian limosnas, pidiendo todos con ansia la vida, y salud de su Alteza. En muchas partes estaba el Santisimo Sacramento descubierto, especialmen-

menre en este Real Convento, que estuvo en público hasta que su Alreza dió su espiritu al Señor. Consolabase quando yo la decia las oraciones que se hacian, y que por ellas le habia de hacer nuestro Señor muchas mercedes. Daba gracias á Dios, diciendo: Recibid, Señor, por mi alma rodas estas oraciones, y pagadles, Bien mio, la caridad que me hacen. Enrrerantro su Alreza pasaba su mal con grande igualdad, y con ral rendimienro á todo lo que le ordenaban los Medicos, que decia: No quiero perder este merecimiento, Dios me dió á estos hombres para que les obedezca, rengolo de hacer con roda punrualidad. Quando iban llegando los recibia con grande alegria, agradeciendoles su cuidado, especialmenre quando venía el Proromedico, Abad de Covarrubias, y le daba los recados de los Reyes, assegurando la pena con que estaban, y lo que en orden al servicio de su Alteza le tenian mandado. Agradecialo con particular demostracion, diciendo: Sea rodo por amor de Dios. Decid á sus Magestades lo mucho que estimo la caridad que me hacen; que les dé Dios la vida, y salud que siempre les he deseado.

4 Quiso el Señor, que nada deseasse esta su sierva, que no lo viesse cumplido antes de morir: acordabase del desamparo de sus criados, y consolabase, diciendo: Su Magestad les harà merced, yo lo fio, el Padre Confesor lo verá. A este riempo estando yo á su cabecera, y hablandola en las cosas de su alma, llegó un papel del Conde Duque, en que me decia lo que su Magestad habia determinado en lo que yo le habia propuesto de parre de su Alreza rocanre á los criados; á los quales hizo su Magestad merced, acomodandolos de renta, y á otros de oficios; porque en rodo lo demás su Magestad queria responder con tales demostraciones, que se conociesse el amor que renia á su Tia. Leí á su Alteza el papel, estuvo muy arenra, norólo rodo, y con semblanre agradecido, con mucha blandura, dijo: Gracias á Dios, él sea bendiro; siempre enrendí de su Magestad, y de la merced que me hace, que habia de ser esto como yo lo he dicho, Dios lo guarde muchos años, y pague al Conde lo bien que lo ha dispuesto.

5 Estaba su Alteza tan entera, y ran en todo, que nadie juzgára, que su vida caminaba tan apriesa, ni que su mal era ran grave. Quiso Dios cumplirle lo que ranras veces le habia suplicado de que le diesse enfermedad, y muerte con que siempre

le estuviesse amando hasta despedirse el alma del cuerpo. Era la enfermedad de su Alteza uno de los mas penosos accidentes que podian ofrecerse á los Reyes, por la grande veneracion, y amor con que siempre la habian comunicado: y assi fueron iguales al sentimiento las demostraciones, no solo en el cuidado de saber de su salud, y de que no faltasse cosa alguna á su regalo, y servicio, sino que con ser su enfermedad tan peligrosa, y tal el tiempo, que se podia temer qualquier contagio en personas de una misma sangre, y complexion, no pudiendo tolerar, que muriesse sin volverla á vér, aunque la habian en aquella enfermedad visitado. Estando yá puestos los coches el Martes para volverla otra vez á visitar, les privó de este consuelo la brevedad de la muerte de su Alteza, como luego dirémos. Tambien poco antes que muriesse fue el Conde Duque á las Descalzas á saber de su salud, y habló á la Abadesa, informandose muy particularmente de la enfermedad con singulares demostraciones de pena, vér las pocas esperanzas que daban los Medicos de su vida.

CAPITULO XXXI.

TRANSITO DICHOSO DE LA INFANTA Sor Margarita de la Cruz.



Ssi como el navegante despues de la tempestad mira desde el navío con alegria la tierra, miraba con gusto su Alteza desde la tierra de su cuerpo el Cielo; porque no se puede creer el gozo que tenia algunas horas antes de su dichoso transito, sintiendo yá el alma la bienaventuranza que le estaba aguardando. Forzoso era que fuesse el paso de la muerte el mas penoso de su vida, porque en él se apartaban estas dos amigas, y enemigas sustancias que siempre se amaron, y siempre se persiguieron. Con ser esto assi, la paz, la serenidad, el contento de su Alteza era grandissimo, corrigiendo la gloria del alma las congojas, y fatigas del cuerpo: veíamosla reir algunas veces con grande dulzura, y sentimientos tiernos; y preguntandola las Religiosas: ¿Señora, de qué se rie vuestra Alteza? Respondia con paz, y alegria: Hay causas para ello, y una de ellas es la suave, y dulce harmonía de una musica que oygo. Replicaronla: Señora, míre vuestra Alteza

za que es engaño, que no canta nadie, ni se oye musica alguna. Bien puede ser que me engañe, respondia, pero verdaderamente me parece que la oygo. De alli á un poco estando reconciliandose para recibir el Sacramento santo de la Extrema Uncion, me dijo: Que lindamente cantan, ¿no lo oye el Padre Confesor? Respondí: Señora podrá ser que canten en la Iglesia, que está el Santissimo Sacramento descubierto. Dijo su Alteza: Bien me parece á mi que es musica, y fiesta de Sacramento; ella es linda cosa. Y lo cierto era, qui ni yo oía musica, ni desde alli se podia oír, quando cantàran en la Iglesia, ni cantaban entonces en ella.

2 De alli á otro poco volvió á reirse con gran compostura, y júbilo verdaderamente espiritual. Dijola una Religiosa: ¿De qué es la risa, Señora? Respondió: Pasan aqui grandes cosas, y assi no os espanteis que me ria. Quien vió esto, y la alegria espiritual de aquella Señora en el tiempo mas congojoso que tiene esta vida mortal, y ha llegado á entender lo que un Religioso docto, y grave de esta Corte ha referido, que Dios nuestro Señor mostró á cierta alma aquella tarde una procesion de Angeles hermosissima, que con instrumentos musicos iban á las Descalzas; ¿cómo puede dejar de entender, que el Señor quiso pagar en la muerte á aquella sierva suya los dulces, y suaves afectos con que le habia servido en la vida, renunciando por su amor la mayor grandeza temporal que ha podido desestimar persona en el siglo? Refiere San Gregorio, que á un pobrecillo baldado, que estuvo en Roma muchos años, pidiendo limosna, y padeciendo por Dios, le honró con musica celestial al morir. No dá mucho al credito, el que tiene por cierto que á su Alteza pobre, como aquel en la profesion, egercitada en la tribulacion, rara en la perfeccion, honraria Dios con igual harmonía.

3 Hablaba su Alteza con gran caridad, y amor con todas las Religiosas, Respondiendolas blanda, y suavemente, y despidiendose de ellas con la misma ternura que habia vivido con ellas. Ruegoos, decia, que encomendeis á Dios mi alma, pagando en oraciones el amor que os he tenido; que fio en su Bondad, que me ha de llevar adonde pueda pagar este cuidado. Martes, algo antes de las quatro de la tarde, llegaron los Medicos de su Magestad, y digimosla: Señora, yá vienen los Medicos. Respondió con mucha alegria: Vengan en buena hora, que yá no tie-

tienen que hacer, porque me siento sin mal alguno, y sin pesadumbre: como quien tenia por pesadumbre la salud, y por mal el dilatar el gozo del eterno bien. Advertimos por cosa notable, que estando tan cerca de su dichoso transito, se hallasse tan entera en todas sus potencias, y talento, y en la alegria, y agrado de su condicion, y con semblante tan risueño, como pudiera con entera salud. Recibia á los Medicos con amor, diciendo á cada uno: Seais bien venido, Dios os pague la caridad. Dabanle algunos recados de sus Magestades, diciendola el cuidado grande con que estaban, y el deseo de su salud, y vida, y lo que les habian mandado que cuidassen con todo desvelo de lo que mas cumpliesse á su servicio. Oìa esto muy atenta, y alegre, y respondia con agradecimiento: Dios pague à sus Magestades la merced que me hacen, cierto que se la merezco por el amor que les tengo.

4 A esta hora hicieron los Medicos una junta, que duró mas que la vida á su Alteza, porque estando ellos juntos parece que le fatigó algo el mal. Reconocilo, y digela: ¿Cómo se siente vuestra Alteza, Señora? parece que hay novedad. Respondió: Es assi, que me siento algo congojada. Dige: ¿Será bien que trahigamos el santo Olio? Pareceme muy bien, respondió, porque deseo recibirlo con tiempo, antes que me turben las ansias de la muerte. Volviose á reconciliar, absolvila por la Bula, concediendole todas las indulgencias que mi Serafica Orden tiene para este articulo. Hizo devotissimos actos de Contricion, y de Caridad, resignandose en las manos de Dios, y quedóse con algunas Religiosas entretanto que la Comunidad, y los que nos hallamos presentes fuimos por el Olio sagrado. Llegó la procesion á la celda, cercaron la cama las Religiosas con velas blancas encendidas, diciendo los Salmos que manda el Ceremonial, entretanto le administré el postrer Sacramento, como lo ordena la Iglesia, y con las ceremonias que se acostumbran en este santo Convento. Acabada esta venerable accion, con singular devocion, y ternura de su Alteza, viendo que iba apriesa la vida á coronarse con dichoso fin, se la dijo la recomendacion del alma, y teniendo el Santo Christo en las manos, arrimandolo al pecho con dulces, y tiernos sentimientos de amor, y con santa envidia, y dolor de las Religiosas, dió su alma á Dios á las cinco de la tarde Martes á 5. de Julio de 1633. Quedó el rostro alegre, y el cuerpo tra-

ta-

table, comunicando al ſalir el eſpiritu el gozo con que iba del deſtierto á la Patria. No parecia el cuerpo difunto, tanto, que los que alli nos hallamos lo mirabamos, y lo admirabamos, y fue neceſario uſar de algunas experiencias para vér ſi dejaba de eſtár animado: advirtiendo por coſa admirable la compoſtura exterior, y religioſa con que quedó difunta; ſu Eſpoſo en el pecho, ſu Roſario en la mano, el habito compueſto, el cordon, el velo, las tocas, ſin que las circuſtancias de la muerte alteraſſen un punto el exterior, y modeſtia del ſemblante que guardó en ſu vida.

CAPITULO XXXII.

COMPONEN EL CUERPO DE SU ALTEZA para el entierro.



Ifunto el venerable cuerpo de la Sereniſsima Infanta Sor Margarita de la Cruz, fue llorado con tiernas, y devotas lagrimas por la Señora Sor Dorotéa, la Abadeſa, y las Religioſas, que aunque conſideraban la gloria que reſultaba de ſu muerte al alma, reconocian la falta que habia de hacerles el vivo egemplo de ſu perfeccion; conſiderando, que habian perdído en ſu amoroſa, y ſanta compañia, Prelada en el zelo, Maeſtra en la vida, y hermana en el trato. El dolor de la Señora Sor Dorotéa no hay quien pueda baſtantemente explicarlo, concurriendo en ſu perſona tan eficaces cauſas de pena: veíaſe ſin el amparo de tal Tia, ſin la doctrina de tal Madre, ſin el conſuelo de ſu compañia, y el alivio de ſu amor. Obraban de ſuerte los ſentimientos de la naturaleza con los eſtrechos vinculos del parenteſco, que era bien meneſter para llevarlos la gracia. Habiendo paſado el tiempo competente deſpues del dichoſo tranſito de ſu Alteza, hicieron las Religioſas los ultimos Oficios à ſu cuerpo: viſtieronle ſu habito, cuerda, y velo blanco, y negro, como murió, y vivió. No le embalſamaron por haberlo mandado aſsi ſu Alteza; pero puſieron ſobre ſu corazon una Imagen de nueſtra Señora, el Niño Jeſus, y una Cruz, como las prendas que en eſta vida mas habia amado. Acomodaron el devoto cuerpo en el feretro decentemente compueſto, ſobre un tumulo mediano, enfrente de la ventana del Relicario, adornaronlo de flores, y aqueſta venerable cabe-

beza coronaron con una guirnalda artificiosamente tegida : pusieronle una palma , explicando con ella la pureza de virgen , y con las flores sus virtudes : un sagrado Christo de marfil en las manos, como se muestra en la ultima estampa: pusieron al rededor muchas velas encendidas de cera blanca , que explicaron el color,la alegria espiritual que quiere San Pablo que tengamos los Fieles en la muerte de los Justos.

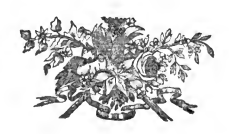
2 Hicieron compañia al devoto cuerpo de su Alteza todas las Religiosas aquella noche en el Relicario; que no pudieron apartarse despues de la muerte á quien tan tiernamente amaron en vida. Fue acuerdo del Cielo poner su cuerpo en el Relicario, ¿pues qué otro lugar se debia á quien tanto tiempo habia sido Relicario del Alma ? Ni en donde , sino en Relicario habian de estár colocadas aquellas venerables reliquias ? En el mismo lugar la pusieron difunta, que viva egercitó las virtudes; donde recibia al Señor , donde le adoraba , y amaba , donde daba á Dios alabanzas, consuelo á los progimos , y á los pobres socorro. Abrieron muy de mañana la ventana del Relicario, y pareció á los ojos del concurso grande que iba á venerarla, tan admirable difunta, como viva; el rostro como un cristal claro, alegre, y devoto, significando la gloria que en el Cielo estaba gozando su alma.

3 Asi como se supo la muerte de su Alteza, fue herida universalmente de dolor toda la Corte , sin que huviesse persona señalada á quien no lastimasse esta pena. Sintieron los Reyes sumamente la pérdida de su Alteza, Tia á quien tan tiernamente amaron , tan confidentemente trataron , tan asistentemente regalaron. Lloraba la Nobleza haber perdído su amparo; los pobres su socorro; y el pueblo su egemplo. Obsérvé con particular advertencia el dolor , y lagrimas de las personas devotas , y de todos los varones de espiritu , reconociendo quan grave pérdida es en el mundo apagarse una luz, que le está alumbrando. Causaba devocion, y lástima el vér las aclamaciones que con lagrimas mezclaban todos, de las nobles acciones de su santa vida. Quien admiraba el valor increible en despreciar las Coronas del mundo: quien su devocion fervorosa al seguir las inspiraciones de Dios: quien aquella pureza de vida : quien la constante perseverancia: quien la suavidad de su trato: quien el fervor de su espiritu. Los socorridos de su mano , la caridad : los edificados con su egemplo , la perfeccion. Lloraban las Religiosas aquel vivo egemplar

re-

religioso; los Seglares, la falta de su amparo, y el remedio de su intercesion. A la pérdida comun hacia mas sensible la particular: tantas huerfanas pobres; doncellas recogidas; Religiosas necesitadas; ciegos miserables; Comunidades, y Hospitales, que habian perdido con su Alteza el sustento. Entró muy de mañana el Patriarca de las Indias, Don Alonso Perez de Guzmán el Bueno, á decir Misa de cuerpo presente, por Limosnero, y Capellan Mayor de su Magestad: y en el Altar de afuera la digeron muchos Prelados, y personas graves.

4 Previno el Patriarca, con orden de su Magestad, todo lo necesario al entierro, y honras, con el cuidado, acierto, y amor que debia al favor que siempre recibió de su mano. Escribió á todos los Conventos, y Religiones, que la encomendassen á Dios, disponiendolo todo á la mayor utilidad, autoridad, y grandeza del alma, y del cuerpo de esta Señora. Mandó su Magestad, que digessen á su Tia gran numero de Misas: y que el Marqués de Torres, su Mayordomo, como habia asistido á la enfermedad, asistiesse á las honras, dando los ordenes convenientes en la Casa del Rey, para que en el tumulo en la forma, y disposicion de acto tan reverente, se guardassen los terminos debidos. El cuidado de Don Christoval de Ibarra, Capellan mayor de la Princesa, fue el que tocaba á su puesto, y á su discrecion, dando los ordenes convenientes á lo que dependia de su mano en aquel Real Templo, y Capilla. Don Gabriél de Alarcon representaba en el luto la Casa de su Alteza, y las obligaciones de fiel criado, disponiendo con grande atencion, y desvelo lo que estaba á su mano. De esta suerte se fue previniendo el entierro.



CAPITULO XXXIII.

ENTIERRO DE SU ALTEZA, Y SUS circunstancias.



PRevenido todo lo necessario al entierro, y honras de su Alteza, adornado el santo Templo del Real Monasterio de las Descalzas con sus propias colgaduras, el crucero, la Capilla con telas ricas, negras, y moradas, y el cuerpo de la Iglesia con terciopelo, y damasco negro, alfombradas rica, y decentemente las gradas: el tumulo con Real ornamento compuesto, cubierto de brocado, con insignias Reales, cetro, y corona, escudos, y tarjetas de las armas Imperiales, y con los blasones de Infanta, los quatro Reyes de Armas á las quatro esquinas, y Maceros: se digeron toda la mañana Missas en gran numero, acudiendo á esto los principales Padres, y Prelados de las Religiones. Dijo la Missa mayor Don Christoval de Ibarra, y Mendoza, Inquisidor de la Suprema, Capellan mayor de este Real Convento. A la tarde vinieron sus Magestades el Rey, y Reyna, con todas las Señoras, y Damas de Palacio, y con las demostraciones de sentimiento en el luto, que tenian de dolor en el ánimo. Entraron en el Monasterio, y fueron luego los Reyes al Capitulo á venerar el santo cuerpo de su Tia, que estaba acompañando la Comunidad con velas encendidas. No pudieron sin gande ternura, reconocer difunta á la que con tal amor, y estimacion trataban en la vida, considerando sin vital aliento aquel devoto cuerpo, que tanto tiempo habia sido ornamento del alma.

2 Pusose el cuerpo en el Capitulo, porque alli se le harian mejor los ultimos Oficios, y estaria mas cerca del Coro, donde estaba prevenido el entierro. Quedó la Reyna, y su Casa en la Tribuna, desde donde assistió á los Oficios. El Rey salió á la Iglesia, y estuvo en su cortina con la autoridad, y decencia acostumbrada. En el banco de los Embajadores, el Nuncio Apostolico, el Embajador de Francia, el de Venecia: cerca de la cortina su Mayordomo Mayor, Duque de Alva. En el banco de los Grandes, el Almirante de Castilla, Duque del Infantado, Duque de Medina de las Torres, Duque de Sesa, Duque de Alburquerque, Du-

Duque de Villahermosa, Duque de Ijar, Duque de Pastrana, Marqués de Astorga, Marqués de Santa-Cruz, Marqués de Velada, Marqués de los Balbases, Condestable de Castilla, Condestable de Navarra, Conde de Oropesa, Conde de Altamira, y otros grandes Señores. En el banco de los Prelados, el Arzobispo de Zaragoza Don Fray Juan de Guzmán, el Obispo de Cordova Don Fray Domingo Pimentél, el Obispo de Palencia, el Arzobispo Don Francisco Sanchez, Arzobispo de Mazara, el Obispo de Oviedo Don Martin Carrillo, Don Fray Juan Bravo Obispo de Urgento. En frenre del banco de los Grandes, en otro banco, los Capellanes, y Predicadores de su Magestad: en su lugar los Mayordomos, Gentiles-hombres de Cámara, y los demas criados de la Casa Real. El cuerpo de la Iglesia lleno de Titulos, Ministros, Personas graves, y el Pueblo á las puertas, en concurso tan grande, que pudieron mal resistirse las guardas. Envió la Abadesa á suplicar al Rey, que tuviesse por bien de que se digera solo un Nocturno, y las Laudes, porque el calor era de caniculares, y el que resultaba de las muchas hachas, y luces, podia hacer daño á su Magestad. Llevó este recado el Patriarca, y respondió, que le hiciessen los ultimos Oficios á su Tia, quan cumplidamente se acostumbraban, porque habia de estár en todos ellos. Con esto se digeron las Vísperas por entrambas Capillas Reales, con Nocturno, y Laudes, y grande solemnidad, haciendo el Oficio de Pontifical el Patriarca de las Indias, Capellan Mayor.

3 Acabado de cantar el Oficio, entró el Rey en el Convento con todos los Grandes, algunos Obispos, muchos Titulos, y otros Ministros, y Personas graves, á quien su Magestad dió licencia. Aguardaban dentro la Reyna, las Damas, las Señoras, la Señora Sor Dororéa, la Abadesa, la Vicária, y otras Religiosas ancianas, esperaban á su Magestad para recibirle como se hace siempre á la puerta reglar: las demas Monjas en Comunidad estaban en el Capitulo con el cuerpo de su Alteza.

4 Fueron sus Magestades al Capitulo, y luego que llegaron se acercaron al cuerpo de su Alteza, é hicieron la cortesía debida á su Tia, con grandes demostraciones de pena. Retirαronse á la mano derecha enfrente del cuerpo, asistiendole en pie todo el tiempo que se dijo un Responso. Hacia el Oficio el Patriarca con los Ministros que le ayudaban. Cantaban entrambas Capi-

llas desde la puerta del Capitulo. En acabando el Responso comenzaron las Religiosas el Salmo *Verba mea*, del primeto Nocturno de difunros, y con esto fue saliendo la ptocesion, y la Cruz delante con sus ciriales. Despues se seguia la Ctuz de la Capilla Real, que llevaba, no en guion, sino en la mano, un Diacono: luego las dos Capillas, y el Patriarca inmediatamenre al cuetpo; el qual llevaban los Grandes de España de ocho en ocho, mudandose á paradas. Iban despues del cuerpo sus Magestades, y todas las Señoras, y Damas: ulrimamente los Titulos, Ministtos, y Personas que se hallaron en aquel acto.

5 Con este concierro se subió al Claustro, y enfrente de la Capilla del sepulcro hicieton la primeta patada, y en conveniente lugar estaba levanrado un tumulo, cubietto de un paño de brocado; pusieron el cuerpo de su Alteza, y acabando las Religiosas el Salmo, canraron las dos Capillas Reales un Responso. Esto se hizo tres veces hasta llegar al Coro, y en medio de èl lo pusieron en lugar que para este fin estaba prevenido, con la magestad debida: los Reyes asistieron en pie junro á las sillas del Coro, cerca del lugar en donde habia de estár entetrada, y en aquella misma parte las Señoras, y Damas. Asistió el Patriarca, y los que le ayudaban á oficiar en su lugar. Los Grandes, Titulos, y Ministros, de la otra parre. Las Religiosas en las sillas altas del Coro. Despues de haber dicho el Responso, y Oraciones, que acostumbra la Iglesia, romaron el cuerpo los Gtandes, y lo llevaron al nicho donde se habia de enterrar, debajo de la urna en que está el de la Emperatriz su Madre, que no quiso Dios se hallassen divididos los cuerpos de quien tanto estuvieron unidas las almas. En habiendola dejado en su lugar, se salieron todos del Coro, y sus Magestades, haciendo oracion al Santissimo Sacramento, y despues el debido cumplimienro á su Tia. Fueron á la sala del torno, en esta Real Casa, y alli con razones muy favorecidas, consolaron á Soror Dorotéa, ofreciendola su Real amparo, y assegurando, que rendrian tal cuidado con su persona, que reconociesse quan vivo estaba en sus Magestades el grande amor que habian siempre tenido á su Tia, y la ternuta con que la amaban á ella. Esto se dejó conocer facilmente, pues dentro de muy pocos dias resolvió su Magestad las honras, y estimacion con que se habia de rrarar esta Señora, y muy considetable socorro, para que remediasse los pobres, que se fuessen á valer de

su

ſu amparo, y á Don Gabriel de Alarcón dió orden, que acudieſ-ſe á quanto fueſſe conveniente á ſu ſervicio.

6 A la Abadeſa, deſpues de haber explicado el Rey el ſentimiento, y pena que le habia cauſado la muerte de ſu Tia, dijo eſtas palabras: Madre Abadeſa, aunque haya faltado mi Tia de eſta Caſa, no eſteis con cuidado de que tengo de faltarle; porque ſi haſta ahora la he reconocido por mia, y por la perſona de mi Tia la he favorecido, como es razon, lo he de hacer mucho mas de aqui adelante, aſsi por ſu buena memoria, como por la miſma Caſa, y por haberme criado en ella. Y creed, que ſi mi Padre hizo mucho por voſotras, y ſe eſmeró tanto en eſſo, que le tengo de hacer venraja, ſi es poſible, y aſsi lo podeis decir á todas. Privilegio es bien que ſea de eſta Caſa, y conſuelo de las Religioſas en tan grande pérdida, eſtas Reales palabras. Deſpues de haber conſolado los Reyes aquellas ſantas Religioſas, volvieron á Palacio, dando fin á eſte acto por tantas cauſas ſolemne, Real, y devoto.

CAPITULO XXXIV.

LAS HONRAS QUE SE HICIERON A SU Alteza.


A Quién ſe deben las honras, ſino á la virtud, ni qué eſtimacion paſa mas allá de la vida, ſino la que hace venerable la muerte? Concurrieron la devocion, obligacion, y el amor á las honras de ſu Alteza; pues quando no ſe debieran á ſu ſangre, eran debidas à ſu clara opinion, y virtudes. Jueves á ſiete de Julio volvió ſu Mageſtad al Templo Real de las Deſcalzas, aſsiſtiendo en cortina al Oficio de cuerpo preſente. Hizolo de Pontifical el Patriarca de las Indias, Capellan mayor, hallandoſe en ellos Embajadores, Grandes, Arzobiſpos, Obiſpos, y criados de la Caſa Real que ſe han referido. Por haber concurrido todas las Religiones á hacer honras, y Oficios á ſu Alteza, como á Corona de las Religiones, mandó ſu Mageſtad, que ſe alargaſſen á 14. dias, lo que ſuele cumplirſe con nueve, y con todo eſſo fue neceſario duplicar los Oficios. No puede parecer digreſion penoſa, referir por menor todas las Religiones, y Prelados que concurrieron á eſte acto, premiando con hacer eterno en eſta Hiſtoria, ſu agradecimiento. Vier·

2 Viernes á 8. vino toda la Religion de mi Serafico Padre San Francisco, Observantes, y Descalzos: oficiò un Nocturno, y Misa, dijola el Padre Fray Antonio Enriquez, Vicario General de la Orden, y Obispo de Malaga: predicó el Padre Fray Miguél de Avellan, Predicador de su Mageftad, Confesor que fue de su Alteza, Obispo de Siria. Asistió en éste, y los demàs Oficios, el Marqués de Torres, Mayordomo de su Magestad, en su Real nombre, y Don Gabriél de Alarcón con la familia de su Alteza: decianse todas las Horas, y el Oficio de difuntos, antes de la Misa, con singular devocion. Sabado á 9. volvió la Religion de mi Padre San Francisco á proseguir su Novena: dijo su Nocturno, y cantó la Misa el Obispo de Siria. Este dia hizo el Oficio la Capilla del Convento Real de la Encarnacion: dijo la Misa cantada el Doctor Luis Garcia, Canonigo Doctoral de la Santa Iglesia de Avila, y Confesor de aquel Real Convento, Obispo electo de Orense. El mismo dia oficiò otra Misa cantada la Capilla Real de la Princesa, y la dijo Don Christoval de Ibarra, Inquisidor de la Suprema, y Capellan mayor de esta Real Capilla.

3 Domingo á 10. dijo Misa cantada, y la oficiò la Capilla de la Princesa, é hizo su Capellan mayor el Oficio. Lunes á 1. digeron tres Misas cantadas. La primera, la Serafica Religion: dijola el Padre Fray Joseph Vazquez, Consultor del Santo Oficio, y Padre perpetuo de la Provincia de Santiago. La segunda, la Casa. La tercera, el Colegio Imperial de la Compañia de Jesus, con asistencia de todos los Padres de ella, y de las dos Casas Professa, y Noviciado, en gran numero. Digeron Vigilia, y cantó la Misa el Padre Mudarra, Rector del Colegio; y los demás Padres digeron Misas rezadas. Este mismo dia hicieron el Oficio los Padres Carmelitas Descalzos; digeron un Nocturno, y cantó la Misa el Padre General de aquella Orden, vistiendose por Diaconos dos Difinidores Generales. Martes á 12. huvo quatro Oficios, y Misas cantadas. El primero hizo la Religion del glorioso Padre San Benito, y dijo la Misa el Padre Abad de San Martin. El segundo, la Religion de nuestro Padre San Francisco: cantó la Misa el Padre Fray Francisco Verdugo, Predicador de su Magestad. El tercero, la Religion de los Padres Clerigos Menores: dijo la Misa el Padre Provincial de ella. El quarto la Casa.

4 Miercoles 13. huvo quatro Misas cantadas, con sus Nocturnos. La primera, de la Orden de nuestro Padre Santo Domin-

go,

go, y la cantó el Padre Prior de Atocha. La ſegunda, la Religion de nueſtro Padre San Franciſco, y la dijo el Padre Fray Franciſco Juarez, Predicador de ſu Mageſtad, y Lector de ſanta Teología. La tercera, los Padres Minimos, y la cantó el Padre Provincial de ſu Orden. La quarta, la Capilla de la Princeſa, y la dijo ſu Capellan mayor. Jueves á 14. huvo quatro Nocturnos con ſus Miſas. La primera, de la Religion de San Aguſtin, cantóla el Padre Provincial de ſu Orden, de la Provincia de Caſtilla. La ſegunda, la Religion de nueſtro Padre San Franciſco, la dijo el Padre Fray Luis Guevara, Guardian del Colegio Mayor de San Pedro, y San Pablo de Alcalá de Henares. La tercera, la Religion de los Padres Trinitarios Deſcalzos, la dijo el Padre Provincial de ſu Orden. La quarta, la Capilla de la Princeſa, que es la Real de eſte Convento. Viernes á 15. huvo quatro Miſas. La primera ofició la Religion de la Santiſsima Trinidad. La ſegunda, los Padres Premoſtratenſes, cantóla ſu Padre Abad. La tercera, los Padres Deſcalzos de N. Padre San Franciſco, dijola el Padre Guardian de San Gil. La quarta, la Religion de N. Padre San Franciſco, ofició la el Padre Villamayor, Difinidor de la Santa Provincia de Caſtilla.

5 Sabado à 16. huvo quatro Miſas. La primera ofició la Religion de San Bernardo, dijola el Padre Maeſtro Fray Martin Gutierrez, Abad del Monaſterio de eſta Corte. La ſegunda, la Religion de nueſtra Señora de la Merced. La tercera, los Padres Aguſtinos Recoletos. La quarta, la Religion de N. Padre San Franciſco, cantóla el Padre Fray Diego de Frias, Padre perpetuo de la Santa Provincia de Caſtilla, y Guardian del Convento de San Franciſco de Madrid. Con eſto dió fin la Religion Serafica á ſu Novenario; el qual hizo con mucha devocion, y reconocimiento del amor, y veneracion que á ſu Alteza tenia; pues á mas de las Miſas cantadas, le dijo cada dia veinte rezadas, ſingularizandoſe en eſto entre todos los demas, por ſer mayor en la obligacion, y en el numero de Religioſos. Domingo á 17. huvo dos Miſas cantadas. La primera, de la Religion de San Baſilio, y la cantó ſu Padre Abad. La ſegunda, la Religion de los Padres Capuchinos. Lunes á 18. huvo quatro Oficios, y Miſas cantadas. La primera, de la Religion de San Geronimo. La ſegunda, la Religion de los Padres Mercenarios Deſcalzos. La tercera, la Religion de los Padres Carmelitas Calzados. La quarta, el Cabildo

de

de Curas, y Beneficiados de todas las Iglesias Parroquales de esta Corte, dijola el Vicario General. Este dia por la tarde vinieron sus Mageſtades, y el Rey eſtuvo en la Igleſia en cortina; la Reyna en el Coro; el tumulo con las Armas, y Blaſones de la Infanta; á las eſquinas los Reyes de Armas, y Maceros. Oficiaronſe Viſperas, y un Nocturno: hizo el Oficio de Pontifical el Nuncio de Eſpaña, Cardenal Ceſar Monti, aſsiſtiendo los Grandes, y Prelados de la Corte.

6 Martes á 19. vinieron ſus Mageſtades, y el Rey aſsiſtió en la cortina á la Miſa, que dijo de Pontifical el Nuncio, Cardenal Monti, hallandoſe los Embajadores, Grandes, y Obiſpos. Acabada la Miſa, predicó el Padre Hortenſio Paravicino, las admirables virtudes de ſu Alteza, con rara eloquencia: deſpues ſe dijo un Reſponſo, y cantaron todo el Oficio las dos Capillas Reales. Las Miſas que ſe digeron á ſu Alteza fueron en excesivo numero; porque ſobre las que dió orden el Rey, que ſe le digeſſen, ſe mandó por patente del Padre General, que en toda la Religion de mi Padre San Franciſco, aſsi Monaſterios de Religioſos, como Monjas, ſe hicieſſen Oficios; y que cada Religioſo la rezaſſe una Eſtacion al Santiſsimo Sacramento, ſobre haberla ofrecido en el Capitulo General de la Orden Sagrada, una Miſa por cada Sacerdote; porque quando bien la Piedad Divina hicieſſe que ſobraſſe á los meritos de ſu Alteza el ſocorro de eſtos ſufragios, hacia por lo menos mas ricos el Teſoro univerſal de la Igleſia.



CA-

CAPITULO XXXV.

DIGNOS ELOGIOS CON QUE CELEBRARON á ſu Alteza.



UE ſon las alabanzas, ſino corona del merecimiento, aprobacion, y premio de la ſantidad? Miraſe en las aclamaciones del pueblo, como en efecto, la cauſa, y llega á ſer credito de lo que aprueba el aplauſo. Siguieron á ſu Alteza las mayores alabanzas en la vida, y que ſe han dado á Religioſa, ni Infanta, pues no ſolo la ſiguieron, ſino que la perſiguieron, ſiendo para ſu humildad tribulacion, lo que era palma para ſu merecimiento. Vuelvanſe los ojos á los Breves de los Papas Clemente Octavo, Paulo Quinto, Gregorio Decimoquinto, Urbano Octavo, que en eſta Hiſtoria ván referidos, ¿quién puede dejar de venerar los admirables elogios con que celebraron la ſuma perfeccion de ſu Alteza, la aprobacion de ſu vida, la veneracion de ſu nombre; el aplauſo á ſus religioſas coſtumbres, la eſtimacion de ſus ſantos conſejos? Qué Breve hay, que no eſté lleno de alabanzas, favores, y bendiciones? Llamanla defenſora de la Fé, hija querida de la Igleſia Catolica, regálo de la ſanta Sede, egemplo de perfeccion, deſengaño de la vida del ſiglo, alegria del nombre Chriſtiano, credito de la virtud Religioſa. Apenas parece que hay epitecto con que no celebren ſu virtud, y engrandezcan ſu fama. Eſtas alabanzas exceden á toda ponderacion, pues el Vicario de Chriſto en la tierra nunca con tales razones aprueba, ſino lo que Chriſto abraza en el Cielo.

2 Eſta aprobacion del Padre univerſal de la Igleſia, eſtaba yá eſcrita en todos los corazones de los Chriſtianos; porque nadie puede explicar baſtantemente los aplauſos, y eſtimacion de quantos ſeñores huvo en el mundo, Emperadores, Reyes, Principes, amigos, neutrales, y enemigos, todos admiraron ſu penitente vida, ſus perfectas, y religioſas virtudes. Igual fue á eſta la veneracion con que la trataron todos los Prelados de la Igleſia, Cardenales, Nuncios, Arzobiſpos, Obiſpos, como á hija tan favorecida de la ſanta Sede, que con tal reſplandor alumbraba en la Igleſia. Los Generales, y Prelados de la Orden Serafica, á

quien alcanzó la dicha de tenerla por corona de ſu Religion, la miraban, y reconocian como teſoro de claras virtudes, y egemplar de perfeccion religioſa. Las perſonas de eſpiritu, aquellos que en las tinieblas de la vanidad mortal, buſcan con mejores paſos la luz, ſiempre la admiraron por criatura ſumamente perfecta, favorecida, y adornada de Dios, para egemplo en ſu Igleſia. La nobleza, las Religiones, el concurſo univerſal del pueblo, ¿con qué veneracion la trataron? Quien la llama Corona de la virtud: quien dechado de la perfeccion: quien egemplo al mundo de dejar el mundo: quien egemplar en el mundo de buſcar á Dios. Unos la celebran por alivio de los afligidos, otros por ſocorro de neceſitados. Eſte admira ſu valor: aquel alaba ſu perſeverancia. Quien pondera ſu diſcrecion. Quien enſalza ſu humildad. Quien celebra ſu fervor. Quien engrandece ſu vocacion. Eſtas alabanzas, que tan celebres fueron en la vida, mayores las oímos en la muerte, quando deſvanecida la grandeza temporal, ſolo queda en pie la virtud.

3 *Realza mucho, y aſſegura á la certeza de eſtos Elogios el alto ſentir de la Reyna nueſtra Señora, de la Sereniſsima Reyna de Ungria, y del Señor Infante Fernando, como Perſonas que aſsiſtieron tanto á ſu Venerable Tia, y de cerca conocieron con continuas, y vivas experiencias ſus heroycas virtudes en diferentes cartas que eſcribieron à la Abadeſa de eſte Real Convento, y deben hacer mayor fé, por ſer todas eſcritas de ſus Reales manos, con que deſcubren mejor los conceptos del alma, y eſtimacion que tenian à eſta criatura. Oyganſe ſus palabras, y atiendaſe á ſu ponderacion.* La Reyna nueſtra Señora eſcribe aſsi: *No puedo acomodarme á rezar por mi Tia, ſino encomendarme á ella; porque yo verdaderamente la venero como á ſanta, y creo eſtà gozando de Dios, y que nos puede ayudar mas con ſu interceſion, que noſotros à ella con nueſtras oraciones.* La Reyna de Ungria dice aſsi: *Sor Luiſa, con tres cartas me hallo vueſtras, que todas han ſido tan bien recibidas, como debo al amor, y buena voluntad que os debo, aunque la relacion de la muerte de mi Tia me ha enternecido lo que no ſabré deciros. Hame ſido de gran conſuelo ſaber quan ſantamente fue, que aunque eſto no ſe podrà dudar de ſu vida, es gran guſto ſaberlo. Aguardo con gran alborozo la relacion que me eſcribis ſe hace de ella, y aſsi os pido mucho me la envieis quanto antes, pues con nada podrè tener mayor contento, aunque para mi es tan ſabida ſu ſantidad, y como á tal, me encomiendo à ella.* El Infante Fernando eſ-

escribe en esta forma: *Grande ha sido mi sentimiento en este trabajo, de la pérdida de mi Tia: confiessos, quedo con la ternura que tan justamente debí á su Alteza, pues siempre me hizo el favor, y honra que vos sabeis: el consuelo solo puede ser el tenerla donde con su intercesion nos ayudará en tantos trabajos como los presentes, y por su medio espero hemos de salir de ellos. Yá sabeis las obligaciones que yo tengo de estimar essa Casa, y assi podeis estar muy cierta, que en todo lo que se os ofreciere acudiré con el gusto que es razon, pues no me ha de estorvar à esto el estar tan lejos.*

CAPITULO XXXVI.

ALABANZAS CON QUE ASSISTIERON à su Alteza en su muerte.



Concurrieron las mayores personas del mundo á la debida veneracion de su Alteza; no solo con nobles alabanzas, ensalzando su nombre, sino con espirituales impulsos, respetando su cuerpo. Huvo muchas personas devotas, y graves, que lo veneraron como santo, tocando sus Rosarios, besando los pies, teniendo en grande reverencia sus pobres alhajas. Deseaban las almas devotas, y las personas mayores, á quien de mas cerca habia adorado la luz de su egemplo, verse con las prendas de que habia usado su Alteza, por dar motivos à su devocion. Repartiolas la Abadesa entre las mayores personas del mundo. Dió al Rey un Relicario que trahia consigo su Alteza de mucha estimacion, por sus reliquias, y por haber sido de su Abuelo Carlos V. y haberlo trahido su Madre hasta la muerte, y un libro de hojas de vitela, donde están estampados los Santos de la Casa de Austria, y escrito en cada una su lugar, estado, profesion, vida, y muerte. Habia enviado este libro á su Alteza el Archiduque Maximiliano su Hermano, y holgaba mucho de reverenciar en aquellas Imagenes las virtudes que egercitaba. Dió tambien á su Magestad una Imagen pequeña de bulto de nuestro Padre San Francisco, cuya escultura se formó de la madera de un arbol, que el mismo Santo plantó, y està dentro una capillita de evano pequeña, que su Alteza tuvo siempre en su celda. La Reyna nuestra Señora quedó muy rica con un escritorio de evano, que el

Emperador Matias habia enviado á ſu Alteza; eſtaba ocupado con algunas coſas de devocion, roſarios, libros, y otras de eſta calidad.

2 A la Sereniſsima Reyna de Ungria ſe le envió el Roſario con que ſu Alteza vivió, y murió, el que le dió la Emperatriz, ſiendo niña, y le mandó, que lo guardaſſe, de que ſe ha hablado en eſta Hiſtoria. Al Señor Infante Fernando ſe le envió en una caja el libro de oraciones, que tambien le habia enviado el Emperador Matias, y un Roſario que uſaba muy de ordinario ſu Alteza, y un Niño Jeſus, guarnecido de criſtal, á quien llamaba ſu Alteza, el Eſpoſo, y lo trahia ſiempre en el pecho. Al Conde Duque una Imagen pequeña, del Angel Cuſtodio, y de Santa Barbara, que era la miſma que la Sereniſsima Infanta Doña Iſabél habia enviado á ſu Alteza. A la Condeſa de Olivares un quadro de nueſtra Señora, que tuvo ſiempre en la celda. Al Nuncio Cardenal Monti un libro de Egercicios, y Oraciones muy devotas, con que ſe echan ſuertes eſpirituales con particular ingenio. Al Padre Fray Juan Bautiſta Campaña, General de mi Orden Serafica, un Crucifijo que trahia conſigo ſu Alteza, con grande conceſion de indulgencias. A mi me honró con un Relicario guarnecido de acero, ineſtimable por las reliquias que en él ſe contienen, y de grande eſtimacion, por haberlo trahido pendiente tanto tiempo ſu Alteza. Repartieronſe otras coſas de eſta miſma calidad á perſonas graves, y ſiervas de Dios, que las recibieron todas con grande devocion, como ſe conoce facilmente de las palabras que el Señor Infante Fernando aviſa á la Abadeſa haber recibido las devotas prendas de ſu Tia, que dicen de eſta ſuerte: *Yo os agradezco mucho el Niño Jeſus, y el Roſario, y el libro de mi ſanta Tia, que eſtá en el Cielo, eſtimandolo todo como prendas ſuyas, que es lo miſmo que Reliquias: y aunque para conſervar ſiempre la memoria de la merced que me hacia, he meneſter pocas diligencias, con todo no apartaré de mi mientras viviere eſtas prendas, eſtimando mucho vueſtro cuidado en enviarmelas.*

3 Y en otra ocaſion enviandole la Abadeſa á ſu Alteza unos regiſtros que tenia la Infanta en ſu Breviario, reſpondió eſtas palabras: *Heme holgado con vueſtra carta, y con las memorias que me enviais de mi ſanta Tia, que eſtá en el Cielo, no pudiendome en nada hacer mas guſto, pues cada dia tengo mas preſente la merced que me hacia: yo fio en ſus oraciones nos ha de ayudar, y hemos de tener muy*

bue-

buenos sucesos, habiendo sido los de estos dias tan milagrosos.

4 Quando el amor que el Señor Infante Fernando tuvo á su Alteza, temple la fuerza de su aprobacion, queda en pie la suma autoridad de su Prelado, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Cardenal, y por tantos titulos esclarecido. Con la misma estimacion recibió la Serenissima Reyna de Ungria el Rosario, y las demás cosas que se le han enviado, como se vé por su respuesta, que con evidencia se conoce el familiar amor que professaban. *Puedo assegураros, que no hay cosa para mi de tanto consuelo en la muerte de mi santa Tia, como heredar alguna de sus alhajas. Y assi recibo el Rosario, y cordon con grandissima estimacion, y como prenda, y reliquia de persona, que como quien tanto la conoció, no puedo dejar de creer, que está gozando de Dios.*

6 Con la misma estimacion, y devocion han respondido diferentes personas graves, Prelados de la Iglesia, Señores grandes, siervos de Dios de aventajado espiritu, á quien se remitieron algunas cosas de su Alteza, por haberlas pedido con instancia fervorosa, arrebatados del amor que la tenian, causado del conocimiento, y trato de su Alteza, que por no hacer mas largo este discurso, no se ponen las clausulas á la letra. Con igual devocion recibieron, quantas personas graves huvo en la Corte, las prendas de que usó su Alteza, venerandolas como de santa, y con esse cuidado, y fervor, repartiendose de unas en otras. Y aunque las mayores señales de su bienaventuranza fueron sus claras, y admirables virtudes, no han faltado almas á quien ha descubierto el Señor, que en dichosa eternidad goza su gloria. Hanme assegurado dos personas graves, que gobiernan dos almas muy ilustradas, y favorecidas, sin que la una supiesse de la otra, que el dia de San Buenaventura les habia Dios mostrado à entrambas el alma de la Señora Infanta Sor Margarita, con admirables grados de gloria, resplandor, y hermosura, entre los Bienaventurados. Quiso el Señor hacer esta demostracion de su grandeza en el dia del Serafico, diez despues que murió, por la grande devocion que le tuvo, acreditando con el suceso las palabras que siempre referia el Santo: *¡O esperanza del Cielo, que quanto esperas tanto alcanzas!* Quien reparáre en la grandeza del favor con que Dios señala la gloria de que goza el alma de su Esposa, vuelva los ojos á su santa vida, á su vocacion constante, á sus cla-

claras coſtumbres, á ſus fervoroſas oraciones, á ſus penirentes egercicios, á ſus piadoſas limoſnas, y leerá en ſu vida lo que goza deſpues de ſu vida, por ſer mas dificultoſo el ſervir á Dios, que el gozarle, porque al ſervirle concurre nueſtra flaqueza, y al premiar el merito, ſolo interviene por ſu Sangre ſu Miſericordia.

F I N.



IN-

INDICE

DE LAS COSAS NOTABLES, contenidas en este Tomo IX.

San J. denota la Vida de S. Juan Limosnero, *Sor Marg.* la Vida de Sor Margarita de la Cruz, lib. *el libro*, cap. *el capitulo*, pag. *la pagina*, y la n. *el numero marginal.*

A

B

C

D

Di-

L

Z

F I N.

